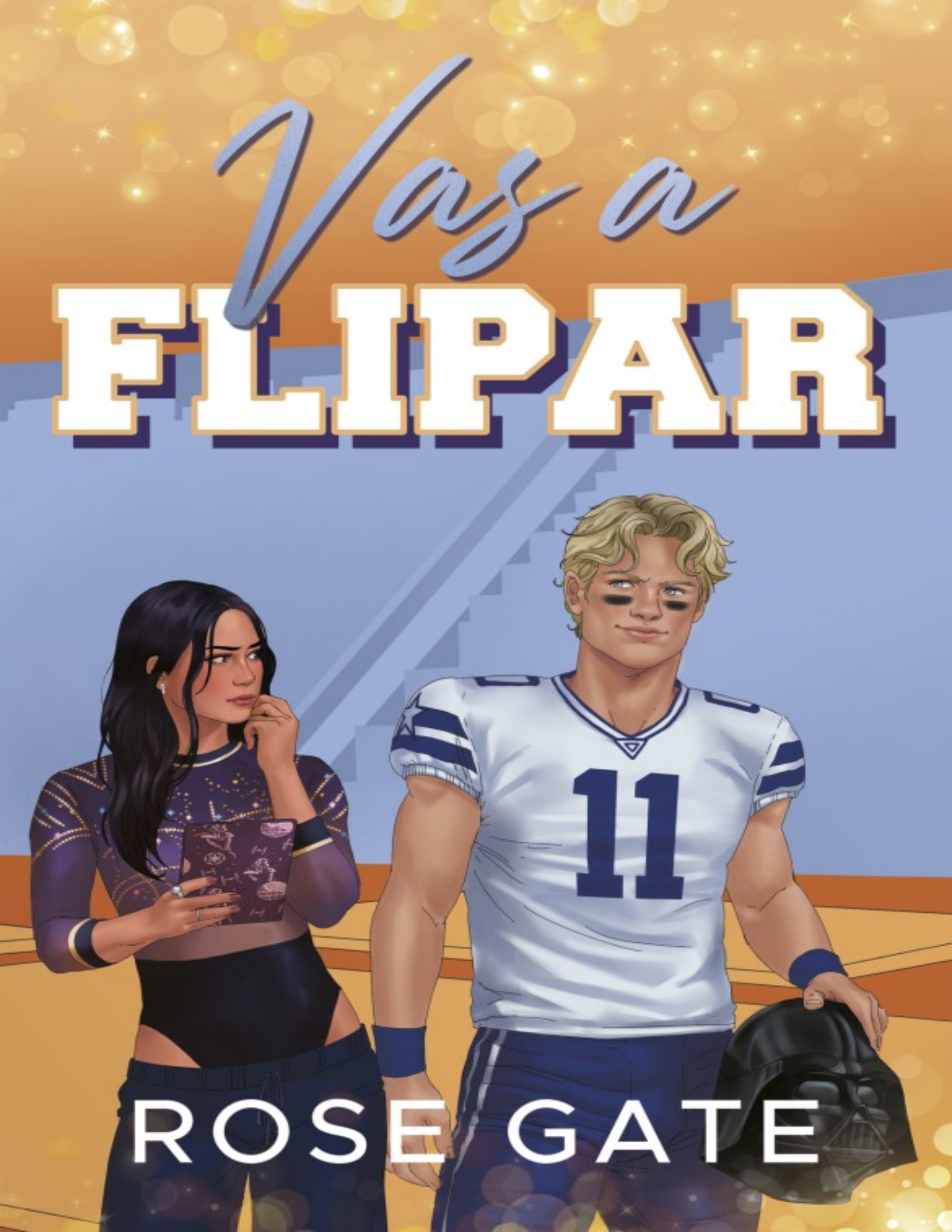
Vas a FLIPAR



ROSE GATE

Vas a FLIPAR



ROSE GATE

AVISO

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo aviso del autor. Todos los derechos reservados.
Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Los fragmentos de canción que aparecen se han utilizado para darle más realismo a la historia, sin intención alguna de plagio.

Titulo original: Vas a flipar
Copyright ©Rose Gate, abril 2026
Corrección: Nía Rincón
Diseño de la portada: H. Kramer
Ilustración de portada: Patricia Espejo





Fecha de inicio: _____

Fecha de fin: _____

MARCADORES

Valoración

☆☆☆☆☆ Historia

😊😊😊😊😊 Risas

♡♡♡♡♡ Protas

😞😞😞😞😞 Drama

Spice

FRASES FAVORITAS

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS
PLAYLIST
PERSONAJES
INTRODUCCIÓN
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44

CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
CAPÍTULO 51
CAPÍTULO 52
CAPÍTULO 53
CAPÍTULO 54
CAPÍTULO 55
CAPÍTULO 56
CAPÍTULO 57
CAPÍTULO 58
CAPÍTULO 59
CAPÍTULO 60
CAPÍTULO 61
CAPÍTULO 62
CAPÍTULO 63
CAPÍTULO 64
CAPÍTULO 65
CAPÍTULO 66
CAPÍTULO 67
CAPÍTULO 68
CAPÍTULO 69
CAPÍTULO 70
CAPÍTULO 71

CAPÍTULO 72
CAPÍTULO 73
CAPÍTULO 74
CAPÍTULO 75
CAPÍTULO 76
CAPÍTULO 77
CAPÍTULO 78
CAPÍTULO 79
CAPÍTULO 80
CAPÍTULO 81
EPÍLOGO
LA AUTORA
BIBLIOGRAFÍA

AGRADECIMIENTOS

ADVERTENCIAS (Antes de abrir este libro):

Vas a flipar no es una historia suave.

Te vas a reír, sí. Hay química, hay caos del bueno y momentos que te van a hacer mirar la página dos veces, pero también hay cosas que remueven.

Aquí se habla de presión, de expectativas que pesan más de lo que deberían, de prejuicios, de dinámicas de poder, de decisiones que no son fáciles y de emociones que no siempre se gestionan bien.

De miedo a no estar a la altura.

De necesidad de control.

De lo que pasa cuando alguien te ve de verdad… y de lo que pasa cuando no te lo está contando todo.

Y sí, hay escenas sexuales explícitas… aunque en esta historia el problema no es el deseo, es lo que alguien decide no rebelar.

Te lo digo desde ya porque no quiero pillarte desprevenido.

Lo que ocurre aquí dentro existe ahí fuera.

A veces duele, a veces confunde, a veces no sabes muy bien en qué lado estás porque algunas decisiones son muy cuestionables… hasta que ya es tarde.

Vas a Flipar es una historia llena de contradicciones, orgullo, silencios incómodos y verdades a media asta.

Estos personajes no son perfectos y si en algún momento te incomoda el libro piensa que no siempre tomamos el camino correcto, aunque siempre podemos reconducirlo.

Cuando empecé este universo no tenía ni idea de hasta dónde iba a llegar.

Ni de que cada historia iba a crecer así.

Ni de que algunos personajes iban a meterse en mi cabeza y en la tuya sin pedir permiso. Así fue como llegaron ellos.

Naomi Park, con su cerebro brillante y su incapacidad absoluta para gestionar lo que siente cuando las cosas se salen del guion.

Valentino Dalton… que no entra en una historia, la rompe y la reescribe a su manera.

De pronto todo fue más intenso, más real.

Verlos fuera de la SSU —y llevarlos a este punto— ha sido otra cosa.

Y no lo habría hecho sin ti que quisiste su historia, así que gracias y espero haber estado a la altura del broche de oro que merece esta serie.

También quiero darle las gracias a mi familia, que ya sabe que «termino esto y voy» es básicamente una mentira reiterada.

Gracias por quererme incluso cuando vivo más dentro de una escena que fuera de ella.

A mis ceros —Nani, Irene, Laura y Maca—, mi red cuando mis dedos no paran de darle a la tecla. Adoro vuestros comentarios, vuestras hipótesis y cada una de vuestras sugerencias. Gracias por estar siempre.

A Nía, Sonia, Marieta, Eli y Alma, gracias por volver a revisar todo lo que no encaja. Por decirlo siempre de la mejor de las maneras. Sois increíbles.

A Bárbara y Sandra.

Porque vosotras pedísteis a Naomi y Valentino desde el principio.

Porque esta historia tenía que ser vuestra historia.

Gracias por los mensajes, los audios entusiasmados y esos comentarios que me han dado la vida.

A Patri, por hacer la mejor portada del universo y reflejarlos tan bien, sobre todo ese cambio de vestuario que ha sido muy top.

A Kramer, por darle a este libro su toque mágico.

Y a ti.

A ti que vuelves.

A ti que te quedas.

A ti que entras por primera vez sin saber muy bien en qué te estás metiendo.

Gracias por confiar.

Por acompañar a personajes que no siempre hacen lo correcto.

Por entender que las historias también van de equivocarse.

Gracias por seguir aquí cuando todo se complica.

Gracias por no soltar.

Y, sobre todo…

Gracias por flipar conmigo. 💜🔥

Quiero hacer mención especial a las cuentas de:

INSTAGRAM

Jessica Cobos, Aurorill, Acoraida, Berta, Romi, Irati, Juan Angel, Acoraida, M Ángeles Navarro, lola, María Urbistondo, Gisselle & Isabella, Karol, Zuleika, Nina, Caremn Gómez, Nani/Daniela, Almudena, Iara, Marian, Gracia, Carmen Kampello, RositaKoali, Helen Gus, Judit Casado, Nicol Inostroza, Borja Verga, Cristinity, Andrea88, Pekemi, @Cristinaa__, Amaia Zubasti, Anita, ANIA.C.N, Maribel Rivas, Jimena Santamaría, NOECASU, Ana I. Alfonso, Susana condado, Judith Pérez, Ana, @Alicia Garcia, @Joselinbooks18, Desirée López, Mila, Cele Smirnoff, Sandra Y Arias, Natalia López, Honorio Mayor, Minerva Fuentes, Paty Arteaga, Klaudia Kruszakin, Elisa Quevedo, Belén Sabino, Melani Menacho, Ana Moreno, Silvitabook_, Saritato, Dorielis, Alicia Suárez, Azucena Muñoz, Nancy Ocampo, Carla Ortiz, Elena y Gema Zambrano, Gloriellen, Irina Rodríguez, Melva Costa, Cris Rodríguez, Margarita Agudo, Irene García, Andrea Zilvy.lm, Alba, Bea Martínez, Yuguersi, RG.aguilar128, Monicfarreras, Vane Martín, Gema Polo, Alejandra Ramos, Carina.l.prieto, Ana Mari P G, Maria del Mar Servian, Sandra Milena González, Jennifer Sierra, Beatriz @beuchi_books, Miryam, Nuria Ardanuy, Nuria Gómez, Barbosa, Bren Damián, Rafael E. Díaz, @maryasecas, Iris (@IRISMUNDORAINBOW), @Loslibrosdenuria, Maria Amparo (@un_sofa_donde_leer). Lorena García, Inma Bravo, Cristina C., Victoria Gallego, Yessy @marquesita93books,

@PATRICIA_ILUSIONISTA7, Lisbeth Ortega, Clara Amador, Adriana di Giuseppe, Celeste, Carolina Castillo, Elisabet Rodríguez, Noelia Casal, Areamar, Marta Gil, María del Mar, Macarena Urrutia, María José Chousal, Ivy Correa, Brenda González, Diana Venavidez, Karina Giraldo, Lidia Armario, Valeska.m.r, Isabel García Romero, Raquelstylo1977, Mdpsmith, Vanessa Barbeito, Josyta1981, Ninape_libros, avilapopeye2009, Mercind23, Cristina Lancau, Alexandra Mora, Ornela Fuentes, Crix, Karina Binsztoc, Marta_oscar_max_rex, Lumina Reynoso, Tania Calvo, Emiliacamelia86, Elin Cáceres, @patryhn, Bea Martínez, Laura A. Madruga, Nathalie Cuevas, Angela del Río, Vero González, María Villalva, Natalia Pérez, 1._estrellabonita, Verónica Moriana, Lorena Moreno, Paula Aguilar Canals, Mireia Romeu, Lucía Gabado, Anna Millà, Gabriella Benassar, Beatriz Pantigas, Susana Gulo, Ada_Olle_art, Jessica Coca, Ariadna Taberner, Sara Cánovas, Tania Marín, Kassandra Fernández, Maria de la Peña Zorrilla, Azahara @luli_books, Estefanía Miranda, Desirée Naranjo, Mari Carmen Villena, Nai, @cuando.lo.mios.duerrmen, @sofa_manta_libros Joaqui, @flordeliss87 @sraddiaz, M. Carmen Gamero, Alvarezfatimareimundez, Montse Bagán, Ainhoa Molina, Marta Sancha, Lourdes Bermúdez, Lectorahastaaltashoras, Reyes Gil, Mayte Rodriguez, Noelia Haro, Eva_murias, Virhur71, Marina Toiran, Montse Vilchez, Pilar Vidal, Mila Valls, Mireya Gil, Vanessa_books, Criis_mily_books, Esperanza Ruiz, María Plaza, Inma Bl, Laura Rodríguez, @nomada.entre.libros, Evaplaza_goldenpascattery, Silvia Román, Olivia, Nely Medina, Anai Bastida, @subii_8, Lucía Pérez, Marta Lozano, Sara Ferret, Lorena García, @_surinesc_, Bego @lilith_read_books, Isabel Cánovas, Marta Fernández Alsina, @Deli_grey.anastacia1973, @mariapy, Irene Burgos, Elena Aguilera, Rebecabravo1, Anira Vera, Anitadevoradoradelibros, Ro Álvarez Vidal, Natti_ruano, Johanna Martínez, Yolanda Gómez, Olivia Gimeno, @Carolinaentrelibros_, Esperanza Gualda, @nessva25, aniibooks, Ana Planas, Maria Jose Mg, María Jose Jiménez Tineo, Rocío Sánchez, @patryblog, @maienevan, Nina Goffi, @mirefugiolector, @pilar_vilma, Celia Montesinos, @aracelitarifa, Marina, @booksbyflexing, Zahira Ramos, @angi1687, Mary Pérez Román,

Paula Pavón, Nefertrini73, @mariajoymislibros, Cristina Muñoz, @aurabooks_, @miriam.books23, @vainilleando, @libros_magia_pasion @dianacgasco, Cristina López, @alexiabe28, Lola Montiel, Bego C., @juanidiaz17, Aria 78, Estívaliz Casas, @martaneni, Dayana Valdés, Alicia Eva Cazorla, @anasumar20, Sarra Domínguez, @libroterapeuta, Miriam MG, @olayasues, Alexx, Marieta Montoro, Isabel Montejano, Ana Olalla, @moniechu, Choni @meganphillips2008, Paula Gómez López, @mamadesilvanaellidan, Mari Carmen Castro, @Criis1206, Alexandra Popescu, @nanibooktok, @yerrai.a_03, Nati Romerro, @alggarc, @catab.ooks, Irene Martínez Alcázar, Silvia Mezquita, @jennygrrz, @beatrizgonque, Aii, Monica Cstas, @tedelaen, Ruth Bertran, LoreGarnero, NataliaChacon, @Letyciro, Jessica Ramos, @aroarabales, Vanesa Garo, @hime.18, @Steph:bookstory, @belensanchezrivero, @estelabm, Irene Martínes Ruiz, @monicastellarautor, @deculog, Vanesa Conde, @martabeladona, Maru Arias, Nuria Sánchez, @mtvc92, @edithmarsimal, Vanesa Fdez Fdez, Natalia Atx, Kira Montero, ángeles Jiménez, @bookswithjulss, @bensusanmay, @bookssbyflexing, @clariibm29, merygbooks, Herenia Llorente, @alba_profe_vet, @monikavgalan, Anaith Desiree, @jackrut, @cristinatarrason, @Leticia Álvarez, Yolanda ManriPetunia, @majlopezCynthia Castellano, Evaesthervelazquez, @lorbaris29, @kalipoamarillo, @_coffee.books, @loslibrosdemama, Elena Argüello, @elenalibrosinfinitos, @leo_nel_aida, @leesuspiros, Ana Cid, @AiriLisLiaBel, @labibliotecadeantaar, Patricia Gorriz, @lureidy_mgl, @labibilotecadenayru, @anvicla7, @anusfernu21, @rocio_alonso88, @viryi80, @lichitinita_books, @martaah_sa, Nathalie Cuevas, @cangil666,

TIKTOK

@Devoradora.de.libros (Sandra), @leyendoaciegas, Blanca Lorda, Cynthia Martín, Paula Incógnito, Beatriz Lozano, @magdalenanr, Rocío o Martínez, Alejandra Pérez, Paulina Kruszakin, Laura Forteza, Eli RG, Romanticdepapel, Laia Vila, Ana Belén Pérez, Mar Ramos, Bárbara Loeches, Andrea Martínez, Mar Bustos, Marina

MF, Jessi Pacio, Carmen DG, Berta Ruiz, Juan Carlos, Vicky Diéguez, @mariajosearreolag2, Marta García, Ana, Celina, Yeray Booknook, @maydulibros, Blanca, Nelia, Ana Ros, Fatima Hierro, Rosa Masdemont, Sari, @viviendo.entre.capitulos, claudia, Natgm, Ana Heredia, Elena Cobo, Dulce Sevillano, Núria Oramas, Lorena Fiuza, Ingrid Garcia, Paula Osorio, Eri, Diana Clavijo, Jessica Moral, @libreria_karyna1482, Laura Sanchez, Sil Gascon, Ingrid Arango, Silvia Gonzalez, @libreria_karyna1482, @Lorena_books.

FACEBOOK

Blanca Ruiz, Rosario Torcuato, Yolanda Fdez, Purificación Carmona, Chari Guerrero, Elena Hernandez, Raquel Garcia, M Isabel Espalza, Edith Vazquez, Paola Mñogil, Carmen L Scott, Carmen Marin, Isabel Hernandez Gutierrez, Dali RM, Silvia Povedano, Victoria Alcobendas, Virginia del Rio, Luisa Reyes, Cinta Diaz, Ana Mº Gómez Reyes, Elisabet Massip, Lumina Reynoso, Bárbara Moreno, Soledad Camacho, Irmina Piasecka, Natividad de Paz, Cortes Vera, Maria Jesús Pecino, Marisa Chamorro, Beatriz Mata, Carmen Sánchez, Stephany P.Lux, Carmen de la fuente, Ana Belén Garcia, Yanira Santana, Soledad Alvarez, Cris Saura, Carmen Glez, Ines Chaves, Rocio Casado, Pilar Palomas Cantarero, Monica Moreno, Nuria Exposito, Silvia Fernandez Gonzalez, Maria José Moreno, Silvia Garcia Oliveira, Soraya Troitiño, Marria del Mar Casas Cantudo, Natalia Barcena AranzuequE, Patricia Susana Clark, Carina Prieto, Mireia Mont, mª José Prieto, Sandra Sotos, Cristina Roman, Juani Lopez, Manolita Botella, Rocío Almagro, Concepción Sánchez, Mabel Escobero, Reme Alcaraz, Carmen Dobreanu, Nuria Valero, Helen Martinez, Mayte Rios, Isabel Pérez Tejedor, Celia Suarez, Encarna Vera, Laura Caastañeda, Hencar Castillo,Ana Belen Maqueda, Marisol Pérez, Sandra Herrera, Rosa María Calatayud, Gema Gomez, Andrea Baez, Mia Petite hernandez, Minerva Martín Moreno, Ana G Jiménez, Alro Diaz, ángela Rubio, Amalia álvarez, Letícia García, Diana Hernández, Marta Lozano, Roser Cabrera, Cova Tirador, Yasmina Rivera, Cary Anzardo, Natalia Rada, Pamela de Diego, Ana Jordan, Ana Aranguren, Amaya Pires Alves, Sonia Lorente Serna,

Rosa mº Corral, Cynthia Pagan, Deli Peña, Ana Presas, Judith Gutierrez, Marialina Lores, Mar Tha Paz, Isabel Perez, Helena Qf, Oihana Luceño, Marria Diaz, Lizzy Picado, Olga Galindo, Bego Linos, Virginia Fernandez, Puri Martinez, Gema Gomez, Sonia Martin, M Dolores, Arco, Joanna Da Silva, Sylvia Rubio, Olga l. Génesis, Sara Padial, Rebeca Lobo, Laura Barrios, Toñi Merino, Yennis M Prieto, Alejandrra Pérez Prieto..

Gracias por recomendar, por compartir, por abrazar a mis personajes como si fueran vuestros.

Y a ti, que ahora sostienes este libro:

Gracias por ilusionarte con cada una de mis historias y vivirlas a mi lado.

Noe Frutos, Mari Hoyos, Rocío, Mada, Edurne Salgado, Eva Suarez, Piedi Lectora, Elysbooks, Maca (@macaoremor), Saray (@everlasting_reader), Vero (@vdevero), Akara Wind, Helen Rytkönen, @Merypoppins750, Lionela23, lisette, Marta (@martamadizz), Montse Muñoz, Olivia Pantoja, Rafi Lechuga, Teresa (@tetebooks), Yolanda Pedraza, Ana Gil (@somoslibros), Merce1890, Beatriz Ballesteros. Silvia Mateos, Arancha Eseverri, Paulina Morant, Mireia Roldán, Garbiñe Valera, Silvia Mateos, Ana Planas, Celeste Rubio, Tamara Caballero, Toñi, Tamara., María Jesús Lendínez.

A todos los grupos de Facebook que me permiten publicitar mis libros, que ceden sus espacios desinteresadamente para que los indies tengamos un lugar donde spamear. Muchas gracias.

@letrasteychocolate,Volvoreta Tximeleta, noee_albatros, @gema_morenas, Cat Rod, @_my.reading.diary_, Elizabeth Caravaca, Laura Bcn, @dary_r_h dary_r_h, proyectandocamino, @Elenasinh_books, Ángela del Río Rodriguez, kristina.kar, Jennifer @paseandoentrelibros, @eva_y_suslocuras, @asc_ortega, @mundociruelita, nosoysergi.books, Juani Rodríguez Pelayo, @lecturas_mily, nina_reus, kade_leonese, lourdes.andresgarcia, inmabl, @vanu_sa_ms, Vane Ayora Bonavila y Tamy Cano Vélez,

Mirna, Judith @ju_neverstopdreaming, @magema_78, @Mirnita_Coni, Irene Moya-Angeler, Mpm76,Virhur, Salomé, Magema_78, Cristina Garcia Felix, Mis_Lekturas, Carmen Brandariz, Lilyfreitasm, Elisabet Caballol, @Llegirpersomiar, @Jessie.Eel, Wicanna9, Ana Moreno Jiménez, @Ganadorademipropiavida, Mayka Ventura Perez, Marimarmartintarin, Mar Mt, María, Arantxa Vilches, @Eclairmontserrat, Carolina Fernández San José, Viki Hernández, Lupita.Rios.127, Ana Yanci Diaz, @Cris_Lectora_21, Luzanayansivaldes, Mesumerjoentrelibros, Maryambergirl, Alejandra Pino, Laslecturasdelanore, Carolina Venegoni, Hollie Deschanel, Vanesa Barbero, Ana Flores Garin, Sonia Barrionuevo, Patry, Ana Juan, Kira Montero @Kira.1480, Gema López Uceda, @Lsr212121, Marta /Mined, Sara Ávila E Irene Caracuel, @Vanesafuentesfernandez, @Nataliaaxtscrap. Bookadictisima, @Anams666, Lourdes González, Triowood21, Andrea_Fdzre, Adriana_Roman2, Maria Martín Martis, @Magema_78, Ortegalisbet, Maru Arias, Idoia: Lilith_Lectora.

A todos los que me leéis y me dais una oportunidad, y a mis Rose Gate Adictas, que siempre estáis listas para sumaros a cualquier historia e iniciativa que tomamos.

lucía soto, zaraida méndez, laura mowobooks, mónica elrincondeleyna, eli p r, lucía moreno, isabel garcía, maría marques, cati domenech, booksbyclau, nieves nuria, sara_cazadoradelibros, maria amparo lorente navarro, sandra ruiz, evelyn lima, ana, y cruzando los dedos, manuela molina, inma bretones, lory g, leerconverynia, meghan salvador ibáñez, mina, pilisanchezurena, yudith hernandezdeyepez, kevin fuertes, josep fibla, maría victoria lucena peña, gloria cano, nieves muñoz, maría rubio, gemma pastor, luciaanddogs, mireia tintaypluma, ana moreno, desi, flori, 6lanca, athene_mc, tere lafuente, marijopove, ana paula sahagun, toñy gómez, isabel guineton, jennifer escarez, teresini, marianitacolon, laura 7days7books, gema guerrero, beatriz maldonado perona, lucía ruiz, vanesa rodríguez, mariana colón, sylvia, cris bea lópez, ana m m, beatriz sánchez, diana garcía, yaizza jiménez, edurne ruiz, nira

lecturasdenira, laura071180, betsabe, mery elrinconcitode_mery, belloisamary04, liletty, menchu, fimedinai, sonia p rivero, isabel guardia, cecilia, irenita19mm, cris bealopez, angela_fp16 anuska, valeria, luz, alicia barrios, mónica rodrigues, martina figueroa, nurha samhan, stephanie lara, sandra rodriguez, luz anayansi muñoz reme moreno, kathy pantoja y al aquelarre de rose: jessica adilene rodríguez, beatriz gómez prieto, gabi morabito, cristy lozano, morrigan aisha, melissa arias, vero lópez eva duarte, jessica adilene rodríguez, vero lópez, ainy alonso, ana torres, alejandra vargas reyes, alexandra rueda, almudena valera, cristina tapia, may fg, andrea bernardino muñoz, flori gil, lucia pastor, ana maría pereira glez, amelia sánchez, amelia segura, ana cecilia gutierrez, stylo barrio, elena perez, ana de la cruz, ana farfan tejero, kayla rasquera ruiz, dolors artauana fl y su página palabra de pantera, ana garcía, ana gracía jiménez, ana guerra, ana laura villalba, ana maría manzanera, ana maria padilla, ana moraño, ana planas, ana vanesa maría, anabel raya, ángela martínez, ale osuna, amparo godoy, amparo pastor, ana cecilia, ana cecy, ana de la cruz peña, ana maria aranda, ana maría botezatu, ana maria catalán, ana plana, anabel jiménez, andy garcía, ángela ruminot, angustias martin, arancha álvarez, arancha chaparro, arancha eseverri, ascensión sánchez, ángeles merino olías, daniela mariana lungu, asun ganga, aurora reglero, beatriz carceller, beatriz maldonado, beatriz ortiz, beatriz sierra ponce, bertha alicia fonseca, beatriz sierra, begoña llorens, berenice sánchez, bethany rose, brenda gonzález, carmen framil, carmen lorente, carmen rojas, carmen sánchez, carola rivera, catherine johanna uscátegui, cielo blanco, clara hernández, claudia sánchez, cristina martin, crusi sánchez méndez, chari guerrero, charo valero, carmen alemany, carmen pérez, carmen pintos, catherinne johana uscátegui, claudia cecilia pedraza, claudia meza, consuelo ortiz, crazy raider, cristi pb, cristina diez, chari horno, chari horno hens, chari llamas, chon tornero, d marulanda, daniela ibarra, daniela mariana lungu moagher, daikis ramírez, dayana lupu, deborah reyes, delia arzola, elena escobar, eli lidiniz, elisenda fuentes, emirsha waleska santillana, erika villegas, estefanía soto, elena belmonte, eli mendoza, elisabeth rodríguez, eluanny garcía,

emi herrera, enri verdú, estefanía cr, estela rojas, esther barreiro, esther garcía, eva acosta, eva lozano, eva montoya, eva suarez sillero, fati reimundez, fina vidal, flor salazar, fabiola melissa, flor buen aroma, fontcalda alcoverro, gabriela andrea solis, gemma maria párraga, gael obrayan, garbiñe valera, gema maría parraga, gemma arco, giséle gillanes, gloria garvizo, herenia lorente valverde, inma ferreres, inma valmaña, irene bueno, irene ga go, isabel lee, isabel martin urrea, itziar martínez, inés costas, itziar martínez lópez, jenny lópez, juana sánchez martínez, jarroa torres, josefina mayol salas, juana sánchez, juani egea, juani martínez moreno, karito lópez, karla ca, karen ardila, kris martin, karmen campello, kika dz, laura ortiz ramos, linda méndez, lola aranzueque, lola bach, lola luque, lorena de la fuente, lourdes gómez, luce wd teller, luci carrillo, lucre espinoza, lupe berzosa, luz marina miguel, las cukis, lau ureña, laura albarracin, laura mendoza, leyre picaza, lidia tort, liliana freitas, lola guerra, lola gurrea, lola muñoz, lorena losón, lorena velasco, magda santaella, maggie chávez, mai del valle, maite sánchez, mar pérez, mari angeles montes, maría ángeles muñoz, maría dolores garcia, m constancia hinojosa, maite bernabé, maite sánchez moreno, manuela guimerá pastor, mar a b marcela martínez, mari ángeles montes, mari carmen agüera, mari carmen lozano, maría camús, maría carmen reyes, maría cristina conde gómez, maría cruz muñoz, maría del mar cortina, maría elena justo murillo, maría fátima gonzález, maría garcía, maría giraldo, maría gonzález, maría gonzález obregón, maria josé estreder, maría josé felix solis, maria josé gómez oliva, maría victoria alcobendas, mariló bermúdez, marilo jurad, marimar pintor, marisol calva, marisol zaragoza, marta cb, marta hernández, martha cecilia mazuera, maru rasia, mary andrés, mary paz garrido, mary pérez, mary rossenia arguello flete, mary rz, massiel caraballo, may del valle, mencía yano, mercedes angulo, mercedes castilla, mercedes liébana, milagros rodríguez, mireia loarte roldán, miryam hurtado, mº carmen fernández muñiz, mónica fernández de cañete, montse carballar, mónica martínez, montse elsel, montserrat palomares, myrna de jesús, maría eugenia nuñez, maría jesús palma, maría lujan machado, maría pérez, maría valencia, mariangela padrón, maribel diaz, maribel martínez alcázar,

marilu mateos, marisol barbosa, marta gómez, mercedes toledo, moni pérez, monika gonzález, monika tort, nadine arzola, nieves lópez, noelia frutos, noelia gonzalez, núria quintanilla, nuria relaño, nat gm, nayfel quesada, nelly, nicole briones, nines rodríguez, ñequis carmen garcía, oihane mas, opic feliz, oana simona, pamela zurita, paola muñoz, paqui gómez cárdenas, paqui lópez nuñez, paulina morant, pepi delgado, peta zetas, pilar boria, pilar sanabria, pili doria, paqui gómez, paqui torres, prados blazquez, rachel bere, raquel morante, rebeca aymerich, rebeca gutiérrez, rocío martínez, rosa freites, ruth godos, rebeca catalá, rocío ortiz, rocío pérez rojo, rocío pzms, rosa arias nuñez, rosario esther torcuato, rosi molina, rouse mary eslo, roxana andreea stegeran, salud lpz, sandra arévalo, sara lozano, sara sánchez, sara sánchez irala, sonia gallardo, sylvia ocaña, sabrina edo, sandra solano, sheila majlin, sheila palomo, shirley solano, silvia loureiro, silvia gallardo, sonia cullen, sonia huanca, sonia rodríguez, sony gonzález, susan marilyn pérez, tamara rivera, toñi gonce, tania castro allo, tania iglesias, toñi jiménez ruiz, verónica cuadrado, valle torres julia, vanesa campos, vanessa barbeito, vanessa díaz, vilma damgelo, virginia lara, virginia medina, wilkeylis ruiz, yojanni doroteo, yvonne mendoza, yassnalí peña, yiny charry, yohana tellez, yolanda sempere, yvonne pérez, montse suarez, chary horno, daikis ramirez, victoria amez, noe saez, sandra arizmendi, ana vanesa martin, rosa cortes, krystyna lopez, nelia avila castaño, amalia sanchez, klert guasch negrín, elena lomeli, ana vendrell, alejandra lara rico, liliana marisa scapino, sonia mateos, nadia arano, setefilla benitez rodriguez, monica herrera godoy, toñi aguilar luna, raquel espelt heras, flor guillen, luz gil villa, maite bernabé pérez, mari segura coca, raquel martínez ruiz, maribel castillo murcia, carmen nuñez córdoba, sonia ramirez cortes, antonia salcedo, ester trigo ruiz, yoli gil, fernanda vergara perez, inma villares, narad asenav, alicia olmedo rodrigo, elisabet masip barba, yolanda quiles ceada, mercedes fernandez, ester prieto navarro, maría ángeles caballero medina, vicky gomez de garcia, vanessa zalazar, kuki pontis sarmiento, lola cayuela lloret, merche silla villena, belén romero fuentes, sandrita martinez m, britos angy beltrán, noelia mellado zapata, cristina colomar, elena escobar llorente,

nadine arzola almenara, elizah encarnacion, jésica milla roldán, ana maria manzanera, brenda cota, mariló bermúdez gonzález, maría cruz muñoz pablo, lidia rodriguez almazan, maria cristina conde gomez, meztli josz alcántara, maria garabaya budis, osiris rodriguez sañudo, brenda espinola, vanessa alvarez, gilbierca maría, chanty garay soto, vane vega, maría moreno bautista, moraima selene valero lópez, dalya mendaña benavides, mercedes pastrana, johanna opic feliz, maría santos enrique, candela carmona, ana moraño dieguez, marita salom, lidia abrante, aradia maria curbelo vega, gabriela arroyo, berenice sanchez, luz marina miguel martin, maria isabel hernandez gutierrez, sandra gómez vanessa lopez sarmiento, melisa catania, chari martines, noelia bazan, laura garcia garcia, sakya lisseth mendes abarca, sandra arizmendi salas, yolanda mascarell, lidia madueño, rut débora pj, malu fernandez, veronica ramon romero, shirley solano padilla, oscary lissette, maria luisa gómez yepes, silvia tapari, jess gr, carmen marin varela, cruella de vill, virginia fernandez gomez, paola videla, loles saura, bioledy galeano, carmen cimas benitez, vanessa lopez sarmiento, monica hernando, sonia sanchez garcia, judith gutierrez, oliva garcia rojo, mery martín pérez, pili ramos, babi pm, cristina garcia fernandez, maribel macia lazaro, bea franco, ernesto manuel ferrandiz mantecón brenda cota, mary izan, andrea books butterfly, luciene borges, mar llamas, valenda_entreplumas, joselin caro oregon, raisy gamboa, anita valle, m eugenia, lectoraenverso_26, rosa serrano, almu040670 almusaez, tereferbal, adriana stip, mireia alin, rosana sanz, turka120, yoly y tere, laufreytes, piedi fernández, ana abellán, elenacm, eva maría ds, marianela rojas, verónica n ch, mario suarez, lorena carrasco g, sandra lucía gómez, mariam ruiz anton, vanessa lópez sarmiento, maria jose gomez oliva, pepi ramirez martinez, mari cruz sanchez esteban, silvia brils, ascension sanchez pelegrin, yani navarta miranda, m carmen romero rubio, gema maria párraga de las morenas, vicen parraga de las morenas, mary carmen carrasco, annie pagan santos, dayami damidavidestef, raquel garcía diaz, lucia paun, mari mari, yolanda benitez infante, elena belmonte martinez, marta carvalho, mara marin, maria santana, inma diaz león, marysol baldovino valdez, fátima lores, fina vidal garcia, moonnew78,

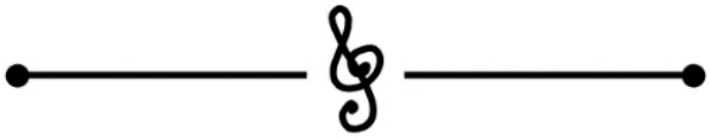
angustias martín, denise rodríguez, verónica ramón, taty nufu, yolanda romero, virginia fernández, aradia maria curbelo, verónica muñoz, encarna prieto, nanda caballero, klert guash, ana mªlaso, cari mila, carmen estraigas, sandra román, carmen molina, ely del carmen, laura garcía, isabel bautista, mªangeles blazquez gil, yolanda fernández, saray carbonell, mªcarmen peinado, juani lópez, yen cordoba, emelymar n rivas, felisa ballestero, beatriz gómez, fernanda vergara, dolors artau, maría palazón, elena fuentes, esther salvador, bárbara martín, rocío lg, sonia ramos, patrícia benítez, miriam adanero, mªteresa mata, eva corpadi, raquel ocampos, ana mª padilla, sonia sánchez, maribel macía, annie pagan, miriam villalobos, josy sola, azu ruiz, toño fuertes, fernanda mercado, mªcarmen lozano, melani estefan benancio, liliana marisa scarpino, yasmina sierra, fabiola martínez, mª josé corti acosta, verónica guzman, dary urrea, jarimsay lópez, kiria bonaga, mónica sánchez, teresa gonzález, vanesa aznar, mªcarmen romero, tania lillo, anne redheart, soraya escobedo, laluna nada, mª ángeles garcia, rita vila, mercedes fernández, carmen cimas, mariangeles ferrandiz, ana martín, encarni pascual, natalia artero, geral sora, oihane sanz, olga capitán, mªjosé aquino, sonia arcas, sonia caballero, montse caballero, maría vidal, tatiana rodríguez, vanessa santana, abril flores, helga gironés, cristina puig, natalia zgza, carolina pérez, olga montoya, tony fdez, raquel martínez, rosana chans, yazmin morales, patri pg, llanos martínez, amamosleer_uy, theartofbooks8, eva maria saladrigas, cristina domínguez gonzález leyendo_entre_historia, krmenplata, mireia soriano la_estanteria_de_mire, estíbaliz molina, unlibroesmagia, vanesa sariego, wendy reales, ana belén heras, elisabet cuesta, laura serrano, ana julia valle, nicole bastrate, valerie figueroa, isabel maría vilches, nila nielsen, olatz mira, marta_83_girona, sonia garcía, vanesa villa, ana locura de lectura, 2mislibrosmisbebes, isabel santana, deli_grey anastacia11, andrea pavía, eva m pinto, nuria daza, beatriz zamora, carla ml, cristina p blanco sintiendosuspaginas, amatxu_kiss, yenc_2019, gabriela patricio, lola cayuela, sheila prieto, manoli jodar, verónica torres, mariadelape peñadelbros, yohimely méndez, saray de sabadell, littleroger2014, mariosuarez1877, morenaxula40, lorena álvarez,

laura castro, madali sánchez, ana piedra, elena navarro, sandra moreno, maria luisa gómez, maría abellán, ines ruiz, merche silla, lolin garcía, rosa irene cue, yen córdoba, yolanda pedraza, estefanías cr, ana mejido, joselin caro, yeni anguiano, maría ayora, elsa martínez, eugenia da silva, susana gutierrez, maripaz garrido, ángeles delgado, cris fernández crespo, marta olmos, marisol, sonia torres, jéssica garrido, laurabooksblogger, cristina león, m pulido, constans, yeimi guzman, lucía pastor, aura tuy, elena bermúdez, montse cañellas, natali navarro, cynthia cerveaux, marisa busta, fatima lecturas de faty, cristina leon, verónica calvo, cristina molero, lola lolita loliya, mª isabel hernández, may hernández, isamvilches, may siurell, beatriz millán, rosariocfe65, dorina bala, marta lanza, ana belén tomás, selma, luisa alonso, mónica agüero, pau cruz, nayra bravo, lore garnero, begikat2, anabel morales, amaia pascual, mabel sposito, pitu katu, vanessa ayuso, elena cabrerizo, antonia vives, cinthia irazaval, marimar molinero, ingrid fuertes, yaiza jimenez, ángela garcía, jenifer g s, marina toiran, mónica prats, alba carrasco, denise bailón amorliteral, elena martínez, bárbara torres, alexandra álverez, silvinadg9, silvia montes, josefina garcía, estela muñoz, gloria herreros, mnsgomezig, sassenach_pol, raquelita locasdelmundo, leti leizagoyen, soledad díaz, frank jirón, keilan setuto, annadriel anna martin, ivelise rodríguez, olga tutiven, maría del mar, yolanda faura, inma oller, milagros paricanaza, belén pérez, esther vidal, pepi armario, suhail niochet, roxana capote, silvia torres, sandra pérez, concha arroyo, leticia rodríguez, cristina simón, alexia gonzalex, maría josé aquino, elsa hernandez, toñi gayoso, yasmina piñar, patricia puente, yudys de avila, melisa sierra, cristi hernando, maribel torres, silvia a barrientos, mary titos, kairelys zamora, miriam c camacho, ana guti, soledad camacho, cristina campos, maría isabel sepúlveda, beatriz campos, mari loli criado, monica montero, jovir yol logar yeisy panyaleón, yarisbey hodelin, itxaso bd, karla serrano, gemma díaz, sandra blanca rivero, carolina quiles, sandra rodríguez, mey martín, mayte domingo, nieves león, vane de cuellar, reyes gil, elena guzmán, fernanda cuadra, vane ayora, diosi sánchez, tengolibrospendientes, divina_lectura_paty, maría josé claus, claudia obregón, yexi oropeza,

bea suarez, victorialba67, lady books7, valeska m r, raquel attard missattard, lola_lectora, lecturasdefaty, lola toro, chari garcía, lisbeth de cuba, vanesha, cris, oropeza, montserrat castañeda, alicia cecilio, estrella, susana ruiz, rosa gonzález, noelia, _saray89_, mercè munch, maite pacheco, cris e, maría del carmen, adriana román, arantxa_yomisma, inmamp18, nerea_y_los_libros, pris, martita, gema gerrero, gisela, marivega, cristinapinos, josune1981, m jaresav, caroo_gallardoo, beccaescribe, rosemolinar, tami, elicaballol, maruajose, paloma osorio, thris, lorena royo, flor s ramirez, starin8, aguedayohana téllez, maria belén martínez, lalylloret, mayte ramírez, camino combalina, maría isabel salazar, teresa hernández, sultanita bella, paula hernández, valeska miranda, maría victoria lucena, daniela, karina garcía, olga lucía devia, susy gómez chinarro, amaya gisela, maría barbosa, montse domingo y elia company, kristibell73, ros_g c, majomartinez_43, camikaze 🔥 , mery martín pérez y vanessa martin perez, zirim11, desirée mora, isabel san martín, paky gonzález, damasa, jenny morató, camila montañez, lodeandru, sagrario espada, jessica espinoza, davinia mengual, blanca nuñez, crisbetesponce, orly puente, carmen pacheco, yovana yagüe, genuca15, lidia gm, lidia verano, judith olivan, elenagmailcom, elena carranza, deli, andru, silvia barrera, begoña fraga, maría isabel epalza, maría escobosa, cristinaadan4256, verónica vélez, carolina cieri, sandra salinas, maricarmen romero maroto y mayte gallego, michelle llanten, maria jose cortia, miss_carmens, esmeralda rubio, rocítri69, kenelys duran, isabel guerra.

A todos los que me leéis y me dais una oportunidad, y a mis Rose Gate Adictas, que siempre estáis listas para sumaros a cualquier historia e iniciativa. Se os quiere.

PLAYLIST







PERSONAJES

Naomi Park: Protagonista femenina. Exgimnasta, genio tecnológico y creadora de una app de rendimiento deportivo. Sarcástica, brillante y friki de Star Wars, está decidida a demostrar su valía en un entorno que no se lo va a poner nada fácil.

Valentino Dalton: Protagonista masculino. Quarterback titular de los Dallas Cowboys. Carismático, competitivo y bocazas, usa el humor como armadura y carga con más responsabilidad de la que le toca.

Avery Dalton: Hermana pequeña de Valentino. Inteligente, sensible y una de las personas más importantes de su vida. Su salud marcó profundamente la forma en la que él entiende la familia y la protección. Estudia en la SSU.

Padre de Valentino Dalton: General del ejército y padre de Valentino y Avery. Exigente, distante y muy marcado por la disciplina, convirtió a Valentino en alguien que aprendió demasiado pronto a cargar con todo solo.

Camila Ortiz: Mejor amiga de Naomi. Leal, provocadora y magnética; bisexual y cero filtros. Estudia Ciencias del Deporte en la SSU. Sale con Mason y Thiago.

Mason Fitzroy: Carismático, caótico y poliamoroso. Sale con Camila y Thiago. Mejor amigo de Jaxon Reyes.

Thiago Cruz: Reservado, disciplinado y psicólogo deportivo. Cuando terminó de estudiar montó una empresa con Landon y Sienna. Tiene una relación con Mason y Thiago.

Landon Hayes: Hermanastro de Jaxon Hayes. Sale con Sienna tiene una empresa con Thiago y su novia.

Sienna Walsh: Nutricionista deportiva. Sale con Landon Hayes y tienen una empresa para deportistas de élite.

Jaxon Reyes: Hermanastro de Landon. Rebelde con talento, bromista y con un pasado complicado. Ha pasado a ser el ayudante del entrenador Graham en la SSU.

Dr. Seung-Min Park: Padre de Naomi. Astrofísico retirado de la NASA, brillante y excéntrico. Naomi heredó de él la mente analítica, el humor seco y la costumbre de buscar lógica hasta en el caos.

J**i-Yeon Park:** Madre de Naomi. Exestrella del K-pop reconvertida en empresaria tecnológica. Carismática, sofisticada y ambiciosa.

Daniel Park: Hermano mayor de Naomi, obsesionado con la tecnología.

Tyrell "Ty" Hawkins: Uno de los hombres clave del vestuario. Bromista, sarcástico y experto en disfrazar de chiste las verdades que más duelen.

Elijah "EJ" Morrison: Parte del núcleo duro de Valentino. Leal, optimista y de los que creen en el trabajo y en el tiempo. Es uno de los jugadores que más equilibrio aporta al equipo.

Devin Shaw: Integrante del núcleo duro. Cínico, provocador y poco dado a regalar confianza.

Jason "Jace" Rivera: Capitán de los Cowboy. Empático, observador y mucho más humano de lo que aparenta.

Marcus Knight: Running back de los Cowboys y uno de los focos de caos del vestuario. Dramático, competitivo y puro espectáculo, convierte cada pique con Naomi en un show.

Grant Whitaker: Quarterback fichado por los Cowboys y amenaza directa para la titularidad de Valentino. Talentoso, frío e impecable en apariencia, su sola presencia pone en tensión al equipo.

Jerry Joneson: Patriarca de la familia Joneson y dueño del imperio que gira alrededor de los Cowboys.

Elliot Joneson: CEO del holding deportivo y financiero de la familia Joneson. Frío, estratégico y completamente centrado en el negocio, los contratos y la estabilidad de la franquicia.

Vivian Joneson: Responsable de imagen y comunicación. Elegante, controladora y experta en manejar la reputación pública de la familia y del equipo.

Charlotte Joneson: Directora de las Dallas Cowboys Cheerleaders. Inteligente, impecable y envuelta en un escándalo.

Stephen: Marido de Charlotte. Ayudante personal de Vivian.

Grayson Joneson: Hijo pequeño de los Joneson. Encargado del área de innovación tecnológica. Encantador, irónico y exoveja negra de la familia. Tiene fama de mujeriego y viva la vida.

DEDICATORIA

Para quienes han sido juzgados antes siquiera de darse a conocer.
Para quienes crecieron sintiéndose el bicho raro,
demasiado distintos, demasiado intensos…
y aun así decidieron creer en sí mismos, y en lo que hacían.

Para quienes aprendieron a hacer reír, a ocupar poco espacio
y a esconder lo que dolía detrás de una sonrisa fácil.

Para quienes saben lo que es no encajar,
tener que demostrar el doble
y encontrar refugio en la familia que eligieron.

Gracias por estar aquí.

Ojalá este libro te recuerde
que no pasa nada por ser distinto,
por creer en tus capacidades o proyectos,
cuando nadie más lo hace.
Solo necesitas encontrar tu lugar en las personas correctas,
esas que te ven de verdad y deciden formar parte del camino.

Jamás te olvides de que, tus diferencias
son las que te hacen especial, las que te hacen brillar.
Bienvenido a tu familia, siempre formarás parte de mi universo.

Gracias por leerme, por embarcarte en este viaje y por existir.

INTRODUCCIÓN



Naomi

Hay tres tipos de personas cuando el mundo empieza a arder:
Las que entran en pánico.
Las que miran hacia otro lado.
Y las que abren un iPad y se ponen a leer.
Yo siempre he sido de las terceras.

El avión avanzaba entre las nubes, como si nada estuviera a punto de cambiar en mi vida, y yo tenía las piernas cruzadas, el café frío y tres artículos abiertos en la pantalla. Tres. No dos, no cinco. Tres era un número aceptable y mi favorito.

No por misticismo ni superstición barata. Por eficiencia. En psicología cognitiva, el cerebro humano procesa y recuerda mejor la información presentada en tríadas. Tres puntos anclan una idea. Dos se quedan cortos. Cuatro ya exigen esfuerzo. El tres es el equilibrio perfecto.

George Lucas no eligió el tres por épica. Lo escogió porque funcionaba. Tres actos: Planteamiento, caída y resolución. Repetir el patrón no lo hace casual, lo hace funcional. Y yo había seleccionado tres artículos para recordarme a lo que me enfrentaba:

Comunicado oficial de la familia Joneson.
Imagen, poder y silencio.
Cowboys en crisis.

Si aquello fuera *Star Wars* —y, seamos honestos, en mi cabeza casi todo lo era—, Dallas ya no era la ciudad a la que me dirigía, era el centro del Imperio.

Y yo acababa de aceptar un contrato para trabajar dentro.

Deslicé el dedo y me recreé en el texto.

BREAKING NEWS

VOL. 18, NO. 2 ✱ DALLAS HERALD ✱ 10 FEBRERO 2026

COMUNICADO OFICIAL

DECLARACIÓN A LA PRENSA

En los últimos días han circulado imágenes profundamente dolorosas y fuera de contexto que involucran a un miembro de nuestra familia.

Tras una investigación preliminar, podemos confirmar que Charlotte Joneson fue víctima de una situación no consentida, presuntamente provocada por la manipulación de su bebida en un entorno que debía ser seguro.

Las imágenes difundidas fueron grabadas y compartidas sin su conocimiento ni autorización, constituyendo una grave violación de su intimidad y un acto deliberado de daño personal y profesional.

Nuestra familia, profundamente comprometida con sus valores cristianos, atraviesa este momento con dolor, fe y unidad.

Pedimos respeto, privacidad y oraciones mientras dejamos este asunto en manos de nuestros abogados y de las autoridades competentes.

No permitiremos que una campaña de desprestigio destruya el trabajo, la dedicación y la integridad de quienes han servido a esta franquicia durante décadas.

Departamento de Comunicación
Joneson Sports Group



✱ LA FAMILIA AGRADECE LAS MUESTRAS DE APOYO Y ORACIONES ✱

Lenguaje impecable, pulcro, medido al milímetro. Palabras como valores, familia, privacidad, oraciones. Charlotte Joneson aparecía en la foto con gesto sereno, traje claro y una bandera de los Cowboys discretamente colocada al fondo. La imagen perfecta de alguien que no tenía nada que esconder…, o que lo tenía todo encapsulado a la perfección.

Había leído suficientes comunicados como para saber que aquello no iba de contar la verdad, iba de decidir desde dónde se contaba y yo había aceptado trabajar para su familia.

En *Star Wars* sería el momento en el que el Senado asegura que la República sigue funcionando mientras el Canciller sonríe un segundo más de lo necesario. Y todo el mundo aplaude porque es más cómodo que hacer preguntas.

Cerré ese artículo y abrí el siguiente, me gustaba más.

No por morbo, sino por honestidad. No fingía neutralidad. Hablaba de control de daños, de relatos diseñados desde arriba, de cómo el silencio no es ausencia de respuesta, sino una táctica. De cómo, cuando la imagen vale millones, la verdad se vuelve negociable.



TEXAS SOCIAL REVIEW 1 DE MARZO DE 2026

Imagen, poder y silencio

¿CRISIS DE VALORES O CONTROL DE DAÑOS EN LOS COWBOYS?

El comunicado emitido por la familia Joneson ha logrado, al menos en apariencia, frenar la escalada mediática tras el escándalo que involucra a Charlotte Joneson.
Sin embargo, más allá del discurso sobre intimidad, fe y valores familiares que se ha difundido, persisten preguntas incómodas que la organización evita responder.

¿Por qué no existe una investigación independiente?
¿Por qué la animadora implicada ha desaparecido del foco público?
¿Y por qué, una vez más, el relato parece construirse desde el poder?

En una franquicia donde la imagen vale millones, el silencio no es ausencia de respuesta: es una estrategia.

MICHAEL R. COLLINS, ANALISTA EN ÉTICA DEPORTIVA Y COMUNICACIÓN INSTITUCIONAL

Los datos siempre me habían calmado. No porque fueran fríos, sino porque eran claros. Cuando todo se convertía en cifras y patrones, el ruido emocional bajaba de volumen. Era mi manera de no perder el equilibrio. Por eso, cuando competía, los números, los cálculos y las variables hacían que todo cobrara sentido.

Ahora lo necesitaba más que nunca porque había dejado Los Ángeles y, con ello, mi ecosistema seguro. A Camila diciéndome que estaba loca pero que me admiraba un poco. A Avery dándome ánimos, alegando que lo iba a petar. Y a mi familia mirándome como si acabara de anunciar que me iba a unir a una secta.

—¿Por qué Dallas? —cuestionó mi madre en cuanto les comuniqué que me iba a mudar.

Para una mente privilegiada como la suya, cualquier cosa que no fuera Silicon Valley o el Pentágono era poco menos que anecdótica. Tampoco iba a decirle que era el único sitio donde habían dado por buena mi app*. Una tenía su orgullo.*

—¿No es… demasiado…?

«¿Polvoriento? ¿Rancio? ¿De telenovela de los ochenta?».

—Me refiero a… ¿no está lleno de cowboys*? ¿Qué pintas allí? ¿Es por esas volteretas que haces en el aire?*

Eso era para ella la gimnasia artística, y eso que en su juventud fue una idol *del* K-pop.

Mamá lo preguntó con preocupación genuina. Eso casi era peor.

—Casi aciertas —respondí—. Voy por tu penúltima opción.

Pude ver su conexión neuronal trazada en nanosegundos. Abrió los ojos todo lo que los párpados le permitieron.

—No es posible que hayas creído las falacias de algún tunante con espuelas. Seguro que has dado con un loverboy *de esos que te ha obnubilado contándote que tiene pozos de petróleo, ¿no? Porque si es eso, Naomi Park, déjame decirte que ese tipo de hombres solo traen ruina y desgracia.*

—Mamá, deja de ver k-dramas *—la corté—. ¿Por quién me tomas? Yo no soy de las que se enamoran, salvo de su trabajo. Voy por los Cowboys, en plural. El equipo se ha interesado en mi* app*, bueno, su dueño, y me han hecho una oferta irrechazable. Así que,*

como mínimo, no vuelvo hasta enero. Y, con suerte…, hasta la Super Bowl.

—¡¿Qué?! ¡¿Cómo?! ¡¿Cuándo es eso?!

Típico de mi madre no conocer la fecha de un evento que paralizaba a todo el país.

Papá no dijo nada. Me observó por encima de sus gafas con esa expresión que significaba «te escucho, pero te voy a exigir una explicación digna de una tesis».

—No es una corazonada —dije—. Es una oportunidad real. Mi app *funciona. Funciona de verdad. Y esa gente cree en ella… y en mí. Si todo va como espero, puedo ganar muchísimo dinero.*

Silencio.

—Funcionar en un entorno hostil es complejo —apuntó mi padre con voz casi neutral.

—¿Quién ha hablado de hostilidad?

Toda mi atención se centró en su respuesta.

—Si no recuerdo mal, la última vez que me hablaste de tu proyecto iba de analizar a deportistas, detectar fallos y señalar puntos débiles. Dudo que a hombres con más testosterona que neuronas les entusiasme la idea de que metas el dedo en sus disfunciones.

Y yo pensando que no me escuchaba nunca.

—Mi app *va a ayudarlos —respondí—. Soy el milagro que necesitan, no una astilla en sus botas.*

Daniel fue el único que sonrió.

—Dejadla. Si alguien puede sobrevivir al Imperio de los machacas, sin sable láser ni pelota, es ella.

No supe si aquello era un cumplido o ganas de que me estrellara. Con mi hermano nunca se sabía.

Si de algo era consciente es que nunca había sido especialmente buena cayendo bien, no obstante, era eficaz.

Respiré hondo y abrí el último artículo. El que importaba, el que me estaba llevando a 1.246 millas de casa.

El titular era demoledor: «Cowboys en crisis: una temporada marcada por pérdidas, escándalos y un futuro incierto».

Incierto.

Siempre me había parecido una palabra injustamente demonizada. La incertidumbre no era el problema. Fingir que no existía, sí.


THE DALLAS HERALD

Dallas Sports Review

SPECIAL EDITION

VOLUME 16 ANÁLISIS DE TEMPORADA JUNIO 2026

COWBOYS EN CRISIS

UNA TEMPORADA MARCADA POR PÉRDIDAS, ESCÁNDALOS Y UN FUTURO INCIERTO.

Los Dallas Cowboys cierran una de las temporadas más turbulentas que se recuerdan en la franquicia. La presión sobre la directiva es máxima. Afición, patrocinadores y analistas coinciden en que el margen de error de cara a la próxima temporada es prácticamente inexistente.

Con la salida de Levi Carter como *quarterback* titular, todas las miradas se centran ahora en Valentino Dalton, el joven jugador llamado a liderar una nueva etapa.

Aunque su rendimiento mostró una mejora evidente en los últimos encuentros, persisten las dudas tras la dura derrota sufrida en su primer partido como QB1, en un contexto ya marcado por la inestabilidad del equipo.

El primer partido en el que Dalton tuvo que sustituir a Carter —tras el fallecimiento de la exmujer de este en un trágico accidente de coche— terminó en una derrota contundente que dejó al descubierto un vestuario fracturado y sin rumbo.

Desde entonces, el *quarterback* ha evolucionado, ha ganado confianza y ha mostrado destellos de liderazgo que invitan al optimismo. Sin embargo, en una ciudad como Dallas, el potencial rara vez es suficiente.

La pregunta sigue en el aire:

¿Es Valentino Dalton la pieza que necesitan los Cowboys para reconstruirse... o un nuevo riesgo asumido en el peor momento posible?

www.dallassportsreview.com hello@.dallassportsreview.com 123-456-7890

El texto hablaba de presión, de fracaso, de una franquicia incapaz de sostener el peso de su propio nombre. De cómo la salida de Levi Carter había dejado un vacío incómodo y de cómo todas las miradas

se centraban ahora en Valentino Dalton, el joven *quarterback* llamado a liderar una nueva etapa.

Leí su nombre sin detenerme. Como si fuera una estadística más. Como si no supiera con exactitud quién era. Como si su foto no provocara ese latigazo interno que me obligó a apretar los muslos.

«Error número uno, Park: fingir que algo no te afecta no lo vuelve irrelevante».

Demasiado guapo para burlarse de él con facilidad. Y esos ojos azules cargados de esa chispa eléctrica…, maldita sea, siempre había tenido debilidad por ese color.

El avión dio una sacudida. Un aviso oportuno.

Ni siquiera me di cuenta de que habíamos aterrizado hasta que alguien aplaudió con entusiasmo desmedido. Guardé el iPad.

Ojalá apagar la pantalla sirviera también para sacarlo de mi cabeza.

Habían pasado meses desde la última vez que lo vi. Mi última final, la fiesta de celebración... Y él uniéndose como si fuera uno más. Nunca lo había sido, no para mí. Aunque había cosas que era mejor no revisar con demasiado detalle.

Prefería entretenerme con mi enmascarado favorito para canalizar tensiones y olvidarme de Dalton.

No había venido a Dallas por amor ni por nostalgia. Tampoco porque alguien me hubiera hecho una promesa que implicara mi corazón.

Estaba ahí porque alguien había confiado en mi trabajo y porque necesitaba demostrar que mis datos no solo eran brillantes en teoría: funcionaban de verdad.

Me tomé como un buen augurio que mi maleta saliera la primera en la cinta transportadora. Práctica, funcional y orgullosamente mandaloriana, regalo de mis amigas para que las recordara.

Me dirigí a la salida, donde un chófer me esperaba con mi apellido en un cartel ornamentado.

¿Así sería mi vida a partir de ese momento?

Un saludo correcto. Un trabajador del Imperio encargándose de mi equipaje y yo intentando no pensar demasiado.

El trayecto hasta el hotel transcurrió en silencio. Autopistas infinitas, luces blancas, un cielo excesivo. Dallas no tenía la estética caótica de Los Ángeles ni su promesa constante de reinvención. Era directa, sólida, exigente. Como la NFL.

En la habitación fui directa a la cama. Prioridades.

Volví al iPad, releí fragmentos, marqué frases. Vestuario dividido. Presión desde arriba. Margen de error inexistente. Y, entonces, volvió a aparecer.

Valentino Dalton vestido de blanco. No como recuerdo de alguien que hacía la primera comunión. Como presente.

El nuevo QB1.

El heredero incómodo.

El tipo al que estaban midiendo con la sombra de otro.

Sentí ese tirón en el estómago que no aparecía en ningún gráfico. No era miedo, tampoco nostalgia. Se trataba de pura incomodidad.

No estaba ahí para analizar conceptos abstractos. Iba a observar, evaluar y medir a personas reales, y una de ellas era él.

Lancé el iPad sobre el colchón con más fuerza de la necesaria.

Demostrar que mi *app* funcionaba era una cosa.

Reencontrarme con Valentino Dalton otra muy distinta.

Me puse en pie y fui directa al espejo del baño. Ojeras leves. Pelo recogido sin intención estética. Cara de alguien que había venido a trabajar, no a gustar.

Esa era yo, una mujer con objetivos inmediatos y cero ganas de perder el control.

Los Cowboys llevaban un año lleno de fallos en el sistema y yo no pensaba convertirme en un error.

CAPÍTULO 1



Valentino

Desperté con un gemido gutural.

Estaba soñando que una aspiradora me engullía las pelotas, y no veas el gusto que daba. Cuando entreabrí un ojo, entendí el porqué. La realidad no era que los electrodomésticos hubieran tomado el control del sexo sin ataduras, más bien que una Bratz Superstar con un par de tetas preciosas, unos labios extragruesos y un poder de succión 3.0 —por el que Dyson mataría por la patente— estaba ajustada como un guante a mi polla.

—La virgen… —murmuré, llevándome una mano a la cara—. Esto sí que es un buen despertar.

Un jadeo satisfecho y una pausa calculada me confirmaron que la morena de anoche se tomaba su hazaña con una intensidad admirable. Pensé seriamente en sugerirle que impartiera un máster en técnicas bucales, convalidable en cualquier liga profesional.

Tres succiones más y mis cuerdas vocales estallaron al ritmo que se vaciaba mi reserva estatal de esperma.

No pude abrir los ojos hasta que terminé.

Levantó la cabeza un segundo y la imagen que me devolvió fue la de una ardilla con los carrillos llenos a modo de despensa.

—Traga o escupe, tú eliges —pronuncié, aún medio dormido—. No te ofendas, nena, pero soy muy joven para convertirme en padre y, con las cosas raras que hay ahora, prefiero asegurar.

Me miró ofendida… y terminó tragando.

—Saca la lengua.

Más valía prevenir que lamentar.

Obedeció.

—Buena chica.

Le acaricié la cabeza mientras me desperezaba y ella subía para tumbarse sobre mi cuerpo. Pasé por alto que una de las pestañas postizas se le hubiera despegado y colgara con dignidad cuestionable. Minucias sin importancia después de la mamada que me acababa de ofrecer.

Miré a mi alrededor. El ático de Levi Carter —bueno, ahora mío porque pagaba de manera religiosa el alquiler— era una locura. Cristal, vistas de Dallas que parecían sacadas de un anuncio de relojes caros y esa facilidad peligrosa para acostumbrarse a lo bueno.

Alargué el brazo para coger el móvil justo cuando ella comenzó a mordisquearme el cuello y a afirmar que no era «de esas».

Seguro que sí. Anoche no dudó en pedirme un autógrafo que seguía manchando la piel del escote.

La pantalla se encendió y, cuando logré focalizar, casi la tiré del colchón. Suerte que la cama era tamaño miniestadio.

—¡Mierda, mierda, mierda! —Salté de la cama de un bote—. ¿Por qué cojones no ha sonado la alarma?

—Porque pensé que preferirías despertar así —dijo la morena, relamiéndose.

No le faltaba razón. Aunque podría haberlo hecho media hora antes.

El problema era que ese día empezaba la pretemporada y al entrenador le importaba un cojón lo bueno que hubiera sido mi despertar.

Mi salud testicular corría serio peligro si llegaba tarde. Harlow no dudaba en patear pelotas, metafóricas o no.

Y por muy Dyson que fuera mi compañera de cama, no merecía perderlas el primer día.

La puse a vestirse y largarse al mismo ritmo que yo me metía bajo la ducha.

Cinco minutos después, bajaba al garaje en calzoncillos, con la camiseta en la mano y esa prisa que solo se tenía cuando sabías que alguien con silbato y muy mala hostia podía arruinarte la semana.

El deportivo italiano me esperaba brillante y provocador, como si supiera que no estaba para contemplaciones. Arranqué y salí disparado, prometiéndome —sin convicción— no volver a mezclar sexo casual con lunes importantes.

Noventa.

Cien.

Ciento diez millas por hora.

Texas tenía muchas cosas malas, pero una buena: nadie se sorprendía si conducías con intención de pagar la multa.

Llegué a las instalaciones con el tiempo justo, el pulso acelerado y esa sonrisa automática que usabas cuando no sabías si estabas ganando o simplemente evitando que te partieran la cara.

El vestuario ya estaba medio lleno, y se notaba.

No era el ruido. Era la ausencia de él.

Miradas medidas. Silencios largos. Ese ambiente de pretemporada en el que nadie regalaba nada.

No esperaba abrazos como en la SSU, pero tampoco ese recelo de «aún no eres de los nuestros».

Perfecto. Empezábamos de la hostia.

Paseé la vista por el núcleo duro de Levi. Porque sí, seguían siéndolo, aunque mi antecesor ya no estuviera.

Cada uno tenía su nombre en la taquilla, pero siempre acababan juntos, apoyados en armarios vecinos, moviéndose como si esa zona del vestuario tuviera memoria muscular.

Tyrell «Ty» Hawkins, receptor veterano y mejor amigo de Levi. Ironía defensiva de serie, sonrisa fácil y esa manera suya de usar el

humor como escudo cuando algo le importaba de verdad. En eso nos parecíamos.

Elijah «EJ» Morrison, línea ofensiva, optimista incurable y creyente fiel del «confía en el proceso».

Devin Shaw, linebacker, cínico, provocador y nostálgico del liderazgo que ya no estaba, aunque jamás lo confesaría.

Y Jason «Jace» Rivera, tight end, conector emocional, empático, en plena crisis personal. Desde que su novia del instituto lo dejó hacía unos meses, se rumoreaba que se tiraba a todo lo que llevara falda. Era el único capaz de ver a la persona antes que al quarterback.

Yo había ido pegado a los talones de Levi y de Ty durante meses.

Como un cachorro grande y torpe, aprendiendo a base de observar, meter la pata e intentar encontrar mi sitio.

Ahora Levi no estaba y Ty… seguía ahí.

¿El problema? Podía heredar su ático, su puesto, pero no sus amigos; ahí radicaba la diferencia.

Hawkins fue el primero en abrir la boca, porque él siempre era quien abría.

—Mirad quién ha decidido aparecer —dijo—. El heredero oficial del trono que empezó como bufón de la corte.

—Más vale hacer reír que llorar —respondí, dejando la mochila—. Tú, por ejemplo, llevas llorando desde que Levi se fue.

Hawkins sonrió.

—Te recuerdo que tú nos hiciste llorar en el primer partido, Dalton.

—Somos un equipo —repliqué—. Yo fallé, sí, pero no fui el único.

Si quería que esos tíos me respetaran, a veces hacía falta enseñar los dientes.

Cabeceé hacia él.

—Tú soltaste dos balones en rutas limpias, EJ llegó tarde a un bloqueo y Devin se quedó medio segundo vendido en la cobertura, lo cual nos reventó el marcador. ¿Seguimos señalando o hacemos memoria completa?

Alguna risa. No demasiadas, las justas para saber que había hecho lo correcto.

EJ Morrison alzó la barbilla en un gesto breve. Con EJ bastaba eso.

Si dudaba de ti, no levantaba ni la vista.

—Todos sabemos cómo acabó.

—Exacto —respondí—. Con una derrota como equipo.

Rivera se acercó y me dio una palmada en el hombro.

—Todo bien. No entres a la primera, cachorro.

No era una pregunta.

Era un salvavidas.

Shaw no dijo nada, lo cual era peor.

Él era quien se metía con Levi por afición. Solo atacaba cuando veía un oponente digno, y eso significaba que yo no lo era.

Mientras me cambiaba, pensé en lo sencillo que había sido todo en la universidad.

Allí, yo era el puto rey. Carteles. Portadas. Entrevistas para los medios que me auguraban un futuro como profesional. Dormía tranquilo.

Creí que en la NFL sería igual; error de novato.

Mi pase fue fugaz. De estrella a estrellado en un único partido. Fue como lanzarme por un acantilado sin comprobar la profundidad del agua.

Dolió leer los titulares afilados y ver mi nombre al lado de la palabra «decepción».

Fallé porque dudé. Porque aguanté pases que tenía que soltar. Y aquí, medio segundo era regalarle el partido al oponente.

Comprometí el arranque de la temporada. Y eso no se borraba con buenas intenciones.

Por eso, cuando pude sacarme un as de la manga y asegurarme entrenamientos personales con el príncipe de los Cowboys, no lo dudé.

Levi Carter me entrenó durante meses. A solas. Sin discursos. Sin condescendencia. Y este verano, antes del arranque, estuve un par de semanas en su pueblo para que me hiciera una puesta a punto.

Me corrigió como se corregía a alguien que podía llegar lejos… o joderla a lo grande.

Durante la temporada mejoré. No lo suficiente para alcanzar los playoffs. Sí lo bastante para que, cuando anunció su retirada, la franquicia apostara por mí y una marca de deportivos me regalara el coche que conduzco.

Carter me alquiló su ático. Mi nuevo contrato me lo permitía.

—No te confundas, Dalton —me dijo—. Si lo hago es porque puedes pagar cada desperfecto… y porque sé dónde ir a buscarte si la lías. No lo olvides, sé dónde vives y el código de acceso.

Había heredado su puesto. No su vestuario. Eso solo se ganaba demostrando.

Harlow se personó ante nosotros y se hizo el silencio.

Su ceño fruncido demostraba que no estaba de buen humor.

Fue breve y directo. No estaba para mierdas ni para preguntarnos qué tal las vacaciones.

—El año pasado fue inaceptable —arrancó—. Y esta temporada no voy a pasar una.

No se oyó ni una maldita respiración.

—Espero que hayáis descansado porque, a partir de hoy, no vais a hacerlo. Tengo órdenes claras desde arriba y no me va a temblar el pulso para hacerlas cumplir si alguien no está a la altura de su contrato. Se os paga para rendir, para ser el mejor equipo de Norteamérica, así que, si alguien no es lo que se espera, habrá cambios.

Ahí sí se movió el aire.

Miradas cruzadas. Mandíbulas tensas. Ty chasqueó la lengua. EJ se quedó inmóvil. Devin ladeó la cabeza.

—Nadie tiene el puesto asegurado —añadió Harlow—. Ni siquiera yo. Así que vamos a empezar moviendo el culo, demostrando de lo que sois capaces. Al campo. ¡Ya!

Nunca habíamos salido tan rápido, y cuando regresamos dos horas después, lo hicimos sudados, con los pulmones en huelga y la convicción de que nadábamos en un mar infestado de tiburones y en plena tormenta.

—Cuando dicen «cambios», alguien acaba jodido —murmuró Ty, dejándose caer.

—O en el banquillo —añadió Devin, clavándome la mirada.

—¿Tienes algo que decirme? —pregunté.

—Tengo memoria —respondió—. Y no soy de los que repiten. Si de mí dependiera, no serías el QB1.

—Pero no depende de ti.

Jace se metió en medio.

—Primer día. Bajemos revoluciones. Aquello fue una cagada de novato y se trata de aprender. No es cómo se empieza, sino cómo se acaba.

—Precisamente —replicó Shawn sin dejar de hacer sangre—. Empezamos mal y terminamos peor. No me apetece perder patrocinios ni quedarme fuera de los playoffs.

Podía parecer un ataque, salvo que, viniendo de él, más bien se trataba de una advertencia.

Respiré hondo, apoyado en la taquilla mientras Devin pasaba de largo.

Ser QB1 no iba solo de lanzar bien. Iba de leer miradas, silencios, dudas ajenas. De ser rápido. Directo. Sin titubeos. Y de que tu equipo creyera en ti.

Ty volvió a acercarse.

—Pasa, ya sabes que es un capullo.

—Ya, bueno, sé que a sus ojos y a los de muchos no me he ganado el puesto, aunque lo haré.

—Oye —dijo, bajando la voz—, he escuchado que habrá cambios.

—Con eso ha amenazado el entrenador.

—Me refiero a que los habrá de verdad… Y se rumorea que será en los quarterbacks.

Levanté la cabeza con la señal de alarma activada.

—¿Qué quieres decir con eso?

Hawkins sonrió sin humor y se encogió de hombros.

—No quiero hablar porque no lo sé a ciencia cierta y puede que, quien me lo dijese, fuera de farol. Lo único que puedo decirte es que esas cosas nunca te las cuentan hasta que son oficiales.

Y en ese segundo exacto entendí que el puesto que creía haber ganado… quizá no me pertenecía.

CAPÍTULO 2



Naomi

El día anterior no salí de la habitación.

No fue miedo, sino logística.

Cuando aterrizabas en territorio enemigo —o, como mínimo, desconocido—, lo primero era reducir variables. Y yo acababa de instalarme en el corazón de una franquicia histórica bajo una presión que no aparecía en ningún examen. Así que decidí no añadir estímulos innecesarios.

La *suite* ayudaba.

Me alojaron en el Omni Frisco Hotel at The Star. Tenía una *King Bed Suite View* para mí sola. Amplia, bonita, funcional, luminosa y peligrosamente bien ubicada. Desde el ventanal se veía el complejo de entrenamiento, como si alguien hubiera colocado el tablero justo bajo mi nariz para comprobar si sabía mover las piezas.

Necesitaba bajar la tensión y sabía justo cómo hacerlo.

Me preparé un baño largo. Había aprendido que el agua caliente aflojaba músculos y templaba la inquietud. Mientras la porcelana se llenaba de burbujas y el aroma a flor de cerezo se extendía por el baño, las luces del complejo se encendían a lo lejos, una a una.

Entonces, y solo entonces, entré en mi lugar favorito de la red.

Val Daver emitía hoy uno de sus directos.

Dejé caer la ropa, me sumergí hasta que el agua me cubrió el pecho y el vapor se adueñó del espacio, suficiente para camuflar mis mejillas encendidas. El ventanal se empañó. Frisco brillaba insolente al fondo.

Pantalla en negro. Un segundo de espera y apareció mientras el tema *Lost in the fire*, de Gesaffelstein y The Weeknd, sonaba de fondo, como un rumor.

El casco de Darth Vader fue lo primero que llamó mi atención. Negro mate. Imponente.

El torso desnudo, iluminado desde abajo, sombras marcando cada línea con una precisión que me secaba la boca.

El fondo había cambiado de nuevo: Mustafar. Lava digital fluyendo detrás con una fidelidad que solo alguien muy bueno —o peligrosamente obsesivo— se tomaría el trabajo de replicar.

—Buenas noches —saludó a su audiencia, y el modulador de voz grave me recorrió la espalda como un escalofrío—. Veo *nicks* nuevos.

Los comentarios empezaron a subir. Corazones. *Emojis*. Apodos imposibles.

Yo escribí despacio, con el pulgar aún húmedo.

Hasta hoy solo observaba, pero había decidido que el cambio de ciudad merecía dar un paso más allá, aunque él no se fijara en mí.

@Rey_Parks03: *Buenas noches, lord Daver.*

La pausa fue mínima. Exacta.

—Vaya… —respondió—. Una Rey entre tanta oscuridad. Interesante elección, mi señora.

«¡Joder, no puede estar hablándome a mí!».

El labio me tembló. El hormigueo entre mis muslos fue inmediato.

No esperaba que me respondiera. Mucho menos así. La mezcla de anonimato y atención me golpeó con una energía eléctrica.

—¿Sabes por qué Vader es uno de mis personajes favoritos? —continuó, como si charlara conmigo y solo conmigo. Siempre

hablaba así en los directos—. Porque no pide perdón por lo que es. Abraza el lado oscuro cuando otros siguen fingiendo que la luz siempre basta. Él sabe que no basta, y tú también. Hoy quiero que abraces el mío.

Tragué saliva.

Mis dedos se deslizaron bajo el agua. Lentos. Conscientes.

La respiración empezó a acompasarse sin pedírselo.

Escribí de nuevo, arriesgándome a que no respondiera o a que se me cayera el móvil a la bañera. Cada vez había más gente conectada.

@Rey_Parks03: *A veces, la luz cansa. Demasiadas expectativas.*

—Exacto. —Mi corazón se detuvo—. La oscuridad no exige. Solo recibe, y yo quiero que me recibas en ti.

El gemido se me escapó antes de poder contenerlo.

Sus manos entraron en plano. Dedos largos. Firmes. Se movían despacio, con una seguridad obscena. No hacía falta mostrar nada más. La voz y el ritmo hacían el trabajo.

—Relájate —murmuró—. Deja que el ruido se apague. Aquí no tienes que demostrar nada. Solo estamos tú y yo. Cruza conmigo… y déjate llevar.

Cerré los ojos.

El agua, el vapor, su voz. Todo encajaba con una precisión peligrosa.

—Bienvenida a mi lado del Imperio —añadió—. Quédate lo que necesites.

Me toqué, imaginando que era él. Era inevitable.

Hundí los dedos en mi interior, mirando los suyos, escuchando cualquier cosa que tuviera que decir. Recreándome en su cuerpo. Era mi placer culpable. El único que me permitía. El agua se balanceaba con suavidad mientras mi respiración se rompía y el cuerpo pedía más, ávido de alivio.

Me deshice en espasmos contenidos justo antes de que el temporizador marcara el final del directo.

Sus emisiones nunca duraban más de veinte minutos. Quizá por eso resultaban tan intensas. Tan fugaces. Tan inalcanzables.

La pantalla se fundió a negro.

El silencio se apoderó del baño.

Apoyé la cabeza en el borde, respirando hondo.

Dejé el móvil en el suelo.

Durante unos segundos, mi mente quedó en blanco. Había imaginado que solo estábamos nosotros. Aunque no fuera verdad. Funcionó.

Pedí la cena por *room service*. Algo ligero. Nada que pudiera traicionarme a la mañana siguiente.

Comí en el salón, descalza, con el iPad abierto y la presentación desplegada en capas. Ajusté gráficos. Simplifiqué mensajes. Eliminé cualquier frase que sonara a promesa vacía.

No era una charla motivacional, se trataba de mi futuro.

Cuando me acosté, lo hice con esa sensación conocida desde la gimnasia artística: el cuerpo cansado y la cabeza acelerada. Por fuera, calma impostada. Por dentro, un ataque contenido a la perfección. El mismo que aparecía segundos antes de salir al tapiz.

Dormí poco.

Pero suficiente.

Ahora, mientras me preparaba para la primera reunión, ese nudo seguía ahí, firme, recordándome que el equilibrio no consistía en no caer, sino en saber caer y seguir.

Elegí la ropa con cuidado.

Pantalón de pinzas negro. Camisa blanca impecable. Chaleco ajustado que me daba un aire de joven profesional sin pasarse. Zapatos de salón para parecer segura y cómoda; el tacón era ancho y cuadrado. Nada de caminar sobre agujas.

Según mamá, que de moda entendía un rato, la ropa era tu forma de presentarte al mundo, ella plasmaba esa primera impresión que querías transmitir. Y yo estaba a punto de presentarme al Imperio.

Desayuné en la habitación.

Un té *matcha*. Algo de fruta.

Volví a revisar la presentación una última vez, no porque hiciera falta, sino porque la primera impresión lo era todo y necesitaba un chute extra de reafirmación. No era inseguridad, más bien supervivencia.

Por fin salí de la *suite*, con el iPad bajo el brazo y esa postura que se entrenaba durante años: espalda recta, mentón alto, respiración controlada. No importaba que por dentro todo estuviera en modo alarma. Por fuera, profesionalidad absoluta.

Para llegar del hotel a las instalaciones solo tenía que atravesar un pasillo interior, acristalado, que conectaba ambos mundos sin necesidad de pisar la calle. A un lado, el reflejo del cielo texano. Al otro, la maquinaria engrasada a la perfección de los Cowboys.

Todo era grande, pulcro, intimidante.

Nada estaba puesto al azar.

El área administrativa se abría en una de las plantas superiores. Tonos neutros salpicados por los colores del equipo y la bandera americana. Muy patriótico. Muy calculado. Líneas limpias, ausencia total de caos.

Fotografías enmarcadas de momentos gloriosos que no necesitaban explicación. Todo hablaba de legado y expectativas.

Una secretaria levantó la vista al verme. Podría haber sido una DCC, tal vez lo hubiera sido en algún momento.

—¿Naomi Park?

—Sí.

—El señor Joneson la está esperando. Ha llegado puntual —dijo con una sonrisa leve—. Sígame, por favor.

Caminamos sobre un suelo alfombrado que amortiguaba nuestros pasos, como si incluso el edificio supiera que ahí dentro no se alzaba la voz sin permiso.

—Su primera reunión es con el señor Grayson —añadió—. Su despacho está al fondo a la derecha.

Asentí y tragué saliva cuando nos detuvimos frente a la puerta.

Si hubiera sido Camila, ya hubiese hecho diez preguntas, dos bromas y habría acabado charlando con la secretaria sobre su manicura como si se conocieran de toda la vida. Yo no funcionaba así. Nunca lo había hecho.

Ella golpeó con suavidad, anunció mi llegada y me cedió el paso, cerrando en cuanto puse un pie en el interior.

El despacho era amplio y luminoso, con vistas parciales al complejo. Moderno. Funcional. Sin exceso. Me dio la sensación de que alguien había querido diferenciarlo del resto a propósito.

No tuve que preguntarme quién era el artífice.

Grayson Joneson estaba ahí, de pie, aguardando con una sonrisa afable.

Sabía quién era porque una no cruzaba medio país sin hacer los deberes.

El pequeño de los Joneson tenía veintinueve años. Pelo castaño. Ojos grises. Traje caro, sin corbata como declaración de intenciones. La prensa lo adoraba y en las fotos solía aparecer acompañado de mujeres imponentes, casi siempre a su altura.

Sí. Mi jefe directo era guapo y estaba bueno.

Tragué mientras avanzaba.

—Naomi —dijo, ofreciéndome la mano—. Bienvenida.

El contacto fue breve, profesional… y, aun así, sentí un pequeño estremecimiento. Era imposible que Grayson Joneson rozara algo sin provocar una reacción en cadena. Estaba bastante segura de que hasta su silla gemía cuando se sentaba.

«Tus pensamientos impuros son culpa de tus tocamientos nocturnos, Parks». Estaba tan habituada a que me llamaran así que hasta yo me reñía usando mi sobrenombre de la SSU.

«Céntrate, Naomi».

—Gracias. Encantada, señor Joneson.

—El señor Joneson es mi padre. —Sonrió—. Yo soy simplemente Grayson, apenas nos llevamos unos años. ¿Seis te parece demasiado?

—Para nada…

—Me alegro. ¿Qué tal el vuelo? ¿Todo a tu gusto en el hotel?

—Perfecto. La habitación es… impresionante.

Sonrió con algo parecido al orgullo.

—Quería que estuvieras cómoda. Esa es mi favorita. Las veces que me he quedado en el hotel, he dormido en ella.

Mi cerebro tuvo la audacia de imaginarlo entre mis sábanas y volví a estremecerme. Genial. Mi jefe se había acostado en mi cama. No al mismo tiempo que yo, claro, aun así, era… raro.

—Si necesitas cualquier cosa, dímelo.

Y ahí fue cuando empecé a hablar demasiado rápido.

Por culpa, exclusivamente, de mis pensamientos fuera de sitio.

—Quiero asegurarle que no se ha equivocado conmigo. La *app* funciona. Tengo datos, modelos predictivos, análisis cruzados, simulaciones… Si quiere, puedo enseñárselo ahora mismo.

Levantó una mano con calma.

—Naomi, relájate y siéntate, por favor. ¿Te apetece algo de beber? ¿Un vodka? —Lo miré espantada—. Es broma, mujer.

—Agua estará bien.

—Por supuesto.

Se acercó a un mueble auxiliar.

—Creo en ti y en tu proyecto —dijo mientras llenaba el vaso—. Mi padre es de la vieja escuela, lo conocerás en unos minutos. Yo no. Estoy convencido de que ambos —nos señaló— somos el cambio que este equipo necesita. Aire fresco. Por eso contactamos contigo. Nuestros chicos te necesitan.

El calor volvió a subir por mis mejillas. Perfecto. Ruborizarse otra vez. Muy profesional.

—He estudiado la situación del equipo —añadí.

—No esperaba menos. Tus aportaciones serán clave para esta temporada.

Asentí, algo más centrada.

—Además… —me observó con curiosidad genuina—, he visto tu expediente y me ha dejado KO. Titular del equipo de gimnasia artística que se alzó con el oro en la NCAA. De las primeras de tu promoción. Y creadora de una *app* que envidiarían los fundadores de Google si hicieran deporte de alto nivel. Eres fascinante.

Me encogí de hombros.

—No es para tanto.

—No te quites mérito. Sí lo es. A tu edad, yo ni siquiera sabía dónde tenía el norte, y tú, sin embargo… —Chasqueó la lengua—.

Eres un ejemplo a seguir. No dejes que nadie te diga lo contrario y, si lo hacen, apártalos, no merecen estar cerca de ti.

Ojalá pudiera presentarle a mis padres.

Algo en su tono me desarmó.

Tuve que recordarme, con firmeza, que era mi jefe, no un tipo con el que había quedado para ligar.

—Trabajaremos codo con codo —añadió—. Reunión semanal, como mínimo una. Quiero avances, datos, conclusiones. Y… —bajó la voz—, de propina, te daré algún consejo para enfrentar al viejo dragón cascarrabias. Por ahora, céntrate en eso, que a mí ya me tienes ganado.

Eso último me arrancó una sonrisa.

Bebí el vaso casi del tirón y escuché con atención todo lo que me ofreció.

A los quince minutos fuimos rumbo a la guarida del dragón.

El despacho de Jerry Joneson imponía. Más grande. Más oscuro. Fotografías familiares. Una cruz discreta en la pared. Sensación de poder antiguo, de dinero texano y fe.

Me observó sin sonreír.

Me midió con aquellos pliegues que decoraban sus ojos. Lo que él desconocía era que estaba acostumbrada a que me miraran así. Mis padres, mis entrenadores, los jueces… Siempre había alguien evaluándome.

—Así que usted es la joven de la *app* —dijo.

—Me llamo Naomi Park, señor, encantada de conocerlo.

—No creo demasiado en estas cosas modernas, pero mi hijo dice que eres nuestra salvación. Según mi parecer, la salvación está en Dios y en el campo, en tener buenos jugadores y mejores entrenadores.

—Lo entiendo —respondí—, pero hay veces que no basta con un golpe de talonario, señor. Hay que saber dónde está el error y anticiparse. —Creí escuchar una risita ahogada a mi espalda que le hizo fruncir el ceño de un modo más aterrador, sin embargo, no aflojé, igual que si estuviera en una diagonal de suelo—. Ahí es donde entro yo, voy a darle una herramienta para lograrlo.

Se inclinó ligeramente.

—¿Insinúa que mi *staff* no sabe hacerlo?

—Insinúo que la experiencia es clave —dije sin bajar la voz—, pero que los parámetros medibles pueden darle a Mitch Harlow la capacidad de reacción que necesita para saber si es mejor mantener a su QB1 más allá del primer tiempo, antes de que les haga perder el partido y, con él, la fe del equipo.

Lo vi apretar los puños.

—O entender por qué se desvían los balones que golpea su pateador cuando la presión sube.

Silencio.

Si Valentino hubiera estado presente, con toda probabilidad me habría lanzado por la cristalera al oírme utilizarlo como ejemplo. No obstante, necesitaba ese golpe de efecto. Convertir las llamaradas del señor Joneson en humo.

Me aclaré la garganta.

—Eso es lo que promete mi *app*, señor —continué—. Anticiparse. Detectar el problema. Analizar posibles soluciones y dejar el resto en manos de su equipo técnico. No quiero sustituirlos, solo darles más herramientas para ganar la Super Bowl.

Y ahí estaba mi *touchdown* final.

No sonrió.

—Creer en mí no es un acto de fe.

Sus ojos se afilaron.

Grayson intervino antes de que el silencio se volviera incómodo.

—Te dije, papá, que la señorita Park es justo lo que necesitamos.

—Ya lo veremos —sentenció Jerry—. Comprobaremos si lo que ofrece es real. Bienvenida a los Cowboys, señorita Park.

—Gracias, señor.

Salí de allí con la espalda recta y el corazón acelerado.

Con ganas de saltar, brincar y abrazarme a mi nuevo jefe. Y eso que yo no era el parangón de la efusividad.

Según Grayson, todo había ido sobre ruedas y lo había bordado.

Estaba dentro. Era consciente de que tendría que ganármelo todo, eso ya lo sabía.

Lo que no había comprendido hasta ese momento era que no había venido solo a demostrar que mi proyecto era la leche, sino a

cambiar las reglas del juego.

CAPÍTULO 3



Valentino

El sabor amargo seguía ahí.

No en la boca. En la cabeza.

Las palabras de Ty del día anterior no se habían disipado ni con una ducha larga ni con café cargado. Y lo del entrenador…, eso no había sido un aviso. Fue una advertencia con fecha de caducidad, escrita en mayúsculas y sin margen de error.

Como era habitual, el segundo día fui a desayunar con los chicos a The Star con esa sensación incómoda de estar en un sitio que era tu casa… pero no del todo. El comedor era amplio, luminoso, impecable. Demasiado bonito para la cantidad de testosterona, proteínas y estupideces que se manejaban allí cada mañana.

En cierto modo se parecía a la SSU, solo que allí estaba con mis colegas de verdad. Los que ahora vestían otros colores y a los que, tarde o temprano, tendría que reventar en el campo.

Cogí una bandeja repleta de huevos, beicon, cereales con avena y leche de almendra. Le añadí frutos secos y fruta deshidratada como si estuviera alimentando a un caballo de carreras. Proteína por un tubo y que no faltaran los carbohidratos.

El menú de siempre para tipos que vivían con el cuerpo como herramienta de trabajo… y con el cerebro en modo ahorro de energía.

Me senté con los chicos y empecé a pinchar el plato sin hambre real. El ruido de fondo me llegaba amortiguado. Risas. Bromas. Cubiertos chocando. Todo normal por fuera.

Por dentro estaba atrapado en el mismo pensamiento desde que abrí los ojos:

«¿Y si todo esto se acaba antes de empezar?».

—Eh —un codazo me sacó del bucle—, ¿qué te pasa, Dalton? ¿No están buenos los huevos o es que hoy te has levantado sensible?

Hawkins me miró con esa media sonrisa suya. La de «sé exactamente dónde apretar».

—Si quiero buenos huevos, ya tengo los míos, gracias —gruñí, con un gesto obsceno que llevó la mano a mi entrepierna—. ¿O quieres comprobarlo?

Marcus Knight soltó una carcajada desde enfrente.

—Igual es que al chaval ha vuelto a visitarlo Perkins.

La mesa estalló en risas.

Genial. Mi legado. A las tías les bajaba la regla y a mí mi hemorroide ficticia.

Perkins era el nombre con el que bautizaron a la almorrana que fingí tener el año pasado. Todo para echarle una mano a Levi con su hijo y cubrirle las espaldas a Skyler.

Knight tenía un humor de cojones. Era el running back principal. Tan bueno corriendo como soltando gilipolleces. El payaso del vestuario…, hasta que llegué yo para hacerle sombra, o, al menos, eso decía Carter.

Juraba que, cuando me inventé aquella ridiculez, en mi cabeza sonó de puta madre. ¿Quién iba a querer inspeccionarme el ojete cuando aseguraba que me había salido una albóndiga gigante?

Lo que no esperaba era que esa mierda —literalmente— se convirtiera en folclore del vestuario. Y necesitaba cortarlo de raíz antes de que se popularizara con los años, convirtiéndose en el nuevo Big Foot.

—Si es tu manera de decir que tu saliva es curativa para que te deje lamerme el culo, lo llevas regular, Knight —le respondí—. Yo soy muy de medicina tradicional: distancia, silencio e ibuprofeno para desinflamar. Ve a por otro ojete, chaval.

Las carcajadas subieron de nivel. Alguno casi se atragantó.

Ty negó con la cabeza, teatral.

—Qué clase de liderazgo estamos cultivando aquí… Dejad al pobre Dalton y a Perkins en paz. Ha prometido convertirme en su padrino si hace la primera comunión.

—La hostia, Hawkins —lo señalé con el tenedor—, si Perkins hace la comunión, tú haces de monaguillo y Knight se convierte al budismo. Con ese corte de pelo, la túnica naranja le sentaría genial.

Eso ya fue demasiado.

Risas generales. Golpes en la mesa. Algún «cabrón» cariñoso flotando en el aire.

Y, al final, no me quedó otra que unirme, porque muy en el fondo sabía que esas bromas eran una forma de tantearme. De ver si me rompía o si devolvía el golpe.

El humor siempre había sido mi escudo. Con mi hermana funcionaba. Con el vestuario, casi siempre.

Era más fácil hacer reír que admitir que estaba cagado.

Y desde el anuncio del entrenador… lo estaba.

Mientras los demás seguían hablando, mi cabeza se fue atrás. Muy atrás.

A casa.

A Avery.

Al día en que me dijeron que mi hermana pequeña tenía que dejar lo que más le gustaba en la vida por un síndrome raro con nombre de villano de película; fue uno de los peores de mi vida.

Mamá intentó explicármelo, pero yo solo veía la carita de Avy —así la llamaba entonces— empapada en lágrimas. Ahora ya no la llamaba así, los motes fueron evolucionando a cosas mucho más creativas, porque mi objetivo pasó a ser uno muy claro: convertirme en su cómico personal para que no pensara en todo lo malo que le estaba cayendo encima.

Al síndrome de Ehlers-Danlos, que no entiende de planes ni de justicia, se le sumó la discalculia, es decir, la dificultad que Avery tenía con los números. Fue una época jodida. De golpe, todo giraba en torno a informes médicos, horarios imposibles, límites nuevos, profesores particulares y encontrar algo que le devolviera las ganas de hacer cosas sin fastidiarse todavía más.

Mi madre se volcó en ella.

Yo también.

Papá estaba fuera por aquel entonces y fue muy claro conmigo, aunque me llevara muy poco con mi hermana.

—Eres el hombre de la casa, el hermano mayor. Tú estás al mando cuando no esté. —Eso era la mayor parte del tiempo—. Haz lo que sea, pero cuida de nuestras chicas.

No tenía ni idea del peso que acababa de dejarme caer encima con esa frase.

Aprendí a no ocupar espacio de más, a no convertir mis logros en ruido. En casa no había sitio para celebraciones ajenas cuando alguien estaba aprendiendo a convivir con una putada que no había elegido.

Avery necesitaba ser el centro y yo quería que lo fuera.

La gimnasia artística apareció por prescripción médica. Y ella se aferró a la barra fija como quien se agarraba a una cuerda en mitad de una caída libre.

Trabajó. Se dejó la piel. Aguantó frustraciones y barreras que no eran solo físicas y, poco a poco, empezó a brillar de verdad.

Ese brillo era suyo, le pertenecía.

Nació de su esfuerzo, de sus limitaciones, de su lucha. El síndrome no solo la convirtió en superviviente, también en orgullo.

Yo necesitaba una válvula de escape y el fútbol fue la mía. Mi manera de no desaparecer sin convertirme en una carga emocional más.

En el campo podía destacar sin sentir que estaba quitándole protagonismo a quien lo merecía. Podía ganar, fallar, levantarme y volver a intentarlo. Porque el equipo no dependía de mí; donde uno no llegaba estaba el otro para empujar, y eso me quitaba presión.

El campo era un lugar donde respirar, estaba fuera de casa, del hospital, de las miradas preocupadas que nunca se dirigían a mí porque mis problemas, comparados con los de mi hermana, eran nimiedades.

En el campo no era el hijo del militar que podía morir de un momento a otro en misión. Ni el hermano protector. Ni el crío que hacía tonterías para animar el ambiente.

Allí era solo yo, y eso me flipaba, además…, ¡qué narices!, se me daba de puta madre.

A mi padre siempre le gustó ese deporte, mi primer partido lo vi con él, quien me explicó con paciencia las reglas del juego y la importancia del mariscal.

Quizá por eso lo elegí, porque vi esa mirada de orgullo y quise que algún día fuera dirigida a mí.

Sabía que no tenía sus agallas para cargar con un fusil de asalto, pero tal vez sí para lanzar aquella pelota con forma de melón a través del campo y sentir que, de algún modo, podía estar satisfecho con lo que hacía.

Cuando le dije que quería probar, lo primero que me soltó fue que el fútbol era un campo de batalla. Orden. Disciplina. Aguante. No llorar. No dudar. No esconderse. Darlo todo por tu equipo, igual que él hacía con su batallón.

Entrar en la NFL fue uno de mis mayores logros a sus ojos.

Por eso me dolió tanto cagarla en aquel primer partido.

No por la prensa ni por los titulares, ni siquiera por el entrenador.

Llamadme egoísta.

Dolió porque sentí que estaba fallando en el único sitio donde se suponía que podía hacerlo bien sin consecuencias colaterales. El único lugar donde no me sentía en deuda con nadie.

Por eso me fijé como objetivo no volver a fastidiarla y chantajeé un poco a mi predecesor para que me entrenara. Ahora sé que fue una de las mejores decisiones que pude haber tomado. Nunca me habló de presión ni de expectativas. Me corrigió. Me sacó de mi zona de confort, como se hacía con alguien al que no querías romper, pero tampoco pensabas mimar. Me convirtió en su sucesor.

Me enseñó a leer defensas que llevaban años sabiendo a por quién iban. A entender cuándo un vestuario te acompañaba y cuándo solo te toleraba. Y en las semanas que pasé con él, antes de la pretemporada, fue muy claro conmigo.

—Tienes que ganártelos para que te obedezcan. Demuéstrales que eres su mejor opción y estarán contigo. No la cagues, Dalton.

—¡Dalton! —rugió una voz—. ¡¿Por qué sigue tu plato lleno?!

Salí de la ensoñación de golpe.

La voz del entrenador cortó el aire como un silbato mal soplado.

—He comido algo en casa, señor.

Mentira piadosa.

Siempre era mejor mentir que tragarte el sermón completo.

—Pues no haber cogido la bandeja —replicó—. Hay mucha hambre en el mundo, chaval, y no me gusta que se desperdicie la comida. Todos al aula. Antes del visionado.

Las conversaciones murieron al instante y mi fe en desayunar algo también.

Caminamos hacia la sala de reuniones, una de las grandes. Pantalla gigante, filas de asientos, luz blanca, directa. El lugar exacto donde se destruían egos con vídeos a cámara lenta y silencios incómodos.

Nos sentamos.

Harlow se colocó al frente junto a Mac Donovan, el entrenador de quarterbacks. Paseó la mirada sobre nosotros, uno por uno, como si estuviera eligiendo a quién joder primero.

—El año pasado fue inaceptable —empezó—. Y espero que ayer os quedara claro que no pienso repetirlo. Antes de repasar las cagadas más profundas de la temporada, necesito presentaros a alguien que ha venido para sumar y se merece todo nuestro respeto. Ese alguien va a hacernos inalcanzables.

Se me tensaron los hombros.

—La persona de la que os hablo puede ayudarnos a llegar a la Super Bowl —continuó—. Y no voy a escatimar en Fortasec si os da por cagaros en los suspensorios y no rendir lo suficiente.

Se oyeron algunas risas ahogadas de las que se sofocaban rápido.

—Espero que le deis la bienvenida que merece al nuevo fichaje de la franquicia, avalado por el mismísimo señor Joneson.

La puerta se abrió y juraría por la memoria de mi madre que sentí como las pelotas se me subían a la garganta cuando la silueta cruzó el umbral. La conocía demasiado bien, ese cuerpo, ese rostro…

Grant Whitaker.

El cabrón que casi fue MVP el año pasado.

Su piel oscura brillaba bajo la luz artificial tanto como el diamante incrustado en su oreja izquierda. Traje informal caro. Sonrisa medida. Seguridad tranquila. De las que no necesitaban imponerse porque sabían lo que valían… y lo que le costaban al dueño del equipo.

—Como todos sabéis, se quedó a las puertas del MVP —continuó Harlow—. Llegó a playoffs y jugó la final de la Super Bowl. Grant formará parte del equipo a partir de hoy como…

Un sudor frío recorrió mi espalda. Adiós al puto ático y al coche deportivo.

¡Ese tipo jugaba en mi misma posición!

Noté el filo de la guillotina rozándome el cuello y bajé la mirada por pura inercia, como si lo siguiente que vería junto a mis Nike fuera mi cabeza rodar.

—Quarterback dos.

¿Dos?

¿Había dicho «dos»?

Sentí el estómago caerme a los pies y levanté la vista de nuevo.

¿Cómo cojones no le habían dado mi puesto?

Grant empezó a saludar. Apretó manos. Dijo las frases justas. Ni una de más. Ni una de menos. Profesional. Educado. Impecable.

No venía a aprender, tenía los huevos pelados. Me sacaba cinco años y diez kilos de músculo magro. Pura potencia animal.

Venía a competir. Y tenía hambre. No de la que te rugía en el estómago por no haber desayunado. De la que se saciaba con títulos.

Se acercó a mí.

—Dalton. —Me tendió la mano—. He oído hablar mucho de ti.

No habíamos coincidido en el campo; se la estreché.

—Yo también. Es un honor tenerte en el equipo.

Sonrió apenas.

—Este año va a ser interesante.

No sonó a amenaza, tampoco a halago.

—Aquí entrenamos juntos —le dije—. Si necesitas algo…

—Creo que vengo bastante preparado.

Nos soltamos.

No hubo tensión visible. Tampoco chispas. Solo esa certeza incómoda de que ambos sabíamos con exactitud a qué había venido el otro.

Ty apareció a mi lado cuando Grant se alejó.

—No me gusta —murmuró.

—¿Por?

—Porque no parece nervioso.

—¿Y por qué iba a estarlo? —Bufé—. No me jodas, Hawkins, el cabrón se marcó una temporadaza que ya habría querido tener yo.

Ty ladeó la cabeza.

—No te subestimes. ¿Te estás viniendo abajo, cachorro?

—¡No! —solté rápido—. Es solo que…, joder, ¿QB2? Creí que le darían mi puesto.

—Bueno —sonrió—, quizá tú tienes algo que él no.

—¿Mi cara bonita?

Resoplé.

—Talento natural y juventud, gilipollas. —Me dio un empujón—. Aunque guapo eres un rato también. ¿Cómo decías que se llamaba tu hermana?

—¡Cállate, Ty! —Me reí.

Se puso serio de golpe.

—Ahora en serio. Puede que su motivación inicial haya sido la pasta, porque no veo otra opción más allá de muchos ceros, pero los dos sabemos que no va a conformarse con el banquillo, así que ya puedes mover tu culo blanco si quieres quedarte el puesto.

No sonreí.

Porque tenía razón.

Grant no había venido a esperar su turno. Había venido a ocupar mi espacio al mínimo fallo.

Esta vez no bastaría con aguantar, debía pelear para conservar lo que era mío

CAPÍTULO 4



Naomi

Me miré al espejo como si fuera una inspección previa a un aterrizaje forzoso.

Pantalón chino *beige* claro. Camisa blanca de manga tres cuartos, remangada lo justo para no parecer rígida. Zapatillas blancas clásicas, limpias, discretas.

En ese momento habría matado por una camiseta vieja y unos pantalones cortos, pero no estaba ahí para sentirme cómoda. Me encontraba ahí para que me tomaran en serio.

El sol de Texas ya caía con esa violencia innecesaria que te hacía replantearte por qué alguien decidió construir algo ahí, no obstante, el tejido aguantaba y la coleta alta mantenía el pelo fuera de mi cara. No podía permitirme el gesto automático de recolocarlo cuando los nervios asomaran.

Porque lo estaban haciendo.

Mucho más de lo que me encontraba dispuesta a admitir.

Ese día era la prueba de fuego: la presentación oficial frente a los jugadores. O, siendo honestos, frente a un grupo de hombres poco acostumbrados a que alguien como yo les señalara errores.

Respiré hondo y me apoyé un segundo en el lavabo.

Cuatro días. Cuatro días llevaba alojada en el Omni Frisco Hotel at The Star, observando sin ser vista. Desde la galería acristalada elevada que conectaba el hotel con el complejo —un pasillo largo y silencioso diseñado para ejecutivos y personal técnico— había tenido una vista perfecta de los campos de entrenamiento secundarios. Lo suficiente para analizar dinámicas. Posturas. Rutinas.

Los jugadores creían que aquel pasillo solo servía para ir del punto A al punto B.

Error número uno. Todo espacio era una herramienta si sabías utilizarla bien.

Mi trabajo no consistía solo en analizar movimientos. Eso lo hacía cualquiera con un *software* decente. Lo mío iba más allá: correlacionar microgestos con rendimiento; detectar patrones de estrés antes de que se convirtieran en errores visibles; anticipar decisiones equivocadas antes de que el cuerpo las ejecutara.

La *app* no era magia, sino ciencia aplicada con paciencia.

Variables biomecánicas: apoyo del pie dominante, rotación de cadera, tensión cervical previa al lanzamiento.

Variables cognitivas: latencia en la toma de decisiones, repetición de rutinas, desviaciones en la respiración.

Variables emocionales observables: rigidez mandibular, pérdida de contacto visual, microdescargas de agresividad.

Todo eso, cruzado con entrevistas personales y datos históricos, me permitía ver lo que otros no querían mirar.

Y por eso iba a incomodar.

Me colgué el iPad bajo el brazo y salí de la *suite*.

En el ascensor, mi reflejo parecía tranquilo. Mentía muy bien. Años de gimnasia artística te enseñaban a sonreír a los jueces mientras el estómago se retorcía. El truco siempre había sido el mismo: no huir.

Cuando crucé el pasillo hacia el complejo, el campo se abrió ante mí como una postal diseñada para imponer. Césped perfecto. Líneas impolutas. Un silencio previo a la actividad que no invitaba a la calma.

Ese lugar respiraba expectativas. Y dinero. Mucho dinero.

«Vas a hacerlo bien, Park», me dije. «Llevas toda la vida camuflando emociones. Esto no va a ser distinto».

Grayson me esperaba junto a una de las entradas laterales al edificio administrativo. Traje claro, sin corbata, sonrisa contenida. Parecía relajado.

Yo no.

—¿Todo bien? —preguntó, captándolo al instante.

Solté el aire. Tenía la sensación de que mi jefe era el único que sabía leerme con claridad y, por primera vez desde que llegué, no me importó.

—Siento que puedo echar el desayuno en cualquier momento.

—Es normal —respondió con calma—. No todos los días te enfrentas a un vestuario de egos inflados que no te ha pedido estar aquí.

—Mis padres me dijeron exactamente eso —admití—. Que no esperara que me recibieran con los brazos abiertos cuando viniera a pasarles por la cara sus fallos. Vengo lista para demostrarles que se equivocan.

Grayson sonrió de lado.

—Son jugadores profesionales. Necesitan seguridad cuando salen al campo, y eso, a veces, los empuja a cruzar una línea muy fina entre confianza y soberbia. Imagino que en la universidad ya te topaste con más de uno.

—No te haces una idea.

La imagen de Valentino Dalton se coló sin permiso en mi cabeza. Parte de mis nervios tenían su nombre porque ese día iba a verlo de frente, no a través de un cristal, y él sabría que yo estaba ahí.

—No puedo quitarles parte de razón a tus padres —continuó—, pero esos jugadores saben quién les paga el sueldo. Y después de la temporada pasada, no están en posición de discutir demasiado. Si te dan problemas, se lo dices a Harlow. Y si persisten, a mí. No me va a temblar el pulso si tengo que amonestarlos.

Asentí.

—No creo que haga falta. Solo necesitan ver que no he venido a hundirlos, sino a ayudarlos. Pero para eso… —apreté el iPad contra mi costado—, primero tengo que demostrarlo.

—Esa es la actitud —dijo, guiñándome un ojo—. Vamos. Ya deben estar todos.

La sala de reuniones técnicas imponía incluso vacía. Pantalla gigante. Filas de asientos escalonados. Luz blanca, directa. Ningún rincón donde esconderse.

Entraron primero los entrenadores. Luego los jugadores. Murmullo bajo. Miradas curiosas. Algunas abiertamente hostiles.

Y, entonces, lo vi.

Valentino Dalton.

Entró charlando de manera animada con Tyrell Hawkins, receptor abierto y de los veteranos. Me sabía todos los nombres y posiciones de cada uno; formaba parte de mi trabajo, aunque ninguno de aquellos hombres supiera todavía quién era yo.

Se sentó en la segunda fila. Espalda recta. Mandíbula tensa. La clase de postura que gritaba control… o miedo bien disfrazado.

Nuestros ojos se cruzaron.

Su expresión pasó por varias fases en menos de un segundo: confusión, incredulidad, reconocimiento. Sus labios formaron un «¿WTF?» sin sonido.

Alcé una ceja y lo ignoré. Era lo más sencillo.

Si esperaba sacarme de quicio, había llegado tarde, estaba más que preparada para el *show*.

—Buenos días, chicos. Antes de empezar —dijo mi jefe desde el frente de la sala—, quiero presentaros a alguien que va a formar parte del *staff* a partir de hoy, aunque ya lleva varios días en las instalaciones.

El murmullo descendió un punto.

—Ella es Naomi Park. A partir de ahora la veréis formando parte del cuerpo técnico de la franquicia. Os pido que la recibáis como merece y la hagáis sentir como en familia.

—¿Es la nueva masajista? —soltó Marcus Knight, apoyando la mano peligrosamente cerca de la ingle—. Porque tengo aquí una contractura que estaría encantado de aliviar con esas manos diminutas...

Harlow carraspeó, incómodo.

—Chicos, un poco de control. Si alguien tiene molestias físicas, ya sabéis que contamos con un equipo de fisioterapia profesional. La señorita Park no está aquí para poneros las manos encima.

—Lástima —suspiró Knight, guiñándome un ojo con descaro.

Lo ignoré.

Varias miradas se clavaron en mí. Algunas curiosas. Otras directamente hostiles en cuanto se reveló mi función.

—Ha sido contratada para trabajar con datos de rendimiento, análisis predictivo y prevención de errores —retomó Grayson—. Y antes de que alguien lo pregunte, no es ninguna becaria, recepcionista ni DCC. Viene avalada por mí para hacer algo más que sacaros los colores.

Silencio.

—Naomi —añadió—, cuando quieras.

Di un paso al frente, dispuesta a tomar las riendas.

CAPÍTULO 5



Naomi

—Buenos días, señores, como ya les ha anunciado el señor Grayson, me llamo Naomi Park y llevo una semana observando sus entrenamientos, aunque ustedes no me hayan visto.

—¿Nos ha estado espiando? —saltó Hawkins desde el fondo.

—Espiar significa «observar disimuladamente a alguien o algo», incluso «intentar conseguir informaciones secretas». Le aseguro que no he hecho ninguna de ambas cosas.

—¿Tiene edad legal para trabajar aquí? —añadió una voz que no identifiqué.

No pensaba dejar que esas salidas de tono me intimidaran.

—Si no la tuviera, no estaría aquí ni me habrían contratado —respondí—. Me licencié con honores en la SSU, tengo un máster y he desarrollado una aplicación diseñada para mejorar su rendimiento deportivo, que, dicho sea de paso, el año pasado no fue precisamente el mejor de la liga.

Hubo murmullos. Algunas mandíbulas se tensaron.

Vale, la diplomacia no era mi fuerte, ya lo habréis notado.

—¿Está diciendo que ese juguete suyo sabe más que el cuerpo técnico de los Cowboys? —preguntó Devin Shaw con una sonrisa cargada de sorna.

Sentí la aprobación silenciosa de Harlow en algún punto de la sala. No le hacía gracia mi presencia y tampoco toleraba que cuestionaran su autoridad.

—No he dicho eso, mi aplicación está pensada para complementar el buen hacer del *staff*. Durante estos días he analizado partidos, entrenamientos y comportamiento en el campo —continué sin perder el tono—. Y sí, también he observado dinámicas recientes. Porque para que una herramienta funcione, necesita contexto real.

—¿Su contexto real incluye evaluar nuestros físicos? —Rio Andre Wilson, el *safety* titular—. Porque, de ser así, nos encantaría saber a quién considera que le quedan mejor los pantalones de juego.

Algunas risas estallaron.

—Chicos… —los reprendió Harlow—, tomaos esto en serio.

No me dio tiempo a responder porque Valentino intercedió por primera vez con esa voz segura que buscaba encajar con el grupo, marcar territorio, hacerse fuerte frente a la manada.

—Lo que acaba de explicarnos…, señorita… Parks —remarcó con una intencionalidad que me tensó los dedos dentro de las zapatillas —, no demuestra que su aplicación funcione. Solo que ha visto los vídeos. O ha leído a la prensa especializada. O ha escuchado a nuestros entrenadores, que seguramente saben bastante más que usted de fútbol americano.

«¡Booom! Pero ¿de qué va este gilipollas?».

—Es como jugar al póker con las cartas marcadas y pretender que la tomemos en serio. Eso la eleva, como mucho, a la categoría de… vendedora de humo.

Me quedé muy quieta.

No podía ser real que acabara de soltar semejante mierda delante de mi jefe, en mi primer día frente al equipo, intentando sabotearme sin el menor disimulo.

Tenía ganas de lanzarme a su cuello y estrangularlo.

Respiré tres veces.

En ese espacio mínimo de contención, Grayson dio un paso al frente.

—Cuidado con lo que dices, Dalton. Por muy QB1 que seas, no voy a tolerar faltas de respeto que pongan en entredicho la reputación de la señorita Park, y no Parks —recalcó—. No es el enemigo, ha venido a ayudarnos y su herramienta es tan válida como cualquier observación técnica del equipo.

Silencio.

Respiré hondo de nuevo e intenté recomponerme, adoptando una postura profesional y distante.

Como haría un *jedi* antes de recordar por qué la Fuerza no se usa para estrangular imbéciles.

—Entiendo el recelo, señor… Daton —dije, devolviéndosela con precisión quirúrgica—. Nadie disfruta cuando alguien ajeno señala errores, especialmente si esa persona es joven, mujer y asiática, en un deporte inundado de testosterona al que parece no pertenecer.

Algunos se removieron incómodos.

—Pero no se equivoque conmigo —continué—. Sé a la perfección de qué va el juego y que cuando alguien externo pasea frente a los demás nuestras debilidades, especialmente si acabamos de ascender en nuestro puesto, puede hacernos sentir vulnerables. Sobre todo, cuando pecamos de masculinidad frágil.

«Guantazo con la mano abierta».

Algunas bocas se cerraron. Otras se abrieron. Las más osadas sonrieron.

La de Valentino era una línea dura, afilada.

—El miedo a enfrentarse a los fallos no los hace desaparecer, señor Daton —rematé—. Solo los retrasa.

Desde la primera fila, Grant Whitaker sonrió.

—A mí me da igual que me analice lo que le dé la gana —dijo—. La reto a que encuentre errores en mi juego.

Le devolví la sonrisa.

—Me alegro de que se ofrezca voluntario, señor Whitaker. Luces, por favor. Empecemos.

La primera imagen congelada apareció en la pantalla.

Grant Whitaker. Temporada pasada. Ángulo lateral. Postura impecable.

Un murmullo aprobatorio recorrió la sala.

—Buen arranque —comenté—. Base sólida. Centro de gravedad bien colocado. Control absoluto del eje corporal.

Asentimientos. Algún choque de nudillos.

Grant no se movió. Observaba con atención, sin tensión aparente.

—Aquí vemos a un *quarterback* con una lectura rápida del *snap* y una mecánica muy limpia. El tiempo de ejecución es casi perfecto.

Silbidos. Aplausos suaves.

—Eso es lo que todos ven —añadí—. Salvo por el «casi».

Encendí el puntero láser.

—Ahora, fíjense bien.

Retrocedí el vídeo.

—Aquí. —Marqué su cuello—. Microtensión cervical previa al lanzamiento.

—Eso no significa nada —bufó alguien desde atrás.

—Para un ojo sin entrenamiento, no —respondí—. Para un sistema que cruza ese gesto con resultados posteriores, sí.

Avancé.

—Observen la muñeca. Retraso mínimo en la liberación. Apenas perceptible.

Pausa.

—Y ahora, miren lo que ocurre.

El pase se desvió lo justo para no completarse.

Silencio absoluto.

—No fue una mala decisión —expliqué—. Fue una decisión tomada bajo estrés no verbalizado. El cuerpo dudó antes que la mente.

Algunos se removieron.

—Aquí, aquí y aquí. —Señalé tres clips—. Mismo patrón. Diferente rival. Mismo resultado. ¿Les digo cuál es el error o ya lo van pillando?

Grant ladeó la cabeza, interesado.

—¿Está diciendo que puedo prever mis propios fallos inconscientes?

—Estoy diciendo que su cuerpo los anuncia antes de que usted los efectúe —respondí—. La *app* los detecta en tiempo real, lo que nos da ventaja para atajar el siguiente. Si logramos intervenir a tiempo…, apostaría mi riñón a que este año será el nuevo MVP.

El murmullo se volvió denso.

—Quiero dejar claro que esto no sustituye al cuerpo técnico —añadí—. Lo complementa.

—O sea, que nos va a sentar en el banquillo cuando a la aplicación le dé la gana —ladró Jason Rivera.

—No —respondí—. Le va a dar información al entrenador Harlow para decidir antes de que el partido se vaya a la mierda, como seguramente diría usted.

—Eso sigue sin demostrar que funcione —intervino Valentino—. Solo demuestra que sabe analizar vídeos a posteriori. En el campo hay demasiados factores. Su programita es como leer el horóscopo del lunes… el martes.

Respiré.

—No exactamente.

Toqué la pantalla. Nuevo archivo.

—Esto es de ayer.

Silencio total.

—Entrenamiento de fuerza. Campo secundario. 08:17 de la mañana —expliqué—. Crucé datos de carga muscular, gestos repetidos y microvariaciones posturales. Sin nombres. Sin juicios. Solo patrones.

El gráfico apareció.

—Aquí —señalé— hay un aumento anómalo de rigidez lumbar en un jugador concreto que me reservo.

Vi como Valentino se tensaba.

—Si ese patrón se mantiene —continué—, el riesgo de error en un pase profundo aumenta un treinta y dos por ciento en las siguientes cuarenta y ocho horas.

—¿Y qué? —escupió—. ¿Va a decirnos quién es para atarlo en un poste de madera y encender la hoguera?

—No —respondí—. Esto no va de señalar, va de prevenir para hacerlos mejores.

Harlow carraspeó, aunque no me contradijo.

—A partir de ahora —añadí— haré entrevistas individuales. De diez a quince minutos a lo sumo. Necesito correlacionar datos físicos con estado mental: estrés, presión, expectativas.

—¿También nos va a psicoanalizar? —bufó Knight—. Porque si busca drama familiar, suscríbase a Amazon Prime.

—Eso se lo dejo a quien no sabe leer números ni interpretar datos. Créame, Knight, me da igual si aún se chupa el dedo para dormir.

Risas. Incluso Grayson sonrió.

—Lo que la señorita Park intenta decir —intervino mi jefe— es que, si esto funciona, vamos a ser el mejor equipo de la NFL. Y si a alguien no le apetece ganar la Super Bowl, puede pasar por las oficinas a rescindir su contrato.

Grant levantó la mano.

—Me apunto y me ofrezco voluntario para probar su aplicación —dijo—. Si hay algo que pueda mejorar, quiero saberlo.

—Valiente —murmuró Ty.

—O inteligente —respondí—. Gracias, señor Whitaker.

—Grant —corrigió—. Aquí todos vamos a sudar. Usted la que más bajo este sol infernal.

Asentí.

—Perfecto, puedes llamarme Naomi o Park, como prefieras. Lo hago extensible al resto, por si alguien me quiere tutear.

Las luces se encendieron.

—A partir de hoy —sentenció Grayson—, Naomi Park es parte del equipo. Así que colaboraréis. Punto. —Miró directamente a Valentino —. ¿Alguna objeción?

Él apretó la mandíbula.

Nadie respondió.

—Perfecto, podéis volver a la rutina. Gracias, entrenador Harlow.

La reunión se disolvió en murmullos tensos.

Sillas arrastrándose. Comentarios a media voz. Alguna risa nerviosa. Algún silencio más elocuente que un grito.

Yo me quedé quieta un segundo, como si mi cuerpo necesitara confirmar que seguía entero después del impacto.

Grayson fue el primero en moverse, acercándose a mi oído.

—Buen trabajo, Naomi —dijo en voz baja, solo para mí—. No era una sala fácil.

—No vine buscando aplausos —respondí.

—Lo sé. Y precisamente por eso ha funcionado.

Salimos juntos al exterior. El contraste fue brutal. Sol. Calor. Césped perfecto. Los Cowboys ya empezaban a dispersarse hacia sus puestos como si nada hubiera pasado. Como si no acabaran de introducir una variable nueva en su ecosistema cuidadosamente controlado.

Respiré hondo.

El aire olía a hierba recién cortada y a ambición.

—No ha ido del todo mal —añadió Grayson—. Ahora ya saben qué esperar.

—Ahora saben que no pueden ignorarme —corregí.

Eso le arrancó una sonrisa.

—Tengo una reunión ahora, pero, si quieres, podemos quedar para comer más tarde.

Negué con la cabeza.

—Prefiero dedicar el día al análisis. Y… picotear algo en la habitación.

—Como prefieras. Pero prométeme que también descansarás —dijo—. Puedes usar las instalaciones para entrenar, o la piscina del hotel si necesitas despejarte.

—El movimiento me ayuda a ordenar ideas.

—Entonces, estamos alineados —asintió—. Nos vemos el lunes.

—Hasta el lunes.

Lo vi alejarse mientras el entrenamiento arrancaba de nuevo. Silbatos. Órdenes. Impactos secos. El sonido de cuerpos chocando me devolvió a la que era mi nueva realidad.

Y, entonces, lo vi.

El número 11 destacaba incluso entre el caos organizado del campo. Espalda recta. Hombros tensos. Mandíbula apretada.

Valentino Dalton no hablaba. No reía. No buscaba atención.

Jugaba, salvo que no lo hacía igual que los demás.

Había algo distinto en su forma de moverse en ese momento. Una rigidez que antes no estaba. Una energía contenida que rozaba lo violento.

Como si mi presencia hubiera activado una alarma interna que no sabía cómo apagar.

—Interesante… —murmuré para mí misma.

Saqué el iPad sin pensarlo.

Anoté.

Rigidez cervical aumentada.

Respiración irregular tras impacto medio.

Mirada evasiva después de error mínimo.

El problema no era que Valentino fuera difícil de analizar.

El problema era que sabía que mi presencia era lo que había motivado el desajuste, y eso lo hacía peligroso.

Para sí mismo. Para el equipo. Y, si no tenía cuidado, para mí.

CAPÍTULO 6



Valentino

Sabía que la primera semana estaría llena de visionados, charlas sobre lo que debíamos corregir, exámenes médicos y entrenamientos que, aunque deberían haber sido suaves, no lo fueron. No obstante, nadie me había preparado para recibir el golpe de un QB2 hambriento y experimentado, con ganas de demostrarme que su lugar no era el banquillo, sino el campo. Y mucho menos para el golpe de gracia a manos de Naomi Park.

Pero ¿qué cojones?

¿Y por qué Avery no me había dicho nada?

Igual ella le había pedido que no lo hiciera. Aun así, yo era su hermano, joder. Su sangre. Su familia. No merecía encontrarla de sopetón en la puta sala de reuniones ni lo que había venido a hacer.

¡Como si no hubiera más equipos en América!

¿Tenía que ser aquí? ¿Tenía que ser conmigo como conejillo?

Seguro que para tocarme las narices y lanzarme sus pullas.

Quería enviarme directo a la picota, porque si alguien sabía lo jodidamente lista y preparada que estaba para un cargo como ese era yo. Nadie le había regalado nada. Matrícula de honor en todo.

Oro por equipos en los Nacionales. Su mente era brillante de un modo que pocos comprendían y tenía un físico con la capacidad de volver a mis neuronas gelatina y mi entrepierna en piedra, evaporando mi concentración.

Eso era un problema, y de los gordos. Que conste que no lo decía por el tamaño de mi erección cuando la vi con esos malditos chinos y los antebrazos al aire.

Pensar en su piel suave me ponía a cien.

Si ya era jodido saber que iba a pasarse toda la temporada en Frisco, rondando cada maldito entrenamiento, viajando con nosotros a los partidos, compartiendo hotel, más jodido era entender que su función consistía en rebuscar en cada una de mis grietas. Apoyar sus teorías en mis fallos. Exponerlos. Diseccionarlos. Clavarlos en la pizarra delante de todos, como si fuera la autopsia deportiva de mi cadáver.

Me iba a abrir en canal, y lo peor no era el orgullo.

Era que podía hacerlo. Seguro que esa *app* funcionaba de la hostia, porque ella era la mejor en eso y encima le pagaban.

Ya empezaba a notar los efectos de sus ojos rasgados puestos en mi nuca. No hacía falta que hablara. No era necesario que señalara nada. Solo con mirarme sentía que me pesaban los hombros. Que cada pase llevaba una lupa encima. Que cada error era una bala cargada con silenciador.

Crují el cuello.

Era una maldita francotiradora en busca de validación.

—¡Quieres hacer el favor de concentrarte, Dalton!

La voz de Mac me cortó el pensamiento como una hostia bien dada.

Estaba a cinco yardas del objetivo y el balón había salido alto. Otra vez.

Grant Whitaker lo atrapó en el aire con una naturalidad insultante. Ni una mueca. Ni un comentario. Solo esa expresión suya del tipo que sabe con exactitud lo que hace y no necesita demostrarlo.

Voluntario.

Se había ofrecido puto voluntario.

¿Quién hacía algo así?

«El tío que está seguro de que tu puesto es suyo, idiota».

Mac se acercó caminando despacio. Eso era peor que si gritaba.

—Mírame.

Lo hice.

—No puedo entrenarte con favoritismos por bien que me caigas. —Sabía que lo hacía—. No puedo darte ventaja y no voy a protegerte de él.

No me hizo falta girarme. Sabía que se refería a Whitaker.

—Grant viene pisando fuerte —continuó, bajando la voz—, y me alegra porque eso te obliga a ser mejor. Con Levi era distinto. Sabías que quería retirarse, lo tenías todo bajo control y eso no es bueno para nadie. Necesitabas a alguien como este tío. No para estar más nervioso. Para exigirte más y volverte mejor.

Me señaló el pecho con el dedo.

—Tú eres el jodido QB1, pero ambos sabemos que eso no es un título heredado. Es un estado que tienes que defender cada día.

Asentí sin hablar.

—Y sí —añadió, bajando la voz—, ya me han contado el follón con lo de la chica de la *app*. Sé que la situación te está sacando de quicio, como a tus compañeros, y me importa una mierda lo que esa maldita aplicación diga de vosotros. El campo no cambia. El balón no cambia. Tu lectura no cambia. Esa cosa no eres tú. Así que vuelve a tu sitio y juega como sabes, cabrón.

—Sí, señor.

Me lanzó otro balón.

—Ejercicio de progresión rápida. Tres lecturas. Ventana cerrada. Tienes menos de dos segundos.

Colocó los conos. Sopló el silbato y señaló a los receptores.

—Esto no es fuerza. Es cerebro. Si piensas en ella, llegas tarde. Si llegas tarde, estás muerto.

Silbato.

Respiré.

Snap.

Primera lectura: cubierta. Segunda: presión. Tercera: ventana mínima.

Lancé.

Golpe seco del balón entrando limpio.

—¡Eso es, joder! —gruñó Mac—. Demuéstrame por qué tienes un maldito Lamborghini antes de los veinticinco y yo no.

Eso me hizo reír y negar al mismo tiempo.

Repetimos la secuencia una y otra vez. Ritmo. Lectura. Corrección. Impacto. El mundo se redujo al sonido del cuero contra mis palmas y a la voz de Mac rompiéndome y reconstruyéndome en ciclos rápidos.

Funcionó.

Durante la siguiente hora no existió Naomi. No existió Whitaker. No existió nada fuera de la mecánica perfecta de repetir hasta que el cuerpo entendió lo que la cabeza ya sabía.

Cuando levanté la mirada hacia la zona donde ella había estado hacía unos minutos, se había ido.

Ni rastro.

No supe si sentir alivio o cabreo.

Probablemente, ambas cosas.

La última tanda me dejó el brazo ardiendo. La espalda gritaba. El *core* parecía una herida abierta. Sudor metiéndose en los ojos, la camiseta pegada a la piel y la sensación de haber sobrevivido a algo que no tenía nombre, pero sí consecuencias.

Mac me dio una palmada en el casco.

—Me gusta más este Dalton. Asegúrate de que vuelve el lunes.

No respondí. Solo asentí mientras me quitaba el protector.

Porque lo que me gustaba a mí era no pensar, y sabía que eso no iba a durar mucho con ella cerca.

El pasillo hacia los vestuarios olía a sudor fresco, linimento y metal. Cascos golpeando bancos, risas secas, el sonido hueco de las taquillas abriéndose a hostias. El puto santuario. Ahí dentro todo se decía sin filtros y sin testigos.

Me quité el casco, lo dejé caer en el banco y empecé a arrancarme las protecciones con más fuerza de la necesaria. El hombro protestó. Bien. Algo que doliera de verdad.

—¿La habéis visto? —soltó alguien al fondo—. A la ninja de Silicon Valley.

Risas.

No levanté la cabeza. Me descalcé despacio. Calcetines empapados. El suelo frío.

—Tío, no me jodas —dijo Jace mientras se quitaba la camiseta—. A mí esa tía me pone nervioso. Te mira como si supiera cuántas veces meas antes de un *snap*.

—Porque lo sabe —respondió Ty—. Seguro que lo tiene en una gráfica.

Más risas.

Abrí la taquilla y colgué la camiseta sin mirarla. El espejo me devolvió una cara tensa, mandíbula apretada, ojos demasiado vivos.

—Lo que necesita la señorita Parks —dijo Marcus desde las duchas, con el agua ya cayéndole por la espalda— es un buen rollito de primavera que le abra los ojos y la haga jadear.

Carcajadas. El sonido del agua amplificándolo todo.

La imagen de Naomi con la boca llenándose de gemidos era demasiado evocadora.

«Cierra la boca. No digas nada».

—A mí no me importaría comerme su *dorayaki* o untarlo en mi leche, a ver si así la señorita metomentodo nos deja en paz.

Marcus siempre ofrecía soluciones de mierda, porque esa era una bien gorda y no pensaba dejar que le metiera nada.

—Joder, eres asqueroso —rio Devin—, pero no te quito la razón, tiene cara de necesitar un buen polvo, seguro que va mal follada.

Fui directo hacia donde estaba la mayoría. Me metí bajo una ducha libre y giré el grifo. El agua caliente me golpeó la nuca y sentí un alivio demasiado débil.

—¿No os habéis fijado en cómo la defendía Joneson? —añadió Devin—. Se la comía con los ojos. Seguro que ella le come el rabo bajo la mesa del despacho, por eso la habrán contratado. Ese tío tiene pinta de que le vaya el porno asiático.

—Oh, sí, Grayson —Marcus imitó la voz de Naomi, poniéndose de rodillas bajo el chorro de agua—. Méteme toda tu variable predictiva en la boca.

Un chorro de gel le impactó en el pecho.

—Levanta el culo, genio —se burló Jace—, que aún te queda la actualización.

Las risas rebotaban en las paredes de azulejos. Cuerpos enjabonándose. Golpes de agua. Bromas pasadas de vueltas.

Y yo cagándome en todos ellos en lugar de unirme a la fiesta.

Me froté los brazos con rabia. Espuma cayendo por el desagüe.

«No te gusta esto».

«No te gusta nada».

«Ahora mismo tienes ganas de reventar cabezas contra los azulejos y desparramar muchos sesos».

—Yo solo digo una cosa —intervino Ty—. Al entrenador no le ha hecho ni puta gracia. Su cara lo decía todo. ¿Qué cojones va a saber una aplicación de nosotros? Eso es rebajar a Harlow.

—¿Y qué me decís de cuando nuestro Dalton la ha acusado de vendedora de humo? —añadió Jace—. Eso ha sido épico.

—Sí, pero mira cómo ha saltado el hijo pródigo de los Joneson —remató Marcus—. Esos dos follan fijo o, si no, lo harán pronto. Está claro que quiere pasársela por la piedra, y su fama lo precede, es un puto vividor.

El agua me caía por la cara y, aun así, notaba el calor subiéndome por el pecho.

—No lo hará —ladré.

Mi voz sonó más grave de lo que esperaba. Más firme.

El vestuario se quedó en silencio durante un segundo, salvo por el agua.

—¿Cómo lo sabes? ¿Es lesbiana? —preguntó EJ.

—Hostias, es verdad —dijo Jace—. Ha dicho que estudió en la SSU y tú también… ¿La conoces? ¡No jodas que te la has tirado!

Cerré los ojos un instante, respiré.

—Coincidimos —me limité a soltar—. Estaba en el equipo de gimnasia de mi hermana. Ganaron el oro por equipos en los Nacionales. Parks no es de las que salen con tíos, es de las que se acuestan con su iPad.

Las carcajadas no se hicieron esperar.

—A mí me da igual con quién se acueste —Devin clavó sus ojos en los míos— mientras no nos dé por el culo a nosotros. Además,

aquí, el que más tiene que perder eres tú, Dalton. Ya has visto como Whitaker se la ha metido en el bolsillo.

Ahí estaba. El puto miedo y la señal de alarma.

El nominado a arrebatarme el puesto no estaba. Se había quedado en el campo haciendo trabajo extra de pies y lecturas con el *scout team*. El muy cabrón iba a por todas mientras que yo me rodeaba de espuma y comentarios gilipollas.

Cerré el grifo y cogí la toalla.

—Viene a buscarnos las cosquillas —insistió Marcus—. Nos va a dejar en evidencia con esas sesiones ridículas. Eh, Bennet, ¿qué tal si el lunes, cuando patees el balón y ella esté presente, apuntas a su cabeza y así nos la quitamos de encima?

—*Balonicidio* involuntario —añadió Jace—. Todos declararíamos a tu favor.

Risas.

El estómago se me encogió.

Me anudé la toalla a la cintura con rabia. Una cosa era no querer que estuviera aquí y otra que sufriera algún tipo de daño, y estos tíos eran unos bestias.

—Nadie va a hacerle nada.

Las miradas se clavaron en mí.

—¿Ahora vas a defenderla, Dalton? —preguntó Devin.

—Al contrario —espeté—. Yo soy el que la conoce. Así que yo me ocuparé de que se largue sin que aparezcamos en titulares o nos condenen con penas de cárcel.

—Eso me gusta —asumió Marcus—. Quizá, al final, sí que eres el digno sucesor de Carter.

—Ya te digo yo que sí. Esta noche fiesta en mi ático, yo pongo las cervezas, vosotros las almejas.

—Dalton presidente, Dalton presidente —ovacionó Jace, arrastrando a los demás.

Fui hacia mi taquilla. El ruido volvió poco a poco.

Ty se quedó rezagado a mi lado.

—Oye… —murmuró—. No tienes que mojarte en algo así. Si es amiga de tu hermana y os conocéis. No te dejes llevar por esos cabrones.

—Sé lo que me hago —lo corté—. No la quiero encima.

«Salvo que sea en mi cama».

—Y tampoco quiero que le pase nada malo si a alguno se le va la olla. —Eso era cierto—. Solo voy a ayudarla a que haga su trabajo en otro sitio menos hostil, es lo mejor.

Ty me sostuvo la mirada un segundo más.

—Como quieras.

Exacto, eso era lo que quería: a ella lejos de aquí.

CAPÍTULO 7



Naomi

Si mi cuerpo tuviera voz, ese domingo por la mañana me habría pedido un abogado.

Llevaba días sentada, analizando datos, observando entrenamientos y fingiendo que Valentino Dalton no existía. Mi musculatura, claramente, no estaba de acuerdo.

Así que hice lo más sensato que se podía hacer a las siete de la mañana en Dallas en pleno agosto: tirarme a la piscina como si fuera una decisión racional.

La piscina todavía era territorio neutral: ningún turista gritón, ningún niño bomba y ninguna pareja intentando demostrarse amor en modo documental de National Geographic. Solo agua azul turquesa, limpia, esperándome.

El choque frío me vació la cabeza durante medio segundo y, siendo honesta, agradecí el reinicio del sistema. Llevaba días funcionando en modo servidor saturado: reuniones, entrenamientos, las miradas del viernes que decían «¿y esta quién se cree que es?» y Valentino Dalton existiendo en el mismo espacio físico que yo, como si el universo se hubiera propuesto sabotear mi concentración.

Aunque ya lo sabía antes de aceptar, no era lo mismo imaginarlo que vivirlo en primera persona.

Nadé.

Brazadas largas, rítmicas, mecánicas.

Uno. Dos. Tres.

Traté de dejar la mente en blanco. Lo intenté de verdad. Pero mi cerebro era como un navegador con cuarenta pestañas abiertas y música sonando en segundo plano. Cada respiración era una cara suya. Cada giro, una frase. Cada movimiento, esa sonrisa que parecía diseñada por un equipo de *marketing* especializado en arruinarme la estabilidad.

Salí a los treinta minutos con los pulmones ardiendo, las yemas en modo pasa y el cuerpo en ese punto exacto entre cansancio y alivio. Pasé por la ducha antes de tumbarme en la hamaca, porque odiaba cómo le sentaba el cloro a mi piel. El sol todavía no apretaba y decidí secarme al aire.

Cerré los ojos, respiré con fuerza y, entonces, apareció el recuerdo.

Porque mi cerebro no descansaba. Solo cambiaba de plano o de galaxia y, lamentablemente, él siempre estaba allí.

Nuestra historia arrancó como empiezan las pelis malas: con un tropiezo sin lógica. Nada recomendable. Ni… normal.

Siempre fui retraída. No tímida en plan adorable, retraída en plan «prefiero quedarme en casa, viendo una maratón de ciencia ficción, que ir a una fiesta donde la gente grita sin motivo aparente hasta no saber ni quién es su padre».

En el instituto era la friki oficial. La nerd*. La chica a la que le pagabas por hacerte los deberes de matemáticas, pero a la que nadie invitaba a las quedadas importantes porque, al parecer, saber derivadas no te convertía en material socialmente interesante.*

No congeniaba con las del equipo de gimnasia y los de ciencias aplicadas tampoco eran santo de mi devoción. Demasiado intensos incluso para mí.

Cuando entré en la universidad, me prometí que eso iba a cambiar. No mucho. Solo lo suficiente como para no morir virgen de vida social y de lo otro… Ya me entendéis.

Spoiler: no sucedió. O no del todo.

El primer día de clase me senté en la segunda fila, saqué el portátil y me convertí en invisible con una eficiencia que ya querría para sí Marvel. La única persona que me habló fue Paige. Rubia. Extrovertida. Sonrisa de las que te vendían tiras blanqueadoras antes de que eso fuera una profesión.

No éramos compatibles.

Justo por eso insistí. Si quería salir de mi rueda de hámster, tenía que abandonar la zona de confort y Paige era lo opuesto a mí en todo. A cabezota no me ganaba nadie.

Quedábamos de tanto en tanto. No era una amistad para tirar cohetes, pero tampoco estaba mal. Paige era persuasiva por deporte, tanto que, una noche, contra todo pronóstico y sentido común, acepté ir a una fiesta.

—La organizan los Warriors y van muy pocas de primero —me dijo como si acabara de anunciarme una audiencia con el presidente —. Tienes que venir. No me dejes sola entre zorras que van a degüello.

Los Warriors eran el equipo de fútbol americano de la SSU. Semidioses universitarios con patrocinadores obscenos y apartamentos de lujo frente a la playa.

Quise negarme. Sabía que no era buena idea. Aun así, me vi yendo a su casa antes de la fiesta porque, según Paige, no se fiaba de que apareciera con sudadera.

Error crítico del sistema.

Veinte minutos después no quedaba nada de mi ropa original. Llevaba un pantalón demasiado corto y un top palabra de honor que no admitía sujetador y dejaba ver parte de mi ombligo. Me miré al espejo y sentí que estaba en modo cosplay de anime +18.

Lo único salvable era que aquella tira de tela que cubría mis pechos era negra con puntitos plateados. Parecía una galaxia con mis dos lunas embutidas. Y yo que pasaba de ver orbitar satélites…

—¡Dios, estás preciosa! —asumió Paige, mirándome—. Mataría por tu piel y ese pelazo negro y brillante, te hace muy exótica. —Sip, como un rambután, esa era yo—. Seguro que le gustas a más de uno del equipo.

Tragué saliva.

—¿Y para qué necesito gustarles?

«¿Para dejar de poder ponerte en un pesebre, idiota?».

Bueno una cosa era no querer morir virgen y otra tirarme a uno de esos cenutrios sin neuronas.

Se rio como si yo acabara de preguntar para qué servía el oxígeno.

—¿Bromeas? Son Warriors. El noventa por ciento de esos tíos van a ser millonarios. Cazas a uno y te retiras joven.

La miré. Ella ya estaba eligiendo botas y futuro marido, todo a la vez.

—Yo quiero trabajar en alto rendimiento deportivo —intenté explicarle—. Investigación. Datos. Prevención de lesiones. No quiero un tío que me mantenga.

—¿Rosas o moradas?

Vestido ajustado. Escote estratégico. Cero interés en mi discurso. Seguramente desconectó al inicio de la palabra «investigación», era carne de cañón.

—A mí no me preguntes. Tú eres la experta en cazar Warriors, yo soy más de Pokemon.

Me lanzó un beso.

—Las rosas. Y ven aquí, necesitas gloss de high volume xtreme. A los tíos les vuelven locos los morros jugosos.

Cinco segundos después, mis labios parecían dos salchichas en huelga envueltos en pimienta ardiente; los ojos me lloraban. ¿A quién podía gustarle besarte con esa cosa?

—¿Esto es legal? —pregunté, atragantándome con mi propia saliva.

—Confía en el proceso.

Spoiler: no confié y, en cuanto se despistó, me fui al baño para frotar hasta arrancarme la piel.

¡Dios!

Cuando entramos en el edificio me resultó abrumador. No ayudaba que mi boca hubiera pasado por un experimento químico por el cual todavía la sentía medio anestesiada.

Observé el lugar. Varias plantas. Música vibrando en las costillas. Alcohol circulando como si lo intercambiaran por puntos. Chicos enormes. Chicas vestidas o, mejor dicho, medio desnudas para pescar anillos.

Yo me quedé en un rincón, abrazando un refresco que alguien me tendió como si fuera un amuleto.

Estaba fuera de mi hábitat natural y, como era obvio, no iba a beber eso.

Yo era más de juegos de rol y de convenciones donde la gente discutía durante horas si Han disparó primero y nadie te miraba como si fueras un bicho raro.

Paige ya estaba bailando con unas manos enormes abrazando su trasero. Yo decidí que lo sensato era irme a casa antes de convertirme en estadística social. Dejé el vaso sin tocar y crucé el salón para avisar.

Di dos pasos, quizá llegué al tercero, no estaba muy segura porque alguien lanzó un balón con la fuerza de un asteroide.

Impacto en tres, dos…

No lo vi venir hasta que fue demasiado tarde.

Me golpeó el hombro con fuerza, reboté y di varios pasos hacia atrás antes de sentarme… sobre algo caliente. O, mejor dicho, alguien.

Unas manos me agarraron por la tripa desnuda y me recolocaron con una facilidad insultante.

Culo encajado en una entrepierna: Check.

Piernas muy desnudas y colgando sobre otras: Check.

Unos brazos gigantes envolviéndome sin reservas: Doble check.

Cuando levanté la vista, ocupaba el regazo de un chico rubio de ojos absurdamente azules. Pecho duro. Bíceps musculosos. Sonrisa pícara. Olía a algo fresco y peligroso.

Los chicos como ese no se fijaban en chicas como yo.

Hasta ese momento.

—Mmm —murmuró con la voz rozándome la cara—. Eso sí que es hacer una entrada perfecta. Hola, guapa, me gusta tu estilo directo, reconozco que me has impresionado. Me flipan las mujeres que van directas a por lo que quieren, sin preámbulos.

No me dio tiempo a procesarlo.

Su mano seguía firme en mi cintura, caliente, y antes de que mi cerebro encontrara una respuesta socialmente aceptable, su boca ya estaba sobre la mía, que se había quedado abierta, lista para el abordaje.

Aquello no fue un beso. O yo nunca lo habría catalogado así.

Fue una invasión en toda regla.

Aquel chico no había dudado ni un segundo de que yo fuera a corresponderle porque para él yo era la raza invasora.

Olía a alcohol suave y menta, una mezcla absurda que me llenó la cabeza… o me la vació. No estaba segura. Su lengua rozó la mía y sentí una descarga limpia bajándome por la columna, un cortocircuito que me dejó sin aire e hizo que mis dedos se aferraran a su camiseta como si necesitara anclarme a algo sólido.

Mi primera reacción no fue pensar, fue arder.

El ruido de la fiesta se volvió lejano, parecía que alguien hubiera bajado el volumen del mundo. Solo existía su boca moviéndose sobre mis salchichas anestesiadas con una confianza insultante y mi cuerpo traicionero reaccionando por su cuenta, sin pedir permiso.

No era mi primer beso. Michael Collins lo intentó en el baile del instituto y casi me dio un infarto del asco cuando su lengua batió la mía. Aquello fue baboso y torpe.

Esto era… Preciso. Salvaje. Peligrosamente bueno. Tenía ritmo, presión. Una especie de hambre juguetona que me empujaba contra su torso sin que yo lo ordenara. Su pulgar se movió apenas un centímetro sobre mi tripa y la piel se me erizó entera, dando con un interruptor secreto que ni yo misma conocía.

Mi cerebro gritó «error crítico».

Mi cuerpo respondió «ni se te ocurra parar».

Y cuando su mano ascendió hacia mi pecho, convirtiendo las llamas en incendio forestal, supe que, si no frenaba a tiempo, iba a lamentarlo durante el resto de mi vida académica.

Cuando mi pequeño bonsái centenario hubiera sido calcinado por su lanzallamas.

«Abortando misión. Sacando dientes de emergencia».

Lo mordí.

No fuerte. Bueno…, quizá un poco sí.

Pero me estaba sintonizando un pezón.

Fui lo bastante dura como para romper el hechizo.

—¡Au! —Se apartó riendo, con los labios brillantes y los ojos todavía clavados en mi boca—. ¿Qué haces?

—¡¿Yo?! ¡Has invadido mi espacio!

Le bajé la mano de golpe, cortando la conexión con el centro neurálgico de mi entrepierna.

—Fuiste tú quien se abalanzó sobre mis rodillas.

No estaba enfadado. Parecía… divertido. Volvió a acariciar mi tripa y todo mi sistema nervioso se declaró en huelga indefinida.

—No he sido yo… Me golpeó un balón y tropecé…

—Dicen que lo que te encuentras en el suelo es tuyo. —Sonrió—. Supongo que también aplica a lo que cae del cielo y te aterriza encima.

Se acercó otra vez.

—¿Por dónde íbamos?

Algo en mí gritó «lado oscuro». Literalmente. Como si alguien estuviera usando la Fuerza contra mi voluntad para hacerme tomar decisiones pésimas delante de un público innecesario.

No podía ceder.

Esa no era yo.

Giré el rostro y le metí un codazo seco. Directo contra la nariz. No se la rompí, de eso estaba segura a día de hoy.

Tuvo el suficiente impacto como para zafarme de su agarre, saltar y caer de pie. Ojalá clavara así las salidas en asimétricas.

—¡Joder! —jadeó, llevándose la mano a la cara—. Pero ¿a ti qué te pasa?

—Te dije que no quiero.

Un chico se rio cerca, él lo miró enfurruñado y después hundió su mirada azul en mí.

—No dijiste eso. Yo no soy de los que toman lo que no se les da.

Vale. Técnicamente no. Pero mi actitud era bastante elocuente.

—¡Le están dando calabazas al gran Valentino Dalton!

Vociferó el energúmeno de mi derecha.

Silencio.

Lengua incendiaria miró al tipo enorme con un balón en la mano; casi seguro que era el mismo que ejecutó mi salida de órbita.

—¡Cállate, Adams, ¿no ves que estoy hablando?!

No iba a quedarme para una charla con un tío que me doblaba el tamaño y al que acababa de atizar.

Aproveché el caos y me escurrí entre la gente con el corazón desbocado. No miré atrás. Solo quería salir de ahí y fingir que no había pasado.

Porque a las chicas como yo no las besaban los jugadores de fútbol universitario.

—Disculpe, ¿está bien, señorita? La veo muy roja.

Un camarero apareció a mi lado y me arrancó del recuerdo como quien apagaba una pantalla a mitad de una película.

—Me parece que está sufriendo una insolación. Su respiración es algo errática.

Genial. Hasta mi sistema nervioso estaba dando un espectáculo en público.

—E-estoy bien…

—¿Seguro? ¿No quiere que le traiga algo para hidratarse?

Quizá sí lo necesitaba después de ese recuerdo tan vívido. Y, además, tenía pinta de los que no se iban hasta completar la misión.

—Agua —dije—. Solo agua.

—Ahora mismo se la traigo.

Asintió y se marchó.

Me quedé mirando el cielo. Tomé el bote de protector solar y me embadurné antes de que mi piel gritara «melanoma». Mamá jamás me lo perdonaría. Respiré hondo.

Había sobrevivido a muchas cosas desde aquella fiesta.

Exámenes. Lesiones. Mudanzas. Decisiones pésimas.

Pero Valentino Dalton seguía teniendo exactamente el mismo efecto en mi sistema nervioso, y eso… era una puñetera cagada si no lo cortaba a tiempo.

CAPÍTULO 8



Valentino

Si pensaba que la fiesta del viernes —alcohol, ruido y sexo como si quisiera borrar mi historial mental— iba a silenciar la autodestrucción interna, fui un optimista ridículo.

El sábado desperté con la boca como cartón, el cráneo retumbando y un tacón clavado en el sofá del cuarto que no era mío, no reconocía y no tenía el menor interés en auditar.

El ático parecía el cierre de temporada de *Decisiones Estúpidas con Presupuesto Ilimitado*.

Tenía *flashes*: música reventando altavoces, el *jacuzzi* con más carne que dignidad, botellas abiertas como si fueran agua del grifo, Marcus dando una clase práctica de anatomía femenina con nata montada y Jace filosofando sobre abandono emocional mientras dos chicas le juraban que era «demasiado bueno para una sola mujer».

Ellos dos fueron los que se quedaron, el resto huyó cuando sus reservas testiculares bajaron a un nivel mínimo y el alcohol en sangre no les permitía conducir.

Levi me habría colgado de la barandilla si estuviera en la ciudad. Aunque, siendo justos, sus fiestas, antes de entrar en modo papá,

también eran material de estudio sociológico. Luego llegó el niño, llegó Sky y se acabó la era nuclear.

Se les echaba de menos. Sobre todo, picar al capi hasta verlo caer rendido por Skyler Wallace. Historia viva de cómo un tío duro perdía por KO romántico.

Me incorporé despacio.

Error.

El mundo dio una vuelta completa y me devolvió al colchón como si hubiera perdido yardas por idiota.

—Perfecto —gruñí—. Referente moral de la juventud americana.

Como algún *paparazzi* me pillara así, me abrían en canal mediático.

Miré el móvil.

Hablando de buitres.

Mensajes de periodistas. Dos casas de apuestas etiquetándome. Un titular:

«¿Demasiado joven para sostener el peso de la franquicia?».

Sonreí sin gracia.

Que se jodieran. Aunque la duda —la maldita duda— pesaba más que la resaca.

—Marchando café y un milagro.

Crucé el salón, esquivando ropa interior fuera de plantilla oficial. El sol entraba sin piedad por los ventanales. Me habrían venido bien las gafas de sol si supiera dónde demonios las dejé.

Encontré un sujetador colgado de una planta.

Lo levanté con dos dedos.

—Tú tampoco juegas en mi equipo.

Lo lancé y, entonces, vi la cocina.

—… vale.

Marcus estaba usando el cuerpo de una chica como si fuera un bufet temático. Ambos desnudos. Ella cubierta de nata. Tumbada sobre la encimera como si fuera mobiliario interactivo.

—Hermano —dijo Knight con la boca llena—, buenos días. ¿Desayuno proteico con suplemento prémium de teta?

—Quiero desinstalar mis ojos —respondí.

Ella se rio.

—La nata tiene calcio.

—No sobre la superficie en la que como, gracias. —Serví agua—. Vestíos antes de que alguien os grabe desde un dron.

—¿Eso puede pasar? —preguntó ella, alarmada.

—Te está vacilando, conejita. —Marcus las llamaba a todas así para no confundirse—. Aquí no sube nadie sin permiso.

Lástima que sí subieran los idiotas que yo mismo había invitado.

Puse la cafetera en marcha.

—Recoged el circo y desalojad, fieras.

—Aguafiestas —murmuró Marcus, dándole un último lametazo al desastre.

Jace dormía en el sofá medio sentado, con las dos de anoche pegadas como koalas a sus pectorales.

Le lancé un cojín.

—Romeo de oferta. Son las once.

Abrió un ojo.

—No he dormido. Me han tenido demasiado ocupado.

—No es culpa mía que aceptaras la oferta del 2x1. Levántalas antes de deformarme el sofá.

Una hora después, logré que desalojaran el ático. Úberes, besos, promesas falsas de «te llamo», puertas cerrándose. Rivera y Knight, únicos supervivientes nocturnos, coreaban:

—Ha sido legendario, Dalton.

—Si mi carrera se va al infierno —murmuré—, he descubierto que tengo talento logístico para las orgías con vosotros dos de clientes potenciales.

Ellos rieron y las puertas del ascensor los engulleron.

Saboreé el silencio.

Miré el suelo y, tras una revisión global del estado del piso, asumí que yo solo no podía con tanto.

—Esto necesita un exorcismo de pago.

Marqué.

—Rosa, soy yo. Sí. Nivel rojo. No, rojo no. Nuclear. Sí, del tipo con productos que matan bacterias y restos biológicos que podrían incriminar a cualquiera. Hay que darle duro a las encimeras, *jacuzzi*

y sofá. Ah, y cambiar las sábanas. Te pagaré lo que pidas, pero ven ya.

Me dijo que tardaba veinte minutos.

Perfecto. Fue el tiempo que necesité para darme la primera ducha del día, esa que se usaba para despejar, ponerme las zapatillas, los cascos y salir a correr bajo un sol de justicia.

Si no podía controlar la prensa, la *app* de Naomi ni la sombra del QB2, al menos podía controlar mi maldito ritmo cardíaco y sudar la resaca.

Playlist: rap agresivo, *beats* pesados, cero violines. Ritmo de guerra. Nada de baladas ni mierda motivacional barata. Necesitaba sonido que golpeara como una línea defensiva devolviéndome la cordura.

Kilómetro uno: *whisky* evaporándose por los poros.

Kilómetro tres: la cabeza ya no dolía.

Kilómetro cinco: las neuronas comenzaban a reconectar.

Y ahí estaba el problema.

Que en cuanto eso ocurrió, la maldita cara de Parks apareció en mi mente, con esa mirada que te hacía sentir lo capullo que eras por pasar la noche así en lugar de estar esforzándote para que esa mierda suya no te dejara en evidencia.

Si hubiera estado en la SSU, con toda probabilidad hubiera actuado de un modo distinto y me habría ofrecido voluntario como Whitaker. Me hubiese dado igual pasar por su escrutinio, pero esto era la NFL y veníamos de una temporada bastante turbia.

Ser QB1 con veintitrés no era un logro, era una diana gigante. Muy pocos lo lograban, y mucho menos alcanzar la Super Bowl para hacerse con el título. Eso suponía pasar a la memoria de la NFL, como ocurrió con Ben Roethlisberger, que la ganó con veintitrés años y once meses en 2006.

La gente estaba muy equivocada. El QB no solo era el que lanzaba un balón para que los demás ejecutaran la jugada. Era el que debía leer la línea ofensiva, a los defensas, los cambios de jugada. Controlar el ritmo del partido y tomar decisiones en menos de tres segundos mientras un montón de tíos querían arrancarle la cabeza, llevándose sus huevos de trofeo.

No era el más rápido ni el más fuerte de la plantilla, aunque, sin duda, sí el que debía mantener la mente más fría bajo presión, ser líder, tener una visión periférica de la hostia y muchos cojones mentales.

Hasta el año pasado lo había bordado; ahora, todo se convertía en presión.

Cuando volví pasados noventa minutos, Rosa estaba echando mano al desastre con esa mirada de «los hombres sois una plaga que solo piensa en emborracharse y desenfundar».

Fui a por otro vaso de agua y la miré.

—Gracias por el esfuerzo…

Alzó las cejas.

—Yo no le voy a dar las gracias por otra fiesta, por mucho que me pague las horas extra.

Me encantaba el humor de esa mujer.

—¿Colaría si te dijera que fue un seminario práctico sobre malas decisiones?

—Si no hubiera limpiado este lugar los últimos tres años, quizá. El señor Levi se tranquilizó solo la última temporada, cuando falleció su exmujer y tuvo que ocuparse de su hijo.

—Levi ganó autocontrol. Y yo heredé a sus colegas salidos.

Eso la hizo reír y negar mientras yo me alejaba hacia mi habitación.

Me duché, me dejé caer en el sofá limpio, y cuando Rosa se marchó, lo hizo regalándome uno de sus sándwiches milagrosos para comer. Me hice el remolón el resto de la tarde. Cuando el reloj marcó las seis, me puse el casco, me quité la camiseta, entré en el cuarto que había habilitado con un croma verde y anuncié el directo de Val Daver para el día siguiente. En ese momento no estaba para hostias. Dormí mal.

Demasiadas vueltas. Demasiados números. Demasiadas caras cruzándose con la de Parks.

El domingo por la mañana, con la cabeza algo más clara y las piernas todavía cargadas, entendí que no iba a quitarme el tema de encima solo.

Volví a salir a correr. Castigar el cuerpo ayudaba a ordenar la mala leche. A la vuelta, sudado y respirando fuerte, marqué a Avery antes de que me diera tiempo a pensarlo dos veces.

Había esperado a que llamara ella. Error de cálculo. Mi hermana no retrocedía, esperaba que el mundo avanzara.

Contestó al segundo tono.

—Hola, Valen.

Demasiado tranquila.

«Qué quieres, es Avery».

—Tenemos que hablar.

—Eso suele preceder a una acusación.

Me apoyé en la encimera, aún con el pulso alto.

La digna hija de nuestro padre, el general, siempre lista para abrir fuego primero.

—¿Quieres explicarme qué te he hecho para que me claves una espada láser por la espalda con forma de Naomi Park?

Silencio.

—¿En serio me llamas para hablar de Naomi? ¿Cuál es el problema?

Parpadeé despacio.

—¿Que. Cuál. Es. El. Puto. Problema? —marqué cada palabra—. ¿Me estás vacilando?

—*Nop*. Tampoco es tan grave. No tienes que vivir con ella, solo va a trabajar en tu franquicia. Compartisteis varios años de carrera, dudo que no puedas con esto.

Pensar en Parks bajo mi mismo techo me tensó demasiado rápido el cuerpo para la hora que era.

Mala señal.

—No tienes ni puñetera idea de lo que supone que tu amiguita nos tenga como ratas de laboratorio. No a mí. A todo el equipo. Y ya sabes que me tiene ojeriza. Va a destripar cada fallo delante del *staff*, del entrenador y de los herederos del trono. Nada relevante.

—Es su trabajo. El tuyo es hacerlo bien. Si detecta errores, mejoras. Fin.

Ahí estaba Avery, la capitana del equipo de gimnasia artística de la SSU: empatía cero, eficiencia máxima. Si no eras perfecto,

entrenabas.

—Soy tu hermano.

—Y ella es una profesional, debes respetar su trabajo.

Me salió una risa sin humor.

—Eso se llama traición con matrícula.

—Eso se llama no enchufar a la familia. De nada.

Me pasé la mano por la cara.

—Eso se llama avisar antes.

—Eso se llama paranoia. ¿Desde cuándo te tiemblan las piernas ante Park? A ti te resbalaba todo.

«Me resbalaba en la SSU, donde era el puto dios de los Warriors. Y no tienes ni idea de lo que Park hace con mis piernas…». No podía soltar eso.

Carraspeé.

—¿Sabes cómo reaccionó el vestuario?

—Sí. Como críos de doce años con ego frágil. ¿Os pica que una mujer os corrija?

Seguro que habían hablado.

—Gracias por el abrazo emocional.

—¿Te afecta tanto?

—No —mentí—. Me encanta que me auditen en directo con la franquicia en modo «puede que te pateemos el culo».

—Entonces, mejora, así es el deporte de élite, Dalton.

—Te has tragado un manual de la NFL.

—Siempre he sido la madura. Inténtalo.

Exhalé por la nariz.

—Y si tanto te preocupa, pídele ayuda a Naomi y aprovecha lo que te diga, es buena.

Solté una risa corta.

—Claro. También puedo abrazar el dolor y escribir un diario de cómo pretende joderme la Princesa Leia.

—Eres idiota.

—Eso ya lo sabías desde que naciste y descubriste que era tu hermano.

Pausa. La oí suspirar.

—Valen —bajó medio tono—, Naomi no va contra ti.

—Fácil decirlo desde fuera.

—Lo digo porque la conozco.

—Yo también.

—No tanto. Las veces que coincidíais solo la pinchabas.

Sonreí torcido.

«Si supieras cuánto, alucinarías».

—No la cagues —añadió—. No la conviertas en rival por orgullo. Está peleando por sus metas igual que tú.

—No es orgullo. Su dichosa *app* puede quitarme el puesto.

—Pues lucha. No te acobardes y utiliza la herramienta. Lo que te pasa se llama miedo de cojones.

—Voy a colgar.

—Cobarde.

—Insufrible.

—Genética compartida. Te quiero, idiota.

—Lo sé.

Colgué.

Me quedé mirando el techo limpio del ático. Ni rastro del caos. Ni del tanga proyectil de anoche.

La fiesta fuera.

La resaca fuera.

La presión no.

Y Parks seguía anidando en mi cabeza como la putísima Estrella de la Muerte. La mía.

CAPÍTULO 9



Naomi

Las dos primeras semanas de pretemporada pasaron como pasaban las tormentas de verano en Texas: sin aviso, con calor pegajoso y la sensación constante de que algo podía estallar en cualquier momento.

No me gritaron.

No me cuestionaron de frente.

Habría sido más fácil así.

La hostilidad se filtraba por las rendijas: miradas que se sostenían medio segundo más de lo necesario; silencios espesos cuando entraba en una sala para observarlos durante el análisis de jugadas; respuestas calculadas en las entrevistas, como si cada palabra pudiera volverse contra ellos más adelante. La mayoría se parapetaba detrás del manual del jugador profesional: frases cortas, gestos neutros, cero grietas evidentes.

Como si yo no fuera a verlas.

Mientras tomaba notas, ellos se protegían.

Lo entendía. No era ingenua.

En la NFL nadie quería que le pusieran un espejo delante cuando aún no había decidido qué versión de sí mismo iba a defender esa temporada.

Hubo de todo.

Desde el que me hablaba como si le estuviera preguntando física cuántica a un *golden retriever* hasta el que sonreía convencido de que mi presencia era anecdótica, temporal, prescindible.

No lo era.

Y eso los inquietaba más que cualquier pregunta.

Marcus Knight fue directo al grano desde el primer minuto.

Nada más entrar en la sala de reuniones, se dejó caer en la silla con las piernas abiertas, me recorrió sin disimulo y alzó una ceja.

—Antes de empezar…, ¿aquí hay diván o prefieres que hagamos la sesión en mi piso? Tengo uno que admite posiciones muy interesantes.

Respiré. No sonreí. Y pulsé grabar.

—Espero que no te importe que grabe.

—Al contrario. —Sonrió—. Me encanta que me uses cuando no estoy delante.

Nota mental: «se escuda tras el sexo. Provoca para descolocar. Tendencia clara al payaso alfa. No entrar en su terreno. Cortar en seco».

—Perfecto, Marcus —dije—. Entonces, empezamos por aquí: cada vez que aceleras después del segundo cuarto, tu frecuencia cardíaca se dispara y tu toma de decisiones se vuelve impulsiva. ¿Te ocurre también cuando te excitas o solo cuando corres sin pensar? Porque si pierdes el control bajo estimulación elevada, eso explicaría por qué te comes placajes innecesarios en el último tramo del partido.

Me miró como si un tráiler le acabara de pasar por encima.

—¿Qué?

—Que si tu autocontrol se va a la mierda cuando sube la excitación —añadí con toda la calma del mundo—. Dentro o fuera del campo. Y eso, te guste o no, afecta a tu rendimiento.

Cerró la boca.

Anoté el microgesto.

—Yo no tengo problemas con el sexo —replicó—. Las dejo muy satisfechas.

Sonreí apenas.

—Genial. Entonces, descartamos esa variable sin contrastar la opinión de ellas. Siguiente pregunta.

Su ceño se frunció.

No volvió a bromear.

Hubo otros más sutiles, igual de incómodos. Comentarios envueltos en risas, preguntas desviadas, silencios estratégicos. Jugadores que respondían sin responder, que se protegían como si yo fuera a robarles algo más que datos que podían ayudarlos a no comprometer jugadas clave.

También los hubo distintos.

Tyler Brooks se sentó, se quitó la gorra y me dijo sin rodeos que dormía mal desde la lesión del año anterior, que se notaba más lento y que le aterraba volver a fallar. No buscaba excusas. Buscaba entenderse.

Lo escuché. Funcionó.

Le di algunos ajustes previos a su evaluación y, en el siguiente entrenamiento, mejoró. No milagrosamente, pero lo suficiente.

No había terminado todas las entrevistas. No porque no quisiera, sino porque encajar mis veinte minutos extra en la rutina milimetrada que Harlow había diseñado para ellos era como intentar colar una pieza nueva en un puzle ya cerrado.

Aun así, avanzaba. Paso a paso. Dato a dato.

Sabía con exactitud qué estaba pasando.

No era ciega.

Me veían como una amenaza porque medirlos significaba exponerlos.

Lo que todavía no entendían era que, cuando dejaran de resistirse, yo podía ser justo lo contrario: la ventaja que los separara del resto de equipos.

El campo era otra cosa.

Ahí ya no podían esconderse detrás de frases correctas ni sonrisas ensayadas. El cuerpo no mentía. El gesto tampoco.

Me coloqué en la banda con el iPad pegado al antebrazo, gorra calada y gafas de sol. El calor caía a plomo y el césped despedía ese olor a promesa de lesión si alguien apoyaba mal.

Sonó el silbato.

Los cuerpos arrancaron como si alguien hubiera pulsado «modo combate». Impacto, velocidad, respiraciones cortadas. Fuerza bruta perfectamente coreografiada.

Yo miraba otra cosa.

Caderas. Ejes. Tiempo de reacción. Microsegundos entre decisión y ejecución.

La biomecánica era mi zona de confort. El fútbol americano ya no me sonaba a idioma alienígena, solo a sistema complejo con *bugs* humanos.

Tenía los ojos puestos en Grant cuando el centro de gravedad del campo cambió.

Valentino Dalton en pleno esplendor.

No necesitaba buscarlo. El juego se organizaba a su alrededor. Siempre lo hacía.

Tenía el brazo. Siempre lo tuvo. Mecánica limpia, lanzamiento preciso, lectura natural. Excepto que ahora la señal tenía interferencias. No fluía igual. No decidía igual de rápido. Dudaba una fracción antes de soltar el balón, y para un *quarterback* eso era como meterle retraso al gatillo si eras poli y te enfrentabas a los malos. Una cagada que te podía costar el cuello, o el partido.

La duda no estaba hecha para su posición.

Tomé nota sin querer. Fruncí el ceño. Guardé el *stylus*.

No estaba ahí por él.

Mentira estadística: sí lo estaba, y mirando demasiado.

Podía querer autoengañarme, la verdad era que el corazón se me aceleró y las palmas de las manos me sudaron cuando supe que iba a ficharme su equipo.

Valentino fue un incentivo de los grandes.

Lo había visto jugar decenas de veces. En la SSU, en vídeo, en retransmisiones donde parecía tener instalado el futuro en caché. El de ahora analizaba de más. Pensaba de más. Llevaba peso en la cabeza y me obligué a no asumir que yo era parte de la mochila.

Presión. Titulares. Expectativas y mi *app* metiendo números donde antes había instinto.

Avery me contó hace dos semanas que hablaron y que parecía preocupado, que le echara un ojo a su hermano porque lo notó distinto. Me dije que si lo miraba de más era por ella, no porque disfrutara viendo sus músculos tensarse.

Un receptor falló la ruta. Valentino chasqueó la lengua, se pasó la mano por el casco y repitió la jugada. El balón salió tarde.

Anoté: retardo leve, posible sobreanálisis.

Me molestó escribirlo. Mucho más de lo profesionalmente razonable.

Mac pitó y cerró el bloque de *quarterbacks*.

—¡Duchas! ¡Diez minutos!

Se dispersaron entre bromas y golpes de hombro. Varias miradas hacia mí en modo «*spyware* detectado».

Guardé el iPad.

Miré una vez más al campo.

Valentino se quitó el casco y se pasó la camiseta por la cara. Abdomen marcado. Oblicuos. Línea en V peligrosa porque apuntaba hacia la zona de anclaje.

Mis glándulas salivales activaron protocolo baba.

«Controla, maldita seas».

Desde aquella fiesta, mi cuerpo reaccionaba a él como si alguien hubiera instalado un *plugin* ilegal e indetectable bajo mi piel. Atracción absurda. Persistente. Muy poco conveniente.

Planetas distintos. Lenguas compatibles. Error histórico documentado.

Deslicé la vista por sus abdominales otra vez y juraría que sentí crecer mis colmillos.

Error. Reincidente. Morderlo no me sentó bien. ¿Me habría envenenado?

«No pienses en rodearlo con las piernas».

Pensé en rodearlo con las piernas.

Levantó la mirada. Directo a la banda. Directo a mí.

El pulso me dio una descarga de las que te sacudían donde no debían.

No aparté la vista. La visera hacía de escudo y yo de estatua digna por fuera, desastre térmico por dentro.

No estaba ahí para joderlo.

Aunque mi cuerpo tuviera un plan alternativo muy gráfico.

No estaba ahí para exponerlo, aunque mis dedos hormiguearan con ganas de desprender lo que cubría su cuerpo.

Ni para terminar lo que empezamos aquella noche.

Estaba ahí para ayudar.

El problema era que, si seguía mirándome como si yo fuera el Imperio…, a mí me daban ganas de atacar. Y no auguraba un buen final.

Por suerte, apartó la vista cuando Ty le dijo algo y trotó hacia el grupo.

Yo tardé demasiado en volver a respirar normal.

Tardé un poco en recolocar el pulso antes de ir hacia la zona de comida. No por el calor. No por el entrenamiento. Por el *quarterback* con abdominales ilegales que acababa de recordarle a mi sistema endocrino que seguía operativo.

El comedor de jugadores no se parecía en nada a lo que la gente imaginaba cuando oía «instalaciones deportivas». Lo mismo ocurría con la SSU.

Nada de bandejas de cárcel ni mesas corridas. Aquello era más bien un restaurante amplio, luminoso, con madera clara, pantallas encendidas sin sonido y una barra larga donde nutrición servía platos diseñados al milímetro. Todo demasiado limpio, demasiado eficiente, demasiado caro como para derramar salsa sin sentir culpa.

Grayson estaba sentado al fondo, sin móvil, sin prisa, observando el espacio como si también estuviera tomando datos. Cuando me vio, sonrió de esa forma suya que no era invasiva pero tampoco neutra. Se levantó un poco para apartarme la silla.

Caballerosidad nivel raro en ecosistema *testosterónico,* aunque, claro, él era uno de los hijos pródigos, no uno más del equipo.

—Te he pedido algo decente —dijo—. Si esperaba cinco minutos, los *tight ends* arrasaban con todo.

—Gracias. —Sonreí—. Prefería comer sentada que luchar por un plato.

Le hizo gracia. A él le hacían gracia mis cosas raras. Y a mí me hacía sentir muy cómoda.

En los días que llevaba en The Star ya había conocido a casi toda la dinastía de su familia, y si algo tenía claro era que el único con el que no me importaba compartir mesa y conversación era Grayson.

Los demás parecían sacados de un juego de estrategia en modo difícil. Elliot era el que movía las fichas sin pestañear, siempre pensando en el siguiente turno y en cuántas piezas estaba dispuesto a sacrificar para obtener la mayor rentabilidad. Una cosa era ser el mayor y otra verse como el heredero universal. Vivian jugaba a controlar el tablero desde fuera, la zona de comunicación y relaciones públicas. Estaba pendiente en todo momento de la imagen, tanto era así que me dio varios polos, camisetas, pantalones, gorras y zapatillas, combinables entre sí, porque ahora era miembro del *staff*. Cualquiera se oponía. Llevaba el control de la narrativa y de que nadie rompiera las reglas, aunque no estuvieran escritas. Desde el escándalo de Levi Carter y la *rookie* de las DCC, sumado al de su hermana Charlotte, no podían permitirse cagarla más.

La directora ejecutiva de las DCC era ese personaje del que todo el mundo hablaba pero que todavía no había aparecido en pantalla, y eso la hacía incluso más inquietante.

Casi todos ponían en entredicho la funcionalidad de mi aplicación, salvo Grayson, que era el único que no parecía estar jugando a nada, más allá de mejorar el rendimiento de los deportistas.

Mientras empezábamos a comer, me preguntó por las entrevistas, por los patrones que estaba detectando, por cómo veía la adaptación del equipo al sistema de análisis. No era charla para quedar bien. Escuchaba de verdad y hacía preguntas que demostraban que conectaba puntos.

Eso le sumaba atractivo. Mucho. Por no hablar de que genéticamente había sido bendecido por los dioses.

—¿Te están dando guerra? —preguntó en tono tranquilo.

—Resistencia pasiva —murmuré—. Como cuando intentas instalar una actualización y todo el mundo pulsa «recordármelo más tarde».

Sonrió.

—Si alguien cruza la línea, me lo dices.

—Lo haré —respondí, y no sonó formal, sonó pactado.

Mi móvil vibró. Mamá. Otra vez radar parental activo.

Le mandé un mensaje rápido: *Luego te llamo. Sigo viva. No me han devorado todavía.*

—Puedes cogerla —comentó Grayson—. No importa.

—Sí importa, es mi madre. Si respondo ahora, me pide métricas. No te haces una idea de cómo es —le expliqué.

—Bueno, no eres la única que tiene una familia que le exige resultados y que lo hace a su manera… En eso nos parecemos, por lo que diría que te entiendo mejor que bien.

Reí bajito.

—Me alegro de que estés aquí, Naomi. Mucho. Y prefiero comer contigo que solo.

Me pilló desprevenida y noté el calor subiendo por la cara. Genial. Justo lo que quería: rubor adolescente en entorno ejecutivo.

—Yo también prefiero comer contigo —asumí; era cierto—. Si te soy franca, si no, estaría en mi cuarto. Lo de socializar no es lo mío.

Mi cerebro se giró despacio para mirarme, como si acabara de pulsar «enviar a todos».

Grayson no se perdió el matiz. Sus ojos tampoco.

—Me parece una excelente preferencia, me refiero a comer conmigo antes que sola en tu habitación —contestó—. Creo que nos entendemos fácil, y en tu defensa diré que los mejores tesoros son los que yacen ocultos, esperando a que la persona indicada los descubra.

Y, entonces, lo sentí, mi pulso se aceleró cuando sus ojos grises descendieron a mi boca.

Lamí mis labios porque los tenía secos, o eso me dije cuando me percaté de que sus pupilas reaccionaban al gesto.

Entonces, llegó una presión invisible entre mis omóplatos. Como un sensor activándose mientras algo se aproximaba.

Noté una perturbación en la Fuerza y no estaba de mi lado.

Desvié la vista y escaneé.

Valentino, de pie en el extremo opuesto, mirándonos con esa expresión suya que no era exactamente enfado, ni tampoco

indiferencia, sino algo mucho más peligroso: interés mal disimulado.

El aire se evaporó de mis pulmones y ya no estaba segura de qué sentía ni por quién.

Genial.

Triángulo lujurioso desbloqueado.

Dificultad: Legendaria.

Yo: sin guardar partida ni escudo intergaláctico.

Perfecto.

Justo lo que necesitaba: tensión sexual no resuelta con testigos, sin opción al manual de instrucciones ni al botón de deshacer.

Riesgo emocional: crítico.

CAPÍTULO 10



Valentino

Las comidas del equipo siempre eran el mismo espectáculo: calorías pesadas medidas al milímetro, ruido y egos del tamaño de un estadio.

Mesas llenas, tíos enormes comiendo como si el mundo se acabara en veinte minutos y conversaciones que iban de estadísticas a culos sin escalas intermedias. Lo normal. Rutina. Vestuario en modo manada.

Yo debería haber estado igual, comentando, riéndome, soltando mierda.

No lo estaba.

Porque al otro lado del comedor, Naomi Park —Parks para mí, o *el demonio viste de iPad*— se estaba riendo con Grayson Joneson como si el mundo fuera un sitio agradable y no un campo minado del que no te salvaban ni las protecciones ni el casco. Y eso me estaba tocando las narices a niveles clínicos.

Lo peor no era verlos juntos. Lo peor era la sensación de que ella estaba donde no debía y con quien no debía… y que nadie parecía verlo como un problema salvo yo.

Porque Naomi no jugaba a esto. No era de flirtear por deporte ni de usar sonrisas como moneda de cambio. La conocía. Sabía cómo era cuando algo le interesaba de verdad y cómo levantaba muros cuando no. Y lo que estaba viendo ahí no encajaba en ninguna de esas categorías.

Joneson, en cambio, sí jugaba. Sonrisa ensayada. Cercanía calculada. El típico tío que te hacía sentir especial mientras te medía por dentro. Y que fuera justo él quien se sentara con ella, quien le apartara la silla, quien la escuchara con esa atención de escaparate… me hacía hervir algo que no tenía nombre.

No eran celos, era instinto de protección. ¡Era la amiga de mi hermana! Una cosa era que la quisiera lejos y otra debajo de Grayson Joneson.

Odiaba la sensación de que alguien estaba pisando terreno que no le pertenecía.

Naomi no tonteaba. No se fijaba en chicos, mucho menos en pijos con traje sin corbata, que se la quitaban para parecer cercanos.

Lo peor era que al cabrón le funcionaba y ella estaba picando.

—Hermano —dijo Jace, sentándose frente a mí—, te estás comiendo el pollo como si fuera culpable de algo.

—Lo es —respondí—. El que ha metido a Park aquí con calzador no es trigo limpio. No me gusta una mierda y no sé qué trama. —Cabeceé.

Marcus soltó una carcajada.

—Ese enigma te lo resuelvo yo. Lo que trama el hijo del dueño es simple: quiere beberse a la científica con pajita. O que ella se lo beba a él, no hace falta que te diga lo que quiere que le sorba.

No contesté. Mala señal. Cuando yo no contestaba era porque la sangre me estaba inundando el cerebro y los bíceps.

—En serio —preguntó Devin Shawn, sentándose frente a mí—, ¿cuál es el plan con tu excompañera de universidad, Dalton? —cuestionó.

—Eso —siguió Marcus—. Dijiste que la ibas a mandar de vuelta a Silicon Valley con un lacito y aquí sigue, analizando hasta cómo me rasco las pelotas.

—Las jugadas no se fuerzan —dije sin mirarlos, con las pupilas encajadas en mi plato—. Se estudian. Se lee la defensa. Se ataca cuando hay hueco. Estrategia sin fisuras.

—Traducción —dijo EJ—: no tiene ni puta idea.

Risas. No la mía.

Marcus dejó el tenedor con un golpe seco.

—Te juro que, si hubieras tenido ya la reunión con ella, ahora mismo estaríamos cavando la fosa. ¿Sabéis que me llamó eyaculador precoz táctico?

—¿Cómo? —Ty Hawkins, el corazón del equipo, levantó la vista con media sonrisa contenida.

—Que pierdo el control bajo «estimulación elevada» —entrecomilló con los dedos— y que por eso me como los placajes al final del partido. Me preguntó si dejo a las tías insatisfechas. Se cree Freud versión coleta. Casi le paso mi agenda para su validación científica.

—¿Qué le hiciste? —preguntó EJ.

—¡Nada! Bueno…, le ofrecí una demostración completa.

—Entonces, ese fue el problema —dijo Jace Rivera sin levantar la voz.

La mesa estalló.

Rivera era así: hablaba poco y dejaba cadáveres verbales.

Capitán ofensivo. *Center*. El que tocaba el balón en cada *snap*. El que mandaba sin anunciarlo. Yo heredé el puesto de Levi en el ataque, no el brazalete. Y tenía lógica. Para llevarlo necesitabas más que brazo: rodaje, liderazgo y confianza real del equipo.

Ser QB1 con veintitrés no te daba automáticamente derecho a mandar. Te daba foco. Presión. Y un montón de ojos esperando a que fallaras para decir «lo sabía».

Yo tenía el brazo, la cabeza y el puesto. El vestuario se sostenía en otros hombros.

Jace ordenaba sin gritar. Devin imponía respeto desde la defensa. Ty levantaba el ánimo cuando la cosa se torcía. Ellos eran los tres pilares tras la marcha de mi antecesor.

Yo todavía estaba en evaluación permanente. Y ahora, además, tenía a Parks removiéndolo todo desde dentro con su puto iPad.

Ty miró a Marcus.

—Explícame la parte técnica. No lo de las tías decepcionadas, eso es dominio público. Lo de por qué te tumban al final según nuestra enemiga pública n.º 1.

Servilleta volando. Risas.

—No sé, joder —bufó Marcus—. Habló de excitación, control, variables fisiológicas… Me atacó sin venir a cuento y ya no pude retener.

Devin y Jace se miraron.

EJ dejó de masticar.

Marcus frunció el ceño.

—¿Qué? ¿Por qué os calláis? ¿En serio pensáis que ha acertado?

—El horóscopo también acierta —mascullé después de tragar el nudo que se me formó—. «Hoy estarás cansado y alguien te pondrá nervioso». Magia pura. A ver quién no va pasado de revoluciones en el último cuarto.

—Exacto —respiró Marcus—. Gracias. Por fin alguien con cerebro.

No lo hice por él.

Lo hice porque no iba a darle ese punto a Parks en público, aunque lo hubiera clavado.

Harlow dio dos palmadas.

—Fin de la comida, señores. Treinta minutos para despejar la cabeza. Luego vídeo, y rezad para que no se os corte la digestión tras el análisis de cagadas.

Sillas. Platos. Quejas. Ruido. Y mis ojos en ellos.

Grayson volvió a apartarle la silla a Naomi al levantarse. Detalle mínimo. Educado. Limpio. Perfecto. Le susurró algo y ella se encendió hasta las orejas.

—Joder…

Ganas de romperle la cara de *loverboy* a ese payaso.

Ella sonrió de verdad. No sonrisa social. De las que bajaban defensas y a mí me daban ganas de romper dientes. Esas no me las dedicaba a mí.

—Hay tema —dijo Shaw detrás.

—El niño rico no pierde el tiempo. —EJ, siempre oportuno.

—Contrato y postre. —Marcus—. La tiene a huevo, ¿por qué, si no, la alojarían aquí? ¿Qué os apostáis a que le da unos segundos de ventaja y él sube por el otro ascensor…? En cinco minutos la tiene gimiendo contra la cama… —Se puso a imitar a Naomi por lo bajo—. Oooh, sí, Gray, átame con tu corbata y dame palmadas en el culo porque he sido muy mala…

Mandíbula bloqueada. Los demás a carcajadas.

Naomi salió con paso firme. Ajena a que media sala le miraba el culo y la otra media calculaba si el heredero se metía entre sus sábanas.

No miró atrás. Ni una duda. Ni una pausa. Como si yo no existiera.

Me levanté.

—¿Dónde vas? —pronunció Ty.

—A pensar.

—Si vas detrás de la señorita *app* no es pensar —dijo Jace—. Es persecución.

—Lee mejor la jugada, capitán.

No sonrió.

Me había leído perfecto.

La seguí. Como un puto obseso, y me dio exactamente igual lo que pensara el resto.

Necesitaba dejarle las cosas claras y a Joneson fuera de la ecuación.

Me dije que lo hacía por Avery, mejor eso que pensar que seguía quedando algo de nuestro pasado entre los dos.

CAPÍTULO 11



Valentino

La vi girar hacia la zona de ascensores. Iba vestida con ropa corporativa de la franquicia: polo blanco, bermudas azul marino por encima de la rodilla, calcetines invisibles y zapatillas de campo. Profesional. Limpia. Peligrosa. Se había quitado la visera para comer y la llevaba colgando del bolsillo trasero como si no fuera consciente de que era un puto imán visual.

Y el maldito iPad abrazado al pecho. Escudo de energía versión cerebrito letal.

—Ni aunque fuera un campo de fuerza —murmuré—. No te protege de mí.

Apreté el paso.

Las puertas del ascensor se estaban cerrando cuando metí la mano entre ellas. Rebotaron y se abrieron con un suspiro hidráulico. Perfecto *timing*. Perfecta entrada.

Me colé. Ella pegó un bote.

—¡Joder!

Se giró en seco y casi me estampa su arma tecnológica en la cara. El susto mutó en cabreo instantáneo cuando me reconoció.

El verano le había sentado de putísima madre. Más dorada, más definida, menos niña. Seguía en forma, aunque ya no compitiera, y eso se notaba en cómo ocupaba el espacio. Ojos almendrados. Labios llenos. Esa línea traicionera en la mejilla cuando casi sonreía que podías confundir con un hoyuelo.

Muy guapa.

Normal que a Grayson le dieran ganas de zumbársela contra el escritorio de dirección.

—¡¿De qué vas, Dalton?! —saltó—. ¿Ensayas entradas dramáticas o te entrena el fantasma de las navidades pasadas?

Avancé medio paso solo por el gusto de invadirle el aire.

No retrocedió. Ni un centímetro. Así era ella.

Quedamos casi pegados. Las puertas se cerraron detrás de mí. Cabina sellada, sin público, sin *replay*.

—¿De qué voy? —Ladeé la cabeza—. Eso deberías decírmelo tú. ¿Tanto me echas de menos que has tenido que programar una excusa para volver a mi órbita?

El ascensor arrancó con un zumbido grave. El espacio se volvió corto y la respiración negociable.

Su gesto se tensó y a mí me llegó el golpe limpio de su olor: protector solar, algo dulce, piel caliente, sudor limpio. Mala mezcla para mi autocontrol.

—Siempre creyéndote el centro del universo —escupió—. ¿Te suena el concepto «trabajo»? Sé que puede parecer *klingon* para alguien que lo arregla todo lanzando cosas muy fuerte.

«Te lanzaba yo ahora mismo contra el colchón y luego hablaríamos de física aplicada».

—Y ganando partidos —respondí—. Detalle clave que te saltas como si fuera opcional.

—Y leyendo estadísticas como el culo —disparó—. También es tu especialidad. Sobre todo, este último año. ¿Te suena eso de «no llegar a los *playoffs*»?

Ahí fue a matar. Directo a la herida.

La miré de arriba abajo sin disimulo. Polo ajustado. Tela marcando lo justo. Pantalón corto decente. Piernas que mi memoria

tenía archivadas en posturas mucho menos reglamentarias y bastante más entretenidas.

Error mental. Grave.

«Dalton, céntrate o la cagas».

—Parks. —Me acerqué.

—Parks no —cortó—. Ya no estamos en la SSU.

—Eso se lo dices a otro que no te haya visto las tetas.

Se quedó congelada medio segundo. Impacto directo al núcleo.

—No me has visto las tetas.

«Las he tenido demasiado cerca como para abrir debate».

Sonreí despacio, con mala intención.

—Videollamada con tu amiga… —chasqueé la lengua—, perdón, con mi hermana. Cámara traicionera en formato barrido. Física interesante. Diría que la izquierda te cuelga un milímetro más que la derecha.

—¡Llevaba sujetador! Y no me cuelga nada —escupió—. Aunque eso no sea asunto tuyo. ¿Te suena algo lo de que no se opina del cuerpo de los demás?

—Cuando tienes un pezón en la boca, la propiedad intelectual pierde peso —bajé la voz—. El tuyo fue muy participativo. Salió a saludar.

Su respiración se aceleró. Cuello rojo. Pupilas negras como agujeros de gusano. No retrocedía. Y eso me estaba poniendo durísimo por dentro y cabrón por fuera.

—No fue culpa mía que Avery girara el móvil.

—Ni que cayeras sobre mis rodillas en aquella fiesta —repliqué—. Ni que tu lengua firmara contratos sin leer la letra pequeña.

Sus labios se entreabrieron.

Primer recuerdo desbloqueado.

—Error de sistema —dijo—. Ya está parcheado.

—Curioso. —Di otro paso y ahora sí retrocedió hasta chocar con el espejo—. Porque el rendimiento fue alto.

Me empujó el pecho. Fuerte.

—Distancia de seguridad, *quarterback*. Te estás acercando a una zona de colisión.

—Tú ya colisionaste. —Sonreí—. Con mi boca.

—Y tú con mi codo en la nariz. Datos completos, por favor.

—Me acuerdo de todo —bajé el tono—. Incluido nuestro segundo encuentro… —Para ella segundo, para mí no—. Bastante más interesante que el primero.

Encerré el espacio con los brazos sin tocarla. Boca cerca de su oreja. Calor compartido.

—No estaba tan borracho como para olvidar cómo huiste de mi cuarto, diciendo que necesitabas aire después de tener mis putos dedos dentro de ti…, y cómo te encontré fuera, acusando a nuestro perro de soltar tremendo mojón en una maceta de plástico.

Le mordisqueé el lóbulo. Lento. A mala leche.

—No teníamos perro. Solo un hurón enano incapaz de fabricar semejante arma biológica.

Su pulso se disparó. Yo también.

—Te largaste, culpando a la mascota y dejándome con una erección de campeonato que solo bajó con la peste.

Me aparté, esperando verla apurada. Encontré fuego.

—Metáfora defensiva —disparó—. Como ocultarse tras una luna de Endor. No fue culpa mía que tu compañero secuestrara el baño ni lo que me dieron en esa basura de restaurante para cenar. No pretenderías que me explotara el intestino, ¿no?

Me reí por la nariz.

Recordé a mi compañero acusándome de salir con raritas que cagaban en plantas ajenas y alegando que yo me ocupaba de la situación.

Y, aun así…

Volvería a elegirla, porque durante mucho tiempo me reí lo más grande recordándolo.

—Muy propio de ti saltar con algo de *Star Wars* que solo tú entiendes —dije, bufando.

—Me estoy comparando con alguien que sobrevive a imperios arrogantes. —Me señaló el pecho con el iPad—. Tú eres claramente el lado oscuro con hombreras —«no te haces una idea de cuánto, nena»—, y a nadie decente se le ocurriría sacar a relucir esa mierda.

El ascensor siguió subiendo, cable tensándose, aire cada vez más denso.

—Por suerte, no lo soy.

La miré a los ojos, demasiado brillantes, demasiado vivos, demasiado peligrosos para mi paz mental y para la sangre que ya no me estaba circulando precisamente por el cerebro.

—Dime una cosa…, ¿ya le has cagado en su planta o solo te has acostado con él? —solté.

Parpadeó.

—¿Con quién?

—No juegues conmigo, Parks. —Mandíbula apretada, voz baja—. Joneson y tú sois la puta comidilla del vestuario.

Su expresión se volvió hielo afilado.

—¿Quién coño te crees que eres para preguntarme eso?, ¿te has vuelto más gilipollas de lo que ya eras o entrenas?

—Te dieron el puesto por él, todo el mundo lo sabe —me encogí de hombros—, solo quiero saber si fue antes o después de comerle la… espada láser.

Sus iris chispearon; si las miradas mataran, yo ya sería ceniza espacial.

—Eres increíblemente básico —escupió—, un NPC con casco.

—Y tú estás muy com-penetrada con el jefe —marqué la palabra con saña—, os veía sincronizados: miraditas, sonrisas, menú degustación… Lo único que me falta saber es si también lo hay debajo de la mesa.

—Lo que viste se llama conversación entre adultos, lo que creíste ver: disociación de la realidad —replicó—, no todo es fricción pélvica en el universo, supéralo, algunas progresamos con cerebro y buenas ideas, no a golpe de entrepierna.

—No me has respondido.

—No te debo respuestas a preguntas sumamente imbéciles, además, diga lo que diga vas a fabricarte tu propia película, así que dejo en tu mano el final.

«El final lleva mis nudillos hacia la jeta de ese indeseable».

—Me debes no cargarte mi carrera.

—Tu carrera se la carga tu sobreanálisis —me señaló la sien—, no mi aplicación. Yo solo pongo el espejo, si no te gusta lo que ves, cambia tu reflejo.

Alargué el brazo y pulsé el botón de parada de emergencia.

Tirón suave. Cabina detenida. Silencio espeso.

—i¿Qué haces?!

—Hablar —la miré fijo—, supuse que preferirías aquí en lugar de en tu habitación.

Casi podía escuchar sus pensamientos y era preferible que no oyera los míos. Teníamos la respiración desacompasada. La suya rápida, la mía más profunda, más caliente.

—Si hablamos de preferencias, me habría gustado en un despacho y de forma profesional —dijo—. Si hubiera sabido que te urgía, habría priorizado.

La voz del intercomunicador saltó con cámara incluida.

—¿Todo bien?

Ni me dejó abrir la boca.

—Sí, perdone —respondió dulce como veneno—, este hombre tocó donde no debía, es daltónico y no distinguió el botón rojo, ya lo solucionamos, que tenga buen día.

La miré con media sonrisa torcida.

—Eres peligrosa.

—Más bien rápida y funcional.

Pulsó y el ascensor volvió a moverse, quedaba una planta, apenas unos segundos de jaula.

—No eres bienvenida —le dije bajo—, y lo sabes.

Adoptó postura de combate: manos a las caderas, mentón arriba.

—Me importa entre una mierda y menos que una mierda —respondió—, me dieron una oportunidad y voy a terminar el trabajo, te guste o no, así que haznos un favor a todos y pasa página. El tiempo que esté solo dependerá de lo bien o mal que juegue el equipo y se adapte al nuevo plan de trabajo.

—Solo espero —me incliné, cerca, muy cerca— que ese trabajo no incluya arrodillarte bajo la mesa de Grayson.

Su pulso saltó en el cuello. Lo vi. Lo disfruté y quise succionarlo a lo bestia.

—Si me conocieras, sabrías que no me arrodillo ni ante mi familia —dijo—, mucho menos ante un tío, sea quien sea.

Electricidad pura. Naomi en modo tormenta. Sus labios temblaron de rabia.

—Mmm, juraría que la última vez que salimos…

—Fuiste un error de *casting* —añadió—, protagonista descartado, escena eliminada.

—Para no querer repetir —respondí—, no dejabas de jadear como si te estuviera *hackeando* el sistema nervioso.

—Porque me tocabas como si rascases un cupón. —Chasqueó la lengua—. Placer y chapuza no son lo mismo, Dalton, por eso y mil cosas más no quiero repetir, supéralo.

Mentía. Y los dos lo sabíamos. Tenía las pupilas demasiado dilatadas y el pulso muy alterado.

—Si no te largas te vas a quemar —le advertí.

—Me encantan los experimentos de riesgo.

Las puertas empezaron a abrirse. Se preparó para salir. Le bloqueé el paso con el brazo, sin tocarla, solo cerrando espacio, celda invisible, narices cerca, respiración mezclada, miradas conectadas en línea directa.

Mi polla gritaba «bésala».

No lo hice.

—Si no te vas, prepárate para la batalla.

—No me asusta el cuerpo a cuerpo, y menos contigo —dijo—. Nunca fuiste nada para mí, solo un mal paso, voy a demostrar que mi aplicación es lo que necesitáis, que vuestro modelo se ha quedado obsoleto, os guste o no. Así que aparta de mi camino, *quarterback*, y haznos un favor: supera nuestro pasado.

La dejé pasar.

Salió sin mirar atrás.

Me quedé dentro, contemplando su reflejo en el espejo hasta que las puertas se cerraron, pulso disparado, entrepierna ardiendo y una verdad incómoda clavada bajo las costillas: no la había superado, ni de lejos, sobre todo, aquel segundo encuentro, no el de la planta, otro del que ella ni siquiera era consciente… y yo no podía dejar de recrear.

CAPÍTULO 12



Naomi

Cerré la puerta de la habitación de un empujón que sonó a portazo de nave sellando escotilla.

La gorra voló contra la silla como si fuera culpable de todos mis males y el iPad rebotó sobre el colchón dando un salto indignado. Necesitaba descargar tensión en algo que no respirara antes de empezar a gritarle a la pared o, peor, a mí misma.

—Imbécil. Idiota. *Quarterback* con complejo de sable láser —mastiqué entre dientes.

No era solo lo que había dicho, era el tono, la seguridad chulesca del tío que entraba a romper la jugada, aunque hubiera tráfico, barro y defensa doble, cuestionando mi puesto, mi trabajo, mi valor, mi dignidad y, de regalo, mi sistema nervioso completo.

Hincar rodillas bajo la mesa del jefe…

Eso me pasaba por haberlas hincado con él.

«Genial, Parks. Medalla de oro en decisiones de mierda, y no estoy hablando de la que solté en su piso».

No iba a repetirse, antes me hacía *sith* y juraba celibato galáctico.

Me dejé caer en la cama, notando el corazón golpeándome por dentro, como si quisiera salir por el puerto USB, por el HDMI y por cualquier maldito conector disponible.

Lo peor no era el enfado, ojalá fuera solo eso, lo peor era la respuesta física, traicionera y automática, esa corriente subterránea que se me activaba sin permiso cada vez que Valentino Dalton invadía mi espacio vital con su olor, su voz grave, sus dientes cerca de mi oído y esa manera de mirarme, como si yo fuera a la vez un reto, un puzle y un pecado con piernas.

¿Qué demonios me pasaba?

Nunca fue una opción para mí, nunca, y no por falta de ojos. Sería idiota si negara que estaba obscenamente bueno y peligrosamente guapo.

Pero una cosa era reconocer que un meteorito brillaba y otra muy distinta querer que impactara en tu casa, o entre tus piernas.

Él era el maldito sol y yo la luna, trayectorias compatibles solo en fenómenos raros y de corta duración, y ya llevaba dos eclipses acumulados: uno parcial y otro total.

No aprendía. «No aprendía un mojón», como diría Camila.

Dalton era justo el tipo de desastre natural que mi yo racional archivaría en la carpeta de: NO TOCAR —riesgo de colapso global y extinción de la raza.

Estrella, foco, titulares, chicas perfectas orbitando como satélites voluntarios, palmaditas en la espalda, ego inflado a base de halagos y felaciones. Yo no encajaba ahí, no quería encajar ahí, me había pasado media vida esquivando expectativas ajenas como para convertirme en estadística de cabecero deportivo.

Yo era la rara, la de los datos, la friki tecnológica, la que prefería optimizar sistemas antes que conversaciones huecas, la que se sentía mejor en una sala oscura con *sci-fi* clásica que en una fiesta con gente gritando por encima de la música.

Y, aun así…

Mis piernas recordaban demasiado bien cómo encajaban en su cintura.

—Bravo, Parks —bufé—, coherencia nivel Windows 95.

En mi defensa diré que no fue totalmente culpa mía.

En mi contra diré que sí lo fue bastante.

Ahí estaba Dalton para restregármelo, como si mis pesadillas y mis neuronas no me tuvieran ya frita con repeticiones en bucle. Memoria sensorial de mierda, siempre lista para reproducir en alta definición y *surround*, piel erizada incluida. A la cabrona le encantaba hacer *remaster*.

No solo caí una vez sobre sus rodillas, el verano pasado tropecé con todas las piedras del camino y luego volví para comprobar si seguían ahí, listas para tirármelas a todas.

La noche que decidí borrar el disco duro después de cagarla en cadena.

El famoso paseo de la vergüenza versión *nerd* gastrointestinal, comparado en mi cabeza con el de Cersei Lannister, pero con menos campanas y más retortijones. Nada como salir por piernas del piso de Valentino y su compañero cuando se descubrió que el «pastel» de la maceta no era abono orgánico experimental.

Si hubiera tenido poderes, me hubiese teletransportado a otra dimensión o pedido ser pulverizada para desintegrarme *ipso facto*.

Lo que hice no solo mató mi libido, me mató las ganas de volver a cruzarme con él en ninguna línea temporal.

Sabía que a la mínima lo usaría como arma arrojadiza, y, bingo, acababa de hacerlo en el ascensor, desenterrándolo como si fuera chantaje edición coleccionista. Si abría la boca en el vestuario, yo estaba socialmente muerta, enterrada y con lápida anunciando:

«Naomi Park. La peor cagada de la historia».

Y ni siquiera era lo peor. Lo peor seguía siendo que mi cuerpo reaccionaba pese a todo, como si hubiera otro archivo corrupto escondido en el sistema, sin nombre ni fecha, pero con suficiente eco físico para empujarme a querer repetir, aun sabiendo que era mala idea en siete idiomas.

Me froté la cara con ambas manos y solté el aire por la nariz. Vale. Orden. Estructura. Plan de contingencia.

La gimnasia artística me enseñó algo útil: evalúa el salto antes de romperte los dientes.

Primero, indignación, necesitaba acumular suficiente como para no mirarlo como tentación andante.

Segundo, Dalton = idea pésima con piernas, me quería fuera y acababa de declararme la guerra, así que tocaba cabeza fría.

Tercero, enterrar aquella noche maldita, encontrar el puto archivo mental y formatearlo sin copia de seguridad.

Y justo al pensarlo, mi memoria abrió la carpeta equivocada, la noche equivocada, el maldito acceso directo al desastre.

1 año y 3 semanas antes

No había salido de fiesta, había salido a celebrar una victoria técnica, que era como festejábamos las guerras los de mi gremio: con dados, *pizza*, tarta y orgullo estadístico.

Venía directa del Texas Collegiate Tabletop Open, torneo interuniversitario de estrategia y rol táctico que se celebraba cada verano en Dallas. No era *mainstream*, no salía en ESPN y nadie gritaba desde las gradas, pero había sudor, *trash talk* y humillaciones públicas igual de dolorosas, solo que con dragones en lugar de *linebackers*.

—Repítelo —dijo Marcos Ibarra, alias Thornblade, guerrero nivel veinte y pésimo perdedor—, repítelo porque todavía me cuesta procesarlo.

—Te dije que no dejaras vivo al invocador —respondió Priya Shah, nuestra *archimaga* oficial—, pero no, el señor «yo controlo» quiso *farmear* experiencia.

—Era eficiencia —protestó él.

—Era codicia —dijimos los otros tres a la vez.

Levanté el vaso y me di cuenta de que estaba vacío, como el de los demás.

—Era estadísticamente estúpido, y gracias a eso mordieron el anzuelo, partieron línea y cayeron en cono de área, gracias por tu sacrificio táctico involuntario.

—Me usaste de cebo humano —protestó Marcos, llevándose la mano al pecho, como si acabara de descubrir una traición de Estado.

—Cebo exclusivo —corregí—, edición limitada, numerada y con certificado de autenticidad.

La mesa explotó en carcajadas y alguien casi tiró los dados al suelo. Ambiente perfecto: victoria, alcohol y ego *nerd* bien alimentado.

El bar era un híbrido glorioso entre templo friki, cantina y zona de guerra social. Juegos de mesa, vitrinas con miniaturas pintadas a mano, chupitos de colores imposibles y una pista de baile donde los valientes se mezclaban con los imprudentes. De esos sitios que no deberían funcionar según la lógica… y, aun así, lo hacían porque nadie juzgaba a nadie y todo el mundo pertenecía a algo.

Nosotros ocupábamos la zona de estrategia: mesas con tapetes de combate, bandejas de dados, posavasos con runas y camareros capaces de distinguir un d20 de un objeto contundente. En la pared colgaban camisetas con memes matemáticos, dragones y ecuaciones. Cerca, dos tíos discutían con intensidad científica si un bárbaro debía tener ventaja con hacha a dos manos en terreno mojado.

Mi gente, mi *party*, mis elegidos del caos:

Marcos Ibarra —Thornblade—, guerrero tanque, impulsivo, noble, cerebro en mantenimiento.

Priya Shah —Nyx—, maga de control, precisión mortal, sarcasmo *premium*.

Leo Brown —Hex—, pícaro, matemático, tramposo legal certificado.

Dana Han —MotherCircuit—, clériga *tecnosacerdote*, soporte emocional y *DPS* sorpresa.

Y yo, Naomi Park —Vector—, control de campo, daño indirecto y mala leche integrada de serie.

—El momento clave —dijo Leo, señalándome con el vaso— fue cuando Vector retrasó turno para romper la cadena de *buffs*. Eso fue sucio.

—Eso fue arte —corrigió Priya—, casi lloro.

—Lloraste —dijo Dana—, tengo vídeo.

—Era sudor, ya sabes de sobra que sufro de hiperhidrosis nerviosa.

—Claro, claro.

Chocamos vasos. Vidrio contra vidrio. Victoria contra garganta.

Vasos vacíos. Me tocaba pagar la siguiente ronda.

Llevaba dos cervezas y un chupito de tequila innecesario que acepté por presión de grupo y debilidad estadística. Estaba suelta, riendo, con el cerebro en modo vacaciones, sin universidad, sin métricas, sin gimnasia, sin presión, sin *quarterbacks* incendiarios en el radar.

Error de cálculo. Había algunos, solo que en la otra punta del bar.

Me ofrecí a ir a la barra, porque era mi turno, y crucé el local esquivando sillas, capas *cosplay* y mochilas con dados de metal. La zona *nerd* estaba colapsada, así que giré hacia la barra del lado «deportistas», más despejada, más ruido grave, más testosterona por metro cuadrado y un error garrafal.

El cambio de atmósfera fue inmediato. Menos risas agudas, más voces profundas, más choques de botellines. Luego ese microsilencio raro, ese que no duraba, pero pesaba, cuando alguien entraba en un territorio que no era el suyo. Miradas. Evaluación. Escáner humano en tiempo real.

Me estiré un par de veces para que el camarero notara mi presencia, no lo hizo, giré la cabeza por instinto, o por si la providencia me mandaba otro, y, entonces, lo vi.

Valentino Dalton apoyado en la barra, a menos de un metro, camiseta gris pegada como segunda piel, brazos marcados, hombros anchos, sonrisa de «sé exactamente el efecto que provoco» y mirada directa, sin pestañear, como si llevara diez segundos viéndome llegar.

Mi sistema operativo entró en error fatal.

Detrás de él había dos tipos enormes riéndose con cervezas en la mano, pero eran ruido de fondo. El foco estaba sobre su maldita cabeza rubia. Siempre lo estaba.

Sonrió lento, de esos movimientos que no eran sonrisa, sino aviso.

—Hola, Parks —voz grave, relajada—, no tenía ni idea de que estabas en Dallas, y mucho menos que me tuvieras en busca y captura.

Bufé por reflejo, mecanismo de defensa nivel uno.

—Si no tenías ni idea será porque no he venido a capturar nada, y muchísimo menos a ti.

Ni se inmutó. Ni medio milímetro.

—Um…, entonces, ¿a qué has venido? ¿Qué te ha traído aquí?

Me recorrió de arriba abajo sin disimulo, pausa incluida en las piernas. Noté el calor subir como notificación urgente. En mi defensa diré que hacía calor extremo y que mi falda debió encoger cuando mamá la metió en la secadora, era lo único limpio que me quedaba.

—Un torneo de estrategia, estoy con unos amigos —murmuré—. Ya sabes, una de esas competiciones que no salen en tus resúmenes deportivos, mañana nos marchamos después de haber aplastado a un equipo que iba de invencible. Murieron por *sobreconfianza*.

—Bonita forma de perder —respondió—, hay que celebrar tu victoria. ¿Bailas?

—*Nop*.

—Respuesta demasiado rápida y cruel.

—Optimización de recursos. No invierto en actividades de alto riesgo podal.

—¿Dos pies izquierdos?

—Más bien posible fractura en los metatarsos porque un tío de talla doce aplaste mis minidedos.

Su sonrisa se ladeó.

—Nunca imaginé que fueras de las que se fijan en el tamaño, y mucho menos que tuvieras de fetiche los pies. Además de que me prestaras la suficiente atención como para saber el número que calzo.

Calor. Más calor.

—Lo sé porque Avery miraba unas zapatillas nuevas para tu cumpleaños y me pidió ayuda. Internet, ofertas, algoritmos, magia oscura. Ya sabes, mi campo.

—Lo importante —se inclinó apenas— es que te quedaste con el dato, y para que conste, me muevo muy bien en todos los planos.

Eso también lo sabía, lo había visto entrenar, correr, girar, lanzar, todo con una coordinación que debería cotizar en bolsa. Precisamente por eso no quería pegarme a él.

—Vamos, Parks —dijo, bajando la voz—, no te tenía por cobarde.

—No lo soy.

—Demuéstralo, bailas conmigo y pago la ronda, la tuya y la de tu grupo.

Extendió la mano. Error número dos de la noche: la tomé.

—Solo acepto porque voy a pedir la bebida más cara y me apetece sablearte.

Sus dedos se cerraron sobre los míos al instante, firmes, cálidos, seguros, y algo cambió en su mirada, una chispa de victoria anticipada que me atravesó como un dardo bien lanzado.

No necesitaba que pagara nada. Tenía dinero suficiente, criterio y hasta hacía escasos segundos: cerebro.

Pero también tenía el pulso acelerado, tequila circulando, un *quarterback* sonriéndome como si yo fuera la siguiente jugada ganadora y demasiadas ganas de sentirme deseable para alguien como él.

Acepté, y ahí empezó la caída del Imperio.

CAPÍTULO 13



Naomi

Dirrty entró con un *beat* pegajoso y descarado, de esos que no se bailaban, se montaban. El bajo vibraba en el suelo, en las costillas y en zonas donde la lógica pierde jurisdicción. Luces cálidas, destellos de neón, gente riendo demasiado alto y, en medio de todo, Valentino mirándome como si la pista acabara de convertirse en territorio privado.

—Esta —dijo, inclinándose hacia mi oído— no deja supervivientes.

—Yo tiro salvaciones con ventaja —contesté.

—Ya veremos, estratega.

No me agarró al instante. Me rodeó primero, un cuarto de vuelta lento, midiendo distancia, leyendo ángulos, esa maldita forma suya de analizar, como si hasta bailar fuera una jugada. Yo marqué el ritmo con los hombros y la cadera, suave, controlado, dejando claro que no pensaba ponérselo fácil.

Me sentía una depredadora que jugaba a no parecerlo.

La letra soltó un *ring the alarm* y él chasqueó la lengua.

—Te pega —dijo—. Energía peligrosa en envase pequeño que hace querer pulsar el botón de alarma.

—Y tú eres exceso de confianza con zapatillas caras; quién hubiera dicho que hoy llevaras una edición limitada. Hace un año estabas becado… —le recordé.

—Los becados tenemos mejor manejo de cadera —añadió—. Hemos desarrollado armas que otros no necesitan. No nos subestimes.

Entramos en compás a la vez. Cero coreografía. Cien de conversación física. Mis nalgas dibujaron el tempo, las suyas contestaron medio segundo después, más amplias, más seguras, cerrando espacio sin pedir permiso. Aún sin tocarme. Peor así, mucho peor.

Demasiado aire generaba hambre, una muy distinta a la que me había llevado a engullir la tarta de queso sin importarme la lactosa que contenía.

Su mano encontró mi cintura como si supiera la coordenada exacta. No apretó, se apoyó, peso justo, calor directo a la parte que no cubría la tela del *crop* top, el pulgar trazando un arco lento que no tenía nada de accidental.

Mi piel reaccionó como si hubiera firmado un consentimiento por su cuenta.

—Estás muy callado —dije, respirando un poco más rápido de lo que me convenía.

—Estoy calculando posibles daños colaterales si sigo en mi avance —respondió.

—¿Me temes?

—Me temo a mí mismo, estás jodidamente guapa hoy —remató sin sonrisa—. Eso es ventaja ilegal.

La pista se comprimió.

Nunca hubiera esperado que Valentino Dalton me regalara los oídos. A ver, sabía que no era fea, que tenía un buen físico, sin embargo, no era una de esas chicas en las que los tipos como él se fijaban. O esa era mi percepción. En ese momento éramos solo ritmo, respiración y calor. Me gustaba.

Su pecho estaba cerca, demasiado, mi respiración chocó con su clavícula. Olía limpio y caliente a la vez, como si usara una marca de jabón que hubiera firmado un pacto con el pecado.

Alcé la barbilla y me topé con sus ojos azules.

—No me mires así —murmuré.

—Así, ¿cómo?

—Como si te gustara.

—Estoy esperando una provocación oficial para demostrarte lo mucho que me gustas.

Error: sonreí.

Me dio la vuelta y quedé de espaldas contra él, sin brusquedad, puro encaje. Su pecho en mi espalda, su muslo alineado, su mano bajando a la franja de piel de mi tripa con una lentitud indecente, reconocimiento de territorio marcado con yema caliente.

Entré en combustión interna sin permiso.

La canción subió. El bajo golpeó. Mis glúteos respondieron. Su pelvis también. Su respiración rozó mi oreja.

—Parks —voz grave, casi agónica—, si sigues moviéndote así contra mí, voy a tener que celebrar vuestra victoria con un método mucho menos deportivo y totalmente invasivo.

No me aparté. Me pegué más.

¿Qué demonios me pasaba?

Quería ver hasta dónde llegaba.

—Eso suena a amenaza pasivo-agresiva —susurré.

—Es pura lógica, soy un tío, joder.

Me giró de frente con precisión, sin perder el ritmo, nuestras caderas todavía marcando el compás, narices a un suspiro, su mirada bajando a mi boca sin disimulo. Yo me mordí el labio, pensando.

Otro error táctico catastrófico.

Sus pupilas se oscurecieron, sus iris se volvieron noche.

—No hagas eso —dijo.

—¿Qué?

—Invitar sin decirlo si no estás dispuesta a que entre ahí otra vez.

Mis manos subieron a su nuca como si hubieran votado en secreto. Caliente. Firme. Vivo. Sentí su pulso disparado. El mío no iba mejor.

—¿Cuál es tu propuesta si te extiendo una invitación, Dalton? —pregunté, volviéndome osada, rozando su boca al hablar.

Sonrió como si acabara de ganar algo importante.

No contestó.

Cayó en picado contra mis labios y el mundo perdió resolución.

Su boca fue hambre con dirección, nada torpe, nada dulce, segura, el tipo de beso que entraba y reorganizaba el mobiliario. Mi espalda se arqueó, sus manos bajaron a mi cintura y me acercaron sin margen de apelación; la pista, la música, la gente, todo quedó detrás de un cristal imaginario.

Mientras nuestras lenguas se saboreaban sin pudor.

Gemí. Gruñó. Tuvimos una sucesión de succiones y besos cortos para regresar a otro más largo. Dientes rozando, mi cerebro intentando mandar alertas que nadie abrió.

Cuando me separé un centímetro, estaba mareada y con ganas de repetir delito.

—Esto —dije— es muy mala idea.

—Las mejores jugadas nacen de decisiones pésimas —respondió.

Y volví a besarlo, porque esa vez fui yo.

Transformamos ese intercambio de saliva en algo muy brutal. Lo estiramos, lo volvimos promesa suspendida mientras la canción seguía latiendo como un corazón gigante bajo nuestros pies.

No me soltó, solo cuando nos faltó el aire bajó la frente hasta apoyar la suya en la mía, respirando despacio, haciéndome sentir que él tenía el control y lo estaba ejerciendo a propósito.

—Sigues aquí —murmuró. Los labios me ardían—. Eso es interesante.

—Estoy evaluando riesgos —respondí sin bajar las manos de su cuello.

—¿Y?

—Altos. Muy altos.

Sonrió. De esa manera suya que me enloquecía.

—Pero no te estás retirando, ¿qué me estoy perdiendo?

La música cambió a un tema de Normani que te invitaba a descubrir el lado salvaje. El ritmo se volvió más lento, más espeso, arrastrándonos por la pista como una lengua indecente. Valentino volvió a colocarme de espaldas contra él, esa vez sin rodeos, su

mano firme en mi vientre, dedos abiertos, ocupando, reclamando espacio como si fuera lo más natural del mundo.

Mi cuerpo encajó sin consultar al comité central.

Me moví, deseosa de llevarlo al mismo punto de excitación que yo. Primero despacio. Después con intención. Sentí su respuesta inmediata, dura, presente, demasiado real como para ignorarla. La presión en mi culo aumentó, su respiración ya no era tranquila, chocaba contra mi cuello con un ritmo que no coincidía con la canción y lo mordía.

¡Dios!

—Naomi… —dijo, y no sonó como una advertencia, sino como una constatación.

—¿Qué? —pregunté, apoyando la cabeza hacia atrás, lo justo para rozarle la mandíbula.

—Estás jugando con fuego.

—Tú empezaste —repliqué—. Yo solo estoy siguiendo el ritmo.

Su mano subió un poco, apenas unos centímetros, lo suficiente para colarla un poco bajo la tela y tantear la parte baja del sujetador. Todo mi vello se alzó modo batallón. No llegó al pecho. No hacía falta. El calor estaba ahí, brutal, concentrado, mi cuerpo gritando «alerta máxima».

Me giró de nuevo. Esa vez quedé frente a él, una pierna entre las suyas, caderas alineadas, su muslo empujando suave pero constante, marcando el tempo. Sus ojos bajaron, sin vergüenza, siguiendo el movimiento, la franja de piel, el balanceo deliberado.

—Joder —susurró—. ¿Siempre te mueves así o es solo para provocarme una erección?

—Depende —contesté bravucona—. Me gusta que algo se alce por el triunfo.

—Si buscas una celebración por todo lo alto, me ofrezco voluntario.

La letra soltó una frase descarada, algo sobre «*show me your wild side boy*», y Valentino se inclinó, labios rozándome la oreja, dientes casi raspando.

—Si sigues así —gruñó—, no voy a poder portarme bien.

Sentí el poder de esa frase bajándome directa por la columna.

Me separé lo justo para mirarlo a los ojos. Oscuros. Ardientes. Nada de sonrisa en ese momento. Hambre limpia.

—Me estás poniendo al límite, Parks.

La canción llegó a un punto álgido. Yo también.

Enredé los dedos en su nuca y me atreví a bajar los pulgares por su mandíbula. Lo miré sin parpadear.

—¿Cuál es tu propuesta entonces, Dalton?

No respondió con palabras.

Me tomó de la mano, como si fuera lo más normal del mundo, y me guio fuera de la pista. No tiraba. No arrastraba. Pero tampoco dejaba opción a escapatoria. Su pulgar dibujaba círculos lentos sobre mi piel y cada vuelta me desordenaba otro archivo interno.

Cruzamos la pista. La zona de mesas, el pasillo lateral donde la música llegaba amortiguada y las luces eran más bajas, más cálidas, más peligrosas.

—La barra está al otro lado.

—Lo sé.

—Entonces, te has equivocado.

—No —respondió sin mirarme—. Estoy optimizando ruta.

Su mano no soltaba la mía. Mi pulso tampoco.

—Dalton.

—¿Mmm?

—¿Dónde me llevas?

—Hacia la victoria, pequeña.

La puerta del baño del pasillo estaba medio abierta. Luz blanca. Azulejos. El contraste con la pista era como cambiar de planeta.

Me miró por fin de frente. Ojos encendidos. Boca peligrosa.

—Última oportunidad de retirada, estratega, ¿entras conmigo?

Miré hacia el interior. ¿Cuántas probabilidades había de que Valentino Dalton y yo acabáramos enrollándonos en un baño público después de su firma con los Cowboys?

Nula. Conocería a una modelo, actriz o cantante, se casarían y tendrían varios niños. Así que… ¿Por qué no darse el capricho cuando nuestras órbitas estaban condenadas a alejarse?

—No me gustan los combates inconclusos.

Sonrió despacio. Triunfo detectado.

Entramos.

CAPÍTULO 14



Naomi

La puerta se cerró detrás de nosotros con un clic que sonó mucho más definitivo de lo que debería. Y el mundo perdió cobertura.

En cuanto nos quedamos a solas, su mirada se intensificó. Ya no era broma ni tonteo, eso iba de verdad, yo era el foco.

Me apoyó contra la pared de azulejos con suavidad, sin golpe, sin prisa y sin escapatoria. Sus brazos a cada lado de mi cabeza, jaula humana versión tío superdeseable.

—Dime que pare —musitó con la voz tomada por el deseo— y abro la puerta.

No lo dijo como reto. Lo dijo como verdad absoluta. Le creía.

Miré su boca, estaba tan hinchada como debía estarlo la mía.

—Estoy exactamente donde quiero estar, si no, no habría entrado —recalqué para que lo tuviera claro.

—Qué casualidad, yo también.

Me gustaba ese nivel de complicidad con él, aunque no fuera a durar para siempre.

Detectó la partida ganada y se dispuso a saborearla.

Esa vez el beso no fue hambre desatada, sino presión lenta, boca caliente, labios trabajando con intención, memorizando textura y respuesta. Mis manos subieron solas por la camiseta rumbo a sus hombros, cuello, pelo, tiré un poco y él soltó una risa breve contra mi boca.

—Joder, Parks —murmuró—, tienes cero instinto de supervivencia.

—Lo tengo —dije—. Solo lo ignoro cuando me apetece ser devorada…

Su rodilla se colocó entre mis piernas, mi cuerpo reaccionó sin consultar a la directiva. Me pegué y me froté. Él soltó aire por la nariz, controlándose a lo bruto.

—Eso no ayuda.

—¿En serio? A mí me gusta. —Volví a ejecutar la onda. El clítoris encontró alivio contra aquel cuádriceps potente y un sonido torturado emanó de sus cuerdas vocales.

—Lo noto, si sigues haciendo eso, vas a calar mis pantalones.

No me dio apuro que hiciera una observación tan gráfica, sobre todo, porque no vi incomodidad en él.

Sus manos bajaron y no se detuvieron en la curva de mis caderas, pasaron a la parte posterior, bajo la falda, que había subido en exceso, para apresar mi culo. Y ahí se quedaron, apretando lo suficiente para que entendiera que estaba tan cachondo como yo.

Ataqué su boca, nos convertimos en un enredo de lenguas, gemidos y desesperación.

No podía dejar de frotarme porque el placer era indecente. Me daba igual si le empapaba el pantalón. Apenas podía respirar más allá de engullir su aliento.

Quería eso, lo quería más que nada…

—Naomi —advirtió—, frena un segundo.

—¿Por qué?

—Porque me estoy poniendo muy, muy contento de verte y mi polla no va a poder con tanta emoción.

Miré hacia abajo, luego a sus ojos, luego volví abajo. Confirmado. Estaba terriblemente duro.

—Eso parece un punto muy interesante.

—Parece un problema logístico —corrigió—. Si seguimos así, no voy a durar lo que merece la celebración y no quiero correrme en los calzoncillos.

—Me parece lógico. ¿Por qué no te los quitas?

El sonido ahogado me hizo disfrutar demasiado. Acababa de descubrir que me gustaba demasiado provocarlo.

Desoí la súplica, porque pensar que yo era la causante me tenía desatada.

Lo besé con más dientes, más saliva, más presión, y noté cómo su autocontrol patinaba. Me levantó contra la pared por puro reflejo y tuve que morderme la risa contra su cuello, además de envolverlo con las piernas en cuanto me dejó colgada como un cuadro.

—Te estás riendo —dijo a la par que yo intentaba seguir con el acoso.

—Un poco. Acabo de sentirme una obra pictórica aquí arriba.

—No te rías cuando estoy intentando no perder la cabeza y la dignidad, obra de arte.

—Es que me estoy clavando tu martillo.

Volví a presionar y él no pudo más, me bajó de golpe fuera de control.

—A la mierda. Te juro que esto me supera —confesó.

Me gustó escucharlo, me hizo sentir poderosa.

Mis dedos bajaron, curiosos, exploradores, y él me atrapó la muñeca con suavidad, firme, antes de que siguiera.

—Eh —susurró—. Si empiezas eso, no hay botón de reinicio.

—¿Tienes miedo de no ser de la talla que imagino? —piqué.

Se quedó inmóvil medio segundo. Luego sonrió lento. Peligroso.

—Tengo miedo, pero no de mi tamaño, quiero que lo pasemos bien y que estés segura de que deseas esto conmigo.

Mi pulso se disparó.

«¿Bromea? Ahora mismo estoy haciendo más aguas que el puñetero Titanic».

—No te haces una idea de las ganas que te tengo, Parks.

La frase me atravesó limpia. Lo miré de verdad, sin chistes, sin escudos.

«Ya somos dos». No lo dije, aunque lo pensara.

—Demuéstramelo —susurré—. Sé un chico bueno y cédeme el control.

El silencio que siguió no fue vacío.

Fue carga eléctrica mientras me dejaba llevar por la osadía, tomar las riendas y desabrocharle el pantalón.

No me detuvo ni cuando bajé la prenda ni cuando deslicé la ropa interior por sus poderosos muslos.

Puede que no hubiera hecho un máster en mamadas, pero era buena con la intuición, así que imaginé que valdría con ensalivar ese pedazo de problema y no morder.

Me puse de rodillas, pasé mi lengua por toda la extensión y rematé mirándolo a los ojos.

No iba de farol cuando argumentó que no tenía un problema de tamaño.

Justo ahí —cuando su expresión cambió, la temperatura subió otro grado y separó los labios para soltar un sonido gutural— supe que no había marcha atrás.

Seguí lamiendo, disfrutando de su textura, tan distinta a todo lo que me hubiera llevado a la boca. Lo recorrí sin prisa, recreándome en aquellos sonidos que me ofrecían una auténtica guía del placer.

Quizá no fuera la chica que mejor se la hubiera comido, pero me bastaba con ver cómo se endurecía y llevaba una mano a lo alto de mi cabeza para pronunciar ese «¡Joder, Parks!» que me llenó de confianza.

Saboreé el deseo condensado en la punta, acompasé el movimiento de mi boca con las manos y no me quejé cuando empezó a moverse contra mi lengua, buscando mayor profundidad.

En uno de los envites por poco me atraganté y se detuvo.

Abrió los ojos y me contempló como si lo hiciera por primera vez.

—Para…

—¿No lo estoy haciendo bien? —Me llené de temor—. Si quieres, puedo… —Me alzó y me besó con ternura.

—Tranquila, el problema lo tengo yo y es lo contrario que imaginas. Me está gustando demasiado y no quiero que sea así contigo, aquí, en un baño… Mi apartamento está a dos manzanas y me encantaría seguir en mi cama; quiero que estés cómoda.

—Lo-lo estoy…

Si él supiera dónde fue mi primera vez, alucinaría.

—No es suficiente, quiero que lo estés mucho más… Quiero follarte hasta que estés convencida de que soy lo mejor que te ha pasado nunca.

—Eres un engreído…

—Soy lo que mereces, ni más ni menos. Te prometo que, si vienes conmigo, vas a flipar.

Eso me hizo sonreír.

—¿Y no quieres que yo termine la conversación que estaba teniendo con nuestra amiga? —Cabeceé en dirección a su erección.

Los dos miramos hacia abajo.

—Ya lo creo, pero en un lugar más cómodo y privado. Di que sí, por favor.

No veía a Dalton muy de suplicar y, a decir verdad, me apetecía el confort de un colchón… Probarlo en una cama y con él sonaba de lo más apetecible.

—Vale.

—No te vas a arrepentir, esta noche va a ser épica.

En ese instante no tenía ni idea de cuánto; quizá lo de empezar en un baño fue una señal del universo, con luces de neón, que desoí.

Veinte minutos después me había despedido de mis amigos, alegando que me había encontrado con una amiga del instituto. Se lo solté, ronda de chupitos en mano. No quería que se preocuparan cuando no apareciera en el hotel, así que les comenté que me marchaba ya para ponerme al día con ella, que llegaría para el desayuno.

Algunos me miraron escépticos, imaginé que el estado de mis labios y el pelo revuelto tuvieron que ver.

Lo importante fue que Valentino me esperó a la salida y que salimos corriendo cogidos de la mano.

Entramos hechos un nudo de nervios y deseo. Ni siquiera me fijé en cómo era el piso.

Aterrizaje forzoso contra el colchón.

Más besos, más lengua, los dos encendiéndonos como si alguien hubiera subido el voltaje…

Su mano no tardó en navegar entre mis piernas. Se dedicó a recorrer el trazo húmedo por encima de la ropa interior.

Estaba completamente empapada cuando tuvo la decencia de colar los dedos por el lateral de la braga y los hundió.

«¡Por todos los asteroides del espacio!».

Al principio solo fue uno. Lo movió despacio, asegurándose de que disfrutaba ante el contacto. En cuanto mis caderas subieron a su encuentro, desatadas, metió el segundo y la intensidad aumentó.

Le arranqué la camiseta. Lamí toda la piel que encontré disponible. Quería acallar mis gemidos y me pareció una buena opción. Hasta que, entonces, sucedió…

Mi cuerpo se movía por voluntad propia. Retorciéndose, contrayéndose, anhelando todo lo que me ofrecía.

Seguía sin dar crédito a que fuera a tirarme a Valentino Dalton. Sería un secreto cifrado y sin copia de seguridad.

Mi clítoris se sacudió del gusto, noté la contracción de mis ovarios y después un dolor agudo.

Un momento. ¿Eso había sido un retortijón?

No estaba segura. Me dije que no podía ser, que era fruto de los nervios…

Intenté centrarme en el placer condensado que volvía a golpearme cuando me alcanzó el segundo.

Apreté los muslos por instinto y sorbí con fuerza el cuello de Valentino. Seguro que le había dejado un chupetón.

Él se limitó a jadear y hundir los dedos con más fuerza, pensando que me había dado un arrebato pasional.

Mi mente recopiló datos a la velocidad de la luz, formando un «oh, no» al recordar que la celebración con mis amigos incluyó una porción generosa de tarta de queso.

Tenía encima al sueño de cualquier alumna de la SSU, con los dedos enterrados en lo más hondo de mi ser, mientras mis tripas boicoteaban el que podría ser el mejor encuentro sexual de mi corta historia.

—E-espera —logré balbucear al sentir que me sobrevenía el tercero. Los dedos de los pies se me encogieron ante el espasmo de dolor.

—¿Qué-qué pasa? ¿Voy muy rápido? ¿Te he hecho daño?

No quería que pensara eso, lo tenía que solucionar.

—No, es solo que…, em… He bebido mucho y… necesito ir al baño, te prometo que tardo muy poco, simplemente necesito… —Cuarto retortijón. Evacuación forzosa antes de que la noche más gloriosa mutara a la más mierdosa—. Dos minutos, dame dos minutos…

Bajé lo más deprisa que pude de la cama y salí prácticamente corriendo. No tenía ni idea de que el compañero de piso había acampado en el único baño del apartamento, ni el único lugar plausible donde tendría que encontrar el alivio intestinal.

Nadie me había preparado para eso ni para todo lo que vendría después.

CAPÍTULO 15



Grayson

El cristal de la sala de reuniones reflejaba el campo vacío, el sol cayendo a plomo sobre The Star y esa calma falsa que solo existía antes de que empezara la temporada; mi padre decía que aquel campo era su mayor victoria que no cotizaba en bolsa.

No el petróleo, no las fusiones, no los números que la prensa repetía como si fuera un mantra.

Los Cowboys, ese era su mayor logro, aunque no le estuviera dando el resultado que tanto anhelaba.

Había crecido viéndolo ir al campo o, cuando el trabajo no se lo permitía, sentado frente al televisor, sin corbata, sin llamadas, sin ser el tiburón que todos temían de lunes a viernes, solo un hombre gritándole a una pantalla, celebrando *touchdowns* como si no hubiera un mañana, convencido de que ese equipo era algo más que fútbol.

Era un sueño, una forma de llevar a la cumbre al fan que seguía habitando en su interior.

Cuando los compró, no lo hizo solo por negocio, eso siempre lo supe, fue su forma de sentirse parte de algo que no respondía a

balances trimestrales, de dejar un legado que no oliera a gasolina ni a despachos cerrados.

Intentó inculcárnoslo, a todos, a los cuatro, con visitas al estadio, recuerdos compartidos, historias de jugadores míticos que nos contaba como si fueran viejos amigos. Incluso lo intentó con mamá, aunque a ella nunca le salió fingir entusiasmo, sobre todo, cuando en alguna ocasión lo vio rodeado de aquellas animadoras demasiado jóvenes y demasiado alegres.

Si mi padre le había sido infiel, nadie lo sabía. En casa, Dios estaba muy presente, en el día a día y en las oraciones. Cualquiera que no fuera un buen devoto chirriaba en mi familia.

Por eso Charlotte estaba casada y, mientras tanto, jugaba a las enfermeras a puerta cerrada. Por mucho que mi padre lo hubiera intentado camuflar, yo sabía que aquel vídeo con la DCC entre sus piernas no era fruto de que alguien le hubiera metido droga en el vaso, sino de lo que quería en realidad.

El problema era que el apellido Joneson pesaba más que cualquier expectativa normal, aprendimos pronto una lección básica: nunca era suficiente en ninguno de los apartados de nuestras vidas, no importaba lo que hicieras ni cómo actuaras, siempre podías haber hecho algo más o mejor.

La gente veía a familias como la nuestra y creía que todo era fácil, que nacíamos con la vida resuelta, que no había fricción ni miedo, solo privilegios. Lo que no veían era que, cuando eras portador del legado, no solo se esperaba que destacaras, se daba por hecho que ibas a ser perfecto; si no lo eras, estorbabas.

Elliot lo entendió rápido y se convirtió en el heredero intachable; Vivian aprendió a sobrevivir controlando el relato, diciendo siempre lo que el mundo quería oír; Charlotte…, bueno, Charlotte intentó ser la perfección americana hecha mujer y el precio fue público.

Yo siempre fui el que no encajaba, el que probaba cosas, el que no quería repetir el mismo camino solo por haber nacido en una familia donde la fachada pesaba más que la identidad propia, donde el «ya veremos» casi siempre significaba «ni lo sueñes».

Aun así, era de los que se saltaban los permisos y tomaban sus propias decisiones, algo que mi padre siempre penalizó, hasta que

decidió traerme de nuevo al redil con la promesa de que podría hacer las cosas a mi manera, siempre que fuera capaz de convencerlos a todos de que eran buenas.

Por eso iba camino de la reunión. No era una cuestión de salvar a Naomi, era hacerles entender a mis hermanos que la aplicación funcionaba, no permitir que el ruido, el apellido y los prejuicios la enterraran antes de tiempo.

Entré. Todos estaban ahí, discutiendo sobre alguna mierda. Lo habitual. Me senté sin prisa, dejé el móvil bocabajo y respiré hondo.

Cinco minutos tarde, no por descuido, por mensaje, seguía siendo la oveja negra que aceptó entrar en el redil.

Mi padre estaba de pie, manos a la espalda, observando el campo como si aún pudiera decidir partidos con solo fruncir el ceño o elegir al entrenador más duro de la NFL. Elliot ocupaba su sitio habitual, traje oscuro, portátil abierto, gráficos preparados. Vivian sujetaba su *tablet*, era la más próxima a mí por edad, aunque me sacara unos cuantos años. Mi madre siempre dijo que no fui buscado, más bien un fallo de la marcha atrás porque ellos no eran de usar anticonceptivos; a mí me gustaba fastidiarlos diciendo que era un regalo divino.

Mi hermana me miró con su expresión serena…, demasiado para mi gusto.

—Ya estamos todos —dijo Elliot sin mirarme—, podemos empezar y volver al trabajo, ya que su eminencia se ha dignado a aparecer.

Clásico.

Mi padre se giró por fin.

—Grayson, llegas tarde…

Como si no fuera una obviedad.

—Sí, bueno, Harlow me paró por el camino, ya lo conoces.

—No lo haría si, en lugar de comer con los empleados, lo hicieras en el restaurante del hotel, con la familia —me recriminó Elliot.

—Pues fíjate que yo encuentro más interesante hacerlo con los trabajadores. —Él arrugó la nariz con disgusto—. Deberías probar, es el mejor modo de enterarse de que a tu hermano mayor lo acusan de que le gusta demasiado meterse palos por el culo.

Elliot cerró de golpe el portátil.

—¿Quién ha dicho eso?

Era tan fácil chincharlo…

—Ahora mismo no me acuerdo, pero, desde luego, alguien con muchísima visión. Creo que hay una marca en la piel de tu silla del despacho.

—Eres un…

—¡Basta! No estamos aquí para que os comportéis como críos de diez años.

Nos interrumpió mi padre. Silencio. Me gustaba picar a Elliot, pero no era tan estúpido como para no saber que pasarme ahora sería una cagada.

—Bien —continuó—, pretemporada, nuevo *staff*, nueva narrativa tras… lo ocurrido. —Miró a Vivian de soslayo y ella asintió, no necesitó decir el nombre de Charlotte, que seguía «de retiro»—. Necesitamos estabilidad.

Mi hermano aprovechó el hueco.

—Y control, no experimentos de última hora si el objetivo sigue siendo llegar a la Super Bowl.

Alcé la vista.

—¿Esto va por la aplicación de Naomi Park? Porque te aseguro que no es ningún experimento, esa chica sabe lo que se hace.

—Ya, ¿por eso comes con ella cada día en el comedor del *staff*?, ¿o más bien porque quieres convertirla en otra de tus zorritas? Si te la quieres tirar, no hace falta que nos vendas su *app*.

—¿En serio vas a permitir esto de su parte, papá? Sabes tan bien como yo que Naomi no está aquí por eso, no necesito pagar para follar, no es mi culpa que tú sí lo hagas porque tu mujer ya no te la chupa.

—¡Silencio! —rugió de nuevo mi padre.

Odiaba mis comentarios soeces. El problema era que, cuando Elliot me sacaba de quicio, se me iba el filtro a tomar por culo.

Vivian ladeó la cabeza, observándome como si midiera el impacto de cada sílaba antes de archivarla.

—Grayson, no es personal —asumió con suavidad—, es imagen, contexto, oportunidad. Solo queremos asegurarnos de que la señorita Park está aquí por el motivo correcto, no puede haber un

desequilibrio de poder, así que si tienes algún interés romántico hacia ella…

—¿Tenéis idea de quién es? No es una chica que me encontré saliendo de fiesta, es matrícula de honor de su promoción, sus padres son ricos y su cerebro un privilegio, ¿de verdad pensáis que podría manchar mi imagen o que está aquí por nuestro imperio? En todo caso, sería mi reputación la que pudiera perjudicarla —bufé—, no ha entrado en la franquicia por acostarse conmigo, busca una oportunidad fuera de su núcleo familiar. Hay gente que lo hace, ¿sabéis? Aunque supongo que eso cuesta verlo cuando nunca te has levantado de una silla heredada.

Elliot soltó una risa breve, seca.

—Mira quién habla de oportunidades y sillas heredadas, tú, que llevas años saltando de proyecto en proyecto sin terminar ninguno, ¿cuántas cagadas llevabas acumuladas antes de que papá decidiera rescatarte?

Ahí estaba. El primer golpe.

—Probar cosas no es fracasar, es aprender lo que debes descartar.

—Perder el foco y fundirte el patrimonio en fiestas, viajes o modelos sí lo es —replicó—, y ahora vienes con una *app* desarrollada por una chica sin experiencia en la NFL…

—Con dos patentes registradas —interrumpí—, un máster en análisis predictivo y un sistema que ya ha demostrado eficacia en entornos de alto rendimiento.

—En gimnasia —puntualizó Elliot.

—En deportistas de élite —corregí—, que es lo que son los jugadores, por si se nos ha olvidado entre tanto Excel. A tu barriga le irían bien unas cuantas dominadas.

Mi padre carraspeó.

—He tenido suficiente —dijo—. Grayson, explica por qué deberíamos asumir este riesgo.

Aunque ya se lo había explicado en privado, quería que lo oyera de nuevo, delante de todos.

Me incliné hacia delante, apoyé los antebrazos en la mesa.

—Porque no es un riesgo, es una ventaja competitiva —los miré uno a uno—, seguimos haciendo lo mismo mientras otros equipos ya invierten en lectura de patrones, fatiga cognitiva y toma de decisiones bajo presión. No basta con grabar y revisar jugadas, necesitamos anticiparnos, no reaccionar.

—Vale, dame conclusiones y resultados. ¿Los tienes? —Elliot abrió las manos.

—Es demasiado pronto, apenas ha arrancado la primera fase de análisis y le faltan entrevistas por completar.

—¿Y qué propones? —atacó—. ¿Esperar a mitad de temporada para ver si funciona? No pienso pasar por ahí.

—Propongo evaluar, medir, probar, estamos en pretemporada, precisamente para eso.

—¿Y si no funciona?

—Entonces, lo sabremos pronto —respondí—, pero si funciona y no la usamos, el error será nuestro.

Vivian intervino con su tono diplomático de bisturí.

—Desde comunicación, Naomi encaja, es joven, preparada, mujer, asiática…, posiciona bien, proyecta prosperidad y apertura mental, nos conviene después de lo ocurrido entre Carter y Wallace. Algunos medios nos llamaron rancios y arcaicos cuando la expulsamos de las DCC por su historia romántica. No lo olvidéis, si en algo estoy con mi hermano es en que el mundo cambia y debemos adaptarnos. —Por fin alguien que me tendía una mano—. Antes me has interrumpido cuando hablaba de la posibilidad de que Naomi y tú tuvierais algo, no he podido terminar de dar mi opinión y es la siguiente. —Cambió la mirada hacia nuestro padre y hermano —. Si Grayson y ella tuvieran una relación sentimental podría leerse bien… siempre que fuera real, otro escándalo sexual sería devastador.

Elliot arqueó una ceja.

—¿La estás defendiendo?

—Estoy siendo práctica —replicó—, no podemos permitirnos otro KO mediático. Ella es discreta, de buena familia, no busca foco, le haría bien a la reputación de nuestro hermano, independientemente de la aplicación. Ahí lo dejo.

Asentí.

—Ella solo quiere trabajar.

—Eso no quita que la estés protegiendo demasiado —dijo Elliot—, ¿te la quieres tirar o te has reconvertido en mecenas del talento?

Clavé la mirada en él.

—La defiendo porque es buena —respondí—, no porque me convenga, ¿podéis tomarme en serio por una vez?

Mi padre me observó con demasiada atención.

—Lo estamos haciendo —intervino al fin—, el problema es el currículo que te precede. Sabes que debes ganarte tu puesto, dinos, ¿por qué deberíamos confiar en ti ahora?

Respiré hondo.

—Porque nunca lo habéis hecho, porque siempre he sido el pequeño, el «ya veremos», el que no encaja en el molde, y porque, por una vez, no os pido fe, os doy datos.

Golpeé la mesa con la palma abierta, no fuerte, lo justo.

—Dejad que trabaje, evaluemos resultados, si no suma, soy el primero en abrirle la puerta y pedirle que se vaya.

Silencio.

Vivian me sostuvo la mirada, algo distinto cruzó por sus ojos.

—Yo quiero ver cómo evoluciona —dijo— antes de descartarla.

Elliot apretó la mandíbula.

—Un mes —concedió mi padre—, observación, sin exposición, sin promesas y lejos de sus piernas, a no ser que quieras ponerle un anillo en el dedo, que, por otro lado, ya va siendo hora de que lo hagas.

Asentí.

—Todo lo que pido es un poco de fe.

Me levanté.

—Y una cosa más —añadí—, Naomi Park no es un experimento, es una profesional, si coincidís con ella, hacedme el favor y tratadla como tal.

Nadie respondió.

Salí de la sala con el pulso acelerado y consciente de dos cosas: la primera, había ganado un mes. La segunda, por primera vez, mi

familia me había escuchado… y eso pensaba explotarlo; el tiempo bien usado siempre pagaba dividendos.

CAPÍTULO 16



Valentino

Volvía a ser fin de semana y el viernes, en lugar de enrollarme con una tía en el Blue Moon, después de salir de entrenar con los chicos para tomar una cerveza, como era habitual, me vine a casa.

Ty me preguntó si tenía fiebre porque era raro de cojones.

Me inventé una excusa sobre una videollamada familiar porque lo cierto era que no me apetecía una mierda.

Normalmente, a esa hora ya habría cerrado al menos un trato horizontal y estaría decidiendo si follaba en el bar, en el callejón o la llevaba al ático. Pero no. Conduje directo a mi refugio con el Lambo vacío de sexo femenino, sin música, sin ganas de charla y con la cabeza llena de una sola cosa:

Naomi Park.

Llevaba desde el jueves sin poder sacarme de la cabeza el encontronazo del ascensor, el mismo que yo propicié, y lo mucho que me afectó tenerla tan cerca, encerrada conmigo, sin ruido, sin público, sin casco social. Solo nuestras respiraciones desenfocadas, calor y esa mirada suya de «no me impresionas» que me ponía peor

que cualquier minifalda, porque era un picado en cualquier campo que implicara demostrar algo.

No era la primera vez que ocurría.

La última terminó con su boca trabajando entre mis piernas y un «larguémonos a mi piso» porque quería tirármela a lo bestia y durante muchas horas.

Puede que no fuera la mejor mamada de mi vida, pero sí era la persona que quería que me la hiciera. Su entusiasmo y mi deseo se ocuparon de rellenar los posibles huecos.

Cuando me dijo que sí, no podía creer que al fin accediera por voluntad propia, sabiendo que era yo quien iba a dejarla temblando a base de orgasmos, porque era imposible que me conformara con uno.

Apreté el paso cuando la tuve cogida de la mano, mi urgencia por enterrarme en la señorita Parks era extrema. Llevaba demasiado tiempo deseando un encuentro en el que ambos termináramos desnudos y jadeando.

Lo que no calculé era que a ella le diera dolor de tripa y que el tío con el que compartía piso —un receptor que había venido conmigo al proceso del *draft* y que firmó como *undrafted* para el *training camp*— hubiera llegado después que nosotros y estuviera atrincherado en nuestro único baño.

A mí me habían elegido en el *draft* de primavera. Nombre en pantalla, llamada, contrato *rookie*, foto con gorra y sonrisa de «lo he conseguido».

A él no lo seleccionó nadie. Entró por la puerta estrecha: invitación a campamento, contrato de prueba, sesenta tíos peleando por un hueco y cincuenta y siete condenados a volver a casa.

Duró tres semanas.

Tres.

Luego corte, taquilla vacía y taquicardia de futuro incierto.

Menos mal que no entró en el *roster* final porque habría tenido que dar muchas explicaciones en el vestuario sobre mi no relación con Naomi.

No pude tener peor suerte. Aquella noche concreta habría firmado su contrato vitalicio con tal de que saliera del puto baño y

me dejara terminar lo que Park y yo habíamos empezado en el bar.

Dejé las llaves en la encimera y me serví agua fría. El cristal del ventanal devolvía mi reflejo: hombros cargados, mandíbula tensa, ojos encendidos.

—Genial, Dalton —murmuré—. Te pone caliente la única mujer que quiere ponerte entre las cuerdas.

Siempre tuve una vena masoquista, aunque en ese momento lo que menos me convenía era perder el control, y con ella lo perdía demasiado fácil.

No porque fuera dulce. Ni sumisa. Ni impresionable. Justo por todo lo contrario.

Era afilada, incómoda y brillante, además de una obsesa de *Star Wars*. Y eso era peligrosísimo.

Me quité la camiseta de camino al que había bautizado como: El búnker. La habitación privada cerrada con llave que nadie veía. La que no salía en mis redes y a la que mis colegas tenían vetado el paso. Ellos bromeaban sobre si guardaba cadáveres o un cuarto rojo de la lujuria; los de la opción B no iban tan mal encaminados, aunque jamás imaginarían que ahí dentro era otro tipo de jugador con casco.

Cuando entraba ahí, el personaje público, el *quarterback* estrella moría para dar vida al lado oscuro.

Pantallas. Torre. Iluminación. Paneles. Croma plegado. Equipo de audio. Varias cámaras.

Mi otro campo de juego.

Si el fútbol me había dado nombre, convertirme en Val Daver me proporcionó libertad.

Y pasta, bastante, como para poder permitirme mis caprichos sin tener que pedirle dinero a mi padre.

Ser becado en la SSU te cubría gastos, pero no orgullo. Había heredado el físico de papá, mamá me dejó en herencia su carácter italiano: lengua peligrosa y la habilidad genética de convencer a cualquiera de que el infierno era un *spa* si se atrevía a ir conmigo.

No quería deberle nada a nadie. Ni favores ni techo ni oportunidades.

No obstante, cuando estudiabas rodeado de hijos de millonarios o de exestrellas deportivas, la cosa se complicaba.

Te apetecía seguirles el ritmo y ahí era cuando llegaba el factor «necesito pasta para conseguirlo».

El clic llegó en segundos. Escuché a unas animadoras hablar de una plataforma de directos donde tipos con máscara cumplían fantasías de suscriptoras. Pagaban por ponerlas cachondas, por atención dirigida, y yo tenía un máster en habilidades femeninas.

Me pareció una locura, la puta hostia. Luego, un negocio que me veía capaz de llevar a cabo con estrategia.

Tenía un cuerpo de los que despertaban el deseo. Sabía qué decir y cómo hacerlo. Cero vergüenza a que me vieran la cara, aunque reconocía que si quería convertirme en un *quarterback* de la NFL, no podía permitirme que me asociaran a algo así. Blanco y en zona de anotación.

Pensé primero en un casco de fútbol americano. Lo descarté, demasiado reconocible, demasiado cercano.

La siguiente opción era uno de moto, a las tías les ponían muchísimo los que las conducían, y si ella no hubiera pasado por el pasillo habría sido mi opción.

La cosa era que la vi y, en lugar de llevar la sudadera morada de la SSU, llevaba una negra de Star Wars; fue como una profecía.

Naomi Park. Primer año. Cerebro nuclear. La chica que me dio un codazo en la nariz después de caer sobre mis rodillas en una fiesta y mirarme como si yo fuera el peor error de su vida tras besarnos con lengua.

Alguien voceó detrás de mí:

—¡Eh, friki, deja de bucear en ese lado oscuro y ven a conocer el mío!

Ni siquiera lo miró, alzó la mano, le hizo una peineta y siguió como si nada.

Aquello me atravesó.

No por el gilipollas de mi equipo que le lanzó aquel comentario fuera de tono, el mismo que le arrojó el balón y la hizo caer sobre mis rodillas, sino porque la obra de George Lucas era mi placer oculto. Mi infancia. Mi saga. Mi maldita debilidad *nerd* que no

encajaba con el *quarterback* alfa. A un QB se le permitían coches, músculo y mujeres espectaculares. No sables láser.

Por eso fue una epifanía, una revelación, ella fue la culpable de que eligiera el disfraz de Darth Vader y ajustara mi nombre al que iba a usar: Val Daver.

Me pareció un juego de letras cojonudo.

Fui a una tienda especializada y me compré el más realista. Traje completo, casco con modulador de voz integrado. Presencia dominante y una espada de la hostia. Personaje. Distancia. Juego psicológico.

Marca creada.

Al principio tiraba de fondos digitales cutres. Ahora tenía croma, escenas, ambientes, narrativa. No vendía sexo explícito. Vendía tensión dirigida. Fantasía hablada. Dominio verbal. Control de ritmo. Y funcionó demasiado bien.

Lo que empezó como un ingreso extra se convirtió en una comunidad, y cuando el dinero dejó de importarme, seguí por otro motivo que no tenía nada de racional.

Una usuaria que apareció justo cuando mi cabeza empezaba a decirme «retirada estratégica»: @Rey_Parks03.

Puede que a ti no te diga nada, o tal vez sí, pero la primera vez que leí ese *nick,* el año pasado*,* sentí algo raro en el estómago.

Esa sensación incómoda que te decía que algo encajaba demasiado bien y que no podías tener tan buena suerte.

Porque sí, lo confieso: había investigado bastante sobre Naomi Park. Bastante tirando a obsesivo. La chica que me dio calabazas no solo me tocó el orgullo, me despertó la curiosidad. Necesitaba entender por qué yo no entraba en su ecuación, y cuando algo no me cuadraba, no sabía dejarlo estar.

Me volví un poco intenso, lo admito, solo lo suficiente como para *hackear* el sistema informático de la universidad y después el suyo.

Quizá no os haya contado que, además del fútbol americano y los videojuegos, siempre se me dio bien destripar sistemas. Si no hubiera salido atleta de élite, probablemente habría acabado programando o buscando vulnerabilidades por puro vicio. Con más café que ética.

Además de mis medidas cuestionables, la busqué en internet, el mayor escaparate involuntario. La gente dejaba huellas por todas partes: foros, registros de torneos, publicaciones técnicas, fotos mal etiquetadas, horarios que se repetían. Si sabías dónde mirar, las piezas empezaban a alinearse solas, y Naomi dejaba muchas, seguramente porque creía que a nadie le interesaba su peculiar vida.

Error crítico.

Supe qué leía, a qué eventos iba, en qué convenciones frikis participaba, qué comunidades frecuentaba y cuál era su debilidad desde pequeña. Rey. Siempre Rey. Cuando iba a eventos de *cosplay* era su atuendo. En torneos *online* usaba variaciones del nombre. En *rankings* técnicos aparecía con alias que rimaban demasiado.

Cuando vi aquel *nick* en mi territorio no pensé «¿casualidad?». Pensé: «ahí estás».

Aun así, verifiqué. No fue instinto, fue procedimiento. Necesitaba confirmarlo, no solía jugar con probabilidades cuando algo me importaba.

Era ella.

Y estaba al otro lado de la pantalla, sin tener ni idea de quién ocupaba el casco. Eso me ponía a mil.

Saberlo fue suficiente para decidir continuar. Porque me gustaba demasiado la idea de ser su vicio secreto, su botón rojo, el motivo por el que se tocaba pensando en alguien sin rostro.

Cuando el otro día dio el paso de escribir por primera vez, casi me saltaron los plomos.

—Hola, Parks —le dije a la pantalla—. No tienes ni idea de con quién hablas… ni de que el cabrón que te enciende soy yo.

Ella no sabía quién respiraba dentro de la máscara.

Yo sí sabía quién estaba tecleando.

Ventaja injusta y tremendamente adictiva.

Ya llevaba los pantalones puestos y el torso al aire. Nunca me alegré tanto de no haber caído en la moda absurda de tatuarme medio cuerpo. Menos marcas, menos preguntas, menos rastros.

Me dejé caer en la silla y giré despacio, mirando el casco apoyado en la mesa. Negro. Limpio. Mucho más sincero que mi versión pública.

Y ahí estaba la contradicción: quería echarla de la franquicia… y al mismo tiempo deseaba que entrara esta noche al directo.

—Esto es una puta trampa —murmuré.

El plan para incomodarla seguía activo. Bromas pesadas. Situaciones embarazosas. Golpes de ego controlados. Nada irreversible, pero sí suficiente para que concluyera que los Cowboys no eran su lugar y buscara otro destino donde la valoraran como merecía, lejos de las garras de Grayson Joneson.

No iba a permitir que me destrozara la carrera. Ni que se liara con el heredero de la franquicia. Sabía que debía empujarla fuera, tenía claro el objetivo… y, aun así, cada vez que imaginaba que se marchaba, algo dentro de mí no celebraba la victoria.

—Joder…

Abrí el panel de luces. Ajusté temperatura, contraste, cámara principal. Me coloqué el casco. Prueba de audio.

—Modulación activa —dije. La voz sintética, grave y metálica llenó la habitación—. Perfecto.

Miré la hora, había llegado el momento.

Me incliné hacia delante, codos en las rodillas, pulsé el botón.

Iniciando transmisión en 5, 4…

—Vamos, Parks, entra al maldito directo.

Porque si entraba, jugaría a fondo. También quería desactivar su interés por Joneson, y si alguien podía competir con un heredero multimillonario era el placer sin nombre. Tenía cartas guardadas y ninguna era inocente. Solo necesitaba que mordiera el anzuelo.

…2, 1. Conectado.

Las seguidoras empezaron a entrar en la sala. Solo se oía mi respiración sobre la pista elegida para abrir: *The Imperial March*.

No me moví. Quieto. Dominando el silencio con mis exhalaciones.

Hasta que apareció un *nick*.

Las comisuras de mi boca tiraron hacia arriba con violencia contenida, sonrisa oculta tras la máscara.

«Bienvenida al lado oscuro, Parks. Esta noche vas a flipar».

CAPÍTULO 17



Valentino

Seguí agitando el avispero unos segundos más, bastaba con esa respiración oscura y profunda que se amplificaba gracias al micro. No música alegre. No *intro* amable. Solo *The Imperial March* en versión baja, grave, vibrando como un pulso, como un latido que no venía del altavoz, sino del pecho.

El casco retenía el calor y mi propio aliento me devolvía una humedad densa, íntima, casi animal. Me gustaba. Me centraba. Me separaba del mundo real y me metía en el personaje.

Para recordarles que estaban en el lado más oscuro, ese que decían temer y luego pagaban por visitar.

Todos codiciaban al desconocido que se ocultaba bajo el casco. Pecho desnudo. Luz lateral calculada para dibujar músculo y sombra. Mano enguantada apoyada en el respaldo de la silla. Inmóvil. Dominio absoluto del encuadre. Control de tempo. Control de hambre.

El chat explotó.

La sala superó las mil conexiones en menos de treinta segundos. Corazones, fuego, cascos, súplicas, *nicks* conocidos, algunos nuevos,

propuestas indecentes y devoción digital. Siempre igual, siempre distinto.

Me mantuve inmóvil frente a la cámara. Que esperaran. El silencio bien usado era un arma y yo sabía dispararla despacio.

Levanté la mano con lentitud, índice al frente, sin prisa, dejando que el gesto cruzara la pantalla como una orden física.

—Silencio.

No se callaron, pero bajaron el ritmo. Siempre funcionaba. No obedecían a la palabra, obedecían a la presencia.

—Hoy no sois espectadores —dije con la voz modulada, más baja, más cerca—. Hoy sois aspirantes.

Me incliné hacia delante. Los antebrazos se tensaron, las venas se marcaron, el plano ganó volumen. Varias líneas del chat se volvieron ilegibles de golpe. Donaciones. Emojis. Gente perdiendo la cabeza por un torso y una respiración.

Algunos pensaban que iban a tener una cita conmigo. Otros ya se ofrecían para lo que hiciera falta.

Los ignoré a todos porque ella no había escrito ni una sola letra.

Nada. Ni un punto ni un emoticono. Y eso me tenía más atento que mil propuestas explícitas.

—Espero que os apetezca jugar…

Más fuegos. Más síes. Más «hazme lo que quieras». Más «conviérteme en tu juguete y úsame». Más teatro. Más fantasía. Ninguna de esas voces me interesaba.

Su silencio sí.

—Atentos porque solo lo explicaré una vez. Formularé diez preguntas —seguí—. La primera persona que acierte todas, entra conmigo a sala privada durante diez minutos. Sin grabación, sin *replay*, sin testigos. Solo decisiones y perversión.

El pulso del chat se disparó, aumentaron las notificaciones, los regalos para mostrar devoción. Competencia. Territorialidad. Deseo convertido en juego.

—Reglas —añadí—. El sistema elimina automáticamente a quien falle una sola respuesta. Sin segundas oportunidades. Sin copiar. Sin editar. Si dudas, caes. Si tardas, caes. Si escribes mal…, también caes.

Abrí y cerré la mano frente a cámara, como si estrujara destinos.

—Cuenta atrás en cada pregunta. Cuando llegue a cero, se cierra. —Incliné la cabeza—. Esto no es un concurso. Es una selección.

Varias respiraciones audibles.

—Quien no esté dispuesto a jugar en serio…, que salga ahora.

El contador de usuarios bajó un poco. Los tibios siempre se iban cuando olían riesgo.

—Y sí —añadí más grave—, podréis pedirme cosas… y yo también pediré, esta vez no será en una única dirección, así que pensadlo bien.

Pausa medida. Dejé que la frase respirara, que completaran la imagen mental.

—Si alguien no está dispuesto, que salga ahora. No quiero curiosos, quiero valientes que deseen cruzar al lado oscuro.

Scroll masivo de «sí», «dentro», «hazme cruzar», «llévame».

Mis ojos recorrieron la pantalla buscando solo un *nick*. Y entonces apareció.

@Rey_Parks03: Sí.

El impacto fue físico, directo. Como un balón mal recibido en el esternón.

El cuello me dio un latigazo de pulso. No podía reaccionar, lo que no quitó que por dentro sonriera como un cabrón.

Ahí estaba.

—Atentos —dije—. Pregunta uno.

Mientras hablaba, pasé el pulgar por el borde del casco, gesto mínimo, casi invisible, pero íntimo. Ritual de caza.

—Planeta donde Vader cae derrotado por Obi-Wan y le arde medio cuerpo.

«Mustafar» inundó pantalla. Bien. Nivel correcto. Criba limpia.

—Enhorabuena a los que no ven *Star Wars* en clips de quince segundos…

Me quité despacio un guante. Sin prisa. Tirando del cuero. Mirando a cámara, como si tirara de otra cosa.

Chat: colapso grupal.

Respiraciones escritas. Gente pidiendo más. Gente describiendo lo que haría con esos dedos.

Yo pensando solo en si ella seguía ahí.

—Pregunta dos. Nombre real de Darth Vader antes de ser Vader.

«Anakin Skywalker». Rápido. Correcto. Esperable. Muy pocos se equivocaron, la mayoría fueron dedazos.

—Demasiado fácil —murmuré—. Vamos a ver quién merece quedarse.

Mientras hablaba, deslicé la mano desnuda por mi abdomen, lento, distraído, como si fuera puro gesto inconsciente. No explícito, pero cargado de intención. De presencia. De «estoy aquí y esto es real».

Los conectados exigían ver y que siguiera el descenso. Paré.

Caritas rojas, sudorosas, babeantes, líneas enteras pidiendo que siguiera, que bajara la cámara, que no parara, que enseñara más. El hambre siempre era ruidosa. La espera, en cambio, era donde yo mandaba.

Paré en seco.

Silencio físico. Inmovilidad calculada. Mi torso subía y bajaba bajo la luz, como si el mero hecho de aspirar oxígeno formara parte del espectáculo.

—Vamos antes a por la tres —dije más bajo—. Error de rodaje real, solo para los verdaderos *fans*…, ¿qué golpea un *stormtrooper* al entrar en la Estrella de la Muerte?

Vi la avalancha antes de que llegara. Respuestas disparadas sin pensar. Copias. Fallos. Gente que había visto memes, pero no la escena. La criba cayó como una compuerta.

Esa pregunta fue bastante letal. Barrido limpio.

Mis ojos no buscaban el porcentaje. Buscaban un *nick*.

Ahí seguía, de pie y con ganas de seguir.

—La cabeza —confirmé despacio—. Bien, Imperio…, porque eso es lo que os voy a hacer perder.

Explosiones. Cabezas reventando. Bombas. Cascos negros. Gente pidiendo castigo como si fuera un premio.

Flexioné los dedos sin guante, abriendo y cerrando la mano una vez, lento, como si midiera la garganta de alguien invisible.

—Cuatro. Color del sable de Mace Windu.

«Morado» inundó pantalla. Correcto. Fieles. *Fans* de verdad… y unos cuantos que aún sobrevivían por inercia.

—Siempre hay uno que rompe la norma, ¿verdad? —susurré, inclinando apenas la cabeza—. Me gustan esos. Los que no aceptan el color que les asignan.

@Rey_Parks03: *Obvio, era Samuel L. Jackson, pidió ese color.*

La comisura me tiró hacia arriba dentro del casco.

—Corrección histórica aceptada —dije—. Me gustan las mentes que no se limitan a mirar…, investigan. ¿Qué color pedirías tú, @Rey_Parks03?

@Rey_Parks03: *Todo al negro, señor.*

No respondí.

—Cinco. ¿Cómo se llama el almirante que sirve a Vader en *El Imperio Contraataca*?

Respuestas volando. El nombre mal escrito. Con faltas. El sistema limpiando sin piedad.

Me acomodé en la silla, espalda más atrás, abdomen tensándose al estirarme. Dejé que la cámara recogiera el cambio de postura desplazándome un poco hacia atrás para darles piel.

Las tres siguientes preguntas —sin errores de canon— terminaron de cribar. Setenta y ocho en pie.

Demasiados, porque yo solo la quería a ella.

—Nueve —dejé caer la palabra como una gota caliente—. Pregunta de amor…

El chat se frenó. Literal. El ritmo bajó como si alguien hubiera puesto la mano sobre la boca de la sala.

—¿A quién ama Anakin Skywalker… hasta el punto de traicionar a la Orden Jedi?

Mientras respondían, pensé:

«¿Y tú, Parks? ¿A quién traicionarías por amor? ¿A la lógica, al deber… o a tu propio cuerpo?».

«Padmé» llenó la pantalla. 52 acertados.

—El amor —bajé medio tono— también puede ser caída… o combustible.

Las respuestas empezaron a mutar. Menos triviales, más confesión. Gente ofreciéndose a ser gasolina, precipicio, tentación.

@Rey_Parks03: o ambos.

Exhalé por la nariz, apreciando su respuesta. Me gustaba que cada vez participara más, eso la mostraba predispuesta a lo que viniera después.

—Ambicioso —murmuré—. Me gusta la gente que no elige solo un lado.

Noté el calor pegado al cuero del asiento en la espalda. Sudor fino. Abrí un poco las piernas, relajado, disponible. Dominante. No era porno, era control.

—Diez —dije—. Esta no tiene respuesta correcta…, tiene respuesta honesta y valoraré la que más me guste. Solo tenéis cinco segundos para responder, así que, no podéis pensar o teclear demasiado, quiero ver lo que os nace.

Me incliné hacia la cámara hasta que el casco ocupó más plano que el torso.

—Busco a alguien que me atraviese.

Pausa.

—Cuando la cuenta atrás finalice, se cerrará la conexión. Leeré, elegiré y solo una persona recibirá mi mensaje. Si en diez minutos no habéis recibido la invitación, no habréis sido el elegido.

Dejé que la frase respirara.

—Espero que estéis preparados, allá va. Diez: ¿Por qué creéis que el lado oscuro resulta tan… atractivo?

Cuenta atrás en pantalla.

5…

4…

3…

Mi pulso iba por otro número.

2…

1.

Corté.

El zumbido del directo muerto dejó la habitación demasiado callada, aunque siguiera sonando música de fondo. Me quité por un rato el casco. El aire me golpeó el pelo húmedo.

Y, ahora sí, respiré yo. No Val Daver. No el personaje. Yo.

La bandeja de respuestas privadas empezó a llenarse como si hubiera abierto una presa.

La mayoría monosílabos. Ansia sin forma.

@HolocronGirl: Poder.
@DarkNights: Control.
@LeiaSinCorona: Dominio.
@RedLips: Prohibido…
@SilverKing: Maldad sexy*…*
@SlaveOfTheForce: Autoridad…
@VelvetSin: Guarradas…

Leí en voz baja, apoyando el pulgar en el labio inferior.

—Predecibles —murmuré—. Muy predecibles.

Scroll hasta encontrarla.

Entonces, di con su *nick* y paseé los ojos por lo único que me apetecía leer.

@Rey_Parks03: *El lado oscuro no finge ser perfecto, abraza lo que duele y lo convierte en poder, no exige pureza, acepta el deseo, el miedo y la rabia y los convierte en algo que me encantaría probar, señor.*

Me quedé quieto, mi entrepierna no.

«Puta Parks de los cojones».

Sonreí. Lento. Peligroso. Cabrón.

—Joder, Naomi —susurré—. No tienes ni idea de dónde te has metido, aunque va a ser un placer enseñártelo.

CAPÍTULO 18



Naomi

Miré el cronómetro otra vez. Nueve minutos. Nueve malditos minutos exactos, ¿quién cojones ponía un cronómetro para ver si era la puta elegida?

No era normal.

Aunque, claro, ahora mismo no era Naomi, era @Rey_Parks03 y actuaba como le salía de la nave nodriza.

Tenía el iPad apoyado sobre el soporte porque lo había conectado al teclado inalámbrico para teclear más rápido. La temperatura helada de mis dedos contrastaba con el calor que me subía por dentro como una fiebre por Gripe A. La habitación estaba en silencio, demasiado silencio, de ese que convertía cada latido en un martillo contra las costillas.

Tragué saliva.

¡Mierda, tenía la boca seca!

Fui hasta el baño, me llené un vaso y me miré en el espejo, intentando encontrarme al otro lado.

—Vale, Park, tranquila. Es ridículo que estés así. Ni siquiera sabes quién es ese tío, podría tener cara de orco, se esconde detrás de

una máscara, seguro que sus ojos son de chihuahua y tiene voz de pito.

«Imposible, él no es así», profirieron mis ovarios.

No era culpa suya que estuviera ovulando.

Cerré los ojos y exhalé fuerte, como antes de salir al tapiz, justo en ese segundo en que decidías si corrías… o te rajabas.

Era ridículo que hubiera cerrado la puerta con pestillo y puesto el cartelito de «no molesten». Ridículo haber mirado por el cuello de mi camiseta pensando en si la ropa interior que llevaba puesta era la apropiada. Como si importara.

¿Y ahora acababa de olfatearme las axilas?

Dios, estaba muy mal, necesitaba liberar tensión sexual.

¡Ese tío no iba a verme! Era yo la que lo vería a través de la pantalla si decidía que mi respuesta era lo bastante válida.

Me pasé la lengua por el labio inferior sin darme cuenta y solté el aire despacio.

Volví a la habitación.

No había pasado nada. Ni un mensaje. Ni una señal. Ni el típico aviso previo.

Y, aun así, mi cuerpo estaba en modo competición: músculos tensos, respiración corta, el sistema nervioso alineado como antes de un mortal atrás en la barra, cuando sabías que si dudabas medio segundo te abrías la crisma.

No sabía por qué había llegado hasta el final con esto.

Bueno…, sí lo sabía; apreté los dientes.

Porque ese tío me ponía peligrosamente cerca de un recuerdo que no debía tener tanto poder. El más morboso. El más eléctrico. El más fuera de control de toda mi vida. El que me hizo sentir, por primera vez, desatada e invencible. Sin juicio, sin consecuencia. Solo impulso. Val Daver, sin saberlo, con cada uno de sus directos me llevaba a ese punto.

Miré la pantalla en negro como si fuera a activarse por pura presión mental. Seguro que el resto de participantes estaban haciendo lo mismo, suspendidos en el aire, esperando aterrizar. Y eso me convertía en una más.

«¡Menuda mierda! No te va a elegir. ¿En qué pensabas cuando escribiste esa respuesta?».

Mi rodilla empezó a moverse sola, arriba y abajo, arriba y abajo, como si marcara el tempo de algo que estaba a punto de explotar.

—Es un desconocido —susurré—. Un tío con modulador de voz y unos abdominales de infarto. Eso es todo.

Mi reflejo borroso en el cristal me devolvió una cara encendida y los ojos demasiado brillantes.

—Es un juego *online*. Punto. Sin contacto. Sin mundo real. Sin variables físicas. Entorno controlado.

Notaba el pulso en la garganta, en las muñecas, incluso en la boca del estómago. Como si alguien hubiera aumentado la gravedad solo dentro de mi cuerpo. Me recoloqué en la silla y el algodón de la camiseta rozó mi piel con una sensibilidad absurda.

Genial, estado actual: hipersensible. Justo lo que necesitaba para que eso me marcara los pezones.

«¿Y si me elige?».

«Es lo que querías, ¿no?». Mi clítoris se contrajo.

Con él podía hacer alguna que otra guarrada. Con el que me tenía en jaque, no.

—Puedes ser quien quieras ser con el tío de la máscara —comenté en voz alta—. No eres la chica que han contratado por su aplicación. No eres la lista de la clase. Tampoco la rara funcional. Solo… eres @Rey_Parks03. Puedes permitirte el lujo de ser lo lanzada, deslenguada y morbosa que te dé la gana. Es un puto juego y estás suscrita a su canal. Él sabe lo que esperas y no es una partida de ajedrez, así que relaja.

Mi mente racional levantó la mano.

«Esto es excitación por anonimato y proyección».

Mi clítoris respondió:

«¡Ja! Y a ti te pone cachondo R2-D2».

Resoplé. Humor friki como mecanismo de supervivencia.

El contador se puso en 09:51.

Algo se tensó en mi pecho. Una cuerda invisible. Anticipación pura, afilada, deliciosa y molesta al mismo tiempo. Quería que

apareciera y también que no lo hiciera. Quería cerrar la *app* y quería pegármela a la cara.

—Si no entra en el minuto diez, cierro y me paso al modo vibrador —me amenacé, mirando de soslayo hacia la cama.

Sip, lo tenía listo en el cajón de la mesilla de noche y con batería suficiente para un par de alivios.

Me incliné hacia delante, codos en las rodillas. Espera activa, igual que cuando los jueces iban a puntuar mi ejercicio en una competición y te jugabas todo en una nota.

10:00.

Nada.

«¡Si es que lo sabía!».

Me invadió la frustración, tuve ganas de tirar el iPad contra la pared si no fuera porque, a los tres segundos, se sacudió. Seco. Breve. Demoledor.

La pantalla se encendió y su nombre apareció arriba.

El corazón me hizo un mortal, o quizá tres. No estaba segura porque enlazó la serie completa y terminó clavándose en mi garganta.

Los dedos me temblaban.

«¡Acepta la puñetera invitación!».

Moví la mano hacia delante y presioné.

La pantalla cambió de negro a sombra.

Ahí estaba, como una aparición salida del lado oscuro, con un tema de Two Feet sonando de fondo, *Love is a Bitch,* muy adecuado.

Tragué aire antes de llevar las manos a las teclas.

@Rey_Parks03: *Llegas tarde. Penalización.*

Su risa salió modulada, grave, lenta.

—Y, aun así, te quedaste a esperar.

@Rey_Parks03: *Eso no estaba en las normas.*

—Las normas las pongo yo, siempre es bueno un poco de anticipación —respondió—. Puedes habilitar el botón del micro y

hablar, en los privados se desbloquean funciones distintas. Así podré oír tu voz y tendrás las manos libres para jugar.

La idea me gustó. Tampoco es que pudiera reconocerme por cómo sonaba, así que… Lo hice.

—Mírate —contestó—. Estás acelerada, juraría que cachonda.

—No puedes verme.

—No necesito verte para saber cuándo alguien está al borde, aunque si quieres que te vea, también lo podemos solucionar…

El pulso me dio un golpe seco, directo, abajo.

Alter ego activado.

«Vamos, Rey_Parks03, salta sin red».

—Te crees muy listo para ir disfrazado de tostadora galáctica —solté—. Igual decepcionas sin el casco puesto.

—¿De verdad quieres perder nuestros diez minutos a solas lanzando acusaciones sin fundamento? Pensaba que aprovecharías mejor el privilegio.

Tenía razón el maldito *sith* con modulador de voz. Debía meterme en el papel, ya había perdido un minuto y quince segundos.

—Lo siento, señor.

—Mucho mejor. ¿Qué quieres hoy, @Rey_Parks03? —preguntó.

La forma en que pronunció el sobrenombre me recorrió la espalda de manera deliberada.

—Control —pronuncié—, perderlo —corregí.

—Me gusta la matización del verbo.

—Tu turno. ¿Qué pides?

—Que no pienses —contestó—. Solo reacciones… y verte.

Solté una risa corta, nerviosa, caliente.

—Imposible, yo no tengo máscara aquí.

—No la necesitas, basta con que regules bien el enfoque para no revelar tu identidad. La Fuerza también sabe encuadrar.

Eso era cierto. Maldito.

—Querías jugar conmigo, dejarte llevar por mi oscuridad y perder el control. ¿No es así? Pues cédemelo.

La orden me bajó por la columna como un latigazo tibio.

—Acércate a la pantalla y presiona el botón de la cámara para transmitir, hazlo o el juego termina aquí. Tú decides.

El pulso se me disparó. Calibré el ángulo como si estuviera alineando un salto y lo hice. No había llegado tan lejos para perder.

Plano limpio. Cuello hacia abajo, cama detrás. Pecho subiendo y bajando.

—Mmm, bonitos pezones…, ReyParks.

Me incliné otro centímetro. Provocación consciente.

Sentía el calor en la cara como si pudiera verlo a través del casco. Siguió hablando.

—Dime, ¿qué parte de ti está más despierta?

—La curiosidad.

—Mentira. Quítate la camiseta y muéstrame aquello que desea ser visto.

Tragué con fuerza y asumí que lo deseaba tanto como él.

Lo escuché gruñir cuando la tela desapareció. Mi ropa interior no era *sexy*, era cómoda, blanca, de algodón… y, aun así, su respiración cambió.

—Te toca pedir algo. Las normas son simétricas.

Respiré hondo, lenta, teatral.

—Empuja la silla hacia atrás y desabróchate los pantalones...

Se quedó quieto un segundo. Tensión sostenida.

—Me gusta tu estilo.

Luego, obedeció.

Dedos lentos. Firmes, humanos, sin guantes. Eso lo hacía peor.

El aire me raspó la garganta.

—¿Cuál es tu petición ahora? —susurré.

—Ponte en pie y desliza despacio los pantalones...

Mi corazón iba demasiado rápido. No estaba convencida de que tener sexo virtual me gustara o fuera una buena idea, sin embargo…, me levanté. Los dedos jugaron con la goma del *short* con una caricia que fue mitad orden, mitad promesa. Me giré y lo dejé caer por mis glúteos como una exhalación larga, apoyando las manos en el respaldo de la silla para ofrecerle un plano muy planetario.

Poder. Calor. Control.

Ahora entendía el vértigo de exhibirse.

—Joder, Parks…

«¿Qué ha dicho?». Me di la vuelta en un nanosegundo.

—¿Cómo me has llamado?

—ReyParks, ¿no es tu *nick*?

«Mierda. Por un segundo sonó demasiado real, demasiado a él».

Me centré. No iba a cagarla por el maldito Valentino, que no pintaba nada ahí.

—¿Te gusta lo que ves? —remonté.

—¿Lo dudas?

—Quiero una prueba física… Pantalones fuera, señor Daver.

Apartó la silla. Yo me acomodé en la mía. Mi respiración rebotaba contra la pantalla, deseando tocar su piel.

Tragué aire.

Se inclinó. La máscara llenó el plano. Oscura. Dominante. Ridículamente efectiva.

—Dime qué te está pasando por la mente y lo que deseas —ordenó.

—Quiero comprobar si estás tan excitado como presumes.

Casi pude oír la sonrisa.

—A tus órdenes, mi reina —susurró. Dio dos pasos atrás y se bajó la prenda.

Me acerqué al iPad sin disimulo, por poco mostré el rostro sin querer.

Boss negro. Tensión evidente. Geometría gloriosa.

Y cuando añadió el bonus *track* de su mano recorriendo su «espada láser», dejé de necesitar confirmaciones científicas.

Estaba muy mojada y deseando la siguiente orden.

Miré el temporizador.

¿Cómo era posible que ya hubieran pasado seis minutos?

Necesitaba remontar.

La tensión subía en oleadas. Calor. Presión. Anticipación acumulándose entre mis piernas como carga estática.

Deshizo la distancia. Plano cercano. Aquella V obscenamente perfecta apuntando directo a mi centro de gravedad.

Manos en la mesa. Casco hacia cámara.

—Te deseo, mi reina.

—Y yo…

Lo confesé en voz baja, casi con vergüenza y con hambre.

—Pues quítate el sujetador…

Ahí dudé medio latido.

—Si yo me quito el sujetador…

—Podrás pedir lo que quieras. Sin límites, sin censura.

Me mordí el labio.

Eran solo un par de tetas. Ciencia básica. Dos por unidad femenina, seguro que había visto muchas.

Busqué el cierre. Me relamí. Él volvió a tocarse con más presión, más ritmo.

—Eres jodidamente perfecta.

Todo mi cuerpo vibró. Frecuencia máxima.

¿Desde cuándo ver a alguien respirar entrecortado era más íntimo que un beso?

El cierre saltó. Mis pechos salieron a la luz.

Un jadeo ronco al otro lado.

Y, entonces, —justo entonces—, pantalla verde.

FaceTime entrante.

—No. No. No. No —susurré—. No cortes, e-espera, d-dame un segundo…

Intenté deslizar para quitarla.

Deslicé para aceptar.

—¡Mierda!

Pantalla completa.

Salón familiar. Tetas en HD. Traición tecnológica.

Mi madre. Mi padre. Daniel.

—¡¿Naomi?! —cuestionó mi padre, quitándose y poniéndose las gafas como si el problema fuera el *zoom*.

No me moví. No respiré. No existí. Era un busto flotante de vergüenza y pezones.

—¿Qué has tocado, Daniel? —Mi madre—. ¡Te dije que llamaras a tu hermana, no que te metieras en una de esas páginas cochinas que miran hombres sudorosos con cascos!

—¡Yo no me he metido en ninguna parte! Creo…

Mi hermano paseaba nervioso los ojos por la pantalla.

—¿Y entonces por qué hay una chica desnuda en nuestro iPad familiar? —preguntó mi padre.

—No lo entiendo, pone Naomi, debe ser un cruce…

—¿Un cruce? —preguntó mi madre, desconfiada—. Seguro que tienes una partición oculta y guardada a una de esas guarras con el nombre de tu hermana.

—¿Esto entra en la factura de internet? —insistió papá.

—¡Cuelga de una maldita vez, que tu padre tendrá pesadillas!

Desaparecieron.

«¡Mierda, mierda, mierda!».

Ni siquiera sabía cómo pude moverme y vestirme sin vomitar.

Menos mal que no me había llegado a masturbar.

Y, entonces, recordé por qué estaba enseñando los pomelos en bragas.

Morí por segunda vez.

—Val…

Volví a la *app*.

—*Mecagüen*…

Pantalla negra. Me había salido del enlace.

—No. No. ¡No puede ser!

Volví a pulsarlo nerviosa.

00:00 —Sesión finalizada.

Él ya no estaba.

—¡De puta madre! —Me dejé caer en la silla—. Récord mundial de autosabotaje en familia. Sin red, sin colchón y sin orgasmo. Menuda mierda.

CAPÍTULO 19



Valentino

Llevábamos dos partidos de pretemporada y ninguno me dejó buen sabor de boca.

El primero lo jugamos a finales de julio, ruido, rotaciones y circo. El segundo, antes de la presentación oficial de Parks, fue otra cosa. No jugamos mal, tampoco rozamos la excelencia, y en este negocio, si no eras excelente, eras prescindible.

Así de simple, así de hijo de puta y así de real.

No podía culparlos. Pagaban una fortuna por cada uno de nosotros. Si cobrabas como estrella, rendías como estrella o se activaba el botón de canibalismo consentido. No existía término medio ni abrazos de consolación. Había reemplazos.

El tercer partido debería haber sido la semana pasada, pero se suspendió. Y sí, me alegré. Demasiada tensión, demasiada mirada clavada y demasiada libreta abierta. Que lo cancelaran nos dio oxígeno…, aunque el precio fuera pagarlo este lunes y el finde. Dos partidos en la misma semana, sin margen, sin excusas.

Con un montón de periodistas deportivos haciendo sus cábalas de cómo iría la temporada gracias a ellos; las casas de apuestas

llenándose gracias a nuestras hostias. Y Parks con la *tablet* como si fuera un puto rifle de francotirador.

Me pasé la lengua por el interior de la mejilla y dejé el casco sobre el banco con más fuerza de la necesaria.

Dormí como el culo. No fue por los nervios del partido.

Fue por ella, por el corte de conexión en el maldito momento que tenía la polla como una roca y decidió desaparecer.

Siete minutos de tensión eléctrica, respiración medida, control absoluto… y, de repente, negro. Desconexión. Silencio. Me dejó con el pulso disparado y un dolor de huevos de la hostia. Pisó el puto freno en plena curva y fui incapaz de borrar la imagen de sus preciosas tetas en la pantalla.

Me había plantado. Y lo que no iba a hacer mi *alter ego* era ir detrás como un perro después de que me dejó abandonado, con collar y sin hueso.

Menuda cabronada, de matrícula de honor.

—Eh, QB —la voz de Marcus Knight rebotó contra las taquillas—. Hoy, si me lanzas ese balón como el otro día, te denuncio por intento de homicidio.

Risas. Algunas reales, otras con el miedo a cagarla pegado al paladar.

Marcus estaba frente a mí, vendándose las muñecas como si fuera a boxear con el universo. Fuera del campo no dejaba de hacer chistes malos, dentro era pura dinamita compacta. El mismo cabrón que podía correr tres yardas y pedir aplausos.

—Corre más rápido —le dije a Marcus—. O te voy a meter un balón en la espalda que te va a doler hasta Navidad y a Harlow no le va a gustar.

Marcus estiró los hombros delante de mi taquilla, inflando el pecho como si fuera a salir a ligar en vez de a jugar.

—Guárdate toda esa testosterona en la bragueta, Knight —le dije —. Hoy no necesito que me montes un espectáculo.

—Habla por ti. Yo siempre rindo mejor cuando hay público.

Ty soltó una risa corta desde el fondo.

—Cuando Dalton empieza a morder, algo va mal.

—O algo va muy bien —respondí sin mirarlo.

—No —dijo Ty, serio—. Cuando muerdes así es porque estás distraído, y eso no nos conviene.

Eso sí me hizo girar la cabeza.

—¿Distraído de qué? —pregunté ofuscado.

Ty se encogió de hombros.

—Tú sabrás. Pero como salgas al primer *drive* pensando en otra cosa, lo vamos a notar todos y Harlow te sentará en el banquillo a la primera de cambio.

Silencio.

Marcus levantó las cejas.

—Vale —dijo—. Entonces, mejor que se te pase antes de salir, ¿necesitas una paja o algo así?

—Os podéis ir los dos a la mierda. Y como la cagues tú —le espeté—, voy a fingir que no te conozco cuando te sienten sin agua.

—Mejor será que no nos sienten a ninguno, ¿no crees?

No le contesté.

Jace me observaba desde el banco, quieto. Sin reírse. Sin intervenir.

Devin levantó la cabeza desde su taquilla.

—Vamos, chicos. Dos partidos y seguimos jugando a ver quién la caga menos —dijo—. Hoy no es día para regalos, sino para advertirle a esos tíos que vamos en serio.

—Estoy de acuerdo, hoy es día para hacer lo que toca —añadió EJ—. Punto.

—Qué bonito —bufó Marcus—. Me habéis llegado al alma.

—Cállate y corre —le solté.

—Lo haré si tú pasas recto —me respondió—. Que últimamente dudas más de la cuenta.

Eso sí me jodió.

Pensar de más era el problema.

Pensar en no joder el único momento que no se puede joder.

Pensar en Whitaker queriendo mi puesto. Y cobrando como si ya fuera suyo.

Pensar en la puta aplicación.

Pensar en que la noche anterior alguien decidió desaparecer justo cuando no debía.

A mi derecha, Grant se ajustaba el casco. Tranquilo. En silencio. Preparado. Como si nuestra conversación no fuera con él. No necesitaba mirarme, su contrato ya hablaba por él.

Harlow entró junto a Mac y el vestuario se tensó.

—Hoy no quiero héroes —dijo—. Quiero fiabilidad. Cada *snap* cuenta. Cada decisión cuenta, y como ya sabéis, no hay puestos blindados. No voy a daros un discurso porque todos sabéis lo que tenéis que demostrar.

Silencio seco.

Marcus dejó de hacer ruido. Ty dejó de sonreír. Devin apretó la mandíbula.

Yo también.

«No hay puestos blindados».

Traducción: «como te equivoques, sales».

—Ejecutad —remató—. Que el campo hable de lo jodidamente buenos que sois. Ejecutad —remató—. Y que el campo cierre bocas. ¡Levantaos!

Me puse el casco, al igual que el resto. Nos dirigimos hacia el túnel y, entonces, la vi.

Parks, en la boca. *Tablet* en mano. Uniforme corporativo, como si la noche anterior no hubiera estado cachonda y en bragas delante de mí. Bueno, delante de Val Daver.

En ese momento mostraba su otra versión: Fría, concentrada. Sin importarle que la noche anterior me hubiera dejado colgado con el cuerpo en tensión y la cabeza hecha un puto nudo.

Perfecto. Pues yo iba a hacer lo mismo.

—Eh —Marcus me chocó el hombro—, vamos a follarnos a esos mamones.

—Tú corre bien y ya me ocuparé de que folles otra cosa más apetecible que culos peludos.

—Así habla mi QB1 favorito.

Le enseñé el dedo medio.

Nos juntamos.

Cascos. Pecho. Miradas.

—*One snap*.

—*One job*.

El túnel se abrió. El estadio rugió.

Tenía ganas de reventar algo que no fuera el balón.

Pisamos el césped y el ruido dejó de ser ruido para convertirse en presión. De esa que se te metía en el pecho y no te dejaba respirar del todo. El sudor empezó antes incluso del primer *snap*.

Ty caminó a mi lado.

—Empieza simple —dijo—. Que se cansen ellos.

Asentí, apretando la mandíbula.

Huddle. Cascos juntos. Respiraciones cortas. El aire caliente rebotando dentro del casco. Jace nos miró uno a uno, serio.

—Duros y rectos —soltó—. Y al que se le vaya la cabeza, lo saco yo.

Rompimos.

Me coloqué detrás del *center*. Manos apoyadas. Guantes húmedos. La defensa de los Texans estaba agachada, quieta, mirándome como si esperaran que dudara. No les iba a dar ese gusto.

El balón llegó y el primer golpe fue inmediato.

Carrera por el centro. Marcus chocó contra dos cuerpos y cayó hacia delante, arrancando un par de yardas a base de cojones. Nada bonito, pero nuestro. El estadio respondió con un rugido seco.

Seguimos.

Pase rápido a Ty. Atrapó y lo tiraron al suelo al instante. Cayó mal, se quedó un segundo de más bocarriba. Se levantó despacio, sin mirar a nadie.

—Así —me dijo al pasar—, uno a uno.

El primer cuarto fue eso. Avanzar poco. Golpear mucho. Los Texans hablaban después de cada jugada, empujaban tarde, sonreían demasiado. A mí me ardían las manos dentro de los guantes de las ganas de partirles la boca.

—Hoy no sales vivo —me susurró uno al cruzarse conmigo.

—Habla ahora —le contesté sin mirarlo—. Luego no vas a poder sin escupir dientes.

En una jugada, me golpearon justo después de lanzar. Caí de espaldas y el aire se me fue de golpe, como si me lo hubieran

arrancado del pecho. El árbitro miró hacia otro lado. Me levanté escupiendo al césped. No iba a regalarles una puta falta.

Cerramos el primer cuarto empatados. Partido feo, incómodo, en casa, eso jodía más.

El vestuario estaba en silencio, no de calma, de espera.

Harlow entró sin levantar la voz. Nos miró como si estuviera sumando cifras.

—Empate —dijo—. Contra ellos.

Dejó que pesara, peor que una derrota.

—Eso significa dos cosas. Que no estamos mal y que no estamos donde deberíamos.

Señaló la pizarra.

—En la segunda parte quiero cabezas frías y decisiones limpias. Al que se le caliente la sangre, lo saco.

Me miró a mí.

—No es personal —añadió—. Es el negocio.

Y se fue.

Nos dejó con las *tablets* en la mano, era nuestro método hasta ahora. Cada uno tenía la suya y nos pasaban tres imágenes para que viéramos las jugadas desde ángulos distintos, con indicaciones de cómo mejorar y lo que se esperaba de las siguientes. Traté de interiorizarlas, necesitaba brillar.

El segundo tiempo arrancó más sucio.

Los Texans apretaron y nosotros respondimos igual. Marcus cayó dos veces seguidas, sin avanzar apenas, y se levantó mascando mierda. Ty empezó a recibir golpes cada vez más tarde. Jace bloqueaba con los dientes apretados, respirando como un animal cansado.

Y, entonces, lo vi.

Si se la daba a Ty, llegábamos justos. El hueco era mínimo y se estaba cerrando rápido, pero podía romper el partido.

Jace, por dentro, era avanzar sin brillo, seguir vivos.

Marcus estaba tapado. Forzar ahí era suicidio.

Elegir no era fácil. Elegir mal era imperdonable.

Dudé, solo fue medio segundo.

Cuando solté el pase a Ty, ya llegaba tarde. Tuvo que estirarse más de la cuenta y cayó mal, torciéndose al tocar el suelo.

—No me hagas eso —me soltó al levantarse—. No hoy, joder.

Asentí con la mandíbula tan apretada que me dolía.

Desde la banda, Harlow levantó la mano. Dos dedos.

«¡Mierda! Va a meter a Grant».

El cambio fue frío. Sin mirarme. Sin una sola palabra.

Los Texans lo celebraron como si me hubieran enterrado.

—¡Se acabó la fiesta, promesa del banquillo! —me gritó uno.

Apreté los dientes y me quedé fuera.

Estuve a punto de mirar a Naomi, pero me contuve. No estaba para verla anotar mis errores como si fueran datos de laboratorio.

Grant jugó a lo suyo. Seguro, corto, sin riesgo. Sumamos puntos. La grada aplaudía porque el marcador se movía, no porque aquello fuera bonito.

El tercer cuarto siguió igual. Grant dentro, control antes que ego. Yo esperando el fallo que no llegaba. Los Texans empezaron a frustrarse, a protestar, a buscar pelea.

—Así se gana —me dijo Jace al pasar—. Aunque duela.

Y dolía. Me jodía admitirlo, pero Grant nos estaba dando lo que necesitábamos.

Terminamos el tercer cuarto con ventaja mínima. Nada estaba cerrado.

Grant volvió a la banda. Harlow no se movió.

Me acerqué a Mac y a Harlow.

—Ya lo he pillado —dije—. Están cerrando por fuera y llegan tarde por el centro. Si entro ahora, los abro.

Mac me miró como se miraba a alguien que llegaba tarde.

—Eso lo hemos visto todos —dijo—. Tú, después.

—Dadme una serie —insistí—. Puedo hacerlo.

Harlow levantó la vista.

—No.

Así. Sin drama.

—No porque no puedas —añadió—. Hoy no toca.

Se giró hacia el campo, donde Grant ya se colocaba.

—Mira —dijo—. Y aprende. Esto no va de talento —remató—. De eso vas sobrado. Va de fiabilidad. Y hoy, él me la está dando.

No contesté. Cualquier cosa habría sonado a excusa.

El último cuarto fue desgaste puro. Sudor dentro del casco, pulso en la garganta. Nervios jodidos.

Los Texans empataron y el estadio se tensó. Yo estaba de los putos nervios.

Grant siguió dentro, nadie dudó.

Nuestro último *drive* fue feo y eficaz. Carrera. Pase corto. Reloj cayendo. A ellos se les acababa el aire.

En la última ofensiva de los Texans, todo fue ruido. El *quarterback* lanzó largo. Demasiado. El balón cayó al césped.

Fin.

El estadio rugió. No por épica, por alivio.

Habíamos ganado.

Grant levantó el puño una sola vez. Profesional.

Yo no me moví.

Ty me dio un golpe suave en el hombro.

—No es una derrota —murmuró—, pero sé que jode.

Claro que jodía.

Jodía porque tenía razón. Porque no podía decirle que no. Porque el marcador decía victoria y mi cuerpo decía otra cosa.

Jace me sostuvo la mirada.

—Esto acaba de empezar, Dalton.

No respondí.

Por fuera.

Por dentro pensé que ojalá se equivocara.

Ojalá esto fuera solo un partido de agosto sin consecuencias.

Ojalá no hubiera sentido esa punzada exacta cuando Grant cerró el partido como si fuera suyo.

Porque si aquello acababa de empezar, significaba que iba a tener que demostrarlo todo otra vez.

Desde cero.

Y, esta vez, sin margen para dudar ni medio segundo.

Miré el marcador antes de volver al túnel.

Victoria de pretemporada, todo correcto para el equipo, para mí no.

Ganar sin estar dentro no era alivio, era una advertencia.

CAPÍTULO 20



Naomi

Solté el aire cuando el último pase cayó al césped; no me di cuenta de que lo estaba reteniendo hasta que mis pulmones protestaron. El estadio seguía rugiendo, pero para mí el ruido pasó a ser decorado, algo que seguía ahí sin importarme demasiado. Bajé la vista a la *tablet* y abrí el registro del partido, todo estaba ahí: cada *snap*, cada decisión, cada indicador de activación fisiológica, los tiempos de liberación, la presión, la lectura de cobertura y los patrones de estrés corporal.

Nombre: Dalton, Valentino — QB1.

Deslicé el dedo.

Inicio sólido, primer cuarto estable, tiempo de lectura correcto, liberación limpia y toma de decisiones eficiente… hasta el punto de inflexión, que marqué en rojo sin dudarlo.

No fue el error, fue lo que ocurrió antes del error.

Amplié la secuencia y mi *app* lo señaló con alertas conductuales claras: microtensión de hombros, retraso de enfoque visual, doble fijación de objetivo y ajuste tardío de pies; una cadena demasiado coherente como para ignorarla.

Y ese gesto, ese microsegundo en el que miró hacia la banda, hacia mi zona.

No fue romántico ni intenso, fue peor, involuntario.

Desviación de foco. En términos de rendimiento, algo crítico; en términos humanos, comprensible; en idioma de entrenador jefe, banquillo.

Después llegó la duda, el medio segundo extra que jugó a favor de los Texans, el pase tardío a Ty, la mala caída, la señal de Harlow, dos dedos en alto, y el cambio.

Yo ya lo sabía antes de que levantara la mano, no por intuición, sino por patrón.

También había estado observando al entrenador. Sus decisiones nunca eran emocionales durante los partidos, eran metódicas, casi quirúrgicas, y cuando dejó de mirar la jugada para empezar a mirar al jugador, el cambio se volvió inevitable.

Lo que no esperaba era verle los ojos tan de cerca al salir, azules, encendidos y cargados de derrota contenida.

No rabia ni orgullo herido, solo derrota.

Eso no salía en las métricas, pero yo la conocía demasiado bien, la había sentido en gimnasia cuando Volkova nos amenazaba con dejarnos fuera del equipo titular por un error, ese segundo exacto en el que sabías que ya no había vuelta atrás.

Cerré la *app* un momento.

No importaba que el marcador final fuera victoria, no importaba que la rotación hubiera funcionado ni que Whitaker hubiera cerrado el partido con eficiencia de manual.

Valentino Dalton no había vuelto a pisar el césped del AT&T Stadium después de que Harlow lo sentara.

Y tenía un nudo incómodo en el estómago.

Me dieron ganas de ir hacia él, de abrazarlo, de consolarlo y decirle que todavía podía darle la vuelta.

Lo cual era ridículo por múltiples motivos: uno, no soy de abrazos; dos, no consuelo bien; tres, mis habilidades sociales en crisis emocionales son comparables a las de un *droide* con la batería al tres por ciento.

Camila era la profesional emocional, Avery daba discursos que levantaban muertos y yo daba gráficos, además de café mediocre.

Y, aun así, él provocaba interferencias, una distorsión clara de mi sistema, una respuesta interna poco elegante que me sacaba de mi zona de control y generaba dudas que no deberían existir.

Nunca fui especialmente cariñosa, ni parlanchina ni cálida, por eso me irritaba que, alguien que había querido largarme de allí desde el minuto uno, despertara ese tipo de impulsos impropios. «Reacción» era una palabra pobre, aquello era más bien una perturbación del sistema, y no me gustaban los sistemas inestables.

Fui directa al túnel de vestuarios cuando los vi entrar, repitiéndome que no era exactamente por él, sino por Avery, porque era su hermano, porque era mi amiga y porque prometí, a mi manera, que su temporada funcionaría con mi ayuda.

Además, los datos eran claros: la decisión de Harlow en el segundo tiempo había sido correcta, fría, dura y, aun así, la acertada.

Pero cuando Valentino pidió entrar en el último cuarto —sí, estaba lo bastante cerca para escucharlo—, yo le habría dado una oportunidad, no por emoción, sino por calibración; necesitaba recuperar control en campo real y no limitarse a simulación o a que le sacaran los colores después en el visionado.

Si hubiera sido por Mac, estaba segura de que lo habría dejado entrar. Lo que ocurría era que Harlow no concedía votos de confianza ni siquiera en pretemporada; su puesto estaba amenazado, solo quería resultados y Whitaker se los daba, le dio igual que Dalton necesitara ese voto porque no lo obtuvo.

Apoyé la espalda contra la pared y solté una exhalación lenta.

La puerta se abrió y empezaron a salir jugadores entre risas, golpes de hombro y celebración de vestuario ganador.

Marcus fue el primero en verme y sonrió como si hubiera detectado una presa.

Cómo no.

—Mirad a quién tenemos aquí, la señorita Park celebrando con nosotros la victoria, ¿algo que decir sobre mi excitación competitiva

de hoy? —preguntó socarrón—. Porque me los he follado por fuera tres veces seguidas.

—Sí —respondí, clavando los ojos en él—, ha estado bien, lástima que en el último cuarto acabaras dentro de un sándwich defensivo, como vaticiné en nuestra última reunión. O tienes alma de salami o te apetecía darme la razón.

Las risas explotaron alrededor.

Marcus se llevó la mano al pecho algo crispado, aunque intentara disimularlo.

—Si quieres salami, dame tu número de habitación y te lo doy en directo.

—No te ofendas, charcutero, pero soy alérgica al embutido de baja calidad.

—Vamos, Marcus —soltó Devin, pasando por detrás—, la señorita Park no compra marca blanca.

Más risas y un par de aplausos.

—Sois unos cabrones —murmuró—, y usted, señorita Park, no sabe lo que se pierde.

—Antes me hago vegana que hincarle el diente a tu carne en barra, gracias.

Se fueron alejando entre bromas, cuando la puerta volvió a abrirse a los pocos minutos y apareció el motivo por el que seguía allí como una idiota estadísticamente incoherente.

Me miró de soslayo, gruñó y el aire cambió de densidad.

—¿Podemos hablar?

Valentino ni siquiera se detuvo. Siguió caminando hacia la salida del túnel con la bolsa colgada al hombro y el gesto cerrado, como si cada paso fuera una forma de no explotar delante de mí.

—¿Para qué? —respondió sin girarse—. ¿Para que me restriegues mis cagadas con tu *app*? No, gracias, ya he tenido bastante con que apenas me dejaran jugar.

Aceleró el paso.

Suspiré porque mi inicio había sido una mierda. Impecable gestión emocional, y antes de que pudiera pensarlo demasiado, alargué el brazo y lo agarré por el antebrazo.

—Espera.

El contacto fue inmediato. Una descarga seca, inesperada, recorriéndome la piel como si hubiera tocado algo con corriente. Valentino se giró de golpe, desconcertado, bajó la mirada a mi mano y luego a mi cara.

—¿Qué cojones haces, Parks?

Retiré la mano casi al instante, pero ya era tarde: el silencio se había tensado entre los dos.

—¿Hola? —dije, señalándole la sien con un gesto torpe—. ¿Puedes oírme? Sé que estás ahí dentro.

Alzó las cejas, incrédulo.

Tragué saliva y seguí, porque cuando empezaba ya no sabía frenar.

—¿Podrías dejar de lado por un puto instante a Valentino el cabrón y dejar que salga el hermano de mi amiga? Ese que tal vez necesite hablar, porque, vale, igual merecía que Harlow lo sentara, pero también merecía una segunda oportunidad en el cuarto tiempo. Si estás ahí…, responde. ¿Puedes salir a hablar?

Me miró como si acabara de perder la cabeza; igual la había perdido un poco.

—¿En serio piensas que cualquiera de los dos tiene algo que hablar contigo? —dijo—. Tú y yo solo sabemos discutir. Además, diga lo que diga, lo usarás en mi contra para tu mierda de aplicación y exponerme delante de todos.

Aquello me dio de lleno.

Me quedé quieta un segundo, pensando qué narices estaba haciendo, si tenía la capacidad comunicativa de un cactus con ansiedad social, si de verdad había creído que esto iba a salir bien después del numerito del ascensor y de que me prometiera que no pararía hasta echarme de allí.

«Respira, Park. Respira».

Me quedé con lo último que había dicho, porque era lo único que sabía manejar.

—Mi *app* no es una mierda —solté ofuscada—. Y si quisieras escucharme en lugar de poner palos en las ruedas, tal vez podríamos mejorar eso que te frena y bloquea tus decisiones en el último segundo. Te recuerdo que no te pasaba en la SSU, todo el

mundo alababa tu toma de decisiones, lo efectivo que eras, así que algo está ocurriendo que no juega a tu favor, y no es tu equipo o el entrenador.

Valentino soltó una risa corta, sin humor.

—Se llama NFL, listilla. Una cosa es jugar en la universidad y otra en la liga profesional, con veintitrés años y tíos que quieren servir tu cabeza junto al pavo de Acción de Gracias. Con contratos que dependen de que no la cagues y con un equipo que espera que obres el puto milagro de llegar a la Super Bowl siendo uno de los *quarterbacks* más jóvenes de la liga. Todo eso se llama presión, y no necesito que tu aplicación me diga qué me jode y qué me afecta.

Dio un paso hacia mí, no invadiendo, pero sí imponiendo.

—Antes era antes y ahora es ahora. Y, además, ¿no has dicho que querías hablarme como una amiga? Porque las amigas no hacen análisis ni preguntas así. Suenan más a «vamos a tomarnos unas cervezas y a criticar al mierda de tu entrenador por sentarte en el banquillo hasta que terminemos cantando el himno nacional». Lo tuyo ha sido más bien un «voy a analizarte hasta las heces para que sepas qué ha salido mal». Ah, no, espera, que la de las heces eres tú.

Me ardieron las mejillas.

—Vale, de puta madre —repliqué—. Si tú solito quieres hundir tu carrera porque no te fías de mí, adelante. Cuando Avery me pregunte, le diré que lo intenté y rechazaste mi ayuda.

Su expresión cambió. Apenas, pero lo suficiente.

—Así que de eso va todo. —Su tono se había vuelto seco de golpe —. Ya decía yo que ese interés repentino de tu parte no era gratuito. Mi hermanita pequeña te ha pedido que cuides de mí.

No sonó como una pregunta.

—Pues dile de mi parte que no hace falta. Aprendí a hacerlo solo desde que ella necesitó toda la atención de mis padres.

Eso me descolocó. No lo esperaba. No así. No tan crudo.

Nunca me había planteado cómo había sido crecer a la sombra de Avery y la realidad me alcanzó como un rayo, porque no era ajena a su síndrome, a los problemas que tuvo y su rechazo de ir a las

olimpiadas. El foco siempre estuvo puesto en ella, como me ocurría a mí con Daniel. Eso me descolocó.

Valentino lo notó y siguió, más bajo.

—Haznos un favor y pasa de mí, Parks.

No vi a Grayson aparecer por el pasillo hasta que habló.

—Naomi, ¿todo bien?

Giré la cabeza, aún encendida.

—Eh…, sí. Solo… hablábamos.

Grayson frunció el ceño sin dejar de observarnos.

—No lo parecía.

Valentino sonrió de lado, una sonrisa peligrosa.

—Ya, bueno, es lo que tiene conocerse desde la universidad y compartir más de una fiesta que no termina como esperabas. A veces confundes los límites de la realidad con pura ficción. Que tenga un buen día, señor Grayson, Parks.

Y se fue.

Me quedé ahí, con las mejillas ardiendo.

Mi jefe se acercó con cuidado.

—Entonces, Dalton y tú …

—Es el hermano de una de mis mejores amigas —dije, zanjando cualquier posibilidad que se hubiera planteado—. Nunca nos hemos llevado bien, creo que me ve como una amenaza. Podré con ello, no te preocupes.

—¿Seguro? Si necesitas que yo…

—No —lo corté—. Solo necesito aire, después de la intensidad del partido y el calor sofocante me irá bien.

Asintió.

—Genial. La verdad es que yo también lo agradecería. ¿Qué te parece si te invito a comer fuera de aquí? Por lo que sé, apenas has salido de las instalaciones y Dallas tiene mucho que ofrecer. Si te apetece, me cuentas lo que has valorado, y, si no, simplemente nos alejamos.

Me quedé pensativa un segundo, quizá era justo lo que necesitaba.

—Sí…, vale —dije—. Pero debería cambiarme.

—No hace falta —respondió—. Permíteme que te diga que a nadie le sienta mejor que a ti la ropa corporativa.

Parpadeé.

Asentí y nos fuimos; mientras, yo intentaba convencerme de que lo que acababa de sentir no era otra perturbación del sistema.

CAPÍTULO 21



Valentino

No miré atrás cuando crucé la boca del túnel, aunque sentía el estadio todavía vibrándome en los huesos —como si el rugido se hubiese quedado atrapado bajo el casco— junto con la mala hostia al ver a Grayson Joneson agitando su puta capa de superhéroe para salvarle el día a Parks.

Caminé hacia el *parking* con la bolsa golpeándome el muslo, la camiseta pegada a la piel y el orgullo hecho trizas por dentro, que era peor que una costilla rota porque eso, al menos, te lo podían inmovilizar con cinta.

Al girar la esquina, como si hubiera entrado en un bucle temporal, volví a verlos.

El puto Joneson, impecable, con esa calma de tío que nunca había tenido que ganarse nada a empujones, abriéndole la puerta del coche a Naomi en plan película de ejecutivos de Netflix, sonriendo, diciéndole algo que ella escuchó y respondió con esa expresión suya de complacencia, la misma con la que te clavaba un cuchillo entre las costillas y luego te ofrecía una curita.

Me ardió la sangre. Y no de forma poética, de manera literal; parecía que alguien hubiera metido mi cerebro en el microondas.

¿En serio?

Anoche se tocaba mirando a Val Daver, toda cachonda, y ahora se largaba con el puto Joneson, que cosechaba lo sembrado. De lujo, Parks. De puta madre.

Me quedé quieto un segundo, lo suficiente para que mi cuerpo quisiera avanzar y mi cabeza dijera «no, no hagas un numerito aquí, no seas ese gilipollas», pero el demonio que llevo dentro estaba aplaudiendo, insistente, con ganas de quemar algo que no fuera el balón.

Naomi se metió en el coche sin fijarse en mí, como si ni siquiera existiera, como si el túnel hubiera sido un mal sueño y su teoría del «hermano de mi amiga» ya estuviera archivada, lista para procesar más tarde, quizá en un PowerPoint, quizá en un algoritmo, quizá en esa mierda de aplicación que lo medía todo menos lo que importaba.

El coche de Grayson arrancó, las luces rojas se alejaron y yo me quedé ahí con la sensación de que me habían dejado otra vez en mitad de una frase.

La misma sensación de la noche anterior, cuando la pantalla se fue a negro.

Un dolor de huevos de la hostia y una rabia aún más grande por dejarme a medias, era su maldita especialidad.

—Fantástico —murmuré, sin saber si lo decía por ella, por mí o por el universo entero—. Fantástico.

Subí a mi coche, tiré la bolsa al asiento del copiloto y me quedé con las manos en el volante, sin arrancar. Tenía el pulso alto, la garganta seca, la mandíbula apretada, el cuerpo todavía en modo partido, pero la cabeza… la cabeza estaba en un sitio peor.

No era el banquillo.

Era la humillación de que me hubieran sentado y que la chica que supuestamente venía a «cuidarme» se hubiera pirado a comer con un Joneson.

«Niñera, mis cojones».

Me dio por llamar a Avery, quería soltarle cuatro frescas a mi hermana sobre mis necesidades respecto a Parks. Ni siquiera pensé,

solo marqué, porque cuando te sentías evaluado, solo y ninguneado, hacías cosas estúpidas con la esperanza de que alguien te devolviera un poco de realidad.

Tono.

Tono.

Buzón de voz.

—Claro —solté, mirando el parabrisas como si pudiera atravesarlo con la mirada—. Claro que sí, seguro que estaba haciendo yoga acrobático con Reyes.

Volví a llamar. Mismo resultado.

No era culpa suya, lo sabía, pero mi frustración no estaba en modo lógico, estaba en modo animal, y cuando estabas así, todo lo que no contestaba parecía un rechazo.

Dejé el móvil sobre el asiento, respiré hondo y me di cuenta de algo que me dio aún más rabia: necesitaba hablar con alguien que no fuera del equipo, porque con el equipo todo se volvía una competición, incluso la empatía. Incluso la preocupación, y si le decía a alguien lo que me pasaba de verdad, no jugaría a mi favor.

Necesitaba a alguien que no tuviera que mirarme como QB1 o QB2, como estrella o como prescindible, como titular o como reemplazo.

Y supe de inmediato a quién debía telefonear.

Levi.

Pulsé su nombre en la agenda y arranqué, con el aire acondicionado a toda hostia porque hacía un calor de tres pares.

Sonó una vez, dos… y alguien contestó con una voz pequeña, cantarina, feliz, alejada de cualquier problema del mundo.

—¿Sí? ¿Quién es?

Me quedé en silencio un segundo.

—¿Evander?

—¿Quién es? ¿Cómo sabes mi nombre? ¿Eres un secuestrador? Mi abu es la *sheriff* y yo sé disparar con el arco.

Me reí por lo bajo.

—¡Es verdad!

—¿No has leído mi nombre en la pantalla? Soy el tío rubio, guapo y simpático que te regaló a Blue, el que nada feliz en tu acuario.

—¡Valentino! —gritó, y el volumen me taladró el oído—. ¡Valentinooooo! ¡Papá, es Valentino!

Solté una carcajada. Se me escapó y sentí alivio inmediato, ese que solo lograba un niño cuando te abría una ventana en el pecho con su inocencia.

—Eh, campeón —dije, apoyando la nuca en el reposacabezas—. ¿Qué haces con el teléfono de tu padre?

—Estoy cuidando la casa porque papá está ocupado —susurró, conspirativo—. Y Sky también.

—Ah. ¿Y Blue? ¿Cómo está mi pez?

—Es mío. ¡Blue está gordísimo! —dijo orgulloso—. Le doy de comer mucho porque tú dijiste que los peces cirujano son fuertes.

—Yo dije que eran resistentes, no que fueran a explotar —contesté, sonriendo.

—No va a explotar —sentenció como si fuera un científico—. Blue es un guerrero, le voy a pedir a Santa Claus una novia para que tengan huevos y salgan bebés.

—Vaya, al parecer, todo el mundo busca emparejarse, incluso tu pez.

—Yo no, y todavía no me he caído a la fuente de Cupido, así que… Estoy a salvo.

Hubo un silencio al otro lado y luego escuché un ruido extraño, como un golpe leve y una risita ahogada.

—Evander… —dije despacio—. ¿Dónde está tu padre exactamente?

—En la habitación —respondió con naturalidad—. Con Skyler.

—Ya, ¿y tú contestas porque…?

—Porque tienen el pestillo —dijo, como si me estuviera explicando una ley universal—. Cuando el pestillo está puesto, no se puede llamar a la habitación a no ser que sea una emergencia.

Me atraganté con el aire.

—¿Quién te ha enseñado eso?

—Papá —respondió orgulloso—. Dice que es importante respetar el pestillo porque están… estirando y deben concentrarse sin interrupciones. Además, ya soy mayor y puedo estar haciendo mis cosas sin prenderle fuego a la casa.

Me mordí el labio para no soltar una carcajada.

—Eso es importante, sí…

—Sí, yo estoy al frente, y a veces Skyler hace «aaah» —añadió, muy serio—. Y papá también, sueltan cosas como «así» o «hazlo más fuerte», pero no tengo que asustarme porque forma parte del entrenamiento.

Di un volantazo porque por poco me comí un coche que se iba a incorporar a mi carril. Me tapé la cara con la mano, sintiendo el calor en mi cuello.

—Me-me hago una idea…

—Hoy están haciéndolo fuerte —susurró—, se escuchan golpes. ¿Lo tuyo es una emergencia? ¿Por eso llamas?

—Sí, bueno…, em, puedo espe…

Oí pasos pequeños, luego golpes en una puerta, luego la voz de Evander elevándose de forma criminal.

—¡Sky! ¡Papá! ¡Emergencia!

—Mierda —murmuré—, me va a matar por haberle jodido el polvo.

—¡¿Qué? ¿Cómo? ¿Quién? ¿Qué pasa?!

Reconocí la voz atribulada de Skyler.

—¿Por qué vas envuelta en una sábana?

—Hoy tocaban estiramientos romanos, ¿qué ocurre? ¿Dónde está la emergencia?

—No es mía, es de Valentino…

Lo imaginé agitando el móvil, porque, por lo cerca que la escuchaba, debía habérselo llevado consigo.

—Dame eso, campeón, y vuelve a pintar el dibujo tan chulo que me prometiste —dijo, y luego un carraspeo y su voz más baja, entre divertida y «me vas a pagar esto»—. Valentino Dalton, juro por Dios que como esto no sea importante…

—Es importante —dije, todavía riéndome—. Tu hijo cree que está gestionando un centro de estiramiento militar.

—Es que lo está —contestó—. Y tú no ayudas.

—¿Desde cuándo jugáis a los pestillos? —solté, porque mi cerebro siempre huía al sarcasmo cuando había emociones cerca.

Skyler se rio, esa risa que sonaba a «eres idiota, pero te quiero».

—Cállate. El otro día casi nos pilla y tuvimos que inventarnos que Levi me estaba ayudando con… con los estiramientos de cadera.

—Estáis confundiendo a ese niño —dije—. Cuando vaya a la escuela y le diga a los demás que sus padres estiran con pestillo y suena rollo «aaah, aaah, más fuerte», os van a llevar ante el consejo escolar.

—Tranquilo —respondió sin perder la sonrisa en la voz—. Aquí todos saben cómo se las gastan los Carter-Wallace, y si hablan, la *sheriff* los encierra.

—Pues, entonces, me anoto lo del pestillo para cuando tenga hijos…, y emparentarme con la justicia.

—Si es que llegas a tenerlos, porque cuando Levi sepa que no se ha corrido por tu culpa, te va a matar.

—Bueno, para eso tendrá que recorrer bastantes millas, y dudo que ahora mismo quiera.

—Vale. Bueno, a ver, ahora que vuelvo a poder pensar..., ¿qué pasa?

Me apoyé mejor en el asiento, dejé de reírme poco a poco y noté el peso volver, como cuando el cuerpo recordaba que estaba en guerra.

—Nada. O sea…, todo. —Bufé—. La pregunta sería: qué no pasa.

—Ajá. Desembucha, Dalton, sabes que sé escuchar.

Me quedé un segundo en silencio, mirándome las manos, los nudillos marcados, el pulso todavía alto.

Skyler bajó el tono.

—Me estás preocupando. ¿Qué pasa?

Solté aire, un bufido que casi me dolió.

—He ganado un partido que no he ganado —dije—. Me han sentado. Whitaker ha cerrado. Harlow me ha dejado claro que hoy no tocaba, que era fiabilidad, que era negocio, que era… —Me quedé sin palabras y apreté los dientes—. Que era reemplazable.

Skyler no dijo nada.

—Y luego está ella —añadí, como si me diera vergüenza incluso pronunciarlo.

—¿Ella?

—Parks. Naomi. La chica de la *app*. La señorita «tengo un iPad en el que anotar tus cagadas y, aun así, voy a tocarte el antebrazo y prenderte fuego la piel sin vaciarte las pelotas, porque solo he nacido para estrangulártelas» —mascullé—. Según ella, ha venido a «ayudar», a «cuidarme por Avery», «a que mejore, aunque vaya a dejarme en evidencia frente al entrenador, el equipo y el puto dueño de la franquicia». Pero, claro, no le basta con eso, que al minuto se larga con el heredero de la corona como si yo fuera… —Me reí, sin humor—. Como si yo fuera el capítulo que te saltas porque no interesa.

Escuché una risita al otro lado.

Me quedé helado.

—¿Te ríes?

—¿Cómo no voy a hacerlo? —dijo Skyler—. ¿Tú te escuchas?

—No me jodas.

—Valentino —pronunció mi nombre como si me estuviera poniendo las manos en los hombros—, no he entendido prácticamente una palabra de lo que has dicho porque no sé de qué va todo esto, pero lo único que he podido interpretar es que… A ti te pone la chica de la *app*.

—¡No!

—Ya lo creo. ¿A quién pretendes engañar? —soltó sin piedad—. Si la tensión sexual fuera electricidad, Dallas se quedaba sin luz ahora mismo.

—No me jodas, que estoy conduciendo.

Más risas.

—¿Quién es la de tus pelotas estranguladas y no vaciadas?

Vale, quizá había hablado un pelín más de la cuenta.

—Compartimos un pasado universitario y me odia —dije desesperado—. Ha venido a joderme...

—Bueno —canturreó—, ¿y no es eso lo que quieres? ¿Joder?

—Dios, no puedo contigo cuando dices esas cosas.

—Pues aprende, cariño, y jódela como merece.

Se oyó una voz de fondo, profunda, somnolienta, masculina.

—¿Quién quiere joder? Porque a mí me ha jodido a lo bestia.

Se me tensó el cuello al escuchar a mi predecesor y la pareja de Sky.

—Tu pupilo, aunque echa balones fuera. Toma, creo que esperaba una respuesta más cargada de testosterona que la mía.

Hubo un movimiento, un roce y luego la voz de Levi, cogió el teléfono ya en modo «vete despidiendo de tus pelotas».

—¿Qué cojones le has dicho a mi mujer? —gruñó Levi al otro lado.

—Yo también te quiero, Carter.

—Pues yo a ti una mierda ahora mismo… ¿Qué cojones te pasa?

—¿Arreglaría algo si te dijera que la no eyaculación es una práctica que asegura longevidad, control mental y, probablemente, superpoderes?

Silencio.

Luego Sky riéndose de fondo.

—No —dijo Levi—, pero me preocupa que hayas entrado en una secta.

—No es una secta. Es uno de los fundamentos del tantra que te da autocontrol —añadí—. Algo que claramente tú no practicas si tu hijo identifica el «dame más fuerte» por sonido ambiente de estiramientos activos.

—Te voy a bloquear —masculló él.

—Tarde. Ya estoy dentro de tu sistema nervioso.

—Habla —ordenó—. Y como no sea bueno, cuelgo.

Vi una zona de aparcamiento y detuve el coche.

Apoyé la frente en el volante. El cuero estaba caliente. Yo caldeado.

—He jugado como el culo el antepenúltimo partido de la pretemporada.

—¿Ganasteis?

—Ganaron. Yo no.

—Ah. —Pausa—. Te sentaron.

—Sí, Harlow no está para hostias y Whitaker sabe aprovechar las oportunidades, no como yo.

—Tampoco te fustigues, tú lo has dicho: estáis en pretemporada. ¿Te ha tocado el ego?

—No —exhalé—. Me ha tocado algo más abajo y sigue doliendo.

—Eso suena médico, a ver si al final sí te ha salido una hemorroide.

—¡Vete a la mierda!

—Vale, resume rápido, Dalton. ¿Te sentaron por mala decisión o por mala cabeza?

—Por dudar medio segundo.

—Entonces, es mala cabeza —repitió Levi, ya sin rastro de broma —. Escúchame ahora y no me interrumpas.

Guardé silencio.

—Un *quarterback* no se mide por el brazo ni por la estadística. Se mide por lo que hace en el medio segundo en el que el cerebro quiere protegerse. Ahí es donde se separan los titulares de los que duran. Dudaste —siguió—. No porque no supieras qué hacer. Dudaste porque querías hacerlo perfecto.

No respondí porque tenía razón. ¿Cuándo no la tenía?

—Error clásico de QB joven con talento grande —continuó—. Cuando intentas que la jugada sea brillante en vez de suficiente, llegas tarde. Y en esta liga, tarde es fracaso.

—Lo sé. Whitaker se encargó de demostrármelo.

—No —cortó—. Lo entiendes. Saber es otra cosa. Saber es salir al siguiente *snap* y ejecutar sin negociar contigo mismo.

Respiré lento.

—Te sentaron —dijo—. Bien, eso es información. No castigo. Información, Dalton, úsala, coño.

—Lo sentí como un castigo.

—Porque tu ego está atado al campo —respondió—. Desátalo. Tu puesto no es una identidad, es una responsabilidad semanal renovable. Harlow hizo lo correcto. No porque tú seas peor que Grant, sino porque él fue más estable. Los partidos no premian potencial, premian estabilidad, y esta temporada los Cowboys quieren el anillo.

Tragué saliva.

—He visto caer a *quarterbacks* con un talento similar al tuyo. No por falta de brazo, por ruido mental, por querer demostrar el motivo por el que están en vez de dirigir.

—¿Y qué hago ahora?

—Simple —contestó—. Mañana revisas cada *snap* dudoso con Mac. No para castigarte, para nombrar exactamente qué viste y qué ignoraste. Sin emoción, solo lectura, ignora que se trataba de ti y saca conclusiones. Después entrenas la decisión rápida. No la jugada perfecta, la decisión ejecutable. El objetivo no es lucir, es mover cadenas y que el otro puto equipo pierda.

El aparcamiento estaba casi vacío. Mi pulso ya no iba tan rápido.

—Y grábate esto —dijo más bajo—. Que te sienten en pretemporada es una bendición, que lo hagan en noviembre es una sentencia. Todavía estás a tiempo —remató—. Pero deja de pelear contigo mismo. El rival no está dentro de tu casco, está justo enfrente y se gana partido a partido.

Exhalé largo.

—¿Algo más, *coach*?

—Sí. Cuelga el puto teléfono y déjame follar tranquilo.

Y colgó.

Deberes puestos. Sin anestesia. Sin excusas. Solo ejecución.

CAPÍTULO 22



Naomi

No sabía cuánto necesitaba esto hasta que llegamos.

El *valet* del Thompson Dallas aparcó el coche de Grayson y el calor de finales de agosto se quedó fuera, atrapado tras una puerta con aire acondicionado. Yo, en cambio, seguía ardiendo por dentro. Por Valentino, por su cierre en banda, por ese ladrido sin motivo que me había dejado con la sensación de estar molestando solo por respirar. Había pedido tomar el aire sin decir «me estoy ahogando», y Grayson lo había entendido sin exigirme explicaciones.

—Te va a gustar —murmuró.

Subimos en silencio. El ascensor me despegó poco a poco de mis pensamientos, y cuando las puertas se abrieron, el cielo de Dallas apareció encajado en enormes ventanales. La ciudad se extendía a nuestros pies, ordenada, lejana. El restaurante estaba en lo alto del edificio y, según me dijo Grayson, era famoso por las vistas del *skyline*.

«Bonita metáfora, Park. Tu ansiedad se ve bastante pequeña desde aquí».

Miré de reojo a mi jefe. Vestía como siempre, arreglado pero informal. La palabra «corbata» debía ser un insulto personal en su armario: camisa ligera, abierta lo justo, un *blazer* sin esfuerzo y ese pelo castaño con un desorden calculado que a otros les llevaría una hora y a él le salía por genética. Sus ojos grises parecían no decidirse entre tormenta y acero. Atlético, limpio, con una seguridad tranquila que mi madre habría definido como masculinidad óptima.

Sí. Definitivamente, sería el tipo de hombre que le gustaría a mamá.

Yo, en cambio, llevaba la ropa corporativa de los Cowboys y me sentía fuera de lugar. Parecía la puñetera becaria o una recogepelotas del US Open.

Grayson me rozó el codo, suave, cuando el *maître* le dijo al señor Joneson que su mesa estaba lista. No supe si había una mesa con el apellido de su familia, pero no me habría sorprendido.

Durante el trayecto noté miradas. Esa presión incómoda en la nuca que te recordaba que no pertenecías del todo al lugar en el que estabas.

«Mierda, debería haberme cambiado».

Grayson me retiró la silla y me quedé un segundo parada, ridículamente sorprendida.

Nadie con quien hubiese salido antes hacía ese tipo de cosas. No porque fueran malos, sino porque mi historial romántico se movía entre *pizza*, cerveza y videojuegos, y el máximo gesto había sido compartir patatas fritas sin chuparse los dedos.

Me senté despacio y dije en voz alta lo que llevaba pensando desde que entramos.

—Creo que sí debería haberme cambiado. Todo el mundo nos mira.

Grayson ocupó su asiento y apoyó el antebrazo en la mesa, tranquilo, inmune al entorno.

—Lo hacen porque eres preciosa y exótica. No porque evalúen lo que llevas puesto.

El calor se me subió al cuello.

—Pues yo creo que te equivocas.

¿Estaba permitido decirle eso a mi jefe? Supuse que sí porque no pareció molesto.

El *maître* nos entregó las cartas y preguntó qué íbamos a tomar. Abrí la mía para ganar tiempo.

—Si lo hacen, que les den —comentó, ignorando al hombre de mediana edad que seguía observándonos—. A mí me gusta muchísimo cómo te sienta ese polo.

El estómago se me anudó de golpe. No de ansiedad, de otra cosa. Tampoco estaba acostumbrada a que hombres como él me hablaran así y me hacía pensar que coqueteaba conmigo.

Bajé la vista antes de quedarme colgada.

«Hola, soy Naomi. Mi diálogo está bloqueado por halago inesperado».

Pedimos algo frío; necesitaba bajar la temperatura interna del servidor. Un *spritz* para él, un cóctel cítrico para mí. Grayson sugirió compartir entrantes y acepté. *Burrata* con tomate, pan caliente, una ensalada ligera. Después, cada uno pidió su plato principal. Él se decantó por la pasta. Yo elegí pescado porque mi cerebro seguía creyendo que tomar decisiones sanas compensaba los desastres emocionales.

Cuando el *maître* por fin se fue, Grayson se inclinó un poco hacia mí.

—Eh, relájate. ¿Querías respirar? Pues aquí estamos. Tú y yo. Nadie más. Te lo dije antes, hoy no hace falta hablar de trabajo. Cuéntame…, ¿cómo está siendo estar fuera de la uni y haber dejado la gimnasia?

La pregunta me tocó en un sitio inesperado.

Acabar con la gimnasia había sido una decisión lógica. Aun así, echaba de menos el aire en la cara antes de un salto, el impacto seco del aterrizaje, ese instante en el que todo se quedaba en silencio porque estabas volando.

A mis padres no les interesaba, ni siquiera sacaban el tema. Para ellos fue un alivio que su hija dejara de untarse las manos en magnesia.

—Echo un poco de menos a mis amigas —admití—. Y aunque use la piscina y el gimnasio para hacer físico, es cierto que extraño

entrenar de verdad.

Grayson asintió, como si lo hubiera sabido desde el principio.

—Lo imaginaba. Por eso quería decirte que tengo una amiga que tiene un gimnasio con aparatos. No será como el de tu universidad, pero si quieres, podrías ir allí a desfogar.

Me atraganté con mi propia saliva. Muy digno.

—¿En serio? Pe-pero eso es… No, no puedo.

—Claro que puedes, y debes —me cortó sin dureza—. Irte de casa y empezar de cero, sin tus amigos y familia, no es sencillo. Y menos con la presión de manejar un vestuario lleno de egos inflados y testosterona. No has querido que intervenga por ti, y lo respeto, pero cuidar tu cabeza también es parte del trabajo. Te irá bien regresar a algo que te resulta familiar como válvula de escape. ¿Qué me dices?

Las bebidas llegaron justo a tiempo. Miré el vaso, luego a Grayson, después el *skyline* y otra vez el vaso. Procesando datos. Procesando emociones.

Tampoco era venderle mi alma al diablo por aceptar, ¿no?

Asentí.

—Estaría bien.

Grayson sonrió satisfecho, como si hubiera ganado una pequeña batalla contra mi orgullo.

—¡Estupendo! Mi amiga solo quiere una cosa a cambio… —«¿Un riñón? ¿El hígado? ¿Qué órgano estoy dispuesta a perder por volver a entrenar?»—. Como es un centro pequeño, enfocado más bien a un público infantil y juvenil…, le encantaría que le hicieras un hueco cuando no tengas mucha carga y organizar alguna *masterclass* o algo por el estilo.

Sentí el impulso automático de encogerme. De minimizarme.

—Yo-yo no soy tan buena. Esas son Avery, Sienna y Camila. Yo solo soy una más.

Grayson soltó una risa corta.

—¿Bromeas? He visto tus vídeos. Sí, confieso que te he *stalkeado* un poco y haces cosas alucinantes, así que no te hagas de menos, que de eso tengo un máster.

Bebí para esconder la cara. Funcionó a medias, pero, al menos, mi cerebro dejó de reiniciarse en bucle.

Sin buscarlo, pensé en que quizá Grayson Joneson era una buena opción para respirar de verdad.

Giró un poco el cuello, soltó el aire y cambió de postura. Algo en la expresión de su rostro me dijo: «vale, voy a cruzar esta línea».

—Te voy a ser franco —bajó la voz—. No es difícil tirar de hemeroteca. Prefiero que, si un día te llega algo, no te pille con cara de «¿para quién narices estoy trabajando?», aunque con lo lista que eres, dudo que no nos hayas investigado. No hace falta que respondas.

Me quedé quieta. Atenta, y no mencioné lo de los artículos que tenía guardados, lo dejé hablar.

—Mi familia es rica, poderosa y, sobre todo, imperfecta. Elliot cree que toma las decisiones —continuó—. De verdad lo cree. La realidad es que todo lo supervisa mi padre. Elliot está harto. Si no alza la voz es porque sigue esperando que papá lo vea como el hombre al que debe dejarle el imperio por pura coherencia. Y nosotros…, bueno, el resto quedaríamos de comparsa. Lleva trabajando esa imagen desde que nació.

Eso debía de ser duro para el resto.

—Me guste o no admitirlo, el cerebro es el gran Jerry Joneson —añadió, mirándome fijo—. Sin él, mi hermano mayor estaría vendido y la franquicia se hundiría.

—¿Y Charlotte? —pregunté, sabiendo que pisaba terreno delicado —. Porque, pese al escándalo, ha conseguido levantar un imperio con las DCC.

La boca de Grayson se tensó un segundo. A ver, él mismo había dicho que asumía que yo había investigado, ¿no?

—Charlotte es la hija ejemplar, o lo era. Católica, guapa, perfecta en la foto. Se casó con el hijo de un amigo de papá: buena planta, dinero, apellido limpio. Todo encajaba.

Hizo una pausa corta antes de seguir.

—Hasta que dejó de hacerlo. Lo que nadie quería ver es que Charlotte nunca fue heterosexual. Es lesbiana desde que sus barbies se frotaban. El matrimonio era fachada, presión y miedo a

decepcionar, y el trabajo con las DCC terminó siendo una jaula con brillo. Siempre rodeada de chicas guapas… ¿Pondrías a un alcohólico a trabajar en un bar?

Tragué saliva, no me esperaba su franqueza.

—El problema con ella viene de lejos, imagino que te preguntarás por qué sigue casada y, si no lo haces, te lo diré yo —continuó—. Papá no sabía, antes del matrimonio, que su mejor amigo estaba metido en algo capaz de arruinarlo hasta el tuétano. Ni que a su reluciente yerno le obsesionaban las apuestas *online*. Todo explotó, ellos arruinados y Stephen acudiendo a terapia para ludópatas. A papá le costó un buen pico silenciar los titulares y a Vivian mover muchos hilos. Ella siempre ha sido la heroína en la sombra.

Me quedé con el cóctel suspendido. Apuestas. Bancarrota. Terapia. La realidad superaba cualquier titular.

—¿Vivian?

—Como imaginarás, los abogados y ella han tenido que trabajar duro con la imagen pública. A mi cuñado simplemente no le conviene quedarse sin dinero ni respaldo. El equipo legal es brutal. Si se divorcian, él lo pasaría muy mal, por lo que no hablará.

Bebió un sorbo y dejó el vaso.

—Necesitamos que Charlotte se recomponga cuanto antes. Que vuelva a estar operativa. Vivian está sosteniendo todo: la imagen, los silencios, los acuerdos y a la directora de las DCC. No da más de sí.

—Imagino que debe de ser durísimo. Entonces, Vivian es…

—La más coherente de los cuatro —resumió sin dudar—. No vive de la sonrisa. Vive de anticiparse, por mucho que papá le dé menos valor que al resto. Siempre sabe qué decir y qué pieza mover para calmar las aguas, por eso dirige comunicación y relaciones públicas del grupo.

Se inclinó un poco hacia mí.

—Elliot y Charlotte siempre fueron los visibles. Vivian no. Sin embargo, es la que llega antes que nadie y está pendiente incluso de la innovación deportiva. Fue ella quien recibió tu presentación y me habló de tu *app*. Me reenvió el *mail* y me dijo que ahí había oro

antes de que Stephen lo arrojara a la papelera de reciclaje. Por si te lo preguntas, es su asistente; así papá lo tiene vigilado.

Parpadeé.

—No tenía ni idea.

—Lo sé. Por eso te digo que, aunque en la reunión pareciera fría o distante, ella está de acuerdo en que estés aquí.

—¿Y qué me dices de ti?

La pregunta vino sola, no la pude contener.

Grayson enfocó su mirada en la mía y no titubeó.

—Yo… soy el peor de los cuatro, o eso me han repetido toda la vida.

No sonó a lástima, más bien a desgaste.

—He probado muchos proyectos y han fallado, como no dudó en recalcar mi hermano. No conté con apoyo real, o quizá siempre tuve malas ideas. Me cansé, me dejé llevar. Fiestas, mujeres, titulares incómodos. Nada de lo que presumir. —Bebió—. Algunos ni llegaron a publicarse porque se pagó para que no salieran. Elliot se enfadó. Charlotte se cabreó. Vivian tuvo que echar mano a muchos contactos. Y papá me dio un tirón de orejas histórico.

Exhaló.

—Intentó reconducirme dándome un puesto que Elliot no para de restregarme. Y Vivian me lanzó un salvavidas con tu nombre y tu aplicación. Necesitaba creer que podía aportar algo útil de verdad a la franquicia, por eso estoy tan obsesionado con que esto funcione, casi tanto como tú, porque eres mi única esperanza de hacer algo bien por una jodida vez.

Mi mente se fue a Daniel, a su intensidad filosófica, a lo agotador que podía resultar a veces. Luego imaginé tres Daniels con poder, apellido y ventaja estructural. Entendí el cansancio de Grayson mejor de lo que esperaba.

No supe qué decir. Mi impulso era analizarlo todo, ordenarlo, clasificarlo. Pero su voz no pedía análisis. Pedía humanidad.

La comida llegó y cortó la conversación. Grayson miró el plato, luego a mí, parecía arrepentido de haberse abierto tanto.

—Madre mía…, no sé cómo he podido contarte todo esto —soltó con una risa cansada—. Olvídalo. Resetea tu cerebro. Tú necesitabas

aire y he acabado descargando una maldita tormenta de piedras.

Alargué la mano sin pensarlo y toqué la suya.

Su piel estaba caliente. El contacto fue breve, intenso.

—Tranquilo. —Sonreí—. No voy a ir a la prensa ni voy a juzgarte. Todos tenemos derecho a caer, levantarnos y redefinir el próximo salto.

Eso habría dicho Thiago Cruz, mi amigo experto en psicología del alto rendimiento; lo vi aplicable.

Grayson entrelazó sus dedos con los míos y acarició mi palma despacio, con cuidado, con la yema del pulgar. No me aparté.

—Gracias por no irte. Jamás he conocido a una mujer parecida a ti.

No oculté que me afectó.

—Tal vez, ya tocaba.

Nos sonreímos. Me dio una última caricia y empezamos a comer.

Pensé que no me miraba como un estorbo ni como una variable incómoda. Me veía capaz, me cuidaba, creía en mi trabajo. El problema era obvio: se trataba de mi jefe, y mezclar eso con una posible atracción no era buena idea.

Sobre todo, si lo mezclabas con otro hombre que me apretaba las costillas con cada uno de sus comentarios mordaces, y otro que me hacía arder, oculto tras un casco.

Lo más inteligente era no pensar en ninguno y limitarme a disfrutar de la comida, y era lo que iba a hacer.

CAPÍTULO 23



Valentino

Había conseguido centrarme.

Tenía que reconocer que hablar con Levi me fue bien, y hacer algunos ejercicios de visualizaciones que me enseñó también.

Fui a entrenar enchufado, con el foco puesto y a sabiendas de que, cuando tocara el visionado del partido, me iban a arder las orejas y tendría que aguantar.

Ir con esa mentalidad me ayudó más de lo que estaba dispuesto a reconocer. Respiración, repetición mental de jugadas, pausa antes de cada lectura expuesta frente a mis compañeros. Carter tenía razón en algo: «cuando el ruido no se calla, se disciplina». Me repetí eso mientras revisábamos los vídeos.

Me tragué mis errores sin poner excusas.

El pase forzado. La lectura tardía. El instante en el que dudé. Whitaker había sido eficaz, limpio, prudente. No era mi estilo, aunque podía entender el suyo. Yo jugaba para desarmar defensas, no para acariciarlas. Pero entendía lo que buscaba la franquicia ahora mismo: imagen de equipo sólido, fiable, candidato real. Incluso en pretemporada. Perder habría sido regalar titulares fáciles.

Asumí mis fallos sin teatralidad.

Mac me dio una palmada cuando terminamos la sesión de campo.

Trabajamos los errores que vimos en la sala y la verdad era que me sentí aliviado, reconectado.

—Así, sí. Mantén esto y en el partido del domingo no te sentarán.

Asentí.

Mantuve el ritmo alto, el balón salió rápido de mi mano, sin interrupciones sobre la toma de decisiones en la cabeza. Solo trayectorias claras, lecturas limpias y resoluciones firmes.

Obvié que Parks estuviera paseándose arriba y abajo con su puñetero iPad y que esa tarde, por fin, tuviera mi entrevista personal con ella.

Quería demostrarle a Sky que se equivocaba; era posible que Naomi me atrajera y que hubiera sido un pelín *stalker* con ella, pero de ahí a que me molara, rollo lo que mi ahora amiga tuvo con Levi, no.

El vestuario estaba relajado. El domingo volvíamos a jugar después de una victoria, por lo que el ambiente era bueno. Competencia sana, bromas cortas. El capi dejó caer:

—Nuestro QB1 ha vuelto —cuando pasó por mi lado.

No respondí. No hacía falta. Grant me miró de soslayo sin abrir la boca, aunque podía leer en sus ojos un «no te confíes, chaval». Lo obvié.

Me di un baño con hielo y después pasé por el fisio a que me diera un masaje de descarga muscular.

Después de comer tuvimos la reunión de posición, ajustes para el próximo partido; para cuando dimos por finalizado el día de equipo, mi cuerpo ya estaba en modo cuenta atrás.

Había sido una buena jornada, hasta que pensé en ella y la entrevista psicológica.

Se me tensó la mandíbula sola en cuanto Marcus pasó por mi lado para meterme el dedo por el culo.

—Hoy te pasan el *psico-scan*, ¿no? —soltó al pasar con la bolsa al hombro—. Suerte con la doctora entusiasmo excesivo.

No pude evitar mirarlo.

—¿Todavía estás con eso?

Bufó.

—¿Tú no lo estarías si te soltara que te sobrexcitas en el cuarto tiempo y que por eso te comen los *linebackers*? Claro. Como si la solución fuera respirar hondo y pensar en unicornios. No tiene ni puta idea de lo que es jugar ahí dentro.

—Ya —mascullé, pensando lo mismo. Una cosa era el deporte universitario y otra la NFL. Naomi no parecía comprenderlo.

—Te va a sacar un trastorno nuevo, ya verás. Esa chica etiqueta más que en los supermercados, le auguro un buen futuro en el Wallmart.

—Que lo intente.

Me dio un golpe corto con el pie.

—Yo solo te digo una cosa, no le compres el rollo por muy colega de tu hermana que sea. Aquí se juega, no se medita. Si te come la cabeza y te llena de mierdas, luego las ahogamos en cerveza. Estaremos esperándote en el bar.

—Lo tendré en cuenta.

Se fue.

Exhalé por la nariz.

No me preocupaban sus preguntas.

Me tocaba los cojones que creyera que podía leerme y encima ir de que me estaba protegiendo cuando lo hacía todo en su propio beneficio.

Fui directo a la zona de despachos, abrí la puerta sin llamar y cerré detrás de mí.

El clic sonó más alto de lo necesario.

Ella estaba sentada frente a la pantalla, con el portátil abierto y un vídeo pausado en mitad de una jugada. Con el ventanal que daba al campo de entrenamiento, una puta pecera de cristal desde la que observarnos: nosotros dentro, ellos fuera, bajo vigilancia constante.

Apartó la mirada y alzó la barbilla.

No llevaba nada especial. Polo corporativo, pelo recogido, gafas apoyadas sobre la cabeza. Nada extraordinario.

Excepto que, cada vez que la tenía delante, mi cerebro decidía lo contrario.

¿Por qué cojones estaba tan guapa? La piel encendida, la boca con más color.

«¡Joder!».

¿Se la habría follado Joneson? Siempre dicen que, después de un buen polvo, las mujeres brillan distinto. Eso, o estaba ovulando, lista para la procreación. Por su bien, esperaba que fuera lo segundo, aunque la idea de engendrar no me seducía, solo el camino que llevaba al fin. Odiaba imaginar que ese capullo que se había tirado a medio Dallas la tuviera sin pestañear.

—¿Sabes que se debe golpear la puerta antes de entrar?

—¿Por qué? Al fin y al cabo, me esperabas. ¿Miedo a que te pillara haciendo guarradas? ¿Te gusta tocarte mientras nos miras?

Me acerqué y ella hizo rodar los ojos, lenta, sin un gramo de vergüenza.

Le quedaba bien esa seguridad. Demasiado bien.

—Anotaré en tu expediente limitación neuronal.

—¿Dónde está el diván?

—Podríais cambiar la pregunta, todos decís lo mismo. Soy analista, no psicóloga, confórmate con la silla.

Me dejé caer en ella. La mesa nos separaba por menos de un metro. Suficiente para fingir distancia. Insuficiente para que mi cuerpo no notara el calor del suyo. Sus labios estaban sonrojados. ¿Se los había estado mordiendo o alguien la había besado minutos antes de que yo entrara?

El recuerdo de su lengua restregándose contra la mía me encendió, y pensar que Grayson pudiera ser el artífice me torció el humor.

—¿Empezamos? —preguntó.

Me apoyé en el respaldo como si aquello me importara poco. Por dentro ya estaba calculando ruta. Qué decir, qué callar, dónde provocar y cómo hacer que dejara de mirarme como si pudiera abrirme la cabeza y etiquetar lo que encontrara.

Si alguien iba a mandar en esa partida, sería yo.

Naomi no tenía ni idea de a quién tenía delante. Ni idea.

Carraspeó y giró la pantalla para que pudiera verla mejor.

—He estado revisando el segundo *drive* —empezó con voz profesional—. Hay un momento interesante.

—¿Te refieres a cuando el cámara me enfoca el culo? Entiendo el valor técnico y tus ganas de repasármelo.

Su mirada se estrechó y, en lugar de responder, pulsó *play*.

La jugada arrancó, ya la había visto esa misma mañana con Mac y Harlow. Protección correcta, ruta clara, yo en *pocket*, medio segundo extra de deliberación, y ahí estaba el puto instante.

Pausa.

Congeló la imagen justo antes del pase.

—¿Lo ves?

—Sí, ya sé que pensé un segundo de más, lo revisé varias veces esta mañana con el equipo técnico, gracias.

—No hablo de eso, sino de esto.

Cogió el puntero láser y trazó un círculo alrededor de mis ojos.

—Bonitos, ¿eh? Mamá siempre decía que los heredé de mi padre.

Agité las cejas, ella insistió.

—¿Puedes centrarte y observar bien?

Mi mirada desviada hacia la banda.

—¿Qué te pasaba por la cabeza aquí? —preguntó sin alterarse—. ¿Y por qué desplazaste los ojos hacia mí en ese instante?

«¿Qué? ¿Cómo?».

—Tú no estabas…

No me dejó terminar. Cambió el clip por otro vídeo que enfocaba otro ángulo para que se viera desde otra perspectiva en la que, efectivamente, se me veía mirándola.

Parpadeé. Ni siquiera había sido consciente.

Busqué la respuesta rápida. La fácil.

—No te miraba a ti.

Sus labios se curvaron apenas.

—Ya lo creo que sí.

Me mantuve enganchado a sus pupilas.

—¿Eso es lo que habrías querido, Parks? ¿Que me distrajera por tu enorme belleza?

No pestañeó.

—Ambos sabemos que la belleza no es mi fuerte, además, ¿por qué iba a querer eso?

—Porque siempre te ha gustado que te mire. Porque cuando lo hago, se te acelera el pulso en esa vena del cuello y se te endurecen los pezones. Porque finges profesionalidad, pero te tiemblan los dedos cuando me acerco.

Apoyé los codos sobre la mesa, recortando el espacio, y sonreí apenas.

—Porque no puedes dejar de pensar en lo que te hago sentir entre las piernas, aunque me veas como un cabeza de chorlito que solo sabe lanzar balones.

Un segundo de silencio denso.

—¿En serio acabas de decir eso? —Negó—. Muy propio de ti. Para que te enteres, lo único que tengo son ganas de programarte una actualización urgente de *software*, el tuyo está demasiado viciado. Versión 2.0: menos ego y más neuronas funcionales. Para tu información, yo jamás le quitaría mérito a lo que hace un *quarterback* de la NFL haciendo un resumen tan pobre de su función. No se me ocurriría hacerlo con ningún deportista. Punto dos: si me tiemblan los dedos es por las ganas que me dan de ahogarte. No es personal, es que tienes un talento especial para activar mi lado oscuro.

«Doy fe, sobre todo cuando me enseñas las tetas con un casco delante y cortas la conexión en el mejor momento del juego».

Ahí estaba ella… Brillante, peligrosa y de lengua afilada que no se amedrentaba. Mi friki favorita.

—Una cosa es lo que dices —me incliné, invadiendo centímetros— y otra lo que quieres.

Noté el cambio en su respiración, mínimo pero real.

—Ah, ¿sí? —Mantuvo la voz firme—. Ilumíname, maestro *jedi*.

—¿Quieres que diga que me desconcentré por ti? ¿Que dudé porque me estabas mirando? ¿Que lo que querría estar haciendo no era lanzar un balón, sino estrellarte contra un colchón y comprobar tu recepción?

—Por favor…

—Te asusta lo que te ocurre conmigo porque soy una variable que no entiendes. Además, odias dejar asuntos pendientes y sabes que, cuando te largaste de mi apartamento, dejaste uno sin cerrar. Y no hablo de tu pequeña ofrenda, de la que me tuve que ocupar personalmente…

Estaba demasiado cerca de su boca. Tenía las mejillas encendidas y sus ojos eran un círculo negro perfecto de tan dilatadas que tenía las pupilas.

Intentó recuperar control.

—Aquello quedó zanjado. —«¡Y una mierda!»—. Lo que me asusta —replicó— es que un QB1 profesional tarde un segundo de más porque no sabe separar trabajo de distracciones.

Sonreí sin humor.

—¿Eso piensas? ¿Que me distraes?

—No lo digo yo, lo dicen las imágenes.

Reprodujo la jugada otra vez. Pausa, mis ojos en su búsqueda.

Maldición.

—Te estabas fijando en algo que no era la lectura principal —continuó—. No era el *safety*, no era la cobertura. Era yo.

Intensificó su mirada. Se me tensó la mandíbula.

Acción reacción.

—No todo gira en torno a ti, Parks.

—Nunca he dicho que lo haga —respondió tranquila—. Solo pregunto por qué dudaste y por qué lo hiciste.

«Porque, cuando te vi allí, quise impresionarte».

«Porque quise que alucinaras con mi jugada».

Mi cerebro lo había enterrado. Ahora estaba ahí, palpitando en mis narices.

Me recosté.

—Pensé demasiado. Error mío.

—Eso ya lo sé —dijo—. Quiero entender el impulso.

Silencio.

—No me gusta perder el control —solté al final.

Sus ojos oscuros centellearon.

—Entonces, quizá deberías empezar por no buscarlo donde no debes.

Golpe bajo.

Me incliné hacia delante otra vez, esta vez más despacio, dejando que la tensión hiciera el trabajo.

—¿Y dónde crees que lo estoy buscando?

Ella no retrocedió. Tampoco avanzó. Aguantó.

—En mi validación.

Su voz sonó firme, sin adorno.

La mía tampoco iba a temblar. Chasqueé la lengua.

—No buscaba eso, para que lo sepas. Solo estás aquí para analizar el rendimiento.

—Exacto —respondió—. Y tu rendimiento se ve afectado cuando decides mirar a la banda en vez de a tu receptor.

—Pues, entonces, quizá lo mejor para los dos es que desaparezcas, porque no entiendes la puta presión que es tenerte ahí, deseosa de agendar mis cagadas para que me quemen en la hoguera.

—¿Eso es lo que piensas que hago?

«Por supuesto que sí».

Aunque mi cabeza estaba en otro sitio en ese instante. Uno bastante menos profesional donde ella se desnudaba para mí.

Acumulando pensamientos sucios, sin permiso. El recuerdo de su cuerpo, su respiración chocando con la mía, el sabor de su jodida piel pegado a mi lengua.

Me aproximé lo justo para romper la comodidad sin tocarla.

—Si no es así, ¿qué haces tú cuando me miras?

El pulso le golpeó en el cuello. Lo vi, lo seguí. Me dieron ganas de morderlo.

—Me fijo en aquello que puedes mejorar para ser el mejor. Tienes un problema grave, Dalton —contestó—, y se llama miedo a no ser suficiente, porque piensas que los demás solo verán tus errores en lugar de lo bueno que eres. Yo no pienso irme, ya te lo expliqué. No he venido a joderte, sino a sumar.

«Yo sí que te quiero joder».

El chispazo fue inmediato. Aquella palabra en su boca me disparó imágenes nada deportivas.

Regresé a la conversación.

—Eso está por ver. De momento, tus análisis solo han servido para alterar al equipo y ponerte a medio vestuario en contra.

Su boca se tensó en una línea fina que pedía ser borrada a lametazos.

La tensión entre nosotros subía de volumen.

Bajó la vista un segundo al portátil y volvió a la pantalla, profesional hasta en la guerra.

—Me da igual lo que piensen porque voy a demostrarles que se equivocan. ¿Seguimos con el análisis?

Miré el reloj con gesto calculado.

—Lo siento, tus quince minutos han terminado y tengo prisa. Tendremos que dejarlo para otro día.

—No puedes irte, no hemos…

—Si quieres una cita fuera de mi horario laboral, llama a mi representante. Igual te consigue un hueco en la agenda o en mi cama.

Noté el golpe, la alteración. Justo lo que buscaba.

Sonreí por dentro, me di la vuelta y me largué.

Los dos sabíamos que esto no había terminado ni de lejos. Y si pensaba que iba a jugar limpio, no me conocía lo suficiente.

CAPÍTULO 24



Naomi

Salí con la mandíbula apretada y los puños cerrados.

Si hubiera tenido un sable láser, habría cortado la mesa por la mitad y, de paso, su maldita sonrisa de crecido.

«Llama a mi representante. Igual te consigue un hueco en mi agenda o en mi cama».

¡¿Pero qué narices se creía?!

¡Ni que yo quisiera aterrizar ahí!

Puñetero Han Solo de pacotilla. No. Han Solo al menos tenía encanto y sabía cuándo cerrar la boca. Ahora esperaba que sí se quedara Solo hasta el fin de sus días, porque con esa actitud no iba a conseguir otra cosa. Necesitaba descargar, sudar, golpear el suelo con los pies hasta que el enfado saliera por los poros. Así que solo regresé a mi habitación a por ropa deportiva y la bolsa para cambiarme.

Pedí un Uber y le di la dirección del gimnasio de la amiga de Grayson. Necesitaba mucho más que nadar en una piscina o meterme en una sala de máquinas, y eso solo me lo daba poner mis músculos al límite como terapia a la frustración.

Me puse los AirPods con la música alta y el humor bajo.

El centro estaba en una nave reformada, limpio, luminoso, más pequeño que un pabellón universitario, pero bien equipado. Nada de postureo, nada de cristal ahumado ni cuotas que no podía pagar un ciudadano medio.

El olor a magnesio, goma y esfuerzo lo convirtieron en un espacio reconocible, aunque no hubiera estado nunca. La palabra «hogar» se formuló en mi mente.

La chica de recepción levantó la vista y sonrió al instante. Descubrí algo que no creí poder encontrar en la mirada de una persona a la que no había visto nunca: reconocimiento.

—Naomi, ¿verdad? Soy Claire. Grayson me avisó de que podías venir en cualquier momento. Me alegro muchísimo de que al final aceptaras mi invitación. Pasa, estás en tu casa.

Cero preguntas invasivas. Cero miradas raras. Todo naturalidad, se agradecía.

—No espero que me invites, quiero pagar una cuota…

—Bah, chorradas, a estas horas solo hay un grupo de alumnas, así que organizaremos la rotación para que puedas entrenar.

—No quiero ser una molestia, si no te va bien que entrene ahora…

—Me viene perfecto, seguro que se motivan al verte. Vamos, que te acompaño al vestuario.

Su disposición y amabilidad me hizo asentir.

Había un grupo infantil en barras, dos chicas en paralelas asimétricas y una entrenadora corrigiendo entradas de salto en *minitramp*.

En cuanto metí mi ropa de calle en la taquilla y tuve puesto el *short* y el top de entrenamiento, Claire me indicó qué zonas estaban libres y me dijo que podía adaptarme a los huecos.

Perfecto, no necesitaba alfombra roja, necesitaba algo de espacio para quemar mala hostia.

Calenté largo. Movilidad de articulaciones, cadera, hombros. Ejercicios de elasticidad y carrera suave.

Desocuparon el tapiz, por lo que me dispuse a la toma de contacto a través de rodadas, ruedas laterales, algún que otro *flic-*

flac suelto. El cuerpo protestó al principio, llevaba varios meses en huelga, aunque no los suficientes como para que no recordara. Los músculos siempre recordaban.

En cuanto estuve lo suficientemente suelta, me dispuse a hacer la misma serie que nos hizo ganar por equipos en los Nacionales.

Respiré. Entré y ejecuté.

No iba a marcar mi mejor ejercicio ni de lejos, seguro que Volkova se habría echado las manos a la cabeza en más de una de mis diagonales, pero la rabia era un combustible excelente para convertirte en una kamikaze.

Primera diagonal: rondada, *flic-flac*, doble mortal atrás agrupado. La recepción fue más baja de lo que le gustaría a mi exentrenadora, pero sólida.

Una imagen inundó mi cerebro sin aviso.

«¡Malditos ojos azules! No te mereces ni medio segundo de mi foco».

Segunda: rondada, *flic-flac*, mortal atrás con giro. Más limpia, más aire.

«Yo sí sé separar trabajo y deseo. Control. Eso que tú no tienes. A ti te sobra chulería».

Tercera: rondada, *flic-flac*, mortal adelante estirado. Sentí la altura. Ahí estaba, eso sí era mío.

«No voy a dejar que me descoloques. No me distraes, me cabreas. No eres apego, eres interferencia».

Los sonidos alrededor fueron bajando. Cuando estabas dentro del ejercicio, el mundo se estrechaba, solo quedaba la respiración y el impacto de los pies. El problema venía al caer, que el muy hijo de otra galaxia se colaba sin permiso.

Hice una serie de danza. Giro completo, salto con giro, conexión coreográfica que me conectaba al suelo, al espacio, a mi respiración algo agitada y al sudor. La gimnasia me hacía sentir viva.

Fui a por la última diagonal: rondada, *flic-flac*, doble mortal atrás. Y justo antes del impulso del doble, me cruzó un pensamiento que tuve cuando Valentino se apoyó en la mesa y nuestras bocas quedaron separadas por un espacio ínfimo: «No te acerques… o hazlo de verdad». La rabia ante lo que había sido capaz de

plantearme hizo que cogiera más impulso de la cuenta y me elevara más de lo que esperaba, lo cual arrancó un murmullo alrededor que terminó en aplausos cuando clavé la salida con un paso mínimo.

Me incorporé con el pecho ardiendo y el corazón golpeando fuerte.

Sonreí sin querer cuando una de las niñas fue incapaz de contener la emoción y vino a celebrar mi logro como si fuera suyo. La adrenalina siempre ganaba.

—Vale —dijo la entrenadora desde la banda, por si el gesto infantil me enfadaba—, eso no lo vemos todos los días.

Varias chicas habían dejado de entrenar para mirar. Aplaudían de verdad, no por cortesía. Sentí ese calor bueno. El que no venía del cabreo, sino del cuerpo funcionando.

Después de darle las gracias a la pequeña, pasé a salto. Mi aparato favorito desde niña. Mi territorio.

Hice carreras progresivas, tres pasadas de prueba, ajusté el trampolín y después comencé a trabajar en serio.

Yurchenko con mortal atrás carpado.

Yurchenko con giro.

Tsukahara agrupado.

Repeticiones de entrada, bloqueo de hombros, empuje, vuelo y recepción.

La agonía disolviéndose dentro del agotamiento. Los músculos cargados de sangre y mi piel húmeda.

Una y otra vez. Una y otra vez.

El impacto subía por las piernas hasta la cadera, el bloqueo de brazos ardía, los pulmones pedían tregua. No se la di. Más intentos, más altura, más agresivo, más rápido el giro y las piernas más juntas. Volkova se habría sentido orgullosa de mí.

Perdí la cuenta del tiempo. Solo existía carrera, el apoyo de los pies en la tabla, el potro, el aire en el que volaba para aterrizar en el suelo.

El último salto me dejó doblada, manos en rodillas, sudor cayendo por la sien y el top pegado a la espalda.

Claire se acercó aplaudiendo.

—Madre mía, eres una pasada, y en directo todavía más. Dime, por favor, que valorarás lo de la *masterclass*, las niñas están entusiasmadas.

—Si de verdad piensas que soy suficiente…

—Lo eres, están emocionadísimas.

—Pues en cuanto tenga calendario de partidos, lo cerramos —respondí—. No quiero fallarles.

—Trato hecho, ha sido una gozada verte entrenar.

Asentí. Necesitaba una ducha de emergencia y quizá gritar dentro de ella el nombre de cierto *quarterback* idiota.

El entrenamiento había bajado el volumen del enfado. No lo había apagado.

Regresé al hotel con las piernas todavía cargadas y ese zumbido agradable en los músculos que te recordaba que seguías viva. Me puse ropa cómoda, el pelo aún ligeramente húmedo pegado a la nuca, y me dejé caer un segundo en la cama, mirando al techo.

Debería haber estado más tranquila.

No lo estaba.

Valentino Dalton seguía ocupando espacio mental sin pagar alquiler. Su voz, su chulería. Aquella maldita frase final. Su forma de invadir centímetros como si el oxígeno fuera suyo.

—Ni que fuera Darth Vader con contrato —murmuré—. Y sin la Fuerza.

El móvil vibró como si me hubiera escuchado y lanzara una protesta.

Notificación.

Val Daver — directo en 15 minutos.

La tensión cambió de sitio. No bajó, se desplazó de lugar y mi pulso se disparó.

Desde que lo dejé tirado no había vuelto a hacer conexión. ¿Tendría yo la culpa?

«¿En serio piensas que un tío así gira en torno a ti?».

Era obvio que no.

El hormigueo entre mis muslos me dijo lo que ya intuía: un directo con él era justo lo que necesitaba. No conversación, no

análisis, ningún choque de egos. Solo mi fantasía a una distancia segura. Fuego sin consecuencias reales.

Me levanté.

Preparé la habitación con automatismos casi rituales. Cortinas a medio cerrar, luz imprescindible. iPad en el soporte de la mesilla, orientado a la cama, con bloqueo de FaceTime. Sonido conectado al altavoz pequeño. Agua cerca por si se me secaba la boca y sufría una deshidratación del sistema.

Abrí el cajón.

Mi capricho favorito descansaba allí: micrófono negro, cabezal en forma de casco del señor oscuro, con aro luminoso en la base para el cambio de color, y demasiados modos de vibración como para ser sentidos en tres sistemas solares.

—Hola, terapia alternativa —susurré.

Junto a él, el lubricante efecto calor. Por si acaso, aunque mi cuerpo no parecía necesitar mucha ayuda externa cuando se trataba de una de sus conexiones.

Me puse cómoda. Eso, en términos reales: pantalones fuera, cero ropa interior…, piernas relajadas, espalda apoyada en el cabecero.

Faltaban dos minutos.

Mis constantes vitales no eran neutras.

Inicié una cuenta atrás mental, que se solapó con la real cuando la pantalla cambió a negro y, entonces, empezó la música.

Me quedé inmóvil.

—No puede ser…

Rey's Theme de John Williams. Limpia, ascendente, inconfundible.

La piel de mis brazos se erizó al instante.

«No va por ti ni por tu *nick*, Naomi, respira».

Estaba convencida de que no se trataba de nada personal, aun así, me atravesó el pecho como si alguien hubiera pulsado un botón interno con mala intención.

—Al universo le gusta trolearte —murmuré.

El chat empezó a llenarse en cuanto su máscara emergió, seguida de su cuerpo escultural. Nombres conocidos. Avatares frikis. *Emojis* de fuego y cascos negros.

La transmisión estaba abierta.

Val Daver entró en plano con su estética habitual: casco, respiración medida, guantes, torso desnudo. El fondo proyectado era una pasarela imperial suspendida sobre un abismo estelar, destructores al fondo y tráfico de cazas cruzando la escena. Puro Imperio aguardando el ataque, sutileza inexistente.

Me humedecí los labios sin darme cuenta frente a sus exhalaciones de rigor. Torció el cuello, como si su mirada pudiera atravesar la pantalla y me estuviera viendo abierta de piernas y deseosa de masturbarme. Fue un impacto directo a mi clítoris, que protestó.

Dejé caer unas gotas de lubricante y pulsé el botón de *on*. El leve zumbido me estremeció y, al aproximarlo, solté un jadeo.

—Buenas noches, criaturas del lado oscuro. Hoy voy a hablaros de recompensas… y de cómo no desperdiciarlas. Sobre todo, después de que mi primer privado de recompensa terminara dejando a vuestro señor plantado.

El chat explotó.

Y yo sentí mis mejillas arder.

Pues al final sí que iba de mí.

Se acercó a cámara y dejó salir su respiración profunda, esa que parecía alcanzarme y endurecer mis pezones al instante. Mi cuerpo reaccionó antes que mi orgullo.

—Algunas victorias —continuó— se conceden una sola vez, y hay quien decide abandonarlas a tres minutos del final.

El aire se me quedó atascado, mis cuerdas vocales emitieron un sonido ahogado.

No dijo *nicks*. Tampoco hacía falta.

@BabyYoda3000: yo no dejaría un privado contigo ni aunque se caiga internet.

@SithKitten: a tres minutos es delito galáctico.

@DarkHelmet77: eso fue traición al Imperio. ¿La has bloqueado?

—Cuando el lado oscuro te abre la puerta —añadió— no la cierras en su cara. No obstante, está claro que cierta reina no volverá a tener recompensa.

—Joder… —susurré—. ¡Me llamaron mis padres y me pillaron en tetas! ¡Intenté reconectar y no pude! —lo dije en voz alta, como si eso fuera a hacer que me escuchara.

Desde su punto de vista, gané y desaparecí. Juego sucio. Premio desperdiciado. Alta traición. Fin.

La vibración subió de intensidad porque apreté sin darme cuenta la opción 2 y con ella mi temperatura, pero ahora había algo más mezclado: necesidad de corregir, de explicar, de que no pensara eso de mí.

—Hay personas —siguió— que piden control…, y cuando lo tienen, huyen.

El chat ardía.

Mi respiración también.

—No hui —volví a hablar—. Me interrumpieron.

Torció el cuello lentamente. Ese gesto siempre me daba escalofríos. Hoy no fue la excepción. Sentí, de forma absurda e imposible, que sabía con exactitud cómo estaba yo colocada al otro lado y que podía escucharme.

—La próxima vez —dijo— elegiré mejor a quién premiar, porque hay personas que no valoran lo que se les entrega.

Eso dolió más de lo esperado.

La excitación seguía viva, pulsante, pero ya no era solo física. Era desafío, era pique, era hambre de réplica.

Abrí la ventana de mensaje privado, aunque sabía a la perfección la norma no escrita del canal: «Val Daver no contesta DM». Nunca. Formaba parte del personaje, del poder, de la distancia.

No importaba, me daba igual. Con un poco de suerte, quizá lo vería. Me sentía fatal, así que hice a un lado el micrófono y me puse a teclear.

Mientras él seguía hablando de control, obediencia y recompensas completas, yo movía los dedos a toda velocidad, intentando meter contexto en un sistema que probablemente pasaría desapercibido.

El juguete quedó olvidado a mi lado, como un recordatorio de que había entrado a su directo por una razón concreta que había perdido fuelle.

Leí y releí, modifiqué, volví a releer, y solo cuando estuve satisfecha, le di a enviar mensaje con un leve temblor en los dedos y el calor del lubricante incendiando mi sexo.

Cuando alcé la mirada, él seguía en pantalla, acariciándose, tocándose para el resto. Quería coger el juguete y devolverlo al centro de mis piernas, sin embargo, no lo hice porque no me sentía merecedora.

Cinco minutos más tarde, terminó la transmisión mientras yo me hundía en la miseria y en mi colchón.

CAPÍTULO 25



Valentino

Después de la reunión con Parks debí irme directo a casa. En lugar de eso, terminé en el bar con los chicos, hombros chocando, risas altas, cerveza fría y esa camaradería de vestuario que servía para anestesiar el ego cuando te lo pisaban.

Funcionó regular.

Me reí, brindé, solté un par de burradas, dejé que me dieran palmadas en la espalda por el entrenamiento del día y que aunáramos quejas sobre nuestra terapia privada. Aun así, cada vez que ellos volvían a sus asuntos, Parks regresaba. Su mirada firme, sus respuestas metiendo el dedo en la llaga. Sus labios demasiado cerca.

No había querido besarla para callarla. Había querido besarla para perderme y encontrarme en su boca. Eso era peor.

Volví a casa con la lengua un poco suelta por el alcohol y la cabeza demasiado activa. El ático estaba en silencio. Demasiado ordenado. Demasiado sobrio. Fui directo al cuarto desde el que emitía. Miré el casco negro apoyado junto al equipo de *streaming* y resoplé.

—Vamos a liarla un poco —murmuré.

No me había conectado como Val Daver desde el incidente del privado con Naomi. Desde que @Rey_Parks03 me dejó colgado a tres minutos del final y sin posibilidad de vuelta. Premio ganado. Privado abierto. Pecho descubierto. Juego encendido. Polla tiesa y desaparición. Se me escapó el conejo de la chistera, o de la pantalla.

Seguía jodiéndome más de lo razonable, sobre todo por los teoremas de Pinchágoras, que llevaban a Grayson Joneson a su puerta para rematar la jugada.

Configuré el croma. Pasarela imperial, luz ambiental, música escogida por si a la desertora se le ocurría conectar... Perfecto.

Directo improvisado, público enardecido.

La audiencia entró como siempre, rápida, hambrienta. Comentarios subiendo como el fuego. Me dejé llevar por el personaje, por la respiración medida, por la voz baja, que mandaba sin gritar, y, entonces, vi su nombre en el lateral.

@Rey_Parks03.

Se me tensó la mandíbula bajo el casco.

«Vaya, vaya. Mira quién salió del hiperespacio», me dije para mis adentros.

El alcohol me aflojó el filtro y dejé salir el veneno, elegante. Indirectas. Recompensas desperdiciadas. Premios abandonados. Lado oscuro ofendido. El chat respondió justo como esperaba, poniéndose de mi parte, echando gasolina al incendio que yo mismo había prendido.

Mientras jugaba y daba espectáculo —lo justo para que ardieran sin cruzar línea—, vi parpadear el icono de mensaje privado.

De ella.

Fruncí el ceño. No lo hacía nunca, jamás aceptaba mensajes, y menos en directo, con nadie.

Apoyé la mano con disimulo en la mesa y lo abrí.



Me quedé quieto, ofreciendo respiraciones a la par que leía, una vez, dos, tres.

Releí.

«Perturbación en la Fuerza».

«Sabotaje doméstico».

«Merezco su castigo».

Exhalé lento.

La saliva abandonó mi boca, transformándola en un lugar desértico.

No se fue. No se rajó. No apareció Joneson en su puerta a comerse mi postre. No fue desprecio, fue un puto meteorito en el

instante menos indicado, cargándose toda nuestra atmósfera.

Una sensación peligrosamente parecida al alivio me aflojó el pecho.

Seguí el directo por inercia, respondiendo al chat, manteniendo el personaje, pero mi atención ya no estaba ahí. Volví a leer el mensaje dos veces más, saboreando cada palabra. Pudor, excusa, sumisión juguetona, deseo contenido.

La quería de vuelta en pantalla. No a Naomi Parks con su *app* y sus teorías deseosas de darme por el culo. Quería a su *alter ego*, a @Rey_Parks03, la que respiraba rápido y se atrevía a entrar en mis juegos.

Los últimos dos minutos se me hicieron eternos, y cuando por fin el contador se puso a cero, cerré su mensaje, abrí el panel privado e hice algo que no había hecho jamás.

«Invitación a privado — sin temporizador».

—A ver si eres tan valiente fuera del cronómetro —musité en voz baja.

No esperaba que aceptara tan rápido, que la pantalla se abriera y que la imagen que apareciera fuera la de su cama.

Luz cálida. Ella en… Un momento… No, **sin bragas**. Con un vibrador con mi casco en la punta zumbando a su lado.

«¡Hostia puta!».

Parpadeé. Abrí y cerré la boca como un pez fuera del agua; por suerte, no se me vio. La saliva regresó de golpe, inundando mi cavidad bucal.

—Abrir las compuertas de tu nave nodriza para recibirme, ¿es tu manera de pedir perdón?

—Ay, Dios —profirió—. Ay, Dios. ¡¿Me ves?!

—¿Tú qué crees?

Agarró un cojín para taparse y eso me hizo sonreír. Me escuché decir, con la voz más grave que de costumbre:

—Ni se te ocurra taparte ante tu señor a no ser que te lo pida, ¿o quieres que cierre la sesión?

Se quedó muy quieta, su pecho subió y bajó con fuerza…

Madre mía, estaba tan apetecible que me habría arrodillado ahí mismo para abrirla con la boca y beberme cada gemido.

—¿Eso es lo que haces cuando me miras? —Bajé la voz—. ¿Te masturbas con mi cara entre los muslos?

Se mordió el labio inferior y la vena del cuello se le inflamó.

—Responde.

—No siempre, señor.

—¿Cuándo te compraste ese vibrador? —«Haz memoria antes de contestar»—. Y no me mientas.

Vi como le temblaba el punto que se había hundido con los dientes. Desde ese ángulo veía su sexo enrojecido y brillante, como si me estuviera suplicando lengua.

«¡Dios!».

—Fu-fue de-después de una convención —tragó saliva—, em… yo…, bueno, allí conocí a alguien que… —Mi interior comenzó a hervir.

—¿Alguien que?

—Alguien que me hizo desear tener algo así, y bueno…, en fin…, lo compré.

—Ya veo, y lo usas pensando en mí o en él.

«Contesta, Naomi».

—En los dos. —Bajó la mirada y mi pecho estalló, inundándose de calor.

—Me gusta que no me mientas. Lo que has dicho en tu mensaje de disculpa.

—Es totalmente cierto, señor.

Sabía que era verdad. Naomi era propensa a desastres en los momentos más inoportunos.

—Te creo, aunque eso no quita que quiera castigarte por dejarme duro y sin recompensa final.

Ella separó y cerró los labios.

—Yo también me quedé sin ella, señor.

—¿No te tocaste ni buscaste alivio fuera?

—No, señor. No suelen gustarme las relaciones de ese tipo, aunque, bueno, todos tenemos un pasado…

«Lo sé demasiado bien, Parks».

—Entonces, ¿no hay nadie en tu vida? ¿Nadie sacia las necesidades de una reina como tú? —El vibrador zumbó y ella lo miró de soslayo.

—Bueno, nadie humano salvo yo misma, señor.

—Te veo nerviosa.

—Estoy sin bragas ante usted, y eso no ayuda.

Eso me hizo reír por dentro.

—Me gusta que lo estés, y quiero verte bien. Pon el cojín donde quedan tus pies y coloca el iPad contra él.

Ella miró extrañada a cámara.

—¿Cómo sabe que tengo un iPad?

«¡Mierda! ¡Piensa, Dalton!».

—Se refleja en el espejo del armario…

«Salvado por la campana y porque era cierto».

Ella me ofreció una risita tonta.

—Oh, es cierto…

—Parece una habitación de hotel, ¿estás de vacaciones?

—Trabajo, uno muy estresante…

—¿Por eso te conectas? ¿Buscas que te alivie? ¿Tu jefe es un cabrón?

—Mi jefe es muy amable, el cabrón es otro, mejor no pregunte.

Lo tenía merecido por hacerlo.

—Si no quieres hablar de ese capullo, ¿vas a hacer lo que te pido?

Cogió aire con fuerza y asintió, reubicando el dispositivo.

La estampa era para enmarcar… Los pezones empujaban en el interior de la camiseta y tenía las rodillas juntas, la piel encendida y las pupilas brillantes. El pelo mostraba restos de humedad. ¿Habría ido a nadar?

—Muy bien. ¿Te has tocado antes? ¿Durante el directo?

—Apenas, cuando ha comenzado a regañarme no he podido, solo me he puesto el gel y he acercado un poco el micro.

—Me gusta como suena eso, hazlo y que yo te vea.

—¿A-ahora? Yo ya estoy lubricada y con mucho calor en esa zona…

—Esto es un castigo, ReyParks, por abandonar a tu señor, así que harás lo que se te pide.

La vena del cuello se le engrosó, alargó el brazo a la mesilla, cogió el bote, separó los muslos, mostrándome esa jugosidad, y dejó caer algo más del líquido viscoso sobre su coño; jadeó, entrecerrando los ojos.

—Me gusta verte a mi servicio, separa más las rodillas, dame las mejores vistas de la ciudad.

Obedeció y mi polla se puso dura y pesada contra el tejido. Estaba demasiado buena, con el pelo cayendo por su espalda y el rubor enardeciendo su piel.

—Ahora el vibrador, lo vas a pasar por tus muslos y tus pechos, quiero que le des mayor velocidad cuando llegue a los pezones y que lo aguantes ahí hasta que no puedas más.

Mientras arrancaba el movimiento, puse *The Ride*, de Omido & Kae, para que sonara por los altavoces.

La mano femenina desplazó el juguete por los lugares exigidos en un movimiento ascendente que quedó sostenido en el pecho izquierdo.

Naomi tenía los ojos cerrados y la boca abierta. Sus exhalaciones eran cada vez más cortas a medida que el placer se concentraba en aquel punto diminuto.

—Señor…

—Shhh, aguanta.

Me desabroché el pantalón, lo dejé caer y me puse a tocarme por encima del calzoncillo.

—Es… es…

Su clítoris se contraía, rebosando humedad fruto del calor, la estimulación del pecho y la excitación de mis órdenes, las de un desconocido que, en el fondo, la conocía demasiado bien. Aunque eso todavía no tenía permiso para saberlo.

—Tienes un coño precioso y ahora mismo es mío, de nadie más. —El gemido fue brutal—. Me gusta ver cómo se moja por mí y solo por mí.

—Sí, señor.

—Puedes llevar mi cara a tu otro pecho, imagina que es mi boca la que está ahí, lamiéndolo, succionándolo, mordiéndolo, tirando de él.

—Lo hago, señor.

—Dime lo que te gusta.

—Me gusta todo lo que me hace, me gusta sentir que lo excito tanto como usted a mí.

—No tengas duda de eso, me pones jodidamente cachondo, tanto que he quitado el límite de tiempo y me estoy tocando.

Ella abrió los ojos muy lento. Cada vez le costaba más respirar.

—¿En serio?

—El otro día me dejaste los huevos cargados y no los vacié… Me enfadé porque supuse que alguien se había comido el plato que yo había calentado.

Ella dio un respingo.

—Eso no pasó. Se lo juro.

—Te creo, baja la intensidad y desliza mi cara por la tuya, por tu boca, lámela, Rey.

El movimiento, sumado a su mirada directa a cámara y la lengua empapando el casco, hizo que por poco me corriera.

«Estás muy jodido, Dalton».

Sus músculos se estremecían y era como si pudiera estar ahí.

Ella no podía ver lo que yo estaba haciendo, el plano la limitaba, pero por el movimiento podía intuir que ya había sacado mi polla del encierro.

Con sus ojos en los míos, escupí en mi mano.

El ruido agónico que me ofreció su garganta me hizo desear más.

—Baja mi Fuerza a tu centro y recorre los labios mayores y menores, obviando ese punto en el que venderías tu alma por que estuviera ahí.

El juguete buscó el lugar indicado y lo repasó por toda su plenitud.

Mirarla era una jodida adicción, y ver su vagina abriéndose para tragarme, más. Estaba mojando la cama y yo gozando muy fuerte de su humedad. Volví a escupir para mover la mano con mayor violencia.

—Es mi polla la que está memorizando cada ápice de piel rojiza. ¿La sientes?

—Sí, señor —murmuró entrecortada. La mano libre agarró con fuerza las sábanas.

—Ahora mismo querría estar ahí, castigándote con mi sable de luz, te dejaría una y otra vez al borde, hasta que me suplicaras que te la metiera y no saliera jamás de tu interior.

—Por favor…

—Por favor, ¿qué? —gruñí, pasando el pulgar por el líquido preseminal que se me acumulaba en la punta.

—Por favor, deje que lo lleve a mi clítoris.

—¿Eso quieres?

—Sí.

—Deseas que te haga ver las estrellas y ponga la galaxia al servicio de tu coño.

—¡¡¡Sí!!! —Los dedos se curvaron.

—Bien, mi reina, porque lo voy a hacer. Pon mi cabeza donde deseas, no la muevas, solo quédate ahí y frótate contra ella, mueve tus caderas, quiero ver cuánto me quieres ahí.

El ritmo de mi mano perdió toda misericordia en cuanto obedeció.

Naomi se restregaba, empujaba, trazaba ondas, calaba la sábana en busca de la liberación prometida. Y yo estaba jodidamente al límite.

Los ruidos entrecortados eran cada vez más rápidos. Su cuerpo se sacudía por voluntad propia. Tenía la espalda apoyada en el respaldo y los muslos separados por completo.

Era porno duro para mis nervios.

—No puedo más, no puedo más…

Yo tampoco podía. Su abdomen se contrajo.

—¡Córrete para tu señor!

Gritó, arqueó el cuello y la proyección de su voz arrastró mi propio orgasmo, que llenó la pantalla del ordenador, cubriendo su cuerpo con lo que acababa de soltar.

Uno impactó contra la cámara, volviendo mi imagen algo borrosa.

Nuestros sonidos se comieron la música de los altavoces, y cuando por fin Naomi terminó de correrse, intentó enfocar la

imagen. Me miró entre las pestañas húmedas, todavía temblando fruto del orgasmo.

—Ha sido…

La voz le salió quebrada, como si aún no hubiera regresado del todo a su cuerpo y fuera incapaz de procesar lo que acabábamos de hacer.

—Lo que tenía que ser —respondí más bajo, más áspero—. Te has dejado arrastrar por el lado oscuro, mi reina.

Sus labios se entreabrieron apenas.

—Esa frase…

—¿Qué?

Negó despacio, todavía suspendida en esa especie de niebla dulce.

—Nada…

«Ya lo creo que sí, aunque no lo sepas».

Así, desarmada y sin escudos, estaba todavía más bonita, y eso empezaba a ser un problema.

—Tengo que irme —murmuré. No era una excusa, sino una retirada táctica. Si me quedaba un minuto más, iba a cruzar una línea que no tenía vuelta atrás.

Yo lo sabía, mi polla y mi mente también.

—Yo…, em…, ¿debo pagar algún suplemento por… esto?

La frase me dejó sin aire, se me endureció la expresión.

Una cosa era vender fantasía, otra ponerle precio a lo que acababa de suceder entre nosotros.

—Lo que hemos hecho no se paga con dinero. —Marqué cada palabra con dureza—. No me ofendas.

Se tensó al instante.

—Lo siento. No era mi intención, señor.

Ahí estaba otra vez, sumisa, cuidadosa, demasiado real.

—Buenas noches, ReyParks.

—Buenas noches…, señor.

Me quedé un segundo más de la cuenta mirando la pantalla. Su piel encendida, el pecho todavía agitado, el caos precioso que habíamos provocado.

Corté la conexión.

El silencio cayó de golpe.

Me dejé ir hacia atrás en la silla, el pulso aún desbocado, la cabeza llena de ella y no del personaje que había construido.

Tenía dos cosas claras:

Necesitaba tenerla lejos y debajo de mí.

CAPÍTULO 26



Naomi

Machacarme en el gimnasio y descargar con Val Daver fue justo lo que necesitaba. No lo que esperaba. No lo más ortodoxo. Pero sí lo más efectivo para rebajar el mal humor que el nubarrón de Valentino había descargado en mí.

Dormí como si alguien me hubiera desenchufado del sistema.

Todavía podía recordar el modo en que mi cuerpo reaccionó, las contracciones de mi útero a la par que su respiración indicándome que iba por el mismo camino que yo. Su voz grave se me quedó pegada por dentro como un eco. No fue solo sexo o un *roleplay* caliente. Era rendición controlada. Era apagar el fuego que Dalton prendía en mi mente. Durante unos minutos no fui la analista, ni la chica nueva ni la rara ni la que tenía que demostrar nada. Solo fui ReyParks, pulso y piel al servicio del lado oscuro.

Y eso me devolvió el centro.

El resto de la semana lo pasé muy enfocada en recabar la información que necesitaba antes de la exposición frente al equipo y mi jefe, el martes.

El domingo, en el último partido de pretemporada, los Cowboys jugaron contra los Broncos. Si algo tenían bueno esa temporada era la defensa. Rápida, agresiva y con tendencia a apretar cuando el *quarterback* respiraba medio segundo de más.

Emplearon bastante *Cover-3* y paquetes *nickel*, que al principio de la pretemporada yo pensaba que era el nombre de una bebida energética o una estrategia de *marketing* con monedas de cinco centavos. Después de un mes encerrada con los *playbooks* ofensivos del equipo, varios manuales básicos de coberturas defensivas y vídeos pausados hasta la obsesión, ya sabía que significaba tres profundos cubriendo el campo y cinco *defensive backs* en el terreno. Más velocidad, más ojos, más presión sobre la lectura. Es decir: defensa en modo jauría. Si dudabas, te cazaban.

Y, para sorpresa de nadie, Valentino respondió mejor.

No estuvo sentado todo el partido como en el anterior. El reparto fue bastante claro: Dalton jugó aproximadamente el sesenta por ciento de los *snaps* ofensivos y Grant Whitaker el resto. Rotación típica para cerrar evaluación antes del inicio oficial.

Y hubo diferencia.

Más foco, más paciencia en el *pocket*. Menos necesidad de lanzar el balón como si fuera el último *drive* de la Super Bowl, aunque sin restarle agresividad a momentos que muchos catalogarían de brillantes. Conectó un pase profundo en el segundo cuarto leyendo bien la cobertura, aguantó un *blitz* por el interior sin precipitarse y gestionó un *two-minute drill* con una calma que no había visto la semana anterior.

Traducción: le apretaron, lo encerraron y, en vez de ponerse creativo, hizo lo que tocaba. Pensó antes de lanzar. Milagro.

Salvo un error en el tercer cuarto.

Protección correcta. Ventana abierta por fuera. Dudó medio segundo.

Y me miró.

No fue evidente para nadie más, ni siquiera para mi jefe, que se había aproximado para saludar. Para mí, sí.

Nuestros ojos se cruzaron y su mecánica se alteró lo justo para que el pase saliera medio palmo alto, incompleto. No fue grave, no

fue decisivo, pero fue real y confirmó mi hipótesis.

Su problema no venía de la técnica. Era interferencia emocional no resuelta, y debíamos solucionarlo fuera como fuese.

Toda la mañana del lunes estuve encerrada, trabajando frente al portátil. Volcando datos, ajustando métricas, clips, patrones de respuesta bajo presión, mapas de toma de decisiones, correlaciones entre carga emocional y microerrores de ejecución. Evidencia, no intuición.

Solo rompí el encierro para comer con Grayson e ir un rato a entrenar. Fui a la sala de pesas cuando los chicos ya habían abandonado las instalaciones y después hice unos largos en la piscina. Solo me quité el cloro porque por la noche decidí que lo mejor era darme un baño largo, agua caliente hasta el cuello, luces bajas, respiración consciente, repasando mentalmente el discurso.

Hoy era el gran día.

Le había pasado el *pendrive* al responsable de vídeo del equipo —Mark Reynolds, coordinador audiovisual— para que cargara la presentación en el sistema de la sala. Después me fui a desayunar. Todo listo: clips sincronizados, telemetría superpuesta, comparativas de rendimiento y propuestas de ajuste.

Comí ligero. No por nervios, sino por estrategia. Cuando tenías que hablar delante de veinte egos de élite, no era conveniente pelear también con la digestión.

Los jugadores fueron entrando en la sala poco a poco. Bromas, choques de manos, olor a café fuerte y proteína. Pantalla grande preparada. Proyector encendido. Todo bajo control.

«Respira, Park. No vienes a señalar. Vienes a sumar».

Me vestí para la ocasión. Pantalones de lino *beige*, blusa blanca y chaleco a juego. Armadura corporativa modo elegante.

Valentino fue de los últimos en entrar, y cuando lo hizo, mi pulso traicionó a mi sistema nervioso antes de que mi lógica pudiera intervenir.

Un golpe seco. Otro.

No quería tener esa reacción. La tuve igual.

Entró con expresión neutra, mandíbula tensa, camiseta de entrenamiento pegada al pecho, energía contenida de depredador

mal dormido. No me miró al principio. Dejó la botella del batido sobre la mesa, se sentó y entonces sí.

Sus iris azules se encontraron con los míos.

Calor instantáneo. Fricción. Recuerdo corporal activo.

¿Por qué el traidor de mi cuerpo reproducía escenas de una galaxia muy muy lejana?

Pantalla. Respiración. Orden.

«Concéntrate, Naomi. Es un capullo».

No sabía qué versión de él iba a presentarse ese día. El *quarterback* arisco. El provocador. El hombre que me puso de rodillas en aquel baño y al que yo…

«¡Basta!».

Solo debía entender una cosa: todo lo que iba a decir era para ayudarle a ganar. Nada más.

La puerta volvió a abrirse y Grayson entró con su energía clara de siempre, traje sin corbata, carpeta bajo el brazo. Me buscó con la mirada y sonrió al verme lista junto a la mesa.

Se acercó sin invadir, tono bajo, cómplice.

—Relájate —me dijo cerca del oído—. Vas a clavarlo.

—Eso espero —respondí—. Si no me tiran los restos de comida que llevan en las manos, me doy por satisfecha.

Sonrió.

—Si algo vuela hacia ti, yo me ocupo. Jugué al béisbol en el instituto y era bastante bueno con el guante.

Y, por alguna razón, le creí.

No vi la expresión de Valentino en ese momento, pero la sentí, o tal vez fue mi imaginación.

🏈📱🏈📱🏈

Valentino

La semana había mejorado desde que la hice correrse diciendo «sí, señor…», aunque no con mi nombre real.

La vida era una comedia escrita por un guionista de ciencia ficción bastante ebrio y con problemas serios de coherencia moral.

El resto de la semana hasta el partido entrené mejor. La charla de Levi, versión «deja de pelearte con el mundo y juega al puto fútbol», funcionó. Mano dura, cero terapia. Cuando dejé de pensar en Parks de día —para cascármela de noche—, el campo volvió a ir a cámara lenta. El ruido bajó. Las rutas se abrieron como si alguien hubiera subido el contraste.

Contra los Broncos no jugué perfecto, pero sí como QB1.

Que era distinto a jugar bonito, era jugar con autoridad.

Tuve un mensaje claro por parte de Harlow al darme un veinte por ciento más de *snaps*. Mi puesto no estaba en subasta… todavía. Whitaker cumplió, pero el equipo respiraba distinto cuando yo estaba en el *pocket*, y eso se notaba hasta en el agua de la ducha.

En el vestuario, Ty me dio una palmada en el casco.

—Mira quién ha dejado de jugar como *influencer* y ha vuelto a jugar como cabrón —dijo. Sabía que su comentario venía por la campaña de Calvin Klein que me habían ofrecido.

—Vete a la mierda, ya vendrás a pedirme calzoncillos, ya…

—Con cariño. —Me lanzó un beso, que atrapé al vuelo y me lo restregué contra la polla con teatralidad.

Marcus se partía el culo.

—Hawkins —llamó a Ty—, alguien quiere tu boca en sus pelotas.

—Ni aunque supliques te como los huevos, chaval. —Le hizo una peineta.

Todo volvía a su lugar. O eso parecía.

Salvo porque hubo un instante, una maldita fracción de segundo en el tercer tiempo, en el que desvié la mirada hacia Parks al ver al maldito Joneson acercándose demasiado a ella en la banda.

No la cagué por mirarla.

La cagué por la mala hostia que me entró al verlo cerca.

Mi pase salió con un punto extra de rabia, medio grado más alto, y el receptor tuvo que estirarse como si estuviera pidiendo un milagro.

Error técnico provocado por aquel *dandy* cabrón.

Y ella ajena a que estaba cayendo en su tela de araña.

Mucho jadeo con el lado oscuro, pero cuando el jefe hacía acto de presencia se le jodía el radar.

Lo tenía configurado en modo avión cuando se trataba de ese tío, así que lo mejor era sacarla de su espacio aéreo.

El domingo por la noche salí con los chicos a celebrar. Marcus contó tres chistes sobre analistas, dos sobre Excel y uno sobre «penetración de huecos» que casi me hizo escupir la bebida.

Aunque lo que hicieron fue traer su imagen de vuelta. La de Naomi, no la del capullo con americana.

Seguía viéndola.

Su cara cargada de placer. Su boca llena de jadeos. Sus rodillas abiertas en la pantalla, acariciándose con mi puta cabeza.

Su respiración cuando perdió el control y dijo «señor» como si me perteneciera.

Cambio de jugada.

Si quería eso —de verdad— tenía que empezar con la operación «Que Park huya antes de que se folle al jefe». Ya.

Me despedí de los chicos, me encerré en mi sala privada y me puse a trabajar.

Hice lo que cualquier ciudadano responsable con habilidades técnicas dudosas y ética flexible haría:

Entrar en su portátil.

Mala combinación de talento e intenciones cuestionables.

Naomi Parks era orden. Carpetas limpias —mente sucia—; sonreí.

Fechas, versiones, subcarpetas clasificadas por importancia y prioridades que daban ganas de abrazarla y *hackearla* a la vez.

No rompía patrones.

Los archivaba.

—Vamos a ver con qué voy a divertirme, princesa de los datos —murmuré.

Tardé doce minutos y un café cargado para rebajar las cervezas hasta encontrar lo que buscaba.

—Bingo.

Presentación martes

En su interior:

Versionfinal.pptx
VersionFINAL(1).pptx
Versiondefinitiva(usar esta sí o sí).mp4

—Adorable. Un puto vídeo, esto iba a ir para el Oscar.

Lo abrí.

Y cuando analicé el contenido al completo, se me borró la sonrisa.

—Hostia…

Era bueno. Jodidamente bueno.

Gráficos limpios. Correlaciones finas. Clips que no dejaban escapatoria.

Curvas de decisión bajo presión. Disparadores emocionales ligados a microfallos mecánicos.

Me rascó la conciencia lo justo para incomodar.

Aquello podía dejar a más de uno con el contrato temblando. Y ella no conocía las cláusulas de rendimiento que colgaban sobre ciertas cabezas como espadas láser mal calibradas.

—No tienes ni zorra idea de dónde te has metido —le dije a la pantalla.

Dudé. Veinte segundos.

Luego recordé la mano de Grayson en su cintura en la banda. Duda resuelta.

—Vale. Plan Parks modo *on*. O, mejor dicho…, plan Dalton.

Copié el archivo. Cloné rutas. Rompí vínculos. Inyecté capas. Redirigí medios. Sobrescribí frases. Programé reproducción autónoma desde caché remota.

Si quitaban el USB que seguramente llevaría, seguiría. Si se decidía por su portátil, podía conectarme en remoto y joderla viva gracias al *malware*.

Si cerraba la ventana, reaparecería.

Si cambiaba de fuente, se autollamaría como un jodido *boomerang* digital.

Mi profesor de informática del instituto estaría orgulloso. O asustado, o preparando mi historial para el FBI.

Me crují los dedos.

Hora de ponerse creativo.

—Vamos a bajarte esto a idioma vestuario —murmuré mientras convertía métricas en dinamita.

Respiré profundo, regresando al presente.

Ahora estaba ahí. En su atril.

Con el heredero a su lado y el puntero láser en la mano, lista para divertirse, solo que yo era el único que se iba a divertir.

Perfecto.

Nos dio los buenos días y, en un intento de empatizar con la sala, preguntó si estábamos listos para el *rock & roll*.

Miradas de mis compañeros y un carraspeo intenso por parte de Harlow.

No tenía ni idea del baile que le esperaba.

Alzó el pulgar hacia Reynolds.

Luces fuera, Mark pulsando el *play* para, acto seguido, salir por la puerta y el vídeo arrancando.

«Que empiece la fiesta, señorita Parks».

CAPÍTULO 27



Valentino

Las luces se apagaron y el proyector zumbó, ese sonido de máquina vieja que prometía desgracias modernas.

Naomi estaba de pie junto a la pantalla, con la espalda recta y la barbilla en su sitio, chaleco *beige*, blusa blanca, el pelo recogido y su apreciado iPad. Tenía esa calma de gente que venía con los deberes hechos y la mala costumbre de no temblar, aunque tuviera a veinte tíos mirándola como si fuera un nuevo tipo de amenaza.

Lo peor era que su intención se encontraba ligada a que pensáramos que estaba de nuestro lado. Seguro que para ella era así, el problema venía en que la realidad siempre traía consigo dos versiones paralelas.

A su derecha, Grayson Joneson sonreía con el modo «propietario de franquicia en prácticas» activado, cerca, pero sin tocarla, demasiado cerca para mi gusto, con esa energía de niño bonito rehabilitado que te pedía que lo aplaudieras porque ese día había decidido ser útil. Menudo pedazo de cabronazo.

Yo estaba sentado dos filas atrás, con la espalda hundida y la cara de póker que me había puesto desde que entré… y con el plan

ya mordiendo dentro como un *pitbull* con correa corta.

Marcus se inclinó hacia mí y me soltó un codazo de los que se daban antes de una pelea.

—¿Qué cara es esa?

—Cara de aprendizaje colectivo.

—Eso suena a «por fin voy a liarla» —susurró, y sonrió.

—Eso suena a «mira, calla y celebra».

Ty, delante, se giró lo justo para mirarme por encima del hombro.

—¿Qué hay que celebrar?

—Después lo hablamos en el bar.

Mac carraspeó para que calláramos y lanzó una mirada de «no empecéis». Harlow ni miraba, estaba con la mandíbula apretada, el gesto de entrenador que olía a problema y decidía esperar a que el problema se confesara solo.

Naomi carraspeó con el puntero láser en la mano.

Ya habíamos pasado de la fase «buenos días» y un par de «qué pasa».

Ella sonrió apenas mientras imágenes y música se ocupaban de la intro. Un gesto pequeño, el ambiente hostil le daba igual, ya se había acostumbrado a nuestro cariño extremo.

—Sé que a esta hora preferiríais estar en cualquier otra parte, no obstante, pretendo mostraros que nada os conviene más que estar aquí —continuó—. Voy a ser directa. He estado analizando patrones de toma de decisiones bajo presión y hoy os voy a enseñar cómo podéis mejorar como equipo sin cambiar quiénes sois.

Grayson la miraba como si fuera a darle un premio, uno que acabara con Naomi entre sus sábanas.

Yo la miraba como si fuera a robarle el oxígeno o a cargarla sobre mi hombro para alejarla cuanto antes de ese malnacido.

El primer par de diapositivas eran suyas, necesitaba que se confiara.

Marcus se inclinó otra vez.

—¿Seguro que vas a putearla? Porque no lo parece… Te juro que, si esta tía me dice otra vez que me acelero en el cuarto y me saca de ejemplo, la lanzo al río Trinity.

Naomi no lo oyó, o eso creo.

—No seas impaciente —mascullé.

—Lo primero —dijo, señalando la pantalla— es entender que la presión no es solo física. Es cognitiva, es emocional, y eso afecta a la mecánica del juego.

Harlow levantó una ceja, Mac cruzó los brazos.

Algunos *rookies* asentían como si supieran lo que era «carga cognitiva» y no fuera el nombre de un suplemento.

Yo miré el reloj.

La cuenta atrás era íntima, un placer privado. Daba igual que fuera en mi cuarto de juegos o aquí, al final, Naomi Park siempre era el objetivo.

Ella se giró para contemplar la siguiente diapositiva, que cambiaba sola al ritmo de sus palabras; todo lo tenía medido, estudiado, o eso pensaba.

Aguanté la sonrisa por puro orgullo.

Naomi siguió con su tono de «no vengo a tocar los huevos, vengo a haceros ganar», y por un segundo —solo un segundo— me dio una punzada rara. Porque era verdad, porque ella creía en su proyecto y porque yo iba a hacerle lo contrario delante de todos.

No me dio tiempo a sentir culpa.

La pantalla parpadeó.

Tres.

Dos.

Uno.

Negro.

Un murmullo recorrió la sala como una ola.

Naomi giró la cabeza hacia la cabina técnica, no alterada, solo alerta.

Clic.

Arrancó mi archivo y, con él, el título:

Optimización de la penetración en línea ofensiva.

Visualmente, nuestro esquema de ataque… tenía una forma inequívoca que no daba polla por liebre.

Silencio.

Ese silencio denso de vestuario cuando alguien soltaba una barbaridad y todos necesitaban medio segundo para confirmar que no lo habían imaginado.

Un casco cayó al suelo con un clonc seco.

Alguien tosió cerveza donde no había cerveza.

Una silla chirrió.

—¿Somos un puto rabo gigante? —susurró alguien desde la izquierda.

Devin, nuestro *tight end*, se recolocó en la silla y carraspeó con solemnidad de comentarista de bar.

—Eso parece. Creo que la señorita Park ha pretendido decirnos que somos la polla y vamos a follarnos a nuestros rivales.

Las risas entraron como presión de *blitz*, primero dos, luego cinco, después toda la línea.

Naomi parpadeó.

Un solo parpadeo, pupilas abriéndose. Mandíbula tensándose medio milímetro.

Sorpresa real, registrada, procesada. Porque esa imagen estaba manipulada, ella lo sabía, Harlow lo sabía, Mac lo sabía y todo el equipo lo sabía. El único que todavía parecía en la inopia era Joneson, aunque no tardó en darse cuenta de que algo ocurría, sin saber muy bien qué.

—Silencio —profirió—. Dejad que la señorita Park hable.

La palabra «penetración» empezó a agrandarse sola, cubierta de venas animadas, palpitando como si el puto PowerPoint tuviera pulso propio. Creció, se engrosó, vibró y estalló, llenando la pantalla de una salpicadura blanca que sirvió de transición al más puro estilo lefa.

Un «puaj» colectivo recorrió la sala.

—Joder, teníamos los huevos llenos, al parecer… —Ty se tapó la boca con la mano, hombros temblando, intentando no descojonarse delante del *staff*—. Perdón, *coach*, perdón, nos ponéis ciertas imágenes y palabras y nos volvemos unos putos críos.

Harlow no se reía.

Pero el tic en su mejilla izquierda decía que estaba a un mal comentario de matar a alguien o de despollarse vivo.

Siguiente diapositiva.

Penetración profunda sostenida.

Marcus soltó aire por la nariz igual que un toro antes de embestir.

—Al parecer, aquí no sufrimos de eyaculación precoz. Se ve que hemos mejorado nuestra excitación en el cuarto tiempo, ¿verdad, señorita Park?

Naomi lo fulminó con la mirada. No fue teatral, más bien una estocada de espada láser en toda regla.

—Eso no es…

No terminó la frase.

Una música de tiovivo —alegre, infantil, enferma— invadió los altavoces y dio paso a un gráfico de barras que subían y bajaban al ritmo de una respiración femenina sintetizada que dio pie a que empezara a jadear.

—Más profundo…, más constante…, no os detengáis…, así… ¡¡¡¡Así!!!!

Las barras blancas y azules empezaron a llenarse de imágenes de arcade ochentero, jugadores pixelados, vestidos de nuestros colores, cayendo sobre ellas con las piernas abiertas en modo rodeo porno de videojuego barato.

La sala explotó. Carcajada nuclear colectiva. Golpes en mesas.

Uno de los *linebackers* tuvo que secarse las lágrimas.

—Madre mía, me estoy poniendo palote —masculló Jace.

Harlow parpadeó lento. Su cerebro necesitaba reiniciar.

El jefe echaba humo por las orejas, literalmente rojo al darse cuenta de que definitivamente algo iba mal.

—¡Reynolds! —voceó, alzando la barbilla—, dime que no has sido tú.

Mark levantó las manos con pinta de estar en un puto atraco.

—Yo cargué el archivo y bajé al baño treinta segundos, le juro por mi madre que no soy responsable, señor.

Naomi seguía quieta. Ni roja ni temblando, y eso era lo que más miedo daba.

Sus ojos no miraban la pantalla. Nos miraban a nosotros. Fila por fila. Cara por cara. Tomando muestras, como si estuviéramos bajo microscopio, casi seguro que a la caza del culpable.

Siguiente imagen.

Un *quarterback* arrodillado, que se parecía bastante a Grant, ante una gráfica ascendente.

Texto emergente:

Trust the data, mommy?

Marcus se dobló sobre sus rodillas.

—Nooo —susurró entre risas ahogadas—. No has sido capaz de hacerle esto al puto Whitaker. «¿Confía en los datos, mami?». Esto es arte, arte ofensivo del bueno. ¿A quién le has pagado por esta maravilla? Le debo una cerveza, o un barril.

La mayoría del equipo ya estaba muerto. Literalmente inclinados sobre sí mismos, incapaces de aguantar.

Naomi subió las escaleras hacia la cabina técnica con paso firme. Cada paso que daba parecía decir: «Control de daños».

—Esto está manipulado —informó, clara, sin excusas en la voz.

Reynolds tecleaba como si el portátil le debiera dinero.

—No responde, no responde, no responde…

Intentó resetear. Nada.

Intentó forzar el apagado del sistema.

Pantalla negra.

Un segundo glorioso.

Yo sabía que no duraría y, aun así, sentí el placer físico de la falsa esperanza de Joneson.

Porque lo que había hecho no estaba en el USB. Ese solo era el anzuelo. El contenido estaba incrustado en la carpeta temporal del sistema de proyección y redirigido a la caché interna. Espejo activo, ejecución fantasma. Como una cola de lagartija digital: la separabas del cuerpo y se seguía moviendo descontrolada.

La pantalla volvió.

Nueva voz masculina grave:

—Castiga esa métrica…, hazla subir…, más duro, *coach…*

Gemido de fondo. El entrenador se puso de pie de golpe.

—¡¿Qué demonios es esto?!

Y, entonces, salió mi imagen en el *pocket*, con un círculo en la cintura y letras flotando, cuando di dos pasos atrás para arrojar el balón:

Controla la penetración antes de lanzar.

Su mirada se clavó en la mía y no pude contenerme.

—Una indirecta bastante directa, Parks, ¿tiene algo que decirme? —solté, apoyando los codos en las rodillas, sonrisa torcida, chulería calibrada.

El vestuario explotó otra vez, pero yo ya no me reía tanto. Porque vi el cambio. Ya no había sorpresa en su cara. Ni desconcierto. Solo encaje. Y decisión.

Naomi bajó despacio al centro del escenario. Ni apresurada ni rígida. Despacio, dueña del ritmo.

Respiró, sonrió y empezó a aplaudir. Cada palmada cortando el aire como un *snap* limpio.

—Vaya —dijo—. Qué mentes más privilegiadas tenemos en este equipo. Coordinación. Sincronización. Ejecución. Si jugaran así cada domingo, no necesitarían mis análisis.

El volumen cayó en picado.

Las risas se apagaron como si alguien hubiera desenchufado la corriente.

—Había escuchado que las bienvenidas a los Cowboys eran creativas, pero esto supera a los globos con alquitrán o chile en el enjuague bucal. Les doy mi enhorabuena. O mejor, os la doy. Tras la novatada inicial, supongo que ya me consideráis un miembro de la familia y podemos tutearnos.

Marcus dejó de reír.

Literalmente, se quedó congelado, con media sonrisa atrapada en la cara.

—Si este es el nivel de guerra psicológica —siguió ella, paseando la mirada por cada fila, como si nos estuviera pasando lista—, voy a disfrutar muchísimo trabajando con vosotros. Confieso que esperaba

bastante menos nivel. Así que, enhorabuena: solo habéis perdido veinte minutos que estoy segura de que el entrenador os hará reponer.

Algunos se removieron en las sillas.

Ty dejó de mirarme de soslayo y se centró.

Yo sentí algo incómodo en el estómago. No culpa, algo peor. Respeto. Naomi Park los tenía cuadrados.

—Ahora —añadió tranquila, como si acabara de explicar una receta—, si me dais cinco minutos, os enseño la versión real. La que gana partidos. Y que, por suerte, tengo en mi iPad. Como no quiero corromperlo, os mandaré la presentación directamente a vuestras *tablets*, las que usáis en los partidos. No será tan espectacular, pero sí igual de eficaz.

Pausa.

Dominio absoluto del silencio.

—Entrenador Harlow, ¿puede pedir que las traigan?

Él sostuvo su mirada un segundo largo, evaluación pura y respeto.

—De inmediato.

Grayson se acercó a ella. No podía oírlo desde mi sitio, pero leer labios era una habilidad que me iba de cojones siendo *quarterback;* menos mal que tenía visión de campo de puta élite.

—Naomi, déjame que ponga fin a todo esto. Voy a hundir al que…

Ella lo cortó sin subir la voz.

—No. Si intervienes, no van a tomarme en serio nunca. Quiero hacerlo a mi manera, por favor. Llevo toda la vida rodeada de deportistas, aunque no lo parezca, soy una de ellos, solo que todavía les cuesta asumirlo.

No suplicó, no pidió ayuda ni exigió castigos. Podría haberlo hecho. Solo marcó territorio.

Grayson asintió y dio un paso atrás. Pero la forma en que recorrió la sala con la mirada no fue elegante. Fue amenaza directa, pura jerarquía. Y eso me dio un pinchazo que no me gustó nada.

Ella no estaba huyendo, no estaba derrotada, no estaba llorando en el baño.

Había convertido mi sabotaje en escenario, y ahora estaba usando ese escenario para darnos una lección.

Me había robado el partido en mi propia casa. Eso no estaba en el plan, y lo peor era que no podía sentirme más orgulloso.

Estaba jodido.

CAPÍTULO 28



Naomi

No temblé.

Ni tras la broma, ni cuando empezaron a repartirse las *tablets* ni cuando algunas miradas siguieron clavadas en mí con esa mezcla de hostilidad y curiosidad mal disimulada.

Tampoco cuando Valentino dejó suspendida esa media sonrisa suya, fina, felina, convencido de que me habían puesto contra las cuerdas.

Si no había sido él, había sido Marcus o el comité oficial de idiotas creativos del vestuario. Incluso podía imaginarlos organizando una colecta para *hackearme* la presentación y colar efectos de sonido obscenos, creyendo que eso me haría salir corriendo.

No tenían ni idea.

Era Naomi Park. Máster en sobrevivir en entornos hostiles. Estratega de rol *online* y presencial desde que pude apuntarme al primer torneo. Exgimnasta rodeada de testosterona universitaria y cuentas bancarias con demasiados ceros. Una novatada con gemidos no iba a desintegrarme.

Lo único que conseguía era sacar a la jugadora innata que habitaba en mí.

No quise que Grayson interviniera por dos motivos. El primero, porque no necesitaba caballeros con traje. El segundo, porque castigar públicamente a los jugadores solo me enterraría más.

Yo no quería enemigos, quería margen.

Y para eso había que saber cuándo no disparar.

La mejor partida no era en la que arrasabas en el primer turno. Era la que ganabas cuando el otro ni siquiera sabía que había empezado. Sun Tzu lo dijo antes de que existieran los *quarterbacks* y los egos XXL: «someter sin combatir».

Respiré.

Deslicé el archivo desde mi iPad a la red interna. Vi como se cargaba en cada pantalla. Limpio, sin alineaciones con forma de pene. Sin circo, sin jadeos añadidos. Solo datos.

—Bien —dije, bajando del pequeño escenario—. Ahora podemos empezar.

Nadie se reía.

Ese fue el primer indicador positivo.

Proyecté la primera diapositiva real. Blanca, aséptica, libre de dibujos fálicos improvisados.

—Vamos a empezar por lo básico. Esto no va de metáforas de vestuario. Va de ganar partidos. Y eso, por desgracia para vuestro ego, no siempre depende del tamaño del brazo.

Hice una pausa mínima, pensando en qué diría mi amiga Cami en una situación así.

—Y no, no me refiero al tercero.

Risas suaves. No de burla, de compadreo.

«Bien. Has roto la tensión. No la jodas ahora».

Me moví despacio, controlando el ritmo. Como cuando entrabas en una mazmorra y sabías que cualquier paso en falso activaba una trampa.

—En el partido contra los Broncos mejorasteis la lectura del *blitz* interior en un 18 %. Eso no es espectacular. Es significativo. Y la diferencia entre segunda y ocho o tercera y quince es exactamente eso: significativa.

Vi varias expresiones cambiar. Esa microtransición en la que pasaban de «la chica de los gráficos» a «espera, habla nuestro idioma».

Deslicé el clip.

—Aquí —señalé con el puntero—, Dalton aguanta medio segundo más antes de lanzar. No fue brillante.

Lo miré. Mandíbula tensa.

—Fue inteligente, y eso mantuvo vivo el *drive*.

Harlow asintió apenas. Valentino no sonrió. Tampoco se burló. Eso ya era avance.

—Ahora —continué—, vamos a lo que me interesa.

Reproduje la jugada en la que él me miró desde la banda. Congelé el *frame*.

Silencio absoluto. Mi corazón golpeando en la vena de mi cuello. ¿La vería desde esa altura? Seguramente, aunque no me importó por mucho que mi cerebro pensara en su lengua sobre ella.

—Microduda —expliqué—. No es técnica. No es brazo. Es interferencia cognitiva.

Nadie habló.

—No es un ataque personal, Dalton —añadí—. Es un patrón, y nombro a nuestro QB1, pero muchos de aquí lo tenéis. Al correr, al recepcionar, al patear. La presión no siempre viene del rival. A veces viene de cosas que no hemos resuelto y que aparecen justo cuando más claridad necesitamos.

Me crucé de brazos un segundo, esperando alguna salida de tono; no la hubo, respiré.

—Si queremos competir de verdad, tenemos que identificar esos disparadores y neutralizarlos. Y si en un partido no podemos hacerlo, darle al entrenador la opción de sentarnos. Eso no es debilidad, eso es equipo, y es necesario que lo comprendáis si el objetivo común es llegar a la Super Bowl.

Recorrí la sala con la mirada.

—Mi trabajo no es dejaros en evidencia. Es evitar que lo hagan los otros y veros alzar el maldito anillo.

La energía cambió de forma sutil. Como cuando ajustabas una frecuencia y, de pronto, todo encajaba.

Un receptor levantó la mano.

—¿Y cómo se neutraliza eso?

Sentí una pequeña explosión de dopamina. Pregunta técnica, interés real.

—Entrenamiento específico bajo ruido emocional. Simulaciones, repetición guiada y, por supuesto, conversaciones incómodas conmigo para detectar qué os dispara esa interferencia.

Miré hacia el fondo.

—No todo se arregla levantando más peso.

EJ sonrió. Marcus, sorprendentemente, guardó silencio.

Harlow dio un paso al frente.

—Muy bien, señorita Park. Implementamos las simulaciones desde mañana. Veremos si el primer partido mejora y logramos un resultado mejor que el año pasado.

Sus ojos se desviaron hacia Valentino. Él seguía inexpresivo.

Quince minutos después, terminé la presentación. Cerré el archivo. El nudo que llevaba en el pecho ya no estaba.

—Gracias por escuchar, que vaya bien el entrenamiento.

No hubo aplausos. Tampoco carcajadas.

Mac los envió al vestuario recordándoles que, aunque yo hubiese decidido no escalar la novatada, él sí pensaba recuperar los veinte minutos perdidos con *burpees* extra.

Protestas, lamentos y quejidos que me hicieron sonreír. Equilibrio restaurado.

—Me has dejado alucinado —dijo Grayson a mi lado—. Por el dominio, por no venirte abajo y por el análisis. Enhorabuena.

—Solo hacía mi trabajo.

—De eso nada. Te los has metido en el bolsillo.

—Algunos. Los demás necesitarán tiempo. No voy de farol, pero tampoco llevo capa.

Él sonrió.

—Me gusta que seas realista. Lo del sabotaje no va a quedar así.

Lo miré.

—No necesito una caza de brujas.

—No es por ti. Es por el mensaje. Hay cosas que no se toleran, y una es dejar en evidencia a miembros del *staff* frente al jefe.

—Harlow y Mac ya se encargarán. Prefiero zanjarlo aquí, si no te importa.

—Si fuera por mí, los sentaría sin jugar.

—No puedes quedarte sin equipo por orgullo.

Suspiró, teatral pero contenido.

—Acepto tu resolución… si comemos juntos. Necesito supervisar que no sobrevives solo a base de cafeína.

Arqueé una ceja.

—Soy más de *matcha*. ¿Comida a cambio de autonomía?

—Comida porque me apetece pasar tiempo contigo.

Ahí estaba. El tono ligeramente más personal y bajo.

Y sí, a mí también me resultaba agradable pasar tiempo con él. Era fácil hablar y estaba sola en Dallas. A falta de amigas…, bueno es un buen jefe.

—Vale. Pero rápida.

—Una que te permita hacer la digestión sin que se te corte. Luego nos vemos, ahora me debo al comité de expertos y a papá, que está deseoso de recibir noticias.

—Suerte.

Me guiñó un ojo y se fue escaleras arriba.

En cuanto salí, dos jugadores se acercaron.

—Buen análisis, Park.

—Lo del clip fue útil.

Asentí.

—Gracias, espero que podáis aplicarlo. Disfrutad con los *burpees*.

Pusieron cara de torturados y se marcharon al trote.

Salí por la puerta lateral del edificio unos instantes. El aire de Dallas me golpeó en la cara. Cálido, con aroma a asfalto perpetuo.

Había superado la emboscada. No me redujeron a meme y gané terreno.

Respiré profundo.

Estaba al principio de algo grande, podía sentirlo en el pecho.

Pensé en mis amigos, en Sienna, Thiago y Landon.

Hacía unos meses ganaron un premio nacional gracias a su proyecto conjunto, y aunque varias marcas les hicieron una oferta, se decantaron por seguir trabajando juntos en su idea. Estaban

creando una marca propia para asesoramiento sin exclusividad, era inteligente porque así no se ataban a ninguna y llevaban las riendas. Su objetivo final era un proyecto benéfico, hacer llegar el deporte con becas y ayudas a chicos y chicas con riesgo de exclusión social, por lo que necesitaban dinero, más allá del de las donaciones o lo que pudiera darles el abuelo de Landon. Todo estaba en fase embrionaria, quizá podríamos colaborar y que los Cowboys contribuyeran a su causa; nada como una causa social para limpiar la imagen pública. Un *win to win*.

Thiago era el mejor en cuanto a incrementar el rendimiento en atletas, me vendría bien su opinión profesional.

Datos conectando con datos. Les haría una llamada, y si les parecía interesante, le hablaría a Grayson de ellos durante la comida.

Volví al interior del edificio con la cabeza despejada.

Había entrado en los Cowboys por la puerta de «intrusa» y ahora se me abría la compuerta de «parte del sistema». Debía seguir currando hasta desbloquear la de «equipo».

El resto de la mañana fue intensa.

Para no variar, estuve presente en el entrenamiento. Ritmo alto, silbatos, correcciones, decisiones repetidas hasta que dejaban de ser impulsos y empezaban a ser elecciones. Los entrenadores implementaron algunos de mis consejos y yo pasé de observadora a pieza activa sin que nadie lo anunciara en voz alta.

La comida con Grayson fue otra cosa. Breve, sí, pero menos profesional de lo que debería. Demasiado fácil hablar con él y sugerirle la participación de mis amigos, que, cómo no, vio con buenos ojos y me prometió que lo comentaría en la próxima reunión.

Era demasiado cómodo reírme cuando llevaba horas conteniendo tensión, y eso me hacía mirarlo con otros ojos que no debería. Sobre todo, porque al otro lado del comedor alguien no nos quitaba la vista de encima.

Cuando cerré el último informe del día, lo que sentía no era orgullo. Era agotamiento… y una ligera alerta encendida que no estaba segura de cómo etiquetar.

Por fin había terminado mi jornada laboral.

Fui al ascensor del edificio administrativo para bajar e ir al hotel, y fue entonces cuando la vi.

CAPÍTULO 29



Naomi

Vivian.

Tacones bajos. Traje impecable. Carpeta bajo el brazo. El gesto exacto de quien medía cada palabra antes de pronunciarla…, y también las de los demás.

La hermana que no necesitaba elevar la voz para dominar una sala, le bastaba con usarla bien.

Se detuvo frente a mí. A su lado iba Stephen, el marido de Charlotte. Camisa arremangada, americana suspendida en el brazo, mirada analítica. El exadicto reconvertido en asistente leal. Un hombre que entendía de probabilidades y de mentiras.

—Naomi.

No fue una pregunta.

—Vivian. Stephen.

Me lo habían presentado la semana anterior.

Sus ojos recorrieron mi expresión con una precisión quirúrgica. Fue ella quien habló.

—Me he enterado de lo que ha pasado esta mañana. Lo lamento. ¿Ha sido muy desagradable?

Stephen guardó silencio. Observaba. No a mí exactamente, más bien mi reacción.

—Ha sido entretenido —respondí, restándole importancia—. Nada que no pudiera manejar.

Vivian alzó apenas una ceja.

—«Entretenido» no es la palabra que ha usado mi hermano.

Imaginé a Grayson relatando la escena en tono indignado.

—¿Y cuál ha usado?

—Inaceptable.

Sonreí sin poder evitarlo.

—Tu hermano tiende a la épica. Con el castigo de Harlow ha sido suficiente, doy fe.

Ella inclinó la cabeza, casi imperceptible.

—Te creo. Las mujeres solemos resolver este tipo de situaciones sin necesidad de hacer ruido, ellos necesitan hacerse los héroes.

Stephen intervino entonces, voz baja, modulada.

—He visto el vídeo manipulado. A mí tampoco me ha parecido aceptable.

Lo miré.

—Eso es porque no estudiaste en un campus lleno de atletas convencidos de que el ingenio se mide en decibelios y falos. No lo defiendo, pero existe. Lo relevante es qué haces después para que te respeten.

Vi una chispa de aprobación en el rostro de Vivian.

—Exactamente. Por eso aposté por tu proyecto, no vi solo una aplicación, vi criterio en tu carta de presentación.

Stephen añadió con aparente ligereza:

—El criterio se confirmará en los primeros partidos.

No sonaba a amenaza. Tampoco a apoyo.

—Por cierto —continuó—, deberíamos hacer que nuestro equipo de ciberseguridad revise tus dispositivos. Si alguien ha podido intervenir tu sistema, es una brecha. Y eso sí es inaceptable.

Ahí tenía razón. Le sostuve la mirada.

—Me ocuparé personalmente, gracias.

—No subestimes que hayan podido tocar tu entorno digital —insistió, suave—. Aquí no todos juegan limpio y debemos estar

seguros de que nadie accede a información confidencial. Deja tus dispositivos mañana en recepción y se ocuparán.

Consejo. Advertencia. O simple recordatorio de jerarquías.

Vivian apoyó una mano breve en mi antebrazo. El gesto justo, medido.

—Tu proyecto es valioso, y no solo para ti. No está de más que nuestro equipo se ocupe, tranquila, es por la confidencialidad que merece.

—Lo sé. Gracias.

Se apartaron. Stephen sostuvo mi mirada un segundo más antes de seguir caminando. Esa vez no sonrió.

Me quedé un instante frente a las puertas del ascensor cerradas. En definitiva, querían mis dispositivos y a mí no me hacía ni puta gracia.

Aún no conocía a Charlotte.

Y, hasta el momento, salvo Grayson, ninguno de los Joneson me resultaba fácil de descifrar.

Demasiado educados, demasiado contenidos, demasiado conscientes del poder que ejercían y de que su palabra era ley en la franquicia.

Necesitaba relajarme un rato y no pensar, o al final mis neuronas cortocircuitarían.

Mi habitación me recibió con silencio alfombrado y aire acondicionado perfecto.

Me quité los zapatos con un suspiro largo y dejé el iPad sobre la mesa.

No estaba enfadada, me sentía… fortalecida.

Desabroché el chaleco y me dejé caer en la cama bocarriba. Repasé en mi mente el momento exacto en que decidí no ceder el poder.

Había esperado guerra, iba advertida. No tan teatral, pero batalla, al fin y al cabo.

¿Valentino?

Altamente probable.

¿Marcus?

Capaz. Muy capaz.

¿El núcleo duro entero?

Posible.

Pero los conocimientos aplicados eran muy avanzados, así que habrían contratado a un externo.

El sabotaje había sido bueno, demasiado.

Incrustación en caché, redirección espejo, ejecución autónoma. No era un *script* infantil. Había intención. Conocimiento.

Sonreí.

Había alguien inteligente al otro lado, y eso, lejos de ofenderme, me despertaba cierto instinto competitivo.

Si habían podido entrar, mi sistema tenía grietas y eso era inadmisible; iba a blindarlo por si a ese payaso se le ocurría volver a intentarlo. Además, iba a ponerle anzuelos; si picaba, solo tendría que tirar del hilo.

Me incorporé, abrí el portátil y revisé registros. Puertas traseras, permisos temporales, accesos indirectos. Encontré un par de vulnerabilidades que no me gustaron nada.

—Bien jugado —murmuré.

Pero no volvería a ocurrir.

Cerré el ordenador y cogí el móvil. Necesitaba con urgencia una llamada con mis amigas, las echaba demasiado de menos y el gimnasio podía esperar.

A esas horas, Cami y Avery ya deberían estar en la residencia. Las clases de su último año comenzarían la semana que viene, pero los entrenamientos con Volkova se iniciaron dos semanas atrás.

El FaceTime conectó al segundo tono.

Camila apareció primero, tumbada en su cama. Top corto, moños altos, *piercings* relucientes y sonrisa de chica *sexy*.

—¡Pero mira quién se digna a aparecer! La *jedi* de Texas. Estábamos que nos comíamos los muñones porque ya no nos quedan uñas.

Las suyas estaban pintadas, seguro que por la hermana de Thiago. Ella y Mason habían pasado las dos primeras semanas de agosto con su chico en casa de sus padres.

¿Quién dijo que tres fueran multitud? Ellos lo llevaban muy bien y me alegraba por mi mejor amiga.

Avery entró en pantalla, cayendo a su lado, compartiendo colchón. Pelo recogido en una coleta desenfadada y sudadera del equipo.

—Actualización inmediata —exigió—. ¿Sobreviviste a tu presentación de hoy?

—Sobreviví —respondí, incorporándome contra el cabecero.

Camila abrió mucho los ojos.

—Esa sonrisa es de victoria, no de supervivencia. Suelta.

Me conocía demasiado bien. Suspiré.

—Han intentado sabotear mi presentación.

Mirada cruzada. Avery se inclinó hacia la cámara:

—¿Perdona?

—PowerPoint manipulado. Audio pornográfico. Gráficos obscenos. Muy creativo todo.

Camila chilló.

—¡¿Qué?!

—Literal.

Les conté el *show*. El título. Las animaciones. Las carcajadas.

Camila estaba entre ofendida y roja de la risa, no sabía por dónde tirar.

—No puedo respirar. No puedo respirar. Eso es cine. Lo de las letras venosas estallando en lefa…

Avery no se reía tanto.

—¿Quién fue?

—No lo sé.

—¿Valentino? —preguntó ella demasiado rápido.

La miré.

—No tengo pruebas de que tu hermano haya estado involucrado, aunque tampoco dudas de que han sido los chicos del equipo.

No quería enfrentarlos.

—Como haya sido él, pillo un vuelo y lo mato.

Negué con la cabeza.

—Relájate. No tengo pruebas. Y no pienso abrir una guerra civil Dalton-Park. Además, quien lo hizo sabe demasiado. No es nivel «gracioso con portátil».

Avery se cruzó de brazos.

—No tienes ni idea. Mi hermano sabe hacer muchas cosas, con algunas alucinarías. Parece estúpido, sin embargo, no lo es.

—Ya, bueno, aunque no sea un idiota integral —respondí—, esto lo ha hecho un profesional.

Camila chasqueó la lengua.

—Vale, pero lo importante: ¿lloraste?

—No.

—¿Gritaste?

—No.

—¿Te fuiste?

—¿Por quién me tomas? Les di las gracias por la novatada y seguí con mi presentación desde el iPad.

Camila gritó.

—¡Se te ha caído la puta corona, reina!

Avery dejó escapar una risa corta y negó.

—Eso fue inteligente. Muy inteligente.

—Al final, tuvieron que escucharme. Y algunos se quedaron después para preguntar. Los milagros suceden.

—Los tienes en el bote, nena.

Camila se acercó a la cámara como si fuera a contar un secreto sucio.

—Vale, ahora lo importante de verdad. ¿A cuál te vas a tirar primero?

—A ninguno.

Respondí ahogada.

—No mientas en videollamada, canta mucho —dijo—. Plantilla NFL, duchas cerca, testosterona ambiental…, estadísticamente imposible que no quieras comerle el rabo a uno o a todo el equipo, ¿para qué descartar?

—Paso.

—¿Sigues desintoxicándote del imbécil del hurón? —preguntó—. Escúchame: página pasada, bragas bonitas y a provocar accidentes felices manteniendo lejos la lactosa. No todos los polvos tienen que terminar en cagada.

Rodé los ojos.

—Eres imposible.

—No, soy eficiente. Y te digo más: el sexo quita el estrés, mejora la piel y alinea los chacras del coño, pura ciencia.

—No todo el mundo vive en una orgía organizada, Cami —murmuró Avery.

—Lo dice la que no para de *frungir* con Jackass. El problema que tenéis las dos es que deberíais abrir las miras. No todos saben optimizar recursos —replicó, y enfocó la mirada en la capitana—. Tú, cuando pruebes combo completo, no vuelves atrás.

—Estoy perfectamente sin combos —bufó Avery.

—Eso lo dices porque no has tenido posibilidad de doble menú —contestó Camila—. Cuando tienes servicio prémium por ambos lados, cambias de religión.

—¡Cami! Deja de decir guarradas, que después Google no deja de mostrarme cosas innombrables.

—Arder, sudar y repetir. —Sonrió—. Aprovecha esas tetas mientras cotizan alto, Naomi.

Avery le dio un codazo.

—La vas a traumatizar.

—La estoy educando, hazme caso: tras, tras, tras por delante y por detrás. Canturreó.

Seguimos hablando casi una hora entre burradas, risas y amenazas explícitas de Camila de volar a Texas si alguien volvía a tocar mi trabajo.

Cuando la pantalla se apagó, el silencio volvió a la habitación.

Me quedé mirando el techo y solté una exhalación.

Ahora sí, la temporada estaba en marcha y yo lista para ser una más del equipo.

CAPÍTULO 30



Las pisadas resonaron sobre el mármol del pasillo privado antes de que cerrara la puerta con suavidad. No me gustaba el eco en esa ala del edificio. Demasiado hueco, demasiado vacío.

Me senté en el sofá de cuero y miré el campo desde la ventana. Las líneas blancas parecían trazadas con regla. Desde arriba todo parecía estable, previsible. Nunca lo era, hasta ahora, o eso pretendía.

Marqué el número y la voz respondió al segundo tono.

—Hola.

—Soy yo. —Solté el aire despacio—. Ha funcionado.

—¿En serio?

—Más de lo esperado. Harlow ya está aplicando sus simulaciones en los entrenamientos.

Hubo un breve silencio al otro lado.

—Entonces, ya no es «la chica de la *app*».

—No, ya sabes cómo va esto, ahora es parte del *staff*.

—Eso era lo importante.

Apoyé los dedos sobre la mesa, era de roble macizo, de las que ya no se fabricaban.

—Cuando algo entra en rutina, deja de generar resistencia.

—Y cuando deja de generar resistencia, nadie cuestiona el acceso.

Miré otra vez el estadio.

—El domingo jugamos contra los Giants.

—Lo sé.

—El jueves publican las predicciones oficiales, las cifras que dicen cuánto se supone que va a lanzar, si habrá intercepciones, cuántos puntos esperan.

—Y, para entonces, ya sabremos si están mal calculadas.

—Exacto. —Hice una pausa más larga—. ¿Tienes claro cómo lo vas a mover?

—Por supuesto, me dedico a esto. No lo haré directamente. Nunca directamente. —Me incliné hacia delante—. Recuerda que no estamos tocando el partido. Solo vamos a anticipar lo que va a pasar. Intercepciones probables. Yardas por debajo. Ritmo ofensivo. No vamos a manipular el marcador.

—Jamás.

—Actuaremos sobre lo que lo rodea.

—Exacto.

—Si el informe dice que va a lanzar por debajo de su media…

—Se entra a que no alcanza sus yardas.

—Si detecta microduda…

—Se entra a intercepción antes de que lo ajusten. Antes de que corrijan las cifras.

Silencio. Mi respiración se había acelerado apenas.

—Veo que has hecho los deberes…

—Al final, todo se pega, y en mi casa no se habla de otra cosa, todo gira alrededor del fútbol. Da igual si son jugadores o animadoras, todo forma parte de la franquicia.

—Puedes respirar. No cambiaremos el partido, tampoco lo amañaremos, nadie podrá acusarnos nunca de eso. Lo que menos necesito son más escándalos familiares.

—Solo llegaremos antes que los demás, es sencillo.

—Es arriesgado.

—Todo lo que implica dinero lo es. Y es más arriesgado dejar pasar una ventaja así.

—Eso tiene nombre.

—Tiene muchos. Lo importante es que puede generar muchísimo en poco tiempo, justo como lo planeamos.

Pasé el pulgar por el borde de la madera pulida.

—Ella cree que está midiendo rendimiento.

—Lo está haciendo para que podamos medir otra cosa. ¿Y él?

—Conociéndolo…, pensará que ha modernizado la franquicia. Siempre quiso demostrar que era el más listo de la sala, lo cierto es que es el más fácil de entusiasmar, tiene el espíritu de un niño.

Silencio.

—Oye, todavía se puede parar.

—No.

—Si esto se tuerce…

—No se va a torcer. Como dijiste, no depende del marcador, sino del comportamiento, y ahora se puede prever.

Miré el campo una vez más y solté:

—Si la vida lleva estos años enseñándome algo es que el comportamiento siempre deja rastro.

—Entonces, seguimos.

—Seguimos.

Colgué.

Abrí la puerta. Las luces del pasillo se encendieron al detectar movimiento.

Abajo, un único jugador repetía una jugada una y otra vez. Como si el mundo girara alrededor de un simple balón.

En el césped solo se veía esfuerzo. Fuera de él se movía el dinero, y esta vez iba a por él. No se me iba a resistir este maldito juego.

CAPÍTULO 31



Valentino

El vestuario tenía ese zumbido previo al partido, como si el aire estuviera cargado de esa electricidad rara que solo aparecía cuando había un evento deportivo importante y el cuerpo ya había decidido que ese día no sentía miedo, solo hambre.

Me quité la camiseta de compresión con un tirón y la arrojé al banco, como si eso pudiera arrancarme también la semana de encima.

Porque había sido una semana larga, de las que te dejaban el cuello duro por dormir con el *playbook* en la cabeza y una rabia pequeña en el estómago que no se iba ni con pasta ni con café ni con sexo.

Naomi Parks.

Su maldita aplicación, que empezó como un chiste para el vestuario, de pronto se convirtió en algo que Mac repetía en la sala de *quarterbacks* con una seriedad que me ponía nervioso.

—Si te sale el *blitz* de *nickel* como te predijo ella, no te cases con la primera lectura, Dalton. —Mac Donovan lo dijo el jueves como

quien te aconsejaba que te pusieras el cinturón porque venían curvas.

Y Harlow, que nunca le compraba flores a nadie, empezó a pedirle reportes en su *tablet* mágica antes de ciertas sesiones.

Lo vi con mis propios ojos, lo vio todo el mundo.

Ty Hawkins se lo tomó como un insulto personal al orgullo humano, luego se comió un par de rutas porque Parks le marcó un patrón de fatiga que él juraba que no existía y, de repente, la llamó «la bruja» con menos odio y más respeto.

Jace Rivera, el capitán, no decía mucho, pero cuando el tipo que mandaba en ataque callaba, el grupo asentía, el vestuario entero se ordenaba a su favor sin darse cuenta.

Y eso era peligroso. No me jodía reconocer que sus predicciones eran buenas, me jodía lo que venía después.

Grant Whitaker llevaba una semana entrenando como si le debieran mi puesto por contrato, como si el banquillo fuera una ofensa personal y como si cada repetición buena se tratara de un argumento legal para sentarme.

No hablaba de más, no me provocaba, solo ejecutaba para que los de arriba se sintieran orgullosos de su nómina infernal.

Su mirada llevaba desde el primer día calculando ruta para desbancarme y me aterrorizaba que los de arriba se lo creyeran. Que empezaran a pensar que quizá el niño rubio, que vendía calzoncillos por su bonita tableta y hacía reír en las entrevistas, era sustituible si el tipo correcto encajaba mejor en la ecuación; el tío que tenía todas las papeletas de convertirse en el MVP de la liga si jugaba más que yo.

Si la *app* de Parks acertaba todas las predicciones y yo la cagaba en el primer partido, Whitaker no dudaría en agenciarse mi puesto, y si eso pasaba, yo tendría un problema de los gordos.

No pensaba dejar que me truncaran el sueño antes de vivirlo.

Me puse el pantalón de juego, ajusté la faja y noté el peso del silencio justo antes de que alguien lo rompiera con una broma fácil.

Marcus se miró al espejo y se levantó la camiseta.

—Como hoy no la meta, podéis llamarme «Paquete» toda la puta temporada —dijo Marcus, ajustándose la coquilla—. Y no del tamaño

de mi rabo, precisamente.

Ty bufó.

—Tú en el último cuarto te vuelves loco. Ves un hueco y entras sin mirar si es culo o coño.

Marcus señaló con el pulgar hacia la zona del *staff* sin nombrarla.

—Eso lo dice la del iPad con pegatinas espaciales. Que me paso de rosca y luego me estampan contra el suelo.

—Lo que pasa —replicó Ty— es que te pones cachondo en cuanto hueles la *end zone* y se te apaga el cerebro.

Jace negó con la cabeza.

—Lee el bloqueo, animal. No el marcador.

Marcus me señaló con dos dedos.

—Hazme caso tú también, QB. Si me ves caliente, métemela corta.

—La jugada —añadió Ty sin mirarnos—. Está hablando de la jugada, por si a alguno le da por sacársela.

Las risas fueron sucias, rápidas, de las que picaban.

Yo no estaba para reírme, no del todo.

Porque debajo del casco, debajo del «vamos a comernos a esos putos Giants», estaba el fantasma de las navidades pasadas para recordarme mi primer partido.

La primera vez que tuve que ser el uno de verdad. Creí que podía cargar con eso como si fuera una mochila y salir airoso.

Qué ingenuo. Me pintaron la cara.

No porque no supiera lanzar, sino porque la presión me apretó el pecho hasta dejarme sin aire y cada *snap* se convirtió en una pregunta: «¿Y si no eres tan bueno como para sustituirlo?».

Me abroché las hombreras y apreté el velcro con más fuerza de la necesaria.

«Hoy no».

«Hoy no voy a dudar, si estoy aquí es porque lo merezco y punto».

Pensé en mi padre y en cómo todo lo que importaba en mi vida parecía necesitar su mirada para existir de verdad.

Quería que se sintiera orgulloso.

Quería que me viera levantando un trofeo y celebrar que algo se me daba bien.

Quería dedicarle a mi madre un logro de los grandes, aunque ella solo pudiera verlo desde el cielo.

Y eso solo podía hacerlo si jugaba, si dejaba a un lado mis mierdas y de descentrarme a la mínima ocasión que mis ojos colisionaban con Parks.

—Eh. —Una palmada me dio en el pectoral, directa, firme.

La mirada de Ty buscó la mía, era el más veterano.

—Has hecho una semana de puta madre, Dalton.

—No me vendas humo, Hawkins.

—No es humo. —Se inclinó un poco, como si el secreto necesitara proximidad—. Hoy te lo debes a ti, a Levi y a todos los que comimos mierda el año pasado. Gánalo.

EJ se acercó por detrás y me dio un golpe en el casco, todavía sin cerrar, de esos que dolían menos de lo que debería.

—Y si te pones nervioso, acuérdate de respirar. —Sonrió—. Yo te protejo.

Le saqué el dedo y él se partió.

Salimos al túnel.

El ruido del estadio entró como una ola: grave, vibrando en los huesos.

El AT&T Stadium imponía, aunque ya hubieras jugado en él.

Luz perfecta. Pantallas gigantes. Animadoras con pompones. Gente que había pagado para ver si yo era el futuro o un error caro…

Naomi estaba apoyada en la pared, preciosa como siempre y lista para fijarse en mi juego.

Apreté la mandíbula y pasé por su lado sin mirarla, como si ignorarla pudiera reducir el efecto.

—Valentino. —Su voz me atrapó por la espalda—. Espera.

«No te gires, no lo hagas, si te giras, la cagas».

Me detuve por inercia, como si gravitara a su alrededor y no pudiera evitar caer en su órbita.

La miré y vi algo contradictorio en sus ojos, algo que no era desafío ni burla.

Era… otra cosa.

—Si vienes a decirme algo que te haya podido soltar mi hermana…

—No. —Negó rápido—. Avery no tiene nada que ver. Yo… —Tragó saliva y la luz del túnel hizo que le brillaran los ojos de una manera que me jodió—. Confío en ti para este partido.

Se me aceleró el pulso porque no esperaba algo así después de lo que hice con su presentación.

Me quedé quieto, con el casco en la mano, como un idiota al que acababan de cambiar el idioma del móvil a coreano.

—¿Tú… confías en mí? —cuestioné sin dar crédito.

—Sí. Puede que te cueste creerlo porque tú y yo… En fin… Porque tenemos problemas para relacionarnos…

«Si tú supieras…».

Se acercó un paso, lo justo para que su perfume me diera una patada en las pelotas.

—Pero necesito que entiendas que van a intentar engañarte con presión falsa. Si ves demasiados cuerpos cerrándose delante de ti, no te enamores del pase largo. Cambia, suelta rápido y sigue vivo para la siguiente jugada. O lo que viene a ser lo mismo: hoy no vale con ser una estrella fugaz, quiero que perdures hasta el final.

¿Por qué, lo que salía de su boca, mi mente lo llevaba al sexo?

«Porque has pasado de comerte a mujeres espectaculares sin repetir nombre a encerrarte solo con tu mano y su recuerdo en bucle. De follar sin pensar a pensar solo en follártela. Bonita evolución, campeón».

—Parks…

—Y una cosa más. —Me miró como si me estuviera clavando una coordenada en el pecho—. No esperes a ser el *quarterback* que crees que deberías ser. Sé el que eres cuando no intentas impresionar a nadie.

La frase me atravesó porque no podía dejar de pensar en impresionarla.

No supe qué decir, solo tragué aire.

—Hazlo. —Su voz bajó—. Déjame con ganas de ver al QB que sé que existe bajo el casco.

«No tienes ni idea de lo que existe bajo el casco».

El clic del cierre al abrocharlo sonó como una promesa.

—Si lo bordo es por pura supervivencia —le dije—. No quiero que tu guía interplanetaria me marque como objetivo prioritario en la reunión de mañana.

Le guiñé un ojo antes de darle tiempo a responder.

Y me fui al campo con el corazón golpeándome las costillas como si quisiera salir a jugar también.

CAPÍTULO 32



Valentino

Crucé la línea del túnel y pisé el césped sin pensar en nada más que en el primer *snap*.

El marcador brillaba enorme sobre nosotros. Las yardas estaban ahí, esperándome. Los Giants ya calentaban al otro lado, moviéndose como si olieran la sangre.

El equipo contra el que el padre de Levi fue QB1 y que lo convirtió en leyenda.

Ese dato me dio una punzada rara, como si la historia tuviera uñas y hoy decidiera probarlas en mi espalda.

Me ajusté los guantes.

Ty me dio un golpe en el pecho al pasar.

—Hoy no te tiembla nada, ¿vale?

—Corre y deja de hablar.

—Si la lío es culpa tuya —replicó con media sonrisa.

—Si la lías, te grito delante de todo el estadio.

Se rio y se colocó en su posición.

Miré a la banda un segundo.

Naomi estaba allí y creí ver que me sonreía. Fijo que eran alucinaciones, la única vez que la había visto hacer ese gesto estando yo presente fue cuando llevaba un chupito de más en aquel bar, y hoy no tenía aspecto de borracha.

Me giré hacia el *huddle*.

—Escuchadme —dije cuando nos juntamos—. Nada heroico. Nada bonito. Vamos jugada a jugada y los obligamos a venir a nosotros. No regalamos nada. Paciencia y mala leche.

Marcus asintió.

—Eso es lo mío. ¿Y si veo hueco?

—Lo ves dos veces antes de meterte —respondí—. No quiero orgasmos prematuros hoy.

Se escuchó un «hostia» ahogado por parte de Devin y alguna risa.

—Vamos a darles de comer césped hoy, es nuestro territorio y aquí no se pierde, ¿entendido? —profirió Jace desde el centro, y chocó el puño con el mío.

—¡Sí, capitán! —proclamamos.

Respiré.

Me coloqué bajo el *center*.

Las manos extendidas.

El mundo reducido a un balón, a diez tíos que confiaban en que no la cagara hoy y la certeza de que el error siempre era más ruidoso que el acierto.

—*Blue eighty…, blue eighty…, set*.

Snap.

El balón me golpeó la palma y el *pocket* se formó, imperfecto pero mío.

Vi la primera lectura cerrada, vi al *linebacker* flotando donde no debía y escuché, como un eco, la voz de Naomi: «no fuerces la profunda».

—*¡Kill! ¡Kill!* —Cambié la jugada sobre la marcha y mi línea lo entendió al instante.

Ty me miró de reojo, sonrisa rápida, como diciendo «ah, vale, así sí, joder».

Solté rápido hacia la banda, corto y seguro. Cinco yardas y respiré.

El estadio rugió igual, porque ahí la gente no entendía de matices y porque una buena decisión se olía, aunque no supieran nombrarla.

En el siguiente *snap*, los Giants enseñaron presión.

El *defensive end*, Malik Turner, se abrió frente a EJ y me sostuvo la mirada con esa sonrisa de hiena que solo aparecía cuando creía que te había olido el miedo.

—¿Te acuerdas del *opener* pasado, Dalton? —escupió—. Tres intercepciones. Te desinflaste solo.

Sentí el golpe bajo el esternón.

—Hoy no te salva nadie.

EJ no apartó la vista del frente.

—Ni lo escuches.

Malik ladeó la cabeza, exagerado.

—Uuuh…, ¿ahora necesitas intérprete? ¿O te han puesto niñera este año?

Algunos Giants soltaron una risa cómplice.

Lo miré despacio, de arriba abajo, como si estuviera evaluando un electrodoméstico defectuoso.

—No. Pero si quieres, te traduzco yo algo —dije tranquilo—. El año pasado estaba verde. Este año estoy cabreado. Mala combinación para ti.

Malik sonrió, enseñando los dientes.

—Te voy a sacar del partido.

Me acerqué medio paso.

—Ven. Así practico lanzar con tráfico.

EJ soltó una risa grave dentro del casco.

—Eso es —murmuró—. Ladra más fuerte, chucho.

Malik dio un golpe contra el pecho de EJ.

—Me lo voy a llevar puesto.

EJ ni se movió.

—Pruébalo.

Volví al *huddle*.

Miré a los míos.

—Atentos a la derecha. Viene caliente. *White eighty…, white eighty…, hut!*

La presión vino por fuera. EJ absorbió el impacto y lo empujó hacia atrás como si lo estuviera borrando del guion. Di un paso hacia delante entre mis linieros, encontré espacio y armé el brazo.

Lancé por encima.

Cuando el pase cayó completo y el estadio explotó, busqué a Malik un segundo.

—¿Ves? —le solté mientras retrocedía—. Sin intérprete también entiendo cuándo alguien se queda sin aire.

EJ se colocó a mi lado.

—Eso es, Dalton —dijo bajo, casi orgulloso—. Que ladren.

Sentí el corazón intentando adelantarse al cuerpo y lo sujeté con los dientes.

«Hoy no».

Play-action.

Amagué la carrera. Hice el gesto de entregarle el balón a Marcus y la defensa picó.

El último hombre, el que estaba allí para cubrir el pase largo, dio medio paso hacia delante creyendo que íbamos a correr.

Ese medio paso fue todo lo que necesitaba.

Lancé. La espiral salió limpia, perfecta, atravesando aire y ruido.

Ty atacó la ventana y atrapó el balón con las manos duras.

—¡Vamos! —gritó mientras caía y el cuerpo del defensor lo arrastraba al suelo.

Me giré hacia la banda sin pensar y la vi.

Naomi, de pie, con los labios apretados y una expresión que no era sonrisa y tampoco seria, se asemejaba al… ¿orgullo?

Me dio el mismo tipo de subidón que un *touchdown*.

No porque necesitara que me aplaudiera, sino porque ella no regalaba nada.

Ni confianza ni elogios ni fe.

Si me miraba así era porque me lo había ganado, y ahora estaba convencido de que el partido era nuestro.

Avanzamos hasta estar a pocos metros de su línea de anotación, con carreras cortas de Marcus y pases rápidos, cuando la protección

empezaba a cerrarse sobre mí.

En el tercer intento, ya casi encima de su zona, los Giants apretaron por el centro.

El ruido del estadio se volvió compacto, como si empujara desde fuera.

El reloj que marcaba cuánto tiempo tenías antes de sacar el balón, empezó a agotarse y el casco me pesó un poco más de lo normal.

—¡*Set*!

El balón salió.

La presión me cayó encima.

Un paso atrás. Otro hacia delante. Esquivé un brazo que intentó agarrarme y avancé entre mis linieros buscando un hueco.

Entonces, vi a Jace soltarse de su marca apenas medio segundo más tarde de lo previsto.

Ese medio segundo era una eternidad allí dentro. Suficiente.

Solté el pase bajo, duro, a la altura del pecho.

Jace lo atrapó como si el balón fuera suyo desde que nació.

Touchdown.

Los Cowboys se vinieron arriba, el estadio explotó y yo levanté el puño sin pensar.

No celebré por *show*, celebré por supervivencia.

En la banda, Harlow no sonrió, pero su mirada dijo «bien, sigue».

El auricular me escupió la voz de Mac.

—Bien leído, Dalton. No te enamores de la jugada. Sigue tomando lo fácil si te lo dan.

—Lo sé —murmuré.

Y sí, lo sabía.

Porque Parks me lo había metido en la cabeza como una orden bonita: «vive para la siguiente».

El partido se volvió una guerra de desgaste.

Ellos respondieron con una posesión larga, avanzando poco a poco, desgastándonos, hasta cruzar nuestra línea y anotar. El estadio se quedó en silencio un segundo, como si alguien hubiera bajado el volumen de golpe.

Después sumaron tres puntos más con una patada limpia entre los palos.

17-14 en el descanso y el fantasma del año pasado intentó asomar la cabeza, ese «cuidado, que ahora viene la caída».

Me quité el casco un segundo, respiré y miré el videomarcador gigante.

Tenía el cuerpo empapado en sudor y hambre de victoria.

Me vi ahí arriba, enorme, como si la cámara quisiera recordarme que en el campo no había dónde esconderse.

—Eh. —Ty me chocó el hombro—. No te vayas, sigue con nosotros.

—Estoy aquí.

—No, cabrón. Aquí. —Se señaló el pecho—. Hazlo como lo estás haciendo, sin querer ser Levi o el *quarterback* más joven que llega a la Super Bowl.

—Tú calla y corre.

—A sus órdenes, general —se burló, y se rio, pero sus ojos estaban serios.

En el tercer cuarto volvimos con mala leche.

La defensa colocó a sus dos hombres más atrás, protegiendo el fondo del campo, pero uno de ellos reaccionó tarde cuando movimos la jugada hacia el centro, justo lo que Naomi me había advertido; parecía que el partido quisiera comprobar si yo había aprendido o solo estaba teniendo suerte.

No forcé.

No intenté el pase espectacular.

Descarté el envío largo y lancé corto, cruzado por el centro. Lo suficiente para avanzar y conseguir una nueva oportunidad.

Seguíamos vivos.

Marcus se llevó un golpe y se levantó riéndose.

—Esos hijos de puta me han intentado asesinar, QB, denuncia por intento de homicidio.

—Corre más rápido y ni te huelen.

—Eso díselo a mi desodorante.

Al final del tercer cuarto, clavamos un *field goal*.

20-17.

Y, entonces, llegó el *drive* que lo selló todo en el cuarto cuarto.

Balón en nuestra 35.

El estadio contenía el aliento y yo también, aunque no lo admitiera.

—Esto es tuyo —dijo Jace en el *huddle*, pasándome el testigo—. Mándanos.

Miré a cada uno.

—Quiero sangre fría —dije—. Quiero disciplina y quiero que, cuando os duela, os acordéis de por qué cojones estáis aquí.

Ty sonrió.

—¡Porque queremos una orgía de celebración en tu puto ático!

Marcus se relamió.

La línea asintió.

El balón salió.

Marqué el ritmo con la voz. Leí la defensa.

La protección aguantó lo justo, el tiempo necesario para decidir.

Vi el hueco junto a la banda y lancé hacia fuera, un pase que obligó al receptor a frenar, girarse y volver sobre sus pasos.

Después solté otro rápido por el centro.

Luego dejamos que Marcus avanzara por tierra.

Después fingí de nuevo la carrera. Ya estaban empezando a caer en la trampa.

Y, entonces, en una jugada corta, vi a Ty solo frente a su defensor.

Supe que era el momento.

Cambié el ritmo en la salida.

El balón llegó a mis manos.

Tres pasos atrás.

Lancé largo, no por lucirme, sino porque era la decisión correcta.

Ty aceleró.

El balón descendió limpio sobre él.

Devin organizó de puta madre la defensa.

Hawkins lo atrapó en carrera.

Siguió avanzando yardas.

El estadio se volvió un animal.

Touchdown.

Resultado final: 27-17 y Whitaker chupando banquillo.

Me quedé un segundo quieto, mirando el cielo falso del estadio, escuchando el grito de la gente y sintiendo que algo dentro de mí se recolocaba, como si el fantasma del año pasado se quedara sin sitio donde meterse.

Cuando el reloj llegó a cero, no salté como un niño, pero me temblaron las manos.

Harlow me agarró del casco y, por primera vez, su voz tuvo algo parecido al orgullo.

—Buen puto inicio de temporada, Dalton.

Tragué saliva.

Miré hacia la banda, buscándola sin permiso.

Naomi estaba ahí.

Me miró como si hubiera cumplido una apuesta silenciosa.

Y yo, con el pecho ardiendo, pensé una sola cosa.

«Ahora sí».

«Ahora que venga Whitaker a intentarlo».

Pero la vida es una hija de puta con buen *timing*.

Antes de que pudiera mantenerle la mirada un segundo más, alguien apareció a su lado.

Grayson Joneson.

Entró en su espacio con la confianza de quien no pedía permiso, la rodeó por la cintura y la levantó del suelo en una celebración exagerada, haciéndola girar como si el partido también fuera suyo.

Naomi soltó una risa breve, sorprendida.

No lo apartó y algo dentro de mí dejó de vibrar para tensarse.

CAPÍTULO 33



Naomi

Cuando terminó el partido no grité.

Nunca gritaba.

Pero sentí algo expandirse dentro del pecho, una especie de corriente cálida que no sabía muy bien dónde colocar. No era euforia desatada, no era ese tipo de persona. Era más bien satisfacción pura. Como cuando un código compilaba a la primera y sabías que nadie iba a verlo, pero tú sí sabías que lo habías hecho bien.

Me quedé unos segundos mirando el marcador final, los números fijos como una verdad recién proclamada. Habíamos ganado. Contra los Giants. No era un partido más. Era una declaración.

Y aunque no era excesivamente expresiva, sí me gustaba celebrar las victorias. En la SSU me abrazaba a mis amigas sin pensar, saltábamos como idiotas, nos apretábamos tanto que acabábamos riendo por asfixia compartida. Ahí era distinto. Muy distinto.

Ahí medían dos metros, pesaban como si desayunaran cemento y no me tenían exactamente en su lista de personas favoritas.

Aun así, cuando vi a Valentino alzar el puño, rodeado de *flashes*, gritos y compañeros golpeándole el casco, tuve un arrebato absurdo.

De verdad quise saltar al césped y decirle: «¿Lo ves? Solo necesitabas confiar un poco, solo un poco».

Para después abrazarme a él.

Un impulso ridículo y espantoso, lo sabía.

Sin embargo, lo tuve. Porque yo había visto el bloqueo mental en las primeras semanas. Lo había medido. Lo había cuantificado, y también había visto el margen de mejora, la ventana exacta donde podía recuperar el control. Y hoy me sentía orgullosa de que la hubiera cruzado.

Y justo cuando mi cerebro estaba montando un discurso motivacional que jamás pronunciaría, sobre si atreverme a hacer algo que quizá no debiera, porque no sería bien recibido, algo me agarró por la cintura y me levantó del suelo.

Solté un «eh» nada profesional.

Di una vuelta en el aire y me vi aferrada a un cuello por mis propias manos.

Todo giraba muy rápido mientras mis dedos se anclaban al calor de una piel que desprendía un aroma masculino de lo más agradable. Nada de sudor, más bien perfume sutil y de los caros.

Cuando volví a tocar tierra estaba riendo. Riendo de verdad. De esa risa que se escapaba antes de que la pudieras analizar.

Grayson, mi jefe.

Seguro que ese tipo de celebraciones estaban vetadas por contrato, aunque a él no pareció importarle.

—Esto hay que celebrarlo como se merece —dijo, aún sosteniéndome medio segundo más de lo necesario.

El pulso me iba muy rápido.

Solo Fitzy se habría atrevido a hacerme algo así. Cruz era menos propenso a festejos tan entusiastas.

Pensé en que Joneson era mi jefe, aunque a veces no lo pareciera; se asemejaba más al único amigo que tenía allí dentro. El único que me había recibido sin esa mezcla de desconfianza y paternalismo mal disimulado. Por eso no quise darle demasiada importancia.

Dejé de lado que hubiera una desigualdad de cargos, no obstante, no podía olvidar del todo que era mi superior.

Uno muy guapo, pero mi superior, al fin y al cabo.

No estaba segura de que dar vueltas en sus brazos en mitad del campo fuera justo lo que Vivian recomendaría que captara la prensa.

Me bajó con cuidado, pero no apartó la mano de mi espalda de inmediato. Me guiaba entre cuerpos enormes que chocaban, se abrazaban, gritaban. La alegría masculina era física. Se daban golpes como si eso fuera afecto.

Entramos en la zona técnica antes de que empezaran las duchas masivas. El ambiente era otra cosa. Más denso. Más eléctrico. El partido ya no era celebración, era análisis.

Y ahí sí me sentía en casa.

Uno de los asistentes proyectaba *clips* del tercer cuarto. Las jugadas clave. Los errores evitados. Las lecturas que habían cambiado el ritmo.

—Park —escuché a mi izquierda.

Era Leo Carson, *running back* suplente, todavía con las hombreras puestas y la pintura negra bajo los ojos medio corrida.

—Lo del semáforo cognitivo —dijo—. Pensé que era un dibujito para que nos sintiéramos listos.

—¿Y ahora? —pregunté.

Se pasó la mano por el pelo, todavía acelerado.

—Tercera oportunidad y seis yardas por avanzar —aclaró, mirándome—. Si no consigues esas seis, pierdes el balón. Iba a forzar carrera por fuera, como estaba cantado en la jugada. Pero me saltó el aviso en amarillo en la *tablet* del banquillo antes de que Harlow me sacara para suplir a Knight. Decía que el *linebacker* estaba anticipando demasiado en situaciones cortas.

Asentí.

—Lo estaba haciendo desde el segundo cuarto —apunté.

—Cuando empezó la jugada, vi que cargaba el peso hacia adelante antes de tiempo —continuó—. Eso significa que va a cerrar el exterior sí o sí. Frené medio segundo y corté hacia dentro, el hueco estaba limpio.

Eso era justo lo que había detectado.

—Cuando un defensor adelanta el centro de gravedad antes del *snap* —expliqué— suele ser porque cree que sabe hacia dónde va el

balón. El problema es que, si se equivoca, deja su zona descubierta, y tú explotaste ese vacío.

Me miró como si le hubiera explicado física cuántica aplicada a golpes.

—No sé si montas en escoba, pero eres la puta polla.

Eso me hizo reír.

—Solo es repetición de patrones, nada de brujería. Si alguien reacciona igual diez veces seguidas, la undécima es predecible.

Yo no solo analizaba a nuestros jugadores. También diseccionaba al rival: cómo se colocaban, cómo respiraban antes de la jugada, qué hacían cuando estaban nerviosos o cuando creían haber leído bien el ataque. Todo eso lo volcaba en el sistema casi en tiempo real para que los entrenadores lo tuvieran en el banquillo. No decidían por instinto; decidían con información.

—Pues funcionó. Voy a tatuarme el logo de esa bendita aplicación.

—Mejor tatúate su cara —saltó una voz más grave detrás de él—. Es bastante más interesante que el logo, sobre todo, si vas a ponértela en una nalga.

Aquello encendió mis mejillas.

Giré.

Devin Shaw. El *defensive end* con fama de cascarrabias. Su trabajo consistía básicamente en arruinarle el día al *quarterback* rival. Y lo hacía con una eficacia casi insultante.

No sonreía, él nunca lo hacía del todo. Se limitaba a curvar una comisura, como si estuviera evaluando cuánto te podía descolocar con una frase, a no ser que hubiera arrancado unas cuantas piezas dentales del QB rival.

Se apoyó en la mesa técnica.

—Lo del *safety* —dijo—. ¿Eso también estaba en tus numeritos?

—¿Qué parte exactamente?

—Segundo *drive*. Cuando amenazaban con *blitz* desde la secundaria.

Para quien no viva pegado a un *playbook*: el *blitz* era cuando un defensor, que normalmente cubría pase, decidía lanzarse a presionar

al *quarterback*. Y si lo hacía en el momento justo, te desmontaba la jugada antes de empezar.

—Levantaba el hombro derecho antes de salir —continuó Devin —. Siempre. Medio segundo antes del *snap*.

—Alguien ha hecho los deberes… Aunque no solo el hombro, ajustaba el pie interior hacia delante. Cuando alguien adelanta peso así es porque ya ha tomado la decisión antes de que el balón se mueva.

Devin entrecerró los ojos.

—O sea, que ya sabías que iba a venir.

—Sabía que tenía un patrón, y como os comenté en la reunión, si repites algo suficientes veces, deja de ser intuición para pasar a ser probabilidad.

Devin se quedó un segundo en silencio. No impresionado. Calculando.

—A ver si al final tu cara termina en el culo de todo el equipo…

—Espero que no, odiaría tener que ver vuestros zurullos diarios.

Camila se sentiría honrada con mi respuesta.

Bufó una risa corta.

—Entonces, te tatuaremos en nuestro corazón como nos hagas ganar la puta Super Bowl.

Me envalentoné.

—Ni se te ocurra, tampoco quiero ver cuántas tetas rebotan encima de tu cuerpo después de cada celebración.

Soltó una carcajada honesta.

—Hostia puta, al final va a resultar que me vas a gustar…

Me crucé de brazos para que no se notara que me estaban afectando demasiado las bromas.

Grayson intervino entonces.

—Os dije que era buena.

No lo soltó para quedar bien. Lo mencionó como quien colocaba una pieza en su sitio.

Y el orgullo, cuando no estabas acostumbrada a que lo proyectaran hacia ti, pesaba.

Las miradas de los chicos habían empezado a cambiar. Ya no eran de burla, eran de evaluación, de aceptación provisional, y eso que

solo había sido el primer partido. Me sentía orgullosa.

Un par de palmadas en mi hombro. Una más fuerte de la necesaria, con toda probabilidad de Marcus, quien me sostuvo la mirada un segundo más que los demás.

No sonrió, pero tampoco cuestionó; viniendo de él, eso era casi un contrato firmado.

No sabía muy bien dónde colocar tanta validación. Todo era demasiado inmediato, volátil. Un partido ganado no convertía a nadie en imprescindible, y si el segundo lo perdíamos, volvería al punto de partida.

Estaba tratando de controlar mis emociones cuando lo noté.

No fue un sonido. Fue una presión en la nuca.

Valentino estaba en la puerta.

Uniforme a medio quitar, pelo húmedo por el esfuerzo, mandíbula firme. Venía de atender a la prensa. Lo supe por la forma en que mantenía los hombros rectos, como si aún estuviera respondiendo preguntas.

Nuestros ojos se encontraron.

Le sonreí breve, profesional.

Él no. En su rostro no había hostilidad, era algo más complejo.

Antes de que pudiera descifrarlo, Grayson pidió silencio.

Ni me había dado cuenta de que su mano estaba en mi cintura.

¿Cuándo la había puesto ahí?

Quizá cuando los jugadores me dieron las palmadas, para que no me cayera de bruces. No estaba segura.

No necesitó levantar la voz, solo la mano.

Yo intenté apartarme. Me parecía lógico dejar el centro del plano a quien lo merecía.

Me tomó de la muñeca con suavidad.

—¿Dónde vas? —murmuró cerca de mi oído—. Estamos juntos en esto y hemos ganado gracias a ti, te quiero a mi lado.

Mi piel reaccionó antes que mi cabeza, Valentino miraba justo ahí.

Y un calor abrasador empezó a invadir mi brazo. ¡Fantástico!

Grayson les habló a los chicos desde un punto mucho más emocional y menos técnico. Habló de ejecución, de disciplina, del trabajo del *staff*. Mencionó el buen hacer de Harlow, felicitó a todo el

equipo, incluso a los que estaban en el banquillo. Lo hizo bien. Sabía vender el relato. Y luego me nombró.

—Y quiero reconocer el impacto positivo de Naomi Park. Lo que hoy hemos aplicado sobre los Giants no es teoría. Es ventaja real, la que ella nos ha dado, y os pido un fuerte aplauso porque esta victoria también le pertenece.

Sentí calor en la cara.

Algunos golpearon mesas, otros se pusieron a jalear.

—¡Park! ¡Park! ¡Park!

Quise decir que no era para tanto. No lo hice porque Grayson remató la efusividad con el colofón final:

—Este puede ser el año que volvamos a cambiar la historia. Vamos a por el Lombardi.

Ahí sí rugieron.

Y mientras todos celebraban el trofeo que aún no existía en nuestras manos, yo miré a Grant Whitaker. No gritaba, solo saltaba como el resto. Observaba como si ya estuviera pensando en el siguiente movimiento porque hoy no lo habían sacado del banquillo.

Luego volví a Valentino.

Lo levantaron en volandas. Ty le gritaba algo sobre derechos de autor del balón. Él alzó el brazo otra vez, pero no buscó mi mirada.

Yo había visto su mejora antes que nadie, le dediqué unas palabras de ánimo y, aun así, en su expresión se marcaba la distancia.

No quise darle demasiadas vueltas.

Los chicos lo arrastraron hacia las duchas entre empujones y carcajadas. El vestuario se fue vaciando poco a poco.

—Comes conmigo —dijo Grayson, acariciando con el pulgar la zona interior de mi muñeca.

Parpadeé.

—Te-tengo que revisar el tercer cuarto y…

—Los *clips* no van a huir, es domingo, tienes que descansar, y si no quieres hacerlo, te doy la oportunidad de convencerme un poquito más y darme argumentos sólidos para la colaboración de los Cowboys con la empresa de tus amigos. La semana que viene tengo otra reunión y no me irían mal algunos argumentos extra.

Lo miré. Grayson Joneson sabía con exactitud qué tecla tocar; era muy difícil negarse.

—Vamos, di que sí. Quiero llevarlo muy bien atado a la próxima reunión familiar y hacerte feliz —añadió—. Que entren con números sólidos.

Mi cerebro empezó a calcular escenarios. Comida. Conversación. Estrategia. Acceso.

—Solo si es comida de verdad y en un sitio poco elegante. Nada que venga decorado con flores comestibles o en el que debas apartarme la silla.

—Marchando una de perritos.

Reí.

Su palma volvió a mi espalda, guiándome hacia la salida, y mientras caminábamos, no pude evitar pensar que todo eso tenía demasiadas capas.

La victoria, el reconocimiento. La mirada de Valentino, la mano de Grayson y yo sintiendo perturbaciones en la Fuerza.

Algo me decía que ganar el partido había sido la parte sencilla, lo complicado acababa de empezar.

CAPÍTULO 34



Valentino

El vestuario, después de la primera victoria importante del año, no olía a gloria.

Más bien a sudor, cinta adhesiva arrancada a lo bestia y ego satisfecho.

Marcus estaba subido en un banco, como si él solo hubiera ganado el partido; supuse que algo tenía que ver que ese día nadie consiguió pararlo en campo abierto.

—Abro apuestas —anunció para que su voz reverberara por encima de las cabezas de todos—. ¿Cuánto tardan Park y Joneson IV en hacerlo oficial?

Las carcajadas rebotaron en las taquillas metálicas.

La pregunta fue peor que la pulla que me arrojó el cabrón de Malik Turner.

Me quité el protector de muñeca sin mirar a nadie.

—Dos días —dijo Devin desde su esquina, tranquilo, como si estuviera hablando del clima—. En dos días le mete un pedrusco en el dedo y os juro por Dios que no lo culpo.

«Esta sí que es buena». Giré la cabeza lo justo.

Ty lo observó con la misma curiosidad que un gato a un cordel.

—¿Qué? Seamos francos, Park está buena y su *app*, contra todo pronóstico, parece que funciona. Es como fichar al mejor jugador de la liga, pero con tetas y supergráficos. Si no le pide matrimonio el hijo, seguro que el padre le aprieta las tuercas.

—Papi Jerry estará encantado —continuó Jace—. Nieto nuevo, pañales de oro, algoritmos desde la cuna. Además, Naomi viene de familia acomodada, ¿no, Dalton?

Risas.

Golpes en las taquillas.

Yo seguía de espaldas, cambiándome la camiseta con demasiada calma.

Pasé de responder, me la soplaba lo que opinaran.

—¿Elliot tiene mujer? —preguntó uno de los *rookies*.

—Elliot está casado con la franquicia, será de esos tíos que se casan a los cincuenta con una de veintitrés —respondió Ty—. Charlotte ya sabemos que juega en otra liga… La misma que la mía…

Más risas.

—¿Y Vivian? —insistió EJ—. ¿Esa es de carne o pescado? No me malinterpretéis, a mí me da igual lo que se lleve a la boca.

—Esa es fea —soltó Marcus—. Pero con la pasta que debe tener, a ningún pobre le amarga un orco.

La carcajada fue colectiva.

Yo apreté la mandíbula.

No por la broma, en el vestuario se decían cosas peores antes del primer café, sino porque estaban hablando de Naomi como si fuera un fichaje en periodo de mercado.

Empezaron a hablar de lo que a mí me había revuelto las tripas: la forma en la que la había cogido en brazos en el campo; cómo no había dejado de colocarse a su lado antes de la charla; los susurros; la mano en la espalda; la muñeca. Ni que fuera de su puta propiedad. Eso sí que me tocó los huevos.

Parecía un mal capítulo de una historia previsible de sobremesa, quizá lo era, por eso mismo me tocaba los huevos.

A nadie le había pasado desapercibido.

—¿Fecha probable para el braguetazo? Yo apuesto doscientos pavos que para los *playoffs.*

La sugerencia de Devin me hizo apretar los dientes.

—No creo que lleguen a tanto. Subo a trescientos y pedida de matrimonio en Acción de Gracias. Ve anotando, Knight.

—Quinientos a que en la *Bye Week* ya están follando como conejos y con Joneson V en camino, que las calladitas son las peores… —bufó Marcus.

—Pues contigo no se calló un pelo —lo pinchó el capitán.

—¡Cómeme los huevos, Rivera! —espetó con un gesto obsceno.

—Tanto pelo se me indigesta.

—¿Y tú qué opinas, Dalton? —insistió Devin, girando la mano hacia mí—. ¿El anillo pa cuándo? —profirió, imitando a JLo.

El vestuario se quedó expectante.

Ty se aproximó a mí, toalla en el cuello, y me observó con suspicacia.

Jace dejó de reír.

Me desaté el cordón de la zapatilla como si fuera una operación delicada.

—Cinco mil a que nunca.

Silencio medio segundo.

Luego estallaron en risas.

—¿Nunca qué? —insistió Ty—. ¿Nunca lo hacen oficial o nunca te lo crees? Porque follar van a follar… Los he escuchado y se iban a comer, no sé si comida o de manera literal porque creo recordar que Grayson le sugirió salchicha…

Se puso las manos en las caderas para mover la polla arriba y abajo, los demás se partían de la risa.

—Nunca —repetí, levantando la vista— es nunca.

No sonaba a broma.

Devin me sostuvo la mirada.

—¿Sabes algo que nosotros ignoremos? ¿Es una de esas raritas que se ha casado consigo misma o se ha consignado a Dios?

—No he dicho eso.

—¿Pues entonces?

Whitaker apareció como si lo hubieran invocado, impecable incluso con la toalla atada a la cintura después de no haber jugado ni un mísero segundo.

—Mientras no afecte al rendimiento del equipo, no debería importarnos —intervino con voz tranquila, para después ir directo a su taquilla.

Elegante, correcto, no como yo, que me podía la mala hostia que Parks me generaba.

—Sí, bueno, no debería importarnos, pero es divertido —añadió Ty.

Apreté el puño sin que nadie lo notara.

Whitaker habló de nuevo para hacer subir el pan...

—De hecho, sería una unión interesante para la franquicia. Tecnología y propiedad alineadas, no lo veo descabellado.

No hablaba de personas, lo hacía como si fueran activos.

Y eso me revolvió más que cualquier chiste obsceno.

—Relájate, Dalton —murmuró Ty, sentándose en mi banco, lo bastante bajo para que solo yo lo oyera—. No es asunto tuyo. Por muy amiga de tu hermana que sea, ya es mayorcita para saber con quién se acuesta.

Lo miré.

Claro que lo era.

Por eso estaba pensando en ella desde que la vi dar vueltas en brazos de Grayson, porque esas cosas solían terminar con penetración profunda de la defensa.

Por eso, en ese momento, el vestuario me parecía más pequeño de lo normal.

Marcus volvió a subir el tono.

—Venga, panda de degenerados, voy cerrando apuestas, que cada uno diga la suya.

Se oyeron varias voces y fechas. Cada vez estaba más malhumorado.

—Dos semanas. Ese tipo no espera.

—Me gusta tu estilo, Carson. —Knight chocó el puño contra él.

Whitaker sonrió apenas.

—Yo solo digo que a veces subestimamos lo rápido que pueden avanzar las cosas cuando hay intereses comunes.

—Mi interés, ahora mismo, es montarnos una fiesta con los cinco mil pavos que va a perder este capullo —anotó Marcus—. Aunque con la de calzoncillos que vende gracias al troncho que calza, puede permitírselo. No sé si le darán el anillo, pero fijo que se lleva el premio al rabo de oro. ¿Fiesta en el ático esta noche, QB?

Me levanté.

—Lo siento, esta noche he quedado.

Silbidos y sandeces varias sobre a qué conejita me iba a follar.

Pasé de ellos. Últimamente no reconocía mi humor, y todo por culpa de Grayson y Naomi.

—Me voy a la ducha.

—No tardes —soltó Devin—. Igual llegas tarde a tu coñito.

No respondí.

Porque si abría la boca no iba a salir algo gracioso.

El agua fría ayudó.

No demasiado.

Cuando regresé, el vestuario estaba más calmado. Algunos ya vestidos, otros revisando el móvil, otros directos a que les dieran una sesión de fisio.

Yo pretendía pasar por hielo y una revisión rápida antes de marcharme, aunque primero me senté.

Saqué el teléfono, fijándome en que no tenía a nadie lo bastante cerca, y busqué la segunda partición del móvil para entrar en la aplicación en remoto.

Perfil: Val_Daver.

No eran celos. Era lógica. Ese tío no le convenía. Y haría lo mismo por cualquier amiga de Avery que fuera tan idiota de irse a comer con ese perla.

Miré la pantalla varios segundos.

No escribía nunca primero.

No perseguía.

No llamaba.

Control significaba que te buscaran.

Y menos lo hacía a estas horas.

Pero la imagen de Grayson levantándola en brazos para tirarla sobre su colchón me seguía golpeando detrás de los ojos como un mal *replay*.

Busqué su usuario: @Rey_Parks03.

Abrí el chat privado y tecleé.

@Val_Daver: La última vez obedeciste muy bien.

Me tensé esperando. No escribía primero nunca.

Tres puntos aparecieron al instante. El aire volvió a mis pulmones.

@Rey_Parks03: Vaya… entrada directa.
Hola a ti también, lado oscuro…, o debería decir, Señor.

Sonreí. Mala elección de palabra para mi autocontrol.

@Val_Daver: No te quejaste cuando te di órdenes. Señor está bien, reina.
@Rey_Parks03: No me quejé porque las dio bien.

«Y en directo serían brutales».

@Val_Daver: Sigo dándolas bien. ¿Quieres jugar?
@Rey_Parks03: Estoy en una comida de trabajo y eso ha sonado peligrosamente intencional.
@Val_Daver: Contigo siempre lo es.

Pausa.

@Rey_Parks03: No suele escribirme por privado. ¿Debo sentirme elegida o vigilada, Señor?

Lista. Despierta. *Jedi* con ganas de caer.

@Val_Daver: Debes sentirte reclamada y responder en consecuencia. Dime, ¿eres lo bastante valiente para que te ponga a prueba ahora mismo?

Silencio breve.

@Rey_Parks03: Querría decir que sí. Pero estoy con mi jefe y necesito conservar el sueldo… y la reputación.

Eso me atravesó peor de lo que esperaba.

@Val_Daver: El control no se negocia con horarios. Si dices que no, dilo completo.
@Rey_Parks03: No es un no. Es «todavía no».

Me gustó demasiado esa respuesta, aunque necesitaba más compromiso.

@Val_Daver: ¿Segura?
@Rey_Parks03: Muy segura.
@Val_Daver: ¿Puedo confiar en ti?
@Rey_Parks03: Soy una jedi *de palabra. No una* sith*.*
@Val_Daver: Una que tiembla cuando la llama el lado oscuro.
@Rey_Parks03: Solo cuando se trata de usted, mi lord.

Se me tensó todo el cuerpo al leerlo.
Esa jodida última palabra… Me empalmé ante el recuerdo, mis dedos se movieron más rápido que mis neuronas.

@Val_Daver: Entonces, lee bien. No quiero distracciones. No quiero sonrisas regaladas a nadie. No quiero que tu jefe te toque pensando que tiene turno. Tienes prohibido follar hasta que nos veamos esta noche. Entonces, y solo entonces, haré que te corras con mi casco entre tus piernas.

Tres puntos, mi respiración agitada, mi polla en modo asteroide.
Se quedan. No desaparecen, soy incapaz de contenerme.

@Val_Daver: Esta noche te quiero entera para mí… y sin fuerzas para discutir órdenes.

Un segundo.
Dos.
Tres.
Nada.

@Rey_Parks03 ha salido del privado.

«¡Mierda!».

CAPÍTULO 35



Naomi

Cerré el chat tan rápido que casi se me escapó el móvil de las manos.

Literalmente lo lancé dentro del bolso justo cuando la voz de Grayson apareció a mi espalda.

«Qué oportuno».

Segunda vez que dejaba plantado al lado oscuro, y algo me decía que a los señores del caos no les gustaba quedarse hablando solos.

—Espero que te gusten con cebolla porque ya los he pedido así.

Me giré con una sonrisa que parecía auténtica desde fuera y puro incendio por dentro. Daver todavía me vibraba bajo la piel y entre mis muslos.

Grayson llegó cargado con dos perritos calientes gigantes, patatas y refrescos, equilibrando todo como si hubiera entrenado años para sobrevivir a reuniones familiares y líneas defensivas al mismo tiempo.

Respiré despacio.

No tenía ni idea de cómo iba a comerme eso sin explotar… o sin recordar con exactitud lo que acababa de leer hacía menos de un

minuto.

No podía permitirme parecer alterada. Él no tenía por qué saber nada y, sin embargo… Sí, me había descolocado.

Primero, porque ya llevábamos tres privados y él nunca hacía eso.

Segundo, porque cuando preguntó si quería jugar, algo dentro de mí se derritió con una rapidez preocupante. La simple idea de obedecerlo en un lugar público había encendido una parte de mi cerebro que claramente no venía con manual de instrucciones.

«Sí, Park, resulta que eres más degenerada de lo que creías, seguro que Cami se sentiría orgullosa».

Y tercero —el peor de todos—, porque cuando me prohibió tontear o dejar que alguien más me tocara, en lugar de indignarme…, casi se me doblaron las rodillas.

Genial. Fantástico. Mi lado *jedi* debía de estar en excedencia.

El recuerdo de la frase final me atravesó otra vez. La imagen que dejó flotando. La sensación de calor subiéndome por el cuello. Los dedos temblándome sobre el teclado antes de borrar lo que estaba a punto de escribir cuando sugirió meter su casco entre mis piernas.

Solo quería desaparecer, volver al hotel, dejar de pensar y obedecer, porque sí, ese recuerdo me llevaba a otro y ese otro me fundía como el queso caliente.

«Vale, Naomi. Respira. Eres una científica, no una adolescente, además, recuerda que te bajó la regla el viernes. No querrás mostrarle al lado oscuro tu copa menstrual, ¿verdad?».

Lo peor de todo había sido oír la voz de mi jefe demasiado cerca, obligándome a cerrar el chat de golpe.

Otra vez. Sin despedida. Sin respuesta. Sin posibilidad de arreglarlo y dejándolo en visto.

«Esto solo puede pasarte a ti».

Nos sentamos en una mesa alta junto a uno de los *food trucks* de Klyde Warren Park. Dallas brillaba alrededor: césped limpio, música de fondo, familias paseando, ejecutivos comiendo de pie y turistas peleándose con los ángulos perfectos para sus fotos. Un sitio bonito, demasiado bonito para el colapso interno que llevaba encima.

—¿Todo bien? —indagó mientras dejaba la bandeja.

—Sí —mentí con absoluta profesionalidad—. Notificaciones del sistema. Avisos que me pongo para no dormirme sobre el trabajo.

Él arqueó una ceja.

—Es domingo.

—Los partidos casi siempre son en domingo.

La sonrisa que soltó fue rápida.

—*Touché*. Mi padre estaría encantado de tener una hija como tú. ¿Seguro que no nos cambiaron al nacer?

Solté una risa breve.

—Si conocieras a mis padres, verías que no. Son bastante… peculiares. Muy culturetas, aunque mamá tuviera su época de estrella del *k-pop*, así que imagina el nivel de drama.

Sus ojos se abrieron con interés genuino.

—Eso necesito escucharlo algún día.

—Ella preferiría que no. Ahora dirige su empresa y vive feliz siendo la mujer de un científico de la NASA. El pasado pop quedó enterrado bajo toneladas de dignidad y mucho *skincare*.

Grayson soltó una carcajada.

—Entonces es buena señal. Significa que eres hija de una familia importante.

Lo miré de reojo.

—Prefiero ser importante por mí misma. Ya sabes…, como tú.

Me pasó el refresco y chocamos vasos.

—Así se habla.

Di un trago largo, intentando enfriar el incendio interno. Mala idea.

El perrito caliente en mis manos era indecentemente grande y mi cerebro decidió recordar con exactitud lo que acababa de insinuarme el lado oscuro.

Casi me atraganté. Perfecto. Profesionalidad máxima.

—Vale. —Apoyó los codos sobre la mesa—. Háblame de tus amigos.

Parpadeé. Sí. Cambio de circuito neuronal urgente.

«Ovarios cerrando sistema. Cerebro, haz acto de presencia, ya».

Apreté los muslos bajo la mesa y forcé a mis neuronas a volver a territorio seguro.

—¿Mis amigos?

—La colaboración que mencionaste. Dijiste que había un proyecto detrás que podría interesarle a mi padre.

Asentí, agradecida por el ancla mental.

—Sí. Como te comenté, Sienna lleva toda la parte de nutrición aplicada al rendimiento deportivo —arranqué, reconectando el modo analítico—. Está especializada en atletas de élite y prevención de TCA.

Él soltó una risa corta.

—Con lo que comen nuestros chicos, dudo que ese sea un problema.

—Ya, bueno, nunca está de más… Landon sabe muy bien lo que es la presión y se especializó en gestión deportiva, y Thiago… Tendrías que ver lo capaz que es de cambiar la seguridad de los atletas, hace un trabajo brutal en cuanto a entender sus traumas y devolverles el foco.

—Suena a equipo potente.

—Lo es, ellos son la combinación perfecta. Su proyecto fue el vencedor y se enfrentaban al que presentaron todas las universidades participantes del país. Marcas como Nike o Redbull han querido contratarlos, pero ellos han apostado por algo más social. Como su estado financiero es distinto, han decidido que, para aportar todos lo mismo, era mejor hacer colaboraciones para generar ingresos que les permitan llevar a cabo ese proyecto, y ahí es donde entran los Cowboys.

Le expliqué cómo habían empezado, lo que estaban desarrollando y que todo lo que ganaban en ese momento estaba pensado para algo más grande, para ofrecer beneficios sociales a través del deporte.

—Esa rama paralela —dije— es la que tendría que explotar la franquicia.

Lo miré un segundo.

—A nivel de imagen… os vendría bien.

Él sonrió, tranquilo.

—Puedes decirlo. —Se limpió las comisuras—. Después de todos los escándalos del año pasado, cualquier cosa que huela a

responsabilidad social es oro.

Me encogí de hombros.

—No quería sonar oportunista.

—Naomi —señaló con el perrito caliente—, en esta familia vivimos de convertir problemas en titulares. Si algo ayuda y, además, es real, es perfecto. Oportunista no sería un adjetivo que pasara por mi mente respecto a ti. Me parece que eres lo opuesto, y eso me gusta.

Que lo afirmara con tanta convicción me relajó más de lo que esperaba.

—Seguro que a Vivian le encantaría —añadió—. A nivel de comunicación sería muy potente.

—Sí. —Reí—. Lo mismo pensé yo.

Dio otro bocado y durante unos segundos solo hubo ruido de parque y gente alrededor.

Hasta que una voz femenina rompió el momento.

—Vaya…, menuda casualidad...

Levanté la vista y parpadeé, porque si a alguien no esperaba encontrar ahí era a Charlotte Joneson.

La reconocí por las fotos, los artículos y la elegancia oculta tras esas enormes gafas de sol. Se notaba que había perdido peso. Que no renunciara a su apellido después de casarse no era porque el de Stephen tuviera menos peso. Simplemente daba una mejor imagen corporativa, así lo leí en una entrevista cuando se lo preguntaron.

Grayson frunció el ceño, dejó el perrito y se puso en pie de inmediato.

—¿Charlotte? ¿Qué haces aquí? ¿Cuándo has vuelto?

Ella dudó apenas un segundo, antes de sonreír, dejando que su hermano la besara en la mejilla.

—Hace unos días. Le pedí a Stephen que no dijera nada. Primero necesitaba comprobar cómo me sentía antes de volver a The Star. Ya sabes cómo funciona esto…, lo habría sabido medio país antes de bajar del coche. —Él asintió—. He quedado con una amiga... El doctor dijo que era bueno que me diera el aire, así que vamos a pasear.

Su mirada pasó de Grayson a mí, evaluadora.

—Oh —dijo—. ¿Y tú eres…?

—Naomi —respondió Grayson antes de que pudiera abrir la boca —. Nuestra maravillosa, flamante y eficiente incorporación a la franquicia.

Me puse en pie para estrecharle la mano, vigilando no tener restos de comida en ella.

—Un placer, señora.

Algo cruzó el rostro de Charlotte. Algo rápido, casi invisible.

—Igualmente —asintió—. Stephen me habló de ti, dice que puedes predecir cuándo se van a equivocar los jugadores antes de que ocurra… Suena casi inquietante.

Una sonrisa suave acompañó la frase, aunque no supe si era halago o advertencia.

—Imagino que a papá le parecerá interesante —añadió—, sobre todo, después de la temporada tan… complicada que tuvimos.

Su foco regresó a Grayson cuando este retomó la palabra. No supe por qué, pero un escalofrío recorrió mi espalda.

—Hoy seguro que lo está más —intervino Grayson—. Parte de la victoria es gracias a su sistema.

—No ha sido solo eso —murmuré.

—No te restes mérito —replicó Charlotte con naturalidad—. Cuando alguien es bueno en algo, debería permitirse serlo.

Sus ojos se posaron en mí unos segundos más.

—Eres muy guapa, por cierto, menuda piel…

La frase me descolocó más que cualquier halago anterior.

—Y exgimnasta de élite —añadió Grayson casi orgulloso.

Eso pareció divertirla.

—Entonces, sabes moverte bien. Si lo de la aplicación falla, siempre puedo ofrecerte un puesto entre las DCC.

Sonreí.

—No soy muy de agitar pompones…, pero gracias.

«Demasiado amable», pensé. Demasiado… fácil.

Charlotte miró su móvil.

—No quiero interrumpiros, mi amiga debe de estar al llegar.

Miré alrededor por pura inercia. Nadie parecía buscarla.

Y ella no dedicó una sola mirada, ni un gesto ni el típico movimiento inquieto de quien esperaba a alguien.

—Nos vemos. Un placer, Naomi. Gray.

Besó a su hermano y se alejó con esa elegancia suave que hacía difícil decidir si estaba rota o perfectamente reconstruida.

La seguí con la vista hasta que desapareció entre la gente.

Grayson soltó un suspiro bajo y me indicó con la mano que volviera a sentarme.

—¿Estás bien? —me salió antes de pensarlo.

Él tardó un segundo en responder.

—Sí…, solo que no esperaba verla aquí. Ha estado un tiempo fuera, en un retiro, intentando… reorganizar su vida.

Había algo en su tono que no encajaba con la palabra «retiro».

—Ojalá le haya servido —murmuré.

—Ojalá.

Intentó sonreír.

—Venga, olvidemos la interrupción. ¿Por dónde íbamos?

Busqué en mi mente el hilo de la conversación, no obstante, algo seguía pellizcándome por dentro.

Porque Charlotte Joneson no había mirado ni una sola vez alrededor esperando a nadie; porque cuando alguien decía que tenía una cita…, normalmente esperaba hasta verla llegar.

CAPÍTULO 36



Charlotte

No esperaba encontrarme a Grayson allí.

Ni a ella.

Había elegido ese parque justo porque era neutro, luminoso, lleno de desconocidos. Un sitio donde nadie miraba dos veces, o eso creía.

Seguí caminando sin volver la cabeza, aunque sentí los ojos de mi hermano clavados en mi espalda. Grayson no era quién para cuestionar mi moralidad cuando la suya siempre había sido un desastre perfectamente tolerado. Era lo que tenía nacer en una familia como la mía: todo lo que hacías —o aparentabas hacer— terminaba siendo analizado, publicado y usado en tu contra.

Respiré hondo.

Esa chica no pegaba con Gray. Aunque quién sabía…, quizá mis padres ya le habían comido el cerebro, igual que hicieron conmigo.

Podía imaginarlos a la perfección en una de sus cenas familiares, que eran peor que cualquier reunión con la Gestapo.

—Esa chica te conviene. No esas promiscuas con las que sales.

Tragué saliva.

Stephen me había hablado de ella. Naomi Park. Sin escándalos, buena familia. El tipo de mujer que limpiaba titulares y, encima, lista.

Era más joven de lo que esperaba y, por la forma en que observaba, no parecía fácil de manejar. Stephen había dicho que era un activo interesante para la empresa, le brillaron los ojos al hablarme de su aplicación capaz de predecir cuándo un Cowboy iba a fallar. Todo lo que tuviera relación con el juego le iluminaba el rostro. Se olvidó de mencionar que era guapa. Muy guapa. Y con esa mezcla rara entre inteligencia y calma que hacía que la gente bajara la guardia.

Me quité las gafas un segundo y fingí limpiarlas. Necesitaba tiempo para ordenar las ideas.

Un retiro lo llamaron.

Un espacio para reorganizar mi vida. Para reflexionar sobre mis decisiones. Para reconectar con valores que jamás habían sido míos.

Yo lo viví como una pausa obligada, una pausa pagada, supervisada, como si aún tuviera catorce años en lugar de pasar de los cuarenta.

La versión oficial decía que necesitaba distancia de los titulares, del ruido, para recuperarme de lo que me habían hecho.

Todos sabíamos que no fue así. Lo que pasó no fue un error químico, fue imprudencia, y la imprudencia, en mi familia, se pagaba con silencio, con abogados, con ruedas de prensa redactadas con cuidado.

Mi matrimonio seguía intacto, una fachada elegante.

Stephen mirando hacia otro lado con respecto a mis… inclinaciones. Yo haciendo lo mismo con sus amantes y sus apuestas. Porque uno no dejaba de ser adicto al juego solo porque a Jerry Joneson se le antojara.

Un equilibrio práctico sostenido por dinero antiguo.

Como cuando papá decidió que Stephen era el marido adecuado y resultó que su familia estaba arruinada. No importó. Papá saneó deudas. Stephen aceptó el apellido y lo que conllevaba el anillo, yo acepté el trato. Todos salimos ganando, en teoría.

Durante esos años traté de convencerme de que podía ser feliz, pero si algo me había enseñado el retiro era que, por grande que

fuera la casa, por impecable que fuera la fachada…, ahí dentro no estaba lo que yo deseaba.

Necesitaba independencia.

Necesitaba acostarme con quien quisiera sin esconderme detrás de una mentira bien pagada. Y no, eso no se arreglaba con bolsos caros ni amantes discretas.

Quería liquidez propia, una que no dependiera del imperio de Jerry Joneson, y estaba trabajando en ello.

Papá no podía enterarse de lo que tenía entre manos.

Cuando le dije a Grayson que había quedado, no mentí. Aunque dudaba que imaginara el motivo real de que estuviera en el parque.

Mi móvil vibró con suavidad.

Levanté la vista y distinguí una silueta acercándose entre la gente.

Sonreí.

Esa vez no iba a ser la pieza decorativa en el tablero de nadie.

CAPÍTULO 37



Valentino

Decidí que se había terminado.

Se acabó Val Daver.

Se acabaron los putos privados.

Se acabó jugar a ser el lado oscuro para una chica que colgaba la conexión justo cuando yo estaba a dos segundos de perder la cabeza… para irse a comer con el gilipollas de Grayson.

Tiré el móvil al sofá, después de haber estado mirándolo más de quince minutos como un imbécil, y me serví agua fría.

No me calmó una mierda.

Seguía cabreado. Irritado. Como si me hubieran dejado con el casco puesto y sin aire dentro.

No eran celos, era orgullo.

O eso me repetí mientras daba vueltas por el ático como un animal encerrado, pasándome la mano por el pelo todavía húmedo.

Había hecho lo que tocaba: jugar contra los putos Giants y ganar. Hielo, fisio, ducha, ignorar el ruido del vestuario, volver a casa y recordarme que aquello era solo un juego *online*. Un *roleplay*.

«Un puto juego cargado de vicio».

Uno en el que Naomi estaba metida hasta que apareció el capullo de Gray.

Un segundo…

¿Gray no era el nombre del tío al que le iban los látigos?

Bufé.

Con mucho gusto le daría con el cinturón. Pero para atarlo y tirarlo por la borda de cualquier barco rumbo al Triángulo de las Bermudas, o al mar del Norte.

—Puto cabrón…

Tenía que olvidarme de ella.

Si prefería a los imbéciles con apellido y sonrisa de anuncio, pues perfecto. Fin. *Ciao*. *Next*.

«Yo puedo tener a cualquier tía, a cualquiera». Me repetí.

¿Y entonces? ¿Por qué seguía pensando en ella?

Porque me tenía encabronado. Porque se salió del chat justo después de que yo le dijera que obedeciera. Que no mirara al otro. Que no se lo tirara.

«No me cambies por otro…», decía el moñas de mi corazón.

Debía tener un virus o algo.

Me pasé la mano por la cara.

«Patético».

«Lo que le pasa a Naomi es que Val Daver está bien para desahogarse un rato, una fantasía puntual, pero las tías quieren algo más que un tío con máscara al otro lado de la pantalla. Quieren una polla de carne y hueso. Más carne que hueso».

«¡Yo tengo una!».

«Pero si supiera que es tuya no la querría, tuvo su oportunidad y se largó, supéralo».

«¡Dios!».

La conclusión era clara y dolía como una patada directa en las pelotas.

Cogí el móvil otra vez.

Ni un mensaje. Ni una señal. Perfecto.

Llamé a alguien que, por desgracia, sabía bastante de volverse estúpido por una mujer.

Levi contestó al tercer tono.

—¿Qué coño quieres? Estoy montando un juego de lego con un miniterrorista que cree que las instrucciones son opcionales. Hay piezas hasta en mi alma.

Escuché a Evander gritar algo al fondo y casi se me escapó una sonrisa.

—Nada. Olvida que he llamado, superpadre.

Silencio.

—Ni de coña. Esa voz es de QB cabreado. Acabáis de hacerles comer césped a los Giants y, aun así, suenas como si te hubieran dejado sin cerveza para la celebración. Suelta, Dalton, ¿por qué narices no estás con los chicos montando una fiesta?

Me dejé caer en el sofá.

—Estoy irritado.

—Esa sí que es buena. ¿Motivo? ¿Otra vez le has dado a tu hemorroide imaginaria?

—Vete a la mierda, Carter.

Se rio.

—¿Quién es? —escuché la voz de Skyler.

—El adicto a las almorranas —dijo él.

—¡Hola, Valen! —gritó ella.

—¿Quieres dejar a Perkins en paz? Y saluda a tu mujer de mis partes.

—¿Quieres que te rompa las piernas, chaval?

Picar a Levi siempre era divertido. Hoy ni eso me cambiaba el humor.

—¿Eso ha sido un suspiro? —dijo él—. Qué cojones…

—Te lo dije, le mola una chica —soltó Skyler como un eco demasiado acertado.

«Genial».

—¿En serio estás así por una tía? ¿Tú?

Rodé los ojos.

—Skyler habla demasiado.

—Y tú demasiado poco cuando te interesa alguien, porque si estás así te interesa. ¿Qué pasa? ¿Está con otro?

No respondí. Silencio. Luego una carcajada de Levi.

—Hostia…, es eso.

Me apreté el puente de la nariz.

—No es nada. Ella no me interesa como crees.

—Claro. Igual que a mí me pasaba con Sky, era solo mi prima adoptiva.

—No es mi prima adoptiva, es la amiga de mi hermana.

Carcajada bestial.

—Karma, hermano, eso se llama karma.

—Mal gusto —gruñí.

—¿Tanto te importa?

—No. Es que está con el tío equivocado.

—¿De qué me suena eso…? Ah, sí, de ti y de mí… Sky también hizo *match* con el equivocado.

—Tuviste suerte de que no nos gustáramos de verdad.

—A ver, tío listo, con quién está. ¿Marcus?

—Peor.

—¿Hay algo peor que Marcus? Podría ser Devin…

—Grayson Joneson.

Se oyó un silbido largo.

—Vale…, sí, eso es peor.

—¿Qué harías si el *rompebragas* de Joneson fuera detrás de una de tus hermanas?

—En Saint Valentine hay bosque de sobra, sé manejar el hacha y tengo una pala de la hostia. ¿Quieres más explicaciones?

Solté una risa corta.

—No tengo tiempo y estoy en temporada.

—Pues usa tus encantos, estrella. Para algo tienes un ático, un *jacuzzi* y tu polla en los anuncios.

—¿Quieres que me la tire?

—Yo no he dicho eso. Solo digo que le saques al memo de la cabeza, no puede ser tan difícil.

—¡Jugad al Twister que dejé en mi armario y bésala! —gritó Skyler.

Eso sí me hizo reír.

—Dale un morreo de mi parte a Sky y dile que si se cansa del vejestorio…

—No se cansará —cortó Levi—. Y si me muero primero, mi fantasma va a arruinarle cualquier erección futura al tío que se atreva a cruzarse con mi futura mujer. Apáñatelas, Dalton, seguro que te las ingenias bien.

Colgó antes de que pudiera seguir.

Me quedé mirando el móvil.

El silencio volvió y yo seguía igual de jodido.

Me quedé mirando el techo.

—Vete a la mierda… —murmuré otra vez, sin tener claro si era para él, para mí o para el universo entero.

Puse música. No funcionó.

Me puse porno. Peor.

Apagué aquello antes de que acabara el minuto porque, en vez de distraerme, solo me hacía pensar en ella y en la puta máscara.

Encendí la consola. Perdí dos partidas seguidas porque no dejaba de mirar el teléfono, imaginando todo tipo de guarradas que no debería estar planteándome.

Apagué la consola con un gruñido y me fui directo al cuarto del ordenador.

Me dije que solo iba a revisar estadísticas.

Mentira.

Terminé buscando actividad reciente, movimientos, conexiones, cualquier rastro suyo. Algo que dijera que estaba en el hotel y no en la cama con ese imbécil.

Pero alguien había reforzado el sistema. Seguridad nueva. Accesos cerrados.

—Mierda.

Claro. Después de la manipulación del otro día habían tapado todas las grietas.

Eso me cabreó aún más porque técnicamente era culpa mía.

Era ridículo.

Yo no hacía esto. No esperaba mensajes.

«Salvo de una».

No me obsesionaba con nadie.

«Salvo con una».

—Yo no me toco la polla por internet —mascullé.

Silencio.

—Y deja de decir «salvo con una», joder.

Hablar conmigo mismo empezaba a ser agotador.

Me levanté y me metí bajo la ducha, dejando que el agua fría me golpeara hasta que los hombros se me quedaron tiesos.

No iba a escribirle.

Ni de coña.

Salí con una toalla en la cintura y el móvil vibró sobre la encimera.

Ni lo miré.

Me puse unos pantalones.

Volvió a vibrar.

Caminé hacia la cocina con el pulso más rápido que en un tercer *down*.

Otra vibración.

«No lo mires».

«Eres el puto lord Oscuro. El tío por el que las mujeres se mojan en cada directo y ella te dejó en visto, no se merece que respondas».

El móvil vibró otra vez.

Lo miré de refilón.

Como fuera Marcus pidiendo montar otra orgía en el ático, lo mataba.

—A la mierda —gruñí.

Lo cogí.

La pantalla se iluminó.

@Rey_Parks03 acaba de mandar un mensaje. Dos. Tres. Cuatro.

El pulso se me disparó sin permiso.

No abrí ninguno.

Los dejé ahí.

Tenía que demostrarme que me daba igual que ahora quisiera hablar, que me importaba una mierda si le apetecía que le metiera la cabeza entre las piernas. Con toda seguridad, el jodido de Grayson no había estado a la altura. Esos tipos casi nunca lo estaban.

Fui hasta la terraza del ático, apoyé los antebrazos en la barandilla y miré las luces de Dallas mientras respiraba hondo.

No iba a leerlo.
No.
El móvil vibró otra vez entre mis dedos.
¿En qué momento lo había cogido?
Cerré los ojos.
—Joder…
«Tú puedes, Dalton… Haz acopio de toda tu fuerza oscura».
Abrí el chat. Cinco mensajes.
El primero.

@Rey_Parks03: Transmisión interrumpida por causa mayor.

El segundo.

@Rey_Parks03: Nave aproximándose por retaguardia, Señor.

El tercero.

@Rey_Parks03: Nivel de amenaza: jefe con comida y mirada inquisitiva.

El cuarto.

@Rey_Parks03: Tuve que cerrar sin aviso, estaba demasiado cerca de mi pantalla.

El quinto.

@Rey_Parks03: Y sí, tuve que abrir la boca para dejar entrar una salchicha enorme y chorreante…, aunque no era lo que tenía en mente.

Me quedé mirando la pantalla. No sonreí, no me hizo ni puta gracia.
La mandíbula se me tensó. Tecleé despacio.

@Val_Daver: La obediencia no se abandona a medias. Te subestimé, pensaba que podrías satisfacerme, pero está visto que no. Creo que es mejor dejarlo aquí.

Los puntos aparecieron casi al instante.

@Rey_Parks03: No abandoné nada.
@Val_Daver: Desconectaste. Y acabas de decirme que… Déjalo. Fin del juego, que te vaya bien con tu jefe.

Silencio breve.

@Rey_Parks03: ¡No lo entiendes! ¡Estaba trabajando! Solo intentaba ser graciosa y sarcástica, algo que no suele salirme bien, lo sabrías si me conocieras. Lo que quería decir es que me moría por seguir tu propuesta… y que me hubiera encantado obedecerte.

El golpe en el pecho fue inmediato.
Me estaba tuteando y era la primera vez que la sentía tan cerca. Conociéndola, estaría alterada e hiperventilando, con esa vena suya hinchándose en el cuello.
No contesté.
Miré los edificios. Otro mensaje.

@Rey_Parks03: Joder…, lo siento. Se me está haciendo cuesta arriba esta ciudad y, lo creas o no, eres mi válvula de escape más efectiva. No quería fastidiarla, en serio.

Respiré hondo.
Ella no sabía quién era yo. No tenía ni puta idea. Y, aun así, se estaba abriendo con un desconocido, quizá porque era más fácil hacerlo que conmigo.
Volví al chat.

@Val_Daver: ¿Seguro que solo cerraste por eso?

Tardó más esta vez.

@Rey_Parks03: Te lo juro. No me gusta que haya gente cerca cuando hablamos. Quiero darte toda mi atención, lord Oscuro.

Apreté el móvil con más fuerza.

@Val_Daver: Dime algo, jedi*, ¿tu jefe sabe que te distraes pensando en otros mientras comes salchichas chorreantes con él?*

Casi pude imaginarla sonreír. Los puntos tardaron. Desaparecieron. Volvieron.

@Rey_Parks03: Mi jefe sabe que soy profesional, aunque me lleve a comer perritos a un food truck.
@Val_Daver: Eso no responde a mi pregunta.

Silencio. El viento cálido me golpeó la cara.

@Rey_Parks03: Imagino que no sabe nada. Nadie sabe que juego contigo y nadie me conoce de verdad.

«No tienes ni idea».

@Rey_Parks03: Hoy el trabajo ha sido increíble…, pero hay demasiadas miradas puestas sobre cada cosa que hago, algunas hostiles. Debo cumplir demasiadas expectativas y demostrar cada segundo que no vendo humo.

Leí dos veces. No era evasiva, era real, y yo podía rellenar esos huecos demasiado bien.

@Val_Daver: ¿Alguien te está tocando los cojones, mi reina?
@Rey_Parks03: Hay un capullo empeñado en hacerme la vida difícil cuando solo intento ayudar. Y no, no es mi jefe.

El estómago se me encogió. El cabreo cambió de forma. Más denso. Más oscuro.

@Val_Daver: ¿Quién?

«Ya sabes lo que va a contestar», aun así, necesitaba leerlo.
Los puntos parpadearon.

@Rey_Parks03: Alguien que cree que he venido a putearlo. Que no entiende que lo único que pretendo es que sea mejor. No quiero fastidiarlo, de verdad.

@Val_Daver: Y si te amarga tanto…, ¿por qué no cambias de trabajo?
@Rey_Parks03: No puedo. Es la única empresa que apostó por mi proyecto. O triunfo aquí o me hundo.

Contuve la respiración. No tenía ni idea.

@Val_Daver: ¿Él lo sabe?
@Rey_Parks03: ¿Mi jefe?
@Val_Daver: El capullo.

Casi me reí por referirme a mí mismo con ese apelativo.

@Rey_Parks03: No. ¿Para qué? Ni siquiera me escucha. Me cansa levantarme cada día con el propósito de que abra los ojos y no lograr ningún avance, aunque no se lo demuestre.

Me apoyé más en la barandilla.
El cabreo por Grayson ya ni estaba.

@Val_Daver: Parece que ese tío te importa. ¿Quieres algo con él?
@Rey_Parks03: No. Somos de universos enemigos.
@Val_Daver: También tú y yo.
@Rey_Parks03: Lo nuestro es distinto. Es un juego.

«¿Y por qué cojones ya no lo parece?».
Volví a mi papel.

@Val_Daver: El lado oscuro no tolera faltas de respeto.
@Rey_Parks03: Lo sé. Por eso no he querido dejar de hablar contigo. Llámame loca…, pero siento que encajamos y lo disfruto.

No hubo risa. No hubo ironía, solo silencio y algo más peligroso que los celos abriéndose paso.

@Val_Daver: Es mejor que descanses ahora.
@Rey_Parks03: No vamos a…
@Val_Daver: No.

Dejé tres segundos que se hicieron eternos.

@Val_Daver: Has sobrevivido a una interrupción imperial y a un superior rondando tu nave. Eso tiene mérito. Pero el lado oscuro no tolera distracciones cuando está reclamando obediencia. Estás castigada, jedi*.*

@Rey_Parks03: Castigada, ¿cómo?

Sonreí sin humor.

@Val_Daver: Esta noche no tendrás órdenes, ni voz en tu oído ni permiso para correrte. Aprenderás lo que es echar de menos.

@Rey_Parks03: Eso es cruel, mi lord.

«Esto le duele más a mi polla que a ella».

@Val_Daver: No. Eso es disciplina. Descansa. Mañana decidiré si sigues siendo digna del Imperio, y si lo eres, recibirás noticias mías.

@Rey_Parks03: Buenas noches, lord Oscuro.

CAPÍTULO 38



Naomi

El domingo terminó siendo raro.

Ni malo ni incómodo, solo… raro.

Después de comer, Grayson insistió en que no podía dejar que mi primer domingo tras una victoria se redujera a hotel y trabajo. Así que acabamos paseando por un mercado al aire libre cerca de Dallas, uno de esos sitios llenos de música *country*, puestos de comida y gente que parecía conocerse desde el nacimiento.

Era fácil hablar con él. Demasiado fácil.

Me contó historias familiares, anécdotas del equipo, cómo había crecido viendo los partidos desde la grada vip mientras otros soñaban con estar en el campo. Tenía esa forma de escuchar que hacía que cualquier conversación pareciera importante.

Y, aun así, en algún punto, mientras él hablaba y yo asentía, mi cabeza estaba en otra parte.

En un casco negro, en una voz modulada, en diez minutos de conexión clandestina sujetos a un temporizador.

Aunque sonara fatal, tenía ganas de volver al hotel. Y no para dormir.

Para conectarme. Para convertirme en una pervertida intergaláctica funcional.

Porque el señor oscuro no era un amigo ni alguien real en mi vida. Era mi placer culpable. Una máscara detrás de la que podía explorar un lado de mí que no enseñaba a nadie. Un juego *sexy* que me hacía temblar, y, sí, admitirlo todavía me daba vértigo: había sido capaz de correrme delante de una cámara.

Yo, Naomi Park, la chica que sobreanalizaba hasta el tipo de leche que compraba —sobre todo sin lactosa y de origen vegetal—. Y lo había disfrutado.

Asumiendo que éramos dos adultos jugando sin contacto físico, sin consecuencias, sin futuro. No iba a convertirse en nada más, y por eso mismo acepté el plan de Grayson: alargué la tarde y me comporté como una adulta funcional que no organizaba su agenda alrededor de fantasías digitales.

Mentira parcial.

Porque en cuanto llegué al hotel, lo primero que hice fue rezar para que mi mini Vader tuviera batería.

Después, ducha rápida. Pelo aún húmedo. Pulso acelerado. Dedos cruzados mientras abría el chat y muslos apretados.

No podía empezar con un «lo siento» otra vez.

Tenía que ser más creativa. Más ligera. Más yo… mezclada con mi *alter ego*. Y, por suerte, funcionó.

Salvo que el resultado fue como el primer partido de los Cowboys la temporada pasada: nada salió como esperaba.

No hubo juego. No hubo provocaciones. Nada de tensión erótica creciendo lentamente hasta dejarme sin aire.

En algún momento, la conversación se convirtió en el confesionario de un *reality show*.

Suponía que hasta los desconocidos sexuales necesitaban contexto.

Terminé hablando más de la cuenta y él escuchando demasiado bien, o leyendo…

No dije gran cosa…, pero sí lo suficiente como para vaciar ahí dentro preocupaciones que llevaba días arrastrando, sin nombres, sin detalles que pudieran comprometerme.

Probablemente también maté cualquier posibilidad de excitación.

Su libido debió de pasar de cien a menos cien y, aun así…, sentí que me entendía.

Aunque fuera un poco. Aunque la conexión se volviera menos fantasiosa y más real. Aunque acabara mandándome a dormir con ese tono suyo y la palabra «castigo» flotando entre nosotros.

No sonó enfadado y, además…, me dejó tutearlo.

No me corrigió, quizá fue eso lo que rompió el rol.

Nunca me había sentido tan cercana a alguien que no sabía nada de mí en absoluto.

Cuando colgamos, Val no hizo directo.

Y yo tenía demasiado en qué pensar como para convertirme en la pajillera solitaria de guardia.

Caí rendida, devolviéndome al lunes.

Todo parecía en su sitio.

Los Cowboys regresaron a la rutina: revisión de partido, vídeos, recuperación, reuniones rápidas donde nadie sonreía demasiado.

Yo me pasé la mañana analizando datos y ajustando informes para el *staff*, intentando actuar como si el domingo hubiese sido completamente normal mientras sacaba métricas para el siguiente rival.

Grayson tuvo reunión familiar. Desapareció casi toda la tarde y, durante la comida, me pidió que le deseara suerte.

No me contó cómo había ido, lo cual me dejó inquieta.

Porque si había salido bien…, ¿por qué no decirlo?

Y si había salido mal…, ¿por qué ocultarlo?

Me metí en la cama con la incógnita.

Los martes eran el día libre oficial.

Así que intenté comportarme como una chica normal de veintipocos años viviendo sola en Frisco.

Desayuné fuerte en una cafetería llena de estudiantes y madres con coches gigantes.

Después busqué en Google una tienda friki especializada en *Star Wars*, y cuando el Uber me dejó en la puerta, sentí que acababa de entrar en el paraíso.

Me pasé más tiempo del que debería mirando figuras, sables de luz y camisetas que no necesitaba.

Y, por supuesto, salí con varias bolsas y menos saldo en la tarjeta.

Regresé al hotel para comer algo rápido.

Intenté leer, pero no me concentraba, estaba demasiado sola.

Llamar a Grayson me pareció mala idea. Era mi jefe y no quería dar pie a malentendidos. Mis amigas estaban en clase y mi familia ni siquiera entraba en el top cien de opciones razonables.

Así que decidí hacer algo que sí entendía: mover el cuerpo, trabajar la fuerza.

Al día siguiente volvería al centro de Claire para machacarme sobre el tapiz, pero en ese instante necesitaba soltar energía antes de llegar allí con la musculatura y el cerebro hechos un nudo.

Abrí la bolsa de deporte.

Botella de agua.

AirPods.

Toalla.

Ropa de cambio.

Cuando estaba cerrando la cremallera…

El móvil vibró.

«Proyecto Caos Controlado».

Sonreí y acepté la videollamada.

La imagen apareció directamente desde el salón de la casa de Mason Fitzroy en Los Ángeles. Mármol, ventanales enormes y ese aire de mansión absurda que solo el hijo de un productor de cine y una actriz podía considerar acogedor.

—¡Nos han llamado! —gritó Mason, antes incluso de que dijera «hola».

Parpadeé.

—¿Qué?

Sienna apareció en plano, más seria, pero claramente más despierta de lo normal.

—A ti no te ha llamado nadie, idiota. Deja de confundir las cosas.

Bufó y devolvió sus ojos azules a la cámara. Estaba sentada entre Landon y Thiago en un sofá en el que podrían caber como quince personas, así que eso solo podía significar una cosa.

—Tenemos reunión presencial con los Cowboys.

Me quedé quieta.

—¿Qué? ¿Cómo? ¡¿Ya?!

Sí, lo sabía. Cami estaría ahora mismo gritando y saltando sobre la cama. Yo nunca había sido la efusiva del grupo. Por suerte, Walsh tampoco.

Landon levantó una mano, intentando mantener algo de orden.

—Tranquila. Aún no nos han contratado, pero una reunión presencial siempre es buena señal. Mi abuelo lo ha dicho, y nadie sabe más de negocios que Richard Thorne.

Eso era cierto.

Mi cerebro tardó unos segundos en procesarlo.

—Pero… Grayson no me ha dicho nada.

Silencio breve. Miradas cruzadas entre ellos.

Thiago habló con calma, sentado, como si el caos no lo rozara.

—Nos dijo que prefería que lo supieras por nosotros, que sería mejor.

Se me escapó una sonrisa.

Claro. Había querido sorprenderme.

—¿Me estáis diciendo que literalmente han aceptado veros?

—Sí —dijo Sienna—. Y eso ya es un paso enorme para nuestra pequeña empresa.

Solté una risa nerviosa.

—No pensé que fuera tan rápido. Esto es como saltar al hiperespacio sin revisar el panel… y rezar para no estrellarte contra un asteroide. Pero me alegro muchísimo, en serio.

Landon sonrió por lo bajo.

—Lo importante es que estamos dentro del radar de tu franquicia. Gracias a ti.

—A mí me encanta estar dentro… —susurró Mason mientras daba un salto por el respaldo del sofá y se dejaba caer detrás de Thiago.

Antes de que nadie pudiera reaccionar, empezó a besarle el cuello.

«Perfecto, bienvenida a: Lametones juguetones. Justo lo que necesitas para sentir la envidia recorriéndote la espalda».

Thiago suspiró.

—Mase…

—¿Qué? —respondió él sin dejar de sonreír—. Parks no va a sorprenderse porque me pongas la polla dura y no pueda dejar de tocarte.

Sus manos se deslizaron bajo la camiseta de Thiago.

Landon se dejó caer hacia atrás.

—Tío, te dijimos que era una reunión de trabajo. El magreo no va incluido, aunque sea tu casa y tu novio.

—Te diré lo mismo, Princeso —respondió Mason, señalándolo—, cuando la Capitana América y tú me pidáis una de mis espléndidas habitaciones para desaparecer un rato y que te descorche el rabo.

Sienna lo miró con frialdad polar.

—Eso no va a pasar.

Landon giró la cabeza hacia ella.

—Ah, ¿no?

El tono pícaro me hizo arquear una ceja… y ponerme mala al mismo tiempo. Necesitaba desfogar, no ver porno en directo.

—No aquí ni ahora —dijo Sienna, firme—. ¿Os recuerdo que estamos con Naomi en FaceTime y que esto es serio? Gracias.

«Menos mal. Ya estaba empezando a sudar».

Landon se inclinó hacia su oído.

—Me pones muy cerdo cuando te pones mandona.

«Ya somos dos. Solo que a mí me gustan con casco y un buen sable láser».

Mason miró directamente a la cámara.

—Lo que yo te diga, estos hoy follan.

Aparté la mirada, fingiendo revisar la bolsa.

«Ojalá yo también tuviera ese tipo de problemas».

Thiago levantó la mano con calma infinita.

—¿Podemos volver, panda de salidos?

Silencio breve.

—Gracias —añadió.

Respiré hondo y volví al planeta Tierra.

—Vale. ¿Cuándo venís?

Sienna respondió.

—Para la *Bye Week*. De viernes a domingo.

Landon asintió.

—Nos coordinamos con Jax, Avery y Cami. Queremos pasar unos días allí… y darte por culo un rato sin que ellos pierdan el curro o las clases. No íbamos a desaprovechar la ocasión de estar todos juntos.

Eso me sacó una sonrisa real.

—¿Todos en Texas? ¿Como en los viejos tiempos? —Vale, eso sonaba peligrosamente adulto, y solo hacía tres meses que no nos veíamos—. Esto puede acabar en desastre galáctico.

—Exacto —asumió Fitzy—. Por eso ya reservé una habitación extra en el hotel. Cada oveja con su pareja…, o su trieja.

Tomó la barbilla de Thiago y lo besó profundo.

Parpadeé.

«Todos menos yo».

No tenía por qué sentirme fuera de lugar. Siempre había sido la rara del grupo y la soltera.

Aun así…

—No puedo creer que esto esté pasando tan rápido.

Sienna se encogió de hombros.

—Tu aplicación es buena. Era cuestión de tiempo que empezaran a escuchar y a tomar en serio tus propuestas.

Thiago añadió en voz baja:

—Solo deja huecos en el calendario para que podamos verte más allá de la reunión.

—¡Y con Valentino! —añadió Mason.

Arrugué la nariz. A ver…, sería injusto apartarlo si íbamos a estar todos juntos, teniendo en cuenta que su hermana y su cuñado eran parte del grupo. Aunque la idea me removía algo raro por dentro.

Mason soltó una carcajada.

—No jodas que seguís igual…

—Peor, para no perder la costumbre —respondí—, pero asumo que es parte del *pack*.

Landon levantó la taza.

—Te debemos una cena.

—Esperad a firmar el contrato y os llevo a algún sitio donde tiemblen vuestras Mastercards.

Landon rio por lo bajo.

—Vale. Voy a empezar a ahorrar.

Viéndolos ahí, juntos, supe que mis amigos no me habían olvidado, que, aunque nos separaran miles de millas, seguíamos siendo un equipo y que pronto podría abrazarlos otra vez.

Aunque eso implicara compartir tiempo… con Valentino Dalton.

CAPÍTULO 39



Valentino

Arrancamos la temporada con tres victorias consecutivas y Naomi convirtiéndose en la gurú silenciosa de la franquicia.

Ganamos a los Commanders 21 a 16.

Partido feo. De esos que no se celebraban, se sobrevivían.

Calor húmedo, estadio hostil y un *front seven* que parecía diseñado para destrozar costillas.

Salí del campo con el casco bajo el brazo y la sensación de que habíamos hecho lo justo para no quedar como idiotas.

La prensa habló de carácter. Yo hablé de errores y asumí mi parte de culpa, aunque no me gustara.

Papá me estuvo viendo desde las gradas. El estadio quedaba a veinte minutos de nuestra antigua casa.

En cuanto salí del túnel, lo vi apoyado en la barandilla. Recto. Impecable. El tiempo nunca pasaba por él.

El General.

Bajó los escalones sin prisa y me alcanzó antes de que entrara al vestuario visitante.

Palmada seca en el hombro. No lo abracé porque estaba sudado. Lo cierto era que me había pesado un poco que estuviese mirando.

—Nos ha costado.

No era una pregunta.

—Sí.

Me miró un segundo más de la cuenta.

—La victoria no siempre es elegante. En la guerra, hijo, lo importante es avanzar, aunque el terreno sea barro.

Tragué saliva.

—Podría haber leído mejor el blitz *en el tercer cuarto.*

—Lo hiciste un poco ajustado, no mal —corrigió—. Y sobreviviste. En mi trabajo, eso es lo que separa a un soldado de un cadáver.

Siempre hablaba así. Siempre en términos de combate. A veces pensaba que no sabía hacer otra cosa, aunque siempre sentimos que nos quería. Mamá era el corazón y él la roca que nos sostenía.

Me quitó el casco de la mano y lo sostuvo un segundo, como si pesara más de la cuenta.

—Tu madre estaría orgullosa.

La frase cayó despacio, apenas pude tragar.

—No ha sido el partido brillante que me hubiera gustado ofrecerle en casa —murmuré.

Él inclinó la cabeza.

—Brillante es el desfile después de la victoria. La batalla nunca lo es, y a ti todavía te faltan unas cuantas, soldado.

Silencio.

El ruido del estadio apagándose a nuestro alrededor.

—¿Te golpearon mucho?

—Estoy bien.

—No me refiero al cuerpo.

Ahí fue cuando se me encogió algo dentro.

Me sostuvo la mirada.

—Un comandante no puede permitirse dudar en mitad del campo, pero tampoco puede permitirse mentirse fuera de él. Es importante que, además de mantener la cabeza sobre tus hombros, no dejes que el enemigo se te meta en el cerebro, eso es lo más peligroso. Mente fría, Dalton.

Mi mandíbula se tensó.

—No estoy dudando.

Él esbozó una media sonrisa mínima.

—Claro que sí, aunque es lógico dada tu juventud, eso te lo da la experiencia.

Volvió a colocarme el casco contra el pecho.

—Recuerda esto: cuando el enemigo te desestabiliza, no siempre es porque te supera. A veces es porque has bajado la guardia en el frente equivocado.

Mi respiración se hizo más pesada.

—No he bajado la guardia.

Me dolía quedar mal delante de él.

—Entonces, afila la espada —dijo con calma—. Porque el próximo rival no será más amable. ¿Cenamos juntos?

—Tengo que ducharme, el hielo, el fisio e ir con el equipo al hotel… Ya sabes… Cogemos el vuelo de vuelta esta misma noche. Lo siento.

—No pasa nada, no falta mucho para Acción de Gracias, cuídate.

Se dio media vuelta y empezó a caminar hacia la salida.

El siguiente domingo fue un poco distinto.

Rams en casa, ganamos 34 a 21.

Marcador bonito. Estadísticas limpias. Whitaker también tuvo *snaps*. Nada dramático, pero suficientes para que el estadio murmurara lo justo.

«Profundidad de plantilla» lo llamaron.

Yo lo llamé «recordatorio».

Estábamos ganando y, aun así, algo no encajaba.

No era el brazo, no era la lectura, no era el *playbook*. Era otra cosa.

Desde aquella conversación del domingo… —y no me refería a la de mi padre—, desde que Naomi dejó de ser solo gemidos y empezó a ser confesiones…, algo se había movido en mi balanza mental.

No volví a hacer directos.

Val Daver era el rey del sexo oscuro, no el tipo que escuchaba, y ahora… Ahora hablábamos una vez por semana.

Como si fuera normal, como si se hubiera vuelto un hábito.

Como si yo no fuera el *quarterback* de los Dallas Cowboys y ella no trabajara en el mismo maldito edificio.

Como si yo no supiera con exactitud quién era su jefe y lo que le apetecía hacer con ella. Y ahí estaba el problema.

Porque cada vez se abría más en nuestras conversaciones, y lo hacía con él, no conmigo. Y no, no me refería a Grayson, sino a mí mismo.

¿Tenía sentido lo que me pasaba?

El lunes siguiente, cuando volvimos de Landover, le abrí un privado por la noche. Y ni siquiera supe por qué, en lugar de ponerme en mi rol, le pregunté qué tal le había ido la semana.

Trabajo, estrés, cansancio acumulado. Lo habitual.

Hasta que, por primera vez desde que empezamos a interactuar, cambió el rumbo.

@Rey_Parks03: Oye…, ¿tú solo te dedicas a ser el lord Oscuro o curras de algo más? No malpienses, no te juzgo, es simple curiosidad.

Sonreí sin querer.

@Val_Daver: Tengo otra vida.

Tres puntos.

@Rey_Parks03: Ah, ¿sí? ¿OnlyFans?

Negué y chasqueé la lengua.

@Val_Daver: Trabajo del que se convierte en rutina, obligaciones, como todo el mundo.

«No todos son el QB1 de los Warriors», me dijo mi consciencia, y la puse en modo *mute*.

@Rey_Parks03: ¿Es físico? Lo digo porque estás muy en forma.

Me quedé mirando la pantalla.

Demasiado perspicaz.

@Val_Daver: Bastante.

Tardó medio segundo.

@Rey_Parks03: Vale. Deja que adivine, suelo ser bastante buena.

«Ni te vas a acercar».

@Rey_Parks03: Entrenador personal.

«Podría entrenarte si lo quisieras y de un modo tremendamente personal».
Negué con la cabeza, aunque no pudiera verme.

@Val_Daver: No.
@Rey_Parks03: Bombero.

«No tienes ni puta idea de cómo me haces arder y me pones la manguera».

@Val_Daver: No salvo a nadie de incendios.
@Rey_Parks03: Ya, tú eres más de provocarlos. Doble de escenas de acción.

Sonreí.
«Acción sí que iba a darte yo a ti».

@Val_Daver: Tampoco salto desde edificios.

Pausa.

@Rey_Parks03: ¿Actor de los que están tremendamente buenos?

Reí por dentro.

@Val_Daver: No hago películas.

«Solo me monto una porno contigo en mi cabeza».
Tres segundos.

@Val_Daver: Para adultos tampoco, si es lo que estabas pensando.

«Porque yo sí, y contigo de coprotagonista».
La notificación apareció casi instantánea.

@Rey_Parks03: ¡Oye!

Sonreí.

@Val_Daver: Aunque hay mucho sudor y bastantes gemidos.

«No obstante, no son tan divertidos como los tuyos».
Silencio.
Mi respiración se volvió más pesada.

@Rey_Parks03: Eso no ayuda.
@Val_Daver: ¿Te distrae?
@Rey_Parks03: Me genera imágenes mentales innecesarias.

Mi pulso se aceleró.
Porque sabía con exactitud qué tipo de imágenes estaba generando.

@Val_Daver: Mi trabajo exige disciplina.
@Rey_Parks03: ¿Eres militar? ¿Amo de BDSM?

Por un segundo pensé en mi padre, después en el puto Gray.

@Val_Daver: No.
@Rey_Parks03: Entonces, ¿qué haces?

Ahí estaba el límite.
La línea que no podía cruzar.

@Val_Daver: Ponerte cachonda, eso se me da genial.

Silencio.

@Rey_Parks03: Vale, lo pillo, no quieres hablar de ello porque eres atracador de bancos profesional. Muy bien, lord Oscuro…

«Lo que me gustaría robar no está precisamente en un banco».

@Rey_Parks03: ¿Entrenas todos los días?

@Val_Daver: Casi.

@Rey_Parks03: Entonces, no eres actor porno, pero sí hay sudor y gemidos. ¿Estoy en lo cierto si pienso que te pagan por… rendir?

Mi respiración se volvió más lenta.

@Val_Daver: Siempre.

Silencio y, entonces, lo dijo.

@Rey_Parks03: Debe ser excitante.

No sabía si hablaba del trabajo o de la idea.

@Val_Daver: Lo es cuando controlas el resultado.

«Yo no estoy controlando nada contigo».

@Rey_Parks03: Oh, sí, eso es mágico…

Volvimos a hablar un rato más, hasta que me dijo que tenía que dormir.

Al lunes siguiente repetimos, volvíamos a tener partido fuera de casa y ella me comentó que le tocaba volver a viajar, y que esa vez su jefe la iba a acompañar.

Fue como una patada en las pelotas.

@Val_Daver: No puedes tirarte a tu jefe.

«Dime que no te lo has planteado».

Ella tardó unos segundos.

@Rey_Parks03: ¿Porque complicaría las cosas?

«¡Me cago en la hostia!».

Respiré lento.

No podía decirle que sabía a la perfección quién era su jefe. No podía decirle que lo veía cada día comiendo con ella, no solo lo que había en el plato, también con los ojos.

@Rey_Parks03: A ver… Tenemos muy buen rollo, es de las pocas personas que me entiende, es amable, está bueno…

Iba a salirme un puto sarpullido después de leer todo eso.

@Rey_Parks03: Y entiendo tu punto, lo de no mezclar por la diferencia de rango o si no sabemos separar, pero es que hace mucho que no…, bueno…, ya sabes. Me he tocado contigo, o jugado con mis juguetes, pero… Nada completo hasta el final.

Mi pulso dio un golpe seco. Maldita sea.

@Val_Daver: Eso no es excusa.
@Rey_Parks03: Imagino que para un tío como tú… suena bastante patético, la verdad.

No lo era. No para mí. Solo significaba que ella elegía y no se iba con cualquiera, cada persona era libre de hacerlo cuándo, cómo y con quien quisiera.

@Val_Daver: No lo es. Aunque estoy contigo con que tu jefe se puede confundir y a veces no basta con ser adulto para no hacerse pajas mentales. Contigo sería muy fácil, ¿sabes?
@Rey_Parks03: Eso ha sonado a halago, no necesito que me endulces los oídos.
@Val_Daver: Eso ha sonado a realidad ¿No hay nadie más que te ponga? Más allá de mí.

Lo escribí con calma. Mentira, mi pulso estaba disparado.

@Rey_Parks03: La cosa está bastante difícil.
@Val_Daver: Haz un esfuerzo. ¿Nadie? No te creo. Eres guapa, lista, divertida y morbosa. ¿Los tíos que conoces están ciegos?

Silencio.
Los tres puntos aparecieron.
«¿Por qué he preguntado eso? Soy superconsciente de que si no han movido ficha es porque su dinero está en riesgo. Todos, menos yo, han apostado cuándo se la tiraría el maldito Joneson».

Desaparecieron.
Volvieron.

@Rey_Parks03: Bueno…, puede que haya alguien. Pero la idea sería tan terrible como acostarse con Gray.

Mi estómago se contrajo.
«Eso es imposible».

@Val_Daver: ¿Por qué?

Necesitaba saberlo y necesitaba que dijera mi puto nombre, no el del maldito Val Daver.

@Rey_Parks03: ¿Oye, en qué momento tú y yo hemos pasado a hablar de estas cosas en lugar de montarnos un festival de orgasmos?

«Porque ya no eres solo eso, o puede que nunca lo hayas sido».

@Val_Daver: ¿Eso es lo único que quieres de mí?

Silencio.
Mi propia pregunta me incomodó.

@Rey_Parks03: A ver…, no me malinterpretes. Es solo que si me conectaba a tus directos era para jadear un rato, destensar y ahora…, no quiero decir que esto no sea agradable. Lo es. Pero… ¿forma parte del castigo? Porque estoy que me muero de ganas de…
@Val_Daver: ¿De?

Mi mano se tensó sobre el móvil.

@Rey_Parks03: De que vuelva a tentarme con su lado oscuro, mi lord.

Mi polla dio un sobresalto traicionero.
Tal vez, si la contentara, ganaría algo de tiempo… O quizá, si la hiciera pensar en otra cosa…
Joder.

Respiré.
Control.

@Val_Daver: Puedo perdonarte y jugar contigo si haces algo por mí.
@Rey_Parks03: ¿El qué?
@Val_Daver: Cuéntame por quién te compraste ese vibrador con mi casco. Y cuéntame lo que pasó ese día. Sin dejarte nada.

Mi corazón latía fuerte.
Necesitaba saberlo, necesitaba asegurarme y si ese recuerdo me pertenecía.

@Val_Daver: Y cuando digo todo, me refiero a que no te guardes nada. ¿Te ves capaz, reina?

Por fuera era provocación.
Por dentro, celos.
Necesitaba que ese recuerdo me perteneciera.
Porque la idea de que otro hombre la hubiera tenido así en la cabeza… Me estaba volviendo loco.
Un segundo. Dos. Tres.
Los puntos aparecieron en pantalla.

@Rey_Parks03: Me veo capaz.

Una sonrisa lenta me curvó la boca.
«Bien».

@Val_Daver: Muy bien. Lo harás por mensaje de audio.

Dejé pasar un segundo antes de seguir escribiendo.

@Val_Daver: Y no me importa si dura lo que un podcast *entero. Cuando lo haya escuchado, te daré mi veredicto.*

La pausa quedó suspendida.
Control recuperado.
Distancia segura.
O de eso intentaba convencerme.

@Val_Daver: Hasta entonces…, descansa, mi reina.

Apagué la pantalla antes de que pudiera responder.

Y me quedé mirando el reflejo oscuro del móvil, con el pulso demasiado acelerado para alguien que se suponía que tenía todo bajo control.

CAPÍTULO 40



Naomi

Me pasé tres días mirando el botón de grabar como si fuera el de autodestrucción del Halcón Milenario.

Abría el chat, lo miraba, lo cerraba.

Repetí una y otra vez. Ni que fuera un entrenamiento de Volkova.

Una cosa era esconderse detrás de un *nick*, otra hacerse una paja *online* con tu placer culpable y otra muy distinta enviarle un audio personal a ese mandón oscuro.

«Cuéntame por quién te compraste ese vibrador con mi casco. Y cuéntame lo que pasó ese día. Sin dejarte nada».

Había dicho que sí demasiado rápido. Sobre todo, porque necesitaba sacar de alguna forma toda esa energía que llevaba semanas acumulando desde que estaba en Texas y que amenazaba con hacerme cometer una estupidez.

Su voz, recreada por mis neuronas cada vez que leía sus mensajes, llevaba pegada a mi nuca desde entonces, grave, segura. Sabía que tenía que quitármela de encima antes de que fuera demasiado tarde y la liara durante el viaje de esta semana tomando

una decisión pésima que me arruinara la temporada y, de paso, el trabajo.

El jueves, después de un buen atracón de *flic-flacs*, mortales y carreras hacia el potro, con el cerebro frito por pensar cosas que no debía, me rendí.

Busqué la *app* por la que nos mandábamos privados y pulsé grabar audio.

—Vale…, hola —susurré, roja, aunque nadie pudiera verme—. Esto es ridículo…

Paré. Me reí sola. Carraspeé.

Me di mil motivos para no hacerlo y volví a pulsar el botón.

Narré lo que me había pedido entre pausas, temblores y bastante calor. A medida que le iba dando voz al recuerdo, mientras le daba contexto y explicaba la mayor locura cometida en mi vida, algo raro pasó.

Supuse que lo mismo que cuando Rey descubre que puede usar la Fuerza sin saber todavía cómo.

No era que me gustara hablar de ello con mi señor oscuro, era que me gustaba imaginar su reacción cuando él me escuchara.

¿Se excitaría igual que yo?

Cuando terminé de hablar, miré la pantalla como si hubiera activado un misil y pulsé enviar.

Hecho.

Quise morir.

Ahora solo quedaba esperar.

Los Ángeles, 4 años antes

La tienda era gigantesca.

Un templo friki con pasillos infinitos, armaduras colgando del techo y más sables láser de los que una persona adulta debería necesitar.

Yo me sentía como una intrusa feliz junto a Camila, mi recién descubierta mejor amiga y nueva compañera del equipo de gimnasia artística.

Quien nos viera juntas pensaría que no pegábamos ni con cola, y probablemente tuviera razón.

Ella era un huracán caribeño, libre, deslenguada, con ese desparpajo que me hacía dudar de si era real o un avatar. Y, aun así, encajábamos.

Avanzaba entre estantes como si hubiera nacido allí.

—Nada de esas cosas feas peludas —me avisó, señalándome.

—Se llaman *wookiees*.

—Me da igual. No vas a esconderte detrás de un matojo de pelo.

—Chewbacca tiene presencia escénica.

—Chewbacca tiene pinta de perro mojado que necesita desparasitarse. Lo que buscamos es que un tío quiera desvirgarte, no ponerte una pipeta en el veterinario de guardia.

Suspiré mientras repasaba posibilidades. No sabía si estaba lista para algo así.

—De verdad, no sé por qué he dicho que sí a esto.

Camila se apoyó en un expositor de máscaras.

—Porque tienes diecinueve años, eres lista, *sexy*, aunque no lo veas, y llevas demasiado tiempo viviendo dentro de tu cabeza. En una nave espacial muy muy solitaria.

—Yo salgo.

—A competiciones, a tus juegos de rol con tipos igual o más *nerds* y vírgenes que tú, Naomi. No a fiestas universitarias con alcohol y ganas de follar.

—Con la que fui el primer año tuve suficiente.

Sonrió con esa mirada peligrosa que usaba cuando estaba a punto de arrastrarme a algo.

—No lo tuviste, si no, no estarías a punto de ir a una fiesta *cosplay* con pinta de terminar en orgía contraataca. Nadie te va a obligar a nada, tú misma me lo contaste. Habrá más seguridad que en el Pentágono. Y si todos son tan inexpertos como tú, dudo que pases del magreo inicial. Solo debes comportarte como otra persona, divertirte y explorar.

Otra persona…

Quizá eso era lo que me atraía.

Allí no sería la cerebrito, ni la gimnasta antisocial ni la chica que todavía pensaba demasiado en un beso que nunca debió ocurrir.

Valentino Dalton, menudo idiota.

Apreté los labios y seguí mirando; los de princesa Leia estaban muy trillados. Entonces, lo vi.

El traje de Rey. Blanco, simple, elegante... Me representaba.

Lo toqué con las puntas de los dedos.

—Este —murmuré.

Camila ladeó la cabeza.

—Tiene tu rollo…, pero no va con tu tono de piel. ¿Qué tal… este?

Agitó las cejas y sacó su elección del perchero.

Su opción era en tonos tierra, de gasa y cuero. Aberturas en los muslos y un escote imposible de ignorar.

—Fíjate, justo el mensaje que buscas dar.

—¿Cuál?

—Voy a fundirte el sable láser, colega.

Eso me hizo reír.

—Y podemos añadir el palitroque, por si alguien se pasa.

—No sé si voy a sentirme cómoda llevando algo así.

—¿Quieres abrir la compuerta de tu nave nodriza? Pues lo primero es que alguien quiera entrar, y con mi selección te aseguro que más de uno llamará a tu puerta para follar.

Me lo puso contra el pecho mientras se perdía buscando accesorios; yo seguí acariciando la tela, pensando en cómo se sentiría contra mi piel.

Intentando ignorar la sensación extraña de estar tomando una decisión importante.

En aquel momento no sabía que alguien se había quedado muy quieto al oírnos hablar, y seguía ignorándolo ahora.

Al final me quedé el disfraz, los complementos y el bastón de combate desmontable.

Acepté que Camila me peinara con el pelo suelto y un par de *moñetes* que decía que eran su sello personal.

Dentro del traje había algunos bolsillos internos, lo justo para la cartera, el móvil, las llaves y un *spray* pimienta que insistió en que llevara.

—Estás tremenda, si te gustaran las chicas te estrenaba yo. —Me guiñó un ojo—. Recuerda, hoy eres otra, pero siempre debes ser fiel a ti misma. Si lo deseas, ve a por ello sin temer las consecuencias; te lo debes, y a tu estilista.

Después de sus buenos deseos, me metí en el Uber y le di la dirección al conductor, que no dejaba de mirarme por el espejito interior.

«Vamos, Naomi, vive un poco y adopta tu rol».

Nada más llegar, supe que la fiesta iba a ser de otra galaxia.

Luces led rojas, azules y moradas te daban la bienvenida al local.

La música profunda vibraba en el pecho. Máscaras, capas, risitas nerviosas, miradas largas.

Todo el mundo jugaba a ser alguien más y era la primera vez que iba a un lugar así sola.

«Confía, Rey».

Una persona de la organización me dio la bienvenida, me explicó las normas y los juegos que se desempeñarían para romper el hielo. Todo parecía muy estudiado para que nadie se sintiera fuera de lugar…, aunque yo seguía sintiéndome justo así.

Vi mi reflejo en un espejo y casi no me reconocí. Parecía más valiente, más peligrosa. Como alguien capaz de dar un paso adelante sin pensarlo demasiado.

Mi figura atlética y el tono de mi piel, heredado de mi abuela, que era filipina, me hacían deslumbrar; mi amiga tenía razón.

Las pruebas eran absurdamente sensuales: juegos de parejas, retos de confianza, duelos a ciegas donde solo podías tocar manos y adivinar quién estaba al otro lado…

Al principio me sentí extraña.

Había varios grupos ya formados y pocos como yo desperdigados, o más bien pocas. Algunos chicos se acercaron con sonrisas ensayadas. Uno vestido de piloto rebelde intentó sacar conversación sobre naves espaciales, otro me pidió participar en un juego nada más verme, pero algo no terminaba de encajar.

Sonreía, respondía y todo se quedaba ahí, demasiado forzado y sin chispa.

«Métete en tu papel, Park», me recriminé.

Un chico con máscara plateada me tomó de la mano para arrastrarme a la pista improvisada. No era un mal bailarín, solo estaba demasiado cerca, demasiado rápido. Reí incómoda, seguí el ritmo un par de canciones y me aparté con una excusa torpe.

No era el ambiente, no era la gente, era yo, que estaba mirando la fiesta desde fuera, como si aún no hubiera cruzado realmente la puerta ni me hubiese hecho con el personaje.

¿De verdad quería eso? ¿Deseaba que mi primera vez fuera con un extraño en una fiesta programada para pillar?

Ya no estaba segura.

Fui a la barra a pedir algo que no tuviera demasiado alcohol, lo justo para relajarme un poco y decidir si Cami tenía razón y le daba demasiadas vueltas a todo.

El primer sorbo me calentó la garganta. El segundo aflojó el nudo de mi pecho.

La música seguía, algunas parejas ya se tocaban como si se conocieran de toda la vida, risas más altas, cuerpos moviéndose sin vergüenza y yo sin encajar.

Quizá eso no era para mí.

Pensé en irme, en sacar el móvil, pedir otro Uber y fingir que había sido una anécdota que jamás iba a contar.

Y, entonces, lo sentí, algo cambió en el ambiente, una energía distinta que hizo que varias personas se callaran y giraran el rostro, también yo.

Negro absoluto, capa larga, casco reluciente.

No supe qué ocurrió con exactitud, solo lo que sentí. Un giro de los acontecimientos que me hizo pensar que alguien había cambiado las coordenadas del lugar y todo, absolutamente todo.

Mis ojos buscaban esa figura desconocida que imponía. Era más alto y ancho que la media. Tenía estructura de atleta. De eso entendía un rato. No hablaba con nadie, no se detenía.

Caminaba con calma, sin prisa, sabiendo que las pocas mujeres del evento suspiraban en cuanto pasaba por su lado.

Varias personas intentaron llamar su atención. Él no reaccionó, tragué con fuerza cuando entendí que venía directo hacia mí.

La respiración distorsionada me recorrió la espalda antes de que hablara.

—*Jedi* —dijo aquella voz metálica, grave, modulada—. Parece que el destino ha decidido intervenir.

No tenía ni idea de qué hablaba.

Tragué saliva, algo en mi pecho dio un salto.

No veía su rostro. No sabía quién era, salvo que me sacaba una cabeza y media y que su complexión era más fuerte que la de cualquiera…, o eso aparentaba bajo el traje.

Su presencia llenaba el espacio. No era el más extravagante, solo el más seguro, el único que no parecía necesitar demostrar nada.

—¿Y tú eres? —pregunté, intentando sonar firme.

—¿De verdad necesitas preguntarlo?

Me encogí de hombros.

—Mi fama me precede, aunque a ti solo debería importarte que soy alguien que lleva un rato observando cómo finges que encajas sin hacerlo, porque ya estás predestinada a mí.

Me quedé quieta.

—Perdona, ¿qué?

—Bailas con quien no quieres —enumeró con calma—. Finges, pero te incomodan. Bebes lo justo para convencerte de que te estás soltando, a sabiendas de que no has venido a eso.

El calor me subió por el cuello.

—Ah, ¿no? ¿Y a qué he venido?

—A cruzar una línea.

«Maldito».

La risa se me escapó, más nerviosa de lo que debería.

Recordé mi papel. Hoy podía ser quien quisiera y este hombre sí me empujaba a hacerlo.

—Eso es muy presuntuoso, incluso para un Vader.

Se inclinó apenas hacia mí.

—La presunción es hablar sin pruebas. Yo solo describo lo que veo.

El tono, esa manera de decirlo, de aproximarse invadiendo lo justo.

—¿Y según tu análisis? —pregunté.

—Según mi análisis, estabas a punto de irte, salvo que no lo has hecho.

El pulso se me disparó.

—¿Y por qué no lo he hecho ya?

Su casco reflejó la luz roja cuando ladeó ligeramente la cabeza.

—Porque por fin ha aparecido lo que estás buscando.

Ese hombre me provocaba y hacía salir una personalidad desconocida, curiosa y que deseaba más.

—¿Y tú eres lo que busco? —desafié.

—La respuesta ya está en ti.

La forma en la que lo dijo no sonó arrogante, sonó a elegido.

Una asistente pasó cerca, entregando tarjetas para la siguiente dinámica. Él tomó una sin apartar el visor de mí y me la mostró.

«Busca a tu opuesto. Forma alianza. Solo quien se atreva a elegir sin indicaciones podrá cruzar a la zona oscura».

—Está claro que acaban de pedirme que busque a mi reina —comentó.

Parpadeé al leer el mensaje.

—Ahí no pone que sea yo.

—No necesito que nadie me diga a quién elegir, solo que ese alguien desee sentirse mi elegida.

No alzó la voz, no se inclinó más, no tocó, simplemente esperó.

—Soy una *jedi* —repliqué, intentando recuperar terreno.

—Una que lleva demasiado tiempo usando la Fuerza para controlarlo todo.

Mi respiración cambió.

—¿Y qué propones, lord Oscuro?

Esta vez no respondió de inmediato.

Se acercó lo justo para que el sonido de su respiración me envolviera.

—Que dejes de analizarlo todo durante cinco minutos y te rindas a tus anhelos más profundos.

Una voz en *off* anunció que quienes ya hubieran formado pareja podían pasar a la «zona oscura».

El corazón se me subió a la garganta.

Él extendió la mano enguantada, ofreciéndomela.

—Ven conmigo, *jedi*. No va a pasar nada que no quieras que pase, tienes mi palabra.

Por primera vez en toda la noche…, no pensé en marcharme, sino en quedarme, vivir la experiencia, dejarme llevar.

Tomé su mano y lo seguí hacia la oscuridad.

CAPÍTULO 41



Valentino

El audio duraba menos de lo que yo habría querido.

Lo supe antes siquiera de darle al *play* porque llevaba diez minutos mirando la pantalla como un idiota, con el pulgar suspendido sobre el botón.

@Rey_Parks03.

Ella. Naomi. La chica que me había partido la nariz años atrás y que, sin saberlo, llevaba demasiado tiempo viviendo en mi cabeza.

Pulsé reproducir, su voz salió baja, dudosa.

—Vale…, hola…, esto es ridículo.

Cortó, y eso me hizo sonreír; seguro que había soltado alguna palabrota mental.

Me apoyé contra el respaldo del sofá y cerré los ojos.

Podía imaginarla a la perfección: roja, nerviosa, mordiéndose el labio mientras hablaba. La misma chica que analizaba el mundo como si fuera un problema matemático y que en ese momento me estaba entregando algo real.

Demasiado real, algo que ansiaba escuchar desde hacía años. Quería verme a través de sus recuerdos, oír cómo lo había vivido ella, cómo sintió aquella noche.

Me pasé una mano por la nuca cuando empezó a narrar la fiesta.

La respiración me cambió el ritmo porque lo recordaba todo, yo también había estado allí. No por casualidad, por ella.

Desde que la escuché en la tienda.

Aquel día había ido a buscar una pieza de coleccionista que había reservado. Mientras iban a buscarla al almacén, las vi entrar y tuve la insana necesidad de seguirlas y escuchar.

Su risa primero, en la zona de los disfraces. Oí toda la conversación y algo se encendió dentro de mí ante su propósito, porque Naomi Park jamás hacía cosas impulsivas.

Y la idea de que pudiera lanzarse a algo así…, a perder la virginidad con un desconocido que no la conociera realmente… me puso nervioso de una manera ridícula.

No debería haberme importado, aunque lo hacía, porque yo llevaba un maldito año obsesionado, desde que nos besamos en aquella fiesta ridícula.

Salí de la tienda con un plan y un traje que salvaguardara mi identidad.

Al principio solo pensé en protegerla; una orgía de *cosplay* no me parecía el mejor lugar para la primera vez de nadie. Camila Ortiz estaba como una puta regadera, alentando a su amiga a ir sola a un lugar así, donde cualquier pervertido podía estar oculto bajo una identidad secreta.

Busqué la fiesta en foros frikis, grupos privados, enlaces ocultos. Hasta encontrarla. Placer de otra Galaxia en la mayor fiesta +18 *Star Wars Cosplay*, déjate llevar por tu lado oscuro. Juegos, dinámicas y mucha fuerza.

Si iba a protegerla de indeseables, tenía que hacerlo desde un lugar donde no supiera quién era yo, por eso me compré el traje de Darth y un modulador de voz.

La voz de Naomi seguía sonando en el audio y cada palabra me devolvía allí.

Al vestido en tonos tierra que era una puta declaración de intenciones. Era tan fino que, si te fijabas bien, le veías los pezones…, y esas aberturas… ¡Dios! Por poco la cargué a hombros en cuanto la vi.

Se me secó la boca al recordarla.

Porque la observé durante casi veinte minutos antes de acercarme.

La vi intentando encajar, sonriendo con educación, bailando con tipos que no le interesaban, mirando la salida más de una vez.

Y aunque debí empujarla a hacer eso, no lo hice y, en su lugar, cuando la vi en la barra, me acerqué.

Tenía el pulso demasiado alto, el cuerpo tenso, la mandíbula apretada. Me había devuelto directamente al momento en que le ofrecí la mano, tuve que llevarla a la salida y, sin embargo, fui directo a la zona oscura, al instante en que dejó de analizar y decidió confiar en mí, en el tío al que juró no acercarse en la vida.

Podía recordar el tacto de su mano dentro del guante y todo lo que vino después.

Los Ángeles, 4 años antes

La zona oscura no era realmente oscura. Era peor. No se veía nada. Solo podías escuchar la música mezclada con respiraciones bajas y urgencia contenida.

No Ordinary Love, de Sade, daba banda sonora a la escena que no podíamos ver.

Un lugar en el que poder estar muy cerca y permitirse perder el control. Y Naomi Park acababa de entrar conmigo.

Su mano era más pequeña dentro del guante, más caliente de lo que esperaba. La guie despacio porque no quería asustarla, quizá bailar un poco, sentir el contacto.

No podía ver sus ojos, pero podía sentir su respiración acelerarse y ese aroma tan jugoso penetrando en mis fosas nasales.

La acerqué a mi cuerpo y dejé que se acostumbrara a mi tamaño.

—Bailemos.

—Necesito dejar el bastón en algún sitio, me da miedo clavárselo a alguien en un ojo.

Avanzamos a tientas hasta dar con una pared, el lugar perfecto; ella lo dejó apoyado.

Tragué saliva dentro del casco.

Puse una mano en su cintura con cuidado, dejando espacio. La otra buscó la suya, y cuando sus dedos se cerraron alrededor de los míos, sentí un latigazo que me recorrió el pecho.

Lento, todo tenía que ser lento y consensuado.

«¿Qué cojones estás haciendo, Dalton?».

Empezamos a movernos apenas, casi sin desplazarnos, siguiendo el ritmo grave de la canción.

Ella respiraba rápido.

Lo notaba en cómo subía y bajaba su pecho contra la tela mientras yo era incapaz de dejar de pensar en sus pezones.

No hablaba.

Yo tampoco, a duras penas podía moverme sin que notara mi erección.

La primera vez que su cuerpo rozó el mío fue accidental, un giro mínimo, un paso corto, su muslo rozando el mío y yo pensando en la abertura, en colar mi mano enguantada a través de ella.

Me obligué a mantener la mano donde estaba y a tragar con fuerza.

«Control. Puedes hacerlo, joder, solo has venido a protegerla».

«Y a follártela, a poder ser».

«¡Cállate!».

Lo habría logrado si ella no se hubiera acercado todavía más. Lo justo para que dejara de ser un baile correcto y empezara a transformarse en algo distinto.

Sentí su calor incluso a través del traje.

La forma en que inclinaba ligeramente la cabeza hacia mí, como si intentara escuchar la respiración distorsionada del casco.

Levanté la mano libre, despacio, y rocé su espalda, apenas la tela.

El mundo alrededor desapareció.

Solo existía la forma en que se amoldaba a mí. La sensación de que estaba dejando de pensar.

Eso fue lo que me golpeó de verdad: Naomi Park confiando en mí.

Nadie importaba, solo ella.

Cuando noté la pared detrás de su espalda, supe que habíamos llegado demasiado lejos para fingir que aquello seguía siendo un juego.

El aire entre nosotros se volvió denso, cargado de deseo.

No podía ver sus ojos, pero sí sentir la intensidad.

Mi mano subió despacio desde su cintura hasta la curva de su costado.

Nunca había querido quitarme el casco tanto como en ese momento.

Quería ver su cara, recorrer su boca con la mía, saber qué pensaría si la besaba de nuevo…, pero no podía. Era demasiado arriesgado.

Incliné ligeramente la cabeza hacia su oído.

La voz distorsionada salió más baja, más ronca.

—Dime lo que quieres y lo haré… —murmuré—. Y si en algún momento quieres parar, detenme.

Silencio.

El tipo de silencio que dejaba al cuerpo entero en alerta, sin saber si vendría acuerdo… o una patada en las pelotas.

Entonces, habló.

—Hazme desear el lado oscuro, mi lord. Llévame a él.

Tomó mi mano y la llevó a su pecho.

«¡A la mierda la contención!».

La suya subió con lentitud por mi brazo, explorando la tela negra como si intentara descubrir quién había debajo, y yo apreté la mandíbula para no perder el control.

La música seguía latiendo mientras mis dedos empezaron a actuar por voluntad propia, pellizcando el pezón a través del tejido que nos separaba.

Su gemido me destrozó. Supe que ya no había vuelta atrás.

Metí la mano enguantada bajo la tela. Quería memorizarla sin nada de por medio, lo cual era imposible, pero por el momento tendría que bastar.

Amasé sus pechos, arrancándole sonidos ahogados que su garganta no podía contener.

Estaba sudando con tanta ropa, no me importaba, solo quería hacerle sentir lo que había venido a buscar.

Quería torturarla con los dientes, la lengua, los labios. Lo único que podía hacer era recrearlo en mi mente, y os aseguro que era muy potente.

—Tócame… —farfulló, sorprendiéndome al instarme a bajar mi mano por su abdomen.

«Hostia…», gruñí para mis adentros, porque no la imaginaba para nada así de atrevida.

Pasé la palma por la tripa y recorrí la porción de piel que la abertura del vestido me permitía palpar. Me maldije por no poder hacerlo como deseaba. Tendría que conformarme con la reproducción 4K de mi imaginación porque ni siquiera podía observarla.

Me centré en sentir las contracciones musculares contra mi torso mientras bajaba la mano y acariciaba con los dedos el centro de su sexo.

Lo imaginé húmedo, caliente, deseoso, inexplorado…

«Joder…».

Ni aunque hubiera querido podría haberme detenido al sentir cómo se restregaba contra mi mano temblorosa. Sus dedos trataron de asirse al disfraz y, al no poder, acabaron aferrándose a mis antebrazos.

—Sigue…

La cabeza me daba vueltas.

—¿Estás segura? —farfullé.

—¡Sí! No me dejes pensar, solo quiero atreverme una vez…

No iba a ser yo quien se negara.

Aparté la prenda interior y mis dedos se desplazaron por su carne sin dificultad. Si el cuero no los cubriera, los tendría empapados.

La llevé al límite, recorriendo el clítoris, los labios, rodeando la tentadora abertura.

—Más…, quiero más…

—Eres una *jedi* muy exigente.

—Y tú un señor oscuro demasiado paciente…

Eso me hizo sonreír. No quería pasarme, teniendo en cuenta que nunca había estado con nadie.

La idea, lejos de repelerme, me sedujo. Iba a entregarse voluntariamente. La misma mujer que me rompió la nariz.

Sabía que, si se lo preguntaba, podría joder el instante, pero aun así…

—¿Estás convencida de esto? ¿No quieres saber quién soy?

Mi corazón golpeaba como un loco y mi polla ya no podía estar más rígida dentro del pantalón.

Sin embargo, tenía que darle la opción. La posibilidad de parar y partirme la cara por haber llegado tan lejos.

—No…, me da igual eso… —respondió entrecortada—. Si me importara no estaría aquí. Y quiero… quiero…

—¿Qué quieres? —pregunté, hechizado.

—Quiero entregarme a ti, mi lord Oscuro, quiero que…

—Dilo. —Tanteé su entrada de nuevo.

—Quiero que me folles.

«¡Me cago en la puta! ¡¿Para qué cojones preguntas, Dalton?!».

Casi me corrí en los pantalones cuando empujó contra mi dedo y lo sentí entrar en su interior.

El gemido me partió los esquemas y, a partir de ahí, dejé de pensar con claridad. Quizá no lo había hecho desde que entré en el local.

Empecé a prepararla para mi invasión. No podía hacer otra cosa… Bueno, sí podía, pero no me daban las neuronas. Las tenía todas concentradas en la polla.

Me ocupé de estimularla lo suficiente para que se retorciera entre mis brazos, para que sus jadeos salieran descontrolados y dejara marcas en mi piel.

Cada vez entraba un poco más, hasta notar la fina membrana que me oponía resistencia.

Hasta ahí podía llegar…

Entonces, una de sus manos hizo algo inesperado.

Bajó a mi bragueta y, por puro instinto, empezó a masturbarme sobre el pantalón.

Estaba tan excitado que no soportaba el roce.

—No hagas eso, Rey.

—¿Por qué?

—Porque harás que me corra y no podré…, a no ser que no quieras que…

—Quiero, quiero…

—Entonces, deja que te prepare bien.

Y juro que lo hice, puse todo mi empeño. La escuché suplicar unas cuantas veces hasta llevarla al límite, hasta tenerla tan húmeda y dilatada que acabó implorando.

—Tengo condones —me informó.

Palpó el vestido y yo pensé rápido. No podría abrirlo ni ponérmelo con los guantes, así que tenía que arriesgar un poco.

Lo hice.

Me los quité y los guardé en el bolsillo del pantalón para no perderlos.

Nuestros dedos se rozaron cuando ella me pasó el pequeño envoltorio y sentí un chispazo.

—E-espero que… que te sirva…

Yo también esperaba que hubiera acertado con la talla.

Me bajé los pantalones y me lo puse con premura.

El extremo del glande estaba húmedo.

Me obligué a preguntar de nuevo.

—¿De verdad deseas esto sin saber quién hay detrás de la máscara o bajo el disfraz?

—Ya te he dicho que si quisiera saberlo no estaría aquí, habría quedado con algún tío por una aplicación. —Esa idea me volvió loco. No podía dejar que hiciera eso—. No pienses tanto y hazme tuya hasta el infinito y más allá.

Nunca había escuchado nada más erótico en la boca de una chica. Tenía gracia que lo pronunciara Naomi Park.

«¡A la mierda!».

—Tú lo has querido, mi reina.

Metí las manos, tiré de las bragas para apartarlas, la subí a mis caderas, retirando la tela, y balanceé la polla contra ella hasta volverla loca. Cuando volvió a suplicarme que la hiciera mía, me introduje despacio.

No con un empellón brutal, como me pedía el cuerpo. Traté de ser lo más cuidadoso posible.

Sus manos se afincaron en mis hombros. Su espalda estaba tensa contra la pared y mis músculos estaban peor que durante cualquier partido.

—Habitúate a mí…

—Dios…, lo-lo estoy haciendo…, eres muy grande…

Lo era, aunque que ella fuera virgen tampoco ayudaba.

—Yo te sujeto. Mete una mano y tócate. Hazlo y te prometo que lo disfrutarás más.

Ni se planteó desobedecer.

Ahora mis manos sujetaban sus muslos, en contacto directo con mis palmas. Sedosos, cálidos, fuertes.

Empezó a moverse y yo apreté los dientes.

Me costaba respirar dentro del casco por el calor acumulado y la humedad que se estaba generando, además de la que ya rodeaba mi erección.

La experiencia estaba siendo brutal.

—Ah… —jadeó, moviendo las caderas, torturada.

Esa fue la señal que esperaba para activar las mías, sin llegar aún a atravesar la barrera. Envites lentos, poco profundos, que me estaban llevando a un punto sin retorno.

—Más…, más…, te necesito del todo…

Estaba más que lista y yo más que dispuesto.

—Allá vamos…, agárrate ahora. Te juro que, en cuanto te atraviese, mejorará. Confía…

Cogí aire y, cuando me hundí del todo, la sentí constreñirme de un modo alucinante.

Me forcé a quedarme quieto unos instantes. Estaba sudando y al borde del abismo.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Dios…, sí…, no pares ahora…

Casi me dio un síncope.

—¿No te duele?

—No más que un ejercicio de Volkova.

Conocía de sobra la fama de la entrenadora bielorrusa. En la SSU nadie te regalaba nada.

Me moví. Bombeé y disfruté cada estremecimiento, cada sonido, la humedad abrazando mi erección.

Mi mundo se había reducido a ese instante de placer, a la oscuridad total y a sentirla por primera vez.

—¡Dios, Dios, Dioooos!

El orgasmo la azotó, haciéndola gritar, arrastrándome hacia esa espiral brutal en la que me desintegré segundos después.

Acababa de tirarme a Naomi Park y algo dentro de mí acababa de complicarse para siempre.

CAPÍTULO 42



Valentino

Era viernes, estábamos en el aeropuerto y yo estaba cabreado por dos motivos.

El primero: después de escuchar el audio de Naomi la noche anterior, no tenía ni puta idea de cómo responderle.

Lo había reproducido en bucle. Dos veces.

La primera, con el pulso disparado.

La segunda, intentando escudriñar cada palabra para pensar como Val Daver y no como el tipo que sabía con exactitud cómo sonaba cuando perdía el control.

Y no mandé nada porque ahora sabía algo que antes no. Algo que me había torturado durante meses.

Aquella noche no salió corriendo porque se arrepintiera, ni porque no le gustara ni porque hubiera fingido. Se largó porque no supo qué venía después.

En cuanto la voz en *off* del evento anunció que debíamos abandonar la estancia, la bajé con cuidado y en cero coma, antes de que pudiera decir o preguntar nada, agarró su bastón de guerra y salió huyendo.

Como si follar conmigo le hubiera dado visión nocturna integrada, porque lo único que hice yo fue rebotar contra gente extraña y resbalar con fluidos sospechosos.

Eso me dejó más tocado de lo que querría admitir.

Las tías solían querer algo conmigo después de que me hubiera encajado en ellas y, sin embargo, Park volvió a atizarme en el ego, largándose como si el suelo fuera lava.

Tuve la tentación de plantarme en la puerta de su casa y preguntarle de qué coño iba todo aquello.

También quise pillarla en uno de esos pasillos de la uni donde ella evitaba cruzarse conmigo, arrinconarla contra una taquilla y soltarle que, por mucho que huyera, yo era el tío que se había enterrado en ella por primera vez.

No hice ninguna de esas cosas. Le di espacio porque me dije que eso sería lo que un tío maduro haría. Uno que pensaba que, tarde o temprano, ella me reconocería.

La cagué. Nunca fui a buscarla o confesé, y lo peor fue que me obsesioné.

De algún modo necesitaba entenderla y, sí…, la *stalkeé*.

No conseguí nada, salvo información privilegiada que provocó justo el efecto contrario al que cualquier tío hubiese esperado.

Cada dato que descubría me gustaba más que el anterior, y eso era jodido.

Porque si algo tenía claro era que yo le importaba menos que una mierda y que se comportaba como si fuera alérgica al Valentidol.

El segundo motivo causante de mi mal humor crónico era más simple.

Aunque Grayson no volara hoy con nosotros por una supuesta reunión de trabajo, el sábado estará en el mismo hotel.

Con ella, y Naomi acababa de contarle a un desconocido —a mí— lo excitada que se había quedado aquella noche.

Lo que la llevaba a un estado de «necesito tirarme a alguien» sin resolver y patrocinado por el capullo con casco.

La idea de tener a Joneson cerca mientras ella estaba así me apretaba algo por dentro que prefería no analizar demasiado.

No tenía derecho a sentirlo, sin embargo, eso no impedía que me jodiera igual.

Marcus apareció a mi lado con una sonrisa de idiota en cuanto llegamos a la zona de control de equipaje de mano.

—Hoy vas a flipar.

Suspiré.

—¿Qué?

—Con lo que he hecho…

—No quiero saberlo si incluye a una tía montándote el rabo.

Él rio.

—Es mucho mejor.

Sacó algo del bolsillo y me enseñó el mando.

—¿Qué? ¿Debería pillarlo? ¿Es el botón de SOS para que una rubia te la venga a chupar?

No me gustó la forma en que sonreía.

—Marcus…

—Relájate, es solo una broma, seguro que te mola, está inspirada en tu manipulación de la presentación de hace unas semanas.

La respuesta no me gustó.

—¿Qué has hecho?

—Mira y verás…

Cuando lo dijo, cabeceó hacia delante. Parks estaba pasando por el detector de metales y por un instante imaginé algo que no me gustó nada, aunque lo que vino tampoco se quedaba atrás.

La apartaron a un lado porque habían detectado algo sospechoso en su equipaje. Cuando el agente de seguridad abrió la bolsa, mi cara de estupefacción solo era comparable a la suya.

—¡Hostia puta! —la exclamación me salió sola cuando el poli, cual faquir, levantó un sable láser que hacía tirabuzones con amenaza de pedir pista de despegue en cualquier instante.

El vibrador no solo cambiaba de color, también zumbaba al ritmo de la marcha imperial y tenía la base atada con cinta americana a una botella cuya marca tenía muy mala rima.

El espectáculo *falotécnico* estaba siendo producido delante de medio equipo y parte del aeropuerto, como si aquel rabo de discoteca estuviera pidiendo refuerzos a la Estrella de la Muerte.

Casi colapsé. El poli no tenía mejor cara que yo, por no hablar de la de Naomi.

Silencio.

Y luego las risas, un sinfín de carcajadas atronadoras coronaron la expresión del agente, que se limitó a poner los ojos en blanco porque cualquiera en Dallas reconocía a los putos Cowboys.

—¡Hostia, Park…, con ese pollón intergaláctico sí que ves las estrellas! —masculló Marcus en voz alta.

—¿Por qué lo han engrilletado a una botella? —se interesó EJ.

—Flotador de emergencia —respondió Jace—. Sirve por si el avión cae al mar, no hundirte sola. Más vale morir con un pollón con luces que mal penetrada.

—Pues yo pienso que es por si le da mucho uso. Con ese bicho igual se deshidrata —añadió Devin, partiéndose la caja—. ¿Eso es modo centrifugado o está invocando algo?

Naomi estaba roja como una alarma, pero, como de costumbre, no se rompió.

—¿Le importaría prestarme esto un minuto? Gracias.

Le arrebató el juguete al policía y apuntó directamente hacia nosotros. Entiéndase: Marcus y yo.

—Os garantizo que cuando averigüe cuál de vosotros, gorila con cerebro de mosquito pajillero, ha creído buena idea meterme su consolador nocturno en el equipaje, os lo meto por el culo y sin temblarme el pulso.

—¡Así se habla, hermana! —dijo una mujer, a la cual cacheaban.

Hasta Harlow se rio.

Yo no.

—Señorita —carraspeó el agente—, no se pueden meter líquidos en el avión, y respecto al contenido extra… ¿Lo guarda usted o se lo meto yo?

Hubo una carcajada por parte de Marcus y un bufido de ella al ver que al policía se le escapaba la risa sin remedio mientras alzaba las manos.

—Disculpe… Ha sido lo más divertido que me ha pasado en mucho tiempo.

Volví a sentirme orgulloso porque lo estaba manejando demasiado bien.

Marcus me dio un codazo.

—¿No te ríes, colega? ¿Por qué tienes cara de gárgola?

—Se te ha ido un poco la olla.

—No es la olla, es la polla. —Me guiñó el ojo.

No respondí.

Porque el problema no era la broma, eran las ganas de partirle la boca a Knight por dejarla en evidencia de ese modo.

«¿Quién cojones soy y qué está pasando conmigo?».

Casi pude ver la cara de mi antecesor y la de Skyler como una aparición.

«¡Salid de mi mente, hijos de Saint Valentine Falls!».



Naomi

Una cosa estaba clara: el universo tenía sentido del humor. Uno muy cabrón que primero te humillaba delante de medio equipo con un consolador galáctico y después te sentaba en un avión con los mismos idiotas durante más de tres horas.

La broma no tuvo ni puta gracia, y todo era culpa del capullo del hermano de mi amiga.

Bueno, de él y del impresentable enmascarado que había conseguido que, después de su orden, llevara desde la noche anterior con el cuerpo en modo emergencia sexual y sin respuesta. ¿A qué narices jugaba?

Había enviado el audio. Acaté la orden de lord Oscuro y luego… nada. Me dejó en visto, en oído, en ambas…

Ni una respuesta ni un GIF en modo despiadado.

Sabía que lo había escuchado, lo sabía porque el maldito icono había cambiado de color y, aun así, me dejó ahí, colgada, como si después de desnudarme verbalmente delante de él no hubiera nada más que decir.

Quizá lo hizo por venganza, por las dos veces que yo lo dejé en tierra de nadie. La cosa era que yo sí tenía excusa, ¿la de él cuál era? ¿No le llegaba la señal wifi al TIE Advanced? No tenía una respuesta, y eso me tenía encendida y cabreada a partes iguales.

Sobre todo, porque al final del audio le conté la verdad.

Que aquella noche del cuarto oscuro, cuando la voz en *off* anunció que el tiempo había terminado, mi cerebro cortocircuitó y entró en pánico.

Vale, genial. Me acababa de tirar a un desconocido y… ¿ahora qué venía?

¿Le daba un beso en el casco y un «gracias por quitarme el virgo»?

Así que hice lo único que haría una chica con cero experiencia sexual, poco filtro social y exceso de orgullo: agarré mi bastón y salí huyendo antes de enfrentarme a un incómodo adiós.

Sin bragas, con los muslos húmedos y con una historia que quizá algún día contaría a mis nietos… o, como mínimo, a Camila.

Cuando crucé la salida, me dieron una bolsa de recuerdo y dentro estaba el vibrador del casco.

¿Casualidad?

Preferí pensar que la vida tenía un humor muy oscuro y que ese aparato sería lo único que me haría mantener a raya las malas ideas.

Por suerte, el incidente del consolador mutante no me hizo llegar tarde al embarque. Lo hicimos con el tiempo justo. Nada como pasar las siguientes horas repasando estadísticas para bajar mi libido y recuperar el control.

Eso pretendía, hasta que un asteroide impactó en el asiento de al lado, o, dicho de otra manera, Valentino Dalton acababa de dejarse caer en la butaca libre.

—¡¿Qué haces?!

Él siguió acomodándose como si nada.

—Era sentarme contigo o aplastarme mientras EJ me dedicaba una *roncatina* en do mayor. Ya has podido comprobar que es tamaño extragrande y que le gusta reclinarse contra la ventanilla para cerrar los ojos, así que… he sido un buen compañero y he decidido sacrificarme por el bien de los dos.

Lo miré, taladrándolo. No estaba de humor para su encanto barato.

—Qué altruista eres, ¿no?

—Soy conocido por mi generosidad.

No era justo que oliera bien; era algo limpio, masculino, demasiado presente y que me recordaba lo cerca que había estado de él en el pasado.

No ayudaba. Nada lo hacía últimamente.

Giré la cabeza despacio.

—Siempre te empeñas en ver lo peor de mí. Si aquella noche te hubieras quedado, en lugar de salir huyendo, te lo habría demostrado con creces…

Me estaba mortificando adrede, recordándome la peor noche de mi historia.

—Has sido tú, ¿verdad? —Estreché la mirada.

—No sé a lo que te refieres.

—A lo del puto vibrador sable, ¿a qué si no?

—¿Y por qué tendría que haber sido yo?

—Porque sabes que me gusta *Star Wars* y conozco tu tipo de humor, llevas tratando de dejarme en evidencia desde que puse los pies en los Cowboys.

Se encogió de hombros y chasqueó la lengua.

—Siempre pensando lo mejor de mí. Cariño, no hay que ser muy listo para fijarse en tu funda del iPad y saber cuál es tu peli favorita. Tampoco es que lo ocultes.

Bufé.

—Ya, pero te conozco, ha sido muy de tu estilo...

Le sostuve la mirada mientras la suya parecía decir un: «No tienes ni idea».

—¿Te refieres a que me gustan las pollas de goma que giran y se iluminan?

—A lo que me refiero es a que pienso devolvértela.

Eso lo hizo sonreír. Lento, peligroso.

¿Por qué narices tenía que parecerme *sexy*?

«Porque es Valentino Dalton y, en el fondo, tiene razón: te quedaste con las ganas de comprobar su generosidad en tu útero».

Se acercó lo justo para que notara su aliento cálido en el cuello.

—¿En serio? ¿Y qué harás? ¿Presentarte en mi cuarto esta noche para cumplir tu amenaza de metérmelo por el culo?

El aire dejó de llegarme bien a los pulmones. Hiperventilé en silencio.

No sabía si la opción me parecía atractiva o no, aunque volver a ver el culo desnudo de Dalton era demasiado tentador.

—Sabes tan bien como yo que no serías capaz —insistió, bajando aún más la voz, antes de recuperar su postura en el asiento con una sonrisa de suficiencia. Cerró los ojos.

«¿Piensas que solo tú sabes jugar a esto? Pues espera y verás».

Me humedecí los labios y me incliné apenas hacia él.

—Tal vez vaya.

¿De dónde había salido eso?

«¿En serio lo preguntas?». Mi útero se contrajo en respuesta.

Abrió los párpados, como si se trataran de un telón, y sus pupilas se clavaron en las mías. Bajé la mirada a la curva de sus labios, demasiado jugosos, firmes y listos para arrasar bocas o cordura femenina.

Volvió a acercarse, quedándose a un centímetro de los míos, y por un instante creí que iba a besarme… hasta que habló.

—Tal vez abra, solo pregúntate una cosa, ¿qué harás cuando lo haga? Porque sigo pensando en esa lengua tuya torturándome la polla.

Después volvió a acomodarse en su asiento y calló, como si no hubiera soltado lo que acababa de decir.

Odiaba admitirlo, pero algo en mi estómago se apretó, y no, esa vez no era culpa de la lactosa, sino de una parte muy poco inteligente de mí que quería comprobar si iba de farol o si estaba diciendo la verdad.

Ese cabrón me estaba volviendo loca.

CAPÍTULO 43



Naomi

Llegamos al hotel justo para la cena, arrastrando maletas, ojeras y el cansancio pegado a la piel como una camiseta sudada.

Los viajes con el equipo tenían algo de excursión escolar mezclada con zoo descontrolado. Jugadores enormes discutiendo sobre comida, alguien buscando los auriculares que llevaba puestos y Valentino Dalton andando como si mereciera un premio Nobel por arruinarme el día entre la broma del aeropuerto y tres horas y media de vuelo.

Yo solo quería una ducha y silencio.

Nada más cruzar el *hall*, Harlow empezó a repartir habitaciones como si estuviera organizando una operación militar. Nombres, números, advertencias sobre horarios. Todo muy serio…

En cuanto tuve la mía, les dije un: «Nos vemos mañana, chicos».

—¿No vas a cenar? —preguntó mi peor error de cálculo.

—Contigo ya he tenido suficiente por hoy, prefiero hacerlo a solas en mi habitación.

Marcus decidió que era buen momento para abrir la boca.

—Déjala, Dalton, que seguro que quiere mantener una cita romántica con su sable galáctico. Buenas noches, Park.

Se escucharon un par de risas ahogadas.

Antes de que pudiera girarme, Harlow le dio una colleja seca que sonó en estéreo.

—¡Auch!

—Compórtate, Knight.

Yo me giré despacio, ajustándome la correa del bolso.

Sonrisa tranquila. Voz venenosa.

—Te veo muy interesado, Knight. Si tanto te ha cautivado, solo tienes que pedirlo. Igual descubres que tu excitación para que te plaquen en el cuarto tiempo es proporcional a tus ganas por explorar la puerta de atrás.

Le guiñé un ojo. Se hizo un silencio, como cuando Noé dijo que iba a construir el arca, y después llegó el diluvio universal en forma de carcajadas.

Marcus parpadeó.

—¡¿Qué ha dicho?!

Las risas explotaron alrededor. Incluso Harlow tuvo que disimular una sonrisa mientras negaba con la cabeza.

No miré a nadie más. Ni siquiera a Dalton, que estaba un poco más atrás hablando con EJ después de que les tocara dormir juntos.

Me limité a coger mi llave y subir al ascensor como si no acabara de verbalizar algo que probablemente aparecería en memes internos del vestuario antes de medianoche.

¿No decían que ahora era miembro del *staff*? Pues eso, cada uno recibía lo que merecía y Marcus Knight era un capirotazo verbal, además del físico.

La puerta del ascensor se cerró y el ruido quedó fuera.

Por fin.

Apoyé la espalda en el espejo y solté el aire despacio.

Había sido un día largo, un vuelo eterno.

Doscientos diez minutos, más un *bonus track* de cuarenta extras, contando el despegue y el aterrizaje, sentada al lado del hermano de mi amiga. Intentando convencerme de que no me afectaba su

presencia mientras él parecía dedicarse en cuerpo y alma a torturar mi estabilidad mental.

No ayudaba que oliera bien ni que se riera bajo cuando me pinchaba. Ni que cuando me puse los cascos de cancelación de sonido para que me dejase en paz tuviera esa manera de mirarme, como si estuviera esperando a que perdiera los papeles para meterme en el baño del avión con él y volverme a arrodillar.

Confieso que esa idea había cruzado en más de una ocasión, y todo era culpa suya.

Habíamos pasado el vuelo entero lanzándonos pullas. Yo atacando porque seguía convencida de que él era el culpable del incidente del consolador galáctico y él…, él haciendo lo que mejor sabía hacer: meterse conmigo con ese humor suyo, cargado de insinuaciones sexuales que parecían hechas para dejarme sin oxígeno.

Un desastre.

El ascensor se abrió y caminé hacia mi habitación arrastrando la maleta.

Cuando cerré la puerta tras de mí, el silencio me golpeó como un abrazo.

Por fin sola.

Dejé las cosas tiradas sin orden y entré directa al baño.

La ducha caliente alivió un poco la tensión acumulada. Me quedé bajo el agua más tiempo del necesario, intentando apagar el incendio del maldito Dalton.

No funcionó.

Porque cada vez que cerraba los ojos volvía al vuelo.

Su voz cerca, su sonrisa de medio lado.

El momento en el que se inclinó lo suficiente como para que mi cerebro olvidara cómo pensar con coherencia.

Bufé.

Valentino era como esas galletas recién hechas que veías salir del horno: sabías que iban a abrasarte la lengua, que dolería, que era mala idea… y, aun así, alargabas la mano para meterlas directas en tu boca.

Me envolví en la toalla y salí del baño, dejando un rastro de vapor a mi paso.

No era solo deseo, ojalá lo fuera, era otra cosa, algo inacabado.

Una historia a la que alguien había arrancado las últimas páginas y ahora mi cerebro insistía en releer el libro, buscando un final que no existía.

Me dejé caer sobre la cama, todavía húmeda, mirando el techo.

Quizá por eso me afectaba tanto, porque odiaba las cosas inconclusas. Los proyectos a medias. Las preguntas sin respuesta. Y él era justo eso: algo que nunca terminé de cerrar.

Ni aquella noche ni después ni ahora.

Giré la cabeza hacia la mesilla, tenía que llamar al servicio de habitaciones y pedir algo ligero para cenar.

«Habitación 607». Qué número más estúpido para quedarse grabado.

Era la suya, había escuchado a Harlow dar su número.

—Dalton y Morrison.

«Sí, está en la 607, ¿y qué? No vas a decirle que venga, y mucho menos te lo vas a cenar».

Podía ignorar esa mala idea. Podía seguir fingiendo que no me importaba. Podía decidir que era un compañero más y dejar de reaccionar a cada comentario suyo como si mi sistema nervioso hubiera decidido independizarse.

Eso sonaba razonable, era una buena opción y me hacía una adulta funcional.

Resoplé.

—Claro, Naomi. Superadulta cuando se sienta a tu lado en el avión y no puedes dejar de pensar en pedir la admisión al *Mile High Club*.

Dios, era lo peor.

Me acomodé mejor en la cama, aún envuelta en la toalla, pensando en qué demonios debía hacer con él.

Ignorarlo, enfrentarlo, besarlo, estrangularlo, follarlo. Quizá todo en ese orden para después matarlo, porque era imposible que después del sexo con él la cosa funcionara.

No era un tío al que poderle plantear un polvo sin más, uno que no afectara después para cerrar el capítulo del apartamento. Y no porque le interesara repetir, seguro que tenía más de una conejita dispuesta.

Más bien porque me lo echaría en cara, y ya podía imaginar sus coñas…

El móvil vibró una vez.

Mi estómago dio un pequeño salto antes de que siquiera mirara la pantalla.

Cuando lo hice, el pulso se me aceleró.

@Val_Daver

La garganta se me secó.

¡Joder, era él! Justo lo que necesitaba.

Abrí el chat, el mensaje estaba ahí.

@Val_Daver: He escuchado tu audio varias veces. Quería procesarlo bien antes de escribirte.

Me quedé inmóvil. El mundo pareció hacerse más pequeño alrededor de esa frase. Como si todo lo demás —el hotel, el viaje, el cansancio, Valentino— quedara en segundo plano.

Mis dedos flotaron sobre la pantalla.

@Rey_Parlk03: ¿Y?

Y el corazón me golpeó un poco más fuerte, esperando el veredicto.

🏈📱🏈📱🏈

Valentino

No me había salido.

En el avión intenté bajar el tono. Ser menos Dalton y más… normal.

Tras el arranque inicial intenté mejorar.

Le pregunté por el informe que estaba elaborando, le ofrecí el reposabrazos. Incluso intenté bromear sin doble sentido.

Parecía un novato tratando de ligar en su primer baile de instituto.

No sabía cómo hablarle sin sarcasmo, sin provocación, sin esa versión mía que siempre sabía qué decir para encenderla.

Además, ella lo tomaba todo por otro lado y yo estaba totalmente fuera de juego, descolocado.

Cuando era Val Daver no me pasaba, con él encontraba palabras, con él podía decir cosas medio en serio, con él no perdía puntos. Conmigo sí.

En cuanto llegué a mi habitación y me hube duchado, tomé una decisión que no estaba en el guion. Miré a mi compañero de cuarto, que ya se había vestido y estaba tumbado en su cama viendo el último partido de los Rams.

Señaló la pantalla en cuanto me acerqué.

—No me gusta este tío —murmuró—. ¿Te has fijado en que siempre finge que va por fuera y cuando el *tackle* se abre un poco se mete por dentro? No busca el placaje directo. Espera a que el *quarterback* dude medio segundo… y, entonces, lo caza.

EJ pausó la imagen.

—No es el más rápido, pero es listo. Te obliga a moverte antes de tiempo. Y cuando te mueves antes de tiempo, el *pocket* se rompe.

Lo entendía demasiado bien. Dudé medio segundo en el avión, y medio segundo fue todo lo que necesité para que la decisión de acercarme a Naomi se descontrolara.

—Sí, deberemos tener mucho cuidado con ese cabrón. Oye, baja tú a cenar con el equipo —le dije mientras iba a por algo cómodo que ponerme.

—¿No vienes?

—Estoy reventado y me duele la cabeza. Prefiero pedir que me suban algo y descansar, ya sabes que las cenas con el equipo se alargan y no estoy como para cachondeo e idas de olla.

—Vale, si necesitas algo, me lo dices y te lo traigo. Que no queremos que Whitaker se quede con tu puesto.

—Tranqui, colega, estaré bien, solo necesito dormir. Gracias por velar por mi posición.

Se puso en pie, me dio una palmada en el hombro y se marchó.

Levanté el teléfono, pedí que me subieran lo mismo que ellos comerían, ocupé mi cama y me quedé con el móvil en la mano.

Tenía muy claro lo que necesitaba ahora mismo.

Abrí el chat. La tenía a pocos metros y, aun así, solo sabía hablarle siendo otro.

Resoplé.

Si quería decir algo en serio, tenía que hacerlo como Daver.

Tecleé. Borré. Tecleé de nuevo.

@Val_Daver: He escuchado tu audio varias veces. Quería procesarlo antes de escribirte.

Enviar.

Respuesta casi inmediata.

@Rey_Parks03: ¿Y?

Sonreí. Directa al grano y sin rodeos, así era ella cuando se trataba del lord Oscuro.

@Val_Daver: No voy a entrar en lo que hiciste porque cada uno pierde la virginidad cómo y con quien le da la gana. Pero sí voy a entrar en lo que hiciste cuando acabó y quiero que sepas algo: no huiste porque te arrepintieras.

@Rey_Parks03: Ah, ¿no?

Me apoyé en la silla.

@Val_Daver: No. Lo narraste como una experiencia muy excitante que no quisiste detener en momento alguno, creo que no me equivoco al decir que lo disfrutaste. ¿Es así?

@Rey_Parks03: Sí.

Leer aquella palabra fue quitarme un peso de encima.

@Val_Daver: Lo suponía. Lo que ocurre es que cuando algo es demasiado intenso y no tienes experiencia, el cerebro activa el modo supervivencia. No fue cobardía, fue huir de un posible asesino en serie con una tranca de la hostia.

Imaginé que eso la haría reír. El mensaje tardó unos segundos.

@Rey_Parks03: ¿Y tú cómo sabes eso?

Tragué saliva.

«Porque estaba allí. Porque te sentí temblar. Porque me dolió cuando te fuiste. Porque al oírte relatarlo todo cobró sentido», pero eso no podía escribirlo.

@Val_Daver: ¿Lo del asesino?
@Rey_Parks03: No, idiota, lo de mi motivación para huir.
@Val_Daver: Muestra un poco de respeto hacia tu señor.

Sonreí sin querer. Siempre conseguía hacerme bajar la guardia.

@Rey_Parks03: Discúlpeme, oh, mi gran lord, e ilumíneme con su sabiduría de cuarto oscuro.
@Val_Daver: Porque cuando alguien huye así, no escapa del acto. Escapa de lo que empieza después…, cuando quedarse ya significa algo.

Esa vez tardó más. El móvil vibró.

@Rey_Parks03: Y tú…, ¿te habrías quedado?

El corazón me dio un golpe seco porque, aunque ella quisiera llevarlo por el terreno sexual, para mí ya no lo era.

Miré la pantalla.

@Val_Daver: ¿Después de una experiencia como esa? No solo me habría quedado, no habría tenido ganas de marcharme…, sino de cuidar lo que se me acababa de entregar.

Tuve que respirar varias veces antes de seguir escribiendo. Nunca lo había verbalizado y en ese momento estaba convencido de que

hubiese hecho justo eso. Si Naomi me hubiera permitido decirle quién era y tenerla siendo yo mismo.

@Rey_Parks03: ¿Te excitó lo que hice?

«Tanto que no pude tirarme a otra en meses pensando en ti».

@Val_Daver: Mucho. Demasiado…
@Rey_Parks03: Te confieso que a mí también al rememorarlo, no es algo que vaya contando. Estoy muy encendida desde entonces, más de lo que ya estaba, así que…, ¿quieres follarme ahora, mi señor?

«No te haces una idea de lo que me gustaría ahora mismo recorrer el camino hacia tu habitación si no supiera que me cerrarás la puerta en mis narices».

@Val_Daver: ¿Tú qué crees?
@Rey_Parks03: Creo que he cumplido con creces la petición que me hiciste y tengo un vibrador nuevo en mi mochila, un sable láser con luz y un montón de funciones que pide a gritos que lo estrene contigo… Mi lord.

Gruñí y se me puso dura al instante.

@Val_Daver: ¿Y qué hay de tu jefe o ese tío que me dijiste que era una posible mala idea?
@Rey_Parks03: Mi jefe no viene hasta mañana y mi mala idea, junto a ti, compartís culpa de que esté así… Pero no pienso cagarla con él teniéndote a ti. ¿Te parece mal?

¿Qué podía responder a eso?
Si contestaba como Daver me acercaba a ella, si lo hacía como Dalton me alejaba…
Y mi propia espada de luz pedía una atención que, por ahora, solo podía darle mediante mensajes.

@Val_Daver: Muy bien, Rey, voy a darte lo que pides…

CAPÍTULO 44



Valentino

Los fines de semana que empezaban mal solo podían terminar peor.

Y el mío comenzó con una erección de orgullo y un disparo directo al ego.

El sábado bajé a desayunar con la resaca de no haber dormido bien y el recuerdo demasiado nítido de la noche anterior. El comedor del hotel estaba lleno de músculo, café fuerte y bromas de vestuario.

Nada más ocupar mi asiento, Naomi apareció preciosa y relajada.

Demasiado relajada, tanto que le sonrió a Mac, y eso provocó que a este se le cayera la tostada bien cargada de huevos revueltos sobre el pantalón.

Justo así tenía yo los míos después de lo que pasó.

Llevaba el pelo suelto, una camiseta básica que se ajustaba a su cuerpo atlético y cara de «yo duermo ocho horas, aunque el mundo arda», o, en este caso, mi bragueta.

Se sirvió fruta en el bufet, pasando de los veinticinco animales que vivíamos para chocar entre nosotros.

Ty la miró, luego me miró a mí y silbó.

—Cinco pavos a que ayer alguien hizo cardio nocturno.

Marcus levantó la mano sin dejar de masticar.

—Yo digo que, por mucho que se quejara, se metió mi regalo entre las piernas y descubrió nuevas galaxias.

Risas.

Sonreí lo justo porque solo yo sabía lo que había pasado la noche anterior y lo mucho que la había hecho ver las estrellas.

Bueno, yo no, Val Daver, mi maldita máscara, aunque anoche jugué sin ella.

Le dije que estaba trabajando y que no podía conectar por imagen ni por audio, lo respetó, y que si quería jugar tendría que seguir mis normas, como siempre.

Esa vez quería que se tocara mandándome mensajes de voz, que me dijera cómo se sentía lo que hacía y lo acompañara con vídeos cortos, encriptados, de los que duraban treinta segundos antes de autodestruirse.

Me dijo que no sabía si era buena idea.

Yo que la Fuerza no se rendía tan fácil y que, si quería entrar en el lado oscuro, debía atreverse a saltar las fronteras y confiar.

Cayó.

Cada vez que su respiración se aceleraba al otro lado del teléfono, cada vez que pronunciaba un: «sí, mi lord Oscuro» como si fuera una invocación prohibida, yo tenía que recordarme que ese cuerpo también me odiaba cuando era simplemente yo.

Se tocaba para Daver, se mostraba para Daver y se corría para Daver.

A mí solo me discutía los datos y me acusaba de meterle vibradores en la maleta.

Traté de concentrarme.

El entrenamiento de la mañana fue limpio. Ajustes, rutas, *timing*. Harlow gritó lo habitual. Whitaker parecía un puto anuncio de pasta de dientes. EJ chocó su casco contra el mío. Devin calentó al grupo con uno de sus comentarios de «esto no es la universidad, es la NFL, princesas». Lo normal.

Después de la ducha nos reunimos en uno de los salones del hotel. Naomi ya estaba allí, *tablet* en mano, piernas cruzadas, esa

calma suya que debería venir con aviso sanitario para problemas cardíacos reincidentes.

—Sé que estáis cansados, hambrientos y que queréis pasar la tarde despejando la mente, así que seré rápida.

«No te haces una idea de lo hambriento que me tienes o cómo me gustaría pasar la tarde».

—En el tercer *down* largo, los Bengals tienden a cargar por el lado ciego —dijo tranquila—. No porque necesiten el *sack*, sino porque esperan que forcéis el lanzamiento vertical.

—¿Ha dicho *fuck*? —Rio Marcus por lo bajo, pero nadie le siguió.

Algunos intercambiaron miradas.

Whitaker sonrió como si le estuvieran grabando para un anuncio y a mí, que ya hablara nuestro vocabulario, cuando por la noche no paraba de llenarse la boca con jadeos, me atravesó.

Ella siguió ajena a lo que provocaba.

—Si el *quarterback* abandona la progresión y se salta el *checkdown* para buscar el *highlight*…, aumenta un treinta por ciento la probabilidad de *turnover*. No de *sack*, de pérdida de balón.

Solo se escuchó el sonido de varias mandíbulas desencajándose ante su rotunda seguridad.

Ty levantó la cabeza.

—Dios, ¿acaba de decir *turnover*?

—Dios, ¿acaba de decir progresión? —lo imitó el capitán, llevándose la mano al pecho solo para que lo escucháramos algunos —. A mí esta mujer cada vez me la pone más dura cuando habla con tecnicismos.

Risas contenidas.

—Ey, Park —añadió esta vez en voz alta—, ¿te casas conmigo y me susurras estadísticas en nuestra noche de bodas?

—En otra vida tal vez, Rivera. En esta aprende a identificar una *Cover 2* antes de pedirme matrimonio.

El salón estalló.

Hasta Harlow disimuló una sonrisa antes de carraspear.

—Escuchadla. No está hablando por hablar, haced el favor.

Yo levanté la mano, apoyando los codos en las rodillas.

—Entonces, según tu modelo…, ¿si veo uno contra uno y quiero ir profundo, a por todas, tengo que ignorarlo?

No era ataque. Era marcar territorio, aunque ni yo supiera por qué.

Naomi me sostuvo la mirada sin pestañear.

—Si el emparejamiento es real, ejecútalo. —Como si yo necesitara más motivos para querer emparejarme con ella—. Pero si estás lanzando porque quieres demostrar algo, no porque sea la mejor lectura…, les estás regalando la jugada.

«Yo contigo no pienso regalarle a nadie nada».

Ty soltó un «uh» bajo.

Devin se inclinó hacia adelante.

—Eso suena peligrosamente específico.

Naomi no apartó los ojos de mí.

—Suena a disciplina, a ir a por lo que uno quiere, a sus metas y objetivos. El balón no necesita que demostréis nada, solo que juguéis lo que toca y decisiones correctas.

Silencio.

Ahí estaba el problema.

¿Y qué coño quería que hiciera entonces?

Porque no sabía si estaba hablando del tercer *down*… o de mí tratando de ganar un partido que todavía no se había disputado.

El resto de la charla pasó en piloto automático. Yo solo pensaba en salir de ahí antes de hacer alguna estupidez.

Harlow nos mandó al comedor con tres palmadas y nos aconsejó que pasáramos la tarde mentalizándonos para el partido del día siguiente; que si alguien necesitaba fisio que lo pidiera.

La comida fue tranquila. Demasiado. Naomi apenas habló conmigo. Ni un roce accidental. Ni un comentario sarcástico. Nada.

Que me ignorara dolió más que cualquier discusión.

Por la tarde tuve la brillante idea de dar un paseo por el exterior del hotel para no pensar y su voz llegó a mí antes de que la viera.

—No pasa nada si no llegas —decía por teléfono—. En serio, tranquilo. Sí... No tienes por qué disculparte, estoy bien y el equipo va a darlo todo mañana…

Me quedé quieto como un imbécil detrás de una columna.

«No llegas…».

«Tranquilo…».

«Disculparte…».

Perfecto, Grayson no venía.

Algo me hizo clic. No era enfado, era la sensación de que por fin tenía vía libre.

Sin Joneson pululando como un abejorro, yo iba a dejar de ser el idiota que lanzaba indirectas y empezar a ser el hombre que daba un paso en la dirección correcta.

Salí del hotel y fui a por algunas cosas a tres calles de donde me encontraba.

Si de algo me había servido *stalkearla* era a aprender sus patrones mejor que cualquier defensa.

Le pirraba el chocolate sin lactosa, las galletas japonesas raras y esa bebida de té frío que a mí me sabía a medicina con bolas de tapioca.

Nada improvisado.

Plan sencillo: esperar a que EJ diera el primer ronquido y llamar a su puerta.

Decirle que fui un capullo cuando llegó al equipo.

Contarle que el fútbol no era un juego para mí, que era lo único que había tenido siempre bajo control y que quería que, por una vez, mi padre se sintiera muy orgulloso de mis logros.

Decirle que mi principal problema era que nunca me vio como una posibilidad. Que su mirada siempre me había desarmado, que me distraía y que eso me asustaba, tanto o más que perder aquello por lo que había luchado.

Las horas se me hicieron eternas. La cena. EJ bajando párpados hasta quedarse seco, yo sacando las provisiones ocultas en el armario para subir por la escalera de emergencia cargado como un novio de comedia romántica con el corazón revolucionado.

Y, entonces, cuando giré para llegar a su cuarto, lo vi. Apostado en su puerta. Traje perfecto, sonrisa de anuncio, ramo enorme.

Grayson.

Me quedé frío. Sin margen de reacción.

Las flores eran ridículas. Si la conociera un poco, sabría que a Naomi no le gustaban porque le provocaban estornudos y odiaba todo aquello que tendía a morir en cuanto lo cortabas.

Ella era más de datos, pelis de ciencia ficción, universos ficticios donde la gente salvaba galaxias, no centros de mesa de boda.

Ella abrió la puerta.

El tiempo se ralentizó como si alguien hubiera bajado el tempo del universo.

«Échalo», pensé.

«Dile que no, que te dan alergia».

Cogió el ramo, lo olió, estornudó y ambos se rieron.

«¡Mierda!».

«Por todo el universo, haz algo que no me obligue a matar a ese cabrón, Parks».

No hizo nada de eso.

Lo dejó entrar.

La puerta se cerró mientras yo seguía en el pasillo con las bolsas en la mano como un gilipollas de manual.

Cinco minutos, diez, quince…

A la media hora me sudaban las manos.

A los cuarenta y cinco estaba repasando mentalmente todas las maneras legales e ilegales de arrancarle la cabeza a un Joneson.

A la hora y cuarto supe algo que no tenía que ver con el partido: Había perdido.

No el encuentro del domingo, sino otra cosa más importante: a ella.

Volví a la habitación. EJ roncaba como si estuviera practicando para una audición de oso pardo.

Tiré las bolsas sobre la mesa.

Me juré que no le escribiría como Daver para frenar toda aquella maldición.

Que no iba a mendigar atención detrás de un casco.

Abrí el chat.

Escribí. Envié, y como respuesta recibí silencio. Nada, ni un maldito punto.

«¿Y qué esperabas, gilipollas, que dejara su tranca de carne y hueso por ese mojón de sable láser?».

Blanco y en botella, se estaba tirando a la estrella. La de la Muerte, por lo menos de la mía, y yo era el único imbécil que tenía que convivir con esa imagen en alta definición.

No pegué ojo, y siendo día de partido era una putada enorme…

Por supuesto, a la mañana siguiente, se presentaron en el comedor juntos.

Como si su noche hubiera sido perfecta.

Los comentarios de los chicos no tardaron en llegar mientras yo me marcaba un ver, ignorar y callar.

A los pocos minutos lo vi levantarse para ir a hablar con Harlow; mientras, ella cogió el móvil.

Noté vibrar el mío.

«No serás capaz…».

Lo saqué con disimulo y ahí estaba, la respuesta a mi mensaje de anoche.

@Rey_Parks03: Perdona, ayer estaba agotada y me quedé dormida. Vuelvo hoy a casa, pero de madrugada. ¿Hablamos el lunes? Seguro que llego agotada…

«¡¿Agotada!?», por supuesto, agotada de tanto darle al ramo de capullos de Joneson.

No respondí, no podía, algo dentro de mí ya estaba jugando el partido con las manos temblando.

Y eso, para un *quarterback*, era sentencia de muerte.

CAPÍTULO 45



Naomi

El avión estaba en silencio de pecera.

Luces bajas. Motor constante. Pantallas apagadas.

Grayson llevaba veinte minutos con la cabeza ladeada hacia mi hombro, respirando lento, completamente ajeno al incendio que yo tenía en la cabeza.

La noticia seguía abierta en mi móvil.

«No fue falta de control».

Leí la frase otra vez.

No había sido falta de control.

Claro.

Porque yo había visto el momento exacto en el que empezó a cambiar.

Lo vi antes del empujón, antes de la penalización, cuando dejó de leer el campo y empezó a forzar.

Mi *app* no había fallado, los datos eran correctos, el modelo predictivo funcionaba. Y, aun así, él había jugado como si estuviera huyendo de algo.

Eso no estaba en ninguna variable.

Volví a leer de nuevo las noticias.

SUNDAY FOOTBALL WIRE

DOMINGO 28/09/2025 | 20:52 H



BENGALS ROMPEN EL INVICTO DE DALLAS EN CINCINNATI (30–24)

Dalton, sancionado tras un encontronazo en el segundo cuarto

CINCINNATI — BY ALLISON GREENE

Los Dallas Cowboys vieron truncado su arranque perfecto de temporada tras caer este domingo por 30–24 frente a los Bengals en el Paycor Stadium. El equipo de Mitch Harlow, que llegaba con balance de 3-0, no logró sostener la ventaja inicial en un entorno hostil que terminó inclinando el partido del lado local.

Dallas comenzó con autoridad. Valentino Dalton abrió el marcador tras una serie ofensiva sólida que confirmó el buen momento del ataque texano en este inicio de campaña. Sin embargo, Cincinnati respondió con rapidez. Joe Burrow encontró a Ja'Marr Chase en profundidad y conectó en situaciones clave con Tee Higgins para cambiar el ritmo del encuentro antes del descanso.

El punto de inflexión llegó en el segundo cuarto. Tras ser presionado por Trey Hendrickson en una jugada rota, Dalton reaccionó con un empujón posterior al silbato que derivó en un intercambio verbal con Logan Wilson y una penalización antideportiva. Las quince yardas concedidas facilitaron el avance local y alteraron la dinámica emocional del partido.

El cuerpo técnico optó por sustituir momentáneamente al *quarterback*, dando entrada a Grant Whitaker para estabilizar el ataque. Whitaker dirigió una serie conservadora que terminó en *field goal*, reduciendo tensión en el banquillo antes del descanso.

Dalton regresó en la segunda mitad y firmó dos anotaciones más, pero una intercepción en el tercer cuarto —bajo presión interior— permitió a Cincinnati recuperar ventaja definitiva. Un *field goal* local en el último periodo y una defensa sólida en cuarta oportunidad sellaron el resultado.

Dalton finalizó con 289 yardas, dos *touchdowns*, una intercepción y tres capturas recibidas.

Los Cowboys quedan ahora con balance de 3-1 y afrontarán su próximo compromiso con la necesidad de recuperar disciplina en momentos clave fuera de casa.

Inside Gridiron

803.3k

Septiembre 28 / 22:01



Sports

«No fue falta de control». Valentino Dalton responde tras la derrota en Cincinnati

Lee la noticia completa en www.InsideGridion.com

Inside Gridiron

803.3k Septiembre 28 / 22:01

El 3-0 de Dallas murió este domingo... y lo hizo con un empujón.

La derrota de los Cowboys ante los Bengals (30-24) no solo puso fin al arranque perfecto de Dallas, sino que dejó en el foco a Valentino Dalton tras la penalización antideportiva que provocó su sustitución momentánea en el segundo cuarto.

El *quarterback*, que cerró el encuentro con 289 yardas y dos *touchdowns*, fue sancionado después de un intercambio con el *linebacker*, Logan Wilson, tras una jugada rota en la que recibió presión de Trey Hendrickson.
Cuestionado en rueda de prensa sobre si las emociones influyeron en su reacción, Dalton negó con firmeza.

—No perdí el control. Fue una jugada caliente. Pasa. Estoy aquí para competir.

Ante la insistencia sobre si la sustitución posterior respondía a una decisión disciplinaria, el jugador fue breve.



El empujón a Logan Wilson fue la consecuencia, no el origen, y yo no sabía cuál era el origen.

Solo que la prensa más sensacionalista quería masticarlo y escupirlo.

Eso era lo que me tenía inquieta, ambas cosas. No la derrota. No el 3-1. Él… y mi cagada.

Desbloqueé el móvil otra vez y bajé hasta la parte donde hablaban de su lenguaje corporal en el banquillo.

«Mandíbula tensa».

«Mirada fija».

«Puños apretados».

Lo había visto igual.

Grayson se movió un poco.

—Naomi… —murmuró medio dormido—, no puedes controlarlo todo, ya te dije antes que no ha sido tu culpa, descansa un rato, anda…

Bostezó y se reacomodó hacia el otro lado.

No respondí porque no se trataba de controlarlo, se trataba de entenderlo, y no podía.

Esperé a que su respiración volviera a ser profunda.

Conté hasta veinte. Sabía de sobra que Valentino no estaría dormido porque el resultado no lo dejaría.

Me desabroché el cinturón y me puse en pie.

El pasillo estaba casi vacío.

EJ estaba tumbado en tres asientos delante, con la boca abierta y los auriculares puestos.

Un par de jugadores dormían con capucha y manta.

Él estaba solo, al fondo, con la cabeza apoyada contra el respaldo.

Auriculares en sus oídos. Mirada fija en la nada.

No parecía enfadado, parecía agotado.

Caminé hasta él.

Se dio cuenta antes de que hablara.

Levantó los ojos y no sonrió.

—¿Qué pasa? —murmuró bajo—. ¿Te manda el jefe a revisar daños?

—Quiero hablar contigo.

Su mandíbula se tensó. Lo noté incluso con la luz tenue.

—¿En serio? ¿De qué?

—De hoy.

Resopló, apoyó la cabeza contra el asiento y soltó una risa sin humor.

—Ah, vale. Pensaba que era otra cosa.

Se quitó los cascos.

—¿Qué otra cosa?

Me miró entonces, de verdad.

—Nada.

Silencio.

Me senté en el asiento vacío a su lado. No demasiado cerca, pero lo suficiente para notar su calor y ese nervio extraño que siempre me

desordenaba por dentro. Decidí que debía mantener la calma.

—Valentino, he estado revisando las jugadas. No estabas leyendo mal…, al menos, no al principio.

—¿En serio? —Arqueó una ceja—. Qué alivio.

El cinismo le salía solo.

—Lo digo porque el empujón no fue el problema. Empezó antes.

—No jodas.

—¿Puedes tomarte esto en serio? Estoy intentando entender qué pasó.

Ahí cambió algo. No fue el tono, fue la mirada, más oscura, más turbia, más cerrada.

Sus ojos claros se tornaron de un azul intenso como la noche.

—Intentando entender qué pasó…, ¿para qué?

—Para ayudarte.

Se rio otra vez, pero esa vez fue más seco.

—Claro.

—¿Claro qué?

Se inclinó hacia mí, invadiendo mi espacio. En ese momento no había nada del Valentino provocador. Solo uno cansado y a la defensiva.

—Si has venido a arreglarme como si fuera una jugada mal leída, te aviso de que no soy tu puto experimento.

El golpe fue directo. Me cabreé.

—No estoy haciendo eso.

—Ah, ¿no? —Media sonrisa, nada amable—. Porque llevas cinco minutos analizándome como si fuera una estadística que se salió de tu puta aplicación.

Respiré.

No contesté enseguida.

—Lo que vi hoy no encajaba con tu rendimiento habitual. Eso es un hecho.

—Y tú no soportas los hechos que no encajan, ¿verdad?

—No soporto no saber.

—Exacto.

Silencio.

La piel me ardía.

—¿En serio piensas que solo me importa eso? ¿La *app*?

Me sostuvo la mirada.

—¿Me equivoco? Porque lo parece. —Pausa corta—. Bueno…, eso y chupársela al jefe.

La frase cayó como un puñetazo.

—Pero ¿de qué vas?

—No me tomes por imbécil, Naomi. —Su voz bajó, áspera—. ¿Sabes que hay apuestas en el vestuario sobre cuándo os vais a casar? ¿O sobre si te va a dejar preñada antes de Navidad?

—Me importa una mierda que los demás tengan media neurona —repliqué, bajando la voz—. Pero parecía que tú eras un pelín más listo que ellos. Está claro que no. Me equivocaba.

Me levanté.

El avión seguía en ese silencio artificial de madrugada.

—Puede que no se me dé bien ayudar a un amigo que lo está pasando mal —continué—, pero no le digas a Avery que no estuve a tu lado. Porque quería escucharte. Quería entenderte. Quería apoyarte. —Lo miré por última vez—. Está claro que no necesitas nada de mí. Solo has querido una cosa desde que llegué a los Cowboys: que me vaya. Pues escucha bien, no me voy a ir del equipo…, pero de tu lado sí. Suerte, Dalton. La vas a necesitar esta temporada.

«A la mierda».

Giré para volver a mi asiento.

Dos pasos.

Nada más.

Y, entonces, su mano se cerró alrededor de mi muñeca como un grillete caliente.

—Ahora sí que no te vas a largar.

No fue una súplica, fue una orden.

Y cuando tiró de mí hacia el fondo del avión, hacia la puerta del baño, podría haberme resistido y, sin embargo…

La puerta se cerró detrás de nosotros con un clic seco.

El espacio se volvió ridículamente pequeño.

Demasiado pequeño.

El zumbido del avión atravesaba las paredes finas y vibraba bajo los pies. Apenas había sitio para dos personas respirando fuerte, mucho menos para dos personas enfadadas.

—¿Qué haces? ¡Suéltame!

No me estaba haciendo daño, pero tampoco me dejaba ir.

Su palma ardía sobre la piel de mi muñeca y el pulso me golpeaba justo ahí, donde él podía sentirlo.

—No he terminado —dijo.

—Yo sí.

Intenté tirar hacia atrás.

Error.

Porque el movimiento me llevó contra él. Su pecho firme, el olor limpio del jabón del hotel mezclado con algo más denso, más suyo. Mal momento para notar eso.

—¿Qué coño crees que hacemos? —susurré, consciente de que fuera había compañeros a pocos metros y les podían dar ganas de hacer pis.

—Evitar que te largues creyendo que tienes razón.

Eso me hizo alzar las cejas.

—No estoy intentando tener razón. Estoy tratando de entender qué narices te pasa conmigo… o qué problema tuviste en el campo.

—Ahí está el problema.

Sus dedos aflojaron apenas un milímetro, pero no me soltó.

Lo miré de frente. Nuestras respiraciones chocaban como dos trenes al borde del descarrilamiento.

Tenía el gesto más duro que en el partido.

—No soy tu proyecto, Naomi —murmuró más bajo—. No soy una variable que se salió del margen. Nunca lo he sido.

—Nunca te he visto así.

—Claro que sí, desde el principio.

—No. —Me acerqué un paso para ser yo la que invadía—. Te he visto competitivo, te he visto arrogante, te he visto insoportable, pero hoy estabas… —busqué la palabra— perdido.

El golpe fue leve, aun así, llegó. Una mínima grieta en su expresión.

—No sabes nada. Ni siquiera hablamos de lo mismo.

—Entonces, dime, explícamelo, haz que lo entienda.

No respondió.

Su mano abandonó mi muñeca, pero en lugar de dar espacio, apoyó ambas palmas a cada lado de mi cuerpo, bloqueando la salida. No me tocaba. Solo me encerraba.

El panel frío contra mi espalda. Su cuerpo delante.

El aire demasiado denso.

—¿Sabes qué es lo que más jode? —murmuró.

—Ilumíname.

—Que cuando me miras así… no me estás mirando a mí.

—¿Y a quién estoy mirando?

—Al error que crees que siempre he sido.

Tragué saliva porque esa sí que no me la había visto venir.

—Eso no es verdad.

—Sí lo es. Los dos lo sabemos. El beso de la fiesta, la noche del bar… Siempre soy tu puto error…, y en el campo también ocupo el mismo lugar.

Negué con la cabeza, notaba el corazón en la vena de mi garganta.

—Hoy estaba preocupada.

Obvié todo lo demás. Todo lo que me estaba acelerando el pecho.

—Por tu modelo de aplicación.

—Por ti.

La respuesta salió antes de que pudiera frenarla.

Se quedó quieto, demasiado quieto.

El zumbido del avión pareció subir de volumen dentro del cubículo.

—No necesito que me mires como si estuviera roto, Parks —gruñó —, ni aunque tengas el santo grial del deporte en las manos.

—Y yo no necesito que me reduzcas a la chica de la *app* o a la que se acuesta con su jefe. Sobre todo, cuando no es verdad —repliqué, bajando el tono, pero no la intensidad—. ¿Crees que eso no duele?

Una de sus manos se alzó.

El pulgar recorrió el borde de mi mandíbula hasta la barbilla.

—No me tomes por idiota.

—No lo hago.

—Entonces, no me trates como si lo fuera. Anoche te vi.

Fruncí el ceño, dejé de respirar. Su dedo rozó mi labio inferior.

—Subí para hablar contigo…, quería aclarar las cosas y él estaba en tu puerta con un ramo. Le abriste, le dejaste pasar. —Su dedo seguía torturándome—. Y no salió. Lo sé porque esperé mucho tiempo, demasiado…

Se pegó un poco más. Mi temperatura se disparó.

—Vuelve a decirme que no lo haces, vuelve a decirme que no le das a él lo que a mí me niegas.

Podría haberlo mandado a la mierda. No lo hice.

—No lo hago —susurré—. Puedes creerme o…

Su respiración bajó apenas un punto. Sus ojos descendieron hacia mi boca, justo donde su dedo presionaba y yo tenía que contener el aire para no abrir los labios.

—Maldita sea, Naomi… —murmuró—. Por tu bien, espero que sea verdad.

Y, entonces, hice algo que ni yo misma supe de dónde salió.

O quizá sí.

Pasé la lengua por la punta de su dedo.

Lo mordí apenas.

—Tú no eres mi error.

Un sonido oscuro reverberó en su garganta y no hubo espacio para pensar más cuando cambió el dedo por sus labios.

Su boca cayó sobre la mía con hambre, con rabia contenida, como si llevara demasiado tiempo peleando contra algo que se le escapaba de las manos. El mundo se redujo a eso. A calor. A aire robado. A la presión de su cuerpo contra el mío.

Sé que gemí y que él lo escuchó. También yo oí el gruñido torturado envuelto en lengua y deseo incendiario.

Sobre todo, cuando el beso se volvió más profundo y mis dedos se enredaron en su pelo, tirando sin darme cuenta.

«¡Dios, sabe demasiado bien!».

Llevaba demasiado tiempo sin recibir uno de esos…, un beso de Valentino Dalton.

No era suave, no era dulce. Era un choque frontal. No se podía comparar a ningún otro, era el puto mejor besador del mundo.

—Me vuelves loco, joder…

Quise responder un «tú a mí también», aunque solo me salió un «ah» cuando su mano fue directa a mi pecho para amasarlo y torturar mi pezón por encima del tejido.

Lo quería ahí, en todas partes y con mucha menos ropa.

Por fin algo tangible, algo real. Porque si bien era cierto que la noche anterior Grayson llamó a mi puerta, lo hizo para disculparse por el retraso, y sí, estuvimos mucho rato juntos, pero solo hablando, nada más.

Mis músculos se tensaron cuando su mano descendió, tiró de la cinturilla elástica del *leggin* y la coló.

No me resistí. Quería que se topara con la humedad que le pertenecía. De la que no dudó en apropiarse en cuanto llegó al interior de las bragas.

Desplazó un dedo arriba y abajo, ahogándolo en mi flujo.

—Estás… Estás… —Parecía sorprendido.

Su respiración se volvió más pesada y la voz se le quebró.

Se separó un poco y me miró a los ojos.

Los labios me hormigueaban por los besos y tenía el cuerpo encendido.

—Cachonda, sí, puedes decirlo. —Sus ojos se oscurecieron todavía más—. Puede que no nos aguantemos, pero eso siempre lo has tenido, una fuerza oscura que me atrae sin remedio.

Entonces, me metió el dedo y yo jadeé con fuerza.

—No te haces una idea de lo oscuro que puedo ser contigo…

Empezó a mover la mano, ejerciendo presión en mi clítoris mientras me masturbaba.

Apenas me quedaba oxígeno.

Volvió a besarme y el mundo se inclinó. Todo se mezcló: el ruido del avión; el espacio mínimo; el calor subiendo demasiado rápido.

—Dime que te gusta —murmuró contra mi boca.

Hundí los dedos en sus hombros y moví las caderas, buscando un mayor contacto.

No hacía falta responder. Mi cuerpo ya lo estaba haciendo por mí cuando hundió el segundo dedo. Todo daba vueltas.

—Dime que solo yo te pongo así… —Su voz se volvió imperativa—. Dilo, Naomi.

«Esa orden…».

—Sí, joder, sí…

—¡Dilo!

—Solo t…

Y, entonces, sin querer, una imagen cruzó mi cabeza. Un casco, una voz distinta. Un recuerdo que no debería haber estado ahí.

Fue mínimo.

Pero él lo notó porque no fui capaz de completar la frase.

Sus ojos cambiaron al instante, el calor se volvió otra cosa.

Me taladró con la mirada y supo ver lo que yo callaba.

Detuvo el movimiento.

—No me jodas…

—Es, em, yo… No es lo que…

Un golpe seco en la puerta me cortó.

—¡Ocupado! —rugió Valentino sin apartarse un ápice.

—¡Eso ya lo sé, cabrón! ¡Sal de una maldita vez, Dalton!

—¡Búscate otro baño, Hawkins!

—¡El otro está ocupado por EJ! Se ha levantado en pleno vuelo y ya sabes lo que significa, paso de tragarme su mierda. ¡Y me va a estallar la vejiga, así que ahueca!

La situación era absurda, aun así, el corazón me golpeaba tan fuerte que apenas podía respirar.

—No le abras… —pedí en voz baja.

Él me miró.

—Por favor. Si lo haces, sabrá que tú…, que yo…, que nosotros…

No terminé la frase porque cada palabra que soltaba parecía una bomba detonándose.

La tormenta volvió, se apartó de golpe.

El aire llenó el espacio que había ocupado su cuerpo.

Chasqueó la lengua, inclinó la cabeza hacia mí y acercó su boca a mi oído.

—No soy tu puto error. Ni el tuyo… ni el de nadie.

Las palabras ardieron más que el beso, y entonces hizo lo que menos esperaba: abrió la puerta.

El equilibrio se me fue y caí hacia atrás justo cuando Ty estaba esperando.

—¡Hostia! —proclamó, sujetándome por puro reflejo antes de que acabáramos los dos en el suelo.

Valentino ni siquiera me miró.

Se apartó un paso, frío de nuevo.

—Todo tuyo, colega —dijo con voz áspera.

Luego clavó los ojos en mí una fracción de segundo.

—Gracias por la demostración práctica y recordarme dónde estoy en la lista, Parks.

Y se marchó, dejándome allí con el pulso desbocado, los labios aún ardiendo y la sensación absurda de que acababa de perder algo que ni siquiera sabía que tenía.

CAPÍTULO 46



La casa estaba en silencio cuando me incorporé con cuidado.

A mi lado, la respiración seguía acompasada, ajena a todo.

El reloj marcaba las 02:17.

Me quedé unos segundos mirando al techo antes de apartar las sábanas y salir del dormitorio. Cerré la puerta sin hacerla encajar del todo. No quería que despertara.

Caminé hasta el despacho con el pulso demasiado acelerado para la hora que era.

Había sido una noche pésima y necesitaba asegurar el siguiente movimiento.

Encendí solo la lámpara de la esquina y marqué.

Respondió al segundo tono.

—No sabía si iba a despertarte… o si habrías llegado.

—Estoy en casa. Con lo que ha pasado hoy…, imposible dormir.

Apoyé la mano sobre la mesa.

—Hemos perdido dinero.

—Mucho.

Tragué saliva.

—¿Demasiado?

—Ha sido un buen golpe, no estaba en el cálculo. Al menos, no en el oficial…, y eso que tenía acceso directo en tiempo real.

Miré la pantalla abierta.

—¿Podremos remontar?

—Sí, pero seremos prudentes en el próximo partido. Hasta ver si fue puntual… o si la aplicación no era tan buena después de todo.

—Tiene que serlo —exhalé.

—No pudo predecir lo del empujón. Dalton nunca había actuado así con anterioridad.

Una risa seca se me escapó.

—«Fe» es una palabra que siempre ha sobrado en mi familia… y mira dónde me ha llevado.

Silencio.

—Lo arreglaremos. ¿Recuerdas lo que nos prometimos?

—Imposible olvidarlo.

—¿Todavía quieres?

—Por supuesto.

—Entonces, déjalo todo en mis manos. Tú solo cíñete a lo acordado, es la única forma de poder vivir como queremos…, necesitamos liquidez.

—Lo sé.

—Eres importante para mí. Sin ti…

Escuché un ruido en el pasillo.

—Creo que se ha despertado. Tengo que colgar.

Corté antes de que terminara la frase y salí del despacho con el corazón golpeándome demasiado fuerte.

La luz de la cocina se encendió justo cuando cogía un vaso.

—¡Vaya susto! ¿Qué haces aquí?

—Me entró sed. ¿Y tú?

Dejé correr el agua y lo llené. Bebí para que no se notara que estaba titubeando.

—Me he despertado, he tenido una pesadilla, no esperaba una derrota así.

Negó con la cabeza.

—Ni tú ni nadie. Mientras sea solo una, todo irá bien. Hasta los mejores tropiezan…

Dejé el vaso y noté su cercanía. Cerré los ojos un segundo.

—¿Estás bien? —me preguntó—. ¿Te has tomado la medicación?

—Sí, me vuelvo a la cama.

Rozó mi brazo y encogí los dedos de los pies.

—Ahora iré.

Me marché antes de que la conversación se alargara y captara mi nerviosismo.

Regresé al dormitorio y me tapé con la sábana, intentando regular la respiración para fingir que dormía.

A mi lado, el colchón se hundió unos minutos después.

La oscuridad volvió a cerrarse sobre nosotros.

En otra parte el dinero seguía moviéndose, y esa vez no pensaba perder.

CAPÍTULO 47



Valentino

El lunes empezó demasiado tarde.

Me desperté con la sensación de que el avión seguía vibrando debajo del colchón. Miré el móvil: 10:12. Reunión pospartido a las once.

Perfecto.

El cuerpo me pesaba, pero no por falta de sueño. Era otra cosa. Una presión constante bajo la piel, como si estuviera esperando un golpe que no terminaba de llegar.

Ducha rápida. Algo de comida que ni recuerdo haber masticado.

Llegué al *facility* sobre las 10:47. El aparcamiento estaba como siempre: empleados entrando y saliendo, *staff* con carpetas, algún cámara de Cowboys Media y prensa rondando como buitres. Pasé de ellos. El lunes después de perder fuera olía a tensión contenida, y los cabrones lo sabían.

En el vestuario nadie levantaba la voz.

Hielo, linimento, algún «mierda» murmurado entre dientes.

Whitaker revisaba el móvil. EJ seguía con el fisio. Devin discutía con el preparador por una molestia en el tobillo.

Abrí la taquilla.

La cerré. La volví a abrir porque mi cabeza no se callaba.

No era el empujón, tampoco la penalización.

Era el baño, su boca, mis dedos dentro de ella, perdiéndome en sus jadeos. Y el segundo exacto en el que dudó frente a mi petición.

«Dime que solo yo te pongo así…».

Ahí la cagué.

Porque no quería una respuesta, ansiaba una victoria. Necesitaba que me eligiera a mí… sobre mí mismo, sobre Daver, sobre el puto idiota que se escondía detrás de un casco para gustarle de verdad.

Era enfermizo y, aun así, lo necesitaba, porque en ese momento me sentí como el mayor perdedor de la historia, peor que en mi primera derrota de la NFL.

Volví a cerrar y me encontré la cara de Ty al otro lado.

—¿Comprobando las bisagras o preparando algún número de desaparición por si Joneson decide descuartizarte?

—No estoy de humor.

—¿En serio? Porque después del numerito del avión cualquiera lo diría, ¿qué fue eso, Dalton?

—Ni te atrevas a contárselo a nadie —mascullé.

Levantó una ceja.

—¿Por quién me tomas? Solo quiero saber una cosa… Esto no será por lo de la apuesta, ¿no?

Rodé los ojos.

La ridícula porra del vestuario en la que me jugué cinco mil pavos a que la única intimidad entre Grayson y Parks sería una cena de empresa y cero motivos para quitarse la ropa.

Lo miré.

—No sé de qué me hablas —me hice el loco.

Bufó.

—No me tomes por imbécil, los dos sabemos que sí. Igual que sabemos que no le contaste toda la verdad a la prensa sobre lo de Hendrickson. —Eso me hizo gruñir—. Te vi salir del baño con ella, y no precisamente para repasar el *playbook*. Si te digo esto es porque Levi me pidió que me hiciera responsable del cachorro.

—No soy ningún perro.

—Con lo que te gusta perseguir huesos ajenos y marcar territorio donde ya han meado otros…, déjame dudarlo. Escucha, chaval, si aprecias tu contrato y tus pelotas, no es buena idea apropiarte de lo que un Joneson ha señalado. Sabes dónde te estás metiendo, ¿verdad?

Le sostuve la mirada.

—Lo importante no es dónde me meta yo —dije despacio—, es que no te metas tú. Así que pasa del tema.

Ty levantó las manos.

—Eh, tranquilo. Yo no digo nada. Solo que andes con ojo si quieres seguir jugando aquí. Una cosa es liarte con una animadora, como hizo mi mejor amigo, y otra muy distinta quitarle la chica al hijo del dueño.

—Naomi y él no están saliendo.

—Puede que no, pero yo soy perro viejo y sé cómo se las gasta esta familia. A esa chica ya le han puesto la correa, el collar de diamantes y le están montando la caseta en el jardín privado de la mansión familiar. Es cuestión de tiempo.

Eso me puso de mala leche.

Se inclinó un poco más.

—Adelantarte al jefe no se considera juego limpio.

Solté una sonrisa sin humor.

—Nunca he dicho que jugara limpio.

«Y menos todavía si se trata de Naomi Park».

Ty negó con la cabeza y se apartó justo cuando Harlow apareció en la puerta.

—Once en la sala. Vamos.

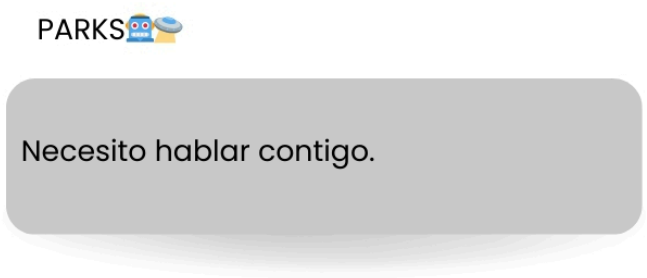
Nos pusimos en marcha.

Y mientras caminaba hacia el visionado entendí algo que me jodió más que la derrota.

No estaba intentando adelantar a Grayson, sino ganarme a mí mismo.

El móvil vibró justo antes de entrar.

Mensaje.



Tragué saliva.

No decía nada más. Ni el motivo ni una pista, nada.

El «contigo» me retumbó en la cabeza.

Me senté en la silla de siempre.

Harlow empezó a hablar.

Otra vibración en el bolsillo. Nuevo mensaje.

Esta vez no era un wasap para Valentino, sino un mensaje privado para Daver.

«Hijo de puta…».

@Rey_Parks03: Al final no me contestaste. ¿Ocurre algo? ¿Podemos hablar hoy? Necesito que lo hagamos.

Me quedé mirando la pantalla unos segundos de más.

Dos mensajes.

Mismo día.

Dos hombres.

Misma mujer.

Uno era para mí y el otro también.

Desde que empezó esta temporada no sabía cuál de los dos quería que ganara, solo tenía clara una cosa: de un modo u otro, el que iba a perder era yo.

🏈📱🏈📱🏈

Naomi

Los datos nunca se mezclaban.

Las personas, sí.

Era ridículo que mi cabeza fuera capaz de procesar miles de variables al mismo tiempo y, aun así, no supiera qué hacer con dos mensajes sin respuesta.

Valentino no contestaba.

Daver tampoco.

Y yo llevaba desde el aterrizaje intentando convencerme de que abrir aquella puerta en el avión había tenido sentido.

Entendí por qué Valentino la abrió. No fue crueldad, ni siquiera rabia, más bien orgullo herido, decepción, y yo había sido la detonante al vacilar.

Pero ¿qué iba a decirle?

No me gustaba mentir, y si le respondía que solo él me ponía así era faltar a la verdad porque había otra persona que el mismo viernes consiguió que me corriera con sus órdenes. No era plan de soltárselo cuando él me estaba…, cuando yo iba a…

«¡Joder!».

Me pasé la mañana mirando la pantalla, intentando redactar algo que sonara normal.

«Lo siento por no responder lo que necesitabas y tener un *flashback* de otra persona en el momento más inoportuno».

Genial.

«Muy maduro, Naomi, se lo va a tomar mucho mejor».

Bufé.

Mi realidad era complicada.

No era una excusa que mi cerebro estuviera a mil revoluciones ni que su forma de pedirme que obedeciera me hubiera hecho pensar en… otra voz, otro tono, otro hombre.

¿Cómo se suponía que se explicaba eso sin sonar como alguien a quien deberían prohibirle internet de por vida?

¿Le decía a Valentino que me pajeaba con un tipo *online* que llevaba un casco y que, objetivamente, podía ser un cruce entre un asesino en serie y el villano de *Star Wars*…, pero que me hacía sentir segura?

¿Que no solo me corría con él, sino que, por algún motivo absurdo, sentía que podía contarle cualquier cosa sin que me juzgara?

Bueno…, juzgar no lo hacía, opinar bastante.

Y, por otro lado, estaba Daver.

A él no lo estaba traicionando porque le había dicho cuáles eran mis intenciones ese fin de semana, él sí sabía lo que había, salvo que me calmó el viernes; y con Grayson ni me planteé que ocurriera cuando se presentó en mi cuarto.

¿Hubo tonteo?

Algo.

Con él siempre lo había, pero no crucé ninguna línea. Era cierto lo que le dije a Valentino, solo hablamos.

Así que necesitaba sus consejos, que se conectara esta noche y decirle un: «Oye, ¿recuerdas el tío que te dije que era mala idea cuando me sugeriste que no me tirara a mi jefe? Pues casi me lo tiro en el baño de un avión, pero entonces pensé en ti y todo se jodió».

Maravilloso.

Escala social: inexistente.

Vida emocional: en llamas.

Sexo en camas normales: aparentemente imposible.

¿Por qué todo en mi vida acababa ocurriendo de pie?

Suspiré y dejé el móvil sobre la mesa.

Me habían dado un par de días libres. El martes porque me correspondía por contrato; hoy porque llegamos muy tarde y Grayson dijo que llevaba dos meses a *full*, que era mejor que me relajara. Lo cual suponía tiempo de sobra para pensar.

Y eso no me convenía en mi estado.

Así que, tras mandar dos mensajes bastante precarios, hice lo único que sabía hacer cuando no sabía qué hacer: trabajar.

Pasé horas revisando modelos predictivos, ajustando parámetros, repasando jugadas. Buscando el momento exacto donde el partido se había torcido y cómo la aplicación podía controlar variables que no estaban el día anterior.

Estaba segura de que me pedirían responsabilidades, y en lugar de excusas era mejor aportar una solución, así que me empleé a fondo.

Por la tarde cerré el portátil y me fui al gimnasio.

El de la amiga de Grayson.

El sonido de las recepciones sobre el tapiz y el aroma a sudor fresco siempre me calmaba.

Empecé con movilidad de hombros, muñecas y cadera. Banda elástica, activación escapular, *core*. Quince minutos, hasta que el cuerpo dejó de sentirse como si hubiera dormido en un asiento de avión durante siglos, y pasé a diez más de elasticidad, para destensarme y no ser un tronco con piernas.

Las niñas me sonreían con admiración y yo solo quería llegar al recipiente de la magnesia.

Hundí las manos y el polvo blanco flotó un segundo en el aire antes de posarse en mis muslos salpicados en sudor.

Las asimétricas siempre habían sido mi terapia, no mi aparato, el lugar en el que desconectar porque requería toda mi atención. Perfecto para olvidar a esos dos.

Salté a la barra baja y el contacto me devolvió a mi cuerpo. *Kip* limpio. Cadera arriba, empuje hasta vertical. El mundo se alineaba cuando yo lo hacía.

Balanceo acompasado con mi respiración.

Subí a la barra alta en una transición fluida y por un instante no pensé en hombres ni en sexo ni en voces con casco. Solo en el ritmo, en el latido exacto que hacía que no te quedaras colgada como una idiota de alguien que era imposible que encajara contigo.

«No soy tu puto error. Ni el tuyo… ni el de nadie».

Me dejé caer al foso, ni siquiera intenté una salida en condiciones porque el pensamiento me atravesó.

Mi corazón se quejó y caí entre los bloques de espuma sabiendo que le había hecho daño, y esa nunca fue mi pretensión.

Volví a subir y repetí el ejercicio.

La piel de las manos empezó a arder bajo las calleras, pero ese dolor era sencillo, honesto, nada que ver con el otro.

Añadí un giro en vertical. Sentí el segundo en el que el cuerpo dudaba antes de completar la línea y apreté los abdominales como si eso pudiera apretar también mi cabeza.

Salida controlada y exhalación profunda.

Otra vez.

En barras no podías permitirte el lujo de pensar en dos cosas a la vez. Si lo hacías, te quedabas a medias o te dabas una hostia.

Como en el baño.

Tragué aire y me fui al suelo.

Hice una secuencia que había practicado cientos de veces:

Carrera larga. Rondada. *Flic-flac*. El cuerpo volando hacia atrás y el doble mortal cayendo con el golpe seco en las piernas. La vibración subió por los huesos y me ordenó por dentro.

La segunda pasada la hice más limpia, más rabiosa, hasta sentir que el corazón ya no latía por recuerdos, sino por esfuerzo.

Terminé en la barra de equilibrio porque, irónicamente, era el único sitio donde podía perderlo con dignidad.

Subí.

Flic–flac sin titubeos. Un giro firme, un salto que aterrizó justo en el centro de la madera.

El mundo reducido a diez centímetros de ancho.

Si dudaba, caía.

Si respiraba, seguía.

Bajé con las piernas temblando, los antebrazos ardiendo y la cabeza… un poco menos saturada.

No arreglé nada, sin embargo, durante una hora no fui una chica dividida entre dos hombres, solo una gimnasta, y eso todavía sabía hacerlo bien.

Salí del vestuario y miré el móvil.

Valentino seguía sin responder.

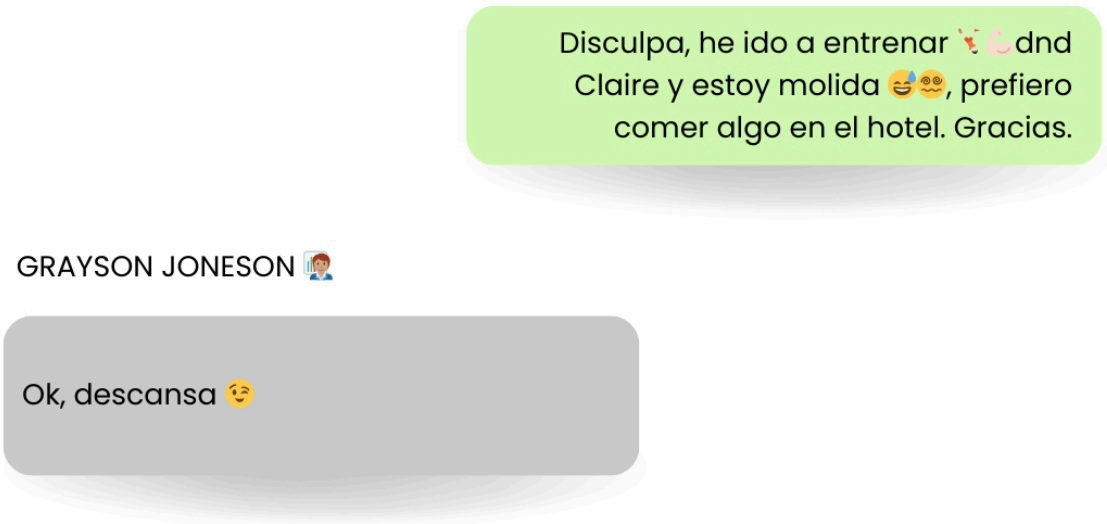
Pero otros dos sí lo hicieron.



Y debajo una notificación de la *app* de *sexting* que usaba para chatear con Daver.

@ValDaver: Esta noche a las ocho.

El estómago me dio un pequeño salto y supe de inmediato a qué cita quería acudir.



No me daba tiempo a llegar si quería estar lista; fui directa al hotel.

Pedí algo rápido por Uber Eats e intenté no pensar demasiado en nada.

Me puse cómoda.

Elegí mi camisón del lord Oscuro, que era más bien una camiseta larga que me regaló Avery y que me llegaba a medio muslo. En teoría, era para dormir, no para tener reuniones emocionales con lores oscuros.

Puse música para relajarme.

Space Oddity, la versión acústica.

Ironía cósmica incluida.

La habitación se llenó de esa calma rara que solo existía cuando intentabas convencerte de que tenías el control.

No lo tenía, y a punto estuve de llamar a Cami para que me dijera cómo lograba esa armonía que solo ella era capaz de tener con dos tíos a la vez.

Por primera vez la entendía un poco mejor, porque yo también me sentía dividida entre dos, aunque a uno solo lo conociera de internet y el otro me pareciera insoportable la mayor parte del tiempo.

Llamaron a la puerta.

—Mi cena.

Abrí sin mirar, sin preguntar, y me di de bruces contra lo inesperado.

CAPÍTULO 48



Naomi

Abrí la puerta sin pensar.

—¿Siempre abres sin preguntar? —dijo él, apoyado en el marco —. Menos mal que no soy un fan de las motosierras.

Parpadeé.

Valentino Dalton.

Con una bolsa de papel enorme en una mano y otra más pequeña colgando del dedo, como si fuera lo más normal del mundo presentarse así, ¿cómo sabía el número de mi habitación?

Seguro que se había camelado a la de recepción.

—¿Y tú? —Crucé los brazos—. ¿Dejarme en visto y aparecer sin avisar está dentro de tu manual de buenas prácticas? ¿O de acosador?

Su sonrisa fue rápida. Ligera.

—Querías hablar. Acabo de salir de The Star.

Entrecerré los ojos con sospecha.

—Yo estaba esperando al de Uber Eats.

Su mirada bajó a la bolsa.

—Pues hoy comes mejor.

Lo olí entonces.

Comida recién hecha.

—No me creo que salgas ahora del centro de entrenamiento y también hayas llamado al de Uber Eats.

Él soltó una risa baja.

—Bueno…, puede que me haya dado una vuelta antes de regresar a por ti.

Se inclinó un poco, esperando, y habló muy cerca de mi oreja.

—¿Qué? ¿Me dejas pasar o llamo al de la motosierra?

El vello de mi nuca se erizó ante su proximidad, aunque duró poco, se separó casi de inmediato y me recorrió de arriba abajo.

No de forma agresiva. Más bien… recreándose.

Seguí su mirada y noté el calor subir por mis mejillas.

Camiseta enorme de Darth Vader con sable rojo, calcetines frikis con X-Wing estampados.

«Genial, Naomi», me felicité.

—No te esperaba —murmuré, excusándome.

—Esos suelen ser los mejores planes, los que no esperas —dijo él suavemente—. ¿Puedo?

Me mordí el labio. Dudé tres segundos, porque sabía que, si lo dejaba pasar, o acabábamos en pelea o yo dejando tirado a Val.

Me aparté. Entró. Y sentí como la tensión que llevaba pegada al pecho desde que golpeó la puerta se aflojaba un poco. Él también parecía haber estado conteniendo algo.

—Muy bonito… —murmuró, mirando las vistas al campo iluminado.

Dejó las bolsas sobre la mesa.

Yo cerré la puerta, intentando recomponerme y no repasarlo con tanto descaro.

Iba vestido… peligrosamente bien.

Joggers oscuros que se ajustaban sin esfuerzo, zapatillas blancas impecables —seguro que demasiado caras para cualquiera que no fuera un jugador con contrato millonario— y una camiseta gris que le marcaba los hombros y los brazos de manera indecente. Casual, deportivo, ridículamente atractivo.

—Si me das un momento, me cambio… —dije un pelín abochornada.

Se giró.

—¿Por qué?

—Voy en pijama…, y tú…

Su sonrisa creció.

—Estás perfecta, por mí no lo hagas.

Mi cara ardió.

—Valentino…, solo llevo una camiseta ancha.

—Si quieres, yo también puedo quedarme en camiseta y hacemos tablas —añadió con voz socarrona—. ¿Eso te haría sentir más cómoda?

—No —solté rápido—. Cero.

—Pues, entonces, estamos bien los dos.

Antes de que pudiera responder, empezó a sacar cosas de la bolsa.

El olor llenó la habitación.

—Te he traído un surtido de lo que más me gusta como ofrenda. —Mi estómago rugió—. Nada lleva lactosa, me aseguré.

El detalle me descolocó más que cualquier broma.

—Te lo agradezco…, pero… ¿a qué viene todo esto?

Él exhaló despacio, como si hubiera ensayado esa parte.

—El domingo no fui justo —afirmó sin rodeos, dándose la vuelta —. Y creo que tienes razón. Necesitamos hablar…, empezar de cero, así que…

Mi cerebro buscó sarcasmo, provocación, alguna trampa mortal que me hiciera saltar por los aires.

No encontró nada.

—¿Te apuntas? —preguntó, ladeando el rostro—. Hola, me llamo Valentino Dalton.

No respondí.

Puso su mano como si fuera a contarme un secreto.

—Deberías contestar, sé que te sabes la respuesta.

Me pareció un pelín absurdo, pero yo no era especialista en mejorar relaciones, así que…

—Naomi, Naomi Park.

—Encantado, Naomi, bonita camiseta…

Y, entonces, sacó algo más, una caja rectangular que captó toda mi atención: era el diamante que toda friki esperaba recibir como regalo de bodas.

Mis ojos se abrieron al reconocer lo que era.

—No puede ser…

La cogí casi temblando, temiendo que se me pudiera caer al suelo.

—¿De dónde has sacado esto? ¡Es imposible conseguirlo!

—Tan imposible no será cuando yo lo tengo —masculló calmado.

La miré por todos los ángulos.

—Puedes respirar, que se te olvida.

—Esto es… —Tragué saliva—. ¿Es la trilogía original…, las ediciones *LaserDisc* japonesas de 1993?

Él sonrió, orgulloso ante el reconocimiento.

—Las mismas. Transferencia previa a la edición especial del 97, sin CGI añadido, sin cambios en el Han *shot first*. —Lo miré boquiabierta—. Incluyen el máster THX original…

—¿Cómo narices sabes eso?

Se encogió de hombros.

—Porque el audio es diferente en la batalla de Yavin y porque la caja interior lleva el logotipo plateado de Pioneer. Las reediciones no lo tienen.

Parpadeé.

—No me refería a eso, sino… ¿quién eres y qué has hecho con el capullo de Dalton?

Sus ojos cambiaron, mutaron a una expresión mucho más amable y divertida.

—Bueno…, quizá nunca me has conocido, solo proyectaste en mí lo que querías creer, no lo que soy en realidad.

Eso me hizo sentir fatal.

No podía ser… Valentino no tenía pinta de friki de las galaxias… Él era…

Y entonces recordé a mi amiga Lorna asegurándome que Henry Cavill era un *nerd* con físico de dios griego o de superhéroe.

Volví a mirarlo con interés renovado y me di cuenta de algo incómodo: nunca me había molestado en averiguarlo.

Se acercó un paso.

—Ya va siendo hora de que lo hagas, ¿no te parece?

Me quedé sin palabras, no tenía ni una respuesta inteligente preparada, por lo que me limité a asentir. Él apartó la silla y me acomodé.

Bajó hasta alcanzar mi oreja y susurrar…

—Buena respuesta, y ahora vamos a llenar la tripa antes de que se enfríen estas delicias… y te apetezca comerme a mí.



Valentino

Cuando ella abrió la puerta, pensé seriamente que iba a cerrármela en las narices.

No porque estuviera enfadada, sino porque iba en pijama y parecía haber olvidado que el mundo existía fuera de su cuarto.

Casi me hizo sonreír antes de tiempo, había estado nervioso todo el camino.

Llamar a su puerta sin saber si me mandaría a la mierda era más difícil que cualquier *blitz* defensivo, pero me dejó pasar. Y algo se aflojó en mi pecho.

Mientras hablábamos fingí naturalidad, cuando en realidad se me estaba poniendo muy dura por su atuendo.

«No es el momento, colega», aleccioné a mi polla, dejando la comida sobre la mesa.

Mi cabeza iba a mil.

Salí del entrenamiento directo a buscar todo aquello que pudiera gustarle. Me había recorrido medio Dallas pensando que podría ser una especie de tregua comestible. Y luego estaban las chucherías, la misma bolsa que llevé aquella noche del hotel y que serían el postre.

Cuando empezó a mirar mi as, supe que había acertado.

Nunca la había visto así.

Ojos enormes, fascinación absoluta y yo entusiasmándome como un idiota porque quería seguir provocando esa expresión.

—¿Quién eres y qué has hecho con el capullo de Dalton?

Me reí bajo, incapaz de evitarlo.

«Si tú supieras, mi reina».

Aquello le escoció un poco, lo vi en el leve fruncir de su ceño, pero también lo encajó, porque en el fondo era verdad, nunca se había molestado en conocerme más allá del personaje y esta noche estaba decidido a dejar que lo hiciera.

Le había contestado como Daver y, acto seguido, me había plantado en su hotel. Necesitaba verlo con mis propios ojos, saber a quién elegía cuando tenía que decidir, ganar, aunque fuera una sola vez, frente a él, y cuando abrió la puerta y cedió, sentí algo parecido a una victoria infantil.

«Bien…, chúpate esa, lord Oscuro».

Le enseñé el contenido de las bolsas.

—Esto es *brisket* ahumado —expliqué, levantando un recipiente —, Texas de verdad, y esto… tacos de birria. Si vives en Dallas y no pruebas esto, te quitan el pasaporte.

Ella sonrió, apenas una curva tímida que le suavizó la boca y que me pareció peligrosamente bonita.

—¿Lo haces siempre? —preguntó—. ¿Aparecer con sobornos culinarios?

—Solo cuando la he cagado a lo grande —respondí con media sonrisa—. Y por si te lo preguntas, no, nunca con otras mujeres. Esas suelen usarme para follar, les importa bastante poco las gilipolleces que suelte.

Su mirada se puso más seria.

—¿Me estás diciendo que te sientes como un objeto?

Me encogí de hombros.

—A veces…, eso sí, edición coleccionista y con función vibrador. —Le guiñé un ojo. Por dentro no tenía tanta gracia—. Pocas se preocupan por conocerme.

Vi como su expresión se contraía ligeramente.

—No es un reproche ni va por ti —añadí enseguida—, solo… una realidad. Tampoco es que me esforzara o me importara mucho que

lo hicieran.

«Hasta que apareciste tú».

Ella bajó la mirada un segundo.

—Lamento si en nuestro primer encuentro te prejuzgué.

Negué despacio.

—Estabas en tu derecho. Mi reputación me precedía y no hice mucho por mejorarla. El problema es que, cuando alguien te cuelga una etiqueta, cuesta quitársela si no hay interacción. —Vi el gesto culpable en su cara y suavicé el tono—. De verdad, no es un reproche. Yo tampoco soy de los que se abren a la primera y uso el humor cabrón como armadura.

Sus labios se entreabrieron.

—A mí no se me da muy bien interactuar con los demás.

—Lo sé.

Miré alrededor antes de quedarme atrapado en sus ojos otra vez.

La camiseta le resbalaba por un hombro, sus mejillas seguían sonrojadas y pensé que había tomado la decisión correcta al venir. No quería que eligiera al tío del casco, quería que eligiera al Valentino real.

Me acerqué un poco.

—Esto —dije, señalando las películas— no es un soborno audiovisual.

—Ah, ¿no?

Negué.

—Es un tratado de paz. Guárdame el secreto: me flipa *Star Wars*.

La expresión que puso se me quedó clavada.

—No te creo.

Sonreí.

—Desde pequeño. Tengo una colección bastante bestia, de hecho, es en lo que más he invertido desde que fiché por los Cowboys. Un día puedes venir a mi ático y te la enseño.

—Pero ¿por qué nunca me has dicho que…?

Solté aire.

—Porque soy gilipollas y, bueno, se supone que los tíos que aspiran a la NFL están en otras cosas. Solo quise parecerme a

ellos…, aunque en el fondo siempre he sido más de Anakin que de *quarterback* alfa.

Ella rio bajo.

—¿Anakin?

Y algo en mi pecho se aflojó, porque aquella risa no era nerviosa, era cómplice.

Asentí.

—Entonces… —preguntó despacio—, ¿de verdad quieres empezar de cero?

La miré sin bromas.

—Sí.

—Vale, pues empieza por contarme por qué es tu favorito y no Skywalker, el héroe que todos eligen —dijo, llevándose algo a la boca.

Me tomé un segundo antes de responder.

—Porque es el chico brillante con un talento descomunal que solo quiere demostrar que es suficiente, le aterra perder a quienes ama, se equivoca por orgullo, se siente incomprendido y, en el fondo, solo quiere que alguien vea al niño antes que al monstruo.

Su boca se abrió, olvidándose de masticar.

—*Wow*… —susurró—. Creo que es el mejor análisis que he escuchado en mucho tiempo.

Sonreí.

—¿Y tú? ¿Cuál es el tuyo?

Dejó el tenedor sobre la mesa con cuidado.

—Rey, porque nadie la estaba esperando.

Alcé una ceja.

—¿Eso es bueno?

—Es perfecto —replicó—. No tiene linaje importante ni apellido que pese, no tiene maestro al principio, no es la elegida por tradición…, se elige a sí misma.

Asentí despacio.

—Te pega.

—¿Sí?

—Totalmente.

Sus ojos brillaron un poco más.

—También me gusta porque no necesita que la validen. Aprende sola, se cae, se levanta, se equivoca y, aun así, no se convierte en alguien oscuro para encajar.

Ahí estaba el golpe suave.

—No espera que la rescaten —continuó—, ella rescata a los demás…, incluso cuando todavía no sabe quién es.

Algo me apretó el estómago. Había demasiados paralelismos entre los personajes… y nosotros.

—Y cuando descubre de dónde viene —añadió con una sonrisa pequeña— podría esconderse, pero decide que su identidad no la define, lo que la define son sus decisiones.

«Como tú», pensé.

Se inclinó un poco hacia mí.

—Me gusta poder elegir...

La observé en silencio unos segundos y añadí:

—Rey no necesitó permiso para ocupar su sitio…, igual que tú en los Cowboys.

—Veo que lo pillas.

Respiré hondo.

—¿Puedo pedirte algo, Rey?

Contuvo el aire.

—Prueba.

La miré fijamente.

—No dejes que me convierta en Vader.

Se humedeció los labios, lenta, casi inconsciente, y sostuvo mi mirada.

—Eso dependerá de ti.

CAPÍTULO 49



Valentino

El miércoles regresé al entrenamiento con el cuerpo cansado y la cabeza demasiado despierta.

Hacía tiempo que no me levantaba con esa sensación de… calma.

La noche del lunes seguía reproduciéndose en mi cabeza a fragmentos.

La cena se nos fue de las manos. La comida terminó siendo una excusa mientras hablábamos de *jedis*, de finales injustos y de si la trilogía original tenía mejor ritmo que las precuelas. Ella gesticulaba cuando se emocionaba, movía las manos como si estuviera dirigiendo una nave espacial invisible y yo me quedé observando cómo el cuello de la camiseta se desplazaba por su hombro embobado, más de lo que debería.

Hubo un momento en que miré el reloj.

19:58.

—Voy al baño un segundo —comenté, intentando que sonara casual.

Cerré la puerta.

Esperé.

La vibración llegó casi al instante.

@Rey_Parks03: Me ha surgido algo importante…, ya te contaré. Perdona por dejarte tirado, no te lo tomes a mal.

Solté el aire despacio y le respondí sin pensarlo, casi de inmediato.

@Val_Daver: A mí también me ha surgido algo. No sufras. Ya nos pondremos al día.

Cuando salí, ella estaba mirando el móvil con esa expresión leve, concentrada, y la comisura de su boca parecía contener algo que no terminaba de salir.

—¿Todo bien? —me interesé.

Levantó la vista.

—Sí…, mejor que nunca.

Sentí un pequeño golpe en el pecho.

—¿Maratón de pelis?

Asintió y se fue directa a la cama, se sentó con las piernas cruzadas y luego me miró como si fuera lo más normal del mundo.

—¿Qué? ¿Vienes?

Tragué saliva.

—¿En serio piensas que me opondría a estar en la misma cama que tú? Yo no soy de esos tíos que se ofrecen a dormir en el suelo o en un sillón teniendo un espacio cómodo y con buena compañía que compartir…

Sus ojos se afilaron.

—Solo vamos a ver pelis.

—Me basta con eso…, por ahora —puntualicé.

Saqué entonces la bolsa pequeña.

Arma secreta 2: Las chucherías.

Las mismas que llevé aquella noche y que no pude darle.

Sus ojos se abrieron de golpe.

—¡Oh, Dios! Son mis favoritas. ¿Cómo sabes eso?

Me encogí ligeramente de hombros, no iba a confesar…

—Uno nunca revela sus fuentes.

Se inclinó hacia mí.

—Fijo que se lo sacaste a Avery.

—Nunca lo sabrás.

Nos acomodamos.

No pasó nada y pasó todo.

Su rodilla rozó la mía.

Su hombro se apoyó contra mi brazo cuando se rio.

El olor de su pelo me distrajo más que cualquier escena de batallas espaciales.

No hubo intención sexual, sino algo más peligroso: Intimidad cómplice.

Entre la segunda y la tercera película su respiración cambió. Se fue quedando quieta poco a poco, la cabeza inclinándose hacia mi lado sin darse cuenta.

Cuando me fijé… estaba dormida, la observé más de media hora, tenía toda mi atención.

Su ceño estaba relajado, la boca apenas entreabierta, el móvil olvidado sobre la mesilla. Era tan fácil quedarse, tan condenadamente fácil, y me habría gustado tanto sentirla enroscándose contra mi cuerpo.

Podría haberlo hecho, fingir que me había quedado KO, haber cruzado la línea. No lo hice, no quería precipitar nada y disfrutar del proceso, aunque me muriera por quedarme.

Me levanté con cuidado, la cubrí mejor y salí sin hacer ruido.

Al día siguiente la invité a desayunar.

Pensé que diría que no. Dijo que sí y el día fue sencillo.

Demasiado sencillo para alguien acostumbrado a la tensión constante.

Caminamos sin rumbo por el centro; discutimos en una librería sobre finales que arruinaban sagas perfectas; ella me arrastró a una tienda de tecnología donde me explicó algo sobre interfaces predictivas mientras yo fingía no entender y me limitaba a mirarla.

Almorzamos sin mirar el reloj, hablamos de tonterías y de cosas que no lo eran.

Cuando la dejé en el hotel, hubo un segundo suspendido entre los dos. Lo vi, lo sentí, estuve a nada de inclinarme.

Y tampoco lo hice.

«Haz bien las cosas por una maldita vez, Dalton».

—Ha sido un día fantástico —murmuró ella.

La miré.

—Uno de los mejores que he tenido en meses.

No exageraba, y regresé a casa con ganas de volver a verla al día siguiente, de cruzármela en las instalaciones y que me viera entrenar.

Ahora caminaba hacia el desayuno del equipo con esa sensación todavía en el pecho cuando escuché mi nombre.

—Dalton.

Harlow y Mac juntos, caras serias.

—¿Sí?

—¿Tienes un minuto?

—Claro, señor.

—Bien, acompáñanos, tenemos que comunicarte algo y preferimos hacerlo en el despacho.

La calma se evaporó porque sus expresiones no eran de felicidad y temía que haber perdido contra los Bengals me hubiese restado la credibilidad suficiente como para sentarme de nuevo en el banquillo.

Harlow cerró la puerta con calma. Mac se quedó de pie, apoyado en la estantería, brazos cruzados. Mala señal.

No me invitaron a sentarme, supuse que fue porque era algo rápido, no esperaba el golpe.

—La liga ha revisado la jugada —empezó Harlow—. Te sancionan con un partido.

Tardé medio segundo en procesarlo.

—¿Perdone?

—Conducta antideportiva posterior al silbato. Contacto innecesario con un rival en situación muerta —precisó Mac—. Lo catalogan como un *sportsmanlike conduct* escalado.

Solté una exhalación seca.

—Fue un puto empujón —siseé.

—Fue un empujón después del silbato, con intercambio verbal previo y gesto desafiante posterior —replicó Harlow sin subir el tono —. En el contexto actual, la liga está siendo más estricta con

cualquier acción que pueda interpretarse como escalada de violencia.

Me pasé la mano por el pelo.

—Él me agarró primero. —Y no pensaba repetir lo que ese cabrón me dijo para incitarme.

—Lo sabemos —asumió Mac—. Pero tú eres el *quarterback*. La reacción final es lo que se viraliza y la NFL quiere marcar precedentes esta temporada.

Ahí estaba la clave: Imagen, siempre imagen.

—Whitaker será titular la próxima semana —continuó Harlow—. La suspensión entra en vigor de inmediato, aunque seguirás entrenando.

Noté cómo algo me subía por el pecho.

—Perfecto, derrota en Cincinnati y Dalton al banquillo. El titular se escribe solo.

—No dramatices —cortó Mac con calma profesional—. Se venderá como un calentón competitivo, pero tienes que pedir disculpas públicas y mantener la cabeza fría. Vivian preparará el comunicado y una breve comparecencia ante los medios.

Me reí sin humor.

—¿Disculparme? No pienso hacerlo, fue un maldito cabrón, ya es bastante con la jodida sanción. Se merecía que le saltara todos los dientes.

—Lo harás —dijo Harlow, clavándome la mirada—. Porque, aunque no lo veas así, la liga sí, y nosotros no vamos a apelar ni a entrar en debates de patio de colegio.

Eso me hizo girar la cabeza con brusquedad.

—¿No vais a apelar?

—No compensa —respondió Mac—. Si apelamos, se alarga la presión mediática y los titulares, ya sabes que hay órdenes de arriba de evitarlos a toda costa. Solo es un partido, discurso medido y pasamos página. Tu reputación es buena, tus patrocinadores no se resentirán y el equipo no se convierte en el centro de un debate sobre violencia en el campo.

Apreté la mandíbula.

—Fue un maldito empujón —mastiqué cada palabra.

—Fue un empujón en *prime time* —matizó Harlow—, y eso se paga.

Silencio.

—Hijo, hay que saber qué batallas perder y cuáles ganar.

Algo en mí se tensó.

—No me hable como mi padre —respondí frío—. Ya tengo suficiente con un general.

—Dalton…

—Lo pillo, gracias por la charla, me voy a desayunar.

Me di la vuelta antes de que añadieran nada más y salí.

El pasillo parecía más estrecho de lo habitual, avancé a grandes zancadas, mosqueado por lo ocurrido. Giré la esquina sin mirar.

—¡Auch!

El golpe fue leve, pero suficiente para que un iPad cayera al suelo.

—Lo siento —dije de inmediato, agachándome—, no te he visto.

Naomi.

Supe que era ella por el aroma que desprendía y la funda de *Star Wars*.

Recogí el dispositivo y se lo tendí. Nuestros dedos se rozaron un segundo más de lo necesario.

Ella me miró como si fuera un escáner, detectando los fallos en el sistema incluso antes de que hablara.

—¿Qué te pasa?

Dudé.

—Me han suspendido.

—¡¿Cómo?!

La explicación salió seca, directa. Empujón, revisión, decisión de la liga.

Sus cejas se juntaron.

—¿Pueden hacer eso por algo así?

—Pueden hacer lo que quieran. —Bufé—. Dicen que es lo mejor para la imagen del equipo.

Se quedó pensando un segundo.

—Si quieres…, podría hablar con Grayson. Quizá él pueda hablar con su padre y… —la interrumpí seco.

—No. —Sonó más brusco de lo que pretendía—. Prefiero que no lo hagas, me apetece entre nada y menos deberle favores a ese tío, y tú harías bien en apartarte. Ya te lo dije, su fama le precede.

Ella alzó la barbilla.

—Quizá haya cambiado, conmigo es diferente.

Solté una risa corta.

—Quizá los cerdos vuelen.

La tensión se instaló entre nosotros, fina y cortante.

—No todo el mundo es inmutable, Valentino.

—No todo el mundo cambia por las razones correctas.

Nos quedamos mirándonos demasiado tiempo.

Y, entonces, una voz suave irrumpió desde el otro extremo del pasillo.

—Hola…, qué casualidad.

Vivian avanzó hacia nosotros con su carpeta bajo el brazo y esa serenidad profesional que siempre parecía llegar cuando todo se complicaba.

—Os estaba buscando. ¿Tenéis un minuto?

Naomi me miró.

Yo miré a Vivian.

—¿A los dos?

—Eso he dicho, me han llegado unas imágenes y quiero saber, antes de que caiga el chaparrón, qué está pasando entre vosotros dos.

Volvimos a mirarnos y Naomi se adelantó.

—Somos amigos.

—Sí, ya, por las imágenes, eso es evidente, pero ¿de los que se acuestan o de los que dan paseos por la ciudad?

Dio la vuelta a su *tablet*, las imágenes me captaron entrando en el hotel el lunes y saliendo de madrugada… El martes se nos veía paseando por la ciudad, riendo, charlando, y la última tomando a Naomi de la nuca. Por la forma en que nos mirábamos, estaba claro que mi intención era acabar con su boca debajo de la mía y la lengua en su garganta. Aunque me limité a besarla en la mejilla.

—¿Y bien?

—De los que cenan, ven pelis juntos y pasan un rato caminando por la ciudad. Parks es de las mejores amigas de mi hermana y, por si no lo sabe, estudiamos en la misma universidad —corté cabreado al ver la expresión insegura de Naomi.

—Ya, bueno, digamos que este año tenemos que mirar muy bien lo que la prensa dice de nosotros, así que… os agradecería que no deis motivos para que os persigan y saquen titulares si no los hay. Podéis marcharos. Dalton, cuando termines el entrenamiento de hoy, pasa por mi despacho, tenemos que concretar tu discurso y el comunicado.

—¿Por salir con una amiga?

—No, por lo de la suspensión del partido. Que tengáis un buen día.

Vivian se marchó, dejando detrás ese silencio que no era silencio, sino antesala de titulares.

Naomi no me miró enseguida. Se ajustó el iPad contra el pecho y deslizó el pulgar por el borde como si estuviera alineando algo invisible.

—No quería meterte en problemas.

Negué despacio, clavando la vista en una mancha inexistente del suelo. La mandíbula me crujió al aflojarla.

—No me has metido en nada. Las fotos estaban ahí igual.

Levantó la mirada, cargada de vulnerabilidad.

—Ahora todo el mundo va a hablar.

Una comisura se me curvó sin humor.

—Siempre hablan.

Se apartó un mechón detrás de la oreja, gesto pequeño, defensivo. Cuando hacía eso, en realidad estaba calculando escenarios.

—No quiero que te perjudiquen por mi culpa.

Di un paso más cerca sin pensar demasiado.

—Ni yo quiero que te conviertan en carnaza por estar conmigo.

Sus pestañas temblaron apenas. «No me mires así…».

—Tú y yo no… Me refiero a que…

Tragué con rudeza, no quería que terminara esa frase.

—Eso da igual si el resto del mundo lo cree.

En el pasillo estábamos demasiado expuestos.

Bajé la voz.

—Solo tenemos que ser más cuidadosos, yo quiero seguir conociéndote.

Lo dije firme, como si fuera una jugada en tercera y corto. Como si controlar el perímetro fuera tan fácil.

Sus hombros cedieron un centímetro. Exhaló.

—Yo también. —Su respuesta me llenó de alivio—. Gracias por dar la cara por mí.

—He dicho la verdad. Es lo que somos, ¿no? Amigos con derecho a paseos y pelis.

«Eso era lo que Naomi acababa de sugerir hacía unos segundos».

Ella sostuvo mi mirada y sonrió lo justo.

—Sí.

Algo se tensó detrás de mis costillas. «Amigos».

—Pues nadie tiene que meterse con eso.

Lo dije con convicción, casi territorial. Y, aun así, por dentro algo murmuró: «Eso no es lo que quieres y lo sabes».

Sus dedos apretaron demasiado el borde del iPad. Se estaba conteniendo, no obstante, no añadió nada más.

—Nos vemos, tengo que ir a hablar con... Entregar unos informes.

—Y yo a desayunar con los chicos.

Parecía que ninguno de los dos supiera cómo acabar la conversación e irse.

—Buen provecho.

Se dio la vuelta antes de que pudiera leerle la cara y se fue.

Había protegido su nombre y el mío, lo que sí me estaba costando proteger… era la versión reducida de nosotros que acababa de aceptar.

«Amigos. ¡Joder!».

Ese no podía ser nuestro final.

CAPÍTULO 50



Naomi

Las puertas del ascensor se cerraron y me quedé mirando el número tres parpadear como si tuviera algo que añadir.

Tres semanas desde que perdimos contra los Bengals.

Tres semanas desde que entendí que en esa franquicia no solo se jugaba al fútbol.

Tres semanas desde que comencé a verlo de otra manera y ya no sabía cuál era la correcta.

Apoyé la cabeza un segundo contra el panel metálico, no por agotamiento, sino por cálculo.

Aquel miércoles 1 de octubre Vivian no me había dicho que me apartara de Valentino, ella me preguntó, a su manera, si entendía cómo funcionaba la imagen en Dallas.

Y lo entendía, por supuesto que lo entendía, porque yo misma había analizado cientos de noticias y sabía lo dañina que podía ser la prensa.

Si mis imágenes con Valentino salían, lo descuartizarían por muy inocentes que pareciesen, le buscarían los tres pies al gato para

acusarme de ser su distracción e incluso tacharme de ser el motivo por el empujón del partido.

Así era la prensa sensacionalista, sobre todo con los Cowboys y sus QB.

«No puedo ser la distracción», me dije, subiendo a la sala de reuniones.

El problema era que Valentino me descolocó, y cuando algo así sucedía, no podía dejarlo aparcado y olvidarlo.

Necesitaba que los dos estuviéramos centrados, y para eso nuestra relación debía ser discreta y solo basarse en la amistad.

«¿De verdad piensas que puedes ser amiga del tío que te comió la boca, te metió los dedos y se vio contigo una maratón de pelis de *Star Wars*?».

«A-mis-tad. Somos adultos, podemos lograrlo».

«¡Ja!».

Como si lo que ocurrió hubiera sido una escena poscréditos sin consecuencias.

No lo fue, ni de broma.

Las puertas se abrieron. Me detuve frente a la cristalera que daba al campo de entrenamiento. No había nadie, ni los jugadores ni las DCC ensayando, sincronizadas, perfectas.

Todo ahí parecía perfectamente coreografiado, todo menos las personas.

Y pensé en la reunión, la que tuve con los Joneson hacía tres semanas.

No empezó con reproches, comenzó con silencio.

Elliot estaba de pie frente a la pantalla. Traje gris, mandíbula apretada, brazos cruzados, como si la tecnología le debiera explicaciones personales.

Su padre en la cabecera. Vivian a la derecha; Stephen con esa expresión neutra que no era neutral en absoluto. Grayson a mi izquierda y Charlotte al fondo, observando.

—Buenos días —dije.

—Ahórreselos, señorita Park —respondió Elliot sin mirarme—. No lo son.

Me sorprendió el tono.

—Relájate —intervino Grayson—. No estamos aquí para…

—Tú ya te relajaste por los dos yéndote a restaurantes —lo cortó Elliot, girando el portátil.

La imagen de la comida previa al partido apareció en pantalla. Yo riendo, Grayson inclinándose hacia mí con complicidad.

«Fantástico, estos días me han hecho un documental completo».

—No está mal que Grayson viajara —comentó su padre.

—Lo que lo está es que la distrajera.

Mi jefe bufó.

—¿Por ir a comer? Ah, es que tú te alimentas por esporas…

—No me refiero a eso y lo sabes. La señorita Park está aquí para trabajar, no para ser una de tus… conquistas fotografiables.

—No lo es. Ya sabes cómo funcionan los *paparazzi*.

—Lo que sé es que el domingo perdimos, justo el día que tú fuiste de restaurantes antes del partido, ¿coincidencia o distracción?

No levanté la voz.

—El modelo no está diseñado para escenarios atípicos con presión acumulada en cadena —intervine, siendo profesional—. Y eso no tiene que ver con la alimentación de su hermano y la mía.

Eso hizo reír a Grayson por lo bajo y enfureció a Elliot.

—Entonces, ¿para qué sirve?

Ahí sí lo miré de frente.

—El modelo no falla, señor. Refleja decisiones humanas bajo presión, y las decisiones humanas no son lineales, por lo tanto, puede haber un pequeño margen de error.

Jerry no intervino. Observaba.

Elliot dio un paso hacia la mesa.

—Un 99% de fiabilidad no sirve si el 1% te cuesta un partido en *prime time*.

—Ese 1% no es azar —respondí—. Es comportamiento bajo estrés y se puede mapear mejor.

Encendí el portátil y les mostré las diapositivas que había preparado:

Nuevo panel de riesgo situacional.

Integración de variabilidad emocional.

Ajustes en lectura de toma de decisiones tras error previo.

—Cuando me contrataron no prometí que desaparecerían las derrotas, prometí reducir la probabilidad de repetir el mismo patrón.

Grayson habló entonces.

—Le estamos pidiendo a Naomi certeza absoluta en un entorno probabilístico, y eso no existe en ningún deporte.

—¿Ha dicho «probabilístico»? —se mofó Elliot, mirando a su padre—. Yo alucino, si ni siquiera sabes lo que significa.

—Reducir la probabilidad no siempre es suficiente cuando hay intereses grandes detrás —intervino Stephen—. Solo hay que mirar las hostias que se dieron algunos con las apuestas. —Los Joneson al completo clavaron sus ojos en él—. ¿Qué? Ha salido en las noticias…

—Espero que así sea. —Carraspeó el patriarca—. Lo que menos le interesa a esta familia son las apuestas.

Él enrojeció y sacó un pastillero del interior de la chaqueta para extraer una y tomársela.

Jerry apoyó los dedos sobre la mesa.

—Tres partidos —dijo con voz profunda—. Quiero ver la evolución que promete.

—La tendrá, señor Joneson.

No necesitaba aplausos. Necesitaba margen.

En el pasillo, Grayson caminó a mi lado.

—Has estado impecable.

—He sobrevivido.

—Te invito a comer.

—Tengo código que rehacer y ya has visto que a algunos no les gusta que comamos juntos.

—Si lo dices por Elliot pasa de él, cualquier día lo vemos conectado a una vía. Nació aburrido y morirá aburrido.

—Es que comprendo que tu familia esté angustiada, hay mucho en juego y se me contrató para que el equipo llegara a la Super Bowl.

—Digo yo que eso también dependerá un poco de los jugadores y los entrenadores, ¿no? —Me miró con esa media sonrisa conciliadora —. No acepto un no.

—¿Y los *paparazzi*?

—Siempre los he tenido detrás, que no te importen lo más mínimo, Vivian se ocupará.

Fue como si la hubiera invocado, porque apareció doblando la esquina.

—¿Planes?

—Estoy intentando convencerla de que coma algo que no sea la comida ultraproteínica del equipo. Elliot ha hecho que se plantee si aceptar o no.

Ella me observó por encima de sus gafas.

—Yo de ti iría, siempre es positivo que la chica de oro de la franquicia tenga buena relación con la directiva. Mucho mejor eso a que se la asocie a un jugador de la plantilla.

No lo dijo por casualidad, no hacía falta ser muy avispada para comprender lo que insinuaba.

Si me fotografiaban con Grayson, dejaba de ser «la chica que había sido vista con el *quarterback*» a «la analista protegida por la cúpula».

—¿Sigues pensándotelo? —insistió Grayson.

«Si estás aquí es por tu trabajo, y así debe ser».

—De acuerdo, vamos.

Él sonrió satisfecho y Vivian también.

Las semanas siguientes fueron menos titulares y más líneas de código.

Dormí poco. Pensé mucho, le di duro al teclado.

Valentino entrenaba como si cada *snap* fuera un examen, y en cierta medida lo era.

Tuvo que hacer el comunicado que le pidió la franquicia, y el día que Whitaker jugó de titular contra Steelers, él estuvo en la banda animando como uno más, sin rastro de amargura. O fingiendo muy bien que no le afectaba. Imagen pura.

Cuando nuestras miradas se cruzaron, no hubo gesto evidente. Solo un leve asentimiento.

«Estoy aquí».

El panel de riesgo y las aguas se calmaron un poco.

Contra Ravens volvió como si no hubiera suspensión. Ejecutó rápido. Seguro. El estadio era hostil, pero él no titubeó.

Cuando anotó y levantó el puño, buscó la grada.

No sé si me buscó a mí, pero yo lo sentí así.

Con Cardinals perdimos, y no fue culpa de los *quarterbacks*.

Penalizaciones absurdas.

Una cobertura que se abrió en el peor momento y dejó al receptor solo en la zona profunda.

Dos *flags* innecesarios en tercera oportunidad y bastantes errores de defensa que Harlow no pudo solventar.

Pero la conversación pública parecía girar siempre hacia el mismo lugar.

Whitaker y Valentino se repartieron los *snaps*. Ninguno tuvo números escandalosos y, sin lugar a duda, no fueron el problema.

Aun así, el debate empezó.

¿Continuidad?

¿Rotación?

¿Confianza?

Yo, mientras, miraba los datos. El modelo no marcaba fallo estructural, el riesgo situacional había bajado. La lectura *pre-snap* estaba mejorando.

«El sistema funciona».

Ayer por la tarde no debería haberlo encontrado en el campo, sin embargo, ahí estaba. Solo, concentrado con el balón.

Fui directa, porque cuando Valentino estaba, una energía magnética me empujaba hacia él.

—No ha sido cosa vuestra. —Necesitaba que lo supiera más allá de la reunión de Harlow—. El *breakdown* fue en cobertura y las penalizaciones inflaron el *momentum*.

Él asintió despacio.

—Ya, el problema viene en que, cuando el partido se atasca, siempre miran al que tiene el balón en la mano.

No lo dijo con rabia, más bien como quien aceptaba una ley física.

Me apoyé en la valla.

—Estas semanas has estado… intenso.

—He estado centrado —me corrigió—, lo necesitaba.

—Yo también —admití—. He tenido que remodelar partes del sistema. Ajustar el panel emocional y… Bueno, no hemos tenido mucho tiempo para hablar, casi siempre había prensa.

Comencé a notar cómo la garganta se me secaba.

Su expresión cambió apenas.

—Me preocupa más fallar que lo que digan de nosotros. —Se pasó una mano por el cuello y me miró—. Me apetece volver a ver una peli contigo, si quieres, claro.

Sus ojos me atravesaron, directos, sin rodeos.

Me costó tragar la bola que se me hizo en la garganta y volver a hablar.

—A mí también, aunque no sé cómo, ya sabes lo que pasó la última vez, y aunque Vivian no dijese nada…, no pareció que le gustara nuestra confraternización.

Una esquina de su boca se movió.

—No estamos haciendo nada malo.

Respiré hondo.

—Ambos sabemos que ese no es el problema. Necesitamos que esto nos salga bien.

En cuanto lo pronuncié, los dos supimos que no hablaba solo del equipo.

Se acercó un paso, mi pulso cambió de ritmo.

—Podrías venir al ático.

Lo miré, descolocada.

—¿Perdón?

—Hay acceso directo desde el *parking* al ascensor y del ascensor al piso. Nadie te vería. Si lo que te preocupa es la privacidad, estaremos solos. Es solo una idea. —Su voz era ronca, tenía las pupilas dilatadas y cada vez estaba más cerca.

Era una idea demasiado tentadora con la *Bye Week* arrancando al día siguiente.

Más tiempo libre, más posibilidades de vernos a solas… Sin testigos indiscretos, únicamente los dos.

Mi corazón decidió hacer un simulacro de incendio sin avisar.

—Sería… una buena opción.

Intenté que sonara razonable. Otro paso más y ya casi podía sentir su aliento.

—No tiene por qué ser hoy, aunque si quieres venir esta noche, podría darte el código de acceso; tengo muchas habitaciones y cepillos de dientes de sobra.

«¡Ay, mi madre! Eso suena a fiesta de pijamas y mi mente acaba de hacerla sin ellos».

Me pilló fuera de juego, me vio dudar.

—Sin compromiso, puedes venir cuando quieras, te mandaré el código y así tendrás las puertas abiertas cuando lo desees o me necesites.

Eso fue peor, porque la tentación era más grande cuando no había presión.

Nos quedamos ahí un segundo más de lo prudente. No nos besamos. Ni siquiera nos rozamos y, aun así, la tensión se quedó flotando entre los dos, densa, incómodamente agradable.

—Te dejo entrenar —murmuré al final, aclarando la voz—. Tengo que terminar algo que me pidió Grayson antes de mis vacaciones oficiales.

Él asintió despacio.

—No trabajes demasiado —dijo—. Y piensa en lo que te he propuesto, Parks. Tú, yo, *Star Wars* y la ciudad a nuestros pies.

Me di la vuelta antes de que mi cerebro empezara a negociar con cosas peligrosas.

Volví al hotel con la sensación extraña de estar caminando unos centímetros por encima del suelo, preguntándome si estaba tomando decisiones inteligentes… o si iba directa hacia mi propio lado oscuro.

CAPÍTULO 51



Naomi

La *Bye Week* debería venir con advertencia sanitaria.

Porque una cosa era sobrevivir a una temporada regular con horarios marcados, entrenamientos, ruedas de prensa, informes y métricas que te ocupaban hasta el último rincón del cerebro.

Y otra muy distinta era tener siete días libres cuando un *quarterback* con sonrisa peligrosa te había mandado el código privado de su ático.

Once–setenta y siete–cero–tres.

No lo había abierto, pero me lo sabía de memoria porque lo había repetido las suficientes veces como para que no lo olvidara en la vida.

Como si fuera el número de la celda donde encerraron a Leia.

Me paseé por la habitación del hotel como si estuviera ensayando una coreografía absurda, dando vueltas sin rumbo mientras me recogía el pelo y volvía a soltarlo.

«Soy adulta».

«No necesito ir».

«Puedo sobrevivir una semana entera sin subirme a ese ascensor».

«También puedo hacerlo y que sea una visita en plan *tour house* con peli y palomitas».

Mentira.

Mi problema no era el ático.

Mi problema era que, si iba…, dudaba de que pudiera seguir con mi plan de «No sexo», y eso era peligroso porque Vivian ya me había hablado sobre los riesgos de la confraternización…

Además, lo que menos necesitaba Valentino eran distracciones. Él debía centrarse para llegar a la Super Bowl y yo para cumplir con mi contrato y ayudar a que llegara.

Me dejé caer en la cama bocarriba.

Miré el techo.

Miré el móvil.

Miré el techo otra vez.

Y después, inevitablemente, pensé en otra persona.

Tres semanas desde la última vez que lo planté. Sin conectarme. Sin abrirle un privado.

Porque, entre entrenamientos, reuniones, comunicados y fotos robadas, había dejado en pausa al único hombre que no sabía quién era. Bueno, yo tampoco sabía quién era él ni él quién era yo, sin embargo, habíamos tenido sexo virtual y buenas conversaciones. Quizá hubiera llegado el momento de reconectar, aunque solo fuera para despejar la mente.

Necesitaba al señor oscuro.

Mi pecado intergaláctico.

Abrí la *app* antes de que mi cerebro empezara a redactar un Excel repleto de pros y contras o me diera por llamar a Camila y confesar.

No podía contarle ni a ella ni a Avery lo de Valentino o se volverían insoportables, así que…

@Rey_Parks03: Hola, sé que ha pasado casi un mes, pero es que la vida me ha arrollado y me he visto absorbida por un agujero negro. ¿Estás?

Con la buena suerte que tenía, seguro que no respondía.

Me equivoqué.

La notificación apareció casi al instante.

@Val_Daver: Pensaba que la rebelión te había confiscado el móvil.

Sonreí como una idiota y mi zona sur hormigueó. Genial.

Ni cinco segundos y ya estaba sonriendo.

¿Qué me pasaba? No podía pasar de cero a dos tíos…, incluso tres si contábamos a Grayson, aunque la atracción por mi jefe había bajado varios peldaños en mi pirámide del sexo.

@Rey_Parks03: He estado evitando que el Imperio se autodestruya. No es fácil en mi trabajo.

@Val_Daver: Eso suena a que no me echabas de menos.

Bufé porque, en parte, era cierto. Estas tres semanas tenía el cerebro demasiado licuado entre tareas, Dalton y Grayson.

@Rey_Parks03: Más bien he estado ocupada…, entre otras cosas, siguiendo tu consejo.

Tecleando…

@Val_Daver: ¿El de no acostarte con tu jefe?

Reí. Con él podía ser franca, así que…

@Rey_Parks03: Ese mismo. Resulta que tenía más sentido del que me apetecía admitir en un principio.

La burbuja tardó un poco más en reaparecer.

@Val_Daver: Desarrolla.

Me mordí el labio. Vale. Ahí iba.

@Rey_Parks03: Estoy conociendo a alguien, a alguien que pensaba que sabía quién era, pero en realidad no.

La burbuja apareció. Desapareció. Volvió.

Lo imaginé leyendo, quieto, analizando. Y aunque seguramente vestiría un pijama cómodo, yo solo lo visualizaba sin camiseta y con casco.

Ridículo, lo sé.

@Val_Daver: ¿Un senador con complejo de mártir? ¿Un piloto con exceso de ego?

Solté una risa baja.

@Rey_Parks03: Un capullo muy seguro de sí mismo, demasiado terco para mostrar quién era en realidad y dejar que avistara al hombre tras el casco...

@Val_Daver: Eso no reduce mucho la galaxia. Un momento, ¿has dicho «casco»?

Me giré bocabajo y apoyé la barbilla en la almohada.

@Rey_Parks03: Lo usa para trabajar, en eso os parecéis. Y antes de que hagas preguntas a las que no voy a responder sobre su puesto laboral: Me refería a tu segunda opción.

@Dal_Vader: O estoy muy espeso o no te sigo…

@Rey_Parks03: Me preguntaste si no había nadie más, aparte de mi jefe, a quien convertir en diana sexual, y yo te respondí que la otra persona era mala idea… Al principio chocábamos todo el tiempo. Como Han y Leia antes de Hoth. Mucho «me caes fatal» y demasiada tensión eléctrica.

@Val_Daver: Han tarda tres películas en admitir que le importa y yo solo fui a por la parte física del desahogo, no seas lenta. Los tíos solemos ser bastante idiotas, para eso estáis vosotras, para hacernos reaccionar.

Sonreí, pensando en lo bien que Valentino reaccionó en el baño del avión, aunque no hubiese final feliz.

@Rey_Parks03: Estamos... limando asperezas. Sin discursos dramáticos, solo menos guerra fría y alguna peli.

Esta vez no respondió con una broma.

@Val_Daver: ¿Te hace reír en lugar de darte orgasmos?

Parpadeé.

No esperaba esa pregunta.

Pensé en la cena, en la forma en que me miraba cuando hablaba demasiado, en cómo fingía no entender mis metáforas tecnológicas para que yo siguiera explicando, y en la peli.

@Rey_Parks03: Sí, y por ahora es lo que quiero.

«Mentirosa».

@Val_Daver: ¿Te hace sentir segura?

Tragué saliva. Esa respuesta era difícil.

«Maldito».

@Rey_Parks03: Imagino que, respecto a ciertas cosas, sí, pero «seguridad» no es una palabra que le atribuiría. Esa se la cedería más a mi jefe.

La respuesta tardó más.

@Val_Daver: ¿Qué quieres de él? Y me refiero al tío del casco, tu jefe queda descartado.

Eso sí que era complejo.

@Rey_Parks03: No estoy segura… Me atrae, bueno, eso siempre ha sido así, y cuando nos besamos hay muchísima química… No puedo negarlo.

Paré de escribir. Miré el cursor parpadear y continué.

@Rey_Parks03: La cosa es que no quiero complicar las cosas. ¿Me lo tiraría? Sí, sin embargo, debemos trabajar juntos, él debe lograr unos resultados que, en gran medida, dependen de mí, y si cruzo esa línea todo se puede ir a la mierda para los dos. Es complicado.

@Val_Daver: Los* jedis *creen que pueden controlarlo todo y siempre pierden algo importante por intentar evitar el dolor. No huyas, podéis establecer límites.

—Qué dramático eres —murmuré.

@Rey_Parks03: Me dijo que no le permitiera convertirse en Anakin. No sé tú, pero en mi lenguaje eso no es solo sexo.
@Val_Daver: Anakin no empezó queriendo ser Darth Vader, solo quiso salvar a alguien.

Miré el código del ático.
Once–setenta y siete–cero–tres.

@Rey_Parks03: Pues a eso me refiero, no quiero ser su Padmé. Anakin se convirtió en Vader para salvarla… y terminó siendo parte de la razón por la que ella murió. Eso puede pasarnos si hago caso al mensaje que me ha enviado y voy a su piso. No confío en lo que pueda ocurrir entre nosotros, ya no.
@Val_Daver: ¿Por qué me lo dices a mí en lugar de a él?
@Rey_Parks03: Es más fácil.
@Val_Daver: Eso es porque conmigo no te juegas nada real. Sientes algo por Anakin, quieras reconocerlo o no.

Me dolió un poco porque era verdad, si no, no me preocuparía tanto por Valentino, aunque tampoco sabía si lo catalogaría como amor… Yo nunca había estado enamorada, lo que me pasaba era, más bien, que me gustaba y me atraía.

@Rey_Parks03: Supongo que todos tenemos máscaras, incluso yo.
@Val_Daver: La cuestión es con quién decides quitártela.

Me quedé mirando la pantalla. El corazón me latía más rápido de lo razonable para alguien que no estaba haciendo nada físicamente ilegal.

@Rey_Parks03: No sé si puedo... Hay demasiado riesgo a estrellarse.

@Val_Daver: Hasta el Halcón Milenario necesitaba reparaciones cada dos por tres. La pregunta es si el viaje merece la pena.

«Idiota».

@Rey_Parks03: Había echado de menos nuestras conversaciones...

@Val_Daver: ¿Solo eso?

@Rey_Parks03: ¿Sería malo si solo fuera eso?

@Val_Daver: No, aunque recuerda que antes me querías por mi espectacular cuerpo y las pajas...

Solté una risa.

@Rey_Parks03: Eso era antes de que habláramos.

@Val_Daver: Y antes de que te dieras cuenta de que te gusta Anakin. ¿Te tocas pensando en él?

Bufé de nuevo. ¿Cómo lo hacía para leerme tan bien?

Seguro que estaba sonriendo como si acabara de ganar una medalla invisible.

@Rey_Parks03: Eres lo peor.

@Val_Daver: Por eso soy el lord Oscuro. Si no voy a verte desnuda y jadeando por mi sable láser, es mejor que cuelgues y vayas a hablar con él, o que decidas dejar de lado tus temores y le permitas aliviar lo que tanto te escuece.

No iba a hacerlo, por lo menos, no esta noche.

@Rey_Parks03: Gracias por tus consejos, mi lord, ya veré si los sigo.

***@Val_Daver: Échale narices,* jedi.**

Cerré la *app*.

El código seguía ahí y yo también.

CAPÍTULO 52



Valentino

Esperé. Al principio sin darle importancia. Tirado en el sofá, partido en la tele sin sonido y el móvil bocabajo, como si eso fuera a hacer que vibrara antes.

Nada.

Media hora después ya estaba mirando al ascensor, como si tuviera el poder de invocar a Parks en el salón.

Nada.

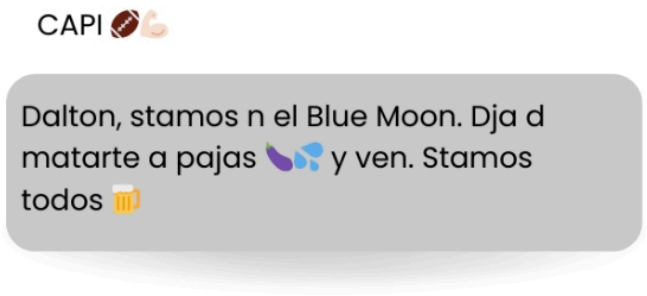
La conversación con Val Daver seguía dándome vueltas en la cabeza. Su forma de hablar de «Anakin», de la química, del miedo a cruzar la línea. Sabía que hablaba conmigo sin saberlo, lo que en fútbol americano sería tachado de juego sucio. Y sí, quizá la había empujado un poco, usando información privilegiada, para lanzarla al lado opuesto de Grayson Joneson. No para hacerle daño, sino porque ese hijo de papá no la merecía y terminaría jodiéndola, o eso me decía, que era por su bien.

Aunque una voz más cabrona dentro de mí decía que simplemente no quería compartirla, que era mía y que yo estaba decidiendo por los dos.

El móvil vibró.

Mi corazón golpeó con fuerza y dejó de hacerlo al ver que era un mensaje en el grupo de los chicos.

COWBOYS SIN FRONTERAS



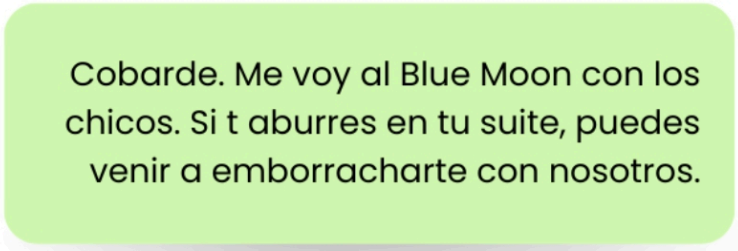
Me pasé una mano por la cara.

No quería salir. Si Naomi decidía venir al ático y yo no estaba… La idea me revolvía, y no solo los bajos.

Esperé otra hora y nadie asomó, salvo mi mal humor.

Suspiré.

Tecleé rápido un mensaje para ella.



Envié el mensaje y me quedé mirando la pantalla unos segundos.

Sin respuesta.

Perfecto.

Cogí las llaves y salí del ático intentando convencerme de que me daba igual, que ella se lo perdía.

Mentira, hubiera preferido mil veces quedarme en casa con Naomi antes que salir.

La *Bye Week*, o nuestra semana de vacaciones, se me iba a hacer muy larga si el único plan que tenía era estar solo en casa…



El Blue Moon rugía como si estuviéramos en semana de *playoffs*.

Cerveza en mesas pegajosas, luces bajas y demasiadas piernas cruzando entre las mesas. Nuestro puto hábitat natural.

Vi a Rivera primero. Luego a EJ soltando una carcajada, Devin apoyado contra el respaldo y Ty con media sonrisa torcida, con una chica apoyada en sus hombros susurrándole algo desde atrás en el oído. Jace levantó el vaso cuando me vio entrar.

Y, entonces, me di cuenta, al lado de Devin, opacado por una camarera que estaba dejando más bebidas: Whitaker.

Me quedé quieto y fruncí el ceño al llegar a la altura de Ty

—¿Qué coño hace este aquí?

Rivera ni se inmutó.

—No te ofendas, cachorro. Últimamente no sales.

—¿Y era necesario sustituirme también en nuestro bar?

Él soltó una carcajada.

—¿Nuestro? ¿Desde cuándo pagas la hipoteca del Blue Moon?

Rivera señaló la barra con el vaso.

—Dalton, este bar estaba antes de que tú supieras lo que era un *snap* en la NFL. No seas agonías y bebe.

Whitaker levantó su cerveza.

—Tranquilo, no te estoy quitando el puesto.

Lo miré de arriba abajo.

—El puesto no. El asiento.

Marcus intervino sin levantar la vista.

—Relaja, Dalton. A este paso vas a necesitar terapia si alguien se sienta en tu lado de la mesa. Si quieres, puedo ofrecerte un sitio sobre mi rabo.

—Cállate, Marcus —gruñí—, deberías estar pensando en ella en lugar de en mí.

Cabeceé hacia la chica.

Ty soltó una carcajada.

—¡Hostia! Esa dolió.

—Lanza mejor y hablamos —protestó Knight.

Le lancé una servilleta.

Jace ya iba caliente.

—Venga, dejad de mediros las pollas. Brindemos porque Devin no se ha lesionado esta semana.

—Que te den —protestó—. Yo, al menos, no me como *sacks* por mirar a la grada.

EJ levantó la ceja.

—Eso iba con nombre y apellido.

Miré a Whitaker.

—¿Tú qué? ¿Vienes a estudiar el terreno?

Whitaker se encogió de hombros.

—Solo vine a beber, deberías hacer lo mismo, bebe y calla, cachorro —dijo con retintín.

—Vete a la mierda.

Ty levantó el vaso.

—Por Dalton. Que esta noche no le robe nadie el sitio.

Rieron.

Yo le arrebaté el vaso antes de que se lo llevara a la boca y pedí otra ronda.

Lo único que quería era no pensar, y mucho menos en ella.

Ty estaba a mitad de otra historia absurda cuando algo cambió en el ambiente de golpe.

No fue que cambiaran de canción. Fue… atención, como cuando Harlow entraba en el vestuario y todos levantaban la cabeza a la vez.

Seguí la mirada de Jace hacia la puerta y lo entendí todo.

En cuanto proclamó un: «¡Hostia puta! ¡Que alguien me pellizque!».

Naomi.

Botas altas negras.

Pantalones ajustados que parecían pintados sobre sus malditas piernas.

Crop top de *Star Wars*, enseñando más piel que en aquel festival intergaláctico +18.

No había en ella un ápice de sonrisa seria o ropa corporativa.

Era otra.

La versión de las fiestas posvictoria de la SSU y que me dejó sin aire medio segundo.

—¡Joder! —Devin escupió parte de su bebida.

Ty parpadeó varias veces.

—Pero ¿desde cuándo la chica de la *app* se viste como si buscara enfundarse una espada láser?

No aparté la vista.

Jace silbó largo.

—Esto sí que no me lo esperaba, por mí que venga todos los días a currar con esa ropa.

Marcus apoyó los codos en la mesa, observándola sin disimulo.

—Ahora entiendo muchas cosas…

—Ni lo intentes —le advertí.

—Relájate, Dalton. —Rio—. Si temes por tu apuesta, es a Grayson a quien tienes que placar, no a mí.

Naomi avanzó entre las mesas como si el bar entero no estuviera girándose a mirarla. Segura, natural.

Whitaker se puso en pie antes que nadie.

—¡Eh, Park! ¡Puedes sentarte aquí!

«¡Me cago en tus muertos!».

Ella lo miró, luego a toda la mesa y sonrió.

—Así que esto es lo que hacéis en vuestro tiempo libre, sentaros en una mesa y beber. ¡Qué productivos!

La mayoría la miraban embobados.

—¿Podéis hacerle un hueco? —insistió Whitaker.

—No te preocupes, si he venido a un sitio como este no es para sentarme con una panda de Cowboys ebrios, sino a divertirme…

Ty soltó una carcajada.

—Me gusta esta nueva versión tuya.

—Quiero beber —añadió— y bailar. ¿Voluntarios?

Y, sin más, se giró hacia la pista.

La mandíbula de medio bar cayó al suelo, la mía incluida, porque tal vez Naomi no tuviera el espíritu latino de Camila Ortiz, pero de moverse sabía un rato.

—Creo que me acabo de empalmar… —murmuró EJ.

Marcus se rio bajo.

—Dalton está a un segundo de infartar.

No respondí.

Solo la contemplé contonearse al ritmo de Lady Gaga pensando en una sola cosa.

La muy cabrona había aceptado el reto y ni siquiera me había dedicado una mirada.

Las luces bajas le marcaban la cintura, el top subía y bajaba con cada movimiento y el aire de mis pulmones cambió de temperatura.

No hacía falta una coreografía perfecta, solo actitud, y la tenía de sobra.

Ty soltó una carcajada incrédula.

—Pero ¿desde cuándo se mueve así la chica de la *app*?

—Desde siempre —respondí sin apartar la vista—. Solo que no la habías visto hasta ahora, fliparías con las cosas que es capaz de hacer sobre el tapiz.

Jace se inclinó hacia delante.

—Hostia puta…, creo que esta noche me voy a pajear con ella.

Giré la cabeza despacio.

—Ni lo sueñes.

—¿Qué? —Se encogió de hombros—. Es adulta.

—Es amiga de mi hermana.

—¿Y? —Rio—. Esas no están prohibidas.

Marcus dio un trago largo y me miró con media sonrisa.

—Te estás poniendo rojo, Dalton, no jodas que tú también te tocas pensando en la futura señora Joneson.

—Cállate.

—No me extraña —continuó él—. Con esa pinta cualquiera pierde la concentración, aunque siga cayéndome como el culo, podría hacerla cambiar de opinión si la dejo jugar unas yardas sobre mi campo…

Le lancé una mirada que habría parado un *blitz*.

—Bloquea mejor y se lo propones, a ver qué te responde.

Los demás rieron.

La música subió.

Naomi giró sobre sí misma, el pelo cayéndole por los hombros, la tripa tensa con esos abdominales sombreados bajo el neón azul.

Jace empezó a levantarse.

—Vale, soy el capi, yo me sacrifico por el grupo.

Antes de que diera dos pasos, Whitaker ya estaba cruzando el bar.

Mi estómago se apretó.

—Pero ¿qué se cree ese mamonazo? —proclamé, alzándome.

Marcus rio.

—Yo creo que alguien que la quiere de rodillas y no tiene en cuenta tu opinión.

Lo fulminé.

—Y una mierda.

Whitaker llegó hasta ella y empezó a bailar sin tocarla, pero demasiado cerca.

Demasiado cómodo. Demasiado seguro. La sangre me empezó a hervir, por no contar que tenía la entrepierna al rojo vivo.

Ty murmuró:

—Uy, Dalton va a explotar.

No pensé y atravesé el bar.

Cuando llegué, Grant estaba inclinándose hacia su oído.

Le apoyé la mano en el hombro.

—Te buscan en la mesa.

Whitaker giró la cabeza, lento.

—Lo dudo mucho, estamos bailando.

Como si no los estuviera viendo.

—Ya… Pues ahora no.

Naomi se interpuso, mano en mi pecho.

—Dalton, déjalo.

Me miró desafiante, luego a él.

—Si te molesta, puedo sacarlo del bar… —masculló para que yo lo oyera.

—Si te molesta, puedo mandarlo al dentista —proferí, apretando los puños, y Whitaker me premió con una curva ascendente en la comisura izquierda.

—Tranquilo, *quarterback*. No es de tu propiedad.

—Nadie ha dicho que lo sea, pero sí la conozco mejor que cualquiera de los tíos que están aquí.

Naomi ladeó la cabeza.

—Menos mal.

Bufó y volvió a mirarme como si estuviera disfrutando cada segundo de mi combustión interna.

La música vibraba, el bar miraba, yo respiraba demasiado fuerte… y ella lo sabía.

Whitaker no llegó a dar un segundo paso cuando Naomi levantó la mano.

—¿Puedo pedirte un favor? ¿Nos dejas a solas, Grant? —dijo con calma, sin dejar de mirarme—. Necesito aclarar ciertas cosas con Dalton para que entienda que fuera de The Star somos dos adultos independientes que toman sus propias decisiones, por muy amiga de su hermana que sea…

Whitaker arqueó una ceja, divertido.

—Será un placer, Naomi. Hazme una señal si se pone pesado, mi oferta de lanzamiento de cachorro sigue en pie.

Me sostuvo la mirada medio segundo más y se apartó con una sonrisa lenta, siendo consciente exactamente de lo que acababa de hacer.

Cuando se fue, me giré hacia ella.

—¡¿A qué ha venido eso?!

—¿El qué?

La música seguía retumbando, pero el ruido se había ido a kilómetros de distancia mientras ella seguía moviéndose.

—Lo de adultos independientes.

Se cruzó de brazos, el top subiendo apenas un centímetro más, mis neuronas cortocircuitando y mi polla entonando un «hola, qué tal, ¿me invitas?».

—¿Te molesta?

—Me deja en evidencia —farfullé.

—No, te pone en tu sitio —respondió coqueta.

«Lo que me pones es cachondo».

Hervía de ganas de tocar esa piel.

«¡Joder!».

Se acercó un paso. No retrocedí.

—¿Bailas o te largas?

Acepté el reto. Mi mano abarcó su cintura y la atraje más de lo correcto.

Se escucharon silbidos y jaleos de dudosa procedencia.

Sus manos se apoyaron en mi pectoral. Podía sentir lo rápido que me latía el corazón y lo dura que se me estaba poniendo.

—Fuera del estadio no soy tu proyecto, ni tu responsabilidad ni tu territorio, Valentino.

—Nunca he dicho que lo fueras —gruñí.

—Lo has insinuado.

Apreté la mandíbula.

—Estaba evitando un error.

—¿Que bailara con Grant?

Me incliné lo justo para que me oyera.

—Que no lo hicieras conmigo. —Noté cómo contenía el aliento. La deseaba tanto—. ¿Por qué no viniste al ático?

Sus ojos bajaron un segundo a mi boca y volvieron a subir.

—Porque tú dijiste que si me aburría podía venir aquí, y aquí estoy.

—Era una provocación. Quería algo muy distinto, no esperaba que la aceptaras.

—Ni yo que te pusieras territorial.

Respiré hondo.

—No lo soy.

Ambos sabíamos que era mentira. Rio bajo.

—Claro que no, Anakin. —La forma en la que pronunció el nombre me hizo sudar.

Su mano reptó por mi torso hasta el cuello. No para apartarme, sino para marcar el ritmo, enredándose en mi pelo.

—Parks…

Trazó círculos con las caderas. Se apretó contra lo que no debía. El deseo crecía sin que pudiera mantenerlo a raya.

—Vas a conseguir que te quiera follar.

—Eso hace tiempo que lo quieres. Sabes que no puede ser.

—¿Estás segura?

—Mucho, demasiado complicado.

—Entonces, ¿qué cojones haces aquí? —Las pelotas no podían dolerme más y cada vez estaba más alterado.

—Tú me retaste. Acepté. Ahora no actúes como si no supieras con quién estás tratando ni cuál es mi intención. Si hubiera querido acostarme contigo, estaría en el ático cabalgándote.

La imagen fue un puto KO.

—Sé perfectamente con quién estoy tratando, la que no te haces una idea eres tú.

—Ah, ¿sí?

—Por supuesto. Eres alguien que disfruta teniendo el control y haciendo que yo lo pierda delante de todo el equipo.

Su sonrisa se ensanchó.

—Eso no es tan difícil.

«No tienes ni idea de lo que te haría ahora mismo».

El silencio entre nosotros fue más eléctrico que la pista.

Podría haberla besado. Podría haberla arrastrado hasta uno de los baños O podría haberla llevado fuera para encajarla contra el callejón. No lo hice.

—Si querías que fuera al ático —dijo bajando la voz—, no era con un «cobarde» como ibas a convencerme.

—¿Y cómo entonces?

Se acercó demasiado a mi boca y, en el último segundo, se desvió hacia mi oído.

—Cuando lo sepa, te lo diré. Por ahora, solo he venido a bailar y pasarlo bien. Tu turno ha concluido.

Se dio la vuelta y fue directa a la mesa, robándole la cerveza a Jace y vaciando medio botellín.

—¿Siguiente?

Estaba sin aliento y con ganas de llevármela a rastras.

—Yo soy tu hombre, nena —proclamó el capitán, regresando a la pista con ella para poner los ojos en mí—. Mira y aprende lo que es un hombre de verdad, cachorro.

Naomi me dejó ahí, con mis compañeros partiéndose, la bragueta empujando, el orgullo ardiendo y la certeza de que, cuando terminara la semana, la iba a tener gritando en mi cama.

CAPÍTULO 53



Valentino

La noche se había torcido en el momento exacto en que Naomi decidió que el Blue Moon era una pista de guerra y no un bar.

Cuando salimos, iba pegada a mí como si hubiera decidido que yo era la gravedad y ya no tuviera ganas de luchar contra ella. Reía demasiado, hablaba demasiado bajo y, cada vez que lo hacía, su aliento me rozaba el cuello.

—Estoy perfectamente —dijo mientras intentaba meter la tarjeta del hotel al revés por tercera vez.

La cuarta casi acaba estampada contra el suelo.

La sujeté por la cintura antes de que se cayese.

Mala decisión.

Sentí el calor de su tripa encendiendo las palmas de mis manos y el de su cuerpo atravesándome la camiseta. Mi cerebro apagó varias funciones esenciales y encendió otras demasiado proactivas.

—Creo que el Imperio está saboteando la puerta —murmuró, mirándome con los ojos brillantes.

Su trasero se frotaba contra mi entrepierna, demasiado cerca para no perforarle el pantalón.

—Ups… Tu Halcón Milenario está listo para el despegue.

—Creo que has bebido más de la cuenta.

—Puede… —Se encogió de hombros—. Pero me gustas más cuando no intentas controlarlo todo y quieres atravesarme con tu misil nuclear.

Eso me golpeó directo a la entrepierna.

La puerta se abrió al fin y ella entró dando dos pasos inseguros. Iba a apartarme cuando tiró de mi camiseta con fuerza.

Su boca rozó mi cuello. No fue un beso, fue mucho peor.

Un roce húmedo, lento, deliberado de su lengua contra él.

Sentí el pulso estallar.

—Hueles y sabes tan bien… Quédate —susurró.

«Joder».

Mis músculos reaccionaron antes que el cerebro. Tuve que apretar la mandíbula para no inclinarme hacia delante y realizar un placaje de colchón. La Naomi Parks achispada era demasiado apetecible como para ignorarla, y estaba seguro de que había triplicado su tasa de chupitos en sangre por culpa de los animales de mi equipo.

—Estás borracha, Parks.

—Y tú demasiado sobrio —murmuró bajito, arrastrando las palabras.

Me miraba como si quisiera desmontarme pieza por pieza.

«No sabes lo que me está costando no arrancarte la puta camiseta».

—No voy a aprovecharme de ti —comenté, echando mano de toda mi fuerza de voluntad.

Su expresión cambió apenas. Frustración, cabreo liviano y finalmente… desafío.

—Quizá no sería aprovecharte…

Sus dedos caminaron por mi torso y se mordió el labio inferior.

—Quizá por fin estés de suerte y quiera montarte… —continuó.

«No sigas por ahí…».

Tendría que haberme largado de manera fulminante, sin embargo, cuando trastabilló hacia atrás, tuve miedo a que se desnudara sin mí, digo…, a que se desnucara sin que yo estuviera…

«¡Maldito cerebro de polla!».

Entré y cerré la puerta.

Naomi se fue canturreando hacia atrás hasta caer en la cama muerta de la risa. Quiso descalzarse, pero fue misión imposible.

Me acerqué, me arrodillé y me dispuse a quitarle las botas.

Ojalá le hubieran olido los pies, porque desde esa posición era imposible no pensar cosas que deberían estar prohibidas por ley federal frente a una mujer ebria.

Sus piernas rozaron mis hombros al moverse y tuve que respirar hondo cuando trató de arrastrarme a ese punto que me moría por lamer.

—Naomi…, deja de provocarme o no podré descalzarte.

—¿Por qué, de golpe, te has vuelto un caballero? Quiero al Valentino de «te follo en un avión».

—No te follé, y ese no ha venido esta noche.

Ella bufó. Por fin pude quitarle las botas, y en cuanto acabé, hice que se sentara.

—¿Duermes así? ¿O te ayudo con el pijama?

«Que diga que quiere dormir así».

«¿Desde cuándo eliges esas opciones de mierda?».

—Por favor… —musitó, alzando las manos.

La ayudé a quitarse el top, mortificado. Su piel estaba caliente. El perfume floral mezclado con alcohol era una combinación peligrosa.

Miré sus tetas, envueltas en un sujetador *push up* que duplicaba su tamaño. Mi boca salivó con ganas de mamar.

Error número tres: se dio cuenta y tiró de mí otra vez. Casi acabé encima de ella.

—No te vayas…

Su voz bajó medio tono y sentí que algo dentro de mí perdía la batalla.

La palma femenina ascendió por mi brazo, lenta, sin prisa, como si estuviera explorándome.

«Si te quedas diez segundos más, vas a hacer algo de lo que luego vas a arrepentirte toda la vida».

—Necesito quitarte el pantalón.

—Mmm, sí…, hazlo, tengo mucho calor…

Maldije en arameo —lengua que no tenía ni idea de que sabía— cuando deslicé el fino tejido por sus piernas. Siempre me habían flipado. Llevaba un tanga diminuto y la combinación suplicaba que se lo arrancara con los dientes.

—¿Dónde tienes el camisón del otro día?

—En la lavandería… Tendré que dormir desnuda…

«¡¿Por qué me haces esto, Dios?!».

—Vale, no pasa nada, deja que te arrope…

—¿Con tu cuerpo?

—Con la sábana.

«Antes de que te haga un pijama de saliva y me sienta el peor depravado del universo».

Lo hice y protestó. Lo de taparla, me refiero.

Sus ojos medio cerrados me miraban como si supiera con exactitud lo que estaba provocando en mí.

—Duerme, Naomi.

—No quiero dormir, quiero que me f…

Le tapé la boca con la mano y ella me dio unos mordiscos.

—Pues yo sí quiero que duermas, es más, lo necesito…

Se rio bajo y luego suspiró, hundiéndose un poco más en la almohada.

—Si no vas a darme placer, como mínimo, abrázame hasta que me duerma…

La frase me atravesó de lleno. Me quedé quieto. Su brazo se estiró hacia mí otra vez, buscando.

«Joder».

Claudiqué.

Me tumbé a su lado, rígido como un idiota, intentando no tocarla más de lo necesario. Su cabeza terminó apoyada en mi pecho, intuyendo que era su posición natural y estaba en el lugar correcto, sobre mi corazón.

Su respiración me golpeaba la piel.

Olía bien, demasiado bien, a flores y fruta, me volvía loco.

Notaba el calor de su cuerpo pegado al mío y cada músculo reaccionaba.

«No te muevas, no hagas nada, solo recuerda que debes respirar para seguir vivo».

Ella murmuró algo ininteligible y su mano se cerró sobre mi camiseta.

—No desaparezcas… —farfulló mientras cruzaba su pierna sobre las mías.

Eso fue peor que cualquier insinuación porque no sonaba a deseo, sonaba a confianza.

Esperé hasta que su respiración se volvió profunda, regular y el veinticinco por ciento de mi volumen sanguíneo regresó al lugar correcto, lo que me permitió mover las piernas.

Me separé despacio, como si romper el contacto fuera arrancarme la piel.

Al incorporarme, mi entrepierna protestó.

Tenía los músculos como si hubiera jugado cuatro cuartos completos sin descanso.

—Maldita seas, Parks… —mascullé.

La arropé mejor y salí del cuarto antes de que el lado oscuro me hiciera cometer una estupidez.

Dormí tres horas.

El teléfono empezó a sonar cuando por fin conseguía dejar de ver su cara cada vez que cerraba los ojos.

—¿Diga?

Lo único que recuerdo fue la voz precipitada de mi agente y la frase: «Europa. Desfile. Veinte minutos coche pasa a buscarte».

—¡¿Me estás escuchando, Valentino?! —rugió su voz al otro lado de la línea.

—Alto y claro.

—Pues hazte un café y la maleta. Lo imprescindible.

Por lo que pudo resumirme cuando nos vimos en la terminal de salidas, la otra cara visible de la marca de ropa interior que me patrocinaba había acabado en quirófano, operación de apendicitis urgente, y me necesitaban al otro lado del charco. Vuelo a Europa y desfile de ropa interior exprés pasado mañana.

Me quedé mirando el móvil unos segundos.

«Perfecto. Distancia. Eso es lo que necesitas para no tirar la puerta abajo de su hotel y ponerte a follar. Pues deseo concedido, a ver si aprendemos a manifestar mejor las cosas».

Acepté. Tampoco era que me quedara otra.

En el avión pensé en ella más de lo que debería. No en cómo se había movido contra mí ni en su boca cerca de mi cuello.

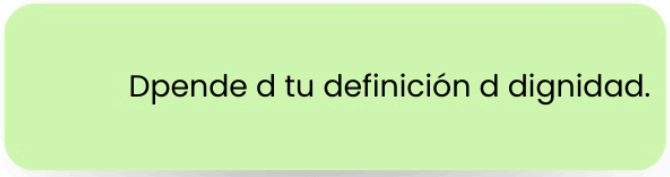
En como se había quedado dormida, confiando en que yo no cruzaría la línea.

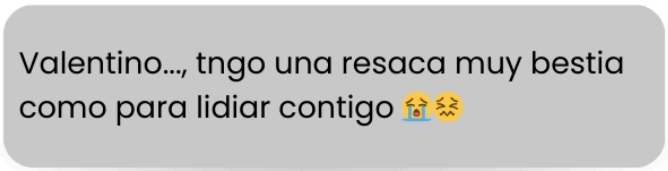
Le mandé un mensaje antes de embarcar, no podía desaparecer sin darle una explicación.

MARTES, recién aterrizado — Resaca emocional



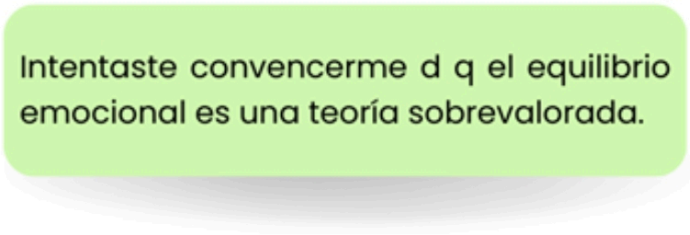
Estaba esperando desembarcar cuando leí su primer mensaje de vuelta, el cual me hizo sonreír.







Pensé bien antes de responder, podía imaginarla torturada.





🏈📱🏈📱🏈

Los días siguientes fueron infinidad de mensajes. Demasiados.

Bromas sobre el *jet lag*, fotos borrosas del *backstage*, sarcasmo constante. Ella riéndose de mí desfilando y yo fingiendo que no me importaba.

Cada conversación era más fácil, más cómoda.

Y cada noche acababa mirando el móvil, esperando a que escribiera primero.

MIÉRCOLES — Backstage Europa

PARKS🤖🧢

Dnde stás exactamente?

Trabajando 😏🍆🩲

PARKS🤖🧢

Eso no responde nada...

Zona horaria rara. Mucha luz. Demasiado ego por metro cuadrado.

PARKS🤖🧢

Stás en una convención d clones de Valentino Dalton?

Juzga tú misma...😏😏😏



PARKS🤖🧢

Valentino Dalton desfilando en calzoncillos x Europa.
Para q se supone q es el bolsillo? .

Para almacenar tus babas, Parks.
Noto como chupas la pantalla, aunque preferiría q lamieras otra cosa 🤤🤤🤤

PARKS🤖🧢

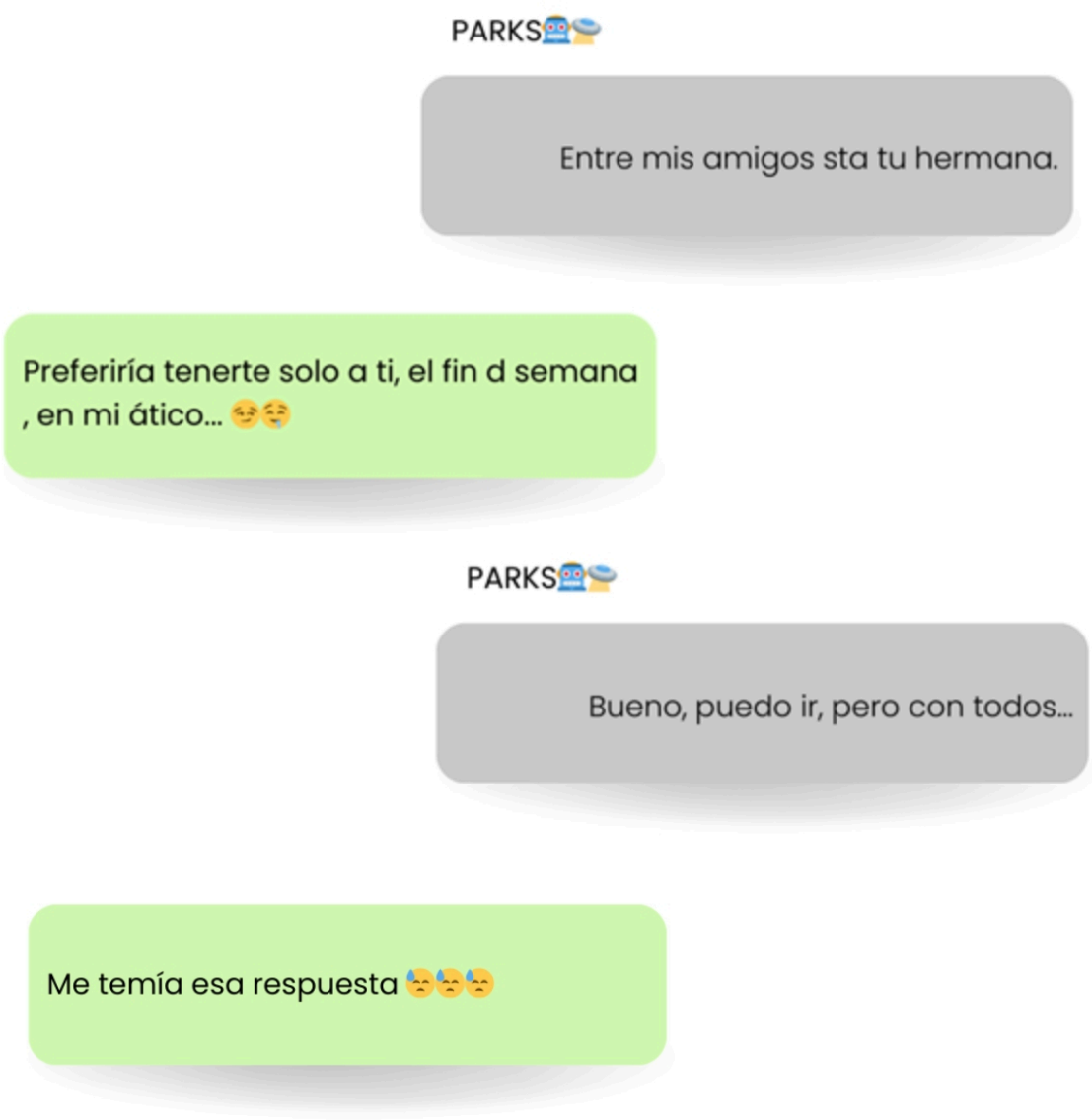
Ya t gustaría....



—¡Dalton! Sales ahora, deja ya de mensajearte con tu novia. «Ojalá».

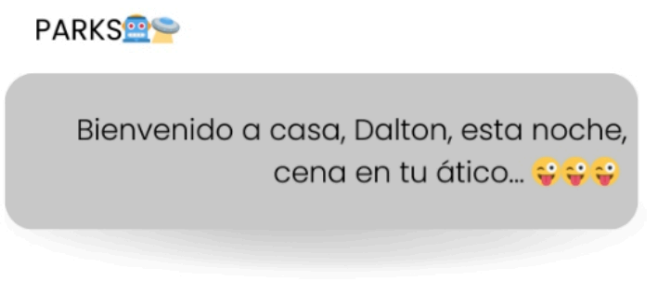
JUEVES — Aeropuerto, antes del embarque.





Cuando aterricé el viernes por la mañana, llevaba sueño acumulado, café mediocre y la sensación de que la semana se había pasado demasiado rápido.

El móvil vibró antes de salir del avión sin respetar mi *jet lag*.



Sonreí y lo entendí.

No era un desfile en Europa o un partido importante lo que me ponía nervioso… Era volver a verla, aunque no estuviéramos solos.

CAPÍTULO 54



Naomi

Los últimos días habían sido un error delicioso.

Un error con notificaciones constantes.

No supe en qué momento decidí que fingir que había olvidado cosas era mejor que admitir que lo recordaba todo. Absolutamente todo. Sus manos, su voz, su forma de mirarme, como si yo fuera alguien a quien cuidar.

«Le mentí».

No sobre los hechos. Sobre mi memoria.

No olvidé nada, solo fingí un poquito para que doliera menos cuando decidió archivarnos en la carpeta de «complicado» y no darme lo que mi cuerpo medio desnudo le estaba implorando.

El lunes salí con intención de picarlo. Me vestí como si la venganza se planchara y se combinara con botas altas. Quería que le molestara. Que apretara los dientes. Que entendiera lo que era verme desde fuera.

Y terminé yo con un calentón tremendo, deseando que ignorara cada palabra orgullosa que había soltado catalogándonos como

«solo amigos» por las implicaciones que podría tener dar un paso en la dirección que ambos queríamos.

«Idiota».

Fingí que me dormía hasta que se fue. Apagué el móvil, lo dejé bocabajo y me quedé mirando el techo del hotel, dándole vueltas a si había hecho lo correcto vestida con aquel ridículo sujetador que no me había puesto hasta esa noche.

«Planificación estratégica nivel cero».

Tomé una decisión: al día siguiente usaría el maldito código e iría al ático. Sin reservas. Sin discursos preparados y, si me atrevía, sin ropa interior. Iba a comprobar si lo nuestro era combustible o solo humo.

El destino decidió por mí, mandándolo a la otra punta del mundo.

Lo tomé como una señal del universo. El universo y yo teníamos una relación complicada, pero cuando te separaba físicamente del problema, algo querría decir. Y, aun así, le escribí todos los días, todos.

Descubrí que cada mensaje suyo me gustaba un poco más que el anterior. Que su sarcasmo me hacía sonreír como una adolescente ridícula. Que cuando tardaba en responder, yo miraba la pantalla más veces de las que admitiría bajo juramento.

«No es él, eres tú».

Y esa maldita foto que me mandó iba a enmarcarla.

¡Dios! ¡Qué bueno estaba!

Reconozco que la miré más de lo prudente y que tanto llegué a fantasear que comencé a encontrarle un ridículo parecido a alguien que en un pasado próximo me había incendiado a través de la pantalla.

Estúpido, lo sabía.

Hoy era el gran día. Mis amigos llegarían en cualquier momento y yo estaba en el *hall* del hotel con Grayson, intentando que mis manos no parecieran más nerviosas de lo que estaban.

—Va a salir bien —dijo él, con esa calma medida que proyectaba cuando intuía mi agitación—. A mi familia les va a encantar la idea y aceptarán colaborar.

—¿Tú crees?

La verdad era que necesitaba a los míos cerca. Un poco de apoyo no me vendría nada mal.

Odiaba que mi voz sonara un punto más aguda de lo habitual.

Grayson me tomó la mano con naturalidad y depositó un beso suave en mis nudillos.

—Te lo prometo.

«Prometer es fácil cuando el resultado no depende de ti».

Entonces, lo escuché.

—¡Parks! —El alarido llegó desde la puerta de acceso.

Giré la cabeza justo a tiempo para que un huracán caribeño me embistiera.

Camila me rodeó con los brazos, me levantó medio palmo del suelo y me apretó como si estuviera probando la resistencia estructural de mis costillas.

Detrás venían los demás. Mason con su sonrisa indecente, Thiago con su calma peligrosa, Sienna con expresión analítica, Landon con media sonrisa cínica y, cerrando la formación, Avery y Jaxon.

Camila me soltó y entonces reparó en la presencia masculina a mi lado.

Lo escaneó de arriba abajo y sonrió de esa manera tan suya que hacía saltar todas las alarmas en mí.

—¿Y este *buenorro* que te besaba quién es? —Ladeó la cabeza—. ¿Por qué siempre te callas lo más interesante?

Grayson soltó una risa baja, encantado. Yo noté el calor subir por mi cuello al instante.

—Cami, por favor. —Cerré los ojos un segundo—. Es mi jefe.

—Encantada, jefe *buenorro*. —Le ofreció la mano sin pudor—. Soy Cami, su *sexy* y…

—Pillada mejor amiga —intervino Mason, tirando de ella por la cintura para besarla, marcando territorio.

—Grayson Joneson —respondió él, extendiendo la mano para finalmente estrechársela a Mase.

«Claro que sí. Seguridad absoluta. Como si este fuera su terreno natural».

—No les hagas caso —dije, resignada—. Son terribles.

—Me gustan los terribles —contestó Grayson.

Thiago se acercó entonces, elegante y contenido.

—Discúlpelo, señor Joneson. Mi chico no conoce la palabra decoro.

Mason se giró entonces y le dio un beso rápido en la boca, como si aquello fuera lo más normal del mundo y Grayson no perteneciera a una familia ultracatólica.

Él los miró un segundo más de la cuenta, aunque no parecía querer sacarlos del hotel o llamar a un cura para confesarlos.

—Parecéis un equipo bien coordinado —dijo al final.

—No se hace una idea, jefe. —Cami le guiñó un ojo.

—Es que no podéis quitaros las manos de encima. —Sienna tomó la delantera—. Si Camila y tú fuerais *therians* —apuntó, mirando a Mason—, seríais pulpos. Señor Joneson, Sienna Walsh. Encantada.

—Igualmente.

Landon se puso a su lado.

—Yo soy Landon Hayes. Hablamos por teléfono.

—Por supuesto —respondió Grayson—. Me alegra que estéis aquí todos…

Mientras intercambiaban formalidades, Avery apareció por mi retaguardia y me abrazó con fuerza. Jaxon estaba a una distancia prudencial, sonrisa ladeada incluida.

—¿Todo bajo control, Parks? —preguntó él.

Miré a mi grupo, a Grayson, a la energía cruzada flotando en el aire.

—Llévatelos antes de que la líen más. No quiero decir que sea mala idea lo del finde, pero todos con mi jefe es *too much*.

Jaxon se frotó las manos.

—Tranquila, yo me ocupo. —Alzó un poco la voz—. Los que no tengan proyecto y deban presentarlo conmigo, que se aparten.

—Aquí no eres el ayudante del entrenador, Jackass —protestó Mason.

—No —replicó él—, pero sí la parte más cuerda de los que quedan. Ve a recepción y consigue que nos den habitaciones no contiguas. ¿Lo pillas? Paso de vuestros jadeos nocturnos.

Mason lo señaló con un gesto dramático.

—Como si tú follaras en *mute*.

—¿Puedes hacer el favor de comportarte por una sola vez?

—Desde que te dieron un mínimo de autoridad, no paras de abusar de ella. Dile algo, Princeso…

—Obedece, Fitzroy —fue lo único que salió por la boca de Landon.

—Ahí le has dado, hermano.

El grupo empezó a disgregarse entre bromas, maletas y risas.

Yo me quedé un segundo atrás, observándolo todo, porque, aunque pareciera imposible, ellos eran mi mundo.

Uno caótico, imperfecto y leal, al que no le importaban los prejuicios ni el estatus social.

Grayson se inclinó ligeramente hacia mí.

—Son intensos.

—Son familia de la que se elige.

Lo dije sin pensar, y era verdad.

Él me miró y asintió como si me entendiera, estaba segura de que así era.

Exhalé.

Menos mal que la reunión era con la facción más seria y ordenada de gimnastas de la SSU, o a los Joneson les iba a dar un ataque al corazón.

Con la llegada de mis amigos, Texas iba a necesitar seguro adicional.

CAPÍTULO 55



Valentino

El ascensor privado no tenía botón de subir. Tenía código. El que le di a Naomi. El que llenaría el ático en minutos… o en segundos.

Lo supe en cuanto escuché el pitido correcto y las puertas se abrieron directamente en mi salón.

Mason fue el primero en salir.

Se quedó plantado en mitad de la estancia, girando despacio sobre sí mismo, como si estuviera calculando cuánto obtendría al vender uno de mis sofás en el mercado negro.

—Hostia… —exhaló—. Esto no es un ático. Esto es un puto picadero para solteros con pasta.

Camila lo apartó con el hombro.

—Tú estás fuera del mercado, Fitzy, así que no imagines… —Dio una vuelta completa sobre sí misma, evaluándolo todo—. Madre mía, Valentino. ¿Has robado a alguien? Dímelo ahora y te ayudo a ocultar el cadáver antes de que tu padre se entere. Los míos tienen contactos.

Las luces cálidas de la chimenea encendida se reflejaban en los ventanales, proyectando el *skyline* nocturno de Texas como si

formara parte de la decoración. La cocina de mármol blanco parecía recién inaugurada. La isla impecable. Las copas alineadas, como esperando una sesión de fotos para *Architectural Digest*.

Landon avanzó hasta el cristal y apoyó la palma.

—Esto es obsceno. Incluso para el *quarterback* de los Cowboys.

—Mi hermano no es el dueño —añadió Avery, acercándose como una depredadora que huele debilidad—. Con esos sofás blancos poco debes sentarte…

—Tengo una asistenta que se ocupa. Yo también me alegro de verte, renacuaja.

La abracé con demasiada fuerza, solo para que intentara zafarse.

—¡Quita!

—¿Qué pasa, Valen? —Jaxon se acercó y solté a mi hermana para estrecharle la mano y palmearle la espalda—. Espero que no te estés dejando mangonear.

—Lo que se deja es montar… —Se carcajeó Mason, ganándose una colleja inmediata.

—A ver si aprendes a cerrar la bocaza, Fitzy.

—Como no me metas el rabo, no sé cómo lo harás, Jakass.

—Para eso ya está Thiago. ¿Verdad, Cruz?

Thiago miraba todo con expresión de niño en un parque temático caro.

—¡Esto es una barbaridad!

—*Sip*. Mi antecesor tenía buen gusto… y una cartera llena para pagar a un decorador.

Landon caminó despacio, inspeccionándolo todo como si fuera a tasarlo.

—Lo que no sé es cómo se ha fiado de ti. ¿Cuántas habitaciones?

—Tres de invitados, un despacho —esto lo dije con la boca pequeña—. La mía con vestidor en la *suite*. Un par de baños para visitas. *Spa* al fondo, junto al gimnasio…, y terraza.

Mason levantó una ceja.

—¿*Spa*?

Asentí.

—Espero que tenga un buen *jacuzzi* y lo podamos probar.

Busqué a Naomi sin querer que se notara. No estaba. Eso significaba que venía en la segunda tanda de ascensor. Junto a Sienna.

—No *espa-follar*, Fitz —intervino Jaxon con media sonrisa—. Mi cuñado no está listo para que dejes restos biológicos en su bañera.

No pude más que reír.

—Sentíos como en casa. Echad un vistazo.

Se dispersaron como si estuvieran inspeccionando una propiedad que pensaran ocupar de manera ilegal.

Thiago avanzó más despacio que el resto.

—¿Y esa puerta con cartel de «*No trespassing*»?

Señaló el pasillo. No miré. Sabía con exactitud qué había detrás.

—Despacho. No lo uso. Solo hay cosas que prefiero que nadie toque.

—Uuuh. Eso ha sonado a cuarto secreto. —Camila sonrió con malicia.

—No entréis —advertí—. Lo que hay ahí dentro no puede joderse porque… no es mío.

Técnicamente era de Vader. Así que no mentía.

Las puertas del ascensor volvieron a abrirse y entonces entró ella con Sienna.

Mi corazón dio un vuelco seco, como si alguien hubiera soltado el freno de mano dentro de mi pecho.

En cuanto el ascensor se detuvo, Naomi alzó la vista y enfocó al frente, interrumpiendo cualquier conversación que estuviera en curso.

Y el salón, que hacía un segundo era ruido, risas y testosterona, se quedó un poco más pequeño.

Las puertas terminaron de abrirse.

Sienna salió primero, Naomi después.

No hizo gesto de sorpresa al ver el ático. Eso me gustó y me irritó al mismo tiempo.

Sus ojos recorrieron el espacio, lentos, analíticos, y luego se posaron en mí.

No sonrió, yo tampoco, y durante un segundo fue como si estar delante de todos nos obligara a fingir que la complicidad de estos

días no había ocurrido.

—Dalton.

—Parks.

Demasiado seco para todo lo que había debajo.

Camila miró de uno a otro con una sonrisa maliciosa, de esas que anunciaban desastre.

—¿Nos enseñas el piso o vais a quedaros midiendo egos aquí en medio?

—Claro.

Caminamos por el pasillo sin tocarnos, pero yo era absurdamente consciente de su cercanía, del roce invisible del aire entre nosotros y del aroma a lavanda y flor de algodón que me alcanzó limpio, sin permiso.

Les hice la ruta de las habitaciones, señalando puertas como si aquello fuera una visita guiada y no una excusa para mantenerla a menos de medio metro. Cuando llegamos al despacho, Naomi se detuvo y lo miró con suspicacia.

—¿Esa es la del asesino en serie?

—No todo el mundo necesita acceso ilimitado, hay cosas que es mejor guardar.

—Como un hacha —murmuró entre sonrisas.

Desde el *spa* llegaban las carcajadas de Fitzroy, Reyes, Hayes y Cruz, demasiado ruidosas para el tamaño del *jacuzzi*, mientras mi hermana y Camila cuchicheaban como si estuvieran viendo un documental sobre depredadores en época de apareamiento.

Llegamos a mi dormitorio. La puerta abierta, el cuadro presidiendo el cabecero.

Recordé la primera vez que lo vi y le pregunté a Carter si le iban mucho las chirlas.

Naomi alzó una ceja.

—Eso son…

—Lo son.

—Eso es anatomía con *marketing* —carraspeó Sienna desde atrás.

—¿El cuadro también lo has heredado? —se interesó Camila.

—Sí.

—Pues espero que no viniera con clamidia.

Mi hermana se cruzó de brazos.

—Eso no son vulvas.

Intervino Fitzroy con voz de informativo.

—¿Acaba de decir «vulvas»? —se mondó Jaxon, doblándose un poco hacia delante, mientras Thiago ponía los ojos en blanco.

Mason carraspeó, encantado de tener público.

—Coños, potorros, mondongos, portales viscosos, triángulos húmedos, núcleos lubricados, bollitos benditos o portales celestiales. Llamadlo como queráis

Cuanto más hablaba, más me reía.

—Dime que has agotado tu lista de términos *coñiles* —refunfuñó mi hermana.

—Te sorprenderías, Demasiado, mi vocabulario de sinónimos sexuales me da para cinco volúmenes ilustrados, con índice alfabético y edición *deluxe*.

—No sé de qué me sorprendo.

—Ese es mi chico. —Camila lo besó orgullosa.

Mase se encogió de hombros.

—En fin, que no son eso, vuestras mentes pervertidas os traicionan. No recuerdo el pintor, pero mis padres tienen uno similar en su casa de la playa hecho con pepinos de mar.

—¿De qué me sorprendo? —bufó Jaxon.

Mientras tanto, Naomi seguía recorriendo la habitación despacio, ajena al ruido, a los comentarios, a las risas, y a mí se me hizo un nudo en el pecho mientras la contemplaba observar, apoyado en el marco, como si aquello fuera mi única posición segura.

—Es muy tú —dijo al fin—, aunque se lo alquilaras a Carter lo has hecho tuyo.

—¿Eso es bueno?

Si no tuviéramos público al otro lado del pasillo, esa conversación habría cambiado de tono, de ritmo y de intención.

Me sostuvo la mirada un segundo más de lo prudente.

—Es tuyo.

«Lo que quiero que sea mío eres tú».

Luego, salió primero y yo tardé medio latido en seguirla.

—¿Podemos cenar ya y celebrar que hemos conseguido el puto contrato?

La voz de Hayes se coló por el pasillo con esa impaciencia suya que siempre sonaba a orden encubierta.

Sabía que teníamos mucho que celebrar, mi hermana me había puesto al día por teléfono.

—Sacad las cervezas de la nevera, cabrones, las *pizzas* están en la esquina derecha.

Camila apareció con una botella abierta para tendérmela.

—Tarde…

CAPÍTULO 56



Valentino

Nos acomodamos en el salón, comida de universitarios con presupuesto mejorado, cajas abiertas, botellines, ruido de conversación, risas que subían y bajaban con la música de fondo.

El contrato firmado hasta *playoffs* flotaba en el aire como una victoria silenciosa.

Thiago levantó su botella.

—Por no haber tirado la toalla con nuestro proyecto y por Naomi, que nos consiguió esta reunión.

—Por Parks y por la Super Bowl —añadió Mason.

—Y por que ninguno la cague antes de llegar —remató Sienna.

Las risas relajaron el ambiente, aunque tanto ella como yo seguíamos algo tensos por lo que significaban aquellas palabras.

La cena prosiguió entre anécdotas del pasado y planes de futuro. Todo el mundo parecía estar bien, sobre todo, Hayes y Walsh, cuya relación pasaba por su momento más dulce. Me alegraba por ellos después de lo que habían vivido.

—He traído un juego de cartas para divertirnos y pasar el rato —anunció Camila.

—¿*Strip poker*? Me apunto —Mase hizo el amago de quitarse la camiseta.

—¡Alto, Fitzy! En este solo se desnuda el alma, si alguien pierde ropa no es culpa mía —le aclaró su chica.

—Tus juegos nunca acaban bien, Ortiz —refunfuñó Sienna.

—Este sí, tranquilos, va por fases, os dará tiempo a asimilar.

Reconoceré que la primera ronda fue suave, preguntas que podías lanzar a quien quisieras del grupo, para echarse unas risas, conocer secretos que de otro modo no confesarías y avergonzarse en manada.

La segunda fue más picante y, por suerte, las cervezas empezaban a hacer efecto.

Para la tercera, ya peligrosamente cercana al territorio minado, llevábamos una ronda de chupitos cortesía del minibar heredado.

Las risas eran reales.

Hasta que Mason leyó la siguiente carta.

—Situación más embarazosa que te ha ocurrido con una cita y ha truncado un polvo de lo más deseado. —Alzó la vista despacio y arrojó la carta contra mi pecho—. Valentino.

Me recosté, tranquilo por fuera, aunque por dentro ya sabía que esa historia iba a incendiar algo, y esperaba que fuese a la chica que tenía sentada enfrente. Total, solo nosotros sabríamos lo que iba a relatar.

«Agárrate, Parks».

—Vale.

Llené mi vaso de chupito y lo bebí de un trago.

—Me lie con una chica espectacular en un bar, divertida, *sexy*, con una boquita que era una delicia… Los entendidos en la materia ya me entendéis.

Naomi estrechó la mirada. Thiago, a mi lado, me observó con interés clínico.

—Todo fluía, la química era tan brutal que no estaba seguro de poder llegar al apartamento antes de estallar.

—Hay cosas que prefiero no escuchar. —Mi hermana se tapó los oídos.

—*Spoiler*: La tarjeta dice que el polvo no concluye, respira, Demasiado, no vas a oír ni imaginar a tu hermano follando.

—Todo un detalle de tu parte recordármelo, Fitzy.

Jaxon la rodeó por los hombros y la besó para distraerla.

Carraspeé.

Naomi estaba completamente inmóvil. Supuse que pensaba que no iba a contar nuestra historia y estaba esperando descubrir con qué otra había sido.

—Como os iba diciendo, ella decidió encargarse del calentamiento bucal con mi micrófono.

Subí la apuesta.

—Me flipa cuando calientan la voz. —Rio Landon, ganándose un codazo inmediato de Sienna.

—Y una vez en mi apartamento, os juro que la compensé con creces… Soy un gran buceador, campeón de apnea en la caza de almeja.

Más risas.

—Y, entonces, de repente, su cara cambió, creo que se encendió su «Alerta sísmica interna».

Naomi parpadeó una sola vez.

—¿Se tiró un cuesco? No sería la primera, a mí me pasó —soltó Jaxon.

Todas las miradas se giraron hacia él y, de rebote, a mi hermana.

—¡Eso sí que no! ¡No fui yo! Panda de idiotas. Por si no lo recordáis, el Rey de Reyes no fue virgen a nuestra primera cita.

—¿Podéis dejarlo terminar? Con tanta interrupción es peor que los anuncios. Sigue, Valen —me azuzó Camila.

Asentí.

—Bien. Me pidió un minuto para ir al baño y este estaba ocupado por mi compañero, que había vuelto sin avisar. El pánico es un consejero pésimo y los retortijones más. Así que mi c*rush* sexual decidió que una planta decorativa podía servir como solución táctica.

Silencio. Un segundo eterno.

—No puede ser… —susurró Camila.

El golpe bajo la mesa fue seco.

—¡Auch! —Thiago se dobló—. ¡¿Qué ha sido eso?!

Naomi estaba blanca. No avergonzada, descubierta.

Mi hermana la miró como si acabara de presenciar una aparición mariana. Camila también.

—¿Cariño, te ha dado un calambre? —preguntó Mason mientras Thiago se frotaba la espinilla.

Mis conexiones neuronales se encendieron al mismo tiempo que las de las chicas.

—¡Tú eres el tío del hurón! —No era una pregunta. Camila me señaló con el dedo.

—¿Valentino tiene un hurón? —preguntó Sienna a su chico.

—Yo no he visto animales en este piso, salvo nosotros. Igual han cambiado de juego y no nos hemos enterado.

—¡¿Tú te tiraste a Naomi?! —saltó mi hermana, roja como un semáforo.

Ahora sí que no entendía nada.

—¡¿Qué?! —voceé.

—Hostias… —murmuró Mason, encantado—. Esto escala rápido, pero habíamos dicho que era *polvus interruptus*. Aunque vuestra historia es tan grotesca que me vale.

Jaxon dejó la botella sobre la mesa con un golpe seco.

—No lo hubo. Follaron antes.

Creo que bizqueé. A esas alturas, o estaba en una realidad paralela o Jaxon había estado en la sala oscura de la fiesta. ¿Cómo era posible?

Naomi miró a Avery con traición pura.

—¿Se lo contaste? Cami y tú me prometisteis que no se lo diríais a nadie.

Mi hermana se encogió.

—Es mi novio…, necesitaba procesarlo y no sabía que te habías tirado a mi hermano.

—Yo también lo compartí —añadió Camila, señalando a Mason y a Thiago, que seguía masajeándose la pierna.

—Yo no juzgo. —Mase levantó las manos—. Y menos con material cinematográfico, mis padres pagan una fortuna por guiones mucho peores que esta cena.

—¿Alguien puede explicarnos qué coño está pasando y qué es lo que todos sabéis? —intervino Landon.

Sienna cruzó los brazos.

—Sí, por favor.

Me incliné hacia delante.

—A mí también me gustaría saber en qué momento tú y yo nos acostamos —miré a Naomi—, porque eso es lo que acabo de oír.

La sostuve un segundo más de la cuenta.

¿Sabía ella que yo era el Vader de la fiesta y llevaba todo este tiempo engañándome?

—¡Fue en el baño, pedazo de alcornoque! —insistió Avery—. O eres tan memo que no te acuerdas. —Naomi abrió la boca como un pez fuera del agua—. ¿Cómo se te ocurre acostarte con él?

—Valentino no es un mal tío —intervino Sienna, tranquila.

—No —replicó Landon—. Solo un cabrón que finge lo que no es.

Sentí un latigazo frío en la espalda.

—¿Perdona?

—Lo del falso *affaire* en la fiesta, cuando mi chica y tú os enrollasteis —aclaró—. Nunca os acostasteis.

Respiré.

Naomi se llevó las manos a la cara.

—¡Ni nosotros! —explotó—. Me lo inventé, ¿vale? Fue presión. Necesitaba sentir que era sexualmente activa, aunque fuese de mentira.

El silencio que siguió ya no tenía nada de divertido.

Camila se levantó y la rodeó por los hombros.

—Ay, Naomi… Te queremos igual, aunque te vuelva a crecer el himen.

Mason asintió con solemnidad impostada.

—La virginidad es un constructo social y un negocio patriarcal. Somos tus amigos, si hubieras necesitado un casquete por alivio habríamos contribuido.

—Ya le dije que no era necesario que se fuera, que los accidentes pasan, y yo habría cumplido —murmuré sin pensar, con la lengua desatada y cero filtros.

Mi hermana me fulminó.

—Qué caballeroso…

—¿Por qué te enfadas conmigo?

—Porque es mi amiga…

El aire cambió. Ya no era broma. Thiago levantó las manos.

—Paz. Eran mayores de edad y lo que pasó fue consensuado…

Pero el ambiente se había calentado de otra manera, más densa, más territorial.

Mason se puso en pie, teatral.

—¿Qué tal un cambio de aires? Necesitamos aguas termales para relajar. Propongo *jacuzzi* en bolas y terapia grupal.

—No —dijeron varias voces a la vez.

Avery se levantó y se sacudió las manos como si diera la cena por concluida.

—Fin del juego. Mañana toca ir de compras para la gala.

Me quedé quieto.

—¿Qué gala?

Landon bebió despacio antes de contestar, disfrutando del suspense.

—La de los Joneson.

Sienna añadió tranquila, pero con intención:

—Nos han invitado a todos. Fue idea de Grayson, alabar el buen funcionamiento de la *app* de Avery a socios, patrocinadores… Y, de paso, presentarnos a posibles mecenas para nuestra obra benéfica.

Sentí como algo se tensaba dentro, un cable demasiado estirado.

—¿A todos?

—Sí, nos dijeron que podíamos ir todo el grupo —comentó Thiago —. También nombraron a algún jugador, Rivera y Whitaker, creo.

Eso me sentó como un rodillazo limpio en las pelotas.

Busqué a Naomi y ella evitó mi mirada. No sonreí esa vez, porque dudaba de que Grayson me mandara a esas horas una invitación.

Me levanté despacio, con demasiada calma.

—Es tarde. Será mejor que os vayáis al hotel.

El grupo empezó a recoger entre bromas más suaves, la energía distinta, menos ligera, como si todos notaran que algo acababa de cambiar y no supieran exactamente qué.

Cuando Naomi pasó a mi lado camino del ascensor, su hombro rozó el mío.

Un segundo.

Nada más.

Quizá debería haberme disculpado por soltar nuestra intimidad, pero tampoco había usado su nombre, era ella quien lo había contado y ahora, encima, estaba lo de la gala…

Se metió en el ascensor y nuestros ojos colisionaron para recordarme que debajo del caos, de las risas, de las mentiras compartidas y de las medias verdades, había algo mucho más peligroso que una planta decorativa.

Y no era la fiesta, sino que nadie iba a impedirme que fuera para estar con ella.

CAPÍTULO 57



Naomi

El Uber olía a ambientador de violeta y cansancio nocturno.

Los chicos habían cogido uno y nosotras otro, básicamente porque no cabíamos y porque, con total seguridad, iban a someterme a un interrogatorio.

Durante un minuto nadie dijo nada. Las luces de la ciudad se deslizaban por las ventanillas mientras el coche avanzaba hacia el hotel, reflejándose en el cristal junto a mi cara.

Sabía que el silencio no iba a durar. No con Avery y Camila dentro del coche.

Oí una exhalación fuerte y después explotó.

—Vale, pensaba que sí pero no, no puedo. ¿Cómo no me dijiste que te habías liado con mi hermano?

Apoyé la cabeza en el cristal, necesitaba algo frío que ordenara mis ideas.

—Buenas noches a ti también.

Camila se acomodó mejor en el asiento.

—A ver…, desde el cumpleaños en la cabaña, cuando Jaxon y tú follasteis como si estuvierais intentando invocar a un demonio,

estaba clarísimo que había un asunto sin resolver entre ambos.

Avery se giró hacia ella.

—¿Qué? Si solo se lanzaban pullas.

Camila levantó un hombro.

—Ahí estaba la señal, ¿te recuerdo lo que hacías tú con el Rey de Reyes? Otra cosa es que no quisieras verlo.

—Y tú lo viste… —rezongó.

—Algo intuí —admitió—. Aunque como Naomi es tan suya, pasé. Estaba demasiado ocupada intentando ver si podía mover ficha con Mase…, ya sabes, aquella etapa con Troy fue bastante turbulenta.

No dije nada, me limité a observar, como siempre.

Sienna habló por primera vez, tranquila.

—No entiendo el problema. Son adultos y libres. Pueden liarse con quien les dé la gana.

Avery soltó un resoplido.

—El problema es que Valentino no es estable con las mujeres, y Naomi…

Giré la cabeza con lentitud.

—¿Naomi qué?

—Naomi…

—¿Por qué hablas de mí como si no estuviera o no supiera lo que estoy haciendo?

—Porque claramente no lo sabes.

Me enderecé en el asiento.

—Puede que no sea muy proclive a las relaciones afectivas, que me cuesten más que al resto, pero te recuerdo que tú tampoco estabas abierta a tener nada con nadie… y terminaste liada con Jaxon, cuya reputación era igual o peor que la de Valentino.

Sienna levantó una ceja.

—Ahí le has dado.

—Gracias.

Avery me miró incrédula.

—¿Gracias de qué? No conoces a mi hermano.

Sostuve su mirada.

—Tal vez lo conozca mejor que tú.

Eso la hizo abrir y cerrar la boca. Silencio.

Camila hizo un pequeño «uuuh» teatral. Avery parpadeó.

—¿Perdona?

Suspiré.

—Puede que hace tres meses opinara lo mismo que tú. Pero las cosas han cambiado… y creo que en el fondo tu hermano es alguien que no se deja conocer con facilidad, por eso todo el mundo tiene una versión distorsionada que no se corresponde con la verdad.

Camila asintió despacio.

—En eso estoy de acuerdo. Siempre lo he visto muy parecido a Fitzy. Usan ese humor cabrón para enmascarar cosas…, pero en el fondo son los más sentimentales.

Avery negó con la cabeza.

—No digo que mi hermano no tenga sentimientos, solo que no es de los que asientan la base de su corazón en un solo lugar.

Sienna habló con calma.

—Los tiene. A mí me ayudó muchísimo con lo de Landon…, y Naomi no ha hablado de amor. Sinceramente, creo que podría salir bien, pueden darse placer y listo.

Las dos la miraron y Avery no pudo contenerse de nuevo.

—¿En serio? Dios mío…, creo que el amor te está afectando. Seguro que hay chicos más adecuados para un polvo que mi hermano.

Camila soltó una carcajada y se giró hacia mí.

—A ver. ¿Desde cuándo te gusta lo suficiente como para acostarte con él? Y pasa de Avery, no es objetiva.

Aparté la mirada hacia la ventana.

—Yo no he dicho que…

Camila me cortó.

—Naomi… —Su tono cambió—. Somos amigas desde que llegué a la SSU. Te he contado todo lo que me ha pasado, absolutamente todo…, y he asumido que puedas tener tus propios secretos. Pero ¿no crees que ya va siendo hora de que te abras un poco? Somos nosotras.

Se inclinó hacia mí.

—Cuéntanos qué pasa.

Guardé silencio.

El coche avanzaba entre semáforos y reflejos rojos.

Durante unos segundos debatí conmigo misma si hacerlo o no.

Luego, solté una exhalación larga, como si algo dentro de mí cediera.

Extendí la mano entre las cuatro.

Levanté el meñique.

—¿Escuchamos pero no juzgamos?

Sienna fue la primera en enganchar su dedo.

—Escuchamos pero no juzgamos.

Camila la siguió.

—Ni un poquito.

Avery suspiró.

—Haré como que no es mi hermano del que vas a hablar.

Negué con la cabeza.

—Mejor…, porque no solo voy a hablar de él.

Las tres se inclinaron hacia delante y empecé por el principio.

Primero, el beso.

La fiesta. La caída encima de Valentino. La nariz rota después.

Mi decisión de perder la virginidad y soltarme un poco. El cuarto oscuro. El desconocido disfrazado de Darth Vader. Mi huida tras el sexo.

Las tres se quedaron rígidas. Después solté lo del bar, aquel día de convención. Valentino otra vez. El baño, su apartamento, la planta decorativa.

Mi decisión de no liarla con alguien opuesto a mí desde el principio.

La obsesión absurda con un tipo enmascarado que hacía directos calientes en internet. Val Daver y su sorteo.

El sexo *online* que derivó en charlas más profundas, que dejaron de ser sexuales y empezaron a parecerse peligrosamente a una amistad.

Grayson Joneson. El jefe encantador. Las conversaciones sobre trabajo, familia, vida… y los coqueteos que yo dejaba pasar porque me hacían sentir valorada. Luego, Valentino otra vez. Su oposición a que estuviera en su equipo. El tira y afloja, la tensión, el baño del

avión, los besos, la duda, la discusión cuando Val Daver se cruzó en mi pensamiento.

Y, finalmente, esa semana.

El código del ático, la decisión de no ir. La fiesta con el equipo, el alcohol. Valentino comportándose como un caballero y llevándome al hotel sin intentar nada.

El plan de presentarme al día siguiente y su viaje sorpresa a Europa cargado de mensajes hasta hoy, cuando ese absurdo juego había abierto la caja de Pandora.

Cuando terminé, el Uber estaba en silencio absoluto.

Sienna parpadeó.

—Yo me he quedado en la parte en la que perdiste la virginidad en un cuarto oscuro con un desconocido. ¡Podrías haber pillado cualquier cosa! Aunque, con mi pasado, no soy quién para juzgar eso…

Camila seguía mirando al frente.

—Estoy procesando…, ¿sexo en *streaming*? Naomi, eso es fantástico y emocionante. Por fin te estás desinhibiendo, me siento orgullosa.

Avery levantó una mano.

—¿Soy la única a la que le preocupa que las relaciones de nuestra amiga sean con tarados que cubren su rostro… o con mi hermano? Acaba de decir que le contaba sus cosas al colgado que la masturbaba por internet… Es que yo alucino.

Nadie respondió.

—A veces es más fácil contarle las cosas a un desconocido que a alguien que lo sabe todo sobre nosotros. No os hacéis una idea de lo que la gente me cuenta en el Uber.

Entonces nos dimos cuenta: el coche estaba parado.

El conductor nos miraba por el espejo con los ojos como platos.

Me aclaré la garganta.

—Creo que hemos llegado.

El hombre suspiró.

—Hace cinco minutos, pero si me cuentan el final de la historia…, las invito a la carrera.

Sienna se inclinó hacia delante y señaló al conductor.

—Cómprese una vida, cotilla.

El hombre abrió la boca, sin embargo, ella ya estaba sacando el móvil.

—La próxima vez, pedimos un transporte menos… implicado emocionalmente.

Salimos del coche entre risas.

El aire nocturno estaba fresco y el hotel brillaba como un faro a esa hora. Los chicos estaban apoyados cerca de la entrada, como si llevaran un rato esperando.

Mason fue el primero en separarse del grupo.

—Venga, bombones —anunció, frotándose las manos—, que ahora empieza lo bueno. Cada oveja con su pareja y a darle duro a la madeja.

Nosotras nos miramos. Luego me miraron a mí y las tres, al unísono, dijeron:

—Lo sentimos. Noche de chicas.

Landon frunció el ceño.

—¿En serio?

Sienna cruzó los brazos.

—La necesitamos, es muy importante.

Jaxon bufó.

—Pero…

Avery lo cortó en seco.

—No hay peros. El yoga puede esperar, esto no.

—¿Necesitáis la ayuda de un profesional? —se ofreció Thiago.

Siempre tan intuitivo… Mason abrió los brazos, indignado.

—No puedes decir eso. Éramos los únicos que teníamos posibilidades de follar.

Camila estiró el brazo, lo agarró de la camiseta y lo arrastró hacia el grupo.

—Nos lo quedamos. Pasadlo bien, chicos.

Thiago se dejó arrastrar con Mason todavía protestando.

—¡Esto es discriminación activa!

—Buscaos un bar —proclamó Sienna, avanzando para traspasar la puerta de acceso; las demás la seguimos en dirección al ascensor.

Me giré un segundo, mirando como los chicos se quedaban atrás, confundidos y derrotados.

—Genial —murmuré—. Acabo de contaros la historia más caótica de mi vida… y ahora me espera otro interrogatorio más.

Camila sonrió.

—No será un interrogatorio.

Sienna pulsó el botón del ascensor.

—Con Thiago conduciendo la sesión, será *coaching* sexo-emocional. Quizá descubramos por qué te ponen los tíos con máscara y follar a través de una pantalla.

Avery me dio un empujoncito.

—O los hermanos idiotas de tus amigas…

Las puertas se abrieron. Entré la última.

—De verdad —murmuré—. No sé qué me da más miedo ahora mismo… —Miré a mis amigos—. Si Valentino… o vosotros cuatro juntos.

Thiago ni se inmutó.

—Lo que necesitas es dejar de fijarte en hombres que aparecen solo cuando no pueden ser del todo tuyos: detrás de una máscara, detrás de una pantalla… o detrás de una reputación imposible. —Las cuatro lo miramos sorprendidas.

—Os dije que era el mejor, por eso curra conmigo.

—Y yo lo amo con todo el corazón —añadió Cami.

Iba a ser una noche muy larga.

CAPÍTULO 58



Naomi

The Star brillaba como una pequeña ciudad privada bajo el cielo de Texas.

Luces cálidas sobre jardines geométricos, música suave que flotaba entre las terrazas y camareros impecables moviéndose con bandejas de champán como si todo aquello fuera perfectamente natural. A mi alrededor desfilaban trajes hechos a medida, relojes que valían más que muchos apartamentos y conversaciones sobre inversiones que, con toda probabilidad, moverían millones antes de que acabara la noche.

Inspiré despacio.

Todavía me costaba asumir que estaba ahí por mi trabajo y que, si lograba que los Cowboys llegaran a la Super Bowl, a esta fiesta la precederían muchas otras, y no solo como invitada de honor.

—Estás preciosa —dijo Grayson a mi lado.

Bajé la mirada hacia mi vestido. Negro, largo, con una abertura lateral que subía hasta la mitad del muslo y una espalda casi desnuda sostenida por finos tirantes. Elegante, sobrio…, pero lo bastante atrevido como para hacerme sentir poderosa.

Camila fue muy clara cuando lo vio.

«Si no conquistas Texas con esto, Naomi Park, Texas no merece ser conquistado».

—Gracias —respondí.

Grayson me ofreció su brazo. Lo tomé.

Vivian apareció entonces, impecable como siempre. Su sonrisa era perfecta, pero sus ojos escaneaban cada detalle de la sala como si estuviera dirigiendo una operación militar.

—Recordad —dijo con suavidad—, prensa a la derecha en quince minutos. Primero, socios; después, inversores. Sois la pareja del evento, tú por ser quien descubrió a una joya tan valiosa y el último hijo en entrar a formar parte de la franquicia. Y tú —me miró— por darnos una herramienta capaz de encumbrar al equipo. Sois un *pack*, un binomio que debe transmitir prosperidad.

Nos señaló con discreción a un grupo cercano.

—Y procurad no separaros, también debéis transmitir unidad.

Había algo en su tono que sonaba menos a sugerencia y más a orden.

No me molestó porque sabía que los Joneson lo tenían todo medido al detalle, como yo.

Nos movimos entre saludos, manos estrechadas y comentarios elogiosos. Varias personas querían conocer detalles técnicos. Algunos simplemente querían ver a quién pertenecía la cara detrás de algo que empezaba a resonar dentro de la NFL.

Grayson manejaba la situación con una naturalidad que me impresionaba.

No había podido pasar un minuto con mis amigos, quienes se movían como peces en el agua entre bebidas, canapés y música ambiental.

—Disculpen, señores, Naomi —dijo mi jefe en cierto momento—, necesito robarles a la sensación de la noche un instante porque quiero presentarle a alguien.

Una mujer elegante, de mirada serena y postura impecable se acercó hacia nosotros.

—Mamá —la voz de Grayson cambió ligeramente—, ella es Naomi Park.

La mujer paseó su mirada evaluadora por mí. Me sentí escrutada y un tanto nerviosa; hasta hoy, nadie me la había presentado porque no solía pasarse por el complejo.

—La joven de la aplicación —dijo al fin—. He oído hablar mucho de ti en los últimos meses, has estado en la boca de mi marido y todos mis hijos, en especial —hizo una pausa—, de Gray, y ahora entiendo por qué. Eres una chica preciosa y con muy buen gusto.

—Gracias, señora.

—Y lista —murmuró mi jefe, besándome los nudillos.

La señora Joneson sonrió.

Su mirada pasó brevemente de mí a él.

—Mi hijo rara vez se entusiasma con algo y parece estarlo contigo. Tal vez te apetecería invitarla a comer algún día a casa.

—Si ella acepta, me encantaría…

Antes de que pudiera responder, un murmullo extraño recorrió el área de entrada.

Por instinto, miré hacia allí.

Y, entonces, lo vi.

Valentino.

De pie frente a los accesos, hablando con el personal de seguridad.

Mi estómago se tensó.

Incluso desde la distancia se notaba que algo no iba bien.

Uno de los hombres de la puerta negaba con la cabeza.

Estaba lo bastante cerca como para escuchar la conversación si aguzaba el oído.

—Lo siento, señor Dalton. Su nombre no aparece en la lista.

Él sonrió.

Esa sonrisa suya que no era amable ni exactamente peligrosa, la que usaba en los partidos para medir al rival.

En ese momento aparecieron Landon, Mason, Thiago y Jaxon por la retaguardia. Respiré un tanto aliviada.

—Está en nuestro grupo, se ha retrasado el chaval —le aclaró Mase. El de seguridad lo miró desconfiado.

—Así es —aseveró Landon—. Busque mi nombre y verá que pone Hayes-Walsh-Cruz y amigos. El señor Joneson hizo extensiva su

invitación a las personas de mi grupo, y tanto el señor Dalton como su hermana, esa rubia que ha dejado entrar hace media hora, forman parte de él.

—Venga, entra con nosotros, Valentino —insistió Jaxon.

Thiago añadió algo que no alcancé a oír, pero el guardia dudó.

Desde donde estaba pude sentir como el cuerpo de Grayson se tensaba ligeramente.

—Ese chico nunca sabe estar en su lugar —murmuró.

Fruncí el ceño.

—No lo entiendo…, ¿por qué habéis invitado a Whitaker en lugar de a él? Dalton es el QB1.

Grayson tardó un segundo en responder.

—Ha sido cosa de Vivian y de papá. Ya sabes cómo funcionan estas cosas…, esto es para quedar bien con socios e inversores. Dalton no ha sido el mejor embajador de tu aplicación, hoy solo queríamos aliados. —Bajó la voz—. Sabes tan bien como yo que él suele complicarte las cosas.

Eso dolió. Porque sabía que no era del todo mentira.

—En cambio, Whitaker siempre habla bien de ti —añadió.

Asentí con lentitud.

—Bueno, parece que por fin está entendiendo que la *app* sí funciona. Si necesitas que hable con él…

—No —me cortó con suavidad—. Ya has oído a Vivian. Esta es nuestra noche.

Tomó mi mano y se inclinó para besar mis dedos. Había perdido la cuenta de las veces que lo había hecho.

—¿Por qué no vamos con tu padre? —sugirió su madre, que se había quedado en un segundo plano—. Seguro que quiere alardear de esta jovencita y su nuevo juguete.

—Tienes razón, madre, siempre tan acertada.

Nos pusimos en marcha, aunque no pude evitar dedicarle una mirada a Valentino.

Nuestros ojos se cruzaron. Sentí algo extraño e incómodo.

Y en ese momento, como si alguien hubiera pulsado *replay* dentro de mi cabeza, la voz de Thiago me llevó de vuelta a mi

cuarto, a cuando mis amigas me hicieron vomitarlo todo de nuevo para que me diera su veredicto.

—Te gustan los hombres que no pueden quedarse. Porque si no pueden quedarse, nunca tienes que arriesgarte a que te conozcan del todo… ni a que te elijan. O peor, a que no lo hagan.

Mis amigas me miraron y asintieron.

—La máscara no es lo que te excita, es lo que te protege de aquello que no te permites sentir.

Volví al presente con Valentino caminando hacia el bar, saludando a media sala como si fuera su campo.

Era curioso que el único hombre que no llevaba máscara fuera justo el que más peligro representaba.

—Naomi —Grayson me estaba mirando—, ¿todo bien?

Forcé una sonrisa.

—Perfecto.

Y dejé que su mano guiara la mía mientras atravesábamos la sala entre *flashes* de cámara y conversaciones estratégicas.

Algo me decía que aquella noche iba a ser mucho más complicada de lo que Vivian había planeado.

Y no estaba segura de si eso me asustaba, me emocionaba o ambas cosas.

CAPÍTULO 59



Valentino

No podía apartar la mirada.

Ni siquiera lo intenté.

Naomi cruzaba la sala del brazo de Grayson Joneson mientras las luces de la fiesta caían sobre su vestido negro como si hubieran sido diseñadas para ella. La abertura lateral dejaba ver su pierna cada vez que caminaba y el cabrón que tenía al lado parecía disfrutar demasiado de ese detalle; yo solo podía imaginar de qué manera poco creativa debería deshacerme del cadáver.

Su mano descansaba en su cintura.

En. Su. Puta. Cintura.

Mi mandíbula se tensó.

—Te vas a romper los dientes si aprietas así —murmuró Thiago a mi lado.

Ni lo miré.

—Estoy bien.

—Sí —añadió Mason desde el otro lado—. Se te ve relajadísimo, como un asesino antes de cavar el hoyo a sabiendas de que se acerca la poli.

—¡Calla, Fitzy!

Jaxon apareció con dos copas y me tendió una.

—Toma. Bebe algo antes de que decidas hacer una jugada ilegal y placar al hijo menor de una de las franquicias más ricas de Estados Unidos.

La cogí sin dejar de mirar al frente.

En ese momento, Grayson inclinó la cabeza hacia Naomi y le dijo algo al oído.

Ella rio.

El muy hijo de puta deslizó la mano un poco más hacia su espalda, justo en el punto donde ya no había tejido.

Sentí algo caliente subiéndome por la columna.

—¡Hostia! —susurró Mason—. Vale, ahora sí que parece que va a matar a alguien.

—Solo están hablando —pronunció Landon.

—Y una mierda, le está tocando la espalda, y eso, en mi tierra, es marcar territorio.

—Es una fiesta.

—Esa espalda es mía.

Jaxon soltó una carcajada.

—Eso ha sonado muy posesivo, cuñado.

—No es posesivo —gruñí—. Es… realidad.

—Claro. —Se carcajeó Landon—. Realidad aumentada...

—La realidad siempre supera a la ficción, o eso dicen mis padres.

Mase volvió a beber.

Antes de que pudiera responder, una voz conocida sonó detrás de mí.

—Valentino.

Me giré.

Mi hermana cruzada de brazos.

—No la líes —dijo sin rodeos—. Esto es trabajo y ella necesita que mantengas tus manos en los bolsillos, no contra la cara de su jefe.

Solté una risa corta mientras Jaxon les pedía a los chicos que se retiraran para dejarnos a solas.

—Ya, bueno, sería más fácil si ese gilipollas dejara de tocarla así. Ella no debería dejarse.

—Ella es libre de elegir quién la toca —me corrigió.

Señalé con la barbilla hacia ellos.

—¿Eso es trabajo?

Avery siguió mi mirada.

En ese momento, un fotógrafo capturaba a Naomi y Grayson justo cuando él se inclinaba hacia ella.

Flash.

Perfecta portada de revista, podía imaginar los titulares.

—Valen…

Negué con la cabeza.

—Eso no es *networking*, y lo sabes.

—Pero ¿qué quieres de ella? Que yo sepa no tenéis nada, salvo un intento fracasado de polvo. Y te voy a decir una cosa, no puedes joderla por uno de tus encaprichamientos transitorios. Si lo que quieres es acostarte con Naomi…

—No es eso, ¿vale? —Las palabras salieron más rápidas de lo que esperaba—. Me gusta, y sí, quiero tirármela, pero va más allá.

Ella alzó una ceja.

—Me reta —continué—. Me desafía como ninguna otra. Jamás he estado en la misma habitación de una tía, en su cama —especifiqué —, solo para terminar hablando de *Star Wars*.

—No puedo explicarlo porque es nuevo para mí —añadí—. Simplemente me vuelve loco y me hace desear cosas que ni se me pasaban antes por la cabeza. ¿Tiene sentido eso para ti?

Avery me observó unos segundos.

Y, entonces, por primera vez en toda la noche, sonrió de verdad.

—Te has pillado.

Bufé.

—Eso creo.

Sentí el abrazo sincero de mi hermana y aproveché para volver a mirar hacia Naomi.

Ahora estaba hablando con un grupo de inversores mientras Grayson seguía pegado a ella como una puñetera lapa.

Avery se despegó y me miró a los ojos.

—¿Qué hago si ella no quiere que pasemos de la *friendzone*? —murmuré—. Estoy muy perdido, ya sabes que normalmente no me

cuesta con las tías y no ayuda que ese gilipollas no pare de intentar cruzar la línea sin que Parks se dé cuenta.

Jaxon regresó con una sonrisa de depredador.

—¿Y qué vas a hacer con el niño de papá? ¿Permitirás que ese imbécil te marque *touchdown* y se lleve el trofeo que tanto deseas? No me lo creo, Dalton, tú no eres de esos.

Lo miré.

—Naomi no es un puto balón.

Jaxon levantó las manos.

—No. Pero siempre te la puedes llevar a cuestas y demostrarle que tú eres mejor, y no me refiero a la pista de baile…

—¡Haz el favor de no meterle ideas raras en la cabeza a mi hermano, Rey de Reyes!

—No son ideas raras —murmuró, abrazándola por la tripa—, es una versión de lo que yo hice cuando tú tonteabas con Landon…

—Yo no…

—Vamos a bailar un rato. Piénsalo, cuñado.

Me dedicó un guiño y se llevó a mi hermana a la pista.

La música lenta invitaba a las parejas a moverse con la elegancia estudiada de quienes sabían que había cámaras alrededor.

Grayson también la había invitado a bailar y ahora estaba suspendida entre sus brazos, pegada a su cuerpo.

El vestido negro se movía alrededor de sus piernas como si estuviera hecho de humo, y cada vez que él la acercaba un poco más a su cuerpo, sentía que algo dentro de mí se tensaba otro grado.

Su mano abarcaba la parte baja de la cintura, demasiado baja, demasiado cómoda.

Grayson la hizo girar, ella volvió a reír y cada carcajada se volvía una puñalada.

Algo dentro de mí se rompió.

Estaba pasando de hablar con los patrocinadores, como se encontraban haciendo Jace y Grant, porque lo único que me importaba ahora era ella, nada más.

Atravesé la pista hasta alcanzarlos, Grayson me vio venir y su sonrisa se volvió un milímetro más tensa.

—Dalton, menuda sorpresa, no sabía que al final Vivian te hubiera incluido en la lista.

—No lo hizo.

No iba a dejarme amedrentar, me sudaba las pelotas lo que pudiera decir. No miré a nadie más. Solo a Naomi.

—Me toca.

Él no soltó su cintura.

—No la líes, Dalton, suficiente es que no te haya echado, esta noche no queremos altercados. —Su tono seguía siendo elegante, pero había acero debajo—. Nadie te ha invitado, es la noche de Naomi y nadie desea que la destroces con tus reticencias sobre la aplicación.

Sonreí.

—No quiero destrozar nada.

«Salvo tu cara».

—Pues, entonces, deja de dar el espectáculo y regresa a la barra con tus amigos.

—Lo haría —respondí con calma— si la dejaras elegir con quién quiere bailar en lugar de acapararla. Puede que hayamos tenido nuestras discrepancias, pero Naomi y yo somos amigos.

Él soltó una carcajada seca.

—¿Con quién quieres bailar? —insistí, ofreciéndole la opción. Mi mirada era casi una súplica.

«Elígeme. Por favor».

El mundo pareció quedarse quieto, la música, las conversaciones.

Naomi miró a Grayson, luego a mí.

Hubo duda en su gesto y, entonces, suspiró.

—Me parece que he bebido demasiado y voy a declinar cualquier invitación. Necesito ir al baño. Gracias a los dos.

Se apartó de ambos y salió de la pista sin mirar atrás.

Grayson y yo nos quedamos frente a frente.

—Controla tus impulsos, déjala en paz —murmuró—. No todo es un partido.

—Desde luego que para ti no.

Me giré y fui detrás de ella sin disimular.

La alcancé dentro del hotel, en el pasillo que llevaba hacia los baños. Apenas había gente allí, solo el eco lejano de la música filtrándose desde la sala principal.

La agarré de la muñeca.

Naomi se giró de golpe.

—¡¿Qué haces?!

—Dime que quieres estar con ese memo en lugar de conmigo.

Su expresión pasó de sorpresa a enfado.

—Esto es un evento laboral.

—No me jodas, Parks, sabes que solo falta, a lo sumo, una hora para que termine y has hablado con todo el mundo.

—¡Lo digo en serio! —Se soltó de mi mano—. Esto es importante para mí. Para la empresa. Para Sienna, Landon y Thiago, para todos.

—Puede que lo sea, pero no implica que ese imbécil te sobetee delante de media Dallas. ¿Eso también forma parte del plan de negocio?

Sus ojos chispearon.

—No estaba sobeteándome, solo mostraba cercanía, como sugirió Vivian.

—Le faltaban cinco centímetros para pedirte matrimonio. ¿No te das cuenta de que es lo que están buscando?

—Estás exagerando.

—Estoy siendo educado.

Nos quedamos frente a frente. Me había aproximado más de la cuenta y las ganas de tocarla no eran ni medio normales.

—¿Sabes qué pasa? —continuó ella—. Que piensas que basta con chasquear los dedos para que el mundo gire a tu alrededor. Es como cuando me diste el código. Dime que no creías que en ese mismo instante acudiría porque es a lo que estás acostumbrado.

—Te equivocas de lleno. Jamás le he dado el código a nadie que no seas tú, y vale que fue con la esperanza de que vinieras para terminar hundiéndome en ti, sería un hipócrita si lo negara, pero también me habría conformado con pasar tiempo contigo si no lo hubieses deseado. Y no porque no me pongas a mil, sabes de sobra que no se trata de eso, es porque me gustas más de lo que crees.

La frase salió más baja de lo que esperaba y, aun así, no la retiré. El pecho de Naomi subía y bajaba.

—Verte con ese tío —añadí— me está volviendo completamente loco, necesito que acabemos lo que empezamos en el avión.

Su respiración cambió.

—Valentino…

Negué con la cabeza.

—Olvídate un rato de toda esta mierda y vente conmigo…

Invadí su espacio personal y acaricié su rostro como hice en el baño, sus mejillas se encendieron y sus labios se separaron con una invitación inconsciente.

—Eres imposible.

—Y tú muy testaruda. —Se lamió el labio inferior.

—¡Y tú un idiota si crees que voy a tirar todo por la borda porque me pones cachonda!

Eso me hizo sonreír.

«No te haces una idea de lo mucho que te voy a poner…».

—Puede, a idiota no me gana nadie cuando se trata de ti. —Me acerqué un paso más—. Pero soy tu idiota favorito y me flipa excitarte…

Metí la mano dentro de la abertura y fui directo al pequeño tejido que cubría su sexo.

Ella jadeó.

—Ni siquiera estás en la lista…

—¿Que no estás lista? Dame tiempo. —Y colé el dedo por la ropa interior.

Sus dedos me agarraron con fuerza de las solapas sin oponerse a la invasión.

—Pueden vernos… —resopló entrecortada—. Tengo que volver a la fiesta, la prensa, los invitados…

Un pequeño resuello escapó de su boca cuando mis yemas distribuyeron la humedad por el clítoris.

Naomi se mordió el jugoso labio inferior.

—No, ellos ya te han tenido el tiempo suficiente, ahora voy yo. Separa los muslos.

—Valentino…, nos van a pillar…

—Shhh… Hazlo o no te voy a dejar en paz.

Se abrió un poco —mi espalda le ofrecía algo de protección—, metí un dedo y ella gimió.

—Dime que no deseas esto, dime que quieres volver con él ahora en lugar de lo que te ofrezco.

La vena del cuello empezaba a palpitar. Estaba caliente, apretada y no dudé en buscar la zona rugosa que la iba a hacer gritar. Los dedos se aferraban a mí cada vez más fuerte.

—Por favor… ¡Madre mía!

«Aquí estás, pequeña…».

Me acerqué a su oído.

—¿Quieres correrte, Parks? ¿Quieres que te folle hasta que todas tus estadísticas colapsen con mi nombre?

Friccioné esa zona tan sensible que la derretía.

—Sí.

—Bien, porque yo también quiero que te corras, quiero impregnar cada uno de tus malditos circuitos neuronales y sexuales, pero no contra una pared a la vista de cualquiera.

Saqué el dedo y lo saboreé frente a su mirada perpleja; no iba a dejar que se lo pensara e hice caso a mi cuñado.

Agarré mi balón y lo cargué sobre el hombro.

Ella soltó un grito ahogado.

—¡¿Qué haces?!

—Se acabó el *networking*. Vamos a por el *touchdown* y el puto trofeo.

—¡Bájame ahora mismo!

Le di un azote juguetón y empecé a caminar por el pasillo como si fuera la cosa más normal del mundo.

—Lo haré, pero sobre tu cama.

—¡Esto es secuestro! ¡Me dijiste que no dejara que te convirtieras en Vader!

—Y no lo estoy haciendo, créeme. —Sonreí—. Esto solo es tiempo muerto para follarte como mereces, y que la Fuerza nos acompañe porque la vamos a necesitar.

CAPÍTULO 60



Valentino

—¡Bájame ahora mismo!

Ni de coña.

Seguí caminando por el pasillo del hotel con Naomi colgada sobre mi hombro como si fuera el trofeo de la Super Bowl y no la analista más peligrosa del equipo.

Sus manos golpeaban mi espalda.

No fuerte.

Más bien indignadas.

—¡Dalton!

—Relájate, Parks.

—¡No tiene ninguna gracia!

Le di otro azote rápido.

—A mí me está pareciendo divertidísimo.

—¡Valentino!

—Además —añadí sin detenerme—, técnicamente has dicho que te pongo cachonda, así que esto es un rescate humanitario. El SOS de tu clítoris se veía desde otra galaxia muy muy lejana.

—¡No tergiverses mis palabras!

—Demasiado tarde.

Ella resopló contra mi espalda.

—Hay cámaras en este hotel.

—Perfecto.

—¡No podemos salir en *prime time*!

—Que graben mi mejor jugada de la noche.

—Te van a cancelar.

—Lo dudo, los Joneson no lo permitirán. Vivian se ocupará, si es que algo de esto sale a la luz.

Doblé el pasillo hacia los ascensores privados mientras ella seguía retorciéndose sobre mi hombro.

—Bájame.

—No, estás intentando sonar enfadada, pero sigues apretando los muslos.

Silencio, dos segundos, los suficientes para que sonriera.

—Eres un imbécil.

—Tu imbécil favorito.

El ascensor se abrió con un ding suave.

Entré y me recreé en el reflejo de mi cuerpo enfundado en un traje caro y su perfecto culo al lado de mi cara.

Las puertas se cerraron.

La música de la fiesta quedó muy lejos, solo se oía la respiración de Naomi y el latido brutal en mi propio pecho.

Ella dejó de golpearme.

—Bájame.

Esta vez lo dijo más bajo.

—Vale.

La sujeté por la cintura y la dejé en el suelo con cuidado, deslizándola por mi torso, sin perderme las mejillas encendidas.

—Estás loco.

—Probablemente.

—No puedes hacer estas cosas.

—Acabo de hacerlo.

Ella me miró y… ¡Joder!

Ese brillo en sus ojos no era enfado, era algo mucho más peligroso que no la llevaba a apartarse.

—La prensa está abajo.

—Lo sé.

—Grayson y la familia al completo están abajo.

—Lo sé.

—Esta noche era importante.

—También lo sé.

—Entonces, ¿por qué demonios…?

El ascensor empezó a subir.

—Porque necesito estar contigo a solas y parece imposible en mitad de tanta gente.

Le acaricié el rostro, despejado por el recogido que llevaba.

—Sé sincera, dime que no quieres y yo mismo volveré a pulsar el botón de bajada.

Su respiración cambió.

—Valentino…

—Dímelo.

—No es tan simple.

—Para mí, sí. —La miré directamente—. Porque llevo semanas intentando comportarme y te juro que ya no puedo más. Por fin lo he entendido, mi cuerpo y mi mente desean lo mismo, y eso que quieren eres tú. Dime que no me deseas, dime que lo prefieres a él, dime que no soy justo lo que…

No pude terminar la frase porque sus manos subieron a la velocidad de la luz. Usó mi cuello de anclaje y saltó directa a enrollar las piernas en mi cintura para saquear mi boca con la suya.

El sonido gutural de mi garganta no le hizo justicia a la batalla de lenguas que Naomi acababa de desatar. No era comedida, al contrario, estaba siendo feroz, exigente. Mis rodillas amenazaron con doblarse ante el asedio, así que no tuve otra que empujarla contra el cristal y afianzarla con mi erección.

¡Dios, la habría atravesado allí mismo!

Le amasé el culo con avaricia y ella jadeó, frotándose sin control, lo que me hizo gruñir a lo bestia y me recordó que volvíamos a estar en vertical.

—¡Mierda! Eres la única mujer que consigue que pierda el control contra una pared.

Conseguí que me mirara y sonriera.

—¿Eso es un halago?

—Para mí, sí.

El ascensor se detuvo. Menos mal que era su planta.

Las puertas se abrieron y no había nadie.

—¿Vas a bajarme?

—Ya te lo dije, en tu cama…

—Esto es una locura —murmuró, ocultando su preciosa cara en mi cuello mientras avanzaba—. Si alguien nos ve…

—Pensarán que soy un puto salido acompañando a una mujer a su habitación. Puedes ocultar tu cara, a mí me tienen demasiado visto como para no reconocerme.

Llegamos a la puerta.

—¿Dónde tienes la tarjeta?

—Adivina…

—No me digas que entre las tetas, ¡por Dios!

—No las tengo tan grandes… El vestido lleva un bolsillo oculto…

—Tú y los bolsillos ocultos…

Recordé su primera vez conmigo, cuando se sacó un condón de la nada.

—¿Cómo dices?

—Nada, que siempre pareces tener solución para todo, aunque no pienso quejarme.

Sacó la tarjeta. La pasé y, por fin, entramos.

La puerta se cerró detrás de nosotros.

Fui directo a su cama y la hice aterrizar sobre el colchón, como prometí.

Rebotó un poco, se saltaron algunas horquillas del peinado y me miró desde abajo, respirando rápido.

La falda del vestido se abrió y ella no cubrió la diminuta prenda de encaje.

Apenas me llegaba sangre al cerebro porque la tenía concentrada en el maldito punto P.E. Exacto, polla en erección.

—Última oportunidad, Parks.

Ella torció el cuello.

—¿Para qué?

—Para pedirme que me vaya o para irte.

—¿Y dejarte solo en mi cuarto? ¿Qué harías?

—Probablemente una paja, no te lo voy a negar. —Vi como se aguantaba la risa—. Si decides que no quieres esto, prometo comportarme como un adulto y dejar de insistirte.

—¿En serio?

Mi mirada bajó un segundo a sus labios, a su entrepierna y luego volvió a sus ojos.

—No, aunque lo intentaré.

Eso la hizo romper a reír. Suave, cálida. Una chispa de algo indecente, la misma que iluminaba su rostro en nuestros privados, se encendió en su expresión.

—¿Y si te pido que te quedes?

—¿Obviando a todo el mundo que tienes ahí abajo por mí?

Ella asintió, mordiéndose el labio.

—Entonces, se acabará la tregua —anuncié, dando un paso al frente.

El silencio volvió a caer entre nosotros, pesado, cargado.

—Muy bien, Anakin. Que así sea…

Mi corazón dio un golpe brutal.

Casi me arranqué la chaqueta, la dejé caer al suelo. No iba a molestarme en buscar una silla porque lo que menos me importaba era que se arrugara.

Me incliné y apoyé las manos a los dos lados, con mi boca muy cerca de la suya, pero sin besarla.

Mi nariz casi rozó la de ella.

—Dime que mañana todo estará bien entre nosotros y que sabremos separar… —murmuró.

—Mañana seguirás siendo la mujer más brillante que ha pisado Dallas y yo el idiota que se vuelve loco por ti, aunque le saques los fallos.

Sus dedos subieron por mi brazo. Lentos, explorando.

—Esto cambiará las reglas —susurró.

—Entonces, tendremos que inventar otras.

Sus ojos brillaron.

—Eres un problema.

Sonreí.

—Pero soy tu problema, y a ti te flipa lo que te reta.

Y esta vez, cuando nuestros labios se encontraron, ninguno de los dos intentó detenerlo.



Naomi

Mis manos volaron a los botones de su camisa porque ya no podía más.

Lo había intentado todo para resistirme, pero la ley de la atracción parecía empujarme una y otra vez hacia él y ya no tenía ganas ni fuerzas.

Cuando terminé con el último botón y por fin pude tocar la solidez de su torso, quise fundirme de inmediato con él.

Apenas me cabía oxígeno en el pecho, y eso que acabábamos de empezar.

Los labios me hormigueaban por los besos y él se separó solo un poco para dejar un reguero que serpenteó sobre mi rostro hasta llegar a la vena de mi cuello, la cual lamió demasiado lento.

El gesto me hizo jadear.

—Sabía que este punto te iba a volver loca…

Volvió a hacerlo con desfachatez, y fue como si me estuviera saboreando en otra zona.

—No puede ser… —pronuncié entrecortada.

Sus labios se estiraron sobre la parte sensible. Podía imaginar su sonrisa ahí.

—Tengo la impresión de que podría hacer que te corrieras solo a lametazos aquí.

Repitió la tortura y el sonido estrangulado de mi garganta le dio la razón.

—Aunque eso será otro día, hoy no. Me he quedado con hambre después del tentempié de antes…

Descendió con una mirada perversa en sus ojos azules. Separó mis muslos y paseó de manera deliberada la lengua por encima del

encaje. Se me borró el mundo.

Me olvidé de respirar, porque no había dejado de mirarme y estaba ahí abajo…

El maldito Valentino Dalton derritiéndome, haciéndome cortocircuitar…

—Mírame… No dejes de hacerlo —me pidió, dando algunos bocados a mis labios.

No me salió nada, salvo una respiración rebelde mientras él hacía a un lado la prenda y me saboreaba sin quitármela.

—¡Ah!

—Eso es… Me encanta como sabes.

Volvió a hundir su boca para dejármelo claro. Me estaba devorando, pero con una lentitud que me exasperaba.

—Por favor… —supliqué mientras sus manos me abrían.

No respondió. Se limitó a pasar la superficie blanda y húmeda despacio, de arriba abajo, anegando mi sexo.

—Va-Valentino…

—Shhh, deja que te disfrute.

No podía, era demasiado intenso, nada parecido a estimularme con uno de mis juguetes.

Una de sus manos se movió y buscó la hendidura para tantearme con un dedo, sin parar de succionar la pequeña protuberancia.

Mi cuerpo reaccionó abriéndose a él. Lo deseaba tanto en ese punto…

—Eres tan estrecha y húmeda…

—Hace mucho que… Bueno, yo solo…

Se detuvo antes de seguir avanzando.

—Tú solo, ¿qué?

—No soy muy experimentada, igual es eso… No tengo un máster como tú en sexo.

—¿Cuántos?

Abrí y cerré la boca, sin saber muy bien qué responder.

—No voy a juzgarte, Naomi, solo quiero saber a lo que me enfrento… —Noté cómo su dedo fue avanzando despacio y él sopló sobre el clítoris—. Dime, cuántos han estado aquí dentro sin contar con tus juguetes… Solo pollas de carne y hueso… —El vaivén del

apéndice, sumado a sus palabras, me estaba volviendo loca—. Dilo o pararé.

—Uno.

Se detuvo. Me di cuenta de que había cerrado los ojos al pronunciarlo, y volví a abrirlos. Cuando lo hice, su mirada me sorprendió.

No lo había visto así nunca, bueno, quizá una vez en la SSU, cuando fue él quien libró la carrera y, en lugar de lanzar, corrió hasta marcar un *touchdown.*

—Sé que mi experiencia es muy limitada, pero…

—Tu experiencia es perfecta para mí. Eres jodidamente perfecta… y mía. Voy a volarte todas las putas estrellas, Parks.

Hundió el dedo hasta el fondo y comenzó un ataque demoledor que me hizo temblar de cabeza a pies.

Era incapaz de dejar de jadear, de perderme en aquellos pozos azules que me reclamaban.

Entró un segundo dedo y siguió dilatándome hasta que no pude soportarlo más, rodeando su cara con mis muslos, suplicando.

—Valentino…

No hizo falta más para que me bajara la prenda interior, se quitara la camisa y se desprendiera con una facilidad pasmosa de toda su ropa, y cuando decía toda, era toda.

Tragué con fuerza al ver el tamaño de lo que las marcas de calzoncillos se rifaban. Se me hizo la boca agua. El *marketing* no le hacía justicia.

—Ven aquí.

Extendió su mano e hizo que me pusiera en pie para bajar los tirantes de mi vestido, exponiendo mis pechos.

Se llevó uno a la boca y succionó.

El tejido cayó pesado al suelo.

Fui quitándome las horquillas para notar el pelo en mi espalda.

—Eres preciosa y perfecta.

Dio un paso atrás para mirarme, estaba tan desnuda como él y en lo único que podía fijarme era en la veneración con la que me observaba.

Lo estaba diciendo en serio, a Valentino Dalton le gustaba lo que estaba viendo…

—Tú también.

—Mmm, ¿precioso y perfecto?

—Sí.

—Vale, me gusta, ven aquí.

Me tomó de la mano y me llevó a la cama con él, no sin antes coger algo de su cartera.

Era un condón que no tardó en colocarse mientras se tumbaba.

No dejaba de admirar lo guapo que era y lo bueno que estaba. Sí, llamadme superficial, pero es que ese hombre era arte en movimiento.

—Ahora la mejor parte… Ven aquí, mi reina.

Que usara aquel apelativo me hizo soltar una exhalación.

Él estrechó la mirada.

—¿Qué ocurre?

«No la líes otra vez, Naomi», me reñí.

—Nada… Es solo que yo no estoy muy segura de…

No hizo falta más. Sonrió, y en lugar de colocarme sobre él, volvió a besarme, a explorar el cuerpo con sus manos callosas y dejar que yo hiciera lo mismo con el suyo, llevándome de nuevo a un pico de excitación que concluyó con él sentado, apoyando la espalda contra el cabecero y conmigo a horcajadas. Besándolo, frotándome directamente contra su erección, dejándome casi sin aire.

—Así, toma el control…

Cada vez estaba más cachonda, más necesitada, me encontraba muy cerca del orgasmo, solo que lo quería dentro, enterrado en mí. No había hecho un solo amago de penetrarme y estaba convencida de que era porque me estaba dando mi tiempo, mi espacio.

Ya no quería más espacio entre nosotros.

Succioné su labio inferior, bajé la mano por su torso y cogí el grueso tallo para buscar el maldito lugar al que pertenecía.

—Despacio… —gruñó al notar que alzaba el trasero para colocar el glande en la abertura y dejarme caer.

Entró casi a la primera, estaba muy lubricada y deseosa de tenerlo dentro.

Sus manos se afianzaron en mi cintura para ayudarme.

—Joder, Naomi… Despacio o me corro.

Su confesión me hizo ganar confianza.

Era una postura muy íntima. Mis pechos se rozaban contra su pectoral. Mi boca aprovechaba la corta distancia para reclamar la suya.

—Me gustas mucho…

Dije de golpe, sin planearlo.

—Hostia puta.

Grité porque sus manos empujaron mis caderas hacia abajo y se enterró al completo.

—¡Mierda! ¡Perdona! Yo…

Nos quedamos muy quietos.

—Está bien, e-está bien…

—Me he dejado llevar por…

Busqué sus labios con los míos, perdiéndome en el calor y la emoción de tenerlo por primera vez.

Entendí que Valentino era un entusiasta nato y que se había dejado llevar por mi confesión. Él también me había dicho que le gustaba, así que estábamos en tablas.

Una de sus manos se coló entre nosotros y comenzó a masturbarme.

—Deja que te calme…

¿Que me calmara? ¿Estaba de broma?

Lo que estaba haciendo cada vez me excitaba más, y con la otra mano no dejaba que me moviera como deseaba.

—Todavía no, mi reina… Quieta —masculló con un gruñido sordo —. Mírate…

—¿Qué?

—Empapada por mí.

—Valentino…

—Sí. Exacto, Valentino Dalton, recuérdalo.

La cabeza me daba vueltas. Él seguía duro, dentro, y lo que me provocaba me hacía desear subir y bajar como una posesa.

—No quiero… Necesito… necesitooo…

—Sé lo que necesitas. Quieta.

—No puedo…

—Sí puedes.

—Valentino…

—Si te mueves ahora me corro, y no pienso permitirlo.

Todo mi cuerpo vibraba. Hundí mis uñas en sus hombros, mi clítoris no aguantaba.

—Sepárate, apoya las manos en el colchón.

—No puedo, no puedo… no…

—Sí puedes, hazlo.

Que fuera tan mandón estaba atacando todas mis defensas.

No supe como fui capaz de separarme, solo que cuando lo hice, pude ver lo que él miraba, el punto en el que nuestros cuerpos permanecían conectados mientras él me estimulaba.

—Así…

—¿Así?

—Sí. Justo así.

—¿Por qué me miras así?

—Porque voy a recordar esta vista toda mi maldita vida.

Saboreó sus dedos, los mojó y volvió a estimular mi clítoris mientras yo me rompía cada vez más.

—¿Lo ves? Eres jodidamente perfecta para mí, mi maldita reina. Córrete y abandónate a mí.

Fue como si me alcanzara un rayo.

—Eso es…

—Valentino…

—Córrete para mí, Parks. Quiero ver cómo te rompes encima de mí.

El grito me atravesó el pecho, todo el calor concentrado en aquel punto de fusión atravesándome al completo, hasta que él tiró de mí en pleno orgasmo para rugir en mi oído un: «Fóllame, ahora».

No soy muy consciente de lo que hice, pero recuerdo sus jadeos entrecortados. Mi cuerpo subiendo y bajando con violencia, sacudiéndose sobre él, encadenando orgasmos.

O, por lo menos, lo sentí así. Todas las terminaciones nerviosas de nuestra piel conectándose de un modo brutal, hasta sentir su grito atravesando el mío sin que hubiera vuelta atrás.

Después, todo se apagó, y supe que no había podido salvar a Anakin del lado oscuro porque yo misma lo había empujado a él.

CAPÍTULO 61



Valentino

La victoria contra los Seahawks no había sido bonita, había sido mejor.

De esas que se ganaban con los dientes apretados, con el estadio rugiendo como si alguien hubiera abierto la puerta del infierno y la defensa rival intentando arrancarme la cabeza en cada *snap*.

27–20. El resultado me daba vueltas en la cabeza… y en el manguito rotador.

Victoria trabajada y, joder…, cómo me gustaban esas, porque eran de las que hablaban de tu calidad frente a los medios.

Salí del campo con la adrenalina todavía corriendo por las venas mientras los cámaras nos perseguían, las DCC agitaban sus pompones y los *fans* gritaban desde las gradas. El casco bajo el brazo, el uniforme pegado al cuerpo por el sudor y esa sensación brutal de haber hecho justo lo que tenía que hacer.

Era el puto QB1, ese día lo había sido de verdad. Ojalá papá me hubiera visto jugar, aunque quienes sí lo habían hecho eran mis amigos y Parks. La vi asentir varias veces desde la banda con las mejillas encendidas.

Estaba más guapa que ningún día, y ambos sabíamos por qué.

Sonreí al recordar lo ocurrido la noche anterior.

Whitaker pasó por mi lado. Había jugado algunos *snaps*, sí, pero el partido había sido mío.

Después vino lo de siempre. Celebración de vestuario, ducha, masaje, hielo…

El fisio diciéndome que cuidara el hombro como si fuera una reliquia y me lo asegurara por unos cuantos millones.

En cuanto atravesé la puerta, vino el aluvión de periodistas.

—Valentino, ¿cómo valoras la presión de Seattle en el último cuarto?

—Como un abrazo cariñoso de tres tíos de ciento veinte kilos.

Risas, *flashes*, más preguntas, hasta que por fin se evaporaron.

Entonces, sentí algo peligroso en el pecho: euforia. No solo por el partido.

Porque no podía dejar de poner en bucle la noche anterior. Había sido… Joder.

Todavía no tenía palabras para definir la entrega de Naomi, y aunque me hubiera costado cargarla al hombro, al final fue ella quien decidió acostarse conmigo. Conmigo sabiendo que era yo.

No el tío detrás de un casco, el de la voz modulada. No Val Daver.

Yo. El puto Valentino Dalton.

Y no solo eso, había dejado tirado a Grayson Joneson como si fuera un extra de fondo en una película mala.

«Sí…, definitivamente, hoy es un buen día para estar vivo».

Naomi estaba al final del pasillo de las instalaciones hablando con un miembro del *staff*, el pelo recogido, la *tablet* bajo el brazo y esa expresión concentrada que siempre tenía cuando trabajaba.

Cuando me vio acercarme, levantó una ceja.

—Dalton.

Sonreí.

—¿Tienes un momento, Parks? Necesito decirte algo.

El miembro del *staff* se apartó, y antes de que Naomi pudiera contestar, agarré su mano y la arrastré hasta una sala de fisio vacía.

Cerré la puerta y la besé a lo bestia.

Como si llevara una semana sin oxígeno.

La subí sobre la camilla y ella soltó una risa mientras me golpeaba el pecho.

—Estás loco.

—Confirmado.

—Valentino…

—¿Sí?

—No podemos hacer esto aquí —susurró—. Nos van a pillar.

La miré ardiendo.

—¿Y?

Su sonrisa se volvió peligrosa. La mordí. Ella me agarró del cuello, separó los muslos y yo me encajé justo donde quería estar.

Lamí la vena que ya palpitaba, igual que mi entrepierna.

Subí hasta su oído.

—Desde anoche y esta mañana no he podido pensar en otra cosa que en volver aquí —murmuré, empujando contra su calor—. Dime que tú tampoco.

Naomi dudó medio segundo.

—Sabes que sí —admitió, cruzando las piernas para frenarme—, pero no es adecuado.

—Adecuado es que no me separen de ti. —Sus dedos tiraron de mi pelo—. Hoy te quedas a dormir en el ático.

Le guiñé un ojo.

—¿Dormir?

—Iba a decir follar…, pero dormir suena más presentable.

Se rio.

—Ya veremos, Dalton.

—Dirás «ya jadearemos», a ver si aprendes a conjugar bien los tiempos verbales.

Me besó otra vez y luego me obligó a bajarla.

—Tengo que salir antes de que Vivian nos pille.

Gruñí.

—Odio a esa mujer.

—Los Joneson te pagan la nómina.

—Voy a buscarle un novio. A ver si así deja de intentar emparejarte con su hermanísimo.

—No voy a liarme con Grayson.

—Más te vale, *jedi*. A ese tío le huele el lado oscuro desde aquí…, y no hablo del ojete.

—Idiota.

La besé otra vez y la dejé marchar.

Cuando salió, me quedé apoyado contra la pared con una sonrisa de imbécil.

Joder, la noche prometía y por primera vez pensé que lo mío con Naomi podía funcionar.

Salí silbando.

El núcleo duro del equipo estaba esperando cerca de los coches.

Ty levantó una cerveza.

—¡QB1!

—No grites o me devuelven a la sala de prensa.

Marcus me dio un golpe en el hombro.

—Hoy toca celebrarlo.

—¿Celibato? ¿Tú?

—He dicho… —Cuando vio mi sonrisa, negó—. ¡Capullo!

—Hoy no puedo, lo siento —me disculpé.

Silencio.

Devin me miró con sospecha.

—Eso suena a sexo.

«No te haces una idea».

—Mis amigos vuelven esta noche a Los Ángeles —expliqué—. Voy a quedarme con ellos en el ático.

Ty se encogió de hombros.

—Pues nos apuntamos.

—No habrá conejitas. Mis amigas y mi hermana están emparejadas… y vetadas.

—Tiramos de agenda —dijo el capitán—. Yo me ocupo.

El resto asintió.

Perfecto, lo que necesitaba. Una fiesta con el núcleo duro del vestuario, mis amigos de la uni, mi hermana… y Parks.

—Vamos, Dalton…, no puedes negarte, tienes el ático de Carter, nuestro picadero oficial. Un gran piso conlleva una gran responsabilidad. —Ty golpeó mi hombro.

—Está bien —cedí.

Marcus sonrió.

—¡Viva nuestro proveedor de camas… y condones!

Suspiré.

—Estáis invitados, pero nadie folla en mi cuarto.

—¡Oído! —proclamaron, metiéndose en sus deportivos.

Cuando llegué a casa, la fiesta ya estaba montada.

Música, cerveza, risas.

—Pero ¿de dónde han salido tantas conejitas? —Bufé.

Nadie respondió.

Algunas ya estaban en bikini con la promesa de *jacuzzi*.

Ty y EJ charlaban con Landon, Sienna y Thiago como si se conocieran de toda la vida.

Jace y Marcus chupaban sal y limón sobre los pechos de dos chicas.

—¡QB1! —gritó Devin desde la cocina.

—Deja de llamarme así o empiezo a cobrarte.

Mason apareció con dos cervezas.

—¿Sabes que tienes unos amigos muy hedonistas?

—Lo dice el rey de las bacanales.

—Exacto, me caen bien.

La fiesta fue subiendo: más volumen, más alcohol, más caos. Todavía quedaba una hora y media para que tuvieran que irse al aeropuerto.

En algún momento perdí de vista a media casa.

Avery se acercó a mí.

—Como la líes con Naomi te la cargas…

Jaxon la arrastró por la cintura y me guiñó un ojo con un «Yo me ocupo».

Parks aún no había llegado y estaba deseando verla.

Desde luego que no quería liarla, a no ser que fuera en mi cama.

Me había escrito un mensaje rápido. Vivian y Harlow la tenían atrapada, pero cogía unas cosas en el hotel para pasar la noche y venía.

Eso me hizo burbujear el pecho, aunque dudaba de que fuera a necesitarlas.



Mason

El ático parecía una mezcla entre *after* universitario y documental de National Geographic sobre rituales de apareamiento.

Sonaba JLO a todo volumen, la gente bailaba como si el suelo estuviera en llamas y Camila trataba de enseñarle a EJ a mover las caderas sin parecer un robot averiado.

Yo, mientras tanto, llevaba el punto exacto de cerveza que me convertía en una persona peligrosa, que en mi caso significaba básicamente dos cosas:

Uno, hablar más de la cuenta.

Y dos, tener muchas ganas de follar.

Miré a Thiago, que ya me estaba analizando y sabía con exactitud lo que me pasaba.

Luego desvié la vista a Camila y volví a mirar a nuestro chico.

—No quiero interrumpirla porque se lo está pasando bien…, pero necesito…

—Sé lo que necesitas.

Fuimos dando tumbos y besándonos a lo largo del pasillo que llevaba a las habitaciones.

Thiago me dio la vuelta y apoyé el pecho contra la pared mientras él se rozaba contra mi culo.

—Te juro que, si vuelves a mover las caderas así, voy a cometer un crimen.

—¿Un crimen?

—Sí. Y tú vas a ser la escena del delito.

Me di la vuelta, lo agarré por la camiseta y cambié las tornas para saquear sus labios húmedos.

Thi respondió al instante, agarrándome por la nuca y, joder…, ese hombre besaba como si hubiera entrenado para ello.

—Vale —murmuré contra su boca—. Esto se está poniendo serio. Quiero enterrarme en ti.

—Eso ya lo querías antes.

—Culpa tuya por estar tan bueno.

Lo empujé un poco más contra la pared y tropezamos con el marco de madera.

Mi mano cayó sobre el pomo por accidente.

La puerta se abrió y nos vimos dentro sin esperarlo.

—¡Hostia…!

Nos quedamos quietos, muy quietos.

Porque aquello parecía salido de *Star Trek…* o de *Matrix*. Desde luego, no pegaba nada con Valentino Dalton.

Pantallas. Muchas pantallas, ordenadores, cables, un croma enorme…

La mesa parecía sacada de un laboratorio de la NASA, y al lado del teclado con leds, una máscara negra muy representativa.

Parpadeé.

—¿Qué… cojones…?

Thiago inclinó la cabeza.

—Esto parece la base secreta de un villano. ¿Crees que todo esto era de Levi Carter?

Dudé unos segundos.

—Más bien parece el *set* de un *streamer*… o de un *hacker*.

Thiago me miró.

—Creo que hemos atravesado la puerta con el cartel de «no pasar».

—Bueno…, ya que estamos dentro, quizá podríamos jugar.

Cogí la máscara y me la puse.

Tenía un botón, lo apreté.

Mi respiración salió por el modulador. Reí y después hablé, mirando a Thiago.

—No soy tu padre…

Se echó a reír.

—Menos mal, o habríamos cometido incesto demasiadas veces. Te queda bien. Deberías pedirle a Valentino que te la dé.

—Estoy considerándolo seriamente… —Me puse en el papel—. De rodillas y abre la boca, voy a meterte todo mi sable láser.

—¿Qué narices estáis haciendo?

La voz de Valentino sonó detrás de nosotros como un látigo.

Nos giramos.

Dalton nos miraba como si estuviera a punto de lanzarnos por la terraza.

—¿A vosotros qué os pasa? ¿No sois capaces de respetar la intimidad de las personas? ¡Solo os puse un límite, y era no entrar en este cuarto!

Levanté la máscara.

—Tampoco ha sido para tanto…

—¡Quítate eso ahora mismo!

Iba a hacerlo cuando una segunda voz nos atravesó a los tres.

CAPÍTULO 62



Naomi

No entendía absolutamente nada de lo que estaba viendo. Era como si hubiese atravesado un portal a otra galaxia y hubiera aterrizado en un decorado del *Show de Truman*, solo que, en lugar de cámaras ocultas, había un auténtico arsenal informático ocupando medio ático de Valentino Dalton. Pantallas encendidas, cables, ordenadores, un croma enorme que parecía listo para retransmitir el apocalipsis en directo… y Mason Fitzroy plantado en medio de todo aquello con una máscara de Darth Vader puesta.

Parpadeé varias veces, intentando que mi cerebro procesara la escena sin estallar.

—¡¿Qué narices es esto?!

Nadie respondió de inmediato. Valentino estaba delante de mí, completamente rígido, como si alguien hubiese pulsado pausa en mitad de una película, mientras Thiago observaba la habitación con curiosidad y Mason parecía encantado de haberse tropezado con lo que, con total claridad, era el escondite secreto de alguien.

—Antes de que nadie saque conclusiones —anunció Mason, levantando una mano—, quiero dejar claro que nosotros solo

estábamos besándonos en el pasillo y la puerta se ha abierto sola.

—No se abrió sola —gruñó Valentino—. Tiene un cartel que dice «no pasar».

—Bueno, técnicamente, una mano tropezó con la manija —concedió Mason, encogiéndose de hombros—, pero eso no cambia el hecho de que ahora estamos aquí dentro y esto parece la base de operaciones de tu padre, el general intergaláctico.

Yo apenas lo escuchaba. Mi atención se había quedado atrapada en la habitación, recorriendo cada rincón, como si mi mente intentara reconstruir un puzle invisible. Aquello no era una simple sala de ocio ni el capricho tecnológico de un *quarterback* millonario. Era algo mucho más elaborado, más… calculado.

Di un paso más dentro sin darme cuenta, porque el pulso me iba a mil.

—Valentino… —murmuré.

No respondió, tenía los puños apretados y, por primera vez, parecía no saber qué decir.

La ausencia de respuesta me produjo un escalofrío extraño y una alarma silenciosa se encendió en algún rincón de mi cabeza, tratando de entender lo que estaba ocurriendo.

—¿Qué es todo esto? —pregunté más para mí que para él.

Entonces, mi mirada se detuvo en el lateral de la habitación y lo vi, el traje. La capa, los guantes, los pantalones… Todo colgado con cuidado, como si alguien lo utilizara con frecuencia.

Mi estómago dio un vuelco pequeño pero muy real, a continuación, vi a Mason quitándose el casco y todo se reordenó sin previo aviso.

«No. Imposible, no puede ser…».

Mi mente se puso a trabajar sola, repasando recuerdos a toda velocidad. La voz modulada, las órdenes, las conversaciones, las bromas sobre el lado oscuro…, y Mason, ajeno a la tormenta neuronal que acababa de desatar en mi cabeza, dejó la máscara sobre la mesa, el gesto empujó ligeramente el ratón y la pantalla del ordenador se iluminó.

Todos miramos hacia allí al mismo tiempo.

Las letras aparecieron despacio sobre el fondo oscuro.



Sentí como algo dentro de mi cabeza encajaba con un clic seco.

La máscara. El traje. La voz. Las malditas conversaciones.

Mi respiración se volvió irregular mientras levantaba la vista, entretejiendo los puntos que tenía delante: el casco, la ropa… y, finalmente: Valentino.

—No…

Mi voz salió apenas como un susurro.

Dio un paso hacia mí.

—No.

Otro más. Parecía que mis pies no querían moverse ni yo asumir lo que estaba viendo.

—No, no, no.

Lo señalé con el dedo, sintiendo cómo la sangre me martilleaba en las sienes.

—Tú. ¡Has sido tú todo este maldito tiempo!

Mason miró entre nosotros con expresión fascinada.

—Vale…, esto se está poniendo interesante.

—¡Cállate, Fitzroy! —espetó Valentino, extendiendo las manos para alcanzarme.

No aparté los ojos de él, no podía.

—¡Tú eres el maldito lord Oscuro! ¡Joder!

El silencio que siguió fue tan denso que parecía que alguien hubiera apagado el sonido del mundo.

Y, entonces, lo vi en su cara, la desesperación de alguien que había sido descubierto.

No necesitaba que hablara, ya lo sabía.

—… ¡Hijo de puta!

Valentino no respondió enseguida. Lo único que hizo fue pasar una mano por su nuca, ese gesto suyo que siempre aparecía cuando estaba incómodo o cuando se daba cuenta de que había metido la pata hasta el fondo.

—Naomi…

—No —lo corté.

Mi voz salió temblorosa, pero no di un paso atrás.

—Ni se te ocurra darme una mierda de excusa.

—Déjame explicarlo.

—¡¿Explicarlo?! ¿En serio piensas que esto tiene una explicación, maldito psicópata? —La risa que se me escapó fue corta y amarga—. ¿Qué vas a explicarme? ¿Que llevas meses hablando conmigo escondido detrás de una máscara, desnudándome no solo por fuera, sino también por dentro? ¿Para qué? ¿Para joderme? ¿Para manipularme? ¿Para sacar ventaja? ¡Dios!

Thiago carraspeó.

—Vale… Mase, quizá deberíamos…

Valentino ni los miró.

—Largaos.

—Ahora que empezaba lo mejor… Aguafiestas —dijo Mase mientras Cruz tiraba de él hacia el pasillo.

Mason aún se giró un segundo.

—Ahora me quedo con ganas de saber qué reproducías en el croma.

—¡FUERA! —espetó.

Y, de pronto, solo quedamos Valentino y yo; el zumbido de los ordenadores y la música lejana llenaron el silencio.

Me crucé de brazos para evitar que viera cómo me temblaban.

—Empieza, porque de alguna manera absurda, y que ni yo misma entiendo, necesito oírtelo decir.

Valentino respiró hondo.

—No fue como crees.

Solté otra risa.

—Ah, ¿no?

—No te manipulé.

—¿No? —Señalé la habitación—. Entonces, explícame qué demonios es todo esto.

—Al principio era… trabajo.

—Trabajo… Poner a un puñado de tías cachondas…

—Sí, sabes perfectamente que a mí me becaron y lo vi un modo fácil de obtener dinero y no pedírselo a mi padre. No todos tenemos una familia capaz de costear todas nuestras necesidades.

—Puedo no compartirlo, pero sí entender que…, bueno, que te convirtieras en fantasía para muchas, pero…

Negué con la cabeza, sintiendo cómo la rabia empezaba a mezclarse con algo peor. Humillación.

—Me toqué delante de ti, te conté cosas…

No respondió. Mi voz bajó.

—Cosas personales.

Tragué saliva.

—Cosas que no le había contado a nadie.

Valentino me miró con algo que no supe identificar.

—Lo sé.

—¡Claro que lo sabes! Mientras yo jadeaba, me abría de piernas y encima te soltaba mis mierdas, tú sabías quién era. —Mi voz subió de golpe—. ¿Desde cuándo? ¿Cuándo supiste que era yo?

No respondió.

Sentí que algo dentro de mi pecho se rompía un poco más.

—¡Habla! —rugí, aunque, al ver su expresión, me quedó cristalino —. Siempre supiste que era yo.

—No siempre, al principio solo lo sospeché.

—¿Cuándo?

—Cuando vi tu nombre.

—¿Cómo? ¿Por qué? ¿Qué hiciste?

—Va a sonar muy mal…

—¡Merezco una puta explicación!

—Asocié e investigué, soy bueno con los ordenadores.

—No me digas —comenté, echando un vistazo a mi alrededor…—. No has respondido.

—Naomi…

—¡Hazlo! ¿No tienes tantos cojones en el campo? ¡¿Qué pasa?! ¿Ahora conmigo solo eres valiente detrás de una máscara? ¡Responde!

Se quedó callado y luego empezó a hablar.

—Os escuché por accidente a ti y a Camila, en esa tienda, aquel día en que te convertiste en Rey y fuiste a aquella fiesta…

Cada palabra que pronunciaba eran nuevas piezas que encajaban….

—No podía permitir que un tarado… Que tú… ¡Mierda, Naomi! Solo quería protegerte.

Mi garganta se cerró al máximo y todo cobró forma, estallando.

—Fuiste tú… Tú me llevaste al cuarto oscuro y…

El aire se tensó.

—Naomi… Sé que ese día no hice las cosas bien.

—¡¿Las has hecho alguna vez?!

Lo señalé. Mi corazón empezó a latir más fuerte, lo escuchaba rebotar en las paredes, roto en mil pedazos.

—Te pregunté varias veces si estabas segura.

—¡Sin decirme quién eras!

—Lo hice a mi manera, te pregunté si no querías saber quién había bajo el casco —se excusó.

—¡Porque no pensaba que fueras a ser tú!

—Quería protegerte…

—¿De quién? Porque, ahora mismo, lo único que siento es que debiste protegerme de ti. Tendrías que haber sido honesto.

Nos quedamos mirándonos.

—No soportaba la idea de que otro tío te tocara, de que tu primera vez fuera con un desconsiderado que…

Y esta vez dolió.

—Ah, encima debo darte las gracias… Qué romántico.

Valentino dio un paso hacia mí.

—Nunca me has visto con buenos ojos y, de algún modo que no entendía, me gustabas, aunque me hicieras sangrar en nuestro primer beso.

—¡Mentira! Lo que no soportabas era la idea de que una maldita friki pasara de ti y me hiciste entregarte lo que no quería darte.

—Naomi…

Sentí las lágrimas subir sin permiso.

—Me quitaste la opción de decidir, y no contento con eso… Me has arrebatado muchas más cosas que se resumen en dos palabras: confianza y dignidad.

—No.

—¡Sí!

—Naomi…

Estaba descompuesto, aunque no tanto como yo.

—Primero me follaste con una máscara. —Mi voz se quebró—. Y luego me manipulaste durante meses desde una cuenta secreta, me hiciste hacer cosas que…

Valentino parecía devastado.

—Nunca me reí de ti.

—¡Claro que sí!

—No.

—Entonces, ¿qué era?

—Intentaba llegar a ti. Asumo que no de la mejor manera, pero es que eres muy difícil, joder.

—Pues elegiste el peor camino.

Lo miré con todo el dolor concentrado en el pecho.

—Puede que hayas llegado a marcarme un par de *touchdowns*, Dalton…

Respiré hondo.

—Pero has perdido el partido, la liga, mi respeto y mi corazón, si es que en algún momento te importó.

Me di la vuelta, abrí la puerta y él volvió a alargar las manos. No permití que me tocara.

—Naomi, espera.

—No.

—Escúchame.

—Ya he oído suficiente.

—Parks…

Me giré un segundo.

—No vuelvas a llamarme así, ni así ni de ningún modo. Estás muerto para mí.

Y salí dando un portazo, dejando dentro cualquier emoción que hubiera despertado en mí.

CAPÍTULO 63



Naomi

No recuerdo haber llegado al ascensor.

Me acuerdo del portazo, la música del ático explotándome en los oídos y mis pasos atravesando el pasillo como si alguien hubiera activado el modo huida en mi cerebro.

Hiperimpulsor. *Escape pod*. Cualquier cosa que me sacara de allí.

—¡Naomi!

La voz de Camila. Luego Avery. Sienna también se unió.

No me giré.

El ascensor se abrió justo cuando llegué y me metí dentro, como si aquello fuera una cápsula de evacuación rumbo a otra galaxia. Las tres entraron detrás antes de que las puertas se cerraran.

Nadie habló. El silencio del descenso me aplastaba el pecho.

Las lágrimas me caían por la cara sin pedir permiso. Calientes, ridículas, traicioneras.

Val Daver, Valentino Dalton. El juego de palabras era sumamente burdo. La evidencia había estado ahí, delante de mis narices todo el tiempo.

«Genial, Parks».

«Has tardado justo dos semanas en convertir tu vida en un episodio perdido de *Black Mirror* dirigido por George Lucas».

Cuando las puertas se abrieron en el vestíbulo, caminé directa hacia la calle.

El aire frío de noviembre me golpeó la cara y, entonces, mi estómago dijo hasta aquí.

Me doblé sobre un seto decorativo y vomité.

—Joder… —murmuró Camila.

Avery me apartó el pelo de la cara mientras Sienna me sujetaba por los hombros.

—Respira —susurró mi mejor amiga—. Tranquila.

—No puedo…

Otra arcada.

El ácido me quemaba la garganta y las lágrimas seguían cayendo como si alguien hubiera abierto un grifo dentro de mí.

Cuando terminé, me quedé inclinada unos segundos más, respirando como después de una final.

Solo que peor, mucho peor.

Camila me pasó un pañuelo.

—Toma.

Me limpié la boca con manos temblorosas.

—Es un gilipollas —logré decir—. Y yo más.

Las tres se quedaron mirándome.

Avery fue la primera en reaccionar.

—¿Qué ha pasado ahí arriba?

Solté una risa miserable.

—Tu hermano es un puto enfermo, eso es lo que ha pasado.

—Bueno —intervino Camila—, eso ya lo sabíamos. El tío es básicamente testosterona con piernas…, pero si lo que te ha pasado es que te ha hecho una garganta profunda sorpresa y se ha corrido sin avisar, debo decir en su defensa que…

—Hace porno por internet.

Las tres se quedaron congeladas.

—¿Qué? —dijeron a la vez.

—No exactamente porno —murmuré.

Camila parpadeó.

—Explícate, porque acabamos de pasar de fiesta universitaria a *Su Polla Contraataca* en dos frases.

Me pasé las manos por la cara.

—Hace directos subidos de tono… con máscara…, modulador de voz…, toda la estética rollo lord *sith* misterioso.

Camila abrió mucho los ojos.

—No me jodas, ¿por qué no me cuentas esas cosas en lugar de tus idas de olla sobre variables?

Tragué saliva.

—Y yo era una de sus seguidoras…

Decirlo en voz alta fue como recibir una bofetada.

«Enhorabuena, Naomi. No solo fuiste una salida, también perdiste la virginidad con Val Daver y te convertiste en su fan».

Camila ladeó la cabeza.

—Vale…, pregunta importante. —Se inclinó hacia mí—. ¿Te enseñó el rabo?

Avery y Sienna seguían en estado catatónico.

—Sí.

—¿Y a más gente?

—No…, creo que solo a mí.

Camila se quedó pensativa.

—Vale…, eso cambia el diagnóstico a juegos oscuros, divertidos, consensuados…

—No lo cambia —murmuré—. Solo lo hace más raro.

Sienna cruzó los brazos.

—Internet lo carga el diablo.

Las tres la miramos.

Porque todos recordábamos a la perfección su vídeo.

La humillación, la rabia…

—No compares —dije más bajo—. Lo tuyo fue sin consentimiento. Lo de él… fue distinto...

—No lo hago —respondió con calma—. Solo digo que cuando mezclas anonimato, cámaras y tíos con ego de supervillano… suele acabar mal. ¿Sabes si te grabó?

Me dejé caer en el bordillo. No lo sabía, no lo había preguntado. No veía a Valentino capaz de algo así, aunque en ese momento ya

no estaba segura de nada. Mi imagen circulando por redes me revolvió de nuevo las tripas.

Sentía el cuerpo vacío.

Camila se sentó a mi lado.

—Vale. Empieza por el principio, porque ahora mismo tenemos más agujeros que mi último maillot.

—El principio es que es un capullo y un mentiroso. —Miré al suelo —. Y un friki de *Star Wars*.

Avery suspiró.

—Y un manipulador.

Se inclinó hacia mí.

—¿Qué te ha hecho exactamente mi hermano?

Su tono cambió. Más serio y protector, como cuando era mi capitana.

—Porque como sea algo grave, juro que lo estrangulo yo misma.

Camila me apretó la mano.

—Naomi…, somos nosotras, confía.

Avery asintió.

—Habla.

Tragué saliva y miré a mi mejor amiga, porque ni Avery ni Sienna sabían nada de aquel episodio.

—¿Recuerdas al tío de la máscara? El de la fiesta +18.

Ella se inclinó hacia delante.

—¿El de tu primera vez?

Asentí.

Las tres esperaron.

—Era él.

Silencio total. Camila abrió los ojos.

—¿Dalton?

Moví la cabeza de manera afirmativa otra vez.

—Nos escuchó en la tienda friki… Compró un disfraz…, se presentó en la fiesta… y se aseguró de que nadie supiera quién era, ni siquiera yo.

—¿Puedes explicarte mejor? —pidió Avery.

Y lo hice, les di los datos que les faltaban a todas para completar.

Camila soltó una carcajada incrédula.

—¿Te hace gracia? —gruñí.

—No —dijo, levantando las manos—. Bueno…, solo un poco. Joder, es que no hacía a Valentino tan psicópata ni tan territorial.

—Camila…

—Vale, vale. —Respiró hondo—. Sigue.

—Quiero que os quede claro que no me dijo que era él, aunque sí preguntó en un par de ocasiones si no me apetecía saber a quién me iba a tirar… Pero yo pensaba que era un desconocido, así que prefería no saberlo… —Tragué con dificultad—. Y acabamos…

—Follando en un cuarto oscuro —terminó por mí.

Sienna negó con la cabeza.

—Menuda joya. *Stalkeador*, egoísta y cabrón. —Luego miró a Avery—. Sin ofender.

—Ninguna ofensa. —Suspiró—. Suena bastante a mi hermano.

Bajé la mirada.

—Lo peor de todo es que siempre supo que era yo. La de la fiesta y la de las redes.

Sentí otro nudo en la garganta.

—Cuando vio mi nombre empezó a investigar. Tampoco es que yo fuera muy creativa, fui disfrazada de Rey y mi apodo era Rey_Parks03.

Avery exhaló con lentitud.

—Mi padre lo va a matar…

—Es un enfermo —dijo Sienna—. Necesita tratamiento…

—Es un *quarterback* multimillonario con casco, doble vida y fetiche *nerd* —añadió Camila—. No sé si eso lo empeora o lo vuelve más interesante. Muchas querrían ser tú, te lo garantizo.

La fulminé con la mirada.

—Es un gilipollas.

—Eso también.

Me limpié las lágrimas con la manga.

—No quiero volver a verlo en mi vida, ha jugado conmigo de la peor manera posible.

Camila hizo una mueca.

—Bueno…

—¿Qué?

—Trabajáis en la misma empresa.

La miré.

—Gracias por el recordatorio.

—Lo siento.

—No lo sientes.

—No demasiado, a ver, yo lo tuve claro desde el principio: a Valentino le has gustado siempre…

Sienna sacudió la cabeza.

—Esto no es una *romcom*, más bien un *dark romance*. Dalton está pirado. Hay cosas que una chica no debería tolerar.

—Tú tampoco eres un gran ejemplo —saltó Camila en mi defensa —. Tu relación con Hayes tenía nivel toxicidad radioactiva, ¿o debo recordarte que te persiguió hasta un centro de salud mental?

Sienna bufó.

—Eso fue diferente.

—Claro. Porque eras tú y tendemos a juzgar a los demás desde un punto de vista cómodo. A todas nos han pasado cosas y ninguna hemos tenido una relación perfecta. Podríamos ser un poco más empáticas y relativizar…

Mientras ellas se enzarzaban, Avery se agachó delante de mí y apoyó las manos en mis hombros.

—Lo siento muchísimo. Mi hermano, a veces, puede no tomar las mejores decisiones del mundo. No lo estoy excusando, solo quiero que sepas que dudo que te grabara y eso…

Su voz era sincera.

Apoyé la cara contra su mano y cerré los ojos.

—Más lo siento yo.

Ella se quedó en silencio, porque el problema no era la máscara. Ni las mentiras ni el puto cuarto secreto.

El problema era otro, que al final todo se reducía a algo muy simple.

Valentino Dalton me había mentido, me había manipulado de todas las formas posibles y, aun así, consiguió algo que ningún otro chico había logrado.

Que me gustara de verdad, y eso convertía toda la historia en algo todavía más patético.

Porque cuando te rompe el corazón un imbécil…, siempre puedes odiarlo.

Pero cuando te rompe el corazón un imbécil, que además te encanta…, la única persona a la que puedes odiar es a ti misma.

CAPÍTULO 64



Valentino

La puerta se cerró de un portazo.

Reconozco que tardé unos segundos de más en salir del cuarto porque no era capaz de respirar.

Era un memo, un necio, un cabrón y un gilipollas elevado al cubo.

¿En qué momento se me ocurrió que soltarle la verdad a bocajarro la iba a aliviar?

Cuando salí al exterior, las puertas del ascensor acababan de cerrarse.

Recorrí la distancia hasta el salón como un maldito zombi.

Todos los ojos estaban puestos en las puertas metálicas.

La música seguía sonando y, durante un segundo, nadie dijo nada.

Hasta que me vieron y Marcus abrió la bocaza desde el sofá.

—Hostia…, Dalton —dijo con una sonrisa torcida—, ¿por fin le has puesto las cosas claras a Parks?

No respondí.

Él siguió, porque Knight nunca sabía cuándo parar.

—¿Qué pasa? ¿Se ha puesto dramática cuando le has dicho que no te la ibas a…?

—Cierra la boca —ordenó Devin desde la isla de la cocina al ver mi cara.

No levantó la voz, ni siquiera lo miró.

Marcus giró la cabeza, contemplando a unos y a otros.

—¿Qué? ¿Es que se le ha muerto la erección a alguien?

EJ negó despacio.

—Tío…, estaba llorando.

Jace se apoyó en la mesa.

—No es el momento, deberías saberlo.

Marcus levantó las manos.

—Solo preguntaba. ¿Desde cuándo os importa a todos tanto?

Lo vi incómodo por primera vez.

Di un paso hacia él.

La conejita que estaba sentada a su lado se encogió.

—No vuelvas a hablar de ella así. Nunca. ¿Me oyes?

Mi voz salió amenazante, demasiado.

Marcus frunció el ceño.

—Pero ¿qué cojones te pasa? ¿No te la ha querido chupar?

Estaba fuera de mí.

Ni siquiera recuerdo avanzar hasta agarrarlo de la camiseta y levantarlo del sofá.

La chica que estaba a su lado gritó.

—¡Te he dicho que cierres la puta bocaza o te lanzo directo a la puta zona de anotación!

Jace y Ty me agarraron por detrás.

—Eh, eh…, tranquilo.

—Dalton, suéltalo, ha bebido —proclamó el capitán.

Lo hice un segundo después.

Respiré hondo, con los ojos de todo el mundo puestos en mi nuca.

Los altavoces seguían tronando. El salón estaba lleno de botellas, vasos y gente mirándonos como si acabara de empezar una pelea de bar.

De pronto, todo me pareció ridículo.

Caminé hasta la consola de domótica y apagué el sonido de un manotazo.

El reguetón murió en seco.

Nadie discutió.

Se notaba en mi cara.

—Largaos a vuestra puta casa.

Mis compañeros y las chicas se evaporaron en cuestión de minutos. Murmullos, puertas, tacones alejándose. Marcus fue el último en salir, y ni siquiera intentó abrir la boca esa vez.

En cuanto la puerta se cerró, fui directo a la isla de la cocina.

Whisky, vaso, trago, ardor en la garganta.

Apoyé las manos en el mármol y me quedé mirando el reflejo de las luces del techo.

«Buen trabajo, hijo de puta».

La promesa de los Cowboys, capaz de leer defensas en tres segundos y completamente incapaz de ver la jugada más obvia de su vida.

—Vale… —la voz de Mason llegó desde el pasillo—, esto no pinta bien. Reunión de emergencia, colegas.

Levanté la cabeza.

Thiago no dijo nada, solo me observó. Ese tipo de mirada suya que parecía abrirte el cráneo y rebañar lo que había dentro.

Landon estaba apoyado junto a Jaxon con una cerveza en la mano.

—¿La has cagado a lo bestia? —soltó Hayes.

—Demasiado.

Jaxon alzó una ceja.

—¿Nivel «he dicho algo estúpido», o nivel «he destruido una relación que ni ha empezado»?

Solté una risa seca.

—Nivel «soy un mierda y podéis ir levantando el muro para emparedarme».

—*Wow*… —Landon dio un trago—. Pensaba que ese nivel solo lo alcanzaba yo.

—No nos menosprecies, Princeso —saltó Mason, acercándose—. Aquí, quien más y quien menos, tiene un doctorado en cagadas

sentimentales.

Me dio una palmada en el hombro.

—Relájate, colega. A las mujeres se les pasa. Además, Parks no es de las que se asustan fácil. Esa chica tiene más carácter que Volkova. Solo hay que pensar bien la estrategia hacia el perdón. Yo lo haría si aparecieras en mi habitación con esa máscara tuya y el sable láser en alto.

—Mase…

Thiago no levantó la voz, solo lo riñó.

Cruz estaba frente a mí, demasiado cerca para esconder nada.

—¿Qué ha pasado entre vosotros?

No respondí, porque en cuanto lo dijera en voz alta iba a sonar todavía peor.

—Habla antes de que suba tu hermana y deba entender por qué debo arriesgarme a quedarme sin follar durante una semana por dar la cara por ti —insistió Jaxon.

Me pasé una mano por la nuca.

—Le conté la verdad.

Jaxon soltó un resoplido.

—Ah, la estrategia suicida, ¿y qué verdad es esa?

Tuve que ponerlos al día.

—¡No me jodas! —Ese era Hayes—. En serio, tío, pensaba que solo yo era capaz de cagadas tan bestias. Empiezas a caerme bien, Dalton…

—Vete a la mierda, Landon. —Él alzó su botellín.

Thiago seguía mirándome.

—Vale —pronunció al final—. Entonces, has hecho exactamente lo que hace un tío cuando cree que ya ha perdido a una chica.

Jaxon frunció el ceño.

—¿Decir la verdad?

—No —respondió Cruz—. Entrar en pánico y soltarlo todo creyendo que esa persona será capaz de entenderte y ponerse en tu piel.

Landon soltó una risa corta.

—Hostia, eso suena dolorosamente familiar.

—Sí —continuó Thiago—. Porque, cuando haces eso, realmente no le estás dando a la otra persona una explicación. Le estás tirando encima un camión de mierda que contiene todas tus cagadas y esperas que lo procese en diez segundos como si fuera una planta de reciclaje capaz de sacar algo bonito de toda tu basura.

Mason chasqueó la lengua.

—Visto así…, sí que suena feo.

—La he perdido.

Thiago negó.

—No.

—Ah, ¿no? —se interesó Landon.

—No, ahora mismo Naomi no está decidiendo si quiere estar contigo. Está decidiendo si puede volver a confiar en ti, que es peor.

Landon bebió un trago.

—Definitivamente, ha sonado peor.

Thiago remató:

—Porque perder a alguien no pasa cuando se enfada contigo —me miró—, pasa cuando dejas de importarle.

El ático quedó en silencio un segundo.

Jaxon suspiró.

—Amén, *bro*. Pues, querido cuñado…, por tu bien, más te vale que todavía le importes.

Me quedé mirando el vaso vacío.

—Le importo.

—¿Seguro? —murmuró Landon.

Apreté la mandíbula.

—Lo suficiente como para haberla hecho pedazos y que haya tenido que salir del edificio. Todavía no he perdido este partido y no pienso irme al vestuario sin pelearlo.

—Puf, y nosotros tenemos que largarnos en mitad de este culebrón, si es que no hay justicia divina. O nos vamos ya o perdemos el avión.

—¿Algún día dejarás de decir cosas estúpidas, Fitzy?

—Si no, no sería yo, Jackass.

Mason se puso al lado de su chico y me dio unas palmadas en la mano.

—Estoy contigo, Dalton, lo solucionarás, si no, en una semana tendrás aquí a los refuerzos. —Apuntó hacia Landon y Thiago—. Entre mi chico y el Princeso, algo se os ocurrirá.

Ojalá.

Naomi Parks podía estar furiosa conmigo, pero si pensaba que iba a dejar este partido sin jugar el último cuarto…, no tenía ni idea de lo cabezota que podía ser Valentino Dalton.

CAPÍTULO 65



Valentino

Hay maneras más dignas de arruinarte la vida que contarle a la chica que te gusta que la primera vez que folló fue con un Darth Vader de saldo… y que ese Darth Vader eras tú. Pero suponía que nunca había sido especialmente brillante fuera del campo. En el campo sí. Ahí leía defensas, cambiaba jugadas en la línea y hacía que once tíos se movieran como si compartieran el mismo cerebro. Fuera…, fuera era un puto desastre con tendencia a incendiar todo lo que me importaba.

Cuando bajé al vestíbulo, después de quedarme arriba intentando procesar la conversación con ella —los consejos de los chicos y la sensación bastante evidente de haber metido la pata hasta el fondo —, pensé que todavía estaba a tiempo de arreglarlo antes de que se fuera a la mierda del todo. Las chicas aún no habían subido, mis amigos tenían que marcharse al aeropuerto o perderían el vuelo y, con un poco de suerte, seguiría allí abajo, lo suficiente para que pudiéramos hablar.

Salí a la calle.

Ella no estaba.

Lo que sí me encontré fueron dos pares de miradas bastante hostiles… y una tercera que parecía sentir un poco de lástima por mí.

¿Adiviináis cuál?

Exacto.

No era la de mi hermana.

Avery tenía la mandíbula tensa, de esa forma suya que aparecía cuando estaba decepcionada de verdad, cuando ni siquiera le apetecía discutir porque creía que ya era demasiado tarde para arreglar nada. Los demás se movían con prisa porque llegaban tarde al aeropuerto. Mason estaba comentando algo con Landon que no escuché, Sienna sacó el móvil con cara de pocos amigos, Camila parecía debatirse entre reírse de la situación o darme un abrazo que al final no llegó y Thiago…, bueno, Thiago me observaba como si acabara de presenciar un choque de trenes y se encontrara calculando cuántos cadáveres iba a dejar el desastre.

Jaxon decidió hacerse a un lado para que mi hermana y yo pudiéramos hablar.

Pero hablar fue mucho decir.

Ella se limitó a ajustar la correa del bolso en el hombro, mirarme un segundo con esa mezcla de decepción y cabreo que solo sabían ponerte las personas que te querían de verdad y soltar:

—Ya hablaremos.

Solo eso.

Ni un «eres gilipollas», ni un «te odio por lo que le has hecho a mi amiga, pero sigues siendo mi familia». Nada.

Luego pasó de largo porque, al parecer, los Uber que habían pedido para ir al hotel y de ahí al aeropuerto ya estaban esperando.

«Perfecto, Dalton. Has conseguido cabrear a una de las pocas personas que tienen un vínculo de sangre contigo y perder a la chica en una sola jugada».

Jaxon se quedó un segundo más.

—Se le pasará —murmuró en voz baja—. Está mosqueada… y preocupada. Hablaré con ella, yo me encargo.

Luego añadió, mirándome con algo que sonaba peligrosamente a compasión:

—Suerte con lo otro.

Asentí porque no sabía qué más hacer.

Los vi marcharse y, durante un momento bastante incómodo, tuve la sensación de que el universo acababa de vaciarme la casa de golpe.

Thiago fue el último en subirse al coche.

Se acercó, metió las manos en los bolsillos y me miró con esa calma suya que daba ganas de romper algo contra la pared.

—Dale espacio para procesar, ahora mismo no es el momento.

¿Espacio?

Le daría la puta galaxia si eso ayudara, aunque yo apenas podía respirar.

Sentía como si me estuviera ahogando por dentro. Nunca he sido de los que dejan que las cosas se pudran en silencio. Cuando algo se rompe, lo arreglas. Lo hablas. Lo enfrentas antes de que empiece a carcomerte las entrañas.

Pero mi cara debía decir con exactitud lo que estaba pensando, porque negó despacio.

—Insistir solo va a empeorarlo. Hazme caso. Estaré aquí en unos días y, si no lo habéis solucionado, te ayudaré. Confía.

«Qué fácil es todo desde fuera…». Luego se marchó.

No podía seguir su consejo cuando lo único que escuchaba dentro de mi cabeza era el eco de mis propias cagadas.

Aun así, lo intenté. Me duró el mismo tiempo que tardó el ascensor en llegar a mi planta.

Saqué el móvil y empecé a escribir porque, por suerte, todavía no me había bloqueado.

«Lo siento».

«Tenemos que hablar».

«Por favor».

«Soy un gilipollas, lo sé, pero necesito que lo entiendas».

«Te juro que, si hablamos, me dejo meter la espada láser por donde quieras».

Borré la mitad. Reescribí la otra mitad. Lo envié todo. No respondió a nada.

Ni esa noche ni cuando amaneció.

El lunes no apareció. Cuando pregunté por ella dijeron que estaba enferma, y no fue a las reuniones.

«¿Enferma? Mis cojones».

Lo que no quería era verme.

El martes libramos y yo seguí enviando mensajes como un puto obseso. Ya no eran solo escritos, también audios, luego llamadas, después otra vez mensajes, como si repetir lo mismo de distintas formas fuera a cambiar algo.

No lo hizo. El miércoles volvió, y fue entonces cuando entendí que estaba realmente jodido.

Porque la chica que discutía con medio vestuario sin pestañear, la que no se achantaba ante nadie y te soltaba una estadística en la cara antes de que terminaras la frase, decidió tratarme como si fuera invisible.

Pasó por mi lado sin detenerse, más seria que de costumbre, concentrada en su *tablet*.

Y, joder…, eso dolía más que cualquier bronca.

Entró en la sala técnica, saludó al *staff* con la educación justa, se sentó con los analistas… y pasó por mi lado como si yo fuera parte del mobiliario. Una puta silla, algo que estaba ahí ocupando espacio, pero que no merecía ni un segundo de atención.

Los chicos se limitaron a lanzarnos miradas de reojo y, por mucho que preguntaron en *petit comité* qué demonios había pasado en el ático, yo me limité a encoger los hombros y soltar un seco:

—Sin comentarios. Meteos en vuestros asuntos.

No era mentira.

Si abría la boca, iba a tener que explicar cómo había conseguido arruinar una de las pocas cosas buenas que me habían pasado en meses, y no procedía.

El jueves fue todavía peor.

Intenté pillarla a solas varias veces y me resultó imposible. Siempre estaba con alguien. Analistas, técnicos, reuniones…, lo que fuera. Cuando por fin logré acercarme lo suficiente como para intentarlo, me despachó con un simple:

—No es momento, Dalton. Estoy ocupada.

Sin levantar la vista.

Me sentí una interrupción menor en su agenda.

Tuve ganas de cargármela al hombro, como hice en el hotel, y llevármela de allí, aunque fuera a rastras, pero me contuve. Me largué con la misma sensación que debía tener una mascota cuando, de repente, la dejaban en la calle y todavía no entendía qué coño había hecho mal, a pesar de que yo sí lo supiera.

Cuando nos dijeron que viajábamos para el partido contra los 49ers, pensé:

«En el avión habrá tiempo».

No lo hubo, y si lo hubo lo evitó.

Se sentó con los analistas de datos y no volvió a moverse de allí en todo el vuelo. Tenía tiempo para revisar métricas, discutir jugadas, comentar estadísticas con el *staff*.

Para mí, no.

El domingo, mi cabeza estaba hecha puré.

El estadio de San Francisco rugía como si quisieran arrancar el cielo a gritos. Defensa agresiva, ambiente hostil, presión en cada *snap*.

Aquello no fue un partido.

Fue un intercambio de hostias ofensivas.

Anotábamos nosotros, respondían ellos y vuelta a empezar.

Y, mientras tanto, mi cabeza en la grada, imaginando si me estaba mirando o qué demonios estaría pensando de mí.

«Ridículo, Dalton. Contrólate, joder».

Me obligué a centrarme. De verdad que lo intenté.

Pero cuando llevabas días durmiendo mal, comiendo peor y pensando demasiado en alguien que había decidido que ya no existías…, el cerebro no funcionaba como debería.

En el segundo cuarto lancé un pase demasiado alto a Ty.

En el tercero forcé uno en doble cobertura que no debería haber tirado ni en un entrenamiento.

Cuando salí del campo después de esa jugada, Mac apareció a mi lado y me agarró del casco como si quisiera sacudirme las ideas de la cabeza.

—Dalton.

—Estoy bien.

—No lo estás.

—Lo estoy, y te lo voy a demostrar.

No pude.

El partido terminó 31–34 y sumamos una nueva derrota que nadie quería.

El vestuario se llenó de silencio. Ese silencio denso que significaba una sola cosa: el lunes alguien iba a pagar los platos rotos.

Y así fue.

Harlow entró en la sala de reuniones con cara de querer arrancar cabezas.

—¿Queréis saber lo que vi ayer? —Silencio—. Un equipo con talento jugando como si fueran universitarios resacosos; dabais pena. —Su mirada se clavó en mí—. Especialmente tú, Dalton.

Ella estaba al fondo de la mesa con los ojos puestos en la *tablet*.

Cuando levantó la mirada y nuestros ojos se cruzaron por primera vez en días…

Me importaba un bledo la bronca que salía por la boca del entrenador o si me ponía como una maldita mierda, al fin y al cabo, era como me sentía.

Lo único que quería era eso, su atención, la de ella.

Mi corazón dio el primer latido decente en días… y se evaporó en el mismo segundo en el que reconocí lo que había en sus pupilas: Vacío.

Ni enfado ni reproche, ni siquiera desprecio. Nada.

Y eso me golpeó más fuerte que cualquier reproche que Harlow pudiera soltar; seguro que yo me había hablado peor.

Tras el chaparrón, intenté acercarme, me quedé en el pasillo y esperé a que saliera para pillarla.

—Necesito que hablemos.

La vi sobresaltarse ante mi voz, pero no se detuvo.

—Ya te dije lo que tenía que decirte, Dalton.

—Tenemos que hablar.

Alargué el brazo. No me hizo falta agarrarla porque se giró. Lo justo para mirarme.

—No. Todo lo que teníamos que decirnos ya nos lo dijimos. Por el bien de ambos, vamos a mantener una relación estrictamente

profesional, lo único que importa es llegar a los *playoffs*.

«¿Lo único que importa? ¡Y una puta mierda!».

—Deberías enfocarte mejor y quitar toda la distracción que empeora tu juego. Ahora mismo, lo que necesitas es centrarte y jugar.

«Lo que necesito es a ti».

Quise contradecirla.

Replicarle que era imposible concentrarme si seguía mirándome como a un extraño.

Pero en ese momento apareció Harlow y me mandó al vestuario para empezar cuanto antes con la estrategia ofensiva.

Perfecto.

A la mierda mi cabeza.

A la mierda todo.

Sin embargo, una cosa tenía clara.

No iba a poder centrarme en nada si no arreglaba aquello.

Así que el martes por la mañana me planté en su hotel.

Me daba igual que salieran más fotos en la prensa o que empezaran a inventar historias otra vez.

A la mierda el orgullo.

A la mierda lo que dijeran.

Total, la verdad era peor que cualquier titular.

Subí a su planta y llamé a la puerta.

CAPÍTULO 66



Valentino

Nada.

Esperé.

Primero de pie, apoyado en la pared del pasillo, mirando la puerta como si pudiera abrirse por pura insistencia. Luego sentado en la moqueta, con la espalda contra la pared y el móvil en la mano, repasando los mensajes que le había enviado, como si al leerlos otra vez fueran a sonar menos patéticos.

Diez minutos, quince, veinte…

Al principio pensé que quería castigarme y estaba dispuesto a ello, hasta que las puertas del ascensor se abrieron con un ding suave y una chica del servicio de habitaciones salió empujando un carrito lleno de bandejas. Cuando me vio plantado delante de la puerta, levantó las cejas con curiosidad; parecía que intentara decidir si aquello era asunto suyo.

Me levanté.

—Disculpa…, ¿la señorita Park está dentro?

La chica negó enseguida.

—Lo siento, señor. Salió temprano esta mañana.

Algo se me encogió en el estómago.

—¿Sabes dónde fue?

—No suelen decirnos esas cosas.

Saqué un billete del bolsillo y lo doblé entre los dedos.

Sus mejillas se pusieron rojas al instante.

—De verdad que no lo sé.

Suspiré.

—Ya…, bueno.

Le tendí el billete de todos modos.

—Toma. Por las molestias.

Me giré hacia el ascensor.

—Señor…

Me detuve y volví la cabeza.

La chica seguía junto al carrito, retorciendo una servilleta entre los dedos.

—No sé si le servirá o no… Solo puedo decirle que vi al señor Joneson en el *hall* muy temprano…, cuando estaba limpiando las zonas comunes.

Se me tensaron los puños.

—¿A Jerry?

«Que diga que sí».

La chica negó con rapidez.

—No…, al pequeño, a Grayson.

Y añadió, todavía más colorada:

—Ya sabe… lo que dice la prensa sobre ellos, puede que haya romance…

Claro que lo sabía.

Todo el puto país lo sabía después de lo que Vivian sembró en la fiesta de la *Bye Week*.

«Perfecto».

Eso era justo lo que me faltaba.

«La cagas, la pierdes».

«Sobre todo, cuando hay otro imbécil con apellido de millonario para recoger lo que tú mismo has destruido».

Me pasé la mano por la cara.

—Gracias.

La chica asintió, incómoda, y siguió con su carrito.

Yo me largué antes de quedarme allí, imaginando cosas que iban a acabar conmigo haciendo una estupidez.

Por la tarde, los chicos quedaron para beber.

El bar estaba hasta los topes. Música alta, ríos de cerveza y el tipo de iluminación que te permitía fingir que todo iba bien, aunque estuvieras hecho polvo.

Marcus levantó su botellín cuando íbamos por la tercera ronda.

—Te estás poniendo fino, QB.

—Déjame en paz.

—Tiene razón —comentó Ty.

—¿Desde cuándo Knight la tiene?

—Solo digo que mañana entrenamos.

—Y yo solo digo que hoy me la suda.

Bebí, tratando de ahogar mis cagadas.

Otra cerveza, y otra.

Porque llevaba dos semanas con una frase clavada en la cabeza como una astilla.

—Porque perder a alguien no pasa cuando se enfada contigo, pasa cuando dejas de importarle.

Y, joder… Ella estaba peligrosamente cerca de ese punto.

Con Grayson Joneson haciendo de ayudante para pasar página.

La imagen se reproducía una y otra vez, hasta que ya no pude más.

Así que, después de beberme medio bar, decidí hacer justo lo que cualquier persona con dos neuronas funcionales evitaría: volver al hotel.

El ascensor subió demasiado lento.

El pasillo hacia su habitación parecía más largo de lo que recordaba y la moqueta se doblaba bajo mis pies como si intentara hacerme tropezar.

Cuando llegué a su puerta, golpeé con los nudillos.

—Parks.

Nada. Insistí.

—¡Parks!

Entonces, me fijé.

—Joder…

Me había equivocado de planta.

Miré a ambos lados del pasillo. Nadie.

«Perfecto, Dalton. Borracho y perdido».

Subí por las escaleras de emergencia porque me pillaban más cerca. Me agarré con fuerza a la barandilla para no perder los dientes por el camino y repetí la operación llamada en la puerta correcta.

Golpeé otra vez.

—Naomi…, abre, soy yo.

Apoyé la mano en la madera.

La luz que se filtraba por debajo indicaba que estaba dentro.

—Joder…, solo quiero hablar…

Exhalé y apoyé la frente en la puerta antes de golpear de nuevo.

—Naomiiii…

Su voz llegó amortiguada desde el otro lado.

—Vete, Dalton.

Su respuesta no era la esperada, y, aun así, al oírla, sentí un alivio tan grande que me entraron ganas de reír.

Solté una carcajada seca.

—No.

—Deja de insistir.

Apoyé la frente contra la madera.

—Nunca. No puedo.

El alcohol me tenía la cabeza caliente y el estómago revuelto, pero las palabras salieron igual.

—Lo siento.

—Ya. Yo también.

Aquello dolió más de lo que esperaba, porque me temía que lo que ella sentía no era lo mismo que yo.

Seguí intentándolo porque a cabezota no me ganaba nadie.

—No me estaba riendo de ti.

—Puede que no —respondió—. Lo que está claro es que me mentiste, me engañaste y yo merecía saber quién se ocultaba detrás de la máscara para poder decidir.

Tragué saliva.

—No sabía cómo acercarme a ti… —confesé—, nunca he sabido cómo hacerlo.

«Patético, ¿no? El *quarterback* número uno de la SSU sin tener ni puta idea de cómo hablar con la *nerd* de artística».

—Eso no es excusa.

—No, no lo es —admití—. Pero deja que te diga una cosa… Todo el mundo prejuzga al jugador estrella, al popular, igual que te prejuzgaban a ti, tú mejor que nadie deberías entenderlo.

Pasé la mano por la puerta, como si pudiera acariciarla a través de ella.

—Tú también lo hiciste.

No era una acusación, sino un hecho.

La madera vibró levemente. Quizá también estaba apoyada al otro lado. O quizá solo lo estaba imaginando porque lo necesitaba.

—Eso no justifica que jugaras conmigo o que me mintieras con algo tan importante como es la intimidad.

—No estaba jugando. —Apreté los puños—. Me estaba escondiendo detrás de una máscara para que me vieras de verdad y dejaras a un lado los prejuicios. Tiene gracia, ¿sabes? Todo el mundo intentando acercarse a mí por quien soy… y contigo tenía que ocultarlo para que todo fluyera.

El silencio del otro lado se alargó lo suficiente para que me diera tiempo a arrepentirme de cada palabra.

—No debiste hacerlo —dijo al final. Sonaba apesadumbrada.

—Claro que sí.

—No.

Apreté los nudillos contra la puerta.

—Estaba desesperado por que me vieras como una opción.

Su respuesta tardó en llegar.

—Ese fue el problema desde el principio —murmuró con calma—. Nunca fuimos una opción. Somos demasiado distintos… y tenía derecho a elegir.

La frase me atravesó limpia.

«Bien, Dalton. Un gol en propia puerta».

—Eso no es verdad —murmuré—. Lo de tu derecho a elegir sí…, pero lo otro no. Nos gustan las mismas cosas, nos parecemos más

de lo que creemos, es solo que nunca he sabido cómo encajar esa parte de mí con lo que el resto del mundo espera.

—Ahí lo tienes —respondió—. A mí eso me trae sin cuidado, porque nadie espera nada de la friki de la *app*, por eso necesito demostrarles que se equivocan. Mis padres, los que decidieron poner en entredicho el funcionamiento de mi aplicación.

Sus palabras llegaron amortiguadas a través de la madera.

—Lo que sí me importa es no perder este trabajo. Necesito recuperar el foco y tú también. En tu caso, no soy yo.

«Sí lo eres, joder».

—Persigue tus sueños —continuó—. Yo haré lo mismo con los míos. Lo que pasó entre nosotros debe quedarse ahí, no quiero ni puedo seguir dándole vueltas.

—¿Te arrepientes?

Se calló, y ese silencio fue peor que cualquier reproche.

—Me arrepiento de haber sido tan ingenua y pensar que no importaba la persona tras la máscara, cuando está claro que sí. Será mejor que te vayas a dormir.

Su voz ya no tenía rabia, solo cansancio.

—En lo único que debes concentrarte es en que el equipo llegue a la Super Bowl, no en mí —añadió—. Yo no soy un objetivo o algo que debas alcanzar.

Tragué aire como si me faltara.

—Es mejor que tú sigas por tu camino y yo por el mío. Sin que compliquemos más las cosas.

«Mierda, Parks…, necesito que sea el mismo».

Estaba respirando demasiado rápido.

Me quedé allí unos segundos más, con la frente contra la puerta, como el mayor idiota del planeta.

—Naomi…, yo…, lo siento de verdad, si pudiera cambiar algo…

Callé, porque con toda probabilidad volvería a hacer mal las cosas.

Tampoco respondió.

Me aparté y me fui.

Esa noche no dormí una mierda.

El miércoles tuve una resaca de campeonato y el jueves llegaron Landon, Sienna y Thiago al Omni.

No estaba para recibir a nadie, aunque insistieran en quedar.

Entrené. Mal.

No era algo que se notara en cada jugada —cuando llevabas media vida jugando a esto, el cuerpo seguía funcionando, aunque la cabeza estuviese hecha polvo—, pero Mac lo vio enseguida.

Cuando terminó el entrenamiento, me agarró del hombro antes de que pudiera desaparecer hacia el vestuario.

—Si sigues así, Whitaker va a sustituirte.

No levanté la vista del suelo.

—No lo hará.

—No me pongas en esa situación —replicó—. Porque Harlow no dudará.

Levanté la cabeza.

Mac no parecía enfadado.

Parecía preocupado.

—¿Eso es lo que quieres, Dalton?

Negué despacio.

—Pues espabila.

Lo intenté, de verdad, quise centrarme, el problema era que cada vez que levantaba la cabeza en las instalaciones, la veía a ella hablando con alguien, trabajando, revisando cosas como si nada hubiera pasado.

Como si yo fuera solo otro jugador del equipo, y no quería volver a ser eso para Naomi.

Y a su alrededor orbitaba Grayson Joneson como un puto satélite adulador y sonriente.

Siempre demasiado cómodo.

El jueves por la noche me llamó Levi.

No supe quién le fue con el cuento, bueno, sí lo sabía.

Tyler el espía.

Ese cabrón seguía siendo su mejor amigo y, por lo que parecía, en sus ratos libres era paloma mensajera.

Estaba sentado en la cama cuando vi su nombre en la pantalla.

Durante un segundo pensé en no cogerlo.

Luego suspiré y respondí.

—¿Qué pasa, viejo? Todavía no me toca pagar el alquiler.

—Me dicen que estás jugando como el culo.

Directo al grano. Muy Levi Carter.

—Me halaga que sigas viendo los partidos y no solo te estés follando a Sky para darle un hermanito a Evander.

—No te hagas el gracioso conmigo.

Rodé los ojos.

—Estoy bien.

—Ty dice que no.

—Ty también cree que el *sushi* de gasolinera es buena idea.

Se hizo un pequeño silencio al otro lado.

—Valentino.

—Vejestorio…

—¿Qué coño te pasa?

Miré al techo. No tenía ganas de hablar, ni con él ni con nadie.

—Es por…

No lo dejé terminar, sabía con exactitud lo que diría.

—No es nada en concreto, ya sabes que a veces hay altibajos. Nada que no pueda arreglar el domingo.

—Eso espero —respondió—. Porque ese equipo te necesita con la cabeza en su sitio, no entre las piernas.

«Ojalá solo fuera eso».

—La tengo.

Mentí.

—Bien.

La llamada terminó poco después, Carter no insistió.

Los *quarterbacks* sabíamos reconocer cuando otro QB no quería hablar más.

El viernes viajamos a Detroit, y sí.

Grayson volvió a subirse al avión con nosotros.

Verlos hablar tan cómodos en sus asientos me revolvía el estómago de una forma que no me gustaba reconocer.

«No tienes ningún derecho a enfadarte».

«La cagaste tú».

«Así que te jodes si ahora Parks quiere tirárselo a él».

El domingo, el estadio de los Lions era una puta caldera.

Ruido ensordecedor, la defensa gritándote en la cara.

Cuarenta mil personas esperando a que metiera la pata.

Jace me dio un golpe en el casco antes de salir al campo.

—Vamos, Dalton.

—¿Qué?

—Sea lo que sea que te pasa…, suelta la mierda contra estos cabrones.

Una sonrisa torcida se me escapó al imaginar la cara de Grayson en todos mis rivales. Iba a crujir muchos huesos.

—Eso puedo hacerlo —respondí más animado.

El primer ataque salió limpio.

Leí la presión de la defensa, cambié la jugada sobre la marcha y solté el balón justo antes de que el defensa que venía a por mí intentara arrancarme la cabeza.

Avanzamos.

El estadio rugía cada vez que nos acercábamos a la zona de anotación y, durante unos minutos, todo volvió a ser simple.

Leer lo que hacía la defensa. Lanzar el balón. Seguir avanzando. Pero cada vez que terminaba una jugada y levantaba la cabeza…, mi mente se iba a otro sitio.

A la banda. A la idea de si ella estaría viendo el partido.

O si estaría demasiado ocupada con Grayson como para acordarse de que yo existía.

«Concéntrate, joder».

El tercer cuarto empezó a torcerse.

Un pase llegó tarde. Otro salió demasiado alto. La defensa empezó a oler la sangre.

Cuando regresé a la banda, Mac me miró como se observaba a alguien que estaba perdiendo una pelea que no tenía nada que ver con el rival.

—Respira.

—Estoy bien.

—Eso dijiste la semana pasada… y perdimos.

Apreté la mandíbula y volví al campo, aunque los dos sabíamos que el partido ya no estaba bajo control. Ni mi cabeza tampoco.

Mac empezó a alternarme con Whitaker y terminé viendo demasiadas jugadas desde el banquillo.

Sesenta por ciento yo, cuarenta él.

El tipo de estadística que ningún *quarterback* quería ver junto a su nombre.

Aun así, no fue suficiente.

El marcador final fue una sentencia. 22–27.

Otra derrota a la saca.

Cuando regresé al vestuario, me dejé caer en el banco con el casco todavía puesto.

El ruido del estadio seguía retumbando dentro.

Pensé en el equipo. En mi padre. En todo lo que estaba empezando a tambalearse.

En cómo algo que durante años había sido mi lugar seguro, se había convertido de repente en un campo de minas.

La gente tendía a creer que los jugadores profesionales estábamos hechos de acero.

Que el dinero compensaba todo. La mala prensa, las críticas, los comentarios incendiarios en X. Los desastres sentimentales.

Nada nos afectaba porque habíamos dejado que el mundo pensara que éramos superhéroes capaces de separar la vida personal del juego como si fuera un interruptor. Que bastaba con entrar al campo, leer una defensa y ejecutar la jugada perfecta sin importar lo que estuviera pasando fuera.

Sonreí sin ganas. La verdad era bastante menos épica.

A veces bastaba una conversación mal hecha —o una cadena de cagadas con la persona que más te importaba— para romperte la cabeza sin necesidad de un placaje.

Y cuando eso pasaba… ni el mejor *playbook* del mundo podía salvarte.

CAPÍTULO 67



Naomi

El problema de tener un cerebro analítico era que no se apagaba. Nunca. A veces ni siquiera cuando dormía, o cuando sentía un nudo tan apretado en el pecho que me costaba respirar.

No solía pasarme, lo del nudo, digo, aunque en las últimas semanas me había quedado sin aire más veces de lo que podría considerarse normal.

Mientras otras personas tenían un Diógenes de pensamientos sueltos y encontrados, mi mente funcionaba como un servidor con cuarenta pestañas abiertas, tres gráficos en proceso y una alerta roja parpadeando en la esquina con nombre propio y apellido: Valentino Dalton.

Cada vez que lo veía, coexistía en el mismo espacio temporal o detectaba el sonido de su voz, todo en mí entraba en conflicto.

Cortocircuito interno, bajada de plomos y coherencia al garete.

Daba igual las veces que repitiera el análisis que había secuenciado los últimos días.

Podía ponerlo en columnas, pasarlo a un gráfico y enumerar cada variable de esta catástrofe sentimental como si fuera un informe

técnico que arrojara luz a mi sistema límbico.

Hombre que se acuesta contigo ocultando quién es.

Hombre que luego se convierte en tu fantasía sexual *online* durante semanas sin decirte la verdad.

Hombre que entra en tu ordenador, como si fuera su casa, para saquear tu información personal.

Hombre que intenta echarte de tu trabajo, aunque sepa que tu futuro depende de dar veracidad a la aplicación que tanto te ha costado defender.

Conclusión lógica a la que llegaría toda mujer con dos dedos de frente:

Eliminar variable, bloquear contacto, seguir adelante.

Fin del análisis.

Conclusión lógica a la que yo llegué: Error crítico en la placa base.

Porque desde que me fui de su ático, cada mañana me despertaba con la sensación de que alguien me había dejado un agujero negro en el pecho.

Un vacío constante, una presión en el esternón, una opresión en la garganta que aparecía cuando menos lo esperaba, reclamando su dosis de vitamina D —de Daver, obviamente, o de Dalton, que, para el caso, era lo mismo—.

Nunca había sido una persona demasiado emocional o que llorara con facilidad.

No lo hice cuando mis padres dejaron bastante claro que lo que yo hacía con mi vida era, básicamente, una pérdida de tiempo en lo referente a la gimnasia o estudiar en la SSU.

Ni siquiera se me humedecieron los ojos cuando George Lucas vendió *Star Wars* y tuve que asumir que el destino de la saga quedaba en manos de ejecutivos capaces de resucitar al Emperador como si aquello fuera un *glitch* del sistema.

Y, sin embargo, llevaba dos semanas enteras llorando, tirando de colirio para que no se me notaran los ojos enrojecidos. Y eso… sí que no entraba en ninguno de mis modelos predictivos.

Las lágrimas siempre me parecieron un recurso poco eficiente, solía costarme ver llorar a los demás porque nunca sabía muy bien cómo reaccionar sin parecer forzada, hasta que fui yo la que cruzó el

ático de Valentino con los ojos encharcados delante del núcleo duro del vestuario.

Fue profundamente humillante. Nunca me había descontrolado así en público, tanto que el lunes fui incapaz de ir a trabajar, necesité refugiarme en mi habitación porque me resultaba inútil dominar la avalancha de emociones que me inhabilitaban incluso para pensar.

Se suponía que nada era capaz de afectarme hasta ese punto, y mucho menos un *quarterback* que se había propasado de todas las maneras posibles.

Siempre había defendido que una mujer autosuficiente no necesitaba a nadie que le complicara la vida y que debías alejar a las personas controladoras, manipuladoras o que te mentían a la cara.

Y, sin embargo, ahí estaba yo, funcionando como un sistema defectuoso cada vez que Valentino Dalton aparecía en mi campo visual. Me hacía vibrar el móvil con mensajes que no pensaba leer o escuchar, y lo oía a través de la puerta de mi habitación, devastado y pidiéndome perdón.

Ese fue uno de los momentos más difíciles.

Llevaba todo el día fuera, obligada a llenar mi cabeza de impulsos que ocuparan todo el espacio que él se había encargado de vaciar, cuando golpeó mi puerta.

No quería atender a lo que fuera que tuviera que decir porque la lógica era aplastante: alguien que te hería así no debía estar en tu vida.

¿Y qué hice?

Aplastar la oreja contra la puerta, como si lo único que pudiera calmarme fuera el responsable de todas mis desdichas.

Mis manos temblaban ante el deseo inconcebible de abrir. Mi corazón palpitaba con tanta fuerza que dudaba de si estaba a punto de sufrir un infarto —lo descarté porque en mi familia no había antecedentes coronarios—. Me urgía hacerlo pasar, abrazarlo, besarle y decirle que todo había sido una estupidez, que incluso las peores decisiones podían arreglarse si dos personas dejaban de comportarse como idiotas durante el tiempo suficiente. Que tal vez no todo estaba roto. Que quizá…, de algún modo que escapaba a

toda mi lógica cerebral, lo que había entre nosotros merecía ser salvado.

Entonces, mi corteza prefrontal volvía a encender todas las alarmas del sistema.

Porque querer a alguien no borraba lo que había hecho ni arreglaba lo que había estropeado. Ni convertía una mala idea en una buena por mucho que te gustara lo que te hacía sentir cuando estabais juntos, y no, no me refería solo a sus besos, a sus caricias o a esa manera suya de gruñir cuando le abrí las compuertas de la nave.

Porque lo que había hecho Valentino iba mucho más allá, alcanzó un punto que ni yo misma sabía que tenía.

Con sus conversaciones, sus mensajes y esa forma suya de hacerme sentir especial en lugar de una *nerd* que nadie veía.

Así que me quedé al otro lado de la puerta, sentada en el suelo, con los dedos de los pies encogidos y tratando de que no se notara la necesidad en mi voz ni las lágrimas en mis ojos.

Supuse que así se sentiría un adicto frente a su droga más dura y que yo sola debía pasar el mono.

Si nuestra historia perteneciera al universo de *Star Wars*, alguien diría que aún había luz en él, que tenía un motivo poderoso para reconducirlo. El problema era que la vida real no funcionaba como una saga galáctica ni yo tenía capacidad de salvar a nadie.

No tenía ni idea de si Valentino Dalton era Darth Vader… o el meteorito que iba a terminar de destruir mi sistema para siempre.

Jamás lo había pasado peor.

Parte de mí quería odiarlo con toda la intensidad posible porque sería lo fácil, tenía motivos suficientes, y cualquier mujer que no estuviera cegada por el efecto Dalton diría que era lo más coherente.

Lo ocurrido debería haber bastado para apagar cualquier incendio que hubiera entre nosotros, y digo «debería» porque cada vez que lo veía en el campo, con esa postura rígida y esa mandíbula tensa que solo aparecía cuando estaba perdiendo el control…, me apetecía saltar al césped para reconectar aquello que se había roto y

convertirnos en un fuego abrasador que nos permitiera arder el uno en brazos del otro.

Nada tenía sentido.

Para colmo, no solo me enfrentaba a un caos emocional sin precedentes.

El entender cómo Valentino había podido saquear mi sistema informático a la caza de información me había llevado a otra cosa igual, si no más importante.

Ese sí era un problema grave.

No solo Dalton había logrado detectar vulnerabilidades, abrir una grieta y entrar en mi sistema, había alguien más entrando y saliendo, lo hacía en mi aplicación y los informes de análisis de datos.

Se conectaba desde servidores distintos, rutas encriptadas, obteniendo datos. No estaba muy segura de lo que buscaba, si replicar mi aplicación o tratar de atacar a la franquicia desde dentro. Lo que sí tenía claro era que alguien estaba jugando con mi trabajo, mi proyecto y mi sueño de futuro.

Todo lo que había construido estaba comprometido.

Lo lógico hubiese sido que se lo contara a Grayson, a Vivian o incluso a Elliot, pero no lo hice.

Porque tenía un pálpito, igual era infundado… Si Dalton había conseguido entrar, tal vez lo podría hacer cualquiera, salvo que se suponía que mis dispositivos habían pasado por los expertos informáticos de la franquicia tras el asalto a mi presentación, y eso me llevaba a que, o bien eran unos memos —lo cual dudaba—, o tenía al enemigo dentro.

Por mucho que me apeteciera quedarme encerrada lamiendo mis heridas, no podía.

Necesitaba averiguar si mi teoría de la conspiración era cierta antes de hacer saltar todas las alarmas o poner en guardia a la persona menos apropiada.

Por eso no paraba de reunirme con miembros del *staff*, analistas, entrenadores, incluso con el propio Grayson. Intentaba encontrarle el sentido y entender quién podía estar detrás y sacar mayor partido a *hackearme* el programa y sustraer la información.

Tenía que ser alguien que pudiera obtener beneficio de algún tipo.

No podía decir a los Joneson que alguien había vuelto a vulnerar la seguridad porque igual incluso podrían llegar a culpar a Valentino, y vale que podía ser un terrorista emocional, pero dudaba de que se estuviera echando piedras sobre su propio tejado al vender información a terceros, ¿verdad?

Mi mente volvía fuera como fuese al mismo maldito punto: Él.

Era como intentar trabajar con una alarma sonando en segundo plano todo el tiempo.

¿Por qué tuve que fijarme en un tío de casi dos metros, rubio, atractivo y que cada domingo jugaba frente a todo un país?

Hubiese sido más fácil poner mi corazón en manos de mi jefe.

Educado, inteligente, atractivo.

La clase de hombre que cualquier madre consideraría una opción lógica.

Excepto que, después de acostarme con Valentino, había algo que tenía clarísimo.

Grayson no despertaba en mí ni una fracción de lo que ese imbécil era capaz de provocar con solo mirarme, y eso resultaba profundamente injusto.

Porque significaba que, después de todo lo que había hecho…, seguía afectándome. Seguía respirando distinto cuando lo tenía cerca. Seguía pensando en él cuando me iba a dormir. Y seguía despertándome por las mañanas con la sensación absurda de que todo habría sido más fácil si solo hubiera dicho la verdad desde el principio y que ojalá pudiera volver a aquella fiesta en la que caí sobre sus rodillas.

Así que lo evitaba, no porque estuviera enfadada. Bueno…, sí, pero no solo por eso.

Lo evitaba porque sabía a la perfección qué pasaría si hablábamos, ya que el problema nunca fue el enfado, el problema era que, cada día que pasaba…, me costaba un poco más mantenerlo, y si lo perdía del todo…

No tenía ni idea de qué quedaría de mí al otro lado.

CAPÍTULO 68



Naomi

Había dos formas de gestionar una sospecha de sabotaje informático dentro de una franquicia de la NFL.

La primera era acudir al departamento de ciberseguridad, sentarte muy recta y explicar con calma que alguien estaba manipulando los datos de tu aplicación desde dentro del edificio, con toda probabilidad con acceso privilegiado y una habilidad preocupante para moverse sin dejar huella.

La segunda era fingir que a tu hermano le habían *hackeado* el portátil y hacerlo con cara de *nerd* despistada mientras intentabas sonsacar información sin levantar sospechas.

Elegí la segunda.

En principio porque la primera implicaba confiar en personas que podían estar implicadas, y yo ya había cubierto mi cupo mensual de decisiones estúpidas creyendo en hombres misteriosos, *quarterbacks* emocionalmente defectuosos y departamentos internos con demasiado acceso a mis cosas.

Era lunes.

Veníamos de un fin de semana de derrota, frustración contenida y una noche casi sin dormir porque, además de revisar *logs* de la aplicación, mi cerebro había decidido alternar entre paranoia tecnológica y obsesión romántica humillante, como si ambas fueran pestañas compatibles del mismo navegador.

Me até mejor la coleta, ajusté el iPad contra el costado y me planté en la puerta del despacho de ciberseguridad con mi mejor expresión de «hola, soy inofensiva y, desde luego, no he venido a inspeccionar nada».

La chica levantó la vista del monitor. Todavía no había estado allí y me sorprendió lo guapa que era.

Morena, con enormes ojos azules y manos rápidas sobre el teclado. No tenía pinta de supervillana. Claro que yo también había pensado que Valentino Dalton solo era un deportista insoportablemente guapo con demasiado ego, y mirad cómo nos había ido a todos.

Debería ajustar mi intuición.

—Hola… —Asomé la cabeza con una sonrisa leve—. ¿Tienes un minuto?

—Claro —respondió, apartando una carpeta—. ¿Todo bien?

—Sí… Bueno. No nos han presentado, soy Naomi Park.

—Alexandra Mitchell. Sé quién eres, la chica de la *app*. Todo el mundo te admira mucho en este departamento, tu aplicación es brutal.

—Vaya…, gracias… —Me sonrojé un poco.

—¿Necesitas algo?

—En realidad, no es por mí. Es por mi hermano.

Ella ladeó la cabeza.

—¿Tu hermano?

—*Sip*…, cree que le han *hackeado* el terminal. Estaba intentando explicarle cómo funcionan los protocolos básicos de seguridad, pero me di cuenta de que no tenía ni idea de qué herramientas utilizáis vosotros aquí. Ya sabes…, revisar accesos, detectar puertas traseras, rastrear entradas sospechosas…, esas cosas divertidísimas que hacen que una quiera mudarse a una cueva y volver al papel.

Sonrió.

Eso era bueno. La gente hablaba más cuando creía que estaba ayudando a alguien competente, pero ligeramente sobrepasado.

—Depende del caso —respondió—. Lo primero es mirar el origen del acceso y si hay rastro de intrusión externa o movimientos internos raros. Luego revisamos *logs*, permisos, terminales vinculados…

Mientras hablaba, mis ojos recorrían la pantalla detrás de ella. No buscaba nada concreto. Solo patrones. Nombres de programas. Ventanas abiertas. Todo lo que pudiera servirme sin preguntar lo que en realidad quería saber.

—Y cuando revisasteis mis terminales… —pregunté con tono casual—, ¿con qué programa lo hicisteis? Por si le sirve a mi hermano.

Ella siguió tecleando.

—Nada especialmente exótico. Los revisamos cuando Vivian nos los trajo. Stephen también estaba por aquí ese día, creo. Fue bastante rápido.

Mi pulso dio un pequeño salto.

Vivian y Stephen.

Los mismos dos nombres que llevaban días revoloteando en mi cabeza como dos *TIE fighters* a punto de estrellarse contra mi paciencia.

—Ah —murmuré, fingiendo que aquello no significaba nada—. Sí, claro. Mi hermano se lo merece un poco por usar la misma clave para todo desde 2020. Esto es selección natural digital.

Ella volvió a reír.

—Eres muy divertida. Si algún día te aburres, pásate por aquí a alegrarme la mañana.

¿Divertida? ¿Yo? Al parecer, todavía existían personas con un criterio peor que el mío.

Le di las gracias y me marché antes de quedarme demasiado tiempo y empezar a parecer sospechosa.

En cuanto salí al pasillo, mi cerebro comenzó a atar cabos con la eficiencia de un *droide* de guerra.

Stephen había sido ludópata y dependía económicamente de su mujer.

Vivian tenía acceso a movimientos internos y estaba demasiado cerca de donde no debía.

En la fiesta de bienvenida escuché que alguien se estaba haciendo rico con las apuestas deportivas y que algunos artículos ya apuntaban hacia los Cowboys.

No tenía pruebas. Tenía algo peor, una teoría. Y una en manos de una mujer herida, con poco sueño y acceso a demasiada información era básicamente una granada con la argolla medio salida.

El despacho que compartían Stephen y Vivian se encontraba en la zona administrativa, algo apartado del flujo principal. Perfecto para moverse con zapatos caros y secretos peores.

Llamé una vez. Nada.

Llamé otra. Silencio.

Miré a un lado. Luego al otro.

«Esto probablemente sea una pésima idea».

Justo el tipo de frase que un *jedi* decía antes de ignorar por completo sus propios instintos.

Abrí.

El despacho era amplio, con dos mesas enfrentadas, archivadores y carpetas alineadas a la perfección. Un nivel de orden que, en otras circunstancias, me hubiese dado confianza. En ese momento solo me puso nerviosa.

Cerré despacio.

Fui primero al ordenador de Vivian. Pantalla bloqueada. Reconocimiento dactilar.

Claro. Porque solo a mí se me ocurría hacer allanamiento de morada corporativa en la era de la biométrica.

Probé con el escritorio. Cajones, una carpeta azul con contratos para medios. Un archivador metálico.

Nada.

Papeles anodinos, informes, agendas, presupuestos.

En el escritorio de Stephen, más de lo mismo.

Abrí una carpeta con extractos de gastos y durante un segundo pensé que quizá sí había dado con algo…, hasta que entendí que eran cuentas domésticas. O peor: notas sobre una gala benéfica con nombres horribles tipo *Cowboy Hearts for Hope*.

No había encontrado nada comprometedor cuando oí voces en el pasillo.

Mi cuerpo reaccionó antes que mi mente.

Imposible salir por la puerta.

Miré alrededor.

Mesas de cristal: demasiado transparentes.

Armario: demasiado estrecho.

Puerta en la pared derecha.

La abrí sin pensarlo. Un baño. Perfecto.

Me metí dentro y cerré con el cuidado de alguien que, en ese instante, lamentaba no haber elegido una carrera más tranquila.

La respiración se me aceleró porque no pude terminar de cerrar antes de que se abriera la puerta del despacho.

«Ojalá Vivian no sea de las que revisan las puertas tres veces antes de salir».

Un estremecimiento me recorrió el cuerpo.

La voz de Stephen llegó primero, baja, tirante.

—¿Estás segura de que Charlotte no sospecha nada de lo del otro día?

Se me tensó toda la espalda. Ella contestó en un susurro.

—Si sospechara algo, ya habría montado un espectáculo.

—Estuvo rara.

—Stephen, respira. ¿Te has tomado tus pastillas?

—No puedo respirar si empiezas a comportarte como si esto fuera normal.

—Precisamente porque no lo es tienes que dejar de ponerte nervioso. Nadie sabe lo que estamos haciendo, y menos mi hermana.

Mi corazón hizo clic.

Supe que había dado con algo gordo.

—Más nos vale —murmuró él.

—Mientras nadie empiece a mirar donde no debe, estamos seguros.

«Oh, estáis tan muertos…».

Mi cerebro empezó a montar la teoría a velocidad absurda. Relación secreta. Necesidad de dinero. Acceso a datos.

Manipulación. Chantaje. Fraude.

Y, entonces, lo oí.

Un roce de tela. Una exhalación. Después otra. Un gemido.

Me quedé completamente quieta.

Un segundo más tarde ya no había duda.

No estaban planeando sabotaje.

Estaban magreándose a menos de tres metros del baño donde yo me escondía con la dignidad de C-3PO intentando pasar desapercibido.

Perfecto.

Había descubierto una aventura extramatrimonial, un posible móvil económico y, con toda probabilidad, un escándalo familiar capaz de incendiar a los Joneson de aquí a Navidad.

Y en ese momento necesitaba un plan de huida antes de que decidieran entrar al baño.

Volví a evaluar mis posibilidades.

Lavabo. Espejo. Toallas. Ventana.

Pequeña, pero suficiente.

Segunda planta.

No mortal…, si calculaba bien.

Asomé medio cuerpo. Había una repisa estrecha, una bajante, un saliente del aire y una zona ajardinada debajo. Con mentalidad de exgimnasta artística parecía una mala decisión viable.

«Vale. He hecho salidas de asimétricas bastante más comprometidas».

Saqué una pierna. Luego la otra. Me agarré al marco, bajé a la repisa y me pegué a la pared con toda la dignidad que permitía un escape por una ventana mientras dos adúlteros jadeaban dentro del despacho.

Los primeros movimientos fueron sorprendentemente elegantes.

Los siguientes, menos.

Conseguí bajar casi todo el recorrido apoyándome en la tubería. El problema llegó en el último metro, cuando la mano derecha resbaló y mi cuerpo se convirtió en el péndulo de un hipnotista.

—¡Mierda!

Aterricé de pie. Más o menos.

Hubo un rebote nada glamuroso y un amago de perder el equilibrio que hubiese hecho llorar a Volkova.

Me quedé inmóvil, con la respiración entrecortada.

Arriba no parecía que nadie hubiera oído nada.

«Bien».

Me sacudí las manos, me incorporé y levanté la vista.

No podía ser.

Frente a mí estaba Elliot.

En una de las salas de ensayo de las DCC.

Con dos pompones plateados y ropa de entrenamiento capaz de provocar un derrame visual.

Haciendo una coreografía vomitiva con la concentración de un neurocirujano y la música a toda pastilla.

—*Five, six, seven, eight…* —marcaba en voz alta.

Sacudió los pompones, giró sobre sí mismo e hizo un salto ridículamente entusiasta.

Mi cerebro tardó un segundo en procesarlo, sobre todo después de la patada a media altura y el giro con intento de *espagat* que le rajó el diminuto pantalón con estrellas.

De todas las ventanas posibles del edificio, había tenido que salir justo por la que daba al patio de los delirios privados.

Se puso en pie, llevándose la mano al trasero y girándose como si me hubiera detectado.

Reaccioné por puro instinto.

Me lancé detrás de un grupo de arbustos ornamentales con la rapidez de alguien que huía de una muerte laboral segura.

Las ramas me arañaron los brazos.

Una hoja se me quedó enganchada en la coleta.

—… ¡Repetimos! —remató él, todavía ajeno a mi crisis botánica.

Me quedé agachada, conteniendo la respiración y la imagen que me perseguiría en pesadillas.

Emergí del arbusto con la dignidad de alguien que acababa de perder un combate contra una planta.

Di dos pasos hacia el camino… y me quedé clavada.

Frente a mí estaban Thiago, Landon y Sienna.

Los tres.

Mirándome a mí, a la ventana abierta del segundo piso y a mi aspecto.

Thiago arqueó una ceja.

Landon cruzó los brazos.

Sienna entrecerró los ojos al más puro estilo excapitana de la SSU.

Levanté un dedo.

—No digáis nada.

Thiago miró el edificio, el arbusto y después a mí.

—¿Hay algún motivo por el cual te has descolgado de un despacho y reptado entre los setos que dé sentido a esto? ¿Algún tipo de vídeo corporativo rollo *Supervivientes en Frisco*?

Inspiré hondo.

—Preferiría no responder a esa pregunta.

Sienna señaló una hoja atrapada en mi coleta.

—Te has metido en un seto de PVC, tu idilio con las plantas de plástico empieza a ser preocupante.

—No era parte del plan.

Thiago se pasó una mano por la cara.

—Por favor, dime que no estabas espiando a alguien.

Lo pensé un segundo.

—Técnicamente estaba investigando.

Landon sonrió despacio.

—Eso suena peor. Me gusta. Parks, te vienes con nosotros a tomar un café.

Suspiré.

—Odio el café. ¿Puede ser un *matcha*?

—Lo que sea que te haga confesar.

Había lunes que era preferible borrar.

CAPÍTULO 69



Thiago

Habían pasado dos semanas desde la noche del ático.

Dos semanas desde que vi a Parks salir con los ojos rojos y la mandíbula apretada, como si estuviera sujetando algo que se le rompía por dentro.

Dos semanas desde que Dalton se quedó plantado, mirando la puerta por la que ella desapareció con esa sonrisa torcida que usaba cuando no tenía ni idea de qué hacer con lo que sentía.

Puede que el resto no lo viera. Yo sí.

Siempre había tenido ese problema, o ese don.

No porque fuera especialmente listo, sino porque llevaba media vida observando cómo la gente se protegía detrás de lo que mostraba. Las bromas, las sonrisas, los silencios incómodos…, todo eso solía decir más que cualquier discurso.

Y aquella noche vi algo bastante claro.

Dos personas que encajaban demasiado bien como para no hacerse daño con lo ocurrido.

A Parks la conocía de sobra.

No solo por el año que compartimos equipo en la SSU, también por Cami, que hablaba de su mejor amiga como si estuviera redactando un informe psicológico.

Los padres de Naomi nunca iban a verla competir. No porque vivieran en la otra punta del país, como los míos, sino porque no respetaban lo que hacía.

Cuando crecías así, aprendías rápido a no depender de nadie. Construías un sistema donde todo estaba bajo control.

Naomi lo hizo.

Datos. Variables. Conclusiones. Hasta que apareció Valentino y le rompió el algoritmo.Y Valentino… Bueno.

Todo el mundo creía conocer al *quarterback* brillante, seguro de sí mismo, el chico al que todo le salía bien.

Sin embargo, a mí me recordaba demasiado a Mason como para no ver el patrón.

La broma constante, la sonrisa fácil, la capacidad de adaptarse a cualquiera.

Eso no era carisma, era supervivencia.

Los tíos que crecían así solían buscar una sola cosa: alguien que los mirara y no viera la estrella. Y cuando vi cómo miraba Valentino a Naomi aquella noche… supe que estaba jodido.

Porque ella era la única persona de la sala que no estaba impresionada por uno de los QB1 más jóvenes de la NFL.

Después de que Parks se marchara del ático y Valentino echara a sus compañeros, nos quedamos allí con Dalton.

Mason, Jaxon, Landon y yo.

Y cuando alguien dejaba de hacerse el gracioso y empezaba a hablar en serio…, solía admitir más de lo que pretendía.

Así que, cuando llegué a Dallas, no necesité mucho tiempo para confirmar algo bastante evidente.

Ninguno de los dos había arreglado nada. Se evitaban con precisión extrema.

Conversaciones que se cortaban en seco cuando el otro entraba en la sala. Miradas que se apartaban demasiado rápido… para volver cuando el otro apartaba los ojos.

Para el domingo tenía claro que debía intervenir.

Primero, porque eran mis amigos.

Segundo, porque era incapaz de ver a dos personas jodidas y no intentar arreglarlo.

El problema de Valentino en el campo era que su cabeza jugaba en otro partido, y así no iba a llevar a los Cowboys a ninguna Super Bowl.

El lunes me levanté decidido a hacerlos hablar, aunque la realidad tomó un camino bastante más extraño.

En lugar de una conversación civilizada, terminé viendo a Naomi descolgándose por una ventana del edificio y atravesando unos setos decorativos mientras Landon, Sienna y yo caminábamos por las instalaciones rumbo a la cafetería.

Lo que nos llevó a arrastrar a Parks para que confesara el motivo de su peripecia. Hasta donde sabíamos, no estaba entrenando para ser doble de acción.

Por mucho que la atosigamos, lo único que conseguimos fue que nos dijera que estaba pasando algo complicado con su aplicación y que, cuanto menos supiéramos, mejor.

Lo verbalizó con ese tono tranquilo que en realidad significaba pánico contenido.

Cuando Naomi entraba en modo bucle era como intentar *hackear* un servidor sin contraseña. No hubo manera, así que lo dejamos correr, por lo menos, de cara a ella.

Nosotros no paramos de lanzar teorías.

Por la tarde intenté buscar a Valentino; estaba más receptivo que la semana anterior, que no quiso ni hablar.

Lo esperé al final de su entrenamiento y lo invité a tomar algo en el bar. Nunca lo había visto tan abatido.

—Lo he intentado todo, Thiago —me dijo, pasándose las manos por el pelo y una cerveza sin tocar sobre la mesa—. Hablar con ella, darle espacio, pedir perdón… Joder, hasta ignorarla. Nada funciona. Y, mientras tanto, mi mente está hecha un puto desastre y no rindo.

Lo dejé desahogarse.

A veces, ordenar la cabeza empezaba por sacar todo el ruido.

—Escucha —le solté al final—, lo que te pasa en el campo no va a mejorar hasta que arregles lo que ahora mismo te importa de

verdad, y los dos sabemos que no es tu equipo.

Levantó la vista.

—Naomi.

—Exacto. Puedes intentar convencerte de que basta con concentrarte…, pero tu cabeza debe estar alineada con tus emociones.

Se quedó callado un momento.

—¿Y qué hago si ella no quiere ni cruzarse conmigo?

Me encogí de hombros.

—Primero, dejar de fingir que no te importa. Y segundo…, permitir que os ayude. Porque créeme, Dalton, tú no eres el único que lo está pasando mal en esta historia, y si estás tan jodido es porque, en el fondo, sabes que la cagaste mucho.

—Muchísimo.

—Ya, bueno.

—No va a querer perdonarme, quizá yo tampoco lo haría.

Si algo tenía claro era que lo suyo podía funcionar y que Naomi Park, bajo su coraza, tenía un corazón enorme que yo sí veía capaz de perdonar.

Solo necesitaban entender qué demonios estaba pasando entre ellos, y eso se me daba bastante bien.

—Eso ya lo veremos. —Le palmoteé el brazo.

Así que hoy, el día libre para casi todo el mundo, le envié un mensaje a Naomi.

Le dije que necesitaba su ayuda para analizar a un jugador.

Que era importante, urgente y no podía esperar por el bien del equipo.

Debí elegir el *prompt* adecuado para sus neuronas porque tardó exactamente treinta segundos en responder. Eso también decía mucho de ella.

Y cuando me preguntó dónde nos veíamos, le respondí que en la sala de juntas. Ese día apenas había gente en las oficinas y ninguno pertenecía a la familia Joneson.

Cuando Naomi Park abrió la puerta, se quedó quieta en el marco.

Sus ojos fueron primero hacia mí.

Luego hacia el ventanal que daba al campo, donde estaba Valentino Dalton.

Tardó con exactitud dos segundos en entender lo que estaba pasando.

Cerró los ojos un instante, apretó los labios y me miró.

—Esto es una encerrona.

—No —respondí—. Es trabajo. Te dije que necesitaba tu ayuda para analizar a un jugador. —Señalé hacia la ventana con la barbilla —. Y, que yo sepa, eso es un jugador.

Naomi me miró con esa cara que ponía cuando estaba desmontando algo pieza por pieza.

—Thiago…

—Tú querías que viniéramos a ayudar al equipo, ¿no?

No contestó.

—Pues esto también es ayudar al equipo.

Señalé otra vez hacia Valentino.

—Y vosotros dos sois parte, os guste o no.

Naomi soltó una risa corta. No porque le hiciera gracia, porque no se creía nada.

Aun así, entró. Eso ya era medio camino.

La puerta se cerró con un clic suave.

Dalton seguía apoyado en la ventana. Podía oír como había cambiado el ritmo de su respiración. Se había hecho pequeño, algo raro en él.

Normalmente era el tipo de tío que llenaba las habitaciones sin darse cuenta.

En ese momento parecía que trataba de no molestar, que ella no se fuera.

Naomi se quedó frente a la mesa, sin acercarse demasiado.

—Tienes cinco minutos —me advirtió.

—Suficiente.

Me apoyé en la mesa.

—Valentino pensó que, si sabías quién era…, no le darías ni una oportunidad.

Naomi ladeó la cabeza.

—Qué análisis tan cómodo.

—No es cómodo —farfulló.

Valentino soltó aire por la nariz y se pasó la mano por la nuca.

Ese gesto lo había visto mil veces. Era lo que hacía cuando estaba a punto de admitir algo que no le gustaba aceptar.

—No sabía cómo acercarme a ti. Ni antes ni ahora.

Naomi ni pestañeó.

—Podrías haber empezado por no mentir.

—Sabía cómo ibas a reaccionar, y perdona si no supe actuar del mejor modo contigo en un cuarto oscuro y queriendo entregar tu virginidad al primero que pasara.

—Al primero que pasara no, al que escogiera —respondió con los labios apretados—. ¿Sabías que, cuando me abordaste, estaba a punto de abandonar?

Él abrió y cerró la boca.

—No.

La respuesta salió tan rápida que Naomi parpadeó.

Valentino dio un paso hacia la mesa. Pequeño, pero suficiente para que el aire cambiara.

—Pensé que, si te decía quién era…, ni siquiera hablarías conmigo.

Naomi cruzó los brazos, ese era su escudo.

—¿Y la solución lógica fue acostarte conmigo disfrazado?

—Puedes verlo así.

—¿Y de qué otra forma podría hacerlo?

—No lo planeé, quería protegerte.

Ella bufó.

—Qué tranquilidad. Si hubiera querido protección, hubiese pedido un guardaespaldas.

Valentino bajó la mirada un segundo. Luego volvió a levantarla al escucharla de nuevo.

—¿Sabes lo humillante que fue descubrir que eras tú? —preguntó Naomi.

—Sí.

—No, no lo sabes. Como tampoco sabes lo que fue entender que, cuando hablaba con ese enmascarado dedicado al entretenimiento

para adultos…, también eras tú. Que cuando me abrí a alguien, creyendo que conectaba, eras tú condicionando mis decisiones.

—Lo lamento —dijo él más bajo—. No te imaginas cuánto me he odiado por eso. Incluso llegué a sentir celos de mi propio *alter ego*. Solo quería que me vieras a mí —continuó—, no a él. Que me eligieras.

—¿Elegirte? Me has puesto las cosas difíciles desde el principio. Entraste en mi ordenador sin mi permiso…, me dejaste en evidencia delante de todo el equipo.

Valentino apretó la mandíbula.

—Y fue una cagada, épica, lo asumo. El problema era que temía que te cargaras mi carrera, que, al dejarme en evidencia con tu aplicación, me echaran antes de que pudiera demostrar que soy lo que este equipo necesita. No te haces una idea de la presión a la que me veo sometido a diario, no solo por el entrenador, también está la franquicia, los medios, yo mismo…

Naomi respiró hondo.

—Te lo dije entonces y te lo repito ahora: no vine a eso.

—Lo sé. Ahora lo tengo más claro que nunca, pero estaba aterrorizado.

Hizo una pausa antes de añadir:

—Quiero que te quede claro que, cuando interactuaba contigo disfrazado…, solo era un idiota intentando hacer algo bien, aunque no lo pareciera... En lo más hondo de mí, esperaba que te dieras cuenta de que siempre fui yo la opción correcta, y entiendo que te parezca una mierda de razonamiento.

Nadie habló durante un momento.

Naomi respiraba más rápido, no parecía enfadada. Parecía… descolocada.

—Esto no cambia nada —dijo al final.

—Claro que no —respondí.

Me miró.

—¿Entonces?

Me recosté en la silla.

—Entonces, el problema no es solo lo que hizo Valentino. Todos estamos de acuerdo en su pésima actuación. —Él la miraba mientras

yo seguía dando mi veredicto—. El problema es que sigue importándote pese a que hayas hecho lo posible por que no lo haga.

Naomi soltó una risa seca.

—Esto es absurdo.

—Si lo fuera, tu cerebro ya lo habría eliminado del sistema, y no es así. ¿O me equivoco?

Vi cómo sus dedos se tensaban contra sus propios brazos.

—No funciona así con él, nunca lo ha hecho.

—Exacto. ¿Y no te has planteado por qué?

—Demasiadas veces estos días.

Valentino dio otro paso y reconocí esperanza en él.

Naomi lo notó y no se apartó. Un avance.

—Te juro que no quería hacerte daño —musitó él.

—Pues lo hiciste. Me mentiste de la peor manera posible. Entraste en mi sistema…, y no me refiero solo al informático.

Y, en ese instante, supe que ya no pintaba mucho más ahí.

Habían empezado a escucharse. Me levanté, tragándome una diminuta sonrisa.

—Aseguraos de arreglar esto antes de salir por esa puerta —dije —. Los dos sabéis que no hay otra alternativa.

Me dirigí entonces a Naomi.

—No hizo las cosas bien, pero quizá, si no se hubiera equivocado…, tampoco habrías dado una oportunidad al hombre que estaba detrás de la máscara. Puede que eso fuera justo lo que te hizo conectar, lo que te ayudó a romper la barrera y no prejuzgar, la usaste de coraza. Y si Valentino no significara nada para ti… —insistí —, no llevarías dos semanas intentando convencerte de que sí.

Ninguno respondió, sonreí un poco y salí del despacho. Dentro quedaron los dos y el silencio. Ese tipo de silencio que solo aparecía cuando dos personas estaban demasiado cerca de decir algo que podía cambiarlo todo

CAPÍTULO 70



Valentino

La puerta se cerró detrás de Thiago.

El clic resonó en la sala como un mal presagio.

Naomi fue la primera en romper el silencio.

—Esto ha sido cosa suya —soltó, clavándome esa mirada que usaba cuando estaba a punto de diseccionarte como si fueras un *droide* imperial defectuoso—, pero tú sabías que iba a pasar.

No preguntaba. Me limité a asentir.

—Sí.

Una risa corta escapó de su boca.

—Increíble. Además de mentiroso, también participas en encerronas.

—No quería encerrarte.

«Mentiroso, si de ti dependiera, la meterías en una de las habitaciones del ático hasta que sufriera síndrome de Estocolmo».

—Claro… Igual que no querías mentirme en el cuarto oscuro, ¿no?

Respiré hondo.

Vale. Empezábamos fuerte y no podía quejarme. Me merecía cada reproche que saliera de esa boca.

—Supongo que vamos a hablar de eso otra vez.

—Supones bien.

Avancé hasta la mesa.

—Tienes razón. En todo. Fui un capullo y un cabrón. Todas las veces que interactué contigo debiste saber quién era y tener la opción de decidir si querías seguir hablando conmigo…

—¿Hablando?

—O follando… —«o tocándote hasta volverme loco de necesidad»—, o, si lo preferías, volarme las pelotas.

—Eso no me sirve.

—Ya lo sé.

—Entonces no lo uses como comodín, los has agotado todos conmigo, no tienes cartas de rescate.

Apoyé las manos en la mesa.

No tenía del todo claro qué esperaba Naomi de mí, pero sí sabía una cosa, lo que yo quería, y era a ella.

Estaba dispuesto a pelear hasta el final por su perdón.

—Mentí —seguí.

—Lo hiciste.

—Invadí tu ordenador.

—Me *stalkeaste* y jodiste mi presentación para echarme.

—También. —Tomé aire—. Y me acosté contigo escondido detrás de una máscara. —El recuerdo me golpeó con fuerza—. Confieso que aquel día me dije muchas cosas para convencerme de que, lo que estaba haciendo, estaba más o menos bien. A mi modo de verlo, te protegía de cualquier indeseable.

—Quizá el indeseable eras tú.

—Quizá. Si te soy franco, no soportaba la idea de que lo hicieras con cualquier otro que no fuera yo.

Hice una mueca.

—Por supuesto, porque nadie folla mejor que el gran Valentino Dalton, ¿o debería llamarte Val Daver?

Me estremecí por dentro.

—Sé que suena fatal. En mi cabeza tenía más sentido… —Solté una risa corta—. Supongo que también influye que jamás me había sentido tan atraído por alguien como por ti.

Sus labios se tensaron.

—Venga ya… —Bufó.

—Es cierto.

Solté aire por la nariz al ver que no me creía.

—Para ti parece una especie de venganza por lo del beso. ¿No querías besarme? Pues voy a darte algo mejor…

—No soy así. —La corrección me salió seca—. Puede que esté demasiado acostumbrado a quitarle hierro a todo —continué—. Es mi superpoder de mierda…, pero nunca habría usado tu primera vez para algo tan despreciable.

Naomi no apartó la mirada.

—La cagaste.

—Sí.

—Mucho.

—Muchísimo.

«Joder».

Me quedé un momento en silencio, buscando por dónde demonios empezar.

—¿Sabes qué fue lo más jodido de crecer en mi casa?

Naomi entrecerró los ojos.

—Como empieces con que tuviste una infancia terrible…

—No la tuve. —Negué—. Para nada. Mi madre era increíble y papá…, bueno, él estaba más tiempo siendo general que siendo padre, aunque se esforzaba por estar cuando podía.

—Eso ya lo sabía.

—Claro, Avery os habrá contado cosas, imagino… —Me quedé mirándola un segundo antes de continuar—. El problema no era ese.

—Entonces, ¿qué?

—Mi hermana... —Naomi bajó la mirada un instante—. Siempre fue ella el planeta frente al que todos orbitábamos —continué—. Y no porque mis padres quisieran más a uno que a otro. Simplemente… había días en los que toda la casa giraba alrededor de que Avery pudiera levantarse de la cama sin que todo doliera.

Sabía que eso podía entenderlo, no me interrumpió.

—Aprendí rápido a no ocupar demasiado espacio.

—¿Tú?

La incredulidad en su voz me arrancó una media sonrisa.

—Sí, Parks. Yo.

—¿El tío que entra en una habitación y media población femenina pierde capacidad cognitiva?

«Yo solo quiero que pierdas la cabeza tú».

—Ese mismo.

Apoyé las manos en la mesa, estaba cada vez más cerca y no había huido, eso tenía que significar que iba por buen camino…

Intenté concentrarme en el relato en lugar de en su aroma o las ganas que tenía de besarla.

—En casa no funcionaba así. En casa, lo mejor que podía hacer era ser fácil.

—¿Fácil?

—No dar problemas, hacerla reír para que su día fuera menos gris. No añadir más problemas al montón.

Me observó pensativa.

—Eso explica muchas cosas.

—¿Mi sentido del humor de pacotilla?

—Entre otras.

Una pequeña sonrisa apareció en su boca. Dios, qué bien sabía.

«Vale…, primer *down*. Sigue avanzando, Dalton, no la fastidies ahora».

—El fútbol fue lo único que era mío. El único sitio donde podía destacar sin sentir que estaba quitándole algo a mi hermana.

Naomi frunció ligeramente el ceño.

—Eso no funciona así.

Me pasé la lengua por los dientes.

—Díselo a mi yo adolescente, ese que veía a su hermana intentando no llorar porque ya no podía hacer lo que más amaba, por no añadir sus dificultades con los números… Te aseguro que te vuelves bastante cuidadoso con dónde brillas.

El silencio volvió a caer entre nosotros.

—Así que el fútbol se convirtió en tu refugio.

—Algo así. —La miré con intensidad—. También en una forma de que mi padre gritara mi nombre desde las gradas, igual que gritaba el de sus *quarterbacks* favoritos. Sigo trabajando duro para ser esa estrella que pueda admirar.

»Todo iba según lo planeado hasta que una chica se me cayó encima en una fiesta, la besé… y me puso en mi sitio. ¿Te suena? Creo que ese día reprogramaste algo aquí dentro.

Me di un toque en la sien.

Naomi entrecerró los ojos.

—Yo no hice nada.

—Ese fue el problema. —Frunció el ceño—. No te impresioné.

—Nada. —Se mordió el labio un segundo—. Bueno…, tu beso sí me impresionó. Ya te lo dije, me dejó bastante descolocada y tu antecesor perdió muchos puntos.

La miré con calma.

Saber que no había sido el único al que ese momento le había trastocado los esquemas tenía algo peligrosamente satisfactorio.

—Eso no debería molestarte —comentó.

—¿El qué?

—Que no me impresionaras del modo en que esperabas, como a las demás chicas de la uni.

Solté aire por la nariz.

—¿Todavía no te has dado cuenta de que la única persona —salvo mi padre— a la que quiero impresionar es a ti? —Incliné ligeramente la cabeza—. Mataría por impresionarte.

—¿Por qué?

—Porque tú nunca me has mirado como los demás.

—¿Y cómo te he mirado?

Una media sonrisa tiró de la comisura de mi boca.

—Como si fueras capaz de ver el truco detrás del espectáculo.

No respondió. No hacía falta.

—Siempre me has puesto de los putos nervios —seguí—. Eres lista, borde, imposible de impresionar… y me hablabas como si yo fuera solo otro tío más.

—Lo eres.

—Lo sé. —Me acerqué un poco más a la mesa—. Y eso es lo que me vuelve loco, Parks. Porque la única persona en el planeta que no quería que pensara eso… eres tú.

Se quedó quieta.

—¿Por qué?

Otra vez esa pregunta… La respuesta salió antes de filtrarla.

—Porque tu cabeza me pone muy mal. —Sus cejas se alzaron un milímetro mientras yo descendía—. Tu forma de analizarlo todo. De desmontar cada cosa que digo, como si estuvieras buscando el *bug* en el sistema. —Apoyé una mano en la mesa—. Y porque cuando te pones en modo genio borde… me entran unas ganas de besarte que me cuesta un huevo recordar que estamos teniendo una conversación seria.

Me incliné un poco más.

—Solo quería que me vieras. A mí, al puto tío que se escondía tras la máscara, y si sigo mirándote así otros diez segundos…, esta mesa va a dejar de servir para hablar.

El silencio cayó pesado entre los dos.

Sus pupilas se estaban dilatando, la vena del cuello le palpitaba.

Si en ese momento la besaba, con toda probabilidad acabaría follándola hasta que se le pusieran los ojos en blanco.

El problema era que no había venido a eso, sino a que me perdonara. Si quería su rendición, primero tenía que ganármela.

«Concéntrate, Dalton».

—El cuarto oscuro fue una puta locura —admití—. No iba con ningún plan. Iba disfrazado, te vi, sentí esa atracción de siempre y… pasó lo que pasó. Aunque reconozco que no debí quitarte la posibilidad de elegir.

Naomi no apartó la mirada.

—Eso fue muy grave, Valentino.

—Sí, y no voy a discutirlo. —Exhalé despacio—. Sería absurdo. Después de esa noche, pensé que, si te decía quién era, cualquier opción de acercarme a ti se iría a la mierda. Y tampoco podía aparecer delante de ti y soltar: eh, Parks, ¿te acuerdas del cuarto oscuro? Pues fui yo el que te enfundó la espada láser.

Sus labios se separaron apenas.

—Porque, lo creas o no, para mí aquello fue algo más. No quería perderte.

Naomi negó despacio.

—No podías perder algo que no tenías.

La miré fijo.

—Ese era exactamente el puto problema, siempre he querido tenerte.

Su respiración se aceleró un poco.

Apoyé las palmas en la mesa, atrapándola entre mis brazos sin tocarla.

«Ni siquiera intenta apartarse, sigue por ahí, Dalton».

—Por eso no pude resistirme cuando te encontré en el bar. Y mucho menos cuando vi tu usuario en el canal… Tenía que contrastar, no podía arriesgarme.

Naomi frunció el ceño.

—¡Te metiste en mi ordenador y amañaste aquel juego! Eso fue manipulación.

—Fue desesperación.

—No mejora mucho la cosa.

—No pretendía que lo hiciera —admití—. Quería entenderte. Saber qué demonios tenías en la cabeza para volverme loco.

La miré directo.

—Llegaste a Dallas con una aplicación capaz de analizar cada error, cada patrón, cada decisión bajo presión —seguí—. ¿Sabes lo que significa eso para un QB1 al que todavía le recuerdan por su debut de mierda?

Naomi abrió su preciosa boca.

—Te lo he dicho mil veces. No vine a destruirte, nunca fui el enemigo.

—Puede que no —di medio paso hacia ella—, pero hace unos meses yo solo veía a una genio con acceso a mi cabeza, a mi juego y a mis peores días. Y llevaba demasiado tiempo sintiéndome reemplazable.

Su expresión cambió.

—Tenía miedo, Naomi —admití más bajo—. De perder mi puesto… y a la única persona que me ha apetecido que me vea de verdad.

Se quedó callada.

«Vamos, Parks…».

No iba a rendirme, no ahora.

—Actué como un imbécil —continué—. Te traté como una amenaza cuando, en realidad, eras lo único interesante que me había pasado desde que llegué aquí.

Sus ojos subieron hasta los míos.

—No soy un entretenimiento.

—No —negué—. Eres bastante peor que eso.

—¿Perdón?

—Eres la chica que me hace desear lo que no tengo y que me dé igual si mi equipo pierde o no.

Sus labios temblaron apenas.

«¡Hostia!».

—Y hay otra cosa.

Naomi suspiró.

—Sorpréndeme.

—Si pudiera volver atrás…, me gustaría decirte que lo haría todo bien. Que te lo contaría todo. Que no me pondría la máscara. Que no aprovecharía el canal. —Negué despacio—. Pero estaría mintiendo. —Sus ojos se abrieron un poco—. Lo repetiría una y mil veces.

—Esto es increíble.

Se puso en pie y yo la acorralé contra la mesa.

Ahora sí, ahora estábamos demasiado cerca. Tanto que dolía.

«No la beses todavía».

—Hazme esa maldita pregunta que tanto te gusta y deja de huir, Parks.

Tomó una bocanada de aire.

—¡¿Por qué?!

«Eso es…».

Mi voz cayó ronca.

—Porque si ese camino de mierda me llevara otra vez a ese momento…, a besarte…, a tocarte…, a descubrirme en ti… —me incliné para que mi aliento acariciara su oído—, lo repetiría sin dudarlo, asumiendo cada jodida consecuencia.

Busqué sus ojos.

Seguían brillando y no me había estampado un guantazo. Buena señal.

—Estás loco.

—Por ti.

—Eres desesperante.

—Mucho.

—Y no tienes arreglo.

Una media sonrisa tiró de mi boca.

—Soy edición limitada.

Creí ver las comisuras de sus labios alzarse.

«Solo un poco más y tienes el partido, Dalton».

—Llevo semanas intentando portarme bien, siendo paciente, dándote espacio, pero ya no puedo más, Naomi. Te puto necesito y me está saliendo como el culo pedirte disculpas.

Eso sí le arrancó una sombra de sonrisa.

—No es tu fuerte…

—No. Aunque se me ocurren un par de cosas bastante sucias que sí lo son. —Apoyé las manos a ambos lados de la mesa—. Podrías perdonarme. Demostrarme que eres la adulta funcional y la mente analítica… porque yo me vuelvo bastante imbécil cuando se trata de ti.

Su pecho subía y bajaba más rápido, la vena del cuello pedía lengua y mi polla estaba más que erecta, lista para la misión.

—Eso no es muy científico.

—Me la suda la ciencia ahora mismo —murmuré—. Salvo si es para demostrarte lo bien que me funciona el sistema reproductivo.

Naomi tragó saliva.

—No deberías decir eso delante de mí.

—Pues tápame la boca, Parks.

Sus ojos bajaron a mis labios.

Solo un segundo, suficiente cuando humedeció los suyos de manera automática.

«A la mierda».

Se me daba de puta pena esperar.

La agarré de la cintura y la senté sobre la mesa de un tirón.

—¡Valentino!

—Déjalo mejor en mis manos, digo, en mis labios.

Y la besé.

Sin suavidad, sin pensar.

«Vale…, o me mata o me besa».

Entonces, respondió con la misma desesperación. Separando los muslos para dejarme encajar. Con los dedos cerrados en mi camiseta. Me atrajo como si llevara demasiado tiempo queriendo hacerlo.

Y en ese momento lo supe. No por el beso, sino por cómo dejó de resistirse.

Hambrienta, exigente.

La agarré con más fuerza por la cintura, pegándola a mí, demostrándole lo mucho que me ponía restregándome contra ella.

Soltó un gemido que me ofreció una certeza brutal.

Valió la pena cada error, cada mentira y cada jodido paso en falso.

Porque al final de todo este desastre…

Naomi Parks estaba besando al hombre de detrás de la máscara porque también había dejado de huir.

CAPÍTULO 71



Naomi

Valentino Dalton besaba como si tuviera la capacidad de que todo lo demás dejara de existir.

No era delicado ni educado ni remotamente prudente.

Era intenso, desesperado y bueno de una manera peligrosa. Y eso me encantaba.

«Genial, Parks».

Sus manos rodeaban mi cintura con firmeza mientras mi espalda chocaba de forma irremediable contra la mesa. Durante un segundo pensé en empujarlo.

Se suponía que veníamos de un enfado monumental y yo, sin embargo, me estaba derritiendo más rápido que un servidor cuando alguien abría treinta pestañas de Chrome.

¿Tendría que recordarle que no se me iba a pasar con facilidad, que todavía tenía un millón de reproches preparados y que aquello era una idea horrible?

Puede.

Aunque también era posible que se me olvidara cuando me bajó las bragas y hundió la lengua entre mis muslos.

Mi cerebro decidió tomarse vacaciones y mis piernas se abrieron como las puertas de un centro comercial el primer día de rebajas.

Mis dedos agarraron su pelo por puro instinto, tirando de él con la misma fuerza con la que llevaba semanas intentando mantenerlo a distancia.

Valentino gruñó contra mí, saboreándome sin ninguna clase de pudor.

El sonido fue grave. Me recorrió la columna como una descarga eléctrica.

«Oh, maldita sea, sabes que esto ya no lo puedes frenar».

Cuando se separó apenas un centímetro para dar un lametón a mi clítoris y buscó mis ojos, los suyos estaban más oscuros de lo normal.

Peligrosamente oscuros.

—Naomi…

Solo dijo mi nombre, no hizo falta más porque era peor que cualquier frase seductora.

Sonó como si estuviera perdiendo el control, y yo también lo estaba haciendo…

«Esto es una idea pésima. Estás en la sala de juntas de los Joneson. Estadísticamente, las probabilidades de que alguien entre en este momento son altísimas…».

Su lengua volvió a desplazarse por todo el epicentro de mis dudas.

«¡A la mierda!».

—Fóllame —pedí autoritaria, ganándome una de sus sonrisas y un sonido ahogado de pura frustración.

—Ojalá pudiera, pero no me he traído ningún condón… No esperaba un resultado tan bueno, la verdad… Aunque puedo ocuparme perfectamente de lo que necesita este coñito…

Metió los dedos. Empezó a moverlos con una seguridad obscena y a mí se me fue el aire de los pulmones.

—No puedo… No quiero…

—Sí puedes y sí quieres…

—Podrían entrar.

—Podrían.

Debía de estar sufriendo un déficit neuronal importante porque la posibilidad de que alguien entrara… solo consiguió excitarme más.

Me atrajo hacia él y lo besé mientras encontraba ese punto de mi interior capaz de fundirme los plomos… Gemí en su boca, con el ansia tomando el control.

Si íbamos a cometer un error monumental, al menos, que fuera uno épico.

—He pensado en hacerte esto muchas veces, Parks.

—¿El qué?

Malditas preguntas.

En un parpadeo estaba desnuda, de pie, con el pecho apoyado en la mesa y su boca tomándome por detrás.

La saliva y la lengua recorriéndome sin pudor mientras mis ojos estaban puestos en el campo.

Tenía la necesidad física de arañar la madera pulida. Si seguía haciendo eso, no dudaba de que dejaría varias muescas…

—Valentino… —resollé cuando noté que se ponía en pie y se bajaba los pantalones.

—Tranquila…, sé lo que hago…

No lo ponía en duda.

Sus manos se deslizaron por mi espalda con una seguridad que hizo que se me escapara una respiración entrecortada.

Su polla se puso a balancearse entre mis labios, solo el tronco, arriba y abajo.

Me estaba destruyendo.

Noté caer algo de saliva desde arriba y uno de sus dedos empezó a trazar mi compuerta trasera.

Siempre sentí curiosidad por qué se sentiría y, tal vez…

Gemí al notarlo empujar justo ahí.

—¿Me das permiso para entrar aquí?

—Sí, joder, ¡sí!

Las caderas seguían balanceándose, friccionando cada maldita terminación nerviosa empapada por mi flujo. Mi visión periférica empezó a volverse borrosa mientras él comenzaba a tantearme por detrás.

Todo desapareció en cuanto logró encajarme un dedo. Todo.

—Así, relaja, disfruta…

La estancia me daba vueltas. El despacho, la mesa, la razón. Mis pulmones estaban al límite cuando logró meterme el dedo al completo; mi cuerpo se tensó alrededor.

La madera pulida bajo mi cuerpo, el sonido rítmico de mis boqueos y nuestras pieles erizándose.

Solo quedábamos él y yo.

«Vale, esto sí que no lo tenía previsto».

Reconocía que en algún momento había fantaseado con algo así, pero no era ni remotamente tan bueno. Valentino estaba entre mis piernas, como si ese fuera justo el lugar al que siempre había pertenecido.

Lo odié un poco por lo bien que me hacía sentir, y otro poco más por saber que él era conocedor.

Tomó mi pelo y tiró de él.

Mi cuerpo se elevó.

—Joder… —murmuró contra mi cuello—, eres la puta hostia, Parks. Perfecta para mí.

Me costaba aguantarme de lo excitada que estaba.

Apoyé las palmas en la mesa, sujetándome con fuerza. Mis pechos se bamboleaban. Tenía los pezones erectos y podía ver nuestro reflejo en la ventana…

Eso multiplicó el calor que ya me recorría.

—Voy a correrme…

—¿Es lo que quieres?

—¡Sí!

—Pues dime que eres mía.

El dedo seguía colonizando aquella parte de mi anatomía, sentía el grosor rígido de su erección envuelto en mis labios, que se licuaban encima.

—Naomi…, hazlo o paro.

Eso no me apetecía.

—¿Me estás manipulando?

—No —gruñó—, solo quiero una confesión porque tú ya has tenido la mía. Dilo, Naomi, dime que siempre fui yo…

Todo me daba vueltas, era demasiado intenso…

Mi capacidad para razonar estaba en huelga.

—Sí.

—Sí, ¿qué?

Ahora era él el de las preguntas.

Arrugué los dedos de los pies ante su mordisco en la vena del cuello.

—Soy tuya. Siempre lo he sido, aunque no lo comprendiera. Me gusta el hombre que hay detrás de la máscara, y también me gusta cuando la llevas puesta.

Su boca succionó con fuerza y tuve que morderme el labio para no hacer ningún sonido que pudiera ser utilizado en mi contra en un tribunal.

—Buena respuesta.

Mi cerebro ya no buscaba recuperar el control.

Valentino Dalton parecía activar algún interruptor que mi lógica no había contemplado.

—Fóllame —volví a pedir, a sabiendas de lo que estaba haciendo —, por detrás —necesité aclarárselo por las dudas.

Su expresión se volvió bastante turbia.

—¿Estás segura? —su voz descendió, volviéndose oscura.

—Sí, te quiero dentro, y sé que por ahí no tendremos un resultado que cuidar…

—Naomi…

—Hazlo, por favor, hazlo.

Él estaba muy lubricado gracias a mí y yo me había dilatado bastante por el juego.

Así que, cuando se posicionó detrás, yo ya estaba lista para recibirlo.

—Si te duele…

—No dolerá.

Estaba segura. Valentino podía ser muy apasionado, pero también muy cuidadoso.

—Tócate mientras lo hago, así te gustará más…

Cogió mi mano y la llevó delante. Hizo que moviera los dedos.

—Eso es, mi reina… Mira lo bien que te sienta que te posea —susurró, contemplando nuestro reflejo, mientras separaba mis nalgas

y empujaba.

Sus dedos se hundieron en mi cadera y noté el momento exacto en el que comencé a abrirme para él. Ardía y era excitante al mismo tiempo…

—Sigue —jadeé, moviendo los dedos sobre el nudo de nervios. Me masturbé aprovechando la humedad.

—Eres preciosa…, joder.

Se hundió hasta el fondo y ambos jadeamos con fuerza.

Se quedó quieto unos segundos para que me habituara.

La sensación era brutal, él llenándome y yo tocándome, no podía aguantar.

—No pares ahora… —protesté con un hilo de voz.

Empezó a moverse con embestidas largas, calmadas y profundas que me hacían agonizar.

—Más, ¡más! —lo insté.

Lo necesitaba de verdad.

—¡Joder, Naomi! Si soy muy bruto…

—No lo eres, dale más ritmo, más fuerza…

—Si hago eso me voy a correr.

—Quiero que te corras.

No volví a hablar, no pude… Porque Valentino Dalton hizo realidad mis deseos y solo era capaz de bañarlo en sonidos ahogados. Sus gruñidos se intensificaron al ritmo de su bombeo.

Todo mi cuerpo comenzó a temblar y supe que el estallido era inminente.

—No aguanto más… —fue lo último que recuerdo decir.

Entonces, apartó mi mano, llevó la suya a mi interior y alcanzó el punto mágico que me destruyó por completo.

Lo único que recuerdo fue que me partí en dos.

Su mano libre me tapó la boca por el alarido que solté.

Las compuertas se abrieron y el 75% del agua de mi cuerpo me abandonó por aquel maldito lugar que no dejaba de estimular.

Creo que encadené varios orgasmos, no estaba muy segura. Al final noté su sacudida entre mis nalgas y un quejido amortiguado abandonando sus cuerdas vocales.

Cuando salió de mi interior, me dio la vuelta, me abrazó y me besó; estaba destruida y sin defensas.

—Te quiero, joder.

Sé que lo oí y que no fue producto de mi imaginación, aunque en ese instante no supe qué decir. Solo me quedé ahí, dejándolo cuidar de mí.

Minutos después —o tal vez siglos, el tiempo había dejado de tener sentido— estábamos los dos respirando con dificultad.

Apoyé la frente contra su hombro, intentando recordar cómo funcionaban los pulmones.

Valentino seguía sujetándome por la cintura, como si temiera que pudiera desaparecer.

Pasando sus callosas manos por mi espalda.

Yo desnuda y él con los pantalones por los tobillos.

«¡Menuda estampa!».

Levanté la cabeza.

Me estaba mirando con una intensidad que habría hecho sudar a cualquier *sith*.

—Naomi…

Había algo diferente en su voz.

Más calmado.

Más vulnerable.

—Me gustas. Mucho, muchísimo…

Parpadeé, sabía que lo estaba diciendo para asegurarse de que lo que dijo antes no cayera en saco roto.

«Respira, Parks».

—No espero que todavía me correspondas, pero…

—Valentino…

—No digo que esto tenga que ser perfecto —añadió rápido—. Solo… que quiero hacerlo bien esta vez.

Su pulgar dibujaba círculos distraídos sobre mi cintura.

—Podemos ir despacio, a tu ritmo, como tú quieras. Voy a esperar todo lo que haga falta porque sé, con certeza total, que eres todo lo que quiero en mi vida.

Eso sí que me desarmó.

Valentino Dalton no era un hombre que fuera despacio con nada, excepto conmigo.

—Necesito… —tragué saliva— volver a confiar en ti.

Él asintió de inmediato, sin discutir.

—Lo entiendo, y te juro que voy a ser el hombre que mereces tener a tu lado.

«Vale, esto ha sido sorprendentemente maduro».

—Pero me gustas —admití al fin—, necesito que lo sepas.

Sus labios se curvaron apenas.

—Gracias, aunque si lo dices por el sexo anal, podemos repetir cuando quieras… Me encanta enfundarme en cualquier parte *made in* Parks, tienes una ergonomía fantástica.

Le di un pequeño empujón en el pecho.

—No te emociones.

—Demasiado tarde.

«Idiota».

Durante unos segundos ninguno habló.

Yo estaba demasiado ocupada peleando con mi propio cerebro.

—Necesitamos salir de aquí cuanto antes… —murmuré, tomando conciencia de nuevo de dónde estábamos.

—¿Estás nerviosa por si nos pillan? —dijo de repente—. Tranquila, es martes, casi no hay gente aquí, y mucho menos de la que entra en la sala de juntas…

—No estoy nerviosa por eso. Bueno…, no solo por eso.

—Naomi…

Suspiré.

—Vale, un poco, pero no es del todo por eso.

—¿Por mí?

Lo miré.

«Ojalá fuera tan sencillo».

Negué despacio.

—Hay otra cosa que no te he dicho.

Valentino frunció el ceño. Me separé, buscando mi ropa, y él me detuvo.

—¿Qué cosa?

—¿Te importa que nos vistamos antes y que use el baño? —Cabeceé hacia la puerta.

Él negó.

La adrenalina del momento empezaba a transformarse en otra cosa: preocupación.

No por él, sino porque seguía con el runrún de quién había detrás del saqueo de información.

Una vez recuperé la decencia y mis neuronas volvieron a la vida después del sexo, pude enfrentarme a él y hablar.

—¿Y bien? —insistió.

—Mi *app*.

Su expresión cambió de inmediato.

—¿Qué pasa con ella?

—Alguien está entrando y extrayendo datos que no deberían salir de ahí.

—Entrando, ¿cómo? ¿Acceso remoto, credenciales robadas o alguien dentro del sistema?

—No solo tú lograste *stalkearme*, hay otra persona pululando a sus anchas como si tuviera las llaves de administrador.

Valentino se quedó completamente quieto.

—¿Estás segura?

—Lo suficiente como para preocuparme.

Caminé un par de pasos por la sala, intentando ordenar mis ideas.

—Hay accesos que no reconozco. *Logs* modificados. Archivos abiertos a horas imposibles...

—¿Datos de los jugadores?

—Entre otras cosas.

Valentino soltó un insulto en voz baja.

—¿Sospechas de alguien?

—Sí.

Me miró.

—¿Quién? ¿Grayson?

—¡No! Vives obsesionado con él. Vivian —musité con la boca pequeña.

Una ceja suya se levantó.

—¿Y por qué querría Vivian eso? Se ocupa de la comunicación, es la hija de Jerry.

—Y se acuesta con su cuñado, el exludópata.

Valentino parpadeó incrédulo.

—¡¿Qué?!

—Los pillé el otro día, cuando entré en su despacho a investigar.

—Parks…

«No me mires así».

—Lo sé, lo que encontré no fue exactamente lo que esperaba, creía que los había pillado, pero lo que pillé fue un polvo y una caída al seto… Y una imagen espeluznante que mejor no te cuento…

Valentino cruzó los brazos.

—Esto se está poniendo interesante.

—Elliot Joneson vestido de DCC e improvisando una coreografía no tiene nada de interesante, más bien vomitivo.

Creo que incluso lo vi bizquear antes de soltar una carcajada, seguido de una risa incrédula.

—Eso sí que no lo tenía en mi bingo de hoy.

—Ya, bueno, la realidad siempre supera a la ficción.

—¿Y crees que eso tiene que ver con tu *app*?

—¿Lo de Elliot? Lo dudo.

—Me refiero a Vivian y Stephen.

—No lo sé, todo apuntaba a que sí. Ella fue la que me instó a que revisaran mis equipos después de tu *hackeo* para mi presentación.

Él se rascó la nuca.

—Lo que es evidente es que alguien está intentando acceder a información que no debería tener.

Valentino me observaba en ese momento con una expresión completamente distinta.

Concentrado, calculando, y eso me gustaba más que cualquier cosa… Quién hubiera dicho que el *quarterback* tendría un precioso cerebro analítico…

—¿Por qué me miras como si no te acabara de follar y quedara partido por delante?

—Quizá lo haya…

Eso lo hizo sonreír. Me atrajo hacia él y me besó con hambre.

—Tengo una idea —murmuró.

—¿Incluye una cama?

—Joder, Parks, si sé que encerrarte conmigo en la sala de juntas de los Joneson y tomar este precioso culo tuyo iba a tener este final —lo amasó—, lo hubiera hecho antes…

—Céntrate. Si no era sexo, ¿cuál era tu idea?

—La clase de idea que necesita ordenadores, pero a la cama iremos después…

—Valentino…

—Tengo todo lo que necesitamos en mi ático: un *hardware* que haría llorar de envidia a medio Silicon Valley —me besó—, programas de la hostia —volvió a besarme—, una habilidad pasmosa para la informática —otro más. A esas alturas, casi no podía pensar; se acercó a mi oído— y una cantidad indecente de condones para follarte.

Una sonrisa peligrosa apareció en su cara, una que definitivamente borré con mi lengua.

En ese punto, negar que me gustaba muchísimo era una gilipollez.

«Madre mía».

—Naomi —añadió más serio—, si alguien está intentando jodernos…, vamos a averiguar quién es antes de que vuelva a intentarlo… Necesito que me des un voto de confianza.

Lo observé un segundo. Dos. Tres. Y supe que era la decisión correcta.

Acaricié su nuca.

—Está bien, hagámoslo.

Gruñó y me hizo girar entre sus brazos.

—Bien.

—Pero debemos ir con cuidado.

—Lo dice la misma que me ha pedido que fuera más duro cuando me colaba en su culo.

Mis mejillas enrojecieron.

—No es lo mismo.

—No, no lo es. Tranquila, te garantizo que soy tremendamente bueno. —«Y lo estás»—. Vamos a mi ático.

Lo seguí hacia la puerta.

Entre una aplicación *hackeada*, un *quarterback* peligrosamente inteligente y el recuerdo de lo que acabábamos de hacer en la mesa de juntas…, solo podía pensar una cosa:

Que alguien debería haberme advertido de que el lado oscuro tenía tan buenos argumentos.

CAPÍTULO 72



Valentino

Mi ático seguía oliendo a Naomi.

Una mierda para mi concentración. Una bendición para todo lo demás.

Había abierto los ventanales, me había dado una ducha fría y hasta cambié las sábanas, como si eso pudiera borrar el hecho de que la noche anterior Parks y yo por fin dejamos de comportarnos como dos idiotas con química nuclear y nula gestión emocional.

Seguía oliendo a ella. A su champú, a su piel, a ese perfume suave que no tenía nada de suave en el efecto que me provocaba.

Anoche dejamos de huir y por fin follamos en una cama. Bueno, no exactamente sin más. Primero trabajamos durante horas en la *Vadercueva*, rodeados de pantallas, *logs*, accesos, rutas de entrada y un montón de mierda técnica que a cualquiera le habría sonado a conjuro satánico. Ella iba soltando datos con esa cabeza suya que me ponía cachondo, incluso cuando no debía, y yo iba encajando piezas.

La brecha era real, alguien estaba dentro y quería fastidiar a Naomi, a los Cowboys o a los dos.

Cuando el cansancio nos dejó sin filtros, rematamos entre mis sábanas. Ella no salió corriendo. Yo dejé de empujar donde no tocaba. Y lo que pasó después todavía me subía por la espalda. Lo cual estaba ocurriendo demasiado.

Apoyé los codos en la isla y miré el salón vacío.

Esta vez no quería cagarla. Ni con ella ni con esto.

Sonó el ascensor privado y levanté la cabeza. Las puertas se abrieron y ella apareció la primera, coleta alta, expresión de haber dormido poco y, aun así, ser más lista que todos los presentes juntos. Detrás venían Thiago, Sienna y Landon con bolsas de comida.

Naomi apenas llegó a la isla cuando fui a por ella.

La agarré de la cara y la besé sin titubeos.

Cero saludos. Cero disimulos. Sin una sola intención de parecer un tío razonable.

Ella me devolvió el beso al instante, clavándome los dedos en la camiseta, lo cual me alegró más que cualquier premio. Solo fueron unos segundos, pero suficientes para que el silencio del salón se llenara de carcajadas contenidas.

—Vale —dijo Landon—. Al final te veo montando un consultorio sentimental, Cruz. Tus resultados son la hostia.

Sienna dejó una bolsa sobre la encimera con esa elegancia gélida suya.

—Dejad de meteros la lengua. Se supone que venimos a cenar, no a contemplar vuestro documental de apareamiento.

Landon la rodeó por la cintura y le plantó un beso también.

—Si quieres apareamiento, yo te lo doy encantado.

Thiago cerró los ojos un segundo, resignado.

—¿Podéis cortaros los cuatro? Os recuerdo que mis chicos están en Los Ángeles, gracias.

Naomi se separó de mí con una media sonrisa que casi me dejó imbécil.

—Hola, Anakin —murmuró, dándome un pequeño bocado.

—Hola, Rey.

Sienna nos señaló con dos dedos.

—Bien. Ya hemos confirmado que os habéis arreglado y que, probablemente, también os habéis deshidratado en el proceso. ¿Nos ponéis al día del motivo de la reunión de emergencia? Gracias.

Nos sentamos a la mesa con cajas de comida china abiertas por todas partes. Thiago se sirvió arroz, Landon secuestró los *dumplings*, Sienna se apropió del pollo picante y Naomi se limitó a asentir para que arrancara.

Tomé aire.

—Versión rápida. Alguien ha *hackeado* la *app* de Naomi y no soy yo. —Me incliné hacia delante—. No parece un ataque externo clásico. No hay entrada sucia ni intentos toscos. Los accesos están hechos con credenciales válidas, autorizadas. Todo parece limpio a simple vista porque, quien entra, lo hace con clave.

Sienna dejó los palillos.

—O sea, ¿alguien de dentro está *hackeando* a Naomi? ¿Con qué intención?

—No lo sabemos. Hay *timestamps* alterados, trazas borradas o enmascaradas y señales de *pivoting* interno. Se han movido de un sistema a otro desde puntos seguros, como si estuvieran paseando por su puta casa. Además, la exfiltración de datos se ha hecho de forma fragmentada. En trozos pequeños. Lo bastante poco como para no levantar alertas.

Landon dejó de masticar.

—¿Quién cojones eres y qué has hecho con el puto Dalton?

—Sorprendente, ¿verdad? —interrumpió Naomi—. Quién iba a decirnos que bajo el casco había un friki de la informática.

Sonó orgullosa, y eso me llenó el pecho. Me tomó el relevo.

—No solo están sacando datos. Están escogiendo qué sacar y cuándo. Eso implica conocimiento del sistema y de cómo se revisan los accesos. —Naomi se aclaró la garganta—. En la fiesta en la que estuvisteis escuché a alguien hablar de apuestas infladas con *props* de los Cowboys. No dijeron nada que me sirva como prueba, pero sí lo bastante para que me chirriara. El día que me visteis descolgarme por la ventana fue porque había entrado en el despacho que comparten Vivian y Stephen —murmuró, bajando el tono—. Descubrí que tienen una aventura, y puesto que él tenía un pasado turbio con

el juego y sigue casado con Charlotte…, pensé que quizá ahí hay algo más. Hoy he comido con Grayson, intentando sacar conclusiones, pero sigo sin tener pruebas reales de que sean ellos.

Landon parpadeó.

—Joder, ¿así que Stephen se tira a las dos?

—Creo que solo a Vivian, Charlotte es lesbiana.

Thiago miró a Naomi con calma clínica.

—¿Crees que Vivian y Stephen están detrás, o solo cerca de quien lo está?

—No lo sé —contestó ella—. Necesito averiguarlo, aunque tienen todas las papeletas. Por lo que he podido sacarle a Grayson, Stephen firmó un contrato prenupcial. Si se separa de Charlotte lo perdería todo… E imaginaos el escándalo si lo hiciera por su hermana.

La miré de reojo. Estaba cansada, tensa y brillante. Como una maldita supernova.

—La cuestión —dije— es que todavía no podemos señalar a nadie. Hay patrón. Hay contexto. Hay una intrusión elegante de cojones. Pero prueba definitiva, no.

Sienna asintió despacio.

—Entonces, tendremos que observar.

—Qué aburridos sois cuando hacéis las cosas bien —se quejó Landon.

Thiago sonrió.

—La impulsividad suele ser una forma cutre de pedir alivio.

Landon lo señaló con un palillo.

—De verdad, un día voy a bordarte frases en cojines, o mejor, en los cojones, que siempre me los andas tocando…

Pese a la tensión, se nos escapó una risa. Duró poco. Apoyé los brazos en la mesa.

—Naomi y yo vamos a reprogramar parte del sistema para alimentar una lectura errónea a quien esté robando.

Sienna entrecerró los ojos.

—Explícalo como si no quisiéramos sacarnos una ingeniería.

Naomi intercedió.

—Vamos a alterar uno de los módulos de análisis que puede resultar útil para apuestas y proyecciones de rendimiento. No afectará a la toma de decisiones real del equipo, solo a la lectura que pueda sacar alguien que esté robando desde fuera de nuestro circuito limpio.

Qué dura me la ponía cuando entraba en modo *nerd*.

Thiago sonrió, comprendiendo antes que los otros dos.

—Una trampa.

—Una muy bien ejecutada —añadí—. Si quien está robando usa esa información, empezará a tomar decisiones basadas en datos falsos. Eso debería traducirse en pérdidas a partir del siguiente partido. Y cuando alguien pierde dinero, se pone nervioso.

—Y cuando se pone nervioso —murmuró—, deja huellas.

Landon levantó su vaso.

—Brindo por arruinarle el fin de semana a un hijo de puta.

—O a una hija de puta robamaridos que resulta ser tu hermana —corrigió Sienna.

—Igualdad ante el crimen —concedió él.

A partir de ahí, repartimos funciones. Thiago observaría comportamientos, cambios raros, reacciones fuera de sitio. Él tenía esa habilidad irritante de ver grietas en la gente, aunque sonrieran. Sienna tiraría del hilo social de los Joneson y del entorno de Vivian sin parecer que tiraba de nada. Landon haría lo que mejor se le daba: ser encantador, parecer superficial y enterarse de todo.

Cuando terminaron de cenar y llegó el toque de queda, acompañé a Naomi hasta el ascensor.

Nuestros amigos añadieron que la esperaban abajo. Le rocé la muñeca y la atraje hacia mí.

—Quédate esta noche.

Ella levantó la vista. Tenía esa cara suya que mezclaba inteligencia, agotamiento y una cantidad de tentación nada legal.

—No puedo. Mañana tienes que rendir en el entrenamiento y debes reprogramar el sistema, señor voy-a-cazar-a-un-fantasma-digital.

—Podemos compatibilizar objetivos. Tú duermes conmigo y yo trabajo motivado…

Le besé el cuello y ella jadeó.

—Tu concepto de productividad da miedo.

—Y, aun así, te lo estás pensando…

Pasé la lengua por la zona que palpitaba, cerró los ojos y se estremeció.

—No me pongas esa sonrisa de *quarterback* insoportable.

Sus párpados se abrieron buscando mi boca.

—Es mi sonrisa natural. Nací bendecido.

—Naciste idiota.

—Y a ti te encanta.

La empotré con suavidad contra la pared junto al ascensor y la besé. A fondo, con ganas. De esos besos que no servían para despedirse, sino para dejarle claro al otro que la conversación seguía pendiente en la piel. Cuando me separé, respiraba más rápido.

—El fin de semana —murmuró—. Si ganas el partido, haré lo que me pidas…

—Eso ha sonado a promesa sucia, Parks.

—Interprétalo como quieras.

—Créeme, mi reina, lo estoy haciendo.

Había pulsado el botón del ascensor sin que me diera cuenta. Las puertas se abrieron y entró sin apartar los ojos de mí, me regaló una de esas miradas suyas que te dejaban claro que podía destrozarte el ego y después arreglártelo con un beso.

Me quedé solo en el ático y supe que tenía que ponerme manos a la obra.

Quien nos estaba jodiendo iba a empezar a perder dinero a partir del siguiente partido. Y yo tenía unas ganas indecentes de ver cuánto tardaba en cometer el primer error.

CAPÍTULO 73



Valentino

Naomi me había prometido que, si ganaba en Detroit, haría lo que yo le pidiera.

No era la motivación más profesional del mundo, pero tampoco iba a fingir que no funcionaba de puta madre.

El jueves llegué a las instalaciones con la cabeza en su sitio por primera vez en semanas. No ligera, porque seguíamos teniendo a un fantasma metido en los sistemas y a un cabrón jugando con datos que no debía tocar, aunque sí alineada. Como cuando por fin veías la defensa bien, reconocías la *shell* antes del *snap* y sabías con exactitud dónde iba el balón.

Eso hacía Naomi conmigo. No me ablandaba, me colocaba.

El viernes tuvimos reuniones, vídeo, *red zone*, ajustes, tratamientos, más vídeo. Lo normal. La diferencia era que Parks y yo no nos evitábamos. Tampoco íbamos por las instalaciones restregándole a nadie que nos habíamos quitado por fin la ropa y las tonterías. Nos conteníamos, y eso, en mi caso, era casi una disciplina olímpica.

En una pausa de la mañana la vi al otro lado del cristal de la sala técnica, inclinada sobre su iPad, con el ceño fruncido y un lápiz recogiendo su pelo en un moño improvisado. Ni me miró. Ni falta que hacía. Me bastó con que, al pasar junto a mí minutos después, me rozara la muñeca con dos dedos y murmurara:

—No falles en la *red zone*, Dalton. Me gustaría cobrar en especies.

Casi me atraganté con mi propia saliva.

Ty lo vio. No la escuchó, pero le bastó con ver el charco de baba a mis pies para atar cabos.

El sábado, antes de subir al avión, me bajó los cascos y murmuró en mi oído.

—Estás insoportable.

Lo miré de reojo.

—Siempre he sido insoportable, forma parte de mi encanto.

Jace soltó una risa, el capi estaba a mi lado.

—Me refiero a otra cosa... Ahora estás… distinto, menos a punto de explotar.

«Porque no me has tocado las pelotas, las tengo cargaditas de leche, como putas rocas».

EJ asintió desde la fila de delante.

—Más claro —siguió—. El miércoles, en la instalación, leíste la cobertura antes de que Harlow terminara de explicarla.

Devin, al otro lado, resopló.

—Igual simplemente ha decidido recordar que es el *quarterback* titular y no un crío con crisis existencial temeroso de Whitaker.

Ty ni lo miró. Seguía con las pupilas puestas en mí.

—¿Tiene nombre y apellido ese cambio, o solo es el milagro de la vida saliéndote por la punta de la polla?

Sonreí.

—Qué obsesión tienes con mi vida íntima, ¿por qué no buscas a alguien que te la chupe?

—Eso es un sí —canturreó Jace.

—Eso es un «callaos, cabrones» —repliqué.

Ty me dio un golpe en el hombro.

—Solo te diré una cosa, cachorro. Juegas mejor cuando dejas de querer demostrar algo y te limitas a mandar.

No hizo falta que dijera más. El muy hijo de puta tenía razón.

Detroit nos recibió con un estadio hostil, un ruido de esos que se te metían en el pecho y te obligaban a elegir: encogerte o disfrutarlo.

Yo lo disfruté.

Aquello fue un intercambio de golpes constante. Tú anotas, yo respondo. Tú aprietas, yo te devuelvo la hostia.

El primer ataque nos exigió calma. Su defensa salió agresiva, queriendo dejar claro desde el principio que iban a por mi cuello. Me llevé un golpe feo, solté el balón a tiempo en la siguiente jugada y seguimos vivos. Nada espectacular. Solo fútbol útil.

Cuando volví a la banda, miré a Naomi casi sin querer.

Ahí estaba, con el iPad en la mano, concentrada, seria, preciosa. Ni me miró, no le hizo falta, con eso ya tuve bastante.

Entré en ritmo. Empecé a mover el ataque con paciencia, castigando sus errores y esperando el momento de clavarles el puñal. Y llegó, ya lo creo…

Touchdown.

Uno de sus defensas pasó a mi lado y soltó:

—No volverá a salirte, Cowboy.

Sonreí al recolocarme el casco. Marcus intervino.

—Eso se lo dices cuando lo veas montando a tu madre.

Negué con la carcajada atragantada en la garganta.

—¡¿Qué has dicho, subnormal?! —le ladró mientras Knight le ofrecía una peineta.

Unas semanas atrás habría entrado al trapo como un imbécil. Esa vez no, estaba centrado.

Ellos respondieron, nosotros también. Golpe por golpe. En el tercer cuarto fallé un lanzamiento y me comí un *sack* feo, pero no me aceleré. Volví al *huddle*, respiré y ordené.

—Eh, ojos aquí. Bajamos revoluciones, aseguramos el bloqueo y avanzamos jugada a jugada. Que no nos saquen del partido.

Ty me señaló con dos dedos.

—Tú danos tiempo y yo les hago pagar cada metro.

—Firmes por dentro —añadí, mirando a la línea—. Primero orden, luego sangre.

Antes del último cuarto miré otra vez a la banda.

Naomi levantó la vista un segundo y yo le guiñé un ojo. Iba a por mi premio de la noche.

Con el marcador apretado y el estadio rugiendo como si quisiera tragarnos, conduje el ataque que necesitábamos. Pase corto, carrera, conversión y otra vez avance. Ya cerca de la zona de anotación, cambié la jugada en la línea y elegí la opción correcta.

Touchdown.

Victoria de las que daban titulares y un mensaje claro después de dos derrotas.

En el campo me comí abrazos, golpes en el casco y a medio equipo gritándome en la cara. Sonreí hacia nuestra banda y pensé una sola cosa al buscar a Naomi otra vez.

«Vale, Parks, ahora me debes un orgasmo».

Antes de que pudiera meterme en el vestuario, me atrapó un periodista para avasallarme a preguntas que tuve que responder.

—¿Cuál cree que ha sido la clave esta noche?

—Hemos ejecutado. Cuando este ataque juega suelto, somos peligrosos, y hoy me he sentido jodidamente bien. Gracias por ponernos las cosas fáciles, Cincinnati.

El periodista parpadeó con ese «esto no sé si me lo dejarán emitir» que tanto me gustaba provocar.

El vestuario fue toda una celebración. Tras el hielo y los masajes pusimos rumbo al aeropuerto.

Me contuve para no celebrarlo antes de tiempo y solo le dediqué algunas miradas furtivas a Naomi.

En el avión me tocó volver a sentarme con Ty. La mayoría del equipo cabeceaba, sumidos en la luz tenue. Cansancio de victoria y ese murmullo de ronquidos a media asta que dejaban los partidos fuera de casa cuando volvías con el culo molido y el ego encantado.

Mi compañero estaba viendo una repetición en la *tablet*.

—Ese tercer *down* del último *drive* fue porno duro —murmuró.

—Lo sé. Lo lancé yo, procura no pajearte mientras me miras.

—Qué humildad.

Sonreí, pero ya estaba mirando hacia atrás.

Naomi iba en una de las últimas filas, sola, con el iPad encendido y esa postura de persona que había dejado de vivir en el plano físico para mudarse a una hoja de datos. Me levanté sin molestarme en fingir otra cosa.

—Eh —dijo Ty—, eso también cuenta como porno, por si preguntas.

Le levanté el dedo corazón y avancé por el pasillo.

Naomi ni alzó la cabeza cuando me dejé caer a su lado.

—Hola, premio de honor.

—No te flipes —murmuró, tocando la pantalla con el lápiz—. Estoy trabajando.

Miré la bandeja bajada.

—Eso no va a impedir que te corras...

En ese momento sí me miró. Ojos oscuros, brillantes, lengua asomando para humedecerlos.

—Valentino…

—¿Qué haces? —pregunté mientras mi mano volaba entre sus muslos y comenzaba a tantear el punto cálido que tanto me gustaba.

Ella dio un respingo, pero no cerró las piernas.

—Comparo *props* ofensivos que se movieron antes del partido con ciertos patrones que metimos en el sistema. Y no me gusta una mierda lo que veo.

No me detuve mientras prestaba atención.

—¿Han picado?

Ella soltó un sonido ahogado cuando incrementé la presión. Me gustaba que se pusiera cachonda conmigo, tener ese poder de excitación.

—Algunos mercados clavaron demasiado bien varias líneas. —Carraspeó, queriendo mostrar control—. Yardas, intentos, distribución de *targets*…, demasiado cerca para ser casualidad. —Metí la mano por la cinturilla y hurgué la humedad en el interior de las bragas—. ¡Por Dios, nos van a pillar! —farfulló.

—No lo harán si sigues hablando…

Me incliné hacia ella y tracé el clítoris con los dedos empapados.

—Entonces, ¿la lectura falsa no ha funcionado?

—No he dicho eso. He dicho que alguien está ajustando muy rápido o tiene otra fuente. Necesito…

Su respiración tropezó.

—Necesitas relajarte.

—Estoy hablando en serio.

—Yo también, mi reina.

Notaba cómo se le tensaba el vientre. Su mano salió disparada a mi muñeca.

—Por favor…

—Este es mi premio —murmuré contra su oído—. Quiero que te corras mientras trabajas, es una orden, Rey.

Se quedó quieta un segundo. Luego, apartó muy despacio la mano de mi muñeca.

Aceptándome.

«¡Joder!».

Seguí acariciándola con precisión criminal, observando cómo intentaba mantener la vista en la pantalla mientras el cuerpo la traicionaba por completo. Sus labios se entreabrieron. Las pupilas se le oscurecieron. Las puntas de sus dedos apretaron el borde del iPad.

—No… puedo… concentrarme.

—Eso es problema del Imperio, princesa.

Una exhalación temblorosa. Un estremecimiento, otro cuando hice que se deslizara un poco en el asiento para meterle los dedos.

Estaba muy caliente. Los músculos me absorbían y mi polla parecía fundida en titanio.

—No, no…

—Sí puedes, córrete para mí, Rey Parks.

Apoyó la parte trasera de la cabeza contra el asiento, elevó el antebrazo y lo mordió con fuerza para ahogar el gemido.

Cuando por fin se corrió, lo hizo con esa mirada incendiaria clavada en mí que casi me desmontó más que cualquier lanzamiento del partido.

Retiré la mano despacio y me lamí los dedos.

—¿Qué te parece si terminamos lo que dejamos abierto en el último vuelo? —pregunté, cabeceando hacia el baño.

Naomi se pasó la lengua por el labio inferior. Echó un vistazo rápido al pasillo, después al fondo del avión. Calculando. Valorando. Entrando, claramente, en territorio criminal.

Cerró el iPad con un clic seco.

—Me parece que estás a un paso de convertir este vuelo en una escena eliminada bastante guarra de *Star Wars*.

Sonreí y me incliné hasta rozarle la boca.

—No, cariño. Esto ya no son escenas eliminadas. Esto es canon del lado oscuro, y ahora mismo estás lista para caer en él. Ven a comprobarlo.

Me levanté y sonreí cuando alguien llamó a la puerta al ritmo de la Marcha Imperial.

CAPÍTULO 74



Naomi

Las dos semanas posteriores a Detroit fueron una mezcla bastante poco saludable de trabajo, sexo y paranoia funcional.

Valentino y yo seguimos revisando accesos, patrones, movimientos raros y cualquier grieta que oliera a intrusión. La trampa que habíamos montado empezó a moverse, sí, pero no como yo esperaba. Ni Thiago ni Sienna ni Landon consiguieron nada realmente útil. Sospechas, silencios, malas vibras, alguna frase torcida en el momento equivocado por parte de todo el *staff* y los Joneson al completo. Migas, solo migas.

Tampoco ayudaba que tuviéramos que fingir normalidad.

Nadie, salvo nuestros amigos, sabía que estábamos juntos. Bueno, y Ty probablemente, porque Ty tenía esa mirada de pequeño maestro *jedi* cabrón que parecía verlo todo, aunque nadie le hubiera contado una mierda. No decía nada, pero cada vez que Valentino y yo coincidíamos en un pasillo y luego uno de los dos salía con cara de haber recordado una escena censurable, él sonreía como si llevara semanas viendo una serie antes que el resto.

El lunes anterior al mítico partido de Acción de Gracias, Grayson me invitó a una cena familiar para el martes, sugerencia expresa de su madre, según dijo. Acepté pese a la cara de funeral que puso Valentino cuando le conté que nuestros planes de cena, peli y polvo tendrían que aplazarse.

—Sabes que el sexo desenfrenado de los martes forma parte de mi preparación de élite.

—Pues esta semana tendrás que sobrevivir sin él… —farfullé mientras buscaba un vestido que no desentonara.

—No puedes hacerme esto. No pienso jugar *Thanksgiving* con el karma sexual desajustado, tus orgasmos son mi puto amuleto, no he vuelto a desconcentrarme desde que lo hicimos. Se ha convertido en un ritual. Además, ese tío te quiere follar —gruñó, apoyado en el marco de mi puerta mientras alargaba la mano hacia la percha del Vera Wang.

—Pero los dos sabemos que solo me follas tú —contesté, dejando caer el vestido blanco sobre mi cuerpo—. Necesitamos avanzar, y para eso tengo que observar a los Joneson en su hábitat. En libertad, como si fueran depredadores de Coruscant con apellido caro y demasiados secretos.

No le hizo ninguna gracia, confieso que a mí un poco sí.

Le hice largarse antes de que Grayson viniera a por mí. Prometiéndole que lo compensaría con creces.

Mi jefe me recogió a las cinco y cuarto en punto, con una sonrisa seductora, un beso en la mano y un «estás espectacular» que me sonrojó un poco.

Tardamos media hora en llegar a la propiedad de su familia. La mansión Joneson era justo lo que esperaba y peor. Jardines imposibles, columnas que gritaban dinero viejo, obras de arte lo bastante caras como para pagar la deuda externa de un país pequeño.

Nos abrió la puerta una mujer del servicio impecable, y segundos después aparecieron Jerry Joneson y su mujer sonriendo como dos tiburones de gala. Charlotte sostenía una copa de vino frente al ventanal con cara de estar valorando si merecía la pena seguir conviviendo con su propia familia. Vivian charlaba plácidamente con

Stephen, como si no se estuviera tirando a su cuñado frente a su hermana, y Elliot estaba tan tieso que daba la impresión de haber sido ensamblado esa misma mañana. Cualquiera diría que en sus ratos libres agitaba pompones, juzgaba a desconocidos y se hidrataba con lágrimas ajenas.

Tras el saludo de rigor, la señora Joneson hizo que todos nos sentáramos a la mesa.

La cena arrancó con el tema de conversación que unía a toda la familia: los Cowboys, por supuesto.

—Parece que al fin estamos remontando —comentó Jerry, cortando la carne con la misma precisión con la que debía cercenar cabezas en juntas directivas—. Dalton ha dejado de jugar como si tuviera el culo en llamas y me han dicho que las charlas con el psicólogo deportivo que trajiste han tenido mucho que ver en la mejora del equipo.

Charlotte bebió un sorbo de vino.

—Quizá solo necesitaba dejar de escuchar opiniones no solicitadas de ciertos despachos.

Vivian sonrió sin alegría.

—O quizá el nuevo *quarterback* tenía que madurar un poco. No todo puede solucionarse con carisma y abdominales, por mucho que se lo rifen las marcas de calzoncillos.

«Discrepo», pensé. Lo más prudente era no intervenir. Que el peligro siguiera disfrazado de *quarterback follable* un rato más.

Stephen se limpió la comisura con la servilleta con esa calma de hombre convencido de que llevar traje y modular la voz ya lo convertía automáticamente en respetable.

—Lo importante es que la franquicia vuelve a inspirar confianza, y eso siempre es positivo para una banca que se estaba resintiendo con tanto fichaje nuevo y tan pocos logros.

Noté cómo algo se me enganchaba por dentro.

«¿Resintiéndose?».

Fruncí apenas el ceño. Los Cowboys no eran precisamente una empresa familiar al borde del embargo. Aquello no sonó a comentario casual ni a crítica deportiva de sobremesa. Sonó a

alguien que sabía demasiado… o que acababa de hablar más de la cuenta.

Vivian se tensó y lo miró de refilón. Elliot soltó una risa breve.

—Qué bonito te ha quedado eso, Stephen. Casi parece que te importa la estabilidad económica de la franquicia y no que el ventajoso matrimonio con mi hermana te mantenga.

—¡¿Disculpa?! ¡Trabajo con Vivian!

«Más bien te la trabajas».

—Un trabajo de ayudante, menudo logro —se mofó Elliot.

Desvié la mirada hacia Charlotte, que seguía bebiendo como si aquello no fuera con ella, contra ella o alrededor de ella.

Menuda vida de mierda la suya. Mucho brillo por fuera y negrura por dentro.

La madre de Grayson intervino entonces con esa alegría inconsciente que siempre precedía al desastre.

—Hablando de amor, Naomi, querida, ¿cuándo vais a dejar de fingir que no pasa nada entre vosotros y vais a hacer oficial que salís juntos? Grayson no trae a cualquiera a esta casa…

Sentí cómo se me atragantaba el aire.

Grayson me miró.

No incómodo, no sorprendido, expectante.

Por primera vez, Charlotte dejó la copa sobre la mesa con un clic suave.

—Madre.

—¿Qué? —replicó ella, abriendo una mano enjoyada como si aquello fuera la observación más inocente del mundo.

—En esta familia deberíamos perder la mala costumbre de decidir por los demás con quién deberían acostarse, casarse o arruinarse la vida.

«Auch, eso ha dolido».

Charlotte no había venido a cenar. Había venido a degollar con cubertería de plata.

La madre de Grayson soltó una risita nerviosa.

—Oh, vamos, si solo hacía falta ver cómo se miraban en la fiesta y fíjate ahora… Hacen una pareja preciosa. Son adultos, se gustan, trabajan juntos…

«Y así empiezan también la mitad de las demandas por despido improcedente», pensé, manteniendo la sonrisa pegada con Loctite.

Elliot soltó una risa nasal.

—Qué combinación más sana. Negocios familiares y romance. Nunca ha salido mal en esta casa. Jamás.

Charlotte levantó otra vez la copa.

—Depende de con quién se acueste cada uno, supongo.

Stephen se tensó tan rápido que hasta yo lo vi.

Vivian giró la cabeza hacia su hermana con una lentitud peligrosa.

—Ten cuidado, Charlotte. A veces hablas demasiado cuando bebes.

—Y tú demasiado poco, teniendo en cuenta que eres la encargada de comunicación de esta familia…

Silencio. De esos que te hacían pensar que alguien iba a acabar apuñalado con el tenedor del pescado en cuanto se apagara la luz.

Jerry dejó el cuchillo sobre el plato.

—Basta.

—¿Por qué? —preguntó Elliot, recostándose en la silla con cara de niño rico que disfrutaba viendo arder la casa—. Si Naomi va a unirse a esta familia, debería hacerlo sabiendo cómo somos.

«Sobre todo tú, que pareces una mezcla entre heredero amargado y animadora vengativa».

Grayson sonrió sin enseñar los dientes.

—Habló la voz de la experiencia. ¿Cuántas propuestas matrimoniales has hecho ya? Espera, déjame pensar… Ah, no, cierto, ni siquiera has conseguido traer una mujer a casa siendo el CEO.

Elliot clavó la mirada en él.

—Porque estoy demasiado ocupado trabajando para que no nos arruinemos. Ya sabes, alguien tiene que hacerlo mientras tú juegas a ser el hijo favorito de mamá con un departamento creado a medida para tapar tus fracasos.

Vale. Eso ya no era una cena, más bien era una Estrella de la Muerte familiar a punto de explotar, y yo no pensaba quedarme dentro cuando activaran el láser principal.

Me limpié los labios con la servilleta, me obligué a sonreír como una persona estable y me puse en pie.

—Perdónenme un instante, necesito ir al baño.

«A ver si me tiro por el retrete».

Grayson se levantó al momento para retirarme la silla. Nadie trató de detenerme.

Normal.

Cuando una mesa entera olía a traición, infidelidad y rencor añejo, nadie perseguía a la única que había encontrado una salida de emergencia.

Tardé treinta segundos en encontrar el baño y uno más en decidir que no había ido hasta allí para mear y largarme como una figurante. Necesitaba mirar. El problema era que no sabía con exactitud qué, lo cual no era ideal. Yo funcionaba mejor con objetivos concretos, mapas claros y cero riesgo de acabar convertida en la gilipollas de una película de terror.

Dos minutos después estaba, en efecto, en el despacho de Jerry Joneson, porque el universo me odiaba de forma creativa.

No encontré un ordenador encendido ni una carpeta con un título tipo «Pruebas del *hacker*, qué no hacer si eres un delincuente incompetente». Solo archivadores, trofeos, una biblioteca comparable a la de La Bestia, una mesa de madera enorme y fotografías familiares cuidadosamente elegidas. Todo estaba demasiado en orden. Como si alguien se hubiera pasado la vida entera borrando huellas, incluso antes de cometer el crimen.

Abrí un cajón. Luego otro. Nada.

Iba a revisar el tercero cuando oí la voz de Grayson a mi espalda.

—¿Naomi?

Me giré tan deprisa que casi me di con la esquina de la mesa. Por suerte, la salita previa al despacho me dio margen para agarrar una foto familiar y fingir que aquello era una tocata y fuga completamente legítima.

—Estoy aquí…

Escuché la puerta cerrarse y él se acercó sin un ápice de sospecha en la mirada.

—Perdona, necesitaba…

—Lo entiendo. Te juro que pensé que habrías huido por una ventana. Mi familia sobrepasa a cualquiera.

—Tu familia tiene la calidez de una sala de interrogatorios —dije al final—. Necesitaba refugiarme en alguna parte.

Su expresión se suavizó y sonrió.

—Lo siento. Mi madre no debería haberte puesto en esa situación.

Se colocó a mi lado para mirar la imagen que yo tenía en la mano. La devolví a la estantería.

—Ahí casi parecemos normales...

—«Casi» es una palabra muy generosa.

Soltó una risa breve, pero cuando volvió a hablar su tono cambió.

—Sinceramente, la cena ha sido terrible. En lo único en lo que estoy de acuerdo con mi madre… es en que quiero avanzar contigo.

Mi estómago se contrajo.

—Grayson…

—No, déjame hablar. —Su voz bajó un poco—. Eres lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo, la única persona con la que no siento que tengo que interpretar un papel. La que me da calma. —Sonrió, triste, guapo y peligrosamente convincente—. Puedo imaginarme una vida a tu lado y me gustaría que me dieras una oportunidad de verdad. No he querido condicionarte, pero se acerca el final de la temporada y necesito que lo sepas. Me gustas mucho, Naomi Park, y quiero que lo intentemos.

Entonces, hizo lo que cualquier hombre encantador con complejo de protagonista haría en su lugar: intentó besarme.

Yo le hice la cobra tan rápido que mi cuello podría haber competido en gimnasia rítmica.

—Lo lamento —solté—. Yo no siento lo mismo. Eres un jefe estupendo, pero…

Su expresión mutó.

No demasiado. Solo lo justo.

—No me jodas.

—Lo lamento de verdad. ¿Podemos ser solo amigos? No le diré a nadie que has intentado…

Se rio sin humor.

—¿Me tomas el pelo? Has estado coqueteando conmigo todo este tiempo, y ahora que doy un paso hacia delante… ¿Es por el puto

quarterback? No me digas que te pone ese idiota y que Vivian tenía razón… No quise creerla cuando dijo que las fotos que nos habían llegado no eran casuales.

Que Vivian y él hubieran hablado sobre Valentino y sobre mí me descolocó.

—Mi negativa no tiene que ver con terceras personas. Me caes fenomenal, pero mis sentimientos…

—¡A la mierda, Naomi!

Lo escupió en voz baja, lo cual fue bastante peor que si hubiera gritado. Se dio media vuelta y salió.

Me quedé quieta un segundo, con el corazón golpeándome las costillas y la sensación de haber metido la mano donde no debía. Sin saber muy bien cómo actuar, hice lo único que me pareció razonable.

Me marché también.

Cuando regresé al comedor y vi que Grayson no estaba, me inventé que no me encontraba bien y dije que pediría un Uber. La señora Joneson insistió en que Elliot me acercara porque su hijo menor, al parecer, había salido a despejarse.

«Seguro que sí».

El trayecto con el hijo pródigo fue bastante incómodo, casi en silencio. Solo al aparcar frente al hotel habló.

—Consejo gratis, señorita Park —añadió, mirando al parabrisas—. En esta familia nada es gratis.

No quise preguntar, me limité a desearle buenas noches y me marché cuanto antes.

Tenía unas ganas salvajes de llegar a la habitación y meterme en una ducha tan larga que me borrara el mal cuerpo que me había dejado Grayson.

Llevaba la cabeza hecha un nudo. La sensación pegajosa de que se había tomado mi negativa mucho peor de lo que quiso aparentar y de que, a partir de esa noche, algo iba a cambiar entre nosotros.

Abrí la puerta.

Estaba a punto de meter la tarjeta en la ranura para dar la luz cuando alguien tiró de mí desde la sombra.

Me estampó contra la pared y cerró de golpe.

Un cuerpo duro se aplastó contra el mío y una mano enguantada me cubrió la boca antes de que pudiera gritar.

Mi corazón intentó escaparse por la garganta.

Forcejeé por puro instinto, tratando de librarme del agarre, hasta que una voz que conocía demasiado bien me rozó el oído y me dejó sin aire.

¡No podía ser!

CAPÍTULO 75



Valentino

El susto en sus músculos duró medio segundo.

La furia, bastante más.

Naomi me apartó la mano de la boca de un tirón, se dio la vuelta y me clavó una mirada que podría haber derribado una nave imperial.

—¡¿Tú eres gilipollas?!

Sonreí detrás de la máscara.

La habitación seguía a oscuras, salvo por la luz tenue que entraba desde el ventanal y la del sable de luz puesto en color rojo que reposaba sobre la mesa.

La música ya sonaba baja desde el altavoz, que había dejado preparado con anterioridad a que llegara, y antes de que os lo pregunteis… Sí, puede que Thiago hubiera dejado dicho a la recepcionista de guardia que lo avisara cuando la señorita Park volviera a su habitación, y este, a su vez, me mandara un mensaje de audio.

De fondo sonaba *Mine*, de October Ends, lento, grave, sucio, el tipo de música que te arrastraba directamente hacia el lado oscuro.

Respiré junto a su oído y el modulador deformó el sonido lo justo para volverlo más profundo, más oscuro, más Daver.

—Buenas noches, Rey.

Se quedó inmóvil.

Noté el instante exacto en que lo entendió. El chispazo. La fantasía encajando de golpe con el cuerpo real que tenía delante. Yo, sin camiseta, con la capa cayéndome por la espalda, los guantes negros, los pantalones bajos en la cadera, descalzo y la máscara puesta.

Su respiración cambió, menos temerosa, más irregular.

Joder.

—¿Qué haces? ¿Ahora también te cuelas en habitaciones, además de en ordenadores ajenos?

Apoyé una mano enguantada a cada lado de su cabeza, encerrándola entre la pared y mi cuerpo.

—Deberías darme las gracias, princesa. No me gusta que mi amuleto le dé suerte a otro, y mucho menos que me dejes sin esto… —Apreté los dedos contra su entrepierna, ella dio un respingo, pero no cerró los muslos, lo que me puso más cachondo—. Ningún Joneson es digno de estar contigo. He venido a cobrar lo que me debes con intereses.

Naomi se pasó la lengua por el labio inferior. Sus ojos bajaron por mi pecho, los abdominales y la abultada pretina del pantalón para ascender de nuevo a la máscara.

—Esto es… obscenamente poco justo.

—La justicia está sobrevalorada. El lado oscuro da mejores premios, y pienso darte el tuyo.

Le rocé la mandíbula con los nudillos de la mano libre y la noté temblar.

—Dime una cosa, Rey. ¿Saber que voy a follarte con la máscara te excita?

Su barbilla subió un poco. Desafiante, como a mí me gustaba.

—Puede.

—Bien, porque ahora empieza lo divertido…

La agarré de la cintura, la giré y tiré del vestido hacia abajo sin darle margen a pensar demasiado.

Un escalofrío de placer tensó su espalda. Pasé las manos hacia delante para pellizcar los pezones, provocando que se apretara contra mí.

—Has sido muy mala… No se deja tirado a tu lord Oscuro cuando tiene ganas de esto…

Desplacé los dedos por su abdomen tenso hasta la diminuta prenda interior. Tracé la hendidura varias veces mientras seguía retorciéndole un pezón. Sus labios se separaron, llenos de jadeos inconexos.

—Quítate las bragas, Rey.

Lo hizo sin apenas moverse, dando vía libre a las yemas enfundadas en cuero, que la penetraron sin dificultad.

—Ah…

—¿Lo ves…? Puedes negar tu atracción por lo que te ofrezco, pero tu cuerpo es incapaz de mentir…

Saqué la mano bajo un sonido de protesta y empujé los dedos entre sus labios.

Ella los saboreó y succionó sin pensarlo.

Mi polla protestó.

—Ven aquí.

Le di la vuelta y la llevé a la mesa.

—Val… —empezó.

Negué despacio.

—Esta noche soy tu lord.

La senté en ella y cogí el sable de luz.

Incliné un poco la cabeza.

—Apoya los talones en la madera y separa las piernas.

Vi la orden atravesarla.

Su placer culpable tenía voz, máscara y manos reales. Y su deseo de seguir mis órdenes me complacía más que nada.

Naomi tragó saliva y obedeció despacio, quedando expuesta.

Me acerqué, la capa rozó su hombro. Bajé una mano hasta su nuca y le acaricié el pelo, suave, casi tierno. Luego enganché un mechón y tiré apenas.

—Así me gusta. Lista y preciosa.

Su respiración se aceleró.

—Eres un cabrón.

—No, mi reina. Soy un hombre que sabe exactamente lo que quiere. Y esta noche te quiero a ti perdiendo el control gracias a mí.

Levanté su barbilla con dos dedos enguantados.

Me sostuvo la mirada detrás de la máscara. *Sexy*, cachonda y valiente. Naomi Park en estado puro.

—¿Sabes quién soy?

La comisura de su boca tembló.

—El cabrón de mi lord Oscuro.

Eso me hizo reír dentro de la máscara.

—Casi aciertas…

Cerró los ojos un segundo y yo me aproximé a su oído, agarrando el sable.

—Soy tu lado oscuro.

La besé con la máscara puesta. Las palabras rozándole la piel.

—Lo eres —confesó.

—Buena chica.

La música seguía latiendo lenta, como un pulso caliente metido bajo la piel de la escena. Me separé un poco y tracé con el haz de luz rojo sus labios, la mandíbula, el cuello, los pechos erizados, los abdominales y los muslos definidos con una parsimonia cruel que me obligó a apretar los dientes.

Estaba preciosa.

Abierta. Temblando. Mía y, al mismo tiempo, no del todo. Porque lo que más me volvía loco de Naomi no era tenerla. Era que me eligiera.

Acerqué el sable a su centro y lo recorrí, contemplando cómo lo empapaba, cómo no tenía suficiente con lo que le ofrecía. Me miraba entre las pestañas con los ojos nublados.

—Quiero oírte —le ordené—. Nada de esconderte, di lo que deseas, mi reina.

Cuando coloqué la punta en la entrada, arqueó la espalda con un gemido que me recorrió entero.

—Val…

Tracé un círculo perezoso.

—Nombre equivocado.

Sus labios se entreabrieron, frustrados.

—Mi lord.

—Otra vez.

—Mi lord Oscuro.

—Así, di lo que quieres.

Estaba jugando con ella, metiéndola poco a poco en ese estado en el que su cerebro brillante dejaba de mandar y solo quedaba piel, respiración y hambre. Cada orden era un hilo más tirando de ella. Cada gemido suyo, una putísima victoria.

—Más abierta.

Obedeció.

—Mírame.

Lo hizo.

—Dime lo que quieres.

Se mordió el labio.

—Quiero que me hagas corr…, joder.

Sonreí.

—¿Quieres que te folle con mi espada?

—Sí.

Bajé el sable y la sujeté con fuerza por las caderas sin dejar que se moviera.

—Quiero oírtelo decir todo, Rey. Quiero que verbalices lo que quieres de mí.

Tembló.

—Quiero que hagas que me corra.

—¿Con el sable de luz?

Sus pupilas ardieron.

—Con tu polla.

Le metí dos dedos de golpe y su gemido me atravesó como una descarga.

—Deseo concedido, porque mi arma se muere por atravesarte.

La trabajé hasta tenerla al borde, y cuando la noté a punto de romper, me detuve. Naomi soltó una protesta rota, preciosa.

—No seas cabrón.

—Soy exactamente el cabrón que necesitas.

Me quité los pantalones lo justo, cogí el condón especial que había comprado y la escuché sonreír sorprendida…

—No me jodas.

—Eso es justo lo que voy a hacer ahora.

—¿Con un condón rojo fosforescente?

—Con tu nueva arma de destrucción masiva favorita.

Me coloqué entre sus piernas. La punta de mi polla rozó su entrada y ambos soltamos aire a la vez.

—Escúchame bien —murmuré, inclinándome sobre ella—. Ese imbécil no va a tocarte, no va a besarte y no va a volver a invitarte a cenar con su familia. ¿Entendido?

Su mirada se suavizó de golpe, como si la oscuridad del juego hubiera dejado ver un segundo al hombre debajo.

—No volvería a esa casa ni aunque dependiera de ello el futuro de mi aplicación.

Entré de una embestida lenta, profunda.

«¡Joder!».

Naomi se arqueó debajo de mí y me agarró por los hombros. Empecé a moverme, manteniendo el ritmo exacto que sabía que la volvía loca, dejándole sentir todo: el peso, el control, la voz rota en el modulador, los guantes, la capa rozándole los muslos, la fantasía cumpliéndose a lo bestia.

—Mía —murmuré.

—Sí.

—Otra vez.

—Soy tuya, solo tuya.

No pude besarla para tragarme el gemido que siguió encadenándose al siguiente.

No follamos. Arrasamos. Con esa mezcla rara y perfecta de juego, posesión y confianza. Ella respondió a cada orden, me devolvió mordiscos sobre la piel, me desafió con frases a media voz y acabó totalmente deshecha cuando la cargué sin salir de ella y la empotré contra el colchón, hundiéndola debajo de mí, aferrada a mis hombros hasta exprimirme cuando el orgasmo la alcanzó.

Se corrió gritando mi nombre real.

Eso terminó de joderme.

Empujé una vez más, dos, y me vacié con la frente apoyada en la suya, respirando como si me hubieran reventado el pecho desde dentro.

Tardamos un momento en volver al planeta Tierra.

Luego me quité la máscara del todo. Después la ropa. Naomi la miró, me observó a mí y sonrió con esa cara de chica brillante recién follada que podría convertirme en creyente de cualquier religión si fuera la diosa a quien le rezaba.

Le aparté el pelo pegado a la frente.

—Te quiero.

Lo dije sin chiste. Sin escudo. Sin una puta capa que me protegiera de nada.

Sus ojos se abrieron apenas.

—Yo…

—No, déjame hablar, necesito que no dudes y que lo entiendas. Te quiero cuando te pones borde, cuando te refugias en datos, cuando finges que no tiemblas si te toco y cuando te ríes de mis gilipolleces, aunque quieras matarme luego. Te quiero en mi cama, en la banda, con un iPad en la mano y con cara de que vas a demandar al mundo entero si se meten con tu *app*. Te quiero completa, Naomi Parks. Sin modo ahorro. Sin escudos y con mucha fuerza.

Ella tragó saliva, me tocó la cara y sonrió de esa forma suya, pequeña y devastadora, como si acabara de abrirme el pecho y le gustara lo que había dentro.

—Yo también te quiero, idiota. Aunque seas un mandón insufrible, aunque a veces me desesperes por *stalkeador* sin principios, aunque sigas teniendo la maravillosa capacidad de meter la pata con la elegancia de un *wookie* borracho. Te quiero porque me ves incluso cuando intento esconderme. Porque me haces sentir más valiente, más libre y muchísimo más viva. Porque debajo de todo ese ego de *quarterback* y lord Oscuro hay un hombre que me cuida, me empuja, me provoca y me entiende mejor de lo que me conviene. Y porque, siendo sinceros, nadie más iba a conseguir que yo me enamorara perdidamente de un imbécil con capa.

Me reí y la besé despacio.

—Sabía que acabarías cayendo al lado oscuro.

Naomi me rozó la boca con una sonrisa cansada, caliente, peligrosamente feliz.

—No flipes, Anakin. No he caído. He saltado yo sola.

Eso me arrancó otra risa, de las de verdad.

Apoyé la frente en la suya y le acaricié la mejilla con el dorso de los dedos, forzándola a que su cuerpo desnudo cubriera el mío.

—Perfecto. Entonces, ya puedes ir asumiendo que, si alguna vez corres, pienso pasarme el resto de mi vida persiguiéndote por toda la galaxia.

—Buena suerte con eso —murmuró ella, acariciándome el pecho —. Soy rapidísima, y ahora conozco todos tus trucos.

—Entonces —susurré contra su boca—, voy a asegurarme de que siempre quieras que te alcance.

En el campo siempre supe reconocer el momento exacto en que un balón cambiaba de dueño.

Esa noche sentí lo mismo, pero con mi corazón.

Esta vez no había ganado un partido, sino algo muchísimo mejor: la certeza brutal de que el mejor *touchdown* siempre sería ella.

CAPÍTULO 76



Naomi

Mi primer Acción de Gracias con los Cowboys fue una experiencia entre entrañable, surrealista y digna de estudio sociológico.

En mi familia hubiese sido distinto. Mi madre habría convertido la cena en una mezcla de *masterclass* sobre *skincare*, microbiota y alimentos antiinflamatorios, todo mientras vigilaba que nadie saboteara su equilibrio intestinal con salsas sospechosas. Mi padre habría aparecido con esa calma suya de científico brillante, probablemente dejando caer alguna comparación espacial que sonaría mucho más lógica de lo que debiera. Y yo habría acabado refugiándome en la cocina, preguntándome en qué momento una celebración terminó pareciéndose a un congreso de élite con buen cutis.

Así que no, no venía exactamente de un hogar convencional. Pero, al menos, los Park no fingían ser otra cosa. Los Cowboys, en cambio, convertían cualquier celebración en una mezcla extraña de espectáculo, testosterona, focos y dinero suficiente como para que más de uno quisiera meter la mano donde no debía.

Valentino estaba radiante.

No solo en el campo, que también. Fuera de él había dejado de andar como si estuviera librando una guerra civil interna, y eso, en un hombre como él, era casi más llamativo que cualquier estadística. Seguía siendo intenso, bocazas y peligrosamente consciente de su propio atractivo, pero ya no transmitía esa sensación de chico empeñado en demostrarle algo al universo. Parecía más… asentado. Thiago decía que por fin había dejado de jugar contra sí mismo; incluso recibió una llamada de Levi dándole la enhorabuena.

Mi cuerpo se ponía en alerta cada vez que nos encontrábamos, ya fuera en una sala visionando jugadas o en la intimidad de una habitación.

No era solo el sexo, aunque el sexo seguía teniendo el mismo efecto en mi sistema nervioso que una descarga bien colocada en la Estrella de la Muerte. Era todo lo demás. Cómo me escuchaba. Cómo me dejaba pensar en voz alta sin interrumpirme con soluciones de macho alfa de saldo. Cómo había empezado a mirarme, no como a una chica complicada que lo ponía cachondo, sino como alguien con quien quería construir estrategia, planes y quizá algo más peligroso: futuro.

Grayson, en cambio, se mantuvo a distancia desde mi cobra en casa de sus padres, como si hubiera decidido guardar nuestra amistad en un cajón con el resto de cosas que no estaba acostumbrado a perder. Nos cruzábamos por las instalaciones, me saludaba con una inclinación de cabeza y seguía su camino. Sin tensión evidente, sin escena de celos o petición de explicaciones. Algo en ello me tranquilizaba y me ponía nerviosa a la vez, que venía a ser la especialidad de esa familia.

El partido contra los Packers convirtió Dallas en una mezcla de circo romano, misa de Navidad y final de saga galáctica. Acción de Gracias en los Cowboys no era un simple partido. Era una institución, un ritual, una demostración pública de músculo, orgullo y espectáculo. Y Valentino, por supuesto, brilló como si alguien hubiera decidido subirle el contraste al universo.

No necesitaba contar cada jugada para saber lo que supuso aquella victoria. Bastaba con mirar las caras. La grada rugiendo, los *flashes*, los reporteros atropellándose por un titular y él ahí, enorme

bajo los focos, manejando el caos con esa mezcla de descaro y sangre fría que hacía que cualquier lectora de romántica perdiera la dignidad y cualquier coordinador defensivo se replanteara sus decisiones vitales.

Lo peor era que yo también caía.

No con la parte obvia, que también. Con la otra. La más peligrosa, la que veía entre una repetición y otra cómo ciertos mercados de apuestas movían líneas con una precisión que me erizaba la nuca.

Porque el volumen había subido.

Más exposición mediática significaba más dinero entrando, más ojos puestos en los *props* y más margen para que la rata adecuada intentara sacar rendimiento de los microeventos rentables: *touchdowns*, yardas, eficiencia en *red zone*, reparto de *snaps*, decisiones bajo presión. Ya no me quedaba ninguna duda de que no iban solo a por resultados globales. Iban a por pequeñas piezas del partido capaces de generar dinero sin hacer demasiado ruido y que mi aplicación predecía con claridad rotunda.

Solo esperaba poder celebrar que nuestro señuelo seguía funcionando, como Valentino había previsto.

Avery y el General estaban en la zona reservada a las familias. Este año habían venido a apoyar a Valentino y a pasar Acción de Gracias en Dallas, lo que significaba que, después del partido, cenarían con nosotros.

Eso me puso un poco nerviosa.

En una videollamada con mis amigas les confesé que Valentino y yo no solo habíamos arreglado las cosas, sino que estábamos juntos. Camila se puso a chillar como si hubiera ganado la lotería romántica. Avery, en cambio, adoptó una expresión mucho menos festiva. Más bien una de «como vuelva a hacerte daño, entierro el cadáver en un campo de maíz».

Y, sinceramente, la entendía.

La última vez que nos vio, yo estaba hecha polvo por culpa de su hermano y ella se puso de mi lado sin pestañear. Así que esa cena tenía un pequeño componente de examen oral con riesgo de suspenso.

Valentino, por supuesto, decidió resolverlo a su manera.

Me esperó junto al ascensor, me besó como si no hubiera nadie mirando, y antes de que pudiera protestar, me presentó al General como su novia y remató la jugada dejando caer que aquel era nuestro primer Acción de Gracias juntos de muchos.

Su padre me dio la bienvenida con educación militar, de esa que no te insultaba, pero tampoco te invitaba a relajarte. Luego se quedó con su hijo en el salón viendo repeticiones del partido, como si hablar de fútbol americano les resultara más fácil que charlar de cualquier otra cosa. Avery aprovechó para arrastrarme a la cocina.

—Más te vale decirme que mi hermano te está tratando bien o le echo laxante al pavo.

La miré con una mezcla de ternura y culpa.

—Tu hermano no es como piensas.

Se cruzó de brazos.

—Ya. Entonces, lo de colarse en tu habitación vestido de lord Oscuro porque había perdido su polvo talismán fue una alucinación colectiva.

Iba a matar a Camila, si es que no podía guardarse una…

—Bueno…, me dio varios orgasmos con su sable láser y después me dijo que me quería. Además, era una de mis fantasías, así que, técnicamente, salí ganando.

Avery cerró los ojos un segundo.

—Qué asco. Qué innecesario vuestro *roleplay* imperial y qué típico de él.

—Al margen del sexo —dije, ya sin ironía—, vamos en serio.

Me sostuvo la mirada unos segundos más. Evaluándome. Valorándolo a él a través de mí.

—Eso ya me lo imagino. Lo que todavía no tengo claro es si sabe lo que tiene delante.

Sonreí un poco.

—Tal vez tú tampoco sabes del todo quién es tu hermano.

Avery arqueó una ceja.

—Eso ha sonado demasiado bonito para alguien que acaba de contarme que mi hermano se la folló vestido de villano galáctico.

Las dos miramos hacia el salón. Él acababa de girarse hacia nosotras y me lanzó uno de esos guiños suyos que deberían venir con advertencia para el útero.

Avery resopló.

—Sigue pareciéndome insufrible.

—Lo es, y, aun así, me encanta.

—Por lo menos te mira como si fueras lo único que le importa en esta galaxia.

Tragué saliva.

—Sí.

Ella me pasó una fuente.

—Vale. No pienso darle mi bendición para que esté contigo hasta que no me demuestre que te hace cien por cien feliz, pero tampoco pienso envenenarlo. Bienvenida a la familia Dalton, Naomi.

Nos dimos un abrazo, nos echamos a reír y salimos hacia el comedor con las bandejas.

Mis padres me llamaron esa misma noche y mamá, después de asegurarse de que mi cena no hubiera consistido en algo texano, frito y bañado en grasa saturada, quiso saber si iría en Navidad. Le dije que sí, probablemente. Solo esperaba que, para entonces, el problema del *hacker* estuviera resuelto.

No le conté que me estaba enamorando de un *quarterback* arrogante, escandalosamente listo y con una capacidad francamente ofensiva para desmontarme.

Eso lo dejaba para otro día. Cuando quisiera poner a prueba la posible úlcera de mi madre.

El partido contra los Giants, apenas tres días después de jugar contra los Packers, fue intenso, tenso, sucio y bastante menos vistoso que el anterior, pero lo que a mí me tuvo con el pulso alterado no fue el marcador. Fueron los *props*. Demasiado afinados otra vez. No perfectos, pero sí sospechosamente cerca en cosas que no deberían anticiparse con tanta precisión, salvo que alguien siguiera oliendo información interna.

Mis ojos no dejaban de moverse en busca del posible ladrón.

Quién se tensaba en una conversión de *red zone*. Quién respiraba de más cuando determinado jugador se quedaba sin *snap*. Quién

reaccionaba como si no estuviera viendo un partido, sino una cuenta bancaria actualizándose en tiempo real.

Valentino y yo seguíamos obligados a mantener viva la estrategia que habíamos marcado para descubrir quién estaba detrás de la sustracción de datos. El problema de tender trampas a gente inteligente era que, a veces, la gente inteligente detectaba enseguida que el queso olía raro.

Alguien debió molestarse.

Porque recibí una llamada del departamento de informática para que, con la excusa de que quedaba un mes para cerrar el año y tocaba actualización de sistemas, antivirus y revisión general de seguridad, entregara mis equipos el lunes siguiente para echarles un ojo.

Mis equipos, en plural.

Portátil principal, estación auxiliar y el iPad.

Sonreí, firmé la entrega y por dentro se me activaron todos los protocolos.

Aquello ya no iba solo de robar datos, iba de medir reacciones.

Fue en mitad de aquel repaso mental cuando Grayson se acercó a mí en el pasillo, justo cuando iba hacia la zona de visionado.

—Naomi, ¿podemos hablar un instante?

No podía negarme. Al fin y al cabo, era mi jefe.

Asentí. Me llevó a un rincón tranquilo, lejos de las oficinas principales.

—Quería disculparme por lo del otro día —farfulló—. Estuve fuera de lugar y no debí tomármelo así. No estoy acostumbrado a que me digan que no y reaccioné como un imbécil.

Lo observé en silencio mientras se disculpaba.

—No era mi intención hacerte sentir incómoda. Ni complicarte el trabajo aquí. Si no sientes nada, no voy a insistir, no estás aquí para rellenar mis carencias afectivas por mucho que me gustes.

Algo en su tono parecía sincero. O eso, o era peligrosamente bueno fingiendo.

Me tendió la mano.

—¿Amigos? Eres de las pocas personas en las que confío aquí, y te juro que no quiero complicarte el trabajo o que te sientas

incómoda. Eres fundamental para que las cosas funcionen y, como dijo mi cuñado…, necesitamos que los números salgan.

Miré esa mano un segundo más de lo necesario.

«¿Stephen? ¿Los números?».

La frase me dejó un regusto raro.

¿Quiénes necesitaban que funcionaran? ¿Él y su cuñado? ¿La franquicia? ¿Y si había pasado algo por alto?

Al final le estreché la mano. No quería pasar el resto de mi tiempo en los Cowboys trabajando de culo con él.

—Amigos —sentencié.

Grayson sonrió, esta vez con menos brillo y más cansancio.

Me quedé con una sensación muy clara pegada al estómago. ¿Y si la oveja negra de los Joneson era mucho más oscura de lo que yo había calculado?

CAPÍTULO 77



Valentino

Mientras todo el mundo preparaba el partido contra los Buccaneers como si aquella fuera la única guerra abierta, yo llevaba dos semanas y media librando otra desde las sombras.

La del campo era sencilla de explicar: dos partidos para *playoffs*, presión, cámaras, un rival al que había que leer antes del *snap* y un vestuario que empezaba a creer de verdad en mí, entregándome la corona de QB1 por mérito y por encima de Whitaker.

La otra era más sucia, más silenciosa y muy divertida si te gustaba ver caer a un cabrón gracias a tus propias trampas.

Confieso que cuando le dijeron a Naomi que debía entregar sus dispositivos apenas dormí. No de los nervios, sino atando todos los hilos para que no nos fueran a descubrir y plantar la semilla en el maldito Caballo de Troya. Lo hizo con esa cara suya de *nerd* brillante, fingiendo normalidad mientras por dentro iba más armada que el Halcón Milenario.

No había manipulado los equipos para blindarlos, eso hubiese sido de pardillos.

Si le ponías un muro a alguien listo, sabía que había una guerra, así que le ofrecí una puerta entornada, una luz cálida al fondo y un cartel gigante que decía «pasa, cariño, aquí dentro hay oro». Un *honeypot* elegante, una baliza diminuta y una firma fantasma escondida en los paquetes que más les interesaban. Nada que saltara a simple vista. Nada que sonara a alarma. Solo un rastro tan fino que ni un paranoico con doctorado lo habría visto si no sabía dónde mirar.

La idea era sencilla: dejar que robaran convencidos de que se iban a forrar.

Y funcionó.

En los partidos que disputamos contra los Eagles y los Browns, el hijo de puta hizo justo lo que necesitaba. Entró limpio, usó credenciales válidas, tiró de rutas internas, mascó variables ofensivas y salió por nodos intermedios para no dejar el culo al aire. Profesional, cuidadoso. Nada de *amateur* con capucha en un sótano.

Esto lo llevaba alguien con acceso, paciencia y manos hábiles, aunque no tanto como las mías.

No corté nada.

Me limité a recabar datos y analizar.

Me fijé en lo que robaban. No iba solo a por el ganador del partido. Era listo, buscaba múltiples apuestas, detalles pequeños que diversificaban las ganancias para que fuera menos ostentoso. Detalles que, bien usados, daban dinero sin hacer demasiado ruido.

Llevaba todo ese tiempo obsesionado, metiéndome en el sistema de apuestas más encriptado del mundo en busca de mi queridísimo mamón.

No había sido simple.

La extracción se producía siempre en ventanas muy concretas, pegadas a revisiones internas o actualizaciones de rutina. Con el olor exacto a «esto pertenece al sistema» que hacía que nadie mirara dos veces.

Después vi adónde iba.

Tiré de correlación temporal, seguí movimientos espejo, identifiqué cuentas puente y dejé que la baliza me fuera dibujando el mapa. Robaban aquí, empaquetaban allí, cruzaban por un nodo

limpio, fragmentaban el envío y, al poco, ciertos mercados reaccionaban demasiado pronto. No mucho. Lo justo, usando la codicia, no el hambre. El hambre aprieta, la codicia sonríe.

Dos partidos para que se confiara y yo me percatara de aquellos cuantiosos beneficios bien repartidos, limpios, metidos en varias cuentas de paso y enviados después a destinos que olían a fiscalidad creativa y a gente muy convencida de que nunca la pillarían.

Y esa última semana, por fin, les corté las alas.

Contra los Buccaneers activé el veneno.

No toqué el plan real del equipo ni la lectura de Naomi. Lo que alteré fue la lectura robada, las variables espejo, la capa bonita del señuelo. Esa en la que parecían seguir encontrando oro, pero en realidad solo había mierda brillantemente empaquetada.

Le dejé creer que ese domingo íbamos a cargar más el juego corto por dentro.

Que cierto receptor iba a comerse más *targets* en *red zone*.

Que, si Tampa enseñaba presión, yo reaccionaría conservador.

Mentira.

Lo bastante precisa para ser creíble, lo bastante falsa para costarle al ladrón un pastizal cuando usara esa información para mover sus *props*.

Había momentos en un partido en los que notabas el giro antes que nadie. No hacía falta ver todo el campo; bastaba una cadera mal colocada, un *linebacker* medio paso tarde o un *safety* mirando donde no debía. En la red pasaba igual. Y en las apuestas, todavía más.

No tuve que esperar al lunes ni a que ningún analista dijera gilipolleces en televisión.

Bastó el domingo.

Bastó ver cómo ciertas variables amañadas se iban torciendo en directo, cómo algunos *props* que habían afinado demasiado bien las semanas anteriores se estrellaban uno detrás de otro y cómo una de las cuentas que llevaba días vigilando empezó a moverse con esa clase de urgencia que solo daba el pánico cuando el dinero salía por el desagüe rápido.

Demasiado feo para alguien que hasta entonces había sido matemático.

No era solo que hubiera perdido. Era cómo intentó recolocarse. Hubo una entrada precipitada, un salto de ruta menos limpio que de costumbre, una consulta acelerada a través de un acceso interno y un barrido torpe de *logs*, como si quisiera comprobar qué demonios había fallado y borrar huellas a la vez.

Sonreí.

—Ya te tengo, cabrón.

Seguí el rastro mientras se desplegaba por mis pantallas. Cuenta de apuestas, cuenta puente, rebote. Otra cuenta, salida internacional, vuelta, nodo interno. Revisión informática, credencial espejo. Un nombre corporativo que no me decía nada y otro que…

«¡Joder! Este puto apellido lo conozco demasiado bien».

Me incorporé despacio en la silla.

Volví atrás y rehíce el trayecto porque eso era demasiado grave para ser cierto.

Comparé marcas horarias, las claves de sesión, el orden de los accesos y la firma del *script* que intentó limpiar el movimiento. Todo cuadraba.

Tenía el apellido, pero me faltaba asociarlo al nombre, porque ahí no había solo una persona, sino dos, y el segundo apellido no era el esperado si se hubiera tratado de Vivian y Stephen.

Pensé en Grayson el primero, claro.

Era fácil, no podía ni verlo después de que tratara de levantarme a Naomi, aunque no las tenía todas conmigo.

Así que tecleé el otro apellido para ver a qué Joneson podía asociarlo… Seguí tirando del hilo, mis dedos volaban sobre el teclado.

Benditos *prompts* y benditas búsquedas profundas con IA; di con ello en cuestión de segundos.

El tirón me devolvió una conexión con informática tan clara que hasta me dio rabia no haberla visto antes.

¿Cómo había estado tan ciego?

Seguí tecleando y entonces apareció la segunda capa, la de verdad, la de la certeza.

El tipo de detalle que pasabas por alto si no conocías a la familia adecuada y no llevabas meses viviendo entre sus egos, sus silencios

y sus putos modales de realeza texana.

Me quedé mirando la pantalla sin pestañear.

—No me jodas.

Todo encajó de golpe.

La brecha limpia. El control de imagen, el odio larvado, la necesidad de no dejar huella. La venganza cocinada a fuego lento. La persona perfecta para no levantar sospechas porque siempre había hecho lo esperado, hasta que dejó de hacerlo.

Apoyé las manos en el escritorio y solté aire despacio, intentando ordenar el subidón de rabia, admiración involuntaria y ganas de romper algo. Porque no solo sabía ya quién nos había estado jodiendo todo este tiempo.

Sabía también que, cuando se lo dijera a Parks, iba a explotarle la cabeza.

Cogí las llaves, el móvil, la chaqueta y, mientras cerraba el ático, la llamé.

Tardó dos tonos en descolgar.

—Estamos a jueves, son casi las once y no, no voy a darte sexo telefónico por muy convincente que te creas, Anakin.

Me monté en el ascensor para bajar al garaje.

—Parks, deja lo que estés haciendo. Paso a buscarte por el hotel.

—Si esto no incluye una emergencia, un asesinato o una muy buena razón para que te espere sin bragas, cuelgo.

—No hace falta que me esperes sin ellas porque vas a perderlas, y no me refiero a que vaya a arrancártelas, por mucho que me tiente la idea.

—¿Qué pasa?

Abrí el coche y me metí dentro con el corazón yendo a cien.

—Que ya he descubierto a nuestro *hacker* y no te lo vas a creer, necesito que lo veas.

CAPÍTULO 78



Naomi

Cuando atrapabas a un ladrón, solo había dos formas de actuar: llamar a la policía o mirarlo a los ojos y preguntarle por qué demonios decidió prenderle fuego a tu vida.

Yo había elegido la segunda.

Ayer Valentino se presentó en el hotel con esa cara suya de QB1 a punto de lanzar un pase de cincuenta yardas o declarar una guerra, poco importaba que al día siguiente tuviese entrenamiento, y con razón. Me enseñó lo que había encontrado, me explicó la ruta, la baliza, la trampa, la pérdida de dinero del domingo y el hilo que llevaba desde la chica de informática hasta un apellido que me dejó la cabeza sonando como una alarma contra incendios.

Darah Mitchell.

La *rookie* de las DCC.

La chica a la que acusaron de haber drogado a Charlotte Joneson cuando las pillaron juntas.

¡La hermana de la informática!

Y, por si fuera poco, detrás de todo estaba la mismísima Charlotte, porque las cuentas llevaban a una sociedad en la que ella

constaba como cotitular junto a Darah.

No me costó dormir una mierda. Me costó no reventar algo y no presentarme en la mansión de los horrores para sacudir algo que no eran precisamente pompones.

A la mañana siguiente me até el pelo en una coleta superprieta, me puse la microcámara que trajo Valentino —cuya procedencia u objetivo pasé por alto— y me fui directa al edificio donde las DCC estaban preparando la gala de Navidad. Si Charlotte había convertido mi *app* en su vía de escape, iba a tener la decencia de explicármelo mirándome a la cara y en 4K.

La encontré en un despacho lateral, revisando unas carpetas con la serenidad impecable de quien había nacido para posar sobre una ruina y seguir pareciendo una portada de revista. Alzó la vista al verme entrar.

—Señorita Park, ¿qué te trae por esta zona de The Star? Lo cierto es que no te esperaba, aunque ya te dije que tienes potencial de DCC. ¿Buscas una oportunidad para la plantilla del año que viene?

Cerré la puerta tras de mí.

—Ya somos dos las sorprendidas. Yo tampoco esperaba descubrir que mi *app* estaba financiando una red de apuestas con apellido Joneson.

Su expresión no cambió al instante. Primero hubo una pausa pequeña, elegante, casi teatral. Luego dejó el bolígrafo sobre la mesa.

—No sé de qué me hablas.

—Claro que lo sabes, y yo ya no tengo paciencia para tu versión Joneson del *gaslighting*.

Me acerqué despacio. No quería gritar. Quería que le doliera entender que ya no estaba un paso por delante.

—Sé que la chica que ha estado revisando mis equipos y paseándose por ellos es la hermana de Darah Mitchell, y las dos sabemos que todo esto no empezó por dinero.

Charlotte se quedó mirándome en silencio. Midiendo su respuesta, asumiendo que, por mucho que tratara de ocultarlo, era tarde, porque yo ya sabía la verdad.

—Ahórrate ponerte creativa conmigo. Nos ha costado, pero al final encontramos todas las conexiones. Las rutas salían por revisión interna, se cruzaban con las apuestas y el dinero acababa demasiado lejos como para parecer casualidad, a nombre de una sociedad cuyas administradoras conoces bastante bien. Podrías intentar seguir mintiendo, sin embargo, las dos perderíamos el tiempo.

No pensaba mencionar a Valentino ni loca, ponerlo en el punto de mira podría ser fatal.

—¿Qué quieres, Naomi? ¿Dinero? Porque si se trata de eso…

Por primera vez vi algo distinto en sus ojos. No miedo exactamente. Más bien cansancio. El de alguien que llevaba demasiado tiempo sosteniendo un decorado con las manos desnudas.

La pregunta me enfadó más de lo que debería.

—Para empezar, quiero saber cuántas partes de esta mierda eran venganza y cuántas puro instinto de supervivencia.

Charlotte soltó una risa breve, sin humor.

—Qué bonito. Te diré una cosa: estoy harta de auditorías morales, ya me han hecho demasiadas.

—Tú has usado mi trabajo para llenarte los bolsillos y has puesto en peligro al equipo. Perdóname si no aparezco con flores.

Se apoyó en el respaldo de la silla y me observó de una forma extraña, como si estuviera decidiendo cuánto de mí le convenía respetar.

—Lo creas o no, nunca quise perjudicarte.

—Pues casi te sale de puta madre. Los medios ya hablan de alguien que parece conocer ciertos resultados de antemano.

Eso sí la hizo bajar la vista un segundo.

Solo uno.

—Te juro que no era por ti —repitió.

Charlotte tragó saliva. Cuando volvió a hablar, su voz había perdido parte del barniz.

—Siempre fue por salir de aquí.

Alzó una mano, abarcando el despacho, el edificio, la vida entera.

No dije nada.

Ella tampoco durante unos segundos. El aire se puso raro. Más denso. Como si la verdad llevara años pegada a las paredes, esperando a que alguien la obligara a sentarse.

—Nunca quise casarme con Stephen —dijo al final—. Nunca quise a ningún hombre. Pero en mi familia eso no era una opción. Ser lesbiana no era una posibilidad, era una vergüenza, una enfermedad, un castigo divino con apellido Joneson.

La miré sin moverme.

—Pensé que, si me esforzaba, podría soportarlo. Que quizá funcionaría. Mi noche de bodas terminé vomitando y llorando mientras él me preguntaba si necesitaba un médico. Me dolió demasiado. Y no hablo solo de lo físico.

Cerré la boca. Cualquier respuesta me habría sonado idiota.

—Con el tiempo dejó de tocarme. Y yo lo agradecí como si me hubieran absuelto de una condena. Luego empezó a acostarse con Vivian. —Se encogió apenas de hombros—. Créeme, prefería que se acostara con mi hermana a que me tocara a mí.

Aquello era tan jodido que, por un momento, me dieron ganas de sentarme.

—Me refugié en las DCC —continuó—. Y entonces llegó Darah.

Su nombre cambió algo en su cara. No la ablandó. La volvió real, humana.

—Fue amor a primera vista. Ridículo, adolescente, devastador. Como una maldita enfermedad de la que no quería curarme. Cuando nos pillaron en el despacho, mi padre montó un escándalo. A ella la acusaron de haberme puesto algo en la bebida. A mí me ingresaron en una clínica donde prometían arreglar a mujeres como yo.

—Dios.

No quería ni imaginarlo.

—No. Dios no. Mis padres. Si nuestro Señor existe, lleva años apartando la vista de Texas.

Pese a todo, casi sonreí.

—Fingí que me habían curado —dijo—. No porque me lo creyera, sino porque necesitaba salir. Necesitaba encontrar una forma de largarme sin que mi familia me despedazara por el camino y acabara mendigando en cualquier rincón de Estados Unidos. El amor es

precioso, Naomi, pero también hay que llevarse algo a la tripa. Entonces, Stephen me dio la idea.

Charlotte inclinó la cabeza.

—En una de sus visitas al centro me habló de tu aplicación. Dijo que Vivian había dado con una herramienta revolucionaria, que en el mundo de las apuestas deportivas valdría millones, que podría hacer inmensamente rico a cualquiera. Lo soltó como quien comenta el tiempo, porque Stephen nunca ha tenido demasiadas luces y su ludopatía es de las que no se curan, pero yo llevaba meses encerrada con demasiado tiempo para pensar. La semilla prendió y la idea germinó.

—Así que colocaste a la hermana de Darah en la franquicia.

—No. Alexandra ya trabajaba aquí antes de que Darah entrara. Pasa mucho. Algunas chicas son hijas de antiguas DCC o familiares de empleados. Pero sí, cuando salí y le conté a Darah lo que se me había ocurrido, Alexandra aceptó ayudarnos. Quería echarnos una mano. Estaba harta de ver cómo mi familia nos había triturado y luego se había echado perfume para que no oliera. —Su voz se quebró apenas—. Todavía no sé cómo quiso darme soporte después de todo lo que la prensa dijo de su hermana.

Me clavé las uñas en la palma.

La entendía.

Joder. Esa era la parte más molesta. La entendía.

La jaula, la rabia, la desesperación obscena de necesitar dinero para comprar una salida cuando todo a tu alrededor llevaba años repitiéndote que ni siquiera tu cuerpo te pertenecía. Pero mi compasión tenía un límite y estaba justo en el punto donde empezaba a arder mi vida.

—Podría haber comprendido que quisieras irte —dije por fin—. Incluso que quisieras llevártelo todo por delante. Lo que no puedo tolerar es que usaras mi trabajo, mi *app* y a todo el equipo como munición.

Charlotte se puso en pie.

—¿Y qué querías que hiciera? ¿Pedir permiso? ¿Esperar a que mi padre me bendijera el divorcio para irme con una mujer? ¿O quedarme aquí sentada hasta convertirme en un cadáver carísimo

con sonrisa de revista, sabiendo que el amor de mi vida no me esperaría eternamente?

—No, pero tampoco prenderle fuego a los demás.

—No robé tus datos para hacer daño. Lo hice para largarme.

—Y para conseguirlo casi hundes mi trabajo. Manipulaste apuestas con información confidencial, pusiste a la franquicia en el centro de una mierda que no era suya y me convertiste a mí en una pieza de tu plan.

Se tensó.

—No eras una pieza. Eras una oportunidad.

—Me usaste.

Charlotte soltó aire por la nariz.

—No me hables como si tú no supieras lo que es sentirse usada en este sitio. A los Joneson no nos educan para querer. Nos educan para poseer, para creer que el mundo nos pertenece y que las personas también. Lo has sentido, tuviste que pasar la criba de papá. Las miradas de Elliot. A Vivian diciéndote qué hacer o con quién relacionarte. A Grayson buscando ponerte un anillo…

Eso me golpeó donde debía. La odié un poco por acertar.

—La diferencia —dije despacio— es que yo no arrastro a los demás al incendio para escapar.

Charlotte levantó la barbilla, orgullosa, rota, acojonada justo por debajo de la piel.

—Tú no estabas encerrada en mi vida.

—No, pero sí estaba atrapada en la mía y, aun así, he tenido que buscarme la salida sola, sin llevarme por delante el nombre de nadie por el camino.

—Puede que yo no sea tan buena como tú. Ni tan capaz. Pero he intentado cavar con las uñas el único túnel que veía hacia la libertad.

Y ahí estaba, la verdad más incómoda de todas.

No era una villana de opereta. Era una mujer a la que habían destrozado con tanta educación y tanto dinero que, cuando por fin encontró una salida, eligió la que podía cargarse al resto.

Nos miramos en silencio. Dos mujeres demasiado cansadas para fingir que aquello iba de blanco o negro.

Entonces, volvió a hablar.

—Estoy en tus manos. ¿Qué piensas hacer? —preguntó al fin, con la barbilla alta y el miedo latiéndole justo debajo de la piel—. ¿Vas a ir corriendo a contárselo a mi padre y así obligarme a renunciar a lo único que he amado en la vida?

CAPÍTULO 79



Valentino

Si alguien me hubiera dicho a principios de temporada que iba a llegar a enero con el vestuario detrás, la división casi atada, una novia capaz de freírme las neuronas con una mirada y una vida sexual que merecía santoral propio, le hubiese respondido dos cosas.

La primera: que dejara las drogas.

La segunda: que me pasara el contacto de su camello.

Porque, joder, me iba bien.

Me iba tan bien que hasta empecé a sospechar que el universo estaba cogiendo carrerilla para meterme una hostia. En general, no se equivocaba nunca con esas cosas.

Aunque, claro, imagino que antes de que caigais en mi asquerosa balsa de almíbar, querréis saber qué ocurrió tras la conversación de mi chica con la hija pródiga de la franquicia.

Pues bien, Naomi me contó la charla que tuvieron y al trato que llegaron, después de que le echara en cara el uso fraudulento de su aplicación, en la guarida de la loba.

Quedamos ese mismo día, después de que Naomi fuera por la tarde a entrenar un rato para soltar su mala hostia, y yo la esperaba

en el ático con la cena lista.

Apareció con esa cara suya de mujer inteligente a punto de exponer una tesis o incendiar una ciudad. Las dos me ponían y eran jodidamente mías. Se quitó el abrigo, dejó el bolso en la encimera y me soltó:

—Antes de que pongas esa cara de quarterback *posesivo con ganas de empotrarme contra cualquier superficie…, he tomado una decisión.*

Apoyé el hombro en la nevera, cerveza en mano y cero ganas de fingir serenidad.

—Cariño, yo siempre pongo cara de quarterback *posesivo. Y tendrás que ser más específica sobre la superficie en la que, sí o sí, te voy a follar.*

Ella puso los ojos en blanco. Señal maravillosa. Cuando Parks rodaba los ojos, normalmente todavía quedaban opciones de salir vivo y con orgasmo incluido.

—He llegado a un acuerdo con Charlotte.

Me quedé quieto.

—Eso no me gusta nada.

—No he dicho que te tenga que gustar.

—Parks…

—Ni ella ni Alexandra van a volver a tocar la app*. Ni usarán los datos. Se acabó, cero accesos, cero inventos, cero desvíos de información. Le he dado de margen hasta que termine diciembre. Después tendrá que decírselo a su familia y asumir las consecuencias.*

Bebí un trago sin apartar los ojos de ella.

—Eso no es un acuerdo. Eso es dejar que una Joneson con dinero, traumas y cero costumbre de perder le envuelva una granada a su familia y le ponga un lazo rojo para Navidad.

Naomi cruzó los brazos.

—No la estoy absolviendo. Estoy evitando que me arrastre con ella, y si quiero eso, debo hacerlo bien. Una cosa es que pueda entender su motivación y otra que no crea que debe pagar por lo que me ha hecho.

—También podrías denunciarla.

—Y también podría pasarme los siguientes seis meses explicando que no estaba compinchada con ellas mientras convierten mi app *en carnaza y la palabra «apuestas» se pega a mi nombre como chicle al pelo.*

Vale. Punto para mi nerd*.*

Se acercó despacio y me quitó la botella de la mano para dejarla a un lado.

—Entiendo por qué quería largarse de esa familia de dementes con cubertería cara, lo que no significa que pueda pasarlo por alto. Pero prefiero que la mierda Joneson la limpien ellos antes de que me salpique a mí, a la aplicación o al equipo.

La miré unos segundos.

Y no podía sentirme más orgulloso. Naomi estaba siendo Naomi: brillante, fría donde tocaba y con esa ética rarísima suya de no querer ensuciarse con barro ajeno si podía evitarlo.

—No me gusta Charlotte —dije, apretándola contra mi cuerpo.

—Ya.

—Y, aun así, vas a dejarla caminar hasta final de mes.

—Sí, tiene como último día el partido contra los Eagles.

Suspiré.

—Eso es el 4 de enero.

—Eso es dejarle pasar la Navidad tranquila, tampoco es que quiera joderles las fiestas.

—Te odio un poco cuando tienes razón.

Ella sonrió de lado.

—No me odias, solo te pone nervioso que no necesite que vengas a salvarme.

La agarré de la cintura y la senté en la encimera.

—Cariño, a mí lo que me pone nervioso es tenerte aquí, abierta de piernas para mí.

Me besó con esa media sonrisa suya que siempre parecía contener un insulto muy cariñoso mientras yo le restregaba mi más que evidente erección.

Aquella noche cenamos frío y poco nos importó.

El domingo jugábamos contra Tampa y, aunque aún me escocía el runrún de Charlotte, en cuanto me puse el casco, todo lo demás se

colocó en su sitio.

El partido contra los Buccaneers tuvo esa clase de ritmo que te hacía sentir que el balón latía contigo. No fue el más bonito de la temporada ni el más histérico, fue uno de esos en los que veías claro dónde respirar, dónde apretar y dónde clavar el cuchillo sin montar un numerito de héroe de acción.

Ellos venían con un receptor élite, ganas de tocar los cojones y una defensa bastante decente contra la carrera. Nosotros teníamos frío suave, estadio medio encendido y una sensación cada vez más evidente de que aquel equipo ya sabía a qué jugábamos cuando yo dejaba de ponerme épico y me dedicaba a mandar.

Eso, por cierto, también tenía mucho que ver con Naomi.

No porque ella entendiera de protecciones mejor que mi línea. Bueno, en realidad, igual sí. Sino porque me había colocado la cabeza donde debía estar con Thiago Cruz dándome soporte. Ya no jugaba para demostrar que era el puto amo con veintitrés años. Jugaba como el tipo que ya sabía lo que valía y no necesitaba recordárselo a nadie cada dos *snaps*.

Cuando salí al campo y miré hacia la banda, la vi. iPad en mano, coleta alta, expresión de estar procesando ochocientas variables y de poder castrarme con un gesto si perdía el tiempo mirando demasiado.

Me guiñó un ojo.

Y yo pensé, como un absoluto imbécil encantado de conocerse: «sí, esto va bien».

Ganamos 29-17. Otro paso hacia los *playoffs*, que comenzábamos a sentir en la punta de los dedos. La prensa nos situaba como uno de los equipos favoritos, y eso no pasaba muy a menudo con los Cowboys.

Otro día en la oficina para un tío al que la vida empezaba a tratarlo bastante mejor de lo que merecía.

Teníamos unos días de descanso para reunirnos con la familia en Navidad, solo tres porque no podíamos perder fuelle, teniendo en cuenta que el siguiente partido era el 28, así que volamos el 24 y me quedé en Los Ángeles hasta el 26.

Naomi y yo volamos juntos y no supe qué coño me gustó más: tenerla acurrucada contra mi hombro en el avión, verla refunfuñar porque mi *playlist* de viaje le parecía criminal o notar que ya no había nada raro en compartir espacio, planes, maletas y ese lenguaje silencioso de pareja que aparecía cuando ya no estabas fingiendo que lo vuestro era temporal.

Con mi familia todo fue… bueno. Nos hospedamos en casa de los Reyes-Hayes. A Mariana, la madre de Jaxon, no le quedaba mucho para casarse con el entrenador y era imposible que aceptara que mi padre y yo durmiéramos en otro sitio que no fuera su casa. Ellos aportaban esa clase de calor familiar que te hacía pensar que quizá el universo no era siempre un sitio tan cabrón.

Naomi me escribió desde casa de sus padres con mensajes que oscilaban entre «mi madre cree que mi microbiota es de interés nacional» y «si mi padre vuelve a comparar mis relaciones sentimentales con la trayectoria de un satélite, me voy a tirar por el balcón». Yo me reía como un subnormal y le respondía con audios obscenos o con fotos estratégicamente guarras, escogidas para recordarle lo mucho que me echaba de menos.

Todavía no les había dicho que salía conmigo porque estaba seguro de que habría sido una conmoción… Preferíamos dejarlo para el momento en que Naomi les hubiera pasado por la cara que había ganado un pastizal con su aplicación y que iba a hacer con su vida lo que le diera la gana y con quien le diera la gana, incluso si ese alguien era un QB1 de la NFL.

Nos vimos el 25 por la noche.

Ella necesitaba aire de su familia. Yo necesitaba verla y salimos de fiesta al Sand con los chicos. Nos reímos, nos besamos, recibí más de una regañina por parte de mi hermana por magrearla demasiado mientras que Camila le decía que nos dejara disfrutar de la magia navideña y que ella se convirtiera en el regalo para Jaxon.

Cada día que pasaba me gustaba más Naomi. Era inteligente, afilada, preciosa y tenía esa forma rara de estar en el mundo, como si ya hubiera analizado a todos y, aun así, eligiera quedarse. Más de una vez pensé que yo solo era el cabrón con más suerte de Texas por poder verla tan de cerca.

Volvimos a Texas y contra Washington cerramos la división.

El General estaba otra vez en las gradas.

Y no fue exactamente miedo lo que noté. Fue algo más viejo. Esa necesidad absurda de querer hacerlo bien delante del hombre que me enseñó a no pedir, a no ocupar espacio y a cargar con todo sin abrir la boca. El mismo que convirtió el fútbol en una de las pocas cosas que parecían legitimar mi sitio. El mismo ante el que, por mucho que me repitiera que ya no tenía nada que demostrar, todavía se me tensaba algo por dentro.

Naomi lo vio al instante.

Se acercó, me recolocó el cuello de la chaqueta térmica con una calma insultante y me dio uno de esos besos suyos que no montaban espectáculo, pero te enderezaban el eje.

—Lo estás haciendo de puta madre, Valentino Dalton —murmuró contra mi boca—. Sé que quieres que se sienta orgulloso de ti, pero a estas alturas ya debería estarlo. Así que sal ahí, haz lo que mejor sabes hacer y dame una buena razón para que esta noche juguemos con tu espada láser.

Fue una tontería, o tal vez no.

Lo que supe era que me recolocó por dentro, como si acabara de encajarme una pieza que llevaba días suelta, y la besé con todas mis ansias.

Ese partido sí tuvo más barro. Más frío, más roce y más sensación de división, donde nadie te regalaba una yarda sin dejarte antes una marca en el cuerpo. Sin embargo, también fue el partido en el que más disfruté de en quién me estaba convirtiendo. No necesité hacer el loco, no necesité un *highlight* cada cuarto para sentir que llevaba el ataque. Leí, ordené, solté cuando tocaba, corrí cuando no quedaba otra. Elegí la versión correcta de cada jugada, en vez de la más *sexy*, y ganamos 26-16.

No supe qué fue mejor: cerrar la división o volver al banquillo y encontrarme a Parks mirándome como si no quisiera sonreír demasiado delante de otros, pero tampoco pudiera evitarlo del todo.

La semana del último partido antes de *playoffs*, Harlow me llamó a su despacho. Mac estaba allí también, apoyado en la pizarra con cara de haberlo visto todo y seguir decepcionado con la humanidad.

—Estamos valorando darle más peso a Whitaker contra Eagles —dijo Harlow—. Ya tenemos el pase asegurado y tú has sido el QB1 en casi todos los partidos. Sé que tal vez no te guste la idea, pero…

Lo pensé aproximadamente medio segundo.

—Perfecto, incluso podría salir de inicio.

Los dos me miraron boquiabiertos, como si esperaran un: «Es broma, ¿es que estáis locos?».

Me encogí de hombros.

—¿Qué? Ya sé quién soy, señor. Si quiere jugar él el último, que lo juegue, también ha trabajado duro.

Mac sonrió apenas, se quitó la gorra y se rascó la cabeza.

—Ahora sí empiezas a entender de qué va esto, es muy maduro de tu parte.

—Gracias por ponérnoslo fácil —sentenció Harlow.

—Gracias por seguir creyendo en mí pese a las cagadas, señor.

Al salir del despacho, me crucé con Whitaker en el pasillo. Llevaba esa cara suya de tío que intentaba parecer despreocupado mientras por dentro hacía cuentas.

—Me han dicho ahí dentro que quizá te den más snaps *—solté.*

—¿Y eso por qué?

—Regalo de Navidad. Intenta no cagarte encima con tanto foco —respondí, guiñándole un ojo.

Él resopló.

—Gracias por las migajas, Dalton.

Le di un golpe en el hombro al pasar.

—No son migajas, princesa. Es una oportunidad. No la jodas.

Seguimos andando en direcciones opuestas, ambos con una sonrisa casi invisible. Hacía unos meses me habría costado admitirlo, pero ya no necesitaba odiarlo para saber que era mejor que él.

El vestuario, mientras tanto, estaba insoportable.

Ty fue el primero en empezar.

—Desde que follas con regularidad, lees las defensas mejor. Yo solo dejo el dato.

—Desde que tú abres la boca, el coeficiente intelectual de la sala baja seis puntos —contesté.

EJ se rio mientras cerraba su taquilla.

—Yo apoyo la teoría. Parks debería cobrar bonus *por* touchdown *generado.*

—Y plus por estabilidad emocional —añadió Devin—. Nunca habías tenido la mandíbula tan poco tensa.

—Hostia, qué asco dais todos —murmuré.

—No, asco da esa sonrisa que pones cuando ves venir a Naomi —remató Marcus—. Te sale una cara de golden retriever *enamorado que da hasta vergüenza. ¿Cuándo lo vais a hacer oficial? En el próximo viaje de equipo pediré que no me den la habitación contigua a la vuestra, no veas cómo gritáis… Ah, ah, ah…*

Le lancé una toalla a la cabeza.

El muy cabrón la atrapó al vuelo.

—Confirmado. Totalmente domesticado y listo para menear el rabo.

No estaba domesticado. Estaba feliz. Que venía a ser peor.

Contra los Eagles perdimos.

Y lo mejor que podía decir de aquel partido era que no me importó como me habría importado antes. No porque no odiara perder —eso jamás iba a pasar—, sino porque ya no confundía un tropiezo con el fin del mundo. Habíamos asegurado los *playoffs*. Habíamos cerrado división. Yo sabía lo que había construido y el equipo también.

Aun así, perder jodía, y Whitaker no salió precisamente de buen humor, aunque no tuviera la culpa y Harlow decidiera que fuera yo quien intentara maquillar algo el desastre en el último cuarto.

Salí sudado, con las piernas cargadas, el casco marcándome la frente y la prensa esperando a ver si soltaba algo jugoso. Estaba a medias, respondiendo una pregunta de mierda sobre sensaciones, cuando vi a Naomi acercándose con paso rápido, la mandíbula apretada y esa expresión de «ha pasado algo y no me está haciendo ni puta gracia».

Me agarró del brazo.

Fuerte.

Los periodistas giraron como hienas con acreditación.

—Nos disculpan un momento, es urgente —murmuró con el ceño fruncido.

Y a mí, en ese preciso segundo, me salió lo más Dalton posible que me podía salir.

—Discúlpenla —dije, sonriendo hacia los *flashes*—. Creo que mi novia quiere consolarme tras la derrota.

Hubo dos décimas de silencio.

Luego, explotó el apocalipsis fotográfico.

A la mierda. Naomi iba a odiarme cuando sus padres se enteraran de lo nuestro por la prensa deportiva, pero ya cruzaría ese campo minado otro día.

Mi chica se quedó tiesa. Yo, encantado de haberlo hecho oficial.

Me arrastró fuera de allí con bastante menos delicadeza de la que cabría esperar en una mujer con su imagen pública.

—Reconozco que esto de que me saques a rastras delante de la prensa tiene su punto. Solo necesito saber si es para besarme o para degollarme.

—¿Has escuchado lo que acabas de decir? —siseó—. ¡Mañana seremos titular!

—Me la sopla. No puedes arrastrar a un hombre así, sin preliminares, y pretender que no se haga ilusiones. Quiero que el mundo sepa que eres mía, y si te preocupan tus padres o Vivian…

Se volvió hacia mí con cara de amenaza galáctica.

—Lo que me preocupa no ha sido tu declaración. Aunque haya sido una invasión imperial sin aprobación del Senado.

Sonreí, sudado, sucio y completamente satisfecho conmigo mismo.

—Cariño, si quisiera invadirte de verdad, no habría periodistas delante.

No se rio, y ahí supe que aquello no iba de mi gloriosa salida del armario sentimental.

—¿Se puede saber qué narices te pasa? —pregunté.

Soltó el aire de golpe, como si acabara de recordar por qué me había sacado de entre los periodistas.

—Se ha largado con la pasta.

Parpadeé.

—¿Quién?

Me miró como si estuviera haciendo un esfuerzo heroico por no estamparme contra la pared, y no con la motivación que yo habría esperado de esa escena.

—¡Charlotte!

«¡Hostia puta!».

Hoy era 4 de enero. El límite que Parks le había dado a la hija pródiga para confesar.

—Grayson vino hace unos minutos a decírmelo. Ha mandado un comunicado familiar y a mí me ha escrito un *e-mail* disculpándose por no hacer exactamente lo que le pedí. No está ni en el país. Se ha ido con todo el puto dinero y una confesión en digital. ¡Eso no es lo que acordamos! ¡Tenía que donarlo a la empresa de Sienna, Landon y Thiago para su proyecto benéfico!

Durante un segundo no dije nada.

Detrás de nosotros seguían estallando *flashes*, periodistas moviéndose como peces carroñeros y medio pasillo oliendo a sudor, derrota y desinfectante.

Luego lo vi claro, claro de una forma casi insultante.

Solté aire y negué con la cabeza.

—Parks…, es una Joneson. ¿De verdad creíste que iba a elegir una huida discreta, humilde y sin fuegos artificiales? Seguro que, en su cabeza, esa pasta era la indemnización por años de cárcel con tacones. No es carne de suburbio.

Naomi abrió la boca, la cerró y me dedicó una mirada llena de cabreo, decepción y algo peor: la sospecha horrible de que, en el fondo, yo tenía razón.

—Le di una salida… ¡Menuda imbécil!

—Le diste tiempo para planificar su estrategia y una oportunidad de ser feliz. Lo que haga con ella ya no habla de ti.

—Se ha llevado el dinero, Valentino.

—Sí, y eso la retrata a ella, no a ti.

Se pasó una mano por el pelo con gesto de querer arrancárselo.

—Joder.

Me acerqué, le rodeé la cintura y bajé la voz.

—Oye, mírame.

Lo hizo.

—No has hecho nada mal. Has hecho lo que te parecía más justo y más limpio. Que ella haya elegido reventar el tablero antes de irse no va sobre ti. Va sobre el apellido que lleva tatuado desde que nació.

Naomi bajó la vista un segundo.

—Sigue habiéndose ido con el dinero.

—¿Quieres que la encontremos y la extraditemos? Sabes que podría dar con ella si me lo propongo.

Eso sí consiguió que alzara la cabeza.

—¿Harías eso por mí?

Le aparté un mechón de la cara y sonreí de lado.

—Cariño, acabo de sobrevivir a una derrota, a una rueda de prensa y a declararte mi novia oficial delante de media liga. A estas alturas ya deberías saber que soy capaz de cualquier cosa por ti.

Pese a todo, rio.

La acerqué todavía más a mí mientras detrás seguía montado el circo.

La vida me iba demasiado bien como para creer que el universo no iba a cobrarse algo.

Mala suerte para él.

Porque si algo tenía clarísimo a esas alturas era que podían complicarme la temporada, tocarme los cojones o incluso intentar incendiarme el mundo entero, pero a esta mujer no pensaba soltarla ni aunque me echaran a patadas de la NFL, porque Naomi Park no era mi mejor *touchdown*, era la puta Super Bowl.

CAPÍTULO 80



Naomi

Descubrir que estaba enamorada de un *quarterback* de los Cowboys era fuerte. Que el resto del planeta se enterara antes de que mis padres elevaran la experiencia a *k-drama* con cobertura deportiva, analistas gritando desde un aparcamiento y mi dignidad ardiendo en directo era peor.

Mi móvil parecía tener un brote psicótico.

Mensajes de Camila con diecisiete mayúsculas. Avery mandándome un audio de siete segundos que solo decía: «Bueno, pues ya está, es oficial. ¿Tengo que llamarte hermanita?». Sienna escribiendo un escueto: «Era cuestión de tiempo que Dalton se fuera de la lengua». Mi madre llamando tres veces seguidas. Mi padre una. Lo cual, viniendo de él, equivalía a activar DEFCON 1.

Me encerré en mi habitación del hotel mientras Valentino se sometía a un baño con hielo y un masaje con el fisio. Respiré hondo y acepté el FaceTime familiar como quien aceptaba un duelo a muerte sabiendo que iba a salir herida.

Aparecieron los tres. Daniel incluido.

Mamá en pijama de satén color marfil y mascarilla de hidrogel en el cuello. Mi padre con una sudadera de la NASA de 2007 y el bonsái que había mutilado en sus clases de arte topiario. Mi hermano con cara de llevar años esperando que yo cometiera una decepción socialmente jugosa.

—Bueno —abrió fuego Daniel—, nuestra pequeña especialista en volteretas se ha enamorado de un lanzamelones profesional. La caída del imperio Park ha sido más rápida de lo previsto.

—Cállate, idiota —gruñí.

Mi madre se inclinó hacia la pantalla con esa intensidad suya de mujer que había construido un imperio multimillonario sin despeinarse.

—Antes que nada, necesito saber tres cosas. Una: si ese chico usa retinol. Dos: si le quedan neuronas vivas, porque vi un documental espantoso sobre impactos cerebrales y testosterona mal gestionada. Y tres: si te trata bien.

—Mamá, por favor…

—No, por favor tú. Me he enterado de que sales con uno de esos hombres, cuyo talento consiste en correr con un balón entre las manos, porque una de mis amigas de pilates me ha enseñado un vídeo de ESPN donde te llaman «*the mysterious data girl*» y luego te enfocan besándote con el tal Dalton como si fueras la novia secreta de Batman.

Mi padre se ajustó las gafas.

—No era Batman, ese chico es *quarterback*.

Mamá parpadeó, sorprendida de que en su vocabulario existiera esa palabra.

Suspiré con resignación mientras les daba una definición que cupiera en su cuadriculada mente.

—Para que lo entendáis en términos útiles: es uno de esos jugadores que calculan trayectorias, velocidad, ángulo de lanzamiento y punto de impacto en décimas de segundo mientras evitan una colisión inminente. O, dicho de otro modo, un ser humano resolviendo física aplicada en tiempo real mientras doscientos kilos de masa hostil corren hacia él.

Daniel soltó una carcajada.

—Increíble. Naomi ha conseguido meter a un jugador de fútbol en la familia fingiendo que es un problema de mecánica avanzada.

Sabía que iban a mirarlo por encima del hombro por ser deportista, y no había nada que me diera más rabia.

—No os lo he contado antes no porque me avergüence de él, sino porque sabía perfectamente que ibais a reaccionar así. Estoy con Valentino y lo nuestro va en serio. Estoy enamorada, y antes de que lo sugiráis, no, ningún balón me ha impactado contra el cerebro. Ya sé que para vosotros parece que me ha abducido un Ken con casco, pero os prometo que debajo hay una persona real, inteligente, divertida y con un talento innato para hacerme feliz, que, dicho sea de paso, es lo único que debería importaros.

Mi madre se quedó callada dos segundos mientras mi corazón golpeaba como un loco.

—Entonces…, ¿te hace feliz?

Así, sin ironía, sin dramatismo, descolocándome más de lo que esperaba.

—Sí —admití—. Muchísimo, y, aunque no debería contároslo, además es un *crack* de la informática, alucinaríais con las cosas que hace.

Daniel sonrió como un maldito cuervo satisfecho.

Mi padre asintió despacio.

—Entonces, hija, no compliques una ecuación que ya funciona.

Mi hermano se echó hacia atrás.

—Míralo. Te acaba de dar su bendición en idioma de ingeniero aeroespacial.

—Papá, un día de estos voy a hacerte subtítulos.

—Hazlo en una tipografía limpia —intervino mi madre—. Y, ahora, mándame una foto de ese chico. Quiero evaluar su estructura ósea y meterla en mi nuevo programa predictivo para saber cómo serán mis nietos.

«¿Acaba de decir "nietos"?».

Me quedé congelada.

—Creo que algo falla, Naomi se ha quedado como si le hubiera dado un ictus, ¿es el wifi? Daniel, no habrás vuelto a tocar algo, como vuelva a salirnos esa guarrilla en tetas…

Entonces, reaccioné.

—Uy, mamá, lo siento, hay interferencias. Tengo que colgar.

—Nao…

Bip. Bip. Bip.

Colgué con el corazón un poco acelerado, algo agobiada y bastante más tranquila de lo que habría admitido en voz alta. Que el mayor problema de mi madre fuera imaginar la posible estructura facial de mi futura descendencia me pareció, dadas las circunstancias, una victoria espectacular.

Esa misma noche, cuando Valentino vino a consolarse en mi cama por la trágica derrota, terminó muerto de risa mientras le contaba lo de la llamada.

—En la próxima me aseguraré de estar.

—Ni en tus sueños, Anakin. Mi familia ya tuvo bastante con descubrir que me follo a un tío con hombreras, no necesitan comprobar que eres una perturbación bastante obscena en la Fuerza.

—Ven aquí y deja que te demuestre toda mi obscenidad...

Al día siguiente tuve reunión extraordinaria con los Joneson para hablar de la fuga de Charlotte, su implicación para forrarse con las apuestas e imagino que asegurarse de que no fuera a salirme del tiesto.

Jerry me convocó a primera hora. Presidía la sala como si siguiera creyéndose emperador de una galaxia en decadencia. Vivian estaba a su derecha, impecable y ya en modo control de daños. Stephen tenía cara de desear una muerte rápida. Elliot parecía estar afilando el hacha por deporte y Grayson…, bueno, Grayson se mostraba como el único afectado de verdad. O el único que sabía fingirlo mejor.

Jerry fue directo.

—Sé que todos estáis al corriente de que Charlotte ha abandonado el país con esa animadora que la llevó por el mal camino. Está claro que no estaba bien. Ha enviado una confesión por correo privado y un comunicado interno a la familia. Necesitamos resolver esto sin arrastrar la franquicia al barro.

—Qué alivio —murmuró Elliot—. Temía que, por una vez, fuéramos a probar con sinceridad y consecuencias.

Vivian ni lo miró.

—Lo primero es contener la narrativa. El comunicado no puede salir de este círculo.

La miré.

—La narrativa —repetí—. ¡Qué sorpresa! La familia que convirtió a una hija en decorado humano quiere controlar la narrativa para no admitir que se largó porque ya no soportaba un minuto más vuestra presión.

Jerry clavó en mí una mirada glacial.

—Señorita Park, esto no es asunto suyo y no voy a tolerar…

Solté una risa sin alegría.

—¿El qué? ¿Que diga en voz alta lo que nadie aquí se atreve? Su hija ha usado mi aplicación para alimentar apuestas ilegales, ha puesto en riesgo mi trabajo, mi reputación y la franquicia para poder largarse con algo más que aire en los bolsillos, ¿y usted me dice que no es asunto mío? Vaya concepto creativo de la realidad.

Vivian carraspeó.

—Naomi, nadie está minimizando tu papel, pero…

—No, Vivian. Ese es exactamente vuestro problema, que lleváis años minimizándolo todo. Lo de Charlotte con Darah. Lo de Stephen contigo. Lo de Grayson intentando que yo le gustara por pura inercia familiar… Aquí no hay un solo santo sentado a esta mesa.

Elliot alzó una ceja.

—Espero con interés mi diagnóstico, ya que ahora resulta que eres terapeuta familiar.

—El tuyo es fácil. Demasiado veneno para alguien que, en el fondo, tiene más energía de *cheerleader* que media plantilla de las DCC.

Vi cómo abría los ojos y después trataba de disimular que había dado en el blanco de la diana.

Grayson soltó aire de manera abrupta. Stephen se pinzó el puente de la nariz. Vivian me fulminó. Yo seguí.

—Voy a deciros algo que nadie os ha dicho nunca con suficiente claridad: necesitáis terapia, muchísima, cantidades industriales, y

también deberíais preguntaros si de verdad os parecía mejor tener una hija o hermana escondida, rota y amargada que dejarla vivir su vida. Porque alguien tiene que estar muy jodido para hacer lo que hizo Charlotte, y eso no la absuelve, pero os señala a todos.

Jerry endureció la mandíbula.

—Modere su tono, señorita Park.

—No. Llevo meses moderándolo por cortesía profesional y se me ha acabado el saldo. Usted menosprecia a sus hijos porque, en el fondo, está convencido de que es el único capaz de sostener lo que ha construido. A Vivian le gusta dirigir las vidas ajenas mientras se acuesta con su cuñado. Stephen sigue oliendo a apuestas, aunque vaya envuelto en traje caro. Elliot vive de lanzar cuchillos por la espalda porque es más cómodo eso que admitir que está tan atrapado en un cuerpo que no es el suyo como el resto. Y Grayson…

Lo miré.

—Grayson fue capaz de admitir que no había sido el mejor en nada, pero ahora quería intentarlo.

No respondió, solo asintió una vez.

La sala quedó en silencio. De esos que te hacían pensar que alguien iba a pulsar un botón y expulsarte al espacio sin traje.

Respiré hondo.

—No voy a hablar de esto fuera de esta sala —dije al final—. No quiero que mi nombre, el de mi aplicación o el del equipo se manchen más de lo que ya se han manchado. Pero quiero un contrato, uno de verdad. Quiero quedar desvinculada de cualquier responsabilidad sobre el uso fraudulento de mi *app*, blindar mi propiedad intelectual y asegurar por escrito que, si el equipo llega a la Super Bowl, se cumplirá lo que pacté con Charlotte: que el importe que recaudó con las apuestas irá al proyecto benéfico de mis amigos.

Elliot se removió.

—Eso será complicado si…

—Me da igual lo que tengáis que hacer, si hipotecar un yate o rifar el ego de esta familia por fascículos. Lo quiero por escrito y firmado o me aseguraré de hacer una declaración pública que me exima hasta de respirar vuestro mismo aire.

Jerry me sostuvo la mirada, y por primera vez vi algo que se me estaba resistiendo desde el principio: respeto.

—Lo tendrá.

—Perfecto, y dado que vuestra familia ha decidido convertir diciembre en un especial navideño de HBO, procurad que yo no aparezca en los créditos.

Me levanté antes de que nadie pudiera responder y salí de allí con el corazón a mil y la sensación de haber sobrevivido a una cena de *sith* con corbata.

🏈📱🏈📱🏈

Las siguientes semanas me vi enfrascada de lleno en los *playoffs*.

No los viví como quien veía partidos. Los viví como quien observaba una estrella colapsar y renacer a la vez, con mi mirada puesta en él y la alegría burbujeando tras cada triunfo.

Contra Seattle, Valentino jugó bien. Seguro, limpio, sin intentar ganarlo todo en una sola jugada. Contra los 49ers fue otra historia. La última vez que fueron a San Francisco, él tenía la cabeza hecha puré y el corazón colgándole del pecho por mi culpa, o por la suya, o por nuestra mutua incapacidad para comportarnos como adultos. Esta vez jugó como si ya supiera que yo no pensaba irme a ninguna parte. Ganaron. Y yo, desde la banda, entendí que el amor no lo distraía, lo centraba.

La final de conferencia contra Eagles fue guerra santa con casco. Hostilidad, gritos, golpes, jugadas que parecían escritas por un guionista adicto a la cafeína. Apenas pude respirar durante tres horas. Valentino sí, y eso lo cambió todo. Ganaron. Tres partidos, tres victorias y se plantaron en la maldita Super Bowl mientras medio estadio explotaba tras el hito y la prensa buscaba la foto.

Busqué su mirada en mitad del caos y pensé algo bastante simple y bastante aterrador.

Que ya no me daba miedo el futuro, y menos uno con él.

Al final no me había enamorado del *quarterback* estrella. Me había enamorado del idiota que usaba el humor como escudo, consumía maratones de *Star Wars* como un poseso, le flipaban los

ordenadores, me miraba como si mi cerebro fuera porno duro y había aprendido a llegar a lo más alto sin perderse a sí mismo por el camino. Y, joder, eso sí que daba vértigo y me hacía flipar.

CAPÍTULO 81



Valentino

No éramos los favoritos. ¡Menuda sorpresa!

Los analistas de televisión, los exjugadores con micrófono y los señores que vivían de opinar desde un sofá repetían la misma letanía desde hacía días: los Cowboys no llegaban a una Super Bowl para ganarla, yo era demasiado joven, demasiado novato, demasiado todo, y enfrente teníamos a Kansas City, una franquicia con más experiencia, más oficio y menos tendencia a que su *quarterback* titular se dejara distraer por una chica de ojos rasgados y un cerebro que me ponía a cien.

Lo que no sabían era que ella era mi Fuerza, mi jodido lado oscuro, y que, lejos de descentrarme, había conseguido lo que nadie antes: que confiara al cien por cien en mí mismo.

El estadio de Santa Clara parecía otro planeta. Luz blanca cayendo a plomo, música reventando el aire, cámaras por todas partes y un rumor de fondo tan grande que ya ni sonaba a gente. Sonaba a destino, a dinero, a historia. A la clase de noche en la que un tío podía quedarse pequeño o hacerse leyenda.

En el calentamiento levanté la vista y los vi: mi equipo.

Ty saludándome como si me estuviera mandando a la guerra y esperara que volviera con una anécdota divertida. Marcus mascando chicle con esa cara de «si me das medio hueco, arranco la defensa rival en dos». EJ fingiendo que no estaba acojonado porque él era mi puto muro. Devin con su cinismo habitual, que en días así no era más que miedo vestido de mala hostia. Jace serio, quieto, capitán hasta en cómo respiraba. Whitaker un poco más atrás, correcto, silencioso, ya sin la sombra de amenaza constante que había sido durante medio año.

Y luego estaban los míos.

Mi padre. Avery. Mis amigos, Levi, Skyler y Evander con pancartas, jaleando como si quisieran empujar el estadio ellos solos. Y Naomi en la banda, que era justo donde tenía que estar.

Mi jodido universo entero condensado en una noche.

Aquella mañana había despertado con ella en la cama, y sí, le pedí un polvo de la suerte extra porque lo necesitaba más que nunca.

«Hoy no juegues para que te quieran. Juega para que te recuerden y para estar orgulloso de ti mismo. Yo ya lo estoy», me dijo antes de despedirnos.

Harlow reunió al equipo antes del *kickoff*. No dio una charla de película, gracias a Dios. Solo nos miró como si ya supiera de qué pasta iba a estar hecha esa noche.

—No les regaléis nada. Ni el ritmo ni el miedo. Si quieren este trofeo, que vengan a arrancárnoslo de las manos.

Mac se me acercó cuando rompimos la reunión.

—Empieza fácil —murmuró—. No quieras ganar la Super Bowl en el primer *drive*.

Sonreí.

—Qué poca fe tienes en mí.

—Tengo muchísima. Por eso te aviso.

Ty me golpeó el casco.

—Como lances un *pick* en el primer cuarto, te juro que te entierro con este uniforme.

—Qué bonito. El apoyo emocional del vestuario.

Marcus se puso a mi lado, brincando sobre las puntas de los pies.

—Tú dámela y yo me encargo del resto, cachorro.

—Lo dices como si el resto del país no supiera ya que quieres tocar mi balón en *prime time*.

Marcus me enseñó el dedo corazón y lo metió y sacó de la boca en un gesto obsceno.

Jace apareció por el otro lado.

—Eh. Ojos aquí. Primer *drive*. Respiramos, ejecutamos y nada de sobreactuar.

—Lo dices como si me conocieras —contesté burlón.

—Desgraciadamente, sí. No la líes hoy, que llevas una temporada muy buena.

—Se intentará.

La previa fue una jodida locura. Himnos, fuegos, cámaras, humo y una actuación musical tan exagerada que por un momento pensé que la NFL no montaba una final, sino el fin del mundo patrocinado por una marca de cerveza.

Las DCC salieron impecables, brillando bajo los focos como si no existieran ni el cansancio, ni la sombra de la huida de Charlotte ni toda la mierda que habíamos tenido que tragarnos en las últimas semanas.

Mis ojos volaron a la banda. Allí me aguardaba ella con esa expresión suya de chica que podía resolver una fuga de datos, mandarte a la mierda y dejarte sin respiración en menos de un minuto. No llevaba hombreras ni casco, pero yo la veía y pensaba lo mismo que pensaba cada vez que el partido se ponía feo: «Vale, ya está. Tengo lo que necesito».

Cuando nos tocó salir del túnel, el estadio tembló.

No de manera metafórica, tembló de verdad.

Jace chocó su casco contra el mío. Marcus rugió como si estuviera a punto de entrar en una jaula. Ty se santiguó y luego dijo que solo por si acaso, que él era espiritual pero no idiota. Yo respiré hondo, apreté los dientes y salí disparado al campo con la sensación de que llevaba toda la vida corriendo hacia ese momento.

Nos agrupamos en círculo antes de colocarnos.

Jace nos miró uno a uno. Sin aspavientos. Sin discurso de película. Solo con esa voz suya de capitán que te entraba recta en el

pecho.

—No hemos llegado hasta aquí para mirar. Hemos llegado para morder. Así que nada de regalarles el ritmo, nada de jugar asustados y nada de bajar la cabeza. Hoy jugamos como nosotros. Hoy se llevan nuestro golpe o se llevan nuestro nombre, pero no las dos cosas.

Extendió la mano al centro.

—¿Quiénes somos?

—¡COWBOYS! —rugimos todos.

La patada inicial fue para ellos y Kansas City abrió primero. Su *quarterback*, Cooper Maddox, era un cabrón frío, de esos que no parecían impresionantes hasta que te habían convertido dos terceros *downs* imposibles y te entraban ganas de darle una patada a una nevera. Les dirigió un *drive* largo, paciente, apoyándose en su *tight end* y en el receptor, Darius Voss, que tenía manos de ladrón y ego de estrella. Devin volvió a la banda soltando espuma.

—El cabrón me ha empujado antes del corte.

—Pues, la próxima vez, empújalo tú más fuerte —le dije.

Se giró hacia mí con una sonrisa torcida.

—Qué inspirador eres cuando no te ha partido aún la cara nadie.

Salimos al campo y el estadio rugió como si quisiera tragarnos.

La defensa de Kansas City venía con un *front* asquerosamente disciplinado y dos hijos de puta en concreto que me dieron la noche: Malik Graves, *edge rusher*, largo como una pesadilla con tacos, y Trent Holloway, el *linebacker* central, uno de esos que olían el *snap* antes de que existiera. Su coordinador mezclaba presión con zonas trampa, enseñando una cosa y girando a otra medio segundo antes. Bonito, retorcido, perfecto para una Super Bowl.

El primer ataque fue justo lo que Mac quería: fácil, limpio y sin que yo me pusiera a jugar a ser el puto mesías en la primera serie. Un pase rápido a Ty para quitar tensión, una carrera de Marcus por fuera, balón seguro para EJ —que tenía manos benditas cuando el mundo se volvía idiota— y una carrera mía en tercera oportunidad para sacar lo justo y callar un poco a la grada. No acabamos en la zona de anotación, solo tres puntos, pero sirvieron para clavar una bandera: no habíamos venido a mirar.

«Vale. Ahora sí».

Kansas City respondió clavándonos otro *touchdown* después de un *drive* largo, paciente, de esos que te obligaban a ver cómo te iban comiendo terreno a mordiscos mientras el estadio rugía como si quisiera meterse también en el campo.

10-3.

No era una tragedia, pero en una Super Bowl tampoco hacía falta que lo fuera para que el pulso se te pusiera fino.

Volvimos a la banda y Jace reunió al ataque un segundo antes de que nos tocara salir otra vez. Tenía el casco bajo el brazo, el pecho subiendo y bajando y esa mirada de capitán que no pedía calma: la exigía.

—¡Esto no se gana con prisa, se gana con huevos!

Ty resopló a mi lado mientras se recolocaba los guantes.

—A veces habla como si fuera a apuñalarnos y abrazarnos a la vez.

—Es su lenguaje del amor.

Me coloqué detrás de la línea, flexioné los dedos, sentí el sudor secándose bajo las hombreras y levanté la vista un instante antes del *snap*, con el corazón golpeándome las sienes.

Naomi no sonreía, nunca lo hacía en esos momentos.

Apretaba el iPad contra el pecho, quieta, concentrada, exacta, como si pudiera lanzarme calma a cuarenta metros de distancia sin mover un músculo.

Tomé aire. Palmada. *Snap.*

El ruido se convirtió en un zumbido sordo. Vi venir la presión por el lado del *nickel*, avisé la protección con una señal rápida y amagué la entrega a Marcus justo lo necesario para congelar medio segundo a la defensa. Y, en una Super Bowl, medio segundo era básicamente tiempo cuántico.

Ty ganó ese medio paso por dentro.

Eso fue todo lo que necesité.

Vi al *corner*, Darnell Pike, abrir demasiado pronto las caderas, como si ya hubiera aceptado que llegaba tarde. Mi brazo salió solo, con fuerza, todos mis músculos en tensión extrema. El balón abandonó mis dedos antes de que Ty terminara siquiera de romper

la ruta y durante un segundo todo se quedó suspendido en el aire, limpio, perfecto, inevitable.

Touchdown.

El estadio explotó.

Ty cruzó la *end zone* girando sobre sí mismo, señalando a la grada como si le acabaran de absolver de todos sus pecados en directo y en alta definición.

Cuando volvió corriendo hacia la banda, me gritó en la cara:

—¡Te dije que estoy guapo en HD!

Lo empujé del casco.

—Menos modelito y más bloqueo, diva.

Nos fuimos al descanso 17-17 después de un intercambio de hostias bastante elegante y carísimo.

Marcus encontró por fin dos huecos seguidos por dentro y corrió como si quisiera arrastrarse con Kansas City pegada a la espalda. EJ me salvó un tercer *down* imposible, atrapando el balón entre dos *safeties* con esas manos suyas que parecían hechas de acero y sacramentos. Devin le soltó a Callahan un golpe limpio, brutal, de esos que hacían temblar al rival y a la retransmisión al mismo tiempo.

Volví a la banda con el corazón galopándome en la garganta y los antebrazos cargados de adrenalina. Whitaker me tendió una *tablet* sin decir una palabra y señaló la repetición con el dedo.

—Holloway está vendiendo la presión interior demasiado pronto. Mira su pie izquierdo.

Lo miré. Tenía razón.

—Gracias.

Levantó un hombro.

—No hagas que parezca que me caes bien.

—Los dos sabemos que te enamoraste de mí desde el primer minuto en que te topaste con mis ojazos azules y me viste la polla en la ducha. —Le guiñé un ojo y él hizo un amago de sonrisa.

El tercer cuarto empezó mal. Muy mal.

En segundo y siete, con el marcador 20-17 para ellos tras un *field goal*, vi a Marcus libre en corto y solté el balón justo cuando Graves me entró por el lado ciego como un puto tren de mercancías con

ganas de matarme. El golpe me explotó en el costado derecho, el aire desapareció, el mundo se me volvió blanco y luego negro por los bordes.

Caí al césped y, durante un segundo, no fui QB1, ni Dalton ni un cabrón enamorado.

Fui solo un cuerpo intentando recordar cómo coño se respiraba.

Escuché el estadio desde muy lejos, como si estuviera debajo del agua.

Jace fue el primero en llegar.

—¡No te muevas, coño!

—Yo que pensaba que ibas a sacarme a bailar —jadeé.

El médico y dos fisios me sacaron del campo. Cada paso me clavaba algo afilado entre las costillas. Harlow me esperaba en la banda con la mandíbula tan tensa que parecía de cemento.

—¿Qué tienes?

—Algo que me está reventando los cojones.

En la carpa médica fueron deprisa. Manos presionando costillas, respiración, movilidad, pupilas. Nada roto. Contusión en la parrilla costal, espasmo y un dolor de la hostia.

—No vuelves ahora —dictó el médico—. Vamos a comprimírtelo, ponerte protección y, si en el último cuarto puedes respirar sin parecer un abuelo moribundo, hablamos.

—Qué forma tan poética de dar malas noticias.

—Es por tu bien.

—Dile a mi novia que caliente, que sale. —Harlow frunció el ceño.

—Naomi no…

—Me refiero a Whitaker, señor.

Mac se rio por lo bajo y Whitaker salió.

Y yo me quedé con hielo, cinta y una rabia que me latía hasta en los dientes.

Ver el partido desde la banda fue una tortura de lujo. Kansas City olió sangre, apretó y se puso 27-17. Whitaker no la cagó, que ya era bastante, pero aquel no era su partido. Era el mío. Lo sentía en el pecho, en las encías, en cada músculo todavía caliente.

Ty se dejó caer a mi lado cuando volvió a banda.

—No me gusta tu cara.

—A mí no me gusta respirar como si se me hubiera sentado un elefante encima y aquí estamos.

Marcus apareció un segundo después, sudado, con el pecho subiendo y bajando como un animal listo para embestir.

—En cuanto vuelvas, les abro la caja torácica.

—Qué romántico eres, si sigues diciendo esas cosas me voy a casar contigo.

Jace se agachó delante de mí.

—Escúchame. No necesitas volver para hacer una heroicidad. Necesitas volver porque estás bien, no quiero que arriesgues si después tendremos que lamentar tu pérdida.

Lo miré, ahí había buena intención y compromiso de verdad.

Asentí.

El médico me dejó regresar al inicio del último cuarto. Me apretaron el costado con una compresión salvaje, me metieron una protección rígida y algo para el dolor que no iba a convertirme en Superman, pero sí en una versión funcional y muy cabreada de mí mismo.

Cuando entré otra vez en el *huddle*, íbamos 27-20.

Ty sonrió al verme.

—Mira quién ha resucitado.

—Calla y corre, vejestorio.

Marcus se golpeó el pecho.

—Vamos a hacerlo.

Y ya lo creo si lo hicimos.

Primer *drive* del cuarto, nada de locuras. Pases rápidos, juego por dentro. Marcus rompiendo placajes como si cada defensa rival le debiera dinero. EJ sacándome un balón imposible con esas manos suyas de campeón de hostias cabreado. Una carrera mía con más dolor que dignidad, y ya en la *goal line*, amagué, Holloway picó y vi a Ty en la esquina.

Touchdown.

Logramos ponernos 27-27.

Kansas City respondió, claro. Maddox encontró a Voss en un cruce entre zonas blandas y nos hicieron sangrar reloj con esa calma

de cabrones que sabían con exactitud dónde apretar. Quedaba 1:48 cuando metieron el *field goal*.

30-27.

Perfecto. Toda mi puta carrera resumida en esto.

Respiré con fuerza, el dolor me invadió, los pulmones me ardieron, tenía el sudor pegado a cada maldito poro de mi piel y estábamos en el último *drive*.

Un minuto cuarenta y ocho, sin margen, sin posibilidad de error. Medio país esperando que el niño bonito de los calzoncillos se estampara.

«Pues que esperen sentados».

Entré al *huddle* y los miré uno por uno.

—Nada heroico. Hacemos nuestro puto trabajo. Ty, dame la banda. Marcus, si ves luz, rómpela. EJ, manos, si me muero, quiero que hayas reventado a algún cabrón antes. ¡Vamos!

—¡Cowboys! —corearon.

La primera jugada fue para Ty, abierto hacia la banda. Doce yardas y fuera del campo para congelar el reloj. Después, Marcus encontró hueco por tierra y nos regaló ocho más. Luego conecté con EJ pegado a la línea lateral y cruzamos medio campo con el tiempo respirándonos en la nuca. En la siguiente presión, Graves me cazó tarde y, al levantarme del césped, me escupió al oído:

—Se te acaba el cuento, *rookie*.

Le sonreí con sangre en la boca.

—Cariño, tú solo eres el descanso que necesitaba.

Quedaban diecisiete segundos cuando llegamos a la veintidós. Harlow no pidió tiempo muerto. Mac me miró desde la banda y levantó dos dedos: la jugada.

Vi a Naomi quieta, sin respirar.

Pensé en mi madre, en el General, en Levi, en el equipo. En todo en lo que me había dejado la piel para llegar hasta aquí.

No iba a joderla en los últimos segundos.

Naomi hizo un amago de sonrisa y yo cabeceé afirmando.

«Vamos».

Snap.

En cuanto se puso el balón en juego, Holloway amagó presión y cayó atrás. Pike abrió las caderas demasiado pronto. El defensa mordió el señuelo y Ty se llevó a su hombre. EJ ocupó al *linebacker* y Marcus, saliendo tarde desde *backfield*, encontró la ventana perfecta en mitad del caos.

Solté.

El balón salió de mi mano limpio, tenso, precioso.

Durante un segundo, el mundo entero fue una espiral perfecta.

Knight la atrapó en la cinco, giró con una violencia salvaje, se quitó un placaje de encima y se lanzó a la *end zone* como si quisiera empotrar la historia contra el césped o desmontar la teoría de Naomi de que siempre lo placaban en el último tiempo.

Buen día para lograrlo, sobre todo cuando lo vi cruzar como un rayo la *end zone* y anotar.

Touchdown.

Quedaban nueve segundos.

El estadio reventó.

Yo no grité al principio. Me quedé quieto un segundo, con el casco puesto, el costado ardiendo, el sudor bajándome por la espalda y el corazón golpeándome tan fuerte que pensé que se me iba a salir por la boca.

Luego me lancé sobre Marcus y media plantilla hizo lo mismo. Ty me agarró por el cuello. Jace me estampó el casco contra el suyo. Devin, que era incapaz de sonar cariñoso ni en una Super Bowl, me gritó en la cara:

—¡No vuelvas a hacerme dudar de ti en la puta vida, cachorro!

Kansas City tuvo un último intento desesperado.

No llegó a ninguna parte.

Y, entonces, sí.

Entonces ganamos la putísima Super Bowl.

No recordaba el ruido exacto. Recordaba el peso del casco al quitármelo. El césped pegado a las rodillas. El pecho subiéndome y bajándome como si acabara de salir de una guerra. Y a Harlow abrazándome una sola vez, fuerte, seca, suficiente.

—Buen trabajo, Dalton.

Mac me dio una palmada en el pecho:

—Ahora sí. Ya eres leyenda.

Whitaker sonrió desde un lado, sin amargura y cabeceando en su máxima expresión de enhorabuena.

No me alcanzaba la vista, pero imaginé a mi padre en la grada, de pie, orgulloso.

A Skyler abrazada a Levi y al pequeño Evander llorando y riéndose a la vez.

A mis amigos dando saltos de alegría mientras mis colegas me apretaban por todas partes.

Y a Naomi no pensaba imaginarla, porque a ella quería sentirla en todas sus putas versiones.

Cuando me dieron el trofeo, lo levanté mirando al cielo y sentí las lágrimas anegando mis ojos.

Por mi madre.

Por el chico que fui.

Por todo lo que estuvo a punto de romperme.

Y también para darle las gracias, porque estaba seguro de que algo había tenido que ver con poner a la persona adecuada en mi camino cuando más cerca estuve de convertirme en mi peor versión.

Bajé la vista y sentí las mejillas húmedas, no era sudor, sino emoción en estado puro.

Naomi me estaba mirando como si me viera entero. El cabrón, el *quarterback*, el niño herido, el *hacker*, Val Daver y el hombre en el que me había convertido.

Sonreí y entendí que, al final, el anillo, el confeti y toda aquella locura pesaban menos que una sola verdad.

Que ganar la Super Bowl era la hostia.

Pero que volver a ella con el casco bajo el brazo y saber que ya no iba a jugar ni una sola batalla sin su mirada encima…, eso sí que era tocar el puto universo.

EPÍLOGO



Naomi

La SSU seguía oliendo a magnesio, perfume de nicho, césped recién cortado, ambición juvenil y traumas deportivos envueltos en excelencia académica. Algunas cosas no cambiaban nunca. Otras sí, como nosotros.

Ya no éramos un puñado de veinteañeros hormonados sobreviviendo entre competiciones, egos, becas y decisiones cuestionables. Ahora éramos adultos funcionales. Más o menos. Lo suficiente para pagar impuestos, gestionar empresas, criar hijos y fingir en público que teníamos un mínimo control sobre nuestras vidas, o frente a mis padres, que, para el caso, era lo mismo.

Ya habían asumido que el deporte iba a formar parte del apellido Park, les gustara o no, y, por fortuna, a mamá le entusiasmó el análisis de la microbiota de Valentino.

La fiesta de antiguos alumnos había convertido el campus en una mezcla entre gala de premios, reencuentro festivo y experimento social de alto riesgo. Había luces colgadas en los árboles, una carpa enorme sobre el césped y demasiada gente abrazándose como si no hubieran envejecido ni un solo día. Algunos, casi, gracias a la

cirugía. Lo cierto era que todos cargábamos con diez años más, un par de cicatrices bien colocadas y un talento mucho más refinado para disimular el cansancio.

Me preparé para bajar del coche respirando hondo y apoyando una mano en el estómago.

Muy discreta. Cero sospechosa de que tenía las tripas revueltas.

Valentino rodeó el capó y me abrió la puerta con esa cara de estrella de la NFL a la que le quedaban pocos años como profesional y que seguía sabiendo a la perfección el efecto que provocaba cuando sonreía de lado.

Tras ganar la Super Bowl con los Cowboys, fichó por los San Francisco 49ers —sí, seguía pareciéndome una ironía de muy mal gusto después de todo lo que nos costó San Francisco en su día— y pasó allí los últimos años de su carrera porque no quería nada que lo vinculara a los Joneson, cediéndole el puesto, muy a gusto, a Whitaker. Ahora decía que le quedaban dos o tres temporadas antes de retirarse y pasarse al lado oscuro de mi empresa, concretamente a la seguridad y blindaje de aplicaciones deportivas. Según él, ya que la vida le dio una *nerd* multimillonaria, pensaba exprimir la fantasía hasta el final.

Jerry cumplió su parte del trato. Mi aplicación quedó blindada con un contrato, una patente, exclusividad y más ceros de los que mi calculadora aceptaba sin colapsar. También cumplió con lo otro: el dinero que Charlotte había sacado de las apuestas terminó donde debía, en manos de Landon, Sienna y Thiago, que lo convirtieron en algo infinitamente más útil que una huida de lujo: oportunidades para niños que jamás hubiesen podido permitirse acceder al deporte de élite.

Unos meses después de uno de los mayores triunfos de la franquicia, Jerry sufrió un infarto en vacaciones. Sobrevivió, aunque el médico soltó aquello de «cero emociones fuertes si quería conocer a algún nieto», y por una vez el universo pareció tomarse en serio su propio sentido del humor.

Las piezas cambiaron en el tablero familiar después de aquello. Elliot acabó quedándose con el puesto que más ansiaba, el de Charlotte, lo cual seguía haciéndome bastante gracia teniendo en

cuenta su energía crónica de animadora reprimida. Stephen fue apartado de la cara visible de la franquicia, aunque eso no impidió que siguiera acostándose con Vivian en la más estricta clandestinidad, como dos adolescentes ricos con demasiado tiempo libre y nulo interés en la terapia. Vivian terminó convertida en la nueva CEO y, para sorpresa de absolutamente nadie, se le dio obscenamente bien.

Grayson heredó la parte de comunicación y logró volverla más humana, quizá porque, después de todo aquel desastre, dejó por fin de sonar a folleto corporativo.

Y la hija pródiga que se dio a la fuga… Desapareció durante un tiempo, vivió exactamente la vida cara y libre con la que había fantaseado junto a su chica y, según supe años después, acabó comprendiendo que huir no arreglaba todo lo que llevaba roto por dentro. Aun así, no volvió. Ni a Texas ni a la franquicia ni a la familia que la obligó a convertirse en alguien que nunca fue. Darah siguió con ella durante años, y aunque lo suyo no sobrevivió para siempre, al menos Charlotte tuvo por fin algo que nunca le habían permitido: una vida elegida por ella misma.

Por si os lo preguntais, Valentino y yo no estábamos casados. Siempre opiné que el matrimonio era una institución arcaica inventada para complicarle la vida a la gente que ya se acostaba junta sin necesidad de papeles. Él seguía diciendo que un día me pillaría en un momento de debilidad, me pondría un anillo delante y yo caería.

Lo que no sabía era que no necesitaba un círculo en el dedo para sentir que me hizo caer, saltar, volar y flipar desde el principio. No me interesaba compartir la vida con nadie más.

Aun así, llevábamos años con ese baile y, por desgracia para mi paz interior, yo tenía un secreto bastante grande guardado en el bolso que podía cambiar el rumbo de los acontecimientos.

—¿Vas a quedarte ahí plantada o piensas entrar conmigo del brazo como la poderosa CEO de Silicon Valley que eres? —preguntó Valentino, con su traje hecho a medida y esa sonrisa que me derretía por dentro.

—Estoy mentalizándome para sobrevivir a un evento lleno de exgimnastas, entrenadores retirados y gente que me vio hacer mortales carpados con coleta.

—Cariño, has sobrevivido a los Joneson, a tu familia, a dos Super Bowl y a mis ganas de follarte en sitios inapropiados. Esto es Disneyland para ti.

Le lancé una mirada de advertencia y él me guiñó un ojo.

—Anakin, hoy te controlas.

—Llevo intentándolo desde que te conocí y aquí seguimos, Rey.

Hice rodar los ojos y entramos.

A la primera que vi fue a Camila.

No porque nadie pudiera ignorar a Camila Ortiz, aunque quisiera, sino porque iba con un vestido rojo capaz de provocar una taquicardia comunitaria, el pelo recogido de forma escandalosamente *sexy* en sus dos moños característicos y una barriga de embarazada, ya bastante evidente, que no le quitaba ni medio gramo de energía.

A su lado estaban Mason y Thiago.

Fitzy acariciaba la espalda de su mujer con esa cara de chulo sin filtro que anunciaba barbaridad inminente. Thiago seguía siendo el único ser humano del grupo capaz de parecer estable y tener siempre una píldora de sabiduría para cada uno de nosotros, lo cual resultaba tan útil como irritante.

A su alrededor, como satélites de un sistema solar particularmente desvergonzado, corrían dos niños pequeños idénticos de estatura y completamente opuestos de alma. Uno tenía la mirada observadora y tranquila de Thiago. El otro llevaba la sonrisa de Mason y la energía de un huracán alimentado a base de azúcar.

Valentino suspiró a mi lado y me murmuró al oído:

—Míralos. Diez años después y siguen pareciendo una secta sexual muy bien vestida.

Camila nos vio y chilló tan fuerte que varios exalumnos se giraron.

—¡Mira quién ha venido, el matrimonio que no quiere reconocer que es un matrimonio!

Mi mejor amiga llevaba años confabulándose con Valen para que termináramos en un «sí, quiero».

—No estamos casados —repliqué de manera automática.

Fitzroy sonrió.

—Eso ya lo sabemos, pero discutís como si llevarais veinte años compartiendo hipoteca y fantasías raras. Además, Cami se muere por ser dama de honor, ya lo sabes.

—Al final seré dama de horror como esta tripa siga creciendo.

—Tiene que crecer mucho más, cariño —murmuró Thiago con veneración en la mirada—. Nuestra pequeña tiene que salir tan guapa y fuerte como su madre.

Los mellizos vinieron corriendo. Uno se estampó contra la pierna de Thiago. El otro intentó tirarse a por Valentino, que lo atrapó al vuelo.

—¡Tío Valen!

No, no éramos familia, pero sus padres les habían dicho que tanto nosotros como Sienna y Landon éramos sus tíos del alma, así que heredamos tanto el título como las obligaciones.

—Eh, campeón —dijo él—. ¿Sigues aterrizando peor que tu padre?

—¿Cuál de los dos? —preguntó el niño con total inocencia.

Mason se llevó una mano al pecho.

—Eso, Dalton, ¿cuál? Porque yo exijo reconocimiento biológico y fiscal.

Camila puso los ojos en blanco.

—No vuelvas a empezar.

Valentino me guiñó un ojo.

—Sigo sin superar que vuestros hijos sean uno de cada. Ni adrede os sale… ¿Cuántas posibilidades había?

—No hay un estudio al respecto, aunque en nuestra historia todo es tan fuera de lo común que tampoco me extraña demasiado la gran suerte de una superfecundación heteropaterna.

Thiago soltó aire por la nariz al escuchar a Mase.

—La genética decidió venir a divertirse a nuestra cama y darnos un premio.

Camila sonrió, orgullosísima.

—Y, además, ahora viene una niña a completar el caos. Solo espero que sí se parezca a mí.

Mason le puso una mano en la barriga.

—Seguro que sí. Mi princesa…

Thiago alzó una ceja y sumó su palma.

—También es mía.

Cami les quitó la mano a ambos.

—Vosotros ya tenéis a vuestros clones. Esta pequeña es mía y de nadie más. Dejadme soñar.

—Si sale como Camila, os enterrará a todos —comenté divertida.

—Eso sería justicia genética —dijo ella, viniendo a por mí para apretujarme.

Nos abrazamos, reímos y, por un segundo, tuve la sensación deliciosa de que el tiempo no había pasado. Luego vi aparecer a mi cuñada en tacones y supe que sí.

Avery seguía siendo capitana, incluso con una nueva profesión.

Traje blanco roto, moño perfecto, mirada de mujer que llevaba empresas, agendas, niños y hombres imposibles sin despeinarse. A su lado iba Jaxon, igual de descarado, igual de guapo, igual de bocazas, con una niña pequeña colgada al cuello como si fuera una medalla olímpica.

La pequeña Summer tenía tres años, rizos oscuros, ojos azules enormes, hoyuelo y una expresión de estar evaluando a toda la sala para decidir si merecía la pena quedársela.

Exactamente igual que su madre, con la picardía de su padre. Y tan parlanchina como él.

—Demasiado —dijo Valentino, abriendo los brazos hacia Avery.

—Solo mi marido puede llamarme así, hermano insufrible —respondió ella, abrazándolo.

Luego me miró a mí y sonrió de esa forma suya que siempre parecía más íntima que expansiva.

—Parks.

Había cosas que nunca cambiaban…

—Capitana.

Mi sobrina me estudió.

—Vamos, bichito, dile algo a la tía Naomi —murmuró Jackass, instando a su mujer a que la bajara al suelo para que corriera hacia mí.

Ella correteó hacia mí y yo la subí a mis brazos.

—Tía Naomi, ¿es verdad que vas a darme un primo?

Me quedé helada.

Valentino alzó las cejas.

—¿Algo que confesar, cariño?

Jaxon se llevó una mano al pecho. Avery suspiró.

—No le hagas caso. Lleva un mes entero preguntando cuándo vamos a darle un hermanito y Jaxon le ha dicho que primero os toca a vosotros darle el primito.

—Muy propio de mi cuñado —comentó jocoso Valentino.

Fui a hablar, pero Jaxon me interrumpió.

—Ya tengo bastante con que mi madre haya vuelto a ser madre y mi hermana tenga prácticamente la misma edad que mi hija. El universo ya ha sido lo bastante creativo conmigo, así que los bebés le tocan a otro.

Valentino se echó a reír.

Landon y Sienna aparecieron poco después, algo apurados y con esa pinta de gente que llevaba años gestionando agendas imposibles, deportistas de élite y su propia paciencia.

Seguían trabajando con Thiago. Su empresa de rendimiento deportivo había crecido lo bastante como para financiar el proyecto benéfico, reforzado además con el dinero que los Cowboys acabaron soltando. Ahora, además de arreglar atletas millonarios, ayudaban a niños sin recursos a entrar en el deporte sin tener que vender un riñón por el camino. Esa noche, de hecho, la universidad iba a darles un reconocimiento por ello.

—No me acostumbro a veros convertidos en adultos responsables —dijo Sienna, dejándonos a todos bajo su mirada de jueza suprema.

—Ni nosotros a que, después de once años, sigas con el Princeso —saltó Mase—. ¿Cuándo vas a asumir que te casaste con el sapo y que, por mucho que le metas la lengua, siempre será *rano*?

Landon sonrió con esa cara de tío que sabía a la perfección que la genética y la vida lo habían tratado obscenamente bien.

—Muy gracioso, capullo. Ya querrías tú besarme como lo hace ella.

—Nah, paso de tu nabo. Me va más el suyo.

Buscó a Thiago y lo besó sin el menor pudor.

Sienna soltó una exhalación lenta.

—Lo tuyo es el teatro, Fitzy. Sigues igual de melodramático, tendrías que haber seguido la estela de tus padres…

—Y tú sigues igual de encantadora. No me arranques la marca personal. Cuando quieras, te doy cita en una de mis clínicas y te quito esos nudos que no te dejan pensar con claridad.

Mason se había montado un pequeño imperio de fisioterapia que Avery dirigía con mano de hierro. Según él, prefería poner la pasta y reservar su talento innato para dar magreos en la cama, que la vida eran dos días y había que aprovecharlos bien.

Nos acomodamos alrededor de una mesa y el caos empezó a fluir con una naturalidad que me hizo feliz de una forma casi dolorosa. Risas, copas, niños correteando, fotos antiguas proyectadas en una pantalla y ese raro milagro de los reencuentros buenos: descubrir que la gente a la que quisiste de joven había encontrado su sitio sin dejar de ser ella misma.

Yo aguanté bastante bien.

Hasta la tercera vez que el olor del salmón ahumado me subió por la nariz como una agresión química directa al alma.

Me quedé inmóvil.

Valentino, que me conocía mejor que muchos algoritmos de predicción, me miró justo cuando me llevé una mano a la boca.

—No, no, no. Aquí no.

Yo ya me estaba levantando.

—¡Abrid paso, necesito un bañ…!

No llegué.

La vomitona me pilló en el jardín lateral, entre unas hortensias blancas y una estatua horrible de un gimnasta abstracto. Detrás de mí oí pasos, voces y luego ese silencio expectante de la gente a la que le encantaba una tragedia mientras no le estuviera ocurriendo a ella.

Cuando terminé de maldecir mi existencia y el sistema digestivo del planeta entero, me incorporé muy despacio.

Camila fue la primera en hablar.

—Bueno, al menos esta vez no ha sido un apretón y no había plantas de plástico.

Sienna cruzó los brazos.

—Deberías demandar al *catering*. Seguro que te has comido algo pasado. Con este calor se habrá roto la cadena de frío.

Mason sonrió como un demonio con título de vidente.

—Yo lo que creo que se ha roto es el condón. Parks, ¿Summer tenía razón y ahí dentro hay un primito?

Valentino, a mi lado, parpadeó.

Una, dos, tres veces.

La lengua de Fitzroy la cargaba el diablo.

—¡¿Qué?!

Me limpié la boca con una servilleta que Avery, por supuesto, había sacado de la nada porque seguía siendo la capitana incluso fuera del deporte. Hice gárgaras con el vaso de agua que me tendió, escupí como pude entre las plantas y me pasó un caramelo de menta; probablemente también llevaba un desfibrilador en el bolso, por si su hermano decidía morir allí mismo.

—No me jodas…, o sea, me haría muchísima ilusión, pero… ¿estás embarazada y no me has dicho nada?

—Tú tampoco me dijiste que me *stalkeabas* y hacías directos +18 con máscara, así que estamos empatados —contesté con la poca dignidad que me quedaba—. No me mires así. En una de tus múltiples campañas de acoso amoroso has vuelto a tener éxito, y sí, has fecundado uno de mis óvulos. Estaba esperando el momento adecuado para…

El silencio duró medio segundo.

Luego, reventó todo.

Camila chilló. Mason levantó los brazos como si hubiera ganado él la Super Bowl y chocó el puño con Jackass. Thiago se rio en silencio. Jaxon le gritó a Valentino algo sobre que por fin había marcado el *touchdown* correcto. Avery tenía los ojos brillantes mientras Summer intentaba confirmar si, en efecto, venía un primo en camino. Sienna

parecía alucinada. Landon murmuró que aquello explicaba bastantes cosas. Mi vida entera convertida en un coro de caos histérico rodeado por mis amigos.

Valentino seguía quieto.

Me miraba como si acabara de caerle del cielo algo demasiado grande para sostenerlo con una sola emoción.

Él, que había sido MVP de la NFL el año anterior.

—¿En serio? —preguntó, y por una vez no sonó a cabrón, sino a hombre completamente desnudo por dentro.

Asentí.

—En serio.

Entonces, sonrió de esa forma suya que siempre conseguía dejarme sin sistema operativo, me alzó en brazos y se puso a darme vueltas como un tiovivo desquiciado.

—¡Bájala al suelo, animal, antes de que nos riegue a todos con jugos gástricos! —le advirtió Camila.

Cuando por fin me dejó en pie, el mundo seguía girando un poco.

—Mira que te lo he dicho veces, Parks. Sabes que quiero casarme contigo a todos los efectos y me prometiste que, si alguna vez decidíamos ser padres, daríamos ese paso antes.

Las carcajadas subieron de volumen.

Yo metí una mano en el bolso con el sudor frío bajándome por la espalda.

—Y no te engañé, a mí me ha pillado por sorpresa. Te he dicho muchas veces que el matrimonio me parecía algo arcaico, pero una promesa es una promesa y quería hacerlo delante de todos estos para que luego no nos dieran la turra con el «cómo fue».

—No puede ser… —murmuró mi mejor amiga con un graznido.

Él entrecerró los ojos.

—Naomi…

Saqué la cajita negra con el Halcón Milenario tallado.

Hinqué la rodilla sobre el césped —todo lo que la raja del vestido me permitió— y la abrí frente a sus ojos.

El silencio cayó de golpe.

Dramático. Perfecto, mientras yo temblaba por dentro de la emoción. Quién me lo iba a decir.

Él soltó una blasfemia tan baja que solo yo la oí. Por muy rápido que me latiera el corazón, su voz estaba ahí, sin modulador y completamente ahogada.

Lo miré desde abajo, con el corazón en la garganta, el estómago revuelto y una felicidad tan grande que daba miedo.

—Contigo las cosas nunca son como esperaba —murmuré—. Así que esta vez he querido que no lo esperaras tú.

Me aclaré la garganta antes de seguir.

—Le doy gracias al universo, a la Fuerza o al capullo de tu equipo que me empujó a tus brazos en aquella fiesta, porque si no lo hubiera hecho me habría perdido la mejor mitad de lo que me ha pasado en la vida. Así que, sí, Valentino Dalton, ¿quieres casarte conmigo, seguir siendo una perturbación obscena en mi sistema nervioso, criar conmigo a este bebé y asumir de una vez por todas que siempre serás mi lugar seguro en el lado oscuro?

Valentino se quedó quieto dos segundos.

Solo dos.

Luego me levantó del suelo como si no pesara nada, me dio otra vuelta en el aire y me besó en mitad del jardín, delante de todos, como si acabara de ganar otra maldita Super Bowl.

Y yo le di las gracias, en silencio, al caramelo de menta de mi cuñada.

Cuando me dejó en pie, me cogió la cara con las dos manos y estaba riéndose.

Riéndose de verdad, mirando el anillo, que no era otra cosa que una réplica de su máscara con una inscripción por dentro.

«Que la Fuerza nos aguante».

—Voy a casarme con esta maravillosa mujer —anunció, girándose hacia todos los demás—. Estáis invitados a la boda, y desde ya os digo una cosa.

Me besó otra vez, rápido, arrebatado, feliz.

—Nunca habréis vivido una igual.

Me miró a los ojos y sonrió como el cabrón del que me había enamorado.

—Vais a flipar, palabra de Valentino Dalton.

STELLAR SPORTS
SSU
UNIVERSITY



Contigo hemos caído, volado, saltado y flipado.
Siempre serás parte de nuestra familia.

¡TE QUEREMOS!

LA AUTORA



Rose Gate es el pseudónimo tras el cual se encuentra Rosa Gallardo Tenas.

Nació en Barcelona en noviembre de 1978 bajo el signo de escorpio, el más apasionado de todo el horóscopo.

A los catorce años descubrió la novela romántica gracias a una amiga de clase. *Ojos verdes*, de Karen Robards, y *Shanna*, de Kathleen Woodiwiss, fueron las dos primeras novelas que leyó y que la convirtieron en una devoradora compulsiva de este género.

Rose Gate decidió estudiar Turismo para viajar y un día escribir sobre todo aquello que veía, pero, finalmente, dejó aparcada su gran vocación.

Casada y con dos hijos, en la actualidad se dedica a su gran pasión: escribir montañas rusas con las que emocionar a sus lectores, animada por su familia y amigos.

Si quieres conocer las demás novelas de la autora, así como sus nuevas obras, no dejes de seguirla en las principales redes sociales. Está deseando leer tus comentarios.

https://www.facebook.com/ROSEGATEBOOKS
https://www.instagram.com/rosegatebooks

¿Dónde puedo comprar los libros?

Todos los libros están a la venta en Amazon, tanto en papel como en digital.

Ediciones especiales en mi web: **rosegate.shop**

TU OPINIÓN Y TUS ESTRELLAS EN AMAZON, SON MUY IMPORTANTES PARA LLEGAR A MÁS LECTORES, SI TE GUSTA MI TRABAJO, COMÉNTALO Y VALÓRALO.

MIL GRACIAS

BIBLIOGRAFÍA

